

LEANDRO CALDERONE

Casi ángeles

La isla de Eudamón

—¡No hay tiempo! —se escuchó con nitidez. Fue un grito ofuscado, impaciente y, sin embargo, gracioso, surgido en medio de un grupo de albañiles que daban los retoques finales a la gran mansión que estaban construyendo. Era el 11 de febrero de 1854. Estaban agotados y acalorados, querían terminar de una vez, pero un hombrecito pequeño, que caminaba con pasos largos sosteniendo una ridícula sombrilla blanca, los retenía, mientras mostraba la hora en un reloj de bolsillo.

El doctor Inchausti, elegante y solemne, se acercó al grupo y medió en la discusión. Aunque el sol del mediodía estaba insoportable y los hombres corrían el riesgo de insolarse, el hombrecito, vestido con pantalón blanco, camisa blanca, levita blanca y zapatos blancos, gritaba muy irritado que debían terminar de colocar el reloj en ese mismo momento. —¡Es muy importante, Inchausti! —le dijo con irreverencia y tono desafiante al doctor, a quien nadie llamaba «Inchausti» a secas. El doctor Inchausti no toleraba los atrevimientos y, además, era muy considerado y afectuoso con sus empleados. Sin embargo, el hombrecito contestó como si ignorara que se trataba de uno de los hombres más ricos y respetados de la ciudad, y con más influencia. —Inchausti, este reloj tiene que estar funcionando en dos horas. ¡No hay tiempo! —dijo, mientras clavaba su mirada en el doctor. Una hora más tarde, los albañiles y el carpintero terminaban de empotrar el gran reloj que coronaba el altillo de la mansión. Inmediatamente después, cinco ancianos de estatura casi idéntica, todos con rasgos y atuendos indígenas,

entraron en la casa y subieron hasta el altillo, donde los esperaba el hombrecito de blanco. Los ancianos indígenas abrieron sus morrales, de los que empezaron a sacar cientos de piezas de relojería de todos los tamaños. Con una precisión admirable, en pocos minutos armaron el mecanismo del gran reloj. El hombrecito de blanco abrió una pequeña valija blanca, de la cual sacó un cofrecito de madera, también blanco. Y de éste, una pequeña pieza de metal gris. Tendió su diminuta y delicada mano, y colocó la pieza dentro del mecanismo del reloj. Los cinco ancianos y el hombrecito de blanco miraron el reloj durante unos cuantos segundos, hasta que el minuterero marcó por fin el primer minuto. Y así fue cómo el imponente reloj construido por los maestros relojeros prunios comenzó a funcionar. Y funcionó a la perfección, sin adelantar ni atrasar, ni detenerse jamás, durante exactamente 177 años, 9 meses, 11 días y 7 horas. Una vez terminado el trabajo, el hombrecito salió al jardín trasero de la mansión, donde el doctor Inchausti mostraba a su joven mujer y a su pequeño hijo los árboles que había hecho plantar. El hombrecito de blanco interrumpió la charla del doctor y su mujer con su acostumbrada irreverencia. — No se va a romper, pero si se llegara a romper, que no va a ocurrir, claro; pero si llegara a ocurrir, en la improbable eventualidad de que se rompiera, aunque le repito que es casi imposible que eso suceda, no llame a ningún relojero para que meta sus manos. Nosotros vamos a venir a arreglarlo. ¿Está claro? — Está claro —contestó el doctor, conteniendo la irritación que le provocaba ese trato impertinente. — Y cuídenlo bien—advirtió el hombrecito mientras se servía un vaso de limonada, sin que se lo hubieran ofrecido—. No como se cuida a un reloj cualquiera. Tampoco como se cuida a un mueble. Mucho menos como se cuida a un objeto. Cuídenlo como se cuida a un ser querido —indicó con precisión y se bebió de un trago la limonada—. ¡Qué bien me

vino! ¡Qué verano más insoportable! —exclamó—. No entiendo qué le gusta a la gente del verano. Buenas tardes. Y sin decir nada más, se retiró. La mujer miró a su marido, buscando una explicación a su inusitada tolerancia, y preguntó con enorme curiosidad: — ¿Quién es ese hombre? — Es quien me salvó la vida en el Perú —fue la contundente respuesta del doctor Inchausti. Cuando el hombrecito pasó junto al pequeño hijo de la pareja, que jugaba en el jardín, el niño lo miró y le preguntó: — ¿Usted quién es? El hombrecito lo miró, le sonrió y dijo: —Si te diera a conocer mi nombre y te explicara realmente quién soy, no lo entenderías. Diré, solamente, que me dicen «Tic Tac». Y se alejó, mientras abría su ridícula sombrilla blanca. El niño casi hubiera jurado que lo vio desaparecer entre las gardenias.

En el instante en que el minuterero del reloj de la mansión comenzaba a girar, a 17,8 kilómetros al noroeste de la mansión, en una estancia que también era propiedad del doctor Inchausti, otro grupo de ancianos prunios, comandados por otro hombrecito de blanco idéntico a Tic Tac, ponía en funcionamiento un reloj igual. Y en ese mismo instante, a 17,8 kilómetros al sur de la estancia, en una parroquia del pequeño pueblo de Escalada, otro grupo de ancianos prunios, comandados por otro hombrecito de blanco, réplica de Tic Tac, ponía en funcionamiento un tercer reloj, análogo a los otros dos. En el año 1854 no había aviones ni satélites. Si hubiera habido algo semejante, un observador, desde el cielo, podría haber advertido que durante una fracción de segundo **tres** puntos emitieron una luminosidad azulada, intensa, y los tres vértices se unieron a través del firmamento, formando un triángulo equilátero perfecto.

Capitulo 01
La mansión Inchausti

Cuando Bartolomé Bedoya Agüero se enteró de que su tía Amalita había echado escandalosamente a su primo Carlos María de la mansión Inchausti, sintió que ésa era **la solución para todos sus males**. Todos sus males, en realidad, eran uno solo: la ruina en la que había caído tras dilapidar la fortuna familiar. A su padre le había llevado toda una vida duplicar la riqueza de los Bedoya Agüero. A Bartolomé, en cambio, le llevó apenas unos pocos años acabar con ella. A pesar de su juventud, ya era un aristócrata en bancarrota, por eso la noticia de la ruptura de su tía con su primo era una buena chance de recuperar la fortuna perdida. Era el día 10 de enero de 1986, y estaba sofocado por el calor que se había acumulado en el pequeño departamento de dos ambientes en el que había recalado con Malvina, su hermana menor, cuando se enteró de la noticia. Lo que había ocurrido era un escándalo: la severa Amalia Inchausti había descubierto que su hijo tenía un romance con Alba, la mucama, y, producto de ese amor, ella había quedado embarazada. En apariencia, no se trataba de un simple amorío; el joven Carlos María afirmaba estar enamorado de la mucama, y ante eso, la anciana expulsó a ambos de inmediato de la mansión familiar y cortó todo lazo con su único hijo. Siendo viuda, se había quedado completamente sola. Ante ese panorama, Bartolomé se acercó de inmediato a su solitaria tía, con la intención de ganarse su favor. Se vistió con su mejor traje, beige claro, se batió suavemente los copiosos rulos de su cabellera, y se colocó su sombrero preferido, al tono. Se puso unas gotas de perfume, imitación de uno muy costoso, y gastó un dinero imprudente en las masas

preferidas de su tía. Así la visitó, luego de varios años sin verse, le expresó sus más sinceras condolencias por lo que había ocurrido, y se mostró en un todo de acuerdo con la decisión de limpiar la vergüenza familiar perpetrada por el díscolo de Carlos María. Volvió a visitarla el sábado siguiente, y el siguiente, y el siguiente. Y pronto la visita de los sábados se transformó en una costumbre: tomaban el té con masas y hablaban de la desfachatez del primo en persistir en darle un apellido tan ilustre a una simple mucama. Amalia no quería ni oír hablar de su hijo, ni de la mucama, por supuesto, ni del nieto que le darían. —Soy una pobre viuda sin hijos —sentenció con frialdad la amarga anciana. —Sin hijos no, títa... Yo la quiero como a una madre, ¡quíerame como a un hijo! —suplicaba Bartolomé, pensando en los millones que podría heredar de ella. Al poco tiempo empezó a visitarla dos o tres veces por semana. Se convirtió en su confesor. Más tarde comenzó a ocuparse de sus asuntos y finalmente consiguió llevarle las cuentas. Fue ahí, al inmiscuir sus narices en los libros contables, cuando su ambición descomunal encontró una medida tan inmensa como la fortuna de Amalia Inchausti. En sus visitas cada vez más frecuentes, Bartolomé comenzó a advertir que el ama de llaves, la severa Justina, quien vestía siempre de negro y llevaba el pelo recogido en un turbante, lo miraba de manera sugestiva. Sus grandes ojos negros expresaban algo inequívoco: amor. Bartolomé se aprovechó de eso, y generándole expectativas que nunca respondería, se ganó su favor. Era bueno tener de su lado a la persona de mayor confianza de la anciana. Unos meses más tarde, el 21 de septiembre de 1986, Amalia recibió un escueto telegrama de su hijo, en el que le comunicaba que ese día había nacido Ángeles Inchausti, su nieta. Bartolomé temió que ante esa noticia la vieja se ablandara y recompusiera los lazos familiares, pero lejos de conmovearse, *Amalia se enfureció aún más, indignada Con la idea*

de que esa bastarda llevara su ilustre apellido. Y nuevamente se negó a ver a su hijo y, sobre todo, a su nieta recién nacida. Poco a poco, Bartolomé fue ocupando el lugar del desterrado, y logrando que su tía lo quisiera como a un hijo. Albergaba la esperanza de que, llegado el momento, pudiera heredarla. Un día abandonó el caluroso dos ambientes en el que vivía con su hermana y ambos se mudaron a la mansión, en la que ya casi ni se hablaba del primo, ni de la mucama, ni de la nieta. Era como si nunca hubieran existido.

Cinco años después de la expulsión de Carlos María, Bartolomé era ya el señorito de la casa. Justina fantaseaba en secreto con él y lo que harían juntos con esos millones, pero una noticia intempestiva barrió sus fantasías de un plumazo. — Me caso, che —dijo con simpleza Bartolome, como si hubiera hecho un comentario sobre el clima. — ¿,Perrrdón? —exclamó Justina, quien remarcaba mucho las erres, abriendo sus enormes ojos negros. —Sí, me caso —repitió Bartolome sin dar más detalles. Y lo concretó con una celeridad tal que hizo sospechar a Justina de las verdaderas razones de tan apresurada decisión. Sus temores se confirmaron siete meses más tarde, cuando Ornella dio a luz a su bebé, al que llamaron Thiago. Era el 24 de agosto de 1991. — Tiene el lunarr de los Inchausti —afirmó Justina al ver al pequeño bebé que, en efecto, tenía un diminuto lunar en una mejilla. Bartolome era Inchausti por parte de madre. El casamiento de Bartolome, y el posterior nacimiento de su hijo, amargaron muchísimo a Justina, cuya obsesión por su señor se acrecentaba hora tras hora. Sin embargo se mantenía fiel a él y a sus planes, y accedió a interceder ante la vieja Amalia, que si bien estaba postrada en una cama desde mucho tiempo atrás, seguía con el control absoluto de todo lo que ocurría en la casa. Justina le aseguró que esa tal Ornella era una chica de muy buena familia, y la tía Amalia

estuvo finalmente de acuerdo con la idea de que vivieran en su mansión. Pero a pesar de lo que aparentaba ser, desde el día en que llegó hasta el día en que se fue, Ornella tuvo en Justina a una acérrima enemiga.

La vida transcurrió sin novedades durante un tiempo. El pequeño Thiago crecía feliz en la mansión, en tanto que el amor de Justina por Bartolomé aumentaba su infelicidad, proporcionalmente a la impaciencia de su señor. — ¡No se muere más esta vieja! — refunfuñaba Bartolomé. — Y sí, tiene una salud de hierrrrro la desgraciada. Puede llevar arios... — ¿Qué me estás sugiriendo, Justin? — preguntó Bartolomé con ganas de que Justina sugiriera *eso* que él no se animaba a hacer. — No sugiero nada, mi señorrr. Digo que la madre de la vieja, la finada Rosa María, murió a los 102 arios... Son de carretel largo. — ¡Se me va la vida esperando! — se quejó Bartolomé. Y su descontento se repetiría hasta el hartazgo.

Pero no tuvo que esperar demasiado. Un día de julio de 1996 la tragedia golpeó una vez más a la familia Inchausti: su primo Carlos María falleció en un accidente de tránsito. La noticia devastó a la anciana Amalia. Fiel a su estilo, no podía amar bien a los suyos mientras estuvieran vivos, sólo los amaba cuando morían. Y la trágica e inesperada muerte de su hijo la quebró hasta la enfermedad. Bartolomé estaba casi en la gloria: muerto su primo, ya casi no había obstáculos entre él y la fortuna de su tía, sólo restaba esperar a que la vieja estirara la pata. Sin embargo, ocurrió algo fuera de todo cálculo: su tía, desolada y enferma, comprendió tarde la importancia de la familia, y le pidió a Bartolomé que encontrara a su nuera y a su nieta. Al no haberse casado nunca con su hijo,

queda-

ban excluidas de la herencia, y Amalia quería reparar esa injusticia antes de morir. Claro que Bartolomé le prometió encontrarlas, y con gran desazón le informaba cada día que todas las búsquedas eran infructuosas. — ¡Como si se las hubiera tragado la tierra, che! —exclamaba Bartolomé, con su mejor cara de circunstancia. — ¡Ni rrastrros! Más difíciles de encontrar que sepulturero en la nurrsero —acotaba Justina, amante de las metáforas mortuorias. Amalia Inchausti les suplicaba que redoblaran sus esfuerzos. Les facilitaba todo el dinero que necesitaran para encontrarlas, dinero que por supuesto era gastado en perfumes originales y vinos espumantes con los que Bartolome brindaba por la cercana fortuna. Mientras tanto, la culpa y la tristeza agravaron la enfermedad de la anciana. Era sólo cuestión de días. — Todo marcha a pedir de boca, Justin. Acabo de hablar con el médico personal de la vieja, dijo que le quedan apenas horas... Hoy, a más tardar mañana, la vieja espicha, ¡y los millones son ours! Los días pasaban sin novedades, hasta que una noche fría y tormentosa de agosto algo sacó de cauce la rutina de la mansión. Justina amaba las tormentas, pero Bartolome las temía. Sin embargo, esa noche pensó que una buena tormenta era el marco ideal para que la vieja estirara la pata. Estaban en la cocina, planeando lo que harían con los millones, cuando alguien hizo sonar la aldaba. En ese preciso instante la lluvia se volvió más intensa. Cuando Justina abrió la puerta, se topó con una nena de diez años, que lloraba. Era Ángeles Inchausti. Y más atrás estaba su madre, Alba, la mucama, la viuda de Carlos María. La mujer estaba embarazada, a punto de dar a luz. Con sus últimas fuerzas pidió ayuda, y se desmayó.

Mucho pesaría en la conciencia de Justina todo lo que ocurrió aquella noche en que la muerte sobrevoló la mansión Inchausti, oculta bajo varias máscaras. Aquella noche infausta hubo **una muerte deseada, una muerte evitable, una falsa muerte y una muerte segura.** Justina tenía algunos escrúpulos y ofreció cierta resistencia, pero todo fue decisión de Bartolomé, quien era su señor, su amor, su debilidad. —¡Diez arios! —exclamó él entre susurros, en un pasillo de la planta alta, junto a la habitación de huéspedes en la que habían depositado a Alba—. ¡Diez años estuve cuidando a esta vieja maldita, para que ahora venga una camuca arribista, con una hija bastarda y otro por nacer a quedarse con mi fortuna! ¡Con nuestra fortuna, Justin! — Pero, señor... —intentó contradecirlo Justina—. Es una vida. Dos vidas. ¡Tres vidas, mi amor, digo, mi señor! — ¿Y desde cuándo te importa tanto la vida a vos, chitrula? —refutó Bartolomé. — Llamemos a un médico, señor —suplicó Justina—. ¡Va a parir de un momento a otro! Bartolomé comprendió que tendría que apelar a la seducción para convertirla en su cómplice. Entonces se colocó por detrás de ella, y le susurró al oído. — No vamos a dejar que nadie se quede con nuestros millones, Justin. Pensá en la panzada de placeres exóticos que nos vamos a dar juntos... ¡Estoy en mis treinta, che! ¡Ya me merezco una vida de lujos! — Pero, señor, ¿vamos a cometer un asesinato? —¿Quién habló de asesinato, Justin? Nada de eso... Mirá,

la madre, pobrecita, llegó muy enferma. Murió al dar a luz. Y el bebito o bebita, pobre alma, también espichó en el parto... — ¿Y la otra? — objetó Justina—. ¿Cómo pasa a mejor vida? Usted... ¿tiene el estómago como para hacerlo? — No tenemos que hacerlo nosotros. Lo hará la noche, el invierno, la tormenta y el bosque. Y el plan resultó. Casi en su totalidad. Alba murió en el parto. Pero el bebé, que fue una niña, sobrevivió. Bartolomé decidió entonces que también sería víctima de la noche, el invierno, la tormenta y el bosque. Y allí fueron, al bosque, con la pequeña Ángeles y la beba recién nacida. A Ángeles la abandonaron en lo más espeso de la arboleda. La idea inicial era dejar a la beba en el otro extremo. Alejadas ambas de la suerte y de la gracia de Dios. Pero Justina manifestó que ella misma se encargaría de la recién nacida, y Bartolomé se lo agradeció; le desagradaban esos menesteres. En el instante en que Bartolomé comunicaba, apesadumbrado, la trágica noticia de la muerte de Alba y su hijita a la vieja Inchausti, Justina salvaba de la muerte a la beba. Compadecida, la escondió en un recóndito sótano de la mansión. E irónicamente le puso el nombre de Luz a quien ocultó en

las sombras, para rescatarla de la oscuridad de la muerte. Sumergida en la culpa y la tristeza más profundas, Amaba Inchausti murió esa misma noche en que recibió la noticia. Y Bartolomé presenció, ¡al fin!, la muerte de su tía. Una muerte tan deseada. Alba Castillo fue condenada a morir, ignominiosamente, por Justina y Bartolomé. Una muerte evitable. Luz Inchausti murió sin morir. Sobrevivió en secreto, protegida por Justina, pero alejada de la realidad. Una falsa muerte. Y Ángeles Inchausti fue abandonada para que muriera en medio de la noche, el invierno, la tormenta y el bosque. desamparada por completo y sentenciada a una muerte segura.

Unas horas antes de ser abandonada en brazos de la noche, el invierno, la tormenta y el bosque, cuando aún su madre estaba viva, Ángeles recibió **un regalo**. Mientras Alba agonizaba en una cama extraña, el hombre de ropa ridícula y la mujer vestida de negro cuchicheaban en una habitación. Ángeles aguardaba sentada en el piso del pasillo. Intentaba no llorar, porque sabía que cuando sus enormes ojos celestes derramaban lágrimas, el mundo entero lloraba con ella. Cada vez que Ángeles lloraba, llovía. Por eso hizo todo lo posible por no llorar, porque esa noche ya era lo suficientemente triste. Sin embargo, tenía muchas ganas de desahogarse. De llorar la muerte de su padre, la enfermedad de su madre, la pobreza y el desamparo en el que vivían. Ángeles luchaba para controlar su angustia y sentimiento de orfandad, hasta que el cansancio la venció. Pero como el lugar le resultaba inhóspito, no llegó a dormirse del todo, y a los pocos minutos la despertó un olor dulce y penetrante. Creyó estar en la cocina de su casa, donde su madre cocinaba la torta de limón que tanto le gustaba. Pero no, aún permanecía en ese pasillo oscuro y aterrador, por el que al rato, sin embargo, vio acercarse a un anciano. Su sonrisa le dio tranquilidad, parecía un buen hombre. Además su cuerpo desprendía algo así como lucecitas blancas, brillantes, hermosas. El anciano sonreía. Y la llamó por su nombre. —Ángeles... Es muy importante que recuerdes siempre quién sos. Esto te ayudará a recordarlo —le dijo mientras le entregaba una pulsera de cuentas de plástico, con una medallita con un símbolo extraño—. Cuidala mucho, por favor. Ella se lo prometió y el anciano se fue de la misma mane-

ra que había llegado, en secreto. Ángeles no lo sabía —¿cómo podría saberlo?—, pero ese anciano que le había regalado una pulsera era Urbino Inchausti, su abuelo, quien había desaparecido misteriosamente, mucho antes de que ella naciera.

Bartolomé estaba exultante. Había muerto su tía Amalita, habían desaparecido todos los herederos, y el heredero universal, en consecuencia, era él. Él y su hermana, es decir, él. Tenía una felicidad que lo tenía llorando todo el día. Estaba hasta más bueno, más tierno con su hermana, con su hijito, con su mujer. Justina observaba con un amargo resentimiento esa ternura. Lo único que alumbraba un poco su alma sombría era esa frágil beba que había salvado de la muerte, y que mantenía oculta en el recóndito sótano de la mansión. Comprendió que iba a ser necesario mantenerla allí un buen tiempo, por lo que empezó a acondicionar en secreto el lugar. Lo calefaccionó y comenzó a decorarlo. Esa maternidad usurpada había despertado en ella los sentimientos más nobles, y le había hecho revivir su gran pasión: los musicales. Comenzó a decorar el sótano como un pequeño teatro, una suerte de café-concert. Había un escenario, había telones rojos, había música, había vida. Mientras tanto, Bartolomé, casi olvidado de su leal cómplice, hacía planes a futuro con su futura riqueza. —Se hizo justicia, che. ¡Los Bedoya Agüero volvemos a ser millonarios! — celebraba con su hermana, que ya estaba gastando a cuenta. Barto creía que su renovada posición económica descongelaría un poco el témpano que había entre él y su mujer. Su casamiento con Ornella había sido un error, él la amaba, pero ella claramente no; y se ofuscaba hasta ponerse violento cada vez que ella le sugería la posibilidad de divorciarse. Bartolomé estaba convencido de que cuando final-

mente se hiciera de la herencia, le sería más fácil a Ornella amar a un millonario, y podría, por fin, vivir su vida feliz. Pero una vez más, algo complicó sus planes. El día en que se hizo lectura del testamento descubrió que la tía Amalita, en sus últimos minutos de vida, había agregado una cláusula en la que disponía que, a partir del día de su muerte, habría diez años de plazo para encontrar a sus herederas. Superado ese tiempo, su herencia pasaría a manos de sus sobrinos Bartolomé y Malvina Bedoya Agüero. Bartolomé deseó que su tía estuviese viva, para poder matarla él. Enfurecido, volvió a ensombrecerse y a maltratar a su familia. Diez años era mucho tiempo, y muy riesgoso. No creía que la pequeña Ángeles hubiera podido sobrevivir, aunque, a la luz de su escasa suerte, todo era posible. Pero había una tragedia más inmediata que la espera de esos cuantiosos años: estaba en bancarota. Vivía en una suntuosa mansión —en el testamento su tía le permitía seguir viviendo allí—, pero no tenía un centavo; y sin embargo tenía una vida onerosa y apariencia de hombre rico que sostener. Entonces encontró una solución. Había, además, una cláusula en el testamento que estipulaba una donación, sin demasiadas especificaciones, de unos cuantos miles a algún orfanato. Compadecida con el infortunio de su nieta a la que no llegó a conocer, Amalia quiso expiar sus culpas con caridad. Entonces donó una buena suma a cualquier institución que protegiera niños. Ésa fue la luz de esperanza que encontró Bartolomé. De ninguna manera aceptaría que unos huérfanos roñosos percibieran un solo peso de su fortuna. Decidió convertirse él en esa institución. Creó una fundación destinada a dar asilo y educación a niños de la calle. Necesitaría un lugar donde albergarlos, sería el área de la servidumbre de la mansión. Obviamente también tendría que encontrar un par de chicos, y con la ayuda de Justina y algún contacto que conservaba en la policía, consiguieron algunos. Era indispensable contar con la autorización de un juez, por eso recurrió a Adolfo Pérez Alzamendi, el padre de un compañerito de colegio de su hijo.

En tiempo récord creó la Fundación Bartolomé Bedoya Agüero, más conocida como **la Fundación BB**, dedicada al cuidado de niños desamparados. Cuando la fundación fue aprobada, y llegaron los primeros niños, Bartolomé recibió entonces esa pequeña parte de la herencia. Alcanzaba para un año de vida ostentosa. Pero claro, ahora debía dar de comer, vestir, educar y cuidar a esos roñosos. Y eso costaba dinero. Entonces fue Justina quien le acercó una solución: que los niños lo generaran. En el sector de la servidumbre se conservaba un viejo taller de juguetes. El viejo Urbino Inchausti, abuelo de Ángeles, había sido un aficionado a los juguetes, y había acondicionado un espacio donde despuntaba el vicio. Era un taller artesanal de lujo. Justina sugirió que podían poner a los chicos a hacer falsificaciones de juguetes de colección, que luego colocarían en el mercado negro. A Bartolomé le encantó la idea, pero como el negocio de las falsificaciones tardaría en funcionar y el dinero se iba rápidamente, había que encontrar paliativos. De inmediato. Él sabía que nada genera más lástima y culpa que un pobre niño pidiendo en la calle. Decidió, entonces, mandar a los chicos a pedir limosna. Cuando la limosna era grande, Bartolomé no desconfiaba. Pero cuando la limosna menguaba, entonces los obligaba a usar las dotes que los niños habían desarrollado en la calle: robar. Así fue como la Fundación BB encontró su auténtico rumbo. Por fuera, se trataba de una fundación altruista, dedicada al cuidado de la infancia. Por dentro, era un lugar frío y cruel, donde los chicos eran obligados a fabricar juguetes, pedir limosna y robar.

Si uno está atento, puede observar, antes de que llegue el amor, una serie de detalles sutiles que lo anticipan. Como la brisa suave y fresca que anticipa una tormenta o como la oscuridad profunda que anticipa el amanecer. Cuando llega el amor, antes que él, cual mensajero, llega la magia. La magia que produce encuentros, casualidades, lugares y momentos indicados. La magia que nos vuelve visibles a los ojos de otro. El 21 de marzo de 2007 hubo magia en un lugar muy iingico. Ese día comenzó una historia que cambiaría la vida de un grupo de personas, para siempre.

Ramiro Ordóñez fue en otro tiempo **un niño feliz**. SI existe algo peor que no haber conocido nunca la felicidad, es haberla experimentado y luego haberla perdido. No una Felicidad de ensueño, publicitaria, desmedida. La suya había sido una felicidad modesta, pero que alcanzaba. El motivo de su dicha era su madre y sus rizos dorados, su hermanita, la pequeña casa en la que vivían, la escuela a la que iba, el delantal siempre blanco y con olor a limpio, todos los libros que coleccionaba con pasión, la hora de la merienda, el programa de música que daban los sábados en In tele, su cuarto cálido y siempre ordenado, los pocos juguetes bien conservados que tenía, el cine un sábado al mes, la vititorra que veía a diario en la vidriera de la casa de instrumentos, la alcancía en la que su madre ponía día tras día una moneda y esperar ansioso que fueran tantas que alcanzaran para comprarse esa guitarra. Una espera feliz. Ver crecer a Alelí, su hermanita, los primeros pasos de ella, la

risa de su madre cuando la niña empezó a llamarlo Rana, porque Rama no le salía. Viajar con su mamá en el último asiento del colectivo, los picnics que ella organizaba para él y sus amigos en el parque, las tardes de lluvia leyendo libros de piratas y extraterrestres y de búsquedas del tesoro y de amor. Todo eso conformaba la felicidad de Ramiro. Pero un día, de manera casi imperceptible, sutil como un cambio de estación, algo empezó a variar. Su madre sonreía cada vez menos y sus rizos dorados perdieron brillo, su delantal ya no estaba tan blanco ni tan limpio, ya no había monedas en su alcancía ni nuevos libros, desapareció el cine un sábado al mes. La guitarra en la vidriera se veía cada vez más inalcanzable. Su felicidad se había vuelto translúcida, sólo quedaba la sonrisa de Alelí, que nunca se apagó. Y con el correr de los días su madre no sólo no sonreía, sino que ahora lloraba. Tuvieron que dejar su casa modesta, limpia, cálida. Fueron a vivir a la de una amiga de su madre, que parecía siempre molesta. Su madre tenía que viajar, se le escapaba el futuro. Y mamá se fue. Mamá llamaba al principio una vez por semana. Mamá dijo que mandaría monedas, unas que valían más que las de acá. Mamá dijo que todos irían a vivir a otro lugar, un lugar donde siempre era verano. Un lugar donde todos volverían a sonreír. Pero mamá no volvía. Mamá no mandaba monedas. Y mamá dejó de llamar. La amiga de mamá estaba cada vez más enojada y trataba muy mal a Alelí. Un día le pegó. Ramiro sintió odio por primera vez en su vida. Esa señora un día los subió a un colectivo y viajaron mucho. Fueron hasta un lugar muy feo y frío, donde los obligó a bajar. Alelí tenía sólo cuatro arios, y él apenas diez. Les dijo que esperasen ahí. Que volvería enseguida. Y se fue. Pero nunca volvió. Tampoco ella volvió. Se hizo de noche y Ramiro no sabía cómo regresar. Y tuvieron que crecer de golpe, estirar la piel, saltar la niñez hacia una juventud imposible. Y entre las cosas que Ramiro aprendió fue una nueva palabra, el nombre de ese lugar donde estaban: orfanato.

Un año más tarde aún luchaba contra la desesperanza, y por las tardes, él y su hermana se escapaban del orfanato para ir a pedir limosna, con la ilusión de juntar dinero para alquilar una casa donde vivir juntos. Con sus once años, Ramiro creía que ese sueño era posible. Una tarde, mientras pedían limosna, se les acercó una mujer que fue una promesa de recuperar la felicidad perdida. Les ofrecía una casa, una niñez a resguardo, vivir con otros chicos, estudiar, y poder crecer tranquilos, como se merecen todos los niños. Ramiro y Alelí llegaron a la Fundación BB cuando Ramiro tenía once años y Alelí cinco, pero a los pocos minutos de la edulcorada bienvenida de Bartolome, la promesa de la felicidad recobrada se esfumó. Pronto entendió que la vida sería cara en la Fundación, habría que pagarla pidiendo limosna, fabricando juguetes y robando. Le dijeron que eso era trabajar, que él era todo un hombrecito y era tiempo de hacerlo. La felicidad se volvió una hilacha, menos que un recuerdo. Pero mientras Justina los conducía hacia las habitaciones, Ramiro vio algo que, por un instante, reencendió el brillo de sus ojos: una guitarra. —¡Ni se te ocurra tocar eso! —le advirtió la mujer—. Es del niño Thiago, el señorito de la casa. Y sacó a ambos de la sala, pero Ramiro ya sonreía. Esa guitarra, como un eco del pasado, por un instante fue un retazo de aquella felicidad perdida.

Lleca era, sobre todo, **un chico simple**, de seis años, y resolvía todo con simpleza. Había vivido buena parte de su vida en la calle, y como allí aprendió a hablar al «vesre», todos le decían Lleca, calle al revés. Sabía poco de sí mismo. Que había sido encontrado por el grupito de «bepis» con los que andaba cuando apenas tenía dos años —un poco más o un poco menos— y que desde entonces había vivido en la calle. Ésa es su historia. Punto. Simple. Como se crió sin tener nada, no extrañaba nada. No lamentaba ninguna pérdida ni la ausencia de un padre o una madre. Después de todo, ninguno de sus «gomías» tenía un padre o una madre. Su única preocupación era evitar a la policía o a los asistentes sociales, que terminarían llevándolo a un orfanato. Por lo demás, tenía la vida resuelta. Sobrevivir en la «lleca», para él no era un problema, era algo fácil. Simple. Lo único que lo inquietaba, y que a veces lamentaba, era no tener un nombre. Él era Lleca, y estaba bien, le encantaba ser Lleca. Era popular y querido, y defendido por los más grandes. Ser Lleca, además, significaba tener mundo, ser el negociador, el que conseguía todo, el que se las ingeniaba. Pero no tenía nombre. Todos en su grupo tenían uno, aunque no lo usaran. El «Bicho», aunque nadie le dijera así, se llamaba Martín. El «Furia» se llamaba Ramón, pero no le gustaba, prefería que lo llamasen Furia. Estaba Tito, que se llamaba Robertito; estaba Pancho, que se llamaba Francisco. Todos tenían un nombre, menos él. Un día pasó lo más temido: estaba durmiendo en el inte-

rior de una galería cuando cayó la policía con un asistente social y lo llevaron a un juzgado. Del juzgado lo llevaron a un instituto de menores, y del instituto de menores, a un orfanato. Y de ahí lo habrían trasladado a otro instituto si no hubiera usado su astucia. En ese orfanato había un chico más grande, de unos diez u once arios, rubio y muy peleador. Ese chico tampoco tenía nombre, le decían Tacho. Lleca se acercó a él y logró que le hablase, ya que Tacho no hablaba con nadie. A los pocos días se enteró de que su silencioso compañero iba a ser trasladado a una fundación. Y entonces comprendió que ésa era su chance. Unas horas más tarde, Tacho llegaba de la mano de Justina a la Fundación BB. Cuando Bartolomé fue a abrir el baúl del auto para sacar las pertenencias de Tacho, se encontró con el pequeño Lleca, que sonriente y con picardía les dijo: —¿Qué sapa, boncha, todo liso? A lo que Barto, azorado y divertido, contestó: — Re liso, che. ¿Y vos quién sos? — Lleca —contestó él con simpleza. Rápidamente, Bartolomé pidió la tutela de ese pequeño atorrante, y allí se enteró de que no tenía nombre. — Esto hay que arreglarlo, che. Vamos a ponerte un nombre, purrete. A ver, elegí vos, ¿cuál te gusta? Pero Lleca, con una determinación inusitada para un niño de seis arios, se negó a recibir un nombre cualquiera. Él estaba seguro de que su madre, al dar a luz, le había puesto uno, y él sólo usaría un nombre el día que descubriera el suyo.

Muchas veces las personas se convierten de grandes en lo opuesto a lo que fueron en su niñez. Ése fue el caso de Juan Morales, que sería algún día **un joven valiente**, decidido y fuerte, la antítesis del niño frágil, temeroso y vacilante que era a los siete años. Había nacido en un monte, cerca de un pueblo perdido en el norte. Su familia era pobre, más allá del eufemismo «humilde», mucho más que eso. Pertenecía a una familia muy numerosa. Eran, hasta ese momento, ocho hermanos. Y en una familia tan numerosa, los débiles de la manada deben espabilarse o quedan rezagados. Juancito no tenía muchas luces, pero tenía un aliado: su hermano mellizo. El Melli parecía más débil, era más pequeño de cuerpo, más flacucho, pero era muy despierto. Ambos tenían una unión inquebrantable, estaban como soldados. El Melli era quien ayudaba a Juan a atravesar uno a uno todos sus miedos, ya que Juan le tenía temor a todo, y en especial al campo de ortigas. Para ir desde la casa hasta el arroyo, podían tomar el camino largo, que les demandaba unos treinta minutos a pie. O tomar el atajo y cruzar el campo vecino en cinco minutos. Claramente, el atajo era más cómodo, salvo por el hecho de que el campo vecino estaba lleno de ortigas. Ortigas vigorosas, enormes, más altas que ellos. Rozar apenas una hoja de esas ortigas gigantes significaba ardor e hinchazón en las piernas y en los brazos. Pero el Melli tenía un secreto. Y Juan se negaba a creerlo. —Si no respirás, la ortiga no te hace nada —afirmaba el Melli. Para Juan eso era absurdo, un sinsentido, y seguía haciendo el camino largo, aun cuando el Melli le demostraba

saltando entre las ortigas que, si no respiraba, la ortiga no lo lastimaría. Una tarde de verano estaban jugando en el arroyo y Juan tuvo una sensación, como un animal que presiente un peligro aun antes de que éste sobrevenga. Juan era puro instinto, y ese día sintió que algo cambiaría, y para siempre. Al volver a la casa, el Melli enfiló hacia el camino largo. Pero Juan sintió que tal vez ésa era la última chance que tendría de hacerlo. Entonces miró a su hermano, en quien confiaba más que en nadie. —¿De verdad la ortiga no arde si no respirás? —preguntó. —Te lo juro, Juancito, vos me viste. — ¿Y cómo es? —Vos nada más tenés que respirar hondo, aguantar el aire, y mandarte. No tengas miedo, dale. Juan lo miró. Ésas eran las palabras mágicas. «No tengas miedo». Si el Melli lo decía, era hora de superar lo que le impedía hacerle frente a ciertas cosas. Ambos cruzaron el alambrado. Se pararon al borde de las ortigas. Se miraron. Se sonrieron. No eran gemelos idénticos, eran bien distintos, pero si alguien los hubiera visto en ese momento, no lo habría dudado: ¡eran tan hermanos! El Melli lo miro, le hizo un gesto, y respiraron bien hondo. Cerraron la boca, contuvieron el aire, y el Melli empezó a correr. Y Juancito lo siguió. Ambos corrieron unos cien metros hasta llegar a un claro. Ahí soltaron el aire. — ¿Y? —preguntó el Melli, adivinando la respuesta. — ¡Es verdad! —exclamó fascinado Juancito—. ¡Ni arde, ni pica! ¿Cómo puede ser? — No sé, ¡pero es! ¡Vamos! Volvieron a tomar aire, y vuelta a correr. Y así atravesaron el campo de ortigas, sólo deteniéndose para respirar un poco y volver a correr. Al llegar a la casucha donde vivían, se encontraron con varios hechos extraños. El primero, en el patio de la casa había un señor y una señora muy bien vestidos. El segundo, la madre de ambos estaba con la cabeza gacha, con una

expresión más o menos compungida, casi llorando. Eso era algo muy extraño. Y lo tercero, sobre una mesa había un televisor. Eso sí que era raro. No tuvieron tiempo de festejar, ya que antes de abrir la boca, el padre, severo, les informó que el Melli se iría con los señores, ya que lo iba a adoptar una familia de la Capital. Y no dijo más. Ambos hermanos se miraron. Sus corazones se estrujaron a la par. Desgarro y dolor. Y rebeldía. Pero al papi no se le discutía. Al papi se le hacía caso, y se le tenía miedo. Juan pensaba que no podría sobrevivir sin su hermano. Tenían ambos siete años, y apenas si sabían decir no. Juan estaba sentado en el fondo, dándole la espalda a la partida de su hermano. El Melli se acercó, y le dijo que lo dejaban ir a la ciudad con él, y despedirse allí. Juan asintió, y fue calladamente hasta el auto de los señores bien vestidos, que le abrieron la puerta con una sonrisa, y él subió. Cuando se cerró la puerta, el auto arrancó. Juan se alarmó porque el Melli aún no había subido. Miró por la ventanilla, y vio que lo saludaba con gran tristeza en su rostro. La mujer bien vestida giró y sonriente le dijo: — Así que te dicen Melli... — No, a mi hermano le dicen el Melli. — Mejor te vamos a llamar por tu nombre, es más lindo, ¿no? ¿Te llamás José? Aun con siete años y sus pocas luces, Juan comprendió lo que estaba ocurriendo. José, el Melli, su hermano, el que no le tenía miedo a nada, se había asustado. Lo asustó la idea de ser adoptado, de dejar el monte y la familia. Y por miedo lo había mandado a él en su lugar. Su hermano, una parte de sí mismo, lo había traicionado. Desde ese momento, su vida cambió para siempre. Su familia lo había entregado a cambio de un televisor. Blanco y negro. Y así fue su vida a partir de ese día: en blanco y negro. Su mutismo desconcertó a la familia adoptiva. Nunca se adaptó. La nueva madre terminó rechazándolo y los días en esa casa fueron un infierno. Hasta que escapó.

Vagó por la ciudad, por la vida. Conteniendo el aire, como en un gran campo de ortigas. Desde la traición del Melli, de su otra mitad, ya no podía confiar en nadie. Se metió en problemas. En muchos problemas. Terminó rodando por institutos y reformatorios. A esa altura, el miedoso Juancito se había convertido en puro resentimiento. Ya no le tenía miedo a nada. Sólo al Escorial, un reformatorio para niños y jóvenes problemáticos. Un robo, una pelea callejera, un policía y la intervención de un asistente social. Pero algo ocurrió a último momento. Alguien lo rescató. Alguien evitó su traslado al Escorial. Y **en su** lugar, lo llevaron a una fundación, la Fundación BB. **Su** instinto le decía que ese señor de rulos y sonrisa falsa era **peor** que un campo de ortigas. Tenía once años, mucho resentimiento y mucho odio acumulados cuando llegó a la Fundación BB. Allí conoció a un **chico** rubio y de ojos tristes que se llamaba Ramiro, quien sería, con el tiempo, su hermano, esa mitad que perdió el **dia**, **que** el Melli lo traicionó.

—**La vida es una rueda**, rueda con ella —le decía siempre su madre. O tal vez lo dijo sólo una vez, pero a Jazmín le quedó grabado a fuego. Ella no entendía lo que su madre quería decirle. Todavía no podía pensar en metáforas, por eso imaginaba la vida de verdad como una gran rueda de auto. Esa frase que su madre repetía era una más de las tantas cosas que no le cabían en la cabeza, pero la aceptaba. No comprendía la infinidad de rituales y tradiciones que preservaba su familia. Para cada pregunta de ella siempre había una única respuesta: — ¿Por qué tenemos que usar pañuelos en el cabello? — Porque somos gitanos. — ¿Por qué hacemos palmas? — Porque somos gitanos. — ¿Por qué el abuelo parece llorar cuando canta? — Porque es gitano. — ¿Por qué no puedo jugar con esas chicas? ¿Por qué se ríen de mi en el colegio? ¿Por qué tengo que bailar así? — Porque somos gitanos. — ¿Por qué papá y el tío pelean tanto? ¿Por qué tienen cuchillos? ¿Por qué gritan y los clavan en la mesa de madera? — Porque somos gitanos. Ser gitano lo explicaba todo. Y sin saber por qué, sentía orgullo de ser gitana. No sabía qué significaba serlo pero su madre lo decía con orgullo y su padre también. Sus abuelos, tíos y primos gritaban y cantaban con orgullo: ¡somos gitanos! Todos hacían palmas cuando ella bailaba flamenco, y le gritaban, y la vivaban, y los tacos repiqueteaban en el tablao, y el olor de las rosas, y la seda roja brillante, y **ese** canto que parecía un llanto. Somos gitanos. Y con orgullo.

Ser gitano es todo en un mundo de gitanos. Ser gitano es nada en un mundo de payos. Jazmín cumplía siete años. Era un día de lluvia y no podían salir. Su madre hizo palmas. Y cantaron y bailaron en su habitación. Su papá le regaló una cámara de video. Su mamá la filmaba mientras ella bailaba y cantaba:

Vienes arrepentida, vienes pidiendo perdón... Diciendo que me quierest que he sido tu primer amor...

De pronto un grito. ¿Por qué gritan? Porque somos gitanos. Más gritos. La sonrisa de su madre se desvaneció. Miedo en sus ojos. Su madre la escondió bajo la cama y le hizo prometer que no saldría. Desde su escondite, ella vio los zapatos de su padre, los zapatos de otro hombre. Olor a cigarro. Más gritos. Se tapó los oídos. Oyó un grito desgarrado. Su padre cayó. Su madre también cayó. Sangre. Dolor. El hombre apagó su cigarro en el piso. Y se marchó. Todos lloraban y gritaban, lamentándose en el entierro de sus padres. Muchos juramentos, maldiciones y plegarias. Muchas viejas vestidas de negro. Y luego, mucha soledad. Ella tenía entonces que ir a vivir con otro clan. El clan de Joselo. ¿Y por qué? Porque somos gitanos. Joselo es cruel. Es violento. Joselo es malo. Un juez vino a buscarla y le dijeron que la iban a llevar a vivir a otro lugar. Que ya no tuviera miedo, que Joselo no podría hacerle nada. La llevaron a vivir a una mansión, la Fundación BB. Ahí no la dejarán cantar sus canciones. Ni usar su ropa. ¿Por qué? Porque no son gitanos. Ahí vive un chico muy serio y muy triste con su hermanita más chica. Ahí también vive un chico rubio, de pelo largo y enrulado, siempre está enojado y es prevenido. También hermoso. Se llama Juan, pero le dicen Tacho. Él la mira, la mira mucho. Y le dice que quiere ser su amigo. Pero ella le dice que no. ¿Por qué? Porque él no es gitano. Ella sabe que hubo un día en que todo eran palmas y

música y flamenco. Y luego hubo un día en luto y desgracia. Pero sabe también que vendrá un día en el que todo volverá a ser palmas y música que la vida es una rueda, y ella rueda con la vida

36

El día que cumplió catorce años, Marianella supo que no crecería mucho más que la estatura que había alcanzado. Vio, con ansiedad, cómo todos sus compañeros y compañeras del orfanato habían pegado el tan esperado estirón. Pero ¡no! Y ya sabía —ella estaba segura— que nunca lo pegaría. En lugar de acomplejarse y compadecerse, hizo algo que salvaría la vida: empezó a reírse de sí misma, aunque **Marianella no sonreía**. Se reía de su baja estatura, de su torpeza, de su escaso vocabulario. Se reía mucho y esa risa la salvaba. Aunque no tenía motivos para reírse, nunca los había tenido. Sabía que había sido abandonada en una parroquia en la que vivió sus primeros años de vida. Recordaba vagamente al cura, incluso con algo parecido al cariño, porque la había tratado con respeto. Pero un día él no estuvo más. Y ella tuvo que irse. A los cuatro años llegó por primera vez a un orfanato. Era el primero, pero no sería el último. Desde los cuatro hasta los catorce, pasó por ocho orfanatos. O la echaban o escapaba. Marianella se había convertido en una molestia, una diminuta hormiga enérgica. Porque a Marianella se respetaba. Y si alguien no lo hacía, se convertía en una furia capaz de golpear e incendiar. Le dolía tanto su soledad, el cúmulo de abandonos que había tenido que soportar; le dolía tanto el desamor, que esenajada. Furiosa con el mundo. Y pegaba. Su vida era dura. Triste. Injusta. No tenía motivos para reír. Le habían dicho tantas veces que era una nena muy mala, que se lo había terminado creyendo. Se había

convencido de que tenía una sonrisa horrible. Y por eso cada vez que algo le daba risa, se tapaba la boca. Una mañana de marzo el director del orfanato en el que vivía les ordenó a todos que se pusieran su mejor ropa y se peinaran. Vendría a la institución un hombre justo. Un santo que adoptaría a uno de ellos y lo llevaría a su espléndida Fundación. Marianella no creía en milagros. Sabía que no existían hombres justos, y mucho menos santos. Ni espléndidas fundaciones. Y si existían, estaba convencida de que jamás la elegirían a ella. Sin embargo, tuvo que ponerse su mejor ropa, intentar desenredarse el pelo y presentarse en el comedor. Cuando estaba entrando, un chico que siempre la molestaba quiso pegarle un chicle en su pelo enmarañado. Ella lo advirtió, le sujetó la mano y se la retorció. Se trenzaron en una pelea que ganó Marianella, ya que peleaba mejor que un hombre. Y así la conoció don Bartolomé Bedoya Agüero, quien al verla tan chiquita, tan revoltosa, peleadora y rebelde, no dudó un instante. — ¡Ésa! ¡Ésa es la elegida! Marianella lo miró con desconfianza. Y también miró a la horrible mujer que lo acompañaba, vestida íntegramente de negro, y con turbante, que la observaba con sus enormes ojos, horrorizados. Marianella había aprendido a no tenerle miedo a nada o, al menos, a no demostrarlo. Por esa razón inquirió con sumo desenfado: — ¿Y éstos quiénes son? — Tu nueva familia, querida. ¡Tu nueva familia! exclamó Bartolomé con una sonrisa beatífica. Una hora más tarde, Marianella experimentaba dos cosas que nunca había vivido: viajaba en limusina y entraba en una casa con calefacción.

—¡Vivís en babia! Siempre en la luna, ¡chambón! —le espetaba Bartolomé a Thiago, su único hijo, cada vez que

Las pocas veces que iba a buscarlo al colegio, el viaje de egreso era un largo monólogo de retos y recriminaciones del padre hacia su hijo. Con apenas nueve años, Thiago había aprendido a desconectarse cada vez que esto ocurría. Desviaba apenas su mirada, y observaba a través de la ventanilla. Se iba, mentalmente, a su mundo, en el que tenía una villa feliz.

Como bien decía su padre, Thiago era **un niño**

en **la luna**. Bartolomé le exigía mucho, y lo reprendía por todo: por no cuidar el uniforme, por sacar una nota baja, por confesarlo a sus compañeros que tenía una beca en el prestigioso y rarísimo Rockland Dayschool, por ser amigo de los más pobres y roñosos, por no hacerse amigo de los más ricos, por no traer a casa a jugar al hijo del juez Pérez Alzamendi, por tocar y tocar la guitarrita todo el día, por llorar cuando I4B veía gritarle a su mamá.

el único remanso de Thiago en su vida era Ornella, su madre. El día se iluminaba cuando llegaba a casa y estaba

esperándolo con la merienda. Le encantaba comer lentamente las tostadas con manteca, demorando hasta que se enfriaba el chocolate caliente, mientras le contaba cómo había sido su día en el colegio, qué le había dicho la chica si le gustaba o compartía con ella la nueva canción que había sacado con la guitarra. Ornella lo escuchaba con mucha atención, como si todo lo que él contara fuera muy importante. Y es que lo era. Y Ornella lo sabía. Un día de invierno, mientras regresaban del colegio,

Thiago percibió que los gritos de su padre tenían un tono distinto. Le recriminaba las mismas cosas de siempre, pero había algo diferente en él: lágrimas en sus ojos. Bartolomé no lloraba, claro que no, porque hacía un gran esfuerzo para no dejar escapar las lágrimas. Al llegar a la casa, notó que su madre no estaba, ni tampoco la merienda. La única explicación que Bartolomé le dio fue: —Tu madre nos abandonó. No quiero llantos ni berrinches, hacete hombre de una vez, ¡che! No la extrañes, ni eso se merece —y se encerró en su escritorio. El mundo de Thiago se rompió en mil pedazos. Era imposible que su madre lo hubiera abandonado. Tal vez sí a su padre, y lo bien que hubiera hecho, pero no a él. No tenía sentido, era un absurdo. Sin embargo, pasaban los días, y Ornella no volvía, ni llamaba. Cuando le preguntó a su padre dónde estaba su mamá, ya que quería ir a verla, Barto le contestó que «estaba prendiendo sahumerios en la India». El libro de geografía mostraba dónde estaba la India, el diccionario explicaba qué era un sahumerio. Pero ningún libro explicaba el abandono de su madre. Un año después de su desaparición, Thiago recibió una carta de Ornella, que ahora firmaba como Kendra; ése era su nuevo nombre. Le explicaba que estaba «buscándose» en la India, donde había encontrado la paz. Que lo quería mucho pero que ambos debían aprender a ser seres independientes. Y finalizaba diciendo: «Te adoro, Lunarcito. Kendra». Thiago dejó la carta con desprecio, y nunca volvió a leerla. Guardó su dolor y empezó a mirar la vida como a través de una ventana. Estaba sin estar, miraba sin ver, oía sin escuchar; estaba en su mundo, en la luna. Y desde allí veía cómo la vida cambiaba a su alrededor. Justina, el ama de llaves, se ocupaba de él y lo trataba con mucho cariño. Su tía Malvina revoloteaba por la casa, inmersa en su propia luna. Barto estaba alterado, la herencia no se destrababa, necesitaba cash. Y cuando la casa empezó a llenarse de chicos

huérfanos, no le permitieron acercarse a ellos, que vivían en un ala apartada de la casa. Se sucedieron otoños, inviernos, Primaveras y veranos. Todo cambiaba a su alrededor, y Thiago lo veía a la distancia, desconectado. Sin sentir ninguna tiloción. Un día su padre decidió que debía hacer sus estudios secundarios en Londres. Y, sin más, en dos días estaba viajando, solo, al instituto donde pasaría los siguientes tres años. Para Thiago todo daba lo mismo. Vivir en la mansión en Londres era un detalle. En Londres había mucha niebla, y eso lo ayudaba a i'scondarse, a ser un solitario. Se sucedían los meses, las cla.dis, los profesores, y Thiago seguía en su luna. *Man on the mon* le decían, en broma, sus compañeros. Ése era el título una canción de REM. Una tarde entró en su habitación de la residencia estuiliantil. Su compañero de cuarto había traído una guitarra. I di tomó y empezó a tocar algunos acordes, como recordando tul hábito que había abandonado hacía muchos arios. Intuíi va mente empezó a tocar los acordes de *Don' t look back in 'I mor*, una canción de Oasis que sonaba mucho en Londres por esos días, y que le encantaba, una canción que le provocaba una tristeza indefinible. Entonces empezó a cantar.

Slip inside the eye of your mind don't you know you might find a better place to play...?

Las lágrimas empezaron a rodar por su mejilla. Después ilp muchos arios por fin pudo llorar. La canción le decía que ti lo profundo de su mente debía saber que debería enconar un mejor lugar para jugar.

You said that you'd never been but al] the things that you've seen will slowly fade away...

Su voz se quebraba mientras cantaba, el llanto invadía todo. Sus ojos, su voz. La canción le decía que todas las cosas que había visto se desvanecerían en su mente...

So I start a revolution from my bed...

La canción le pedía que comenzara una revolución, y él lo hizo. Llorando, armó su bolso. Puso todo lo que tenía, que no era mucho. Y corrió a la estación del tren. De allí al aeropuerto. En el aeropuerto buscó un cibercafé y allí escribió una autorización como si fuera su padre. La imprimió, falsificó la firma y la adjuntó a la que había sido firmada ante un escribano. Luego se dirigió a la compañía aérea que había extendido su pasaje de regreso para el mes de julio, y pidió cambiarla para ese mismo día. Pagó cien libras y esperó la hora de embarcar. Durante todas las horas que duró el vuelo, la canción sonaba y sonaba en su cabeza.

Don 't look back in anger...

«No mires hacia atrás con ira», le sugería la canción. Y él no podía dejar de escucharla en su cabeza, mientras el avión iniciaba las maniobras de descenso.

—Eudamón va con hache? —preguntó por preguntar **una joven hermosa y frívola** que se había sentado en la primera fila del aula magna de la Facultad. La muchacha se destacaba del resto, no sólo por su belleza, sino también por su atuendo, más apropiado para un cóctel que para una clase de arqueología. —No, Eudamón se escribe sin 17,-che. Se escribe exactamente como está escrito en el pizarrón —contestó el doctor Bauer, el brillante arqueólogo que estaba dando su clase. —Ah, ¡qué bóvida! —dijo entre risas la alumna, tratando de captar la atención del profesor, pero él ni siquiera la miró, y continuó apasionado con el tema. La joven era Malvina Bedoya Agüero, hermana menor de Bartolomé y tía de Thiago. De chiquita, fue una nena consentida, superficial y caprichosa. De grande, seguía siendo igual. Cuando terminó el colegio secundario —dos años más tarde de lo que debía, dos veces repitiente—, se anotó en la carrera de diseño de indumentaria, porque le costaba muchísimo conseguir carteras que combinaran con los zapatos. «Oh, my God, ¿tan difícil es combinar una cartera con un zapato?» Si anotarse en la carrera le resultó difícil, mucho más complicado fue encontrar el aula donde se dictaba la materia que buscaba. Abriendo puerta tras puerta, se topó con el aula magna, donde se cursaba el último nivel de arqueología. Al asomarse creyó oír una frase clave —¿«trabajos en cuero»?— y pensó que por fin había dado con su clase. Y ahí lo vio, al frente del salón, con una camisa a cuadros abierta —divina—, sobre una musculosa verde militar —soñada—,

unos pantalones cargo, unos borcegos deslustrados por el uso y un sombrero de cuero marrón gastado. «¡Me muero muerta! Este profe sí que sabe de moda», pensó y se sentó. No podía dejar de mirar sus ojos azules, su pelo dorado, sus dientes blancos —¿dónde se hará el blanqueamiento?—, ni dejar de escuchar el sonido de su voz. Le encantaba oír las palabras que decía, aunque no entendía nada. Y por supuesto nunca se enteró de que estaba en una clase de arqueología. Nada de eso importaba, porque al final de la clase sabía dos cosas: que Eudamón se escribía sin hache —¿o con hache?—, y que quería ser la novia del doctor Bauer. Concurrió puntualmente a cada clase de arqueología y, aunque seguía preguntándose cuándo empezarían a hacer trabajos en cuero, le fascinaba sentarse en la primera fila e imaginar diferentes maneras de abordar a Nick, como ya lo llamaba íntimamente. Él, seguía ignorándola, no por descortesía, sino porque cuando daba clases viajaba en el tiempo, al tiempo del que hablaba. Habían pasado unas pocas semanas cuando Malvina decidió que era hora de actuar. Enterada de que Nick daría una charla fuera del ámbito de la Facultad, decretó que ése sería el momento de aproximarse a él. Concurrió al museo con un vestido azul eléctrico, soñado, y escuchó paciente toda la charla. Luego, durante el cóctel, por fin pudo captar su atención. Él la vio y se deslumbró con su belleza. No asoció a esa mujer con la alumna que escribía Eudamón con hache, pero enseguida ella le aclaró de dónde lo conocía y lo felicitó por las clases, aunque se permitió criticarle que había poca práctica, que quería empezar a trabajar con cuero. Aunque él no entendió bien a qué se refería, le anunció que las clases siguientes tal vez fueran menos teóricas, ya que sería reemplazado por otro docente: estaba a punto de hacer un importante viaje. Ella se sintió morir. ¿Dos meses sin ver a Nick? ¡No way!

el comentó que viajaría a Francia, a la Côte d'Azur, donde (le) ría un seminario. ¿Dos meses entre francesas divinas? ¡No way! Viajaría con su hijo. ¿Nick tiene un hijo, es casado y feliz? No way !

el le contó que era padre soltero, que la mamá no vivía con ellos. Y mirando la hora se disculpó, debía apurarse porque viajaba esa misma noche. ¿Nick se había ido sin llevarla o casa, sin besarla ni proponerle ser novios esa misma noche? ¡No way!

Bartolomé puso el grito en el cielo cuando Malvina le exigió un viaje a Francia, en primera por supuesto, mínimo ejeta, hoteles de lujo y tarjeta sin límite. Ya hablaba de Nick como su novio. Bartolomé ignoraba que apenas si habían conversado una vez, por lo que concluyó: «Que te lo pague el novio». Pero Malvina era insistente, persuasiva, y jugó su mejor carta. Aunque era bastante boba, sabía conseguir lo que quería. Tenía la información de que la herencia de tía Amal da estaba trabada, pero sabía también que, en un gesto heroico, su tía le había adelantado un suculento monto de ésta, la absurda cláusula de que sólo accedería a ella cuando se casara. Con ese argumento convenció a Barto. Ese viaje podía ser la ocasión de afianzar el noviazgo. Bartolomé aceptó con la esperanza de casar a su hermana y al fin percibir algo de la herencia. Viajaría en turista, por supuesto. Iría a hostels con baño compartido. Y nada de tarjeta. Sólo debía sacar más horas a los purretes a la calle para solventar el gasto. Malvina partió hacia Francia. Grande y grata fue la sorpresa de Nicolás cuando la vio allí. Empezaron a frecuentarse: a veces ella iba a sus clases, a veces iban a pasear por la playa. Por las noches él la dejaba en la puerta de un gran hotel cinco estrellas. Ella lo saludaba desde la entrada, y cuando él se iba, ella caminaba diez cuadras hasta su hos-

tel. Pero Malvina logró lo que quería: ser registrada por Nicolás. Fue conociendo su vida. Supo que estuvo muy enamorado de su ex mujer, Carla. Se enteró de que ella lo había abandonado para irse con su peor enemigo, Marcos Ibarlucía. Que él se hizo cargo de Cristóbal, su hijo recién nacido, y que mantenía vivo el gran sueño de su padre y de su abuelo: encontrar la Isla de Eudamón. Una noche de verano —Malvina estaba sorprendida de que en Francia hiciera tanto calor en julio—, mientras caminaban por la playa, iluminados por una luna enorme que se reflejaba en las aguas tranquilas del Mediterráneo, Nicolás le habló de sus fantasías y anhelos. Y ella comprendió que había alcanzado el suyo.

Nicolás Bauer era el único hijo del doctor Andrés Eneas Bauer y Berta Gough. Criado desde chico como un adulto, se transformó de grande en **un adulto niño**. Nicolás nunca supo decir no. No sabía decirle no a Berta cuando le hacía el corte de pelo a la taza ni cuando lo vestía con bermudas y tiradores. No sabía decirle no a su padre cuando, como único paseo, lo llevaba una y otra vez al Museo Arqueológico Nacional. Nunca pudo decirle no a su madre, que se entregó a la depresión tras la muerte de su padre. Obsesionado y tildado de delirante, el doctor Bauer murió en un naufragio, tras una pista falsa que lo conduciría a Eudamón. Berta quiso evitarle ese destino a su hijo, y lo persuadió de estudiar otra carrera. Medicina. Nicolás no pudo decirle no, y tampoco pudo confesarle que, en secreto, estaba estudiando también la carrera de Arqueología. Berta tenía pavor de que su hijo también se obsesionara con esa loca idea de hallar la Isla de Eudamón. Isla mítica de la tribu de los prunios, cuya búsqueda incansable consumió las energías y el patrimonio del doctor Bauer padre, además de acarrearle la burla y el desprestigio entre la comunidad arqueológica. Tampoco supo decirle no a Carla, la explosiva y bella mujer que conoció en la Facultad. Carla era hermosa, apasionada... y libre. Jugaba con él, no se ataba a nada ni a nadie. Nicolás sabía que debía alejarse de ella, que era un veneno que lo iría consumiendo poco a poco. Pero ella no lo soltaba, lo tenía atado con un lazo invisible, lo alejaba y lo acercaba, pero nunca lo soltaba. Y él no supo decirle no. Tampoco pudo decirle no me dejes cuando ella se fue con

Marcos Ibarlucía, un hombre al que él no conocía personalmente, pero sabía que era un traficante de reliquias arqueológicas, el peor de los crímenes para Nicolás. Tampoco pudo decirle no cuando Carla volvió a sus brazos, embarazada y abandonada. Él la recibió sin reproches y por un tiempo imaginó una vida juntos, un futuro, una familia. No tuvo la ocasión de decirle no te vayas, el día que despertó con una carta en la que ella explicaba su imposibilidad de atarse a algo. Y un hijo era algo que ataba mucho. Los abandonó, a él y a Cristóbal, el hijo de Carla y de Marcos Ibarlucía, a quien Nicolás criaría como propio. Y ahí todo cambió. Ser padre lo volvió adulto súbitamente; como si lo hubieran sumergido en un lago helado, despertó y dejó de ser un niño que no podía decir no. Dejó la carrera de medicina y se dedicó a terminar su doctorado en Arqueología. Contaba con la ayuda de su fiel amigo Mogli, un salvaje de la tribu zahorí, a quien Nicolás había salvado de la muerte en una expedición por el África. De acuerdo con su cultura, Mogli le debía lealtad y servicio a su salvador, y por eso lo asistía con sumisión. Nicolás no aceptaba eso, y lo trataba como a un amigo. Así constituyeron una extraña familia: un joven arqueólogo recién doctorado, un salvaje zahorí que hablaba un extrañísimo castellano, y el pequeño Cristóbal que crecía feliz, en un mundo de viajes, expediciones, leones y momias. La vida de Nicolás se había vuelto inesperadamente feliz. Era feliz viendo crecer a Cristóbal, o *Cristobola* como lo llamaba Mogli en su particular dialecto. Era feliz con su éxito profesional. Y era feliz con su apasionante búsqueda de la isla de Eudamón. Pero Cristóbal estaba creciendo. Ya tenía siete años y era tiempo de establecerse, de tener una casa, un colegio; de hacer amigos y echar raíces. Y, sobre todo, Cristóbal, necesitaba una mamá. Entonces supo decir no a su deseo de vagar por el mundo, decidió establecerse. Y se dispuso a conocer a una mujer con la que pudiera formar una familia. Y apenas comenzó a pensar en eso, apareció una mujer

hermosa que lo deslumbró. Fue en un cóctel. Ella se acercó con su espléndida sonrisa, con ese vestido azul que se movía suave, como un campo de trigo a la luz de la luna. Y le habló con esa voz de niña rica. Le hablaba de carteras de cuero, combinables con zapatos, pero él apenas prestaba atención a lo que decía. Mucho mayor fue su sorpresa cuando, a los pocos días, volvió a encontrársela en la Unte d'Azur. Pensó en el destino, Pensó en señales que no debía desoír. Compartieron varios días de paseos, de carteras de cuero y charlas sobre por qué era imposible combinar lunares con rayas. Nicolás estaba encantado. Ella no era inteligente, pero le resultaba divertida. Hacían una combinación perfecta. Ella era bella, dulce y graciosa. Él era inteligente, apasionado y soñador. Antes de que Nicolás terminara de hacerle la propuesta de ser novios, ella había dicho sí. A los cuatro meses de noviazgo, quiso sondearla sobre sus planes a futuro; no terminó de preguntarle si ella soñaba con formar una familia, cuando ella le dijo que aceptaba casarse con él. Él no alcanzó a, decirle que Cristóbal necesitaba una madre, cuando ella le prometió que sería la madre de *Cristiancito* con gusto, aun cuando no lo había conocido ni recordaba bien su nombre. Casi sin darse cuenta, había programado un compromiso, una presentación en sociedad de su pareja. Y la sociedad era una cuestión importante; Malvina era una Bedoya Agüero, y ellos le daban mucha trascendencia a eso. Conocer a Bartolomé terminó de enamorar a Nicolás de Malvina. Era un hombre rico que había convertido su suntuosa mansión en una fundación en la que daba techo, colinda y estudio a un grupo de chicos huérfanos. Nicolás sinin que ése, definitivamente, era su lugar.

Una pista sobre un papiro que podía contener datos precisos de la ubicación de la isla de Eudamón lo llevó a Malasin, hacia donde partió con Mogli y Cristóbal. Mientras tanto, Malvina avanzó con la organización de la fiesta de compro-

miso. Aunque la palabra fiesta, sumada a compromiso, le generó cierto temor a Nicolás, trató de no pensar en eso y siguió enfrascado en su sueño. Sólo lo recordó cuando descubrió que la pista era inconducente y recibió un llamado de Malvina para chequear que su vuelo de regreso llegaría a tiempo. Al día siguiente tendría lugar el festejo. Así fue cómo el 21 de marzo de 2007 Nicolás volvió al país, se vistió con el disfraz veneciano que Malvina había elegido para él, vistió a su hijo e intentó peinarle esa maraña de pelo imposible de desenredar, y juntos se dirigieron a la

mansión Inchausti. Había llegado la hora de sentar cabeza y comprometerse. Había llegado la hora de decir sí.

La conmoción no ocurrió cuando la abandonaron en el bosque. Cuando ella llegó al bosque, en esa noche de tormenta, ya estaba amnésica. Lo que la dejó prisionera en un lugar sin tiempo en su cabeza fue la muerte de su madre. **Ángeles Inchausti** estaba tiritando en un oscuro insillo de la mansión de su abuela. En una habitación, tras mut puerta entornada, su madre gritaba y lloraba. Un extraño hombre de rulos y una siniestra mujer toda vestida de negro, con turbante y unos ojos enormes, negros, estaban con su madre. Al cabo de un tiempo que le pareció eterno, oyó un último grito de su madre y el llanto de un bebé. Nada más. La puerta se abrió al cabo de unos minutos. La mujer sostenía a su hermano o hermana, no lo sabía. Y el hombre le dijo, casi sin mirarla: — Mamita espichó. Pasó a mejor vida. — Quiere decir que murió —tradujo la mujer viendo que la niña no entendía. Ése fue **el** final. Ahí se terminó Ángeles Inchausti. Lo que siguió fue como un extraño sueño. Como una madera en el mar, ella se movía de un lado a otro, sin saber dónde estaba. Cuando Bartolomé y Justina la abandonaron en el bosque, esa fría noche de tormenta, ella ya no sabía quién era. Y tampoco lo sabría la mañana siguiente, cuando un hombre mayor que cortaba leña en el bosque la encontró, tiritando junto a un árbol. El hombre la llevó al carromato donde vivía con su mujer. Eran los dueños de un modesto circo itinerante, el Circo Mágico. Ambos eran ya mayores y habían perdido hacía algunos años a su única hija. Se compadecieron de esa pobre

niña perdida en el bosque, que apenas hablaba. No sabía dónde vivía ni cómo se llamaban sus padres. Tampoco recordaba su propio nombre. Amanda y Aldo Mágico eran muy buena gente y hacían siempre lo correcto, por eso comunicaron el hallazgo a la policía, que corroboró que no había ninguna niña buscada en la zona. Publicaron su foto en los diarios, pero nadie la reclamaba. Mientras tanto, el juez de menores decidió que la niña permaneciera con el matrimonio Mágico, hasta tanto dieran con su familia. Amanda era muy dulce y se ocupaba de ella con mucho esmero. Comenzó a llamarla cielo, cariñosamente, y lo que surgió como un modo afectuoso de invocarla, se convirtió con el tiempo en su nuevo nombre. Así nació **Cielo Mágico**. Cielo no parecía extrañar su antigua vida. No sólo no la recordaba, sino que no se esforzaba por hacerlo. Lo único que conservaba de su pasado era una pulsera de cuentas plásticas, con un extraño símbolo. Se sentía feliz viviendo allí. Era la mimada de todos los artistas del circo, pasaba el día entero en el carromato de los enanos, volvía siempre con algún machucón del carromato de los malabaristas, o toda pintarrajeada tras estar con los payasos. Pero lo que realmente la fascinaba eran los equilibristas. El señor Pierre Morel, que era el patriarca de la familia, no le permitió a Cielo acercarse a la cuerda floja durante mucho tiempo. —Paga subigse a la cuegda floja hay que sabeg pagagse en la vida —decía elíptico. Pasaron meses, y nunca pudieron dar con el paradero de la familia de la pequeña Cielo. Finalmente el juez le concedió al matrimonio Mágico la tutela de la pequeña, a quien pudieron documentar. Cielo Mágico ya tenía una identidad. Así, día a día, mes a mes, y año tras año, Cielo fue creciendo feliz en un mundo fantástico. Allí no había los típicos animales de circo, ya que los Mágico no estaban de acuerdo con utilizarlos en las pruebas y números circenses, pero había

lios perros. Cada carromato tenía dos o tres perros. Cielo hm conocía a todos por su nombre. Pasaba sus días entre asistas, lanzallamas y malabares, entre zancos y guitarras. El circo era un conglomerado de artistas de distintas nacionalidades, por lo que Cielo empezó a desarrollar un curioso una forma de hablar muy particular. Era payasa con payasos, maga con los magos y bailarina con los bailanPero lo único a lo que no podía acceder era a la cuerda lola. Será por eso que su gran deseo era ser equilibrista. Cuando cumplió los quince años, el señor Morel llegó Isla su carromato con una gran vara de equilibrio, y con na regalo de cumpleaños le comunicó que estaba dispuesto a aceptarla como aprendiz. Cielo Mágico comenzó a dar sus pi 'meros pasos en la cuerda floja. Comenzó en el piso, y **luego** fueron subiéndole la altura. Con gran destreza y gralln, se fue convirtiendo en la mejor equilibrista que el señor Morel había visto en su vida. Cuando cumplió los dieciocho años, hizo su debut prohional. Se había transformado en una mujer de una belleza 'mica, exquisita. Y el circo Mágico se engalanó con la nueva artista. Cielo amó mucho a sus viejis, como ella llamaba con gran efecto al matrimonio que la había criado como a una hija. Eran ya grandes, y temía no poder disfrutarlos durante varios años más. Cuando Cielo tenía diecinueve, murió Aldo, y (los meses después, Amanda, que no sabía vivir sin él. Cielo volvió a quedar huérfana por segunda vez. Pero ya era una mujer bien parada en la vida, por eso era una excelente equilibrista, como decía el señor Morel. Sin los viejis, el circo empezó a disolverse. La solución fue venderlo, por nada, a un empresario de dudosa procedencia, que mantuvo a los artistas pero, a diferencia de sus dueños originarios, era un explotador. Poco a poco los artistas empezaron a irse, y Cielo entendió que se acercaba el momento de hacer su última función. A fines de marzo de 2007 se despediría sobre la cuerda floja del Circo Mágico. Pero un incidente involuntario precipitó su partida.

'Iba en el aire, se podía respirar, se podía presentir. la magia y el amor llegarían a la mansión Inchausti. el 21 de marzo de 2007, mientras Marianella entraba por primera vez a la Fundación BB, Nicolás Bauer, a punto comprometerse, intentaba en vano desenredar el pelo de Cristóbal en la habitación del hotel. Malvina corría desesperada por la mansión ultimando los preparativos de la fiesta

Rama, Lleca y Aleli entraban en el Circo Mágico, siguiendo la orden de Bartolome, con la intención de robar. mismo momento, Cielo deslumbraba al público con mas acrobacias y el avión en el que viajaba Thiago iba serenamente en la pista. Mientras todo eso ocurría simultáneamente, como si cruzara los hilos que unirían en un punto los diferentes destinos, frente a la mansión Inchausti una misteriosa de pelo plateado observaba el reloj con una sonrisa esperanzada

55

Capítulo 02

Dos compromisos

en lo primero que pensó Marianella apenas intuyó cómo sería su destino en ese lugar fue **escaparé**. al llegar a la Fundación BB, Marianella miró sorprendida la casa en la que viviría. El imponente portón de hierro labrado se abrió para darles paso, y ahí mismo Justina comunicó la primera regla. el portón se cierra a las seis de la tarde, y nadie salir ni entrar después de esa hora.

bartolomé la miró con severidad, ya que esos modos sólo **generaban** aprehensión en los niños. En cambio él los trataba con una edulcorada ternura. Sabía que había un tiempo, rocoso, para ganarse la confianza de los purretes y así poder . iniciarlos en la inefable tarea para la que eran reclutados pero Marianella desconfiaba más de la sonrisa temblorosa de Bartolomé que de los ojos de lechuza de Justina. Mientras recorrían la galería que conducía a la puerta principal la diminuta rebelde observaba la clásica construcción del edificio. Y creyó ver que una horrible cabeza de bicho —una de las gárgolas que ornamentaban el frente de la mansión

— giraba a su paso. Ese lugar le daba miedo, tenía **algo siniestro** como un susurro de peligro. Por pura intuición se aferró a la pequeña bolsa sucia y raída que traía entre sus brazos la pesada puerta de madera se abrió, y Marianella sintió una súbita caricia de la calefacción, algo difícil de apreciar si no se ha padecido realmente el frío. Tener frío en invierno es algo que conocemos todos, pero vivir a toda hora con frío algo muy distinto. Un frío que cala los huesos, que se siente como un dolor crónico, que no se calma con nada. Así eran los inviernos de Marianella y de todos los chicos que vi-

vían en el orfanato. Por eso, Cuando dio un paso dentro de la sala calefaccionada, la invadió una repentina emoción, y por un momento llegó a confiar en que su suerte de verdad había cambiado. Pero pronto se anotició de la segunda regla: —Este sector está prohibido para ustedes. Nadie puede entrar en la sala sin autorización. Y bajo ningún punto de vista se puede subir a la planta alta. ¿De acueredo? —siguió advirtiendo Justina, remarcando mucho las erres. Y de inmediato la condujo al sector-donde viviría. Una pequeña puerta frente a la escalera conducía a la fundación propiamente dicha. Apenas la atravesó, notó el cambio. Ya no había allí paredes revestidas en madera pintada de color azul oscuro, ni pisos de mármol azul y blanco, ni hogar a leña, ni olor a lavanda, ni enormes cuadros de personas viejas, ni objetos dorados, ni estatuas desnudas. Detrás de la puerta, había paredes blanqueadas a la cal, pisos de madera resquebrajada y olor a humedad. Y frío. El mismo frío de siempre. Que la pequeña ingresara por la puerta principal, para luego negarle ese privilegio y conducirla al lugar gélido y horrible en el que viviría, no era simplemente un juego cruel y perverso. No. Era una estudiada manera de mostrarle todo lo que no tenía ni tendría jamás. Era una forma de someterla, de forzarla a aceptar su destino. Después de recorrer el estrecho pasillo que comunicaba la sala principal con el sector de los menores, llegaron hasta una especie de patio interno, techado. El frío bajaba desde la chapa del techo como una nevada invisible. En el patio había algunos pupitres, pero ningún libro. Y sobre una pared, un pizarrón, sin rastros de tiza. Era evidente que esa especie de aula escolar no era usada con esos fines. Detrás de los bancos había dos puertas de madera con varias capas de pintura saltada. Se podía advertir que las puertas habían sido pintadas primero de verde, luego de rojo, después de blanco y por último de verde otra vez; pero habían mezclado pintura sintética con látex, y no habían rasquetado bien la madera. Eso era algo evidente para Marianella, que cono-

-cia mucho de oficios tales como pintura, albañilería, electricidad y plomería. Justina, que llevaba sus manos recogidas a la altura del pecho, separando apenas una mano para señalar lo que iba mostrando, le indicó una pequeña puerta al fondo. —Ése es el baño. Se bañan cada dos días, cinco minutos más, si no se acaba el agua caliente —dijo amenazando y la miró como advertida de un peligro—. ¿Sos de rresfriarte seguido vos? —Marianella negó con la cabeza, en silencio. —Más te vale... acá —expresó acentuando en exceso la última «a» y señalando el piso—, acá nadie se enferma. Acá no queremos llantos ni ñiñitas. Acá no queremos quejas, ¿está claro? Marianella ni siquiera asintió, sólo la miró con profundo desprecio. Justina sonrió con sorna, la mocosa era rebelde y osaba desafiarla con la mirada. Se le acercó, intimidante. —Acá no sobreviven los rrebeldes, ¿sabés? —remarcó mientras miraba con curiosidad la bolsa sucia y raída que lii joven sostenía entre sus manos—. ¿Qué tenés ahí? La pregunta, casi una acusación, sobresaltó a Mar. —Cosas mías —contestó en guardia. Justina abrió grandes sus grandes ojos, y su pelo pareció erizarse. —Acá no hay nada tuyo. Acá todo es de todos. Acá todo se comparte. ¿Está claro? —y sin esperar respuesta, señaló una de las puertas—: Cuarto de los varones. Prohibido para las mujeres. —Abrió la otra puerta, y le indicó que pasara con un gesto. Marianella entró en la habitación. —Y éste es el cuarto de las mujeres. Acá vas a dormir vos. Esa cama está libre. En el placard tenés sábanas; hacete la cama, cambiate de ropa y andá para la cocina. —Giró con precisión sobre su eje y se dispuso a salir. Antes de cruzar la puerta, agregó: —En el placard hay ropa de una chica que ya no está entre nosotros. Algo te tiene que ir —fue lo último que dijo antes de salir. Marianella observó, aún aturdida, la habitación. Se parecía bastante a la mayoría de las habitaciones comunes de los orfanatos, pero en ésta había menos camas. Y, debía reconocerlo, los cubrecamas eran más lindos. Se sintió aliviada:

por fin estaba sola. Se sentó en el colchón inferior de una cama marinera, abrió la bolsa que traía consigo y sacó un par de guantes de box. Los olió, le encantaba el olor a cuero, y se colocó uno. En ese momento, de la parte superior de la cama marinera, apareció el torso de un adolescente rubio. Estaba colgado como un murciélago, sonrió, casi teatral, y le preguntó: --Sos la nueva? Marianella respondió con un uppercut preciso y potente en el medio de la cara. El rubio gritó y cayó, estrepitoso. Marianella seguía en guardia cuando él dijo dolorido, tomándose la nariz: —El gusto es mío. Yo soy Tacho.

Aunque era muy esquiva y nada complaciente, después de un rato Marianella se disculpó con Tacho, que quedó muy sorprendido por la potencia de la trompada de la pequeña boxeadora. Él se ocupó de darle una segunda bienvenida al lugar, la llevó a la cocina y le contó algunos detalles que Justina había omitido. La cocina estaba repleta de canapés y bocaditos para la fiesta de compromiso que habría ese día. Mar estaba famélica, no comía desde la noche anterior, pero Tacho le recomendó no tocar la comida, sería peor el castigo que el hambre. Mar prefería los castigos al hambre y, además, quería dejar bien en claro, de arranque, que era una rebelde. A Tacho le hizo mucha gracia verla comer desafortadamente, y más gracia le hizo ver entrar a Malvina, que la descubrió en plena acción. Como espectador se dispuso a mirar la escena. A pocas horas de comprometerse, Malvina estaba histérica. Nada era como ella lo había previsto: las flores no eran tantas como esperaba, ni el servicio tan top, ni los disfraces tan divinos, ni la música tan divertida. Entonces lo único que se le ocurrió fue compartir su nerviosismo con su prometido y llamarlo insistentemente por teléfono, haciendo una catarsis tras otra. Por su parte, Nicolás había dado el sí, pero era

un consentimiento lleno de dudas, alimentadas, además, por la inestancia de su hijo al posible casamiento, y por Mogli, el salvaje amigo de Nicolás, que desaprobaba a la futura esposa. Los dos, que estaban desbordados, habían dado inicio a un círculo vicioso, que sólo llegaría a su fin con la interposición tajante de Bartolomé, el único que podía poner en jaque a su hermana. ¡Cálmate un poco, pedazo de bolidita! ¿Querés que te deje antes de casarse? entendeme, Barti... ¡Estoy hiper súper nervioso! No me digas, che! —respondió con ironía Bartolomé. —¿Cuál es el problema?, a ver... ¡Todo es el problema! ¡Hay tal crisis! —lloriqueó Malvina Empezando por el vestido! Tenía que ser marfil claro, y este no es marfil claro, ¡es marfil clarito! ¡Pero bolidita, es hermoso el vestido! Y yo lo veo más marfil claro que clarito. —¿Sí? ¡Pero claro que es claro! —aseguró y la miró con ternura—. Se nos casa la bolidita, che. —Todavía no. cuándo, che? —aprovechó para indagar Bartolomé. lo único que deseaba era que ese casamiento destragara la herencia.—¿Hablaron de fechas ya? No. Eso depende de Nicky. —eso depende, como siempre, de las mujeres, bolidita, ¡no lo olvides! esa responsabilidad puso aún más nerviosa a Malvina, y solo por ocuparse de algo fue a la cocina a controlar el catering, y al ver a Marianella devorándolo todo con sus sucias manos, estalló. Le venía bien el incidente para descargar toda su tensión: empujó con violencia a Mar y empezó a dar gritos. —¡Sacá tus sucias manos del catering, mocoso! —Soy mujer, yo —contestó Marianella, ya airada. —¡Mocoso roñoso, ¿no te enseñaron a respetar a los señores es a vos?!

Marianella no tenía nada, salvo dignidad. Y cuando se hablaba de respeto, ella sabía una sola cosa: a ella se la respetaba. Entonces observó que sobre la mesada de la cocina había una huevera repleta de huevos blancos. Tomó uno y con violencia contenida, repitió: —¡Soy mujer! —y explotó con fuerza el huevo contra el pecho de Malvina. Una ira roja y sorprendida invadió de tal modo a Malvina que su mano tomó impulso y una fuerte cachetada terminó estallando contra la mejilla de Marianella. Y la respuesta que recibió también fue automática, irracional: un gancho limpio y contundente cruzó la mandíbula de Malvina, que cayó desmayada en el acto. Por un instante se sintió orgullosa del gancho que le había asestado, pero por la cara de Tacho comprendió que estaba en serios problemas. Marianella decidió que no se quedaría allí para enterarse de cuál sería su castigo, y mientras Tacho trataba de hacer reaccionar a Malvina, tomó su bolsa sucia y raída, y huyó. Cruzó a toda velocidad la sala desierta, y salió de la mansión. Como había anticipado Justina, el portón ya estaba cerrado. Entonces, sin perder un segundo, lo trepó con agilidad. Siempre mirando hacia atrás en su huida, no vio la fuente de cemento que estaba junto al portón, ti-opezó y cayó de bruces en el agua. Y de pronto una mano la ayudó a salir. Era un chico de su edad, tal vez un ario más grande, de cabello algo largo, lacio y castaño, con una sonrisa perfecta y dos lunares en su mejilla. Era Thiago, recién llegado del aeropuerto, que con aires de caballero le preguntó, mientras ella, empapada, tiritaba: —¿Y vos quién sos? Marianella no podía pensar ni en su nombre. Sólo en esa extraña sensación que tenía en su panza, una especie de revoltijo mezclado con calor. Y un olor que le quedaría impregnado para siempre: el agua de la fuente estaba repleta de flores de jazmín. Así funciona muchas veces la providencia: escapando del destino, no hacemos más que correr hacia él.

la magia duró apenas unos instantes, pero para Mar y thiago el tiempo se volvió espeso y los segundos se estiraron hasta el infinito. Hasta que dos gritos despertaron **ambos** del trance. Era Justina quien, al ver a Marianella fuera (le la Fundación y empapada, comprendió que estaba humido. Ése fue un grito indignado. El otro, más agudo y pro'birlo de la sorpresa, lo dio al reconocer al hijo de Bartolomé. Justina tenía una tierna devoción por el niño Thiago, como ella lo llamaba; lo había criado de pequeño, sobre todo desde que Ornella lo había abandonado. Thiago tenía hacia ella sentimientos encontrados. Por un lado, la particular ternura, de Justina fue lo más parecido que tuvo al cariño maternal tras el abandono de su madre. Pero por el otro, ella era **la mano** derecha de su padre, a quien secundaba en cada desicion —¡Niño Thiago! ¡Qué alegría! ¿Tu padre sabe que venías? preguntó como si desconociera que el joven no era bien-

-No —respondió él con una sonrisa, y agregó con ironia-

Quise darle una sorpresa. ¡Y se va a sorrrprender tanto! —exclamó Justina, disimulando la tensión. Era evidente que no sería una sorpresa feliz para barto. Entre otros motivos, porque la causa principal del alejamiento de Thiago era que no conviviera con los chicos Fundación. Estando cerca, Thiago podría percatarse do las actividades que allí se llevaban a cabo. Por esa misma razon Justina tomó por los hombros a Marianella y la trató I una forzada dulzura.

----¿Y vos qué hacés, Marita, acá afuera? —Justina tenía

esa antipática manía de deformar los nombres de las personas que no le caían bien. —Es tarde ya, ¡es peligroso que estén en la calle! ¿Además mojada? —Sí, tropezó y se cayó en la fuente —explicó Thiago—, ¿Vivís acá? —le preguntó directamente a Marianella. Pero Justina interrumpió de inmediato ese diálogo, era gravísimo que Thiago intimara con ellos. —Sí, claro, Marianella es nueva en la Fundación. Pero andá, Thiaguito, andá a ver tu padre. Está muy excitado con el compromiso de tu tía Malvina. —¿Malvina se compromete? ¿Hoy? Me encanta cómo participan de todo en esta familia —dijo otra vez irónico. Y volvió a mirar a Marianella, que no le sacaba los ojos encima. —¿Vos te estabas escapando? ¿Pasó algo? Ella amagó a contestar, pero Justina la tomó por los hombros apretándola aún más, y falsificó una sonrisa. — ¡Pero no! ¡Qué se va a estar escapando, si está arregiada acá! La mandé a buscar a Jásper, y la muy torrrpe trepó el porrrtón en lugar de abrirlo! Andá, Thiaguito, ¡anda! — ¿Dónde está? —cambió de tema Thiago. —¿Y dónde va a estar? Seguro que en el jardín trasero. — Lo voy a saludar —dijo al pasar y miró a Marianella de una manera que aceleró aún más el corazón de la joven—. Nos vemos, entonces. Ella no contestó. Lo vio rodear la mansión hacia el jardín trasero, mientras Justina sostenía su sonrisa tensa y la sujetaba por los hombros. Apenas Thiago desapareció tras la casa, el ama de llaves arremetió bestial contra la pequeña. —¿Así que escapándote, rrrrata ingrata? —Marianella atinó a decir algo, pero Justina la zamarreó de un brazo. —¡Silencio entierrrro, mocosa! —gritó, atronadora—. Intenta escaparte una vez más y vas a ver dónde terminás. La tomó del brazo con violencia y la condujo otra vez hacia el interior de la mansión, y con un gesto que no pretendió disimular el tono de amenaza, agregó: — Y ni se te ocurra volver a acercarte al niño Thiago, ¿está claro? ¡Olvidate de él!

marianella la miró sin contestarle nada. Y por lo que expresaban sus ojos, Justina comprendió que ya era tarde: imposible que Marianella se olvidara de él.

67

Lleca, Rama y Alelí llegaron al circo y se colaron con facilidad por la parte trasera. En el frente, debajo del gran cartel que rezaba «Circo Mágico», había otro más pequeño que anunciaba: «Con la participación especial de **La Bailarina del Aire**». Cuando salían a robar juntos, Rama trataba de evitar que Alelí participara. Él hacía doble trabajo, por él y por ella. Además sabía que a su adorada hermanita le encantaban los circos. Por eso Rama gastó esa tarde algunas monedas que había podido esconder de los ojos de lechuza de Justina y le compró un gran algodón de azúcar. Le buscó una silla vacía y la sentó ahí para que disfrutara del espectáculo mientras él y Lleca hacían el trabajo. Los tres intentaban llevar con normalidad la vida que tenían, hacía ya cinco años, en la Fundación BB. Ya eran expertos en la materia. Jamás llamaban robar a lo que hacían, sino «trabajar». Alelí se sintió agradecida cuando Rail ma le dijo que ella no trabajara, que él lo haría i) o r ella. Y con una gran sonrisa de felicidad aplaudió a los artistas circenses que se sucedían. La que más le gustó fue la bailarina del aire, una acróbata rubia, hermosa, con unos enormes ojos celestes. Alelí observaba fascinada cómo la muchacha parecía volar colgada de una tela, con unas enormes alas blancas en su espalda. Pero en ese momento un hombre muy gordo se paró unos pocos centímetros delante de ella y vio que del bolsillo trasero sobresalía una billetera bastante gorda, como las que le encantaban a Justina. Vio que el bueno de Rama estaba trabajando y sintió que debía ayudarlo. La billetera estaba a la vista y gracias a eso, casi sin dejar

e comer de el algodón de azúcar, se la quitó a su dueño, que **ni se dio** cuenta. Alelí vio que el hombre miraba la hora en el pequeño reloj dorado —a Justina le encantaban los relojes dorados— y luego lo guardó en el bolsillo delantero del **chaleco**. También le pareció que era un trabajo fácil. Y con la misma tranquilidad de antes se lo sustrajo. Pero no advirtió que frente a ellos había una mujer que la estaba observando. Resultó ser la esposa del hombre gordo. Y ambos resultaron ser los nuevos dueños del Circo Mágico. ¡Ladrona! ¡Te está robando! —gritó la mujer a su marido— el hombre reaccionó rápido y miró con descreimiento lo pequeña. —¡Sí, ella, la morochita te robó el reloj! —preciso la mujer. El hombre no alcanzó a corroborarlo, que Alelí ya se Indita echado a correr. La mujer intentó atraparla y Alelí tuvo **que** subir a la pista del circo para eludirla. Cielo, la bailarina del aire, vio desde lo alto la situación, y comprendió de inmediato lo que ocurría: los desagradables nuevos dueños circo perseguían a una nena a la que acusaban de ladrona. Y ella huía atravesando la pista. Sin dudarlo, Cielo decidió ayudarla y con un gesto a su asistente le indicó que la bajara. Cielo descendió como un ángel sobre la pista y se interpuso ante el hombre. Él intentó esquivarla, pero ella se le impidió. En ese momento había varios artistas en el escenario. Entre ellos el lanzallamas, que claramente detestaba al Huevo empresario. Y respondiendo a un guiño que le hizo Tele, empezó a dirigir sus llamaradas hacia el hombre que Nomina en la pista. Lo mismo hicieron los payasos en sus Monovicios, los malabaristas y los enanos. Todos empezaron a rodearlo, acorralándolo. Se armó un gran revuelo, idas, y caídas. Todo parecía parte del espectáculo. Cielo vio con satisfacción que la niña había podido escapar por la parte trasera del escenario. Rama y Lleca habían visto toda la situación, y al observar que escapaba, salieron de la carpa, la buscaron infructuosamente entre los carromatos, y dedujeron que Alelí había corrido directamente hacia la Fundación. Rama le pidió a

Lleca que regresara por la plaza. Él lo haría recorriendo el mismo camino que habían hecho para llegar hasta el circo. Se dividieron y Rama comenzó a buscar a su hermana con mucha angustia. A pocas cuadras de allí, Rama empezó a oír música. Y la música era una pasión para él, cualquier tipo de música lo atraía como un imán. Se acercó al lugar desde donde provenía y vio a una chica de unos quince años, ataviada con tules y faldas muy largas de color verde, que bailaba apasionada, taconeando y moviendo sus manos como si fueran alas. Junto a ella había un pequeño estéreo en el que sonaba un tema flamenco. Apenas la vio, la reconoció. Era Jazmín Romero, una chica que había estado viviendo en la Fundación hacía algunos años. Jazmín era gitana, Bartolomé nunca les explicó por qué ella debió irse de la Fundación. Se detuvo unos instantes a observarla. Ella terminó de bailar e intentó detener a algunos transeúntes para leerles las líneas de la mano, pero nadie aceptó. En ese momento llegó un hombre muy ofuscado, hablaba a los gritos y movía sus manos enormes, gesticulando. Jazmín lo llamaba Joselo, y le suplicaba que entendiera que hacía todo lo posible. Rama comprendió enseguida la situación: así como ellos tenían un Bartolomé que los explotaba, Jazmín tenía un Joselo. Pero Joselo era mucho más violento que Bartolomé, y estaba furioso porque la gitanita no había conseguido nada de dinero. Entonces la tomó fuerte de las muñecas y la sacudió. Jazmín no era una chica dócil, y le clavó fuerte un taco en el pie, a lo cual Joselo respondió con una fuerte bofetada. Ése fue el límite para Rama, que saltó a defenderla. Se interpuso entre el hombre y la hermosa joven, que aún no lo había reconocido. Joselo creyó que ese adolescente de baja estatura era el noviecito de Jazmín y el causante de su baja productividad. Esa conclusión lo llevó a querer demostrarle a la joven quién mandaba. Sacó su navaja, pero Ramiro reaccionó rápido: le pegó una fuerte patada en la entrepierna y una trompada que le hizo perder el equilibrio, Joselo no tuvo tiempo **de en-**

entender lo que había ocurrido, cuando Rama tomó de la mano a Jazmín y le dijo: — ¡Corré! Ella corrió instintiva, mirando a Ramiro y en ese momento lo reconoció. —¿Vos sos Rama, el de la Fundación BB, no? — ¡Sí, soy yo! —gritó él mientras corrían de la mano. — ¿Y a dónde estamos yendo? — ¡A la Fundación! —contestó Ramiro. — ¡No! —dijo ella y se frenó—. ¡Ahí no vuelvo! Pero Joselo estaba tras ellos, y ella se vio obligada a seguir corriendo. Rama tomó un atajo y se escabulleron.

Justina condujo de vuelta a Marianella a su habitación, Imprecándole todo tipo de amenazas, veladas y directas, en vaso de que volviera a intentar escapar; pero quedó muda al ver en la habitación y ver allí a Rama, que le estaba alcalizando un vaso de agua a Jazmín. --Jazmín Romero! —dijo Justina en un tono que se parecía a la alegría del reencuentro, pero más bien era satisfacción volver a tener allí a una mocosa con la que tenía asuntos pendientes. Varios años antes, Jazmín había llegado a la Fundación ,siendo una niña pequeña, devastada por la tragedia, pero orgullo intacto. Desde el día en que llegó hasta el día **en que** se fue, Jazmín había sido una gitana rebelde y batalladora. Si Justina gritaba, ella gritaba más fuerte. Si Justina pegaba, ella pegaba más fuerte, o más tarde, pero en algún momento se la devolvía.

Justina todavía tenía la marcade la aguja de tejer que Jazmín le había clavado en la pierna tul Iia que Justina le había pegado una bofetada. „qué hace Jazmín Romero acá?

la pregunta estaba dirigida a Rama, pero él ni se percató, **,observando** impactado a Marianella, que se había asomado detrás de Justina. Justina insistió, y Rama reaccionó.

la encontré en la calle. Estaba con el gitano ese que

se la llevó de acá. Le estaba pegando. La ayudé a escapar y la traje. —Ramiro, andá con Lleca, Alelí y Tacho, tienen que ocuparse de *eso*. —¿Alelí volvió? —preguntó Rama. —¿Cómo si volvió? ¿No estaba con vos? —Sí, pero hubo un problema en el circo y pensé que había venido para acá. —¿Andá ya mismo a buscar a tu hermana! —se preocupó Justina. Por un momento, Marianella pensó que su preocupación era genuina, pero lo único que alarmaba a Justina era que la pequeña hubiera sido atrapada por algún policía de una seccional no amiga de la casa, y que algo de los asuntos que allí se desarrollaban pudiera filtrarse. —Sí, ahí voy —dijo Ramiro. —¿Vos, conmigo, ahora! —ordenó Justina a Jazmín, que miró a Rama suplicando ayuda. Rama le tomó la mano y le dijo, tranquilizador. —Andá, va a estar todo bien. Jazmín salió con Justina. Al pasar junto a Marianella le sonrió, pero la otra sólo la miró, sin responderle la sonrisa. —Vos sos la nueva, ¿no? Yo soy Ramiro, me dicen Rama. — Soy Marianella. Y éste es el cuarto de las chicas, no podés estar acá —contestó ella, parca. — Es verdad —dijo él—. Voy a buscar a mi hermanita. Pero la buscó en vano, ya que Alelí no estaba en la Fundación, sino que aún seguía escondida en un carromato del circo, del que no había podido salir, ya que a pocos metros estaba el hombre al que le había robado. Desde ahí veía cómo el odioso empresario discutía e insultaba a la bailarina por haber ayudado a escapar a una ladrona y, además, por haberle producido excoriaciones. Y para colmo el hombre tenía parte del peluquín quemado por el lanzallamas. Le exigía una explicación. —¿La historia larga o la historia corta? —preguntó Cielo. —¿La corta! —gritó el empresario, que ya conocía esa

odiosa, pregunta que ella hacía cada vez que no quería contestar algo. —La corta es que me voy, renuncio. —¡Vos no renunciás, yo te echo! ¿Me escuchaste? ¡Te echo! —Como prefiera —respondió Cielo, y se encaminó hacia el carromato. Pero el empresario no estaba dispuesto a dejarla ir así nomás, y le informó que tanto ese carromato como todo lo que había en el circo le pertenecía. —Este carromato era de mis viejis y es lo único que me 'ligaron. ¡Es mío! — Nada es tuyo. Ni siquiera tu ropa. ¡Ese carromato se queda acá! Sacá tus trapos sucios de ahí, y te vas. Dejó que un par de matones que trabajaban para él la vigilaran y volvió al interior del circo. Cielo no estaba dispuesta a entregar su carromato y subió decidida a llevárselo ft la fuerza, pero se detuvo en seco al encontrarse con la poqueria ladrona que, escondida, le suplicaba con un dedito bubre su boca que no la delatara. —Por favor, ¡no digas nada! Ayúdame a escapar... —le N tiplicó. — ¡Agarrate, porque las dos nos escapamos! — dijo Cielo, poniéndose el cinturón de seguridad—. ¿Cómo te llamás? -le preguntó mientras encendía el carromato. — Alelí Ordóñez, ¿y vos? —Cielo Mágico. ¡Un gusto! Le dio la mano y apretó el acelerador. Los matones que la vigilaban apenas atinaron a correrse de su camino, y Cielo huyó del circo en su viejo carromato, que iba ganando velocidad. Carancho, el carromato de Cielo, era más que un vehículo; era un amigo, y como buen amigo era fiel. No le iba a Fallar en esa huida, aunque estaba bastante viejito y cachuzo. Sin embargo, sus fuerzas alcanzaron apenas hasta que estuvieron a salvo de los matones; entonces Carancho corcoveó, l'izo una explosión, echó mucho humo y se detuvo. Cielo en-

tendió que debía darle un poco de tiempo, y algo de agua también. — Hasta acá llegamos, hermosa. Te llevaría a tu casa, pero Carancho no da más. —No hace falta, vivo cerca —dijo Alelí—. ¡Muchas gracias, Cielo! — De nada, hermosa —contestó Cielo con una sonrisa y una ternura única—. Pero ¿por qué robás? —preguntó, intentando que su pregunta no sonara a reproche, sino más bien a contención. Alelí se encogió de hombros y bajó la cabeza avergonzada, y se marchó. Cielo observó cómo se iba. En ese momento estaba convencida de que no podría hacer nada más por aquella nena.

cuando Bartolomé entró en la cocina, Tacho y Lleca acababan esconder a Malvina, desmayada, en la pequeña a. detrás del hogar a leña en desuso que reinaba con señorío en la habitación. Ellos, acostumbrados a disimular irosencia, respondieron con naturalidad a cada una ireguntas. Bartolomé, que se mostraba muy estresado en sus manos una percha con un delicado vespoca, de seda color marfil. vieron a Justina? —les preguntó.

-fue la respuesta unánime. ¿Vieron a Malvina? Para nada. ¿Vieron a la modista? ¡Le tiene que hacer una tablita al y vestido de la bólida! Creo que en el jardín estaban los que organizan la fiesta —respondió Tacho para sacarse de encima a Barto- que se encaminó apurado hacia la puerta trasera que comunicaba con el jardín pero, instintivo, se detuvo y los es,

¿Pasa algo?ellos negaron con estudiada naturalidad. Bartolomé miró a uno y a otro, y finalmente a los bocaditos que estaban sobre la gran mesa de madera de la cocina. —¿Robaron comida, no es cierto? —ellos negaron, y Bardome sonrió—. ¡Hoy estamos de fiesta, purretes! ¡Agarren losforito cada uno, che! Y después vayan rápido a la plau la, hoy está hermoso para hacer «los rumanos» —dijo sin dar lugar a ningún comentario, y salió al jardín. [leca no dejó pasar la autorización para comer un foshirito, que al final fueron dos. Tacho regresó preocupado a

75

la despensa, donde habían escondido a Malvina. Abrió la puerta, y allí estaba la futura prometida, desmayada entre jamones y latas de conservas, con una creciente hinchazón rojiza en la mandíbula. —¿Está viva? —preguntó Lleca mientras deglutía el segundo fosforito. —Sí —respondió Tacho—. Pero cuando se despierte nos van a castigar a todos. Lleca asintió, eso era un hecho. Lo mejor que podían hacer era desentenderse, y demorar lo máximo posible el castigo. Sin mucho debate, decidieron cerrar con llave la despensa, mientras rogaban que se les ocurriera alguna buena coartada para eludir la obligada sanción. En el jardín habían instalado una motorhome donde se cambiarían los invitados de la fiesta que no llegaran vistiendo sus disfraces. Bartolomé dejó el vestido de Malvina para que le hicieran los retoques necesarios y se encaminó hacia la casa para afeitarse y ducharse. Acelerado como estaba, no divisó a su hijo que, a unos pocos metros, hablaba animadamente con Jásper, el viejo jardinero de la casa, quien mudó de expresión apenas lo vio. Thiago se dio cuenta de que algo pasaba, desvió su vista y advirtió la presencia de su padre. Pero no lo detuvo, y Bartolomé entró en la casa sin registrarlo. —¿Su padre no lo esperaba, verdad, joven? —preguntó Jásper mientras no dejaba de observarlo. —No, pero va a estar feliz de verme, ¿no? —contestó Thiago con ironía. El viejo Jásper asintió, sonriendo apenas. Era una especie de abuelo para él, conocía bien la conflictiva relación que tenían padre e hijo, y era el único que apoyaba su secreta afición por la música.

Tacho, Lleca y Rama se encontraron en el portón trasero de la mansión. Los tres observaban el movimiento previo a la fiesta de compromiso. Ya estaban acostumbrados a la ostentación y lujos en los que vivían los Bedoya Agüero, sus-

76

tentados en gran medida por los trabajos que cada día estallan obligados a hacer los chicos. Uno de ellos consistía en hacerse pasar por niños rumanos, tocar el acordeón y la panilereta, mientras simulando el acento rumano, pedían limosna. Rama seguía preocupado por Alelí, que aún no había regresado, pero el show de los rumanos tenía una hora precisa: la salida del colegio que estaba frente a la mansión. Los tres terminaron de ponerse el vestuario especial para la actuación, unos conjuntos raídos de color gris, de verano, calculadamente diseñados para conmover los días de baja imperatura. Se dirigieron hacia la plazoleta que estaba frente al colegio, y comenzaron la actuación: Rama tocaba el acordeón, Lleca la pandereta, mientras Tacho pasaba una gorra y, como era el actor de la Fundación, fingía el acento ¡imano cuando pedía limosna. —Ayuda a niños huérrrfano, por fapor. Padrrre muerrrrlo, madrrrre sin trrrabajo, serrr muchos hijos, uno bebé, ¡ayuda porrrr faporrr! —rogaba en tono monocorde y lastimoso.

A pocos metros de allí se detuvo un taxi, del que bajaron Nicolás, Mogli y Cristóbal. Padre e hijo vestían de traje veneveneciano blanco, y Mogli lo más parecido a ropa de fiesta que tenía. Mientras Nicolás pagaba al taxista, mantenía una disisien con su amigo y su hijo, quienes no estaban de acuerdo ron el compromiso que estaba por protagonizar. —Micola non estar sicuro —afirmó Mogli, con aires de sabiduría tribal. — Estoy seguro, y no digas esas cosas delante de Crisluna!. — Tiene razón. No estás seguro. ¿Por qué mejor no volvemos a Indonesia antes que estar acá, haciendo esta pavailii? —contestó Cristóbal, que tenía siete añoso hablaba Hito si hubiera cumplido veintisiete. — ¡Por favor, te lo pido! —se anticipó Nicolás. Sabía, que el descontento de su hijo no iba a quedar simplemente allí: No quiero problemas. Vas a conocer a Malvina, la vas a neta r, y vamos a formar una familia. ¿Está claro?

— Micola ser macho rudo —ironizó Mogli. —En la vida hay que ser un hombre de palabra —so tenció Nicolás ante su hijo. — ¡Padre deberer enseñar con ejemplu, non con **palabril** — reprochaba Mogli. — Por eso le estoy dando un gran ejemplo a mi hijo, Mogli Di mi palabra de que me comprometería hoy con Malvina, y acá estamos. Atinó a marchar hacia la mansión, pero Cristóbal estaba mucho más interesado en el show que los chicos estaban desarrollando más allá. Estaba siempre rodeado de adultos, y si bien le gustaba y se sentía un adulto también, cada vez que veía chicos se fascinaba como ante un objeto arqueológico. Nicolás lo sabía, por eso lo alentó a acercarse a observar el show. Sintió una gran felicidad cuando Cristóbal le pidió dinero para darles, amaba ver la solidaridad en su hijo. Sin embargo, le explicó: — Cristóbal, hijo... Me encantaría ayudar a esos chicos, pero los ayudamos más si no les damos limosna. —¿Por qué? —preguntó extrañado Cristóbal. — Porque seguramente detrás de estos chicos, hay un adulto que los manda a pedir, cuando ellos deberían estar en el colegio en-este momento. Si les damos limosna, ese adulto los va a seguir explotando. —Pero son pobres, papá. ¿Mirá si no tienen para comer? Nicolás asintió. Era un dilema importante el que planteaba su hijo. Por detrás de ellos, pasó Alelí, que regresaba a la mansión y vio a los chicos haciendo los rumanos, y más lejos a Justina, que mientras regaba las flores del cantero, regenteaba la operación. Al descubrir a Alelí, con un simple movimiento de ojos le indicó que se sumara a la actividad. Los rumanos no sólo consistía en pedir limosna, sino que los más pequeños —Lleca y Alelí— aprovechaban el amontonamiento de gente para robar billeteras. Y a eso se abocó la niña. Mientras tocaba el acordeón, Rama la vio llegar y sonrió aliviado. Alelí empezó a observar a las mujeres y hombres que

habían ido a buscar a sus hijos a la salida del colegio. El espectáculo de los rumanos los retenía un poco en el lugar. muy cerca de ahí divisó a un hombre agachado, que le hablaba a un niño rubio, de pelo revuelto. La billetera asomaba de su trasero. Fue un trabajo fácil y limpio. Ildo en ese momento, Cielo se acercaba con un bidón de buscar agua para su carromato, cuando la sorprendió robando otra vez. Se lamentó de la pobre niña que, con extrema cautela, se alejó del lugar con el botín bien escondido entonces decidió intervenir. ante la insistencia de Cristóbal, Nicolás decidió darle dinero para los chicos, pero se aseguró de reiterarle que darles limosna no era la solución. No es limosna, Bauer —replicó Cristóbal—. Ellos son artistas, es pagarles por su trabajo. Nicolás consideró que era una buena respuesta, después de todo siempre le enseñaba a su hijo que la única manera digna de ganar dinero era a través del trabajo. Decidió dejar para otro momento la charla sobre el trabajo infantil. Cuando fue a buscar su billetera para sacar el dinero, se dio cuenta de que no la tenía y, como no era desconfiado, al principio no pensó que le habían robado. Mientras tanto, Cielo había llegado hasta Alelí, a quien sobresaltó su presencia. —¿Otra vez robando, hermosa? Alelí negó y, para rebatirla, Cielo le sacó la billetera que escondía en su espalda. Ese gesto, aislado, fue lo que vio Nicolás: Cielo con su billetera en la mano. En realidad, primero vio a Cielo, a secas, y quedó deslumbrado por su belleza pero, dos segundos después, descubrió lo que tenía en sus manos. Más allá de su belleza angelical, era una ladrona. Y grito: —Chorra! Esos gritos provocaron un lindo revuelo. Justina se alarmó, y con un gesto previamente ensayado, ordenó la retirada. Rama, Lleca, Tacho y Alelí rápidamente escabulleron del lugar. Toda la gente observaba hacia el lugar que

Nicolás señalaba a los gritos. Cielo no tuvo tiempo de reaccionar, vio que todas las miradas se dirigían a ella, y luego vio la billetera que sostenía en su mano. Como sabía que no tenía claridad ni facilidad de palabras, intuyó que tenía una única salida: huir. Entonces dejó caer la billetera y salió corriendo, rodeando la mansión. Y por supuesto Nicolás la siguió. Cielo corrió, desesperada, hacia la parte trasera de la casa. La seguía Nicolás, gritándole, y detrás de él venían Cristóbal y Mogli. Cielo estaba acorralada, la única chance que tenía era entrar en la mansión por el jardín trasero, y eso fue lo que hizo. En el jardín había mucho movimiento por la fiesta. Allí mismo divisó una motorhome de la que bajó una mujer, corrió hacia allí y se escondió. Nicolás llegó al portón trasero y miró para todos lados. Era inútil: la había perdido. Ella lo observaba desde el interior del vehículo, maldiciendo su suerte. El hombre más hermoso que había visto en su vida creía que era una ladrona.

había llegado **la hora de la fiesta**, y Malvina seguía sin aparecer. Bartolomé, que estaba entrando en una crisis nerviosa, divisó a Justina, quien aún se recuperaba del episodio de los rumanos y enviaba a los chicos a sus habitaciones para cambiarse para la fiesta. Bartolomé se acercó a ella mientras los chicos se iban. -¿Dónde está la bóveda? No lo sé, señor. Pero tengo dos noticias para darle. Ahora no. es que lo tiene que saber ahora. -¿Qué?

-La primera es que volvió Jazmín Romero. La trajo rama.

-mira vos. Después la veo...

-La segunda...

-No tengo tiempo, Justina, después hablamos.

-es que...

-ocupate de los purretes, Tini! ¡Tienen que dar ganas de llorar con sólo verlos! Y se alejó, sin dejar que Justina lo advirtiera sobre el regreso de Thiago. Sería un problema para otro momento, **penso**). Y se marchó a preparar a los chicos para la fiesta, **que** además del compromiso sería una ocasión más para festejar. Asistiría mucha gente de la alta sociedad que se conmueve fácil ante la indigencia y tranquiliza su conciencia social con un cheque. Con ese fin, los niños se presentaron ante los invitados con sus caritas tristes y sus ropas raídas. Justina llegó al patio cubierto, donde esperaban todos, incluso Jazmín, y les explicó las reglas, sobre todo a la nueva,

Marianella: entrarían y saldrían cuando se les indicara, y sonreirían con caritas tristes.

Cielo esperaba que Nicolás se alejara del jardín para escapar, pero eso no sucedió, ya que él nunca se fue de allí; muy por el contrario, se instaló con el niño y ese hombre extraño y despeinado. Cielo estaba en serios problemas, pero como siempre encontraba la solución, en ese caso recurrió a un hermoso vestido y una máscara que vio dentro de la motorhome. Tal vez disfrazada podría huir. No se detenía mucho a pensar, tenía un impulso y lo seguía.

Se desvistió y se puso el vestido. Y luego la máscara. Se miró en un espejo: el vestido era un sueño. Si alguna vez hubiera leído *Cenicienta*, se le habría ocurrido alguna analogía.

Miró cuidadosamente hacia fuera: un hombre de traje beige y rulos se acercó al rubio y a sus acompañantes, saludó a todos con mucha alegría —demasiada para Cielo—, y los condujo hacia el interior de la mansión. Entonces pensó que era el momento de huir y, sigilosa, bajó de la motorhome dispuesta a irse. Pero de pronto alguien que apareció de la nada la tomó de un brazo.

— ¡Por fin, bóvida! ¿Dónde te habías metido? —preguntó apurado el hombre de rulos y traje beige.

Ella se quedó muda, entendía que él la confundía con alguien pero no podía aclarar la confusión, ya que a pocos metros estaría seguramente el rubio que la creía ladrona.

Concluyó, con sensatez, que lo mejor era no hablar.

— ¿Qué te pasa que no hablás, tarúpida? ¡Dale, vamos, que Nicolás ya entró en la sala y te espera!

Y la llevó al interior de la casa. Cielo no pensó en ese momento cómo escaparía de la situación, acababa de enterarse del nombre del rubio: Nicolás. Antes de conocerlo, Nicolás le hubiera parecido un nombre común, pero en ese momento le pareció un nombre único, divino, y perfecto para él.

Bartolomé llevó a Cielo hacia el interior de la mansión.

entraron por la cocina, y desde allí la condujo por una escalera hacia la planta alta. Caminaron por un pasillo cuya oscuridad y olor a madera añeja y a lustramuebles le provocó presión en el pecho. Cielo no lo recordaba, pero en ese pasillo fue donde recibió la noticia de la muerte de su madre el día aquel en que olvidó todo. Estaba aturdida, sentía esa extraña sensación en su pecho. Y para colmo tenía que soportar a ese desconocido que no paraba de decir cosas. Bartolomé le dio mil recomendaciones que Cielo no entendía, hasta que escuchó unas fanfarrias algo pretenciosas reaccionó y le dijo:

---¡Tenemos que entrar! Éste es tu momento, bóvida. ¡No litigas bolideces!

llevó su antebrazo ofreciéndoselo a Cielo quien, aturdida lo tomó con su mano. La opción de soltarse y salir ni tiendo era tentadora, pero esa casa era un laberinto y ¡mina no poder escapar. Y, además, había algo que la atraía sin poder resistirse: abajo la esperaba «Nicky».

Bartolomé caminó con Cielo tomada de su brazo hasta el rellano de la escalera. Ahí las fanfarrias cesaron, y él, ceremonioso, anunció:

—Con ustedes... ¡Malvina Bedoya Agüero!

Los invitados aplaudieron, y mientras descendían los escalones, Cielo vio cómo en el centro del salón estaba Nico km, con ese hermoso traje veneciano y un delicado antifaz ¡logro, que la miraba casi con devoción.

«¿Cómo pude dudar de comprometerme con esta belleza?», pensó Nicolás mientras la veía bajar. La imagen le evocó a las estatuas de las vestales romanas que había encontrado recientemente en una excavación.

Bartolomé condujo a la que creía su hermana hasta el centro del salón, donde la entregó a su prometido. Nicolás estaba arrobado por el halo de belleza que desprendía su prometida. «Esta noche hay algo diferente en ella», se dijo aturdido. Y no se equivocaba.

La tomó de las manos, más suaves que nunca, y mirándola a los ojos celestes que se adivinaban detrás de la máscara

cara veneciana, le dijo, utilizando palabras que jamás pensó pronunciar en ese momento:

—Hasta hoy no sabía que te amaba tanto —le susurró, y se dispuso a besarla.

En los escasos dos segundos que tardó Nicolás en acercar sus labios a los de Cielo, ella especuló algunas cosas. Pensó en no desaprovechar esa oportunidad que le daba la vida: un beso del hombre más churro que había conocido, era algo que no se volvería a repetir. Por otro lado, comprendió que, al besarla, el hombre se daría cuenta de inmediato de la farsa y la desenmascararía. Y por último comprendió que, al ser descubierta, debería responder ante dos delitos: robo de billetera y usurpación de identidad. Ante semejante panorama, Cielo hizo lo que sabía hacer a la perfección: escapar con elegancia por la cuerda floja.

Eludió el beso con un suave giro, y montándose a la música que sonaba, empezó a bailar. La reacción sorprendió a Nicolás, que embelesado se dejó llevar por ella, y se enredaron en un baile lento y sensual. Por fin, en un giro que Nicolás le hizo dar, ella se soltó delicadamente de sus manos, y huyó por la primera puerta que vio. Tanto Nicolás como Bartolomé se sorprendieron de esta reacción, y Nicolás salió tras ella. Bartolomé entonces ganó el centro de la sala:

—¡Ah, los jóvenes enamorados...! ¡Son unos locos lindos!
—dijo recuperando la atención. Y aprovechó la ocasión para sus segundas intenciones. Sacó un pañuelo y se secó lágrimas inexistentes. —Disculparán ustedes mi emoción, pero mi hermanita es mi debilidad. Y aprovecho ahora su fugaz ausencia para presentarles a mi otra debilidad: mis purretes, mis chiquitos... ¡Los niños de la Fundación BB!

Y con un gesto indicó a Justina que los hiciera entrar.

Tacho, Rama, Jazmín, Lleca, Mar y Alelí entraron en fila, con sus sonrisas tristes. Ante esta imagen, los invitados se conmovieron, o por lo menos fingieron estarlo. Y empujados por las palabras y golpes bajos de Bartolomé, en pocos minutos todos estaban abriendo sus chequeras.

bartolomé no lo sabía, pero en ese momento, desde el
o de la escalera, su hijo Thiago observaba su accionar.
lidad, no era la escena lo que miraba, sino a una de
rotagonistas: la pequeña fugitiva que no sonreía.
bartolome se secó las lágrimas que ahora sí inundaban
los ojos con una emoción genuina: los cheques recaudados
superaban ampliamente sus expectativas. Despachó a los
chicos, ya era hora de dormir, y **en** ese lugar respetaban
algo sagrado los horarios y necesidades de los pimpollos.
Justina los condujo hacia sus habitaciones, y Bartolome
arengó para animar la fiesta, sin dejar de preguntónde
estarían la bólida de su hermana y su prometido.
hiniesta a la primera pregunta llegó enseguida: desde
illo que comunicaba la sala con la cocina, irrumpió
ua, con sus pelos enmarañados, su mandíbula hinchada
lin gran moretón.

¡Barti, hay tal crisis! —gritó furiosa.

¡What the hell! —sólo atinó a decir sorprendido Barl
tlidio tiempo le llevó a Malvina poder explicarse, y
lo al tanto de lo acontecido.

La nueva, la morochita, te pegó un cross de derecha y
unayó... ¿Eso me querés decir?

¡Eso te digo, bólido! Por favor, ¡matala! —suplicó.

Pero no puede ser... ¿Entonces quién era la que tenía
III vestido y tu máscara y bailó con Nicky?

¡¿What?! ¿Alguien se puso mi vestido, mi máscara, y
luido con mi Nicky?

¡Es lo que te acabo de decir, bólida!

¿Y dónde está Nicky ahora?

esa es una buena pregunta.

Tal como Cielo sospechaba, la mansión era un laberinto, pero pudo sortearlo, y logró salir otra vez al jardín trasero. Corrió directamente a la motorhome y se escondió allí. Miró hacia fuera y vio que el rubio no la había seguido. «Lo perdí», se dijo con alivio, y a la vez con cierta tristeza. El rubio había dado las doce para esa Cenicienta, y debía despojarse del vestido y la carroza. Esa noche había **un compromiso** pero no era el suyo, aunque por unos minutos había jugado a que sí.

Se desvistió y volvió a ponerse su ropa. Miró hacia fuera, no vio a nadie, además de algunos mozos que salían con botellas vacías y volvían a entrar con botellas llenas. Era una noche fresca y había una gran luna coronando la inmensidad del jardín. Cielo descendió del vehículo para marcharse, pero otra vez fue sorprendida por una mano que sujetó su brazo. Pensó que debería agudizar su mirada cuando de huir se trataba. Esta vez no era el hombre de rulos quien la retuvo, sino el rubio, el churro, el galanazo que olía tan bien.

Ella lo miró con miedo y fascinación. Él, sólo con enojo: —¡Así que robando otra vez, chorra!

Nicolás estaba ofuscado, demasiado, pensó el mismo, por un simple robo. Lo que en realidad lo enojaba era lo que esa mujer le producía. Se sentía tan atraído como furioso. Ella atinó a explicar, a justificarse, a aclarar los hechos, pero como él no cesaba de gritarle y acusarla de ladrona, Cielo, que tenía un concepto muy férreo del respeto y la dignidad, replicó airada. Y empezaron a discutir a los gritos y, por supuesto, sin escucharse.

Pero Nicolás tenía una idea precisa sobre la delincuencia: no veía a un delincuente como tal, sino más bien como

a una víctima. No a todos los delincuentes, por supuesto. Había algunos que no tenían nada de víctimas, pero pensó que una chica humilde y hermosa, que no tendría más de años, seguramente estaba pasando por una gran necesidad para tener que robar billeteras. Entonces depuso su actitud e intentó dialogar.

-¿Por qué robás? —preguntó.

Y Cielo reparó en que esa misma pregunta le había hecho a la pequeña Alelí unas horas antes. Y así como detrás de esa pregunta habría posiblemente una historia larga y difícil de explicar, tampoco ella podría sintetizar lo ocurrido través una respuesta sincera y breve. Entonces decidió mentir, para sacarse de encima el problema.

-Porque estoy sin trabajo y no tengo para comer.

Esto compadeció a Nicolás, que era muy emocional, y casi empezó a lagrimear. Le dijo que el trabajo es dignidad, que siempre se puede salir adelante, y una seguidilla de hechas y lugares comunes. En realidad, apenas era consciente de lo que decía, subyugado como estaba por su belleza. Y Cielo apenas escuchaba, rendida ante su voz. Bartolomé salió a buscar a Nicolás, que no había regresado a la fiesta. Y se extrañó mucho al encontrarlo en el Int din, hablando con una muchacha joven y bella. Eso significaba posible peligro de suspensión de boda y, en consecuencia, segura pérdida de parte de la herencia, por lo cual intervino.

—¿Pasa algo, Bauer? —preguntó Bartolomé escudriñando a Cielo.

—No, no —respondió Nicolás separándose un poco de ella y tratando de fingir naturalidad.

-¿Quién es esta chica?

—Es una amiga —repuso rápido el doctor Bauer—. Una linda amiga que me estaba contando un gran problema que tiene.

-Pucha, che... Así que un problema... Me imagino que un problemón, ¿no? Digo, para que te hayas ido de tu **nona de** compromiso.

Las palabras «fiesta de compromiso» le estrujaron corazón a Cielo.

—Sí, tenés razón, ya estaba volviendo —se disculpó Nicolás—.

Es que mi amiga está sin trabajo y sin dinero, y ésta en una situación delicada.

— Pero, che, ¡qué picardía! —se compadeció con falsedad Bartolomé—. Pero no hay mal que dure cien años, mañana a primera hora tu amiga revisa los clasificados y consigue trabajo en un santiamén. Seguro que el doctor Bailen con sus contactos, algo te consigue —le dijo a la joven.

— ¿Quién es el doctor Bauer? —preguntó Cielo.

— Yo soy el doctor Bauer —dijo Nicolás mirándola a los ojos, con intención—. Mi amiga es muy chistosa —se justificó ante Barto.

—¿Así que es médico? —repuso Cielo, embelesada con Nicolás, olvidando que le acababan de decir a Bartolomé que eran amigos.

—No, arqueólogo —contestó Nicolás abriendo grandes sus ojos, y agregó mirando festivo a Bartolomé—: No para de hacer chistes mi amiga.

Bartolomé estaba un poco nervioso ante la forma en que se hablaban Nicolás y su dudosa amiga, y quiso apurarlo para volver a la fiesta, pero de pronto Nicolás tuvo una idea que, aunque no tenía ninguna sensatez, le pareció brillante. Ante sí mismo pensó que era un gran gesto de su parte ayudar a esa pobre chica, pero omitió aceptar que lo que iba a hacer lo haría por un inconfesable deseo de mantenerla cerca.

— Pensaba, y le comentaba a ella... —dijo Nicolás—.

Bueno, que tal vez vos necesites a alguien que te ayude en esta fundación maravillosa que tenés.

Tanto Cielo como Bartolomé se sorprendieron mucho.

Cielo no esperaba semejante idea, y Bartolomé jamás la aceptaría: ningún extraño podría inmiscuirse en sus actividades.

—Me encantaría tanto ayudar a tu amiga... —dijo con extrema falsedad y lo miró dándole pie para que le dijera su nombre.

88

ha, sí... Mi amiga... —repuso Nicolás mirando a Cielo, cuyo nombre desconocía, esperando que ella reaccionara. cielo —dijo ella rápidamente.

cielo —repitió casi al unísono Nicolás, pensando que no había nombre más perfecto para ella que éste. mi querida Cielo, me encantaría poder ayudarte... y no cuánto necesitamos este tipo de ayuda en la Funl'oro no tenemos dinero, apenas si nos alcanza para para los pobres purretes.

eso no es problema —dijo Nicolás, que acababa de tener segunda idea insensata—. La verdad, Bartolomé, yo tenía muchas ganas de ayudarte con tu fundación, sabía cómo. Vos contratás a Cielo y yo le pago el sueldo. ayudo a los dos.

nico y Bartolomé volvieron a sorprenderse al unísono. con una secreta alegría por la posibilidad de mantecerca de ese rubio tan hermoso. Y Bartolomé, acorralado , no sabía cómo haría para eludir ese problema.

pero , Nicky... —intentó disuadirlo Bartolomé—. ¿A vos te parece?Cargarte con ese compromiso...

no hablemos más. Yo le pago a Cielo para que tra a Fundación. ¡Es un compromiso!

Dos horas más tarde, la fiesta había terminado. Nicolás subió a la planta alta para despedirse de Malvina, quien inventó una súbita gripe como excusa para no abrir la puerta para despedirlo; en realidad, no quería que viera su mandíbula hinchada. Él aprovechó la situación para volver rápido a la cocina, donde lo esperaban Cielo y Bartolomé. Cielo estaba recordando la secuencia de hechos disparatados que habían ocurrido ese día. Pensó que ésa era la ocasión para, finalmente, huir de allí. Pero algo la retenía, ella lo sabía y no lo negaba: el rubio churro.

Más allá, susurrando, Bartolomé ponía en autos a Justina de la situación.

— ¿Pero se volvió loco, señor? ¿Cómo vamos a dejar entrar a una desconocida en la Fundación?

— ¡Por supuesto que no, chitrula! ¡Pero no me puedo negar ante mi cuñado! Me está pidiendo un favor, él mismo va a pagar el sueldo, ¿con qué excusa le digo que no?

— ¡Diga que no sin ninguna excusa!

— No puedo, no puedo, me tengo que ganar la confianza de Bauer. Le vamos a decir que sí, y le vamos a agradecer con lágrimas en los ojos su generosidad. Vamos a embolsar el dinero y nos vamos a deshacer de la desgraciada.

— Pero... ¿De qué va a trabajar?

— No sé, che, será **la mucama**. Pero vos te vas a encargar de que no dure ni dos horas en esta casa, ¿me explico?

— ¡Por supuesto que se explica, señorrrr! —replicó Justina, con una sonrisa cómplice. Ella le haría la vida imposible a la intrusa para que renunciase antes de que cantara el gallo.

Nicolás volvió a la cocina y, como lo habían planeado, Bartolomé se des hizo en agradecimientos emocionados por su generosidad y aceptó a Cielo como mucama y cocinera para los purretes. Nicolás entonces miró a Cielo, que esperaba a unos pasos de ellos.

Bartolomé aceptó. ¿Vos aceptás, Cielo? —la invitó a expresar su voluntad.

Ella hubiera dicho que sí sólo para poder estar cerca de pero se obligó a salir de inmediato del encantamiento. Hace rato que habían dado las doce, y ella seguía siendo la cenicienta, y ese príncipe era para otra princesa: la señorita de la casa.

Ella no se quedaría allí para ver cómo eran felices para siempre y comían las perdices que ella misma cocinaria. Entonces atinó a rehusar la propuesta, pero Nicolás se anticipó y le dijo con especial intención:

—Yo sé que estás para más, pero te va a hacer muy bien trabajar, y ganarte dignamente la vida, y además, vas a poder ayudar a chicos, que tienen muchas necesidades.

Cielo no había pensado en eso. Nicolás ya había comentado que en ese lugar funcionaba una fundación de chicos hueros y ella había adivinado que allí vivía la pequeña Aludí. Pensar en esa nena y en otros chicos que estaban ahí le tocó el costado más sensible de Cielo. Ya no era sólo la fantasía del príncipe la que la retenía allí, sino algo más como un instinto, una llamada profunda que le decía que debía quedarse. Después de todo, había huido del circo dispuesta a dejarse llevar hacia donde la vida dispusiera. Y la vida la había traído hacia allí, eso era un hecho.

—¡Me encantaría quedarme! —dijo finalmente Cielo con ilusión.

le sonrió. Se sentía satisfecho con lo que había logrado, aunque si lo hubiera pensado mejor, debería haber considerado que estaba metiendo a una supuesta ladrona en la casa de su prometida. La realidad era que estaba obnubilado por esa belleza celestial.

Desde lo alto de la escalera, Thiago había visto a Marianella junto al resto de los chicos cuando Justina los condujo hacia sus habitaciones. Corrió hacia el fondo del pasillo de la planta alta donde estaba la escalera de servicio, bajó por ésta y atravesó la cocina; recorrió el pasillo que comunicaba directamente con el ala de servicio, sin tener que pasar por la sala, y avanzó hacia el patio cubierto. Desde allí se asomó por la ventana interna hacia el cuarto de las chicas, y vio cómo Marianella se empezaba a desvestir, mientras una nena pequeña hablaba con otra chica, de la misma edad y rubia, que ya estaba acostada.

Thiago sentía que no debía seguir mirando a la fugitiva que se desvestía sin saber que estaba siendo observada, pero una puerta corrediza que comunicaba ambas habitaciones se abrió, y entraron Rama, Tacho y Lleca, que habían logrado robar unas cuantas delicias de la fiesta y venían a compartirlas con las chicas. Rápidamente armaron un picnic en el piso de la habitación, y repartieron con equidad el botín. Thiago pensó en que seguramente era idea de Justina que los chicos no pudieran comer con el resto de los invitados.

No sabía muy bien para qué había bajado, sólo tuvo **el impulso de hablar con ella**. Pero ahora estaba rodeada del resto de los chicos, y él no quería presentarse ante ellos; lo incomodaba ser el niño rico de la casa. Y se alejó. Si se hubiera quedado, hubiera oído muchas revelaciones impensadas en la conversación que tuvo lugar en la habitación.

A instancias de Justina, que se lo había encargado a Tacho, los chicos pusieron al tanto a Marianella de las actividades que allí realizaban. Intentaban hablar de ello con

naturalidad pero la angustia sobrevolaba sus rostros. No podían expresarlo con palabras, aunque todos sabían que eran víctimas sometidas, sin muchas chances de rebelarse. I e contaron a Marianella que allí tenían casa y comida asegurada. A cambio, sólo tenían que hacer algunos trabajos. para Bartolomé. Los más fáciles eran fabricar muñecas antiguas y pedir limosna. El más difícil, robar. Pero no todo era malo, le contaron que de cada botín que conseguían, Bartolomé separaba una pequeña parte para ellos y lo depositaba en la cuenta bancaria de cada uno. Cuando fueran mayores de edad, tendrían una buena cantidad de dinero en el banco como para realizar algún emprendimiento. Leca dijo que él pondría un quiosco con ese dinero. Tacho se iría llii viaje, lejos. Y Rama confesó, no sin pudor, que él estudiaría en la Universidad. También le informaron que no timían permitido ir a la escuela, pero Rama era el único que Kii las ingeniaba para estudiar. Y ofreció enseñarle a Marianella, si ella así lo deseaba, pero ella rechazó la propuesta, no porque no quisiera, sino porque la avergonzaba confesar ijiic con catorce años, aún no sabía leer ni escribir.

esa noche Cielo durmió en su carromato, esperando anulosa que se hicieran las nueve de la mañana, horario en el que debería presentarse para comenzar a trabajar. No podía (lujar de pensar en Nicolás, y se durmió deseando soñar con no principito atolondrado y conversador.

Lo mismo le pasaba a Nicolás mientras en su hotel le leía un cuento a Cristóbal; abstraído en sus recuerdos y fantam.is, no reparó sino varios minutos después en que su hijo \ a se había dormido. Sólo pensaba en esos ojos de un celeste imposible.

Malvina se aplicaba hielo en la mandíbula mientras pensaba infructuosamente en ese misterio que nunca terminada do explicarse: ¿quién había usado su vestido, su máslina, y había bailado con su Nicky?

Pero para Bartolomé no fue una noche reposada. Si bien

tenía unos cuantos cheques, la fiesta había sido prácticamente un fracaso. La bólide estaba golpeada y perdida, no había podido oficializar el compromiso, con los riesgos que eso conllevaba. Y, para coronar, el metiche de su cuñado le había encajado a la fuerza una camuca arribista.

«No se preocupe por esa rrrrata blonda, señor. Mañana mismo va a salir corrrriendo cuando la agarre yo. Pero ahora, mi señorr, hay algo que debe saber», le había dicho Justina, cuando intentaba informarle que el niño Thiago estaba de regreso. Pero Bartolomé no la oyó, estaba furioso y necesitaba descargar su ira. Qué mejor que mortificar un rato a los purretes para sacarse esa mufa.

Y se dirigió al sector de los chicos, decidido a darle un buen merecido a esa mocosa que le había pegado a su hermana. Marianella se había levantado para ir al baño; como siempre, el frío le daba ganas de hacer pis. Salió descalza al patio, y apenas dio un paso hacia el baño, vio venir a Bartolomé, y enseguida comprendió lo que se avecinaba.

Bartolomé pensó y degustó las palabras con las que la torturaría, pero sólo alcanzó a decir...

—¿Así que te gusta el box, che?

Iba a continuar con su perorata cuando se quedó de una pieza: en el fondo del patio cubierto estaba su hijo, Thiago, que lo observaba, y con una sonrisa le dijo.

—Hola, papá.

Capitulo 03
La invocación de Angeles

A la mañana siguiente, Cielo llegó a la mansión Inchausti con **ansiedad y preocupación**. Quería ver nuevamente a la pequeña Alelí, esa nena dulce que ya se había ganado su corazón, y también deseaba conocer al resto de los chicos que allí vivían. Pero tenía que ocuparse en la mansión de dos tareas fundamentales: limpiar y cocinar. Limpiar, mal que mal, podía hacerlo. No tenía ninguna experiencia, pero tampoco se trataba de una ciencia. Pero cocinar le resultaba tan ajeno como pilotear un avión. Jamás lo había hecho y jamás podría lograrlo, creía. Y lo principal: se moría por cruzarse otra vez con el churro de Nicolás.

Había una diferencia esencial entre Nicolás y Cielo. Él era un negador. Apenas la conoció se enamoró de ella, pero le costaría mucho reconocerlo, tanto que ocultaría durante un tiempo su sentimiento bajo la máscara de la solidaridad. En cambio, Cielo tenía el sano hábito de ser absolutamente sincera consigo misma. Tal vez se permitía, a veces demasiado, no serlo ante los demás. Reconocía que, en verdad, ayudar a Alelí y a los otros chicos que aún no conocía era una razón para estar allí, pero no negaba que el principal motivo de esas mariposas que sentía en la panza era volver a ver al rubio. Como no lo negaba, admitía que estaba en un problema serio y sin solución: le gustaba un hombre que se iba a casar en breve. Y ella, ante todo, era una buena persona, jamás le robaría el novio a otra mujer.

Sin embargo, allí estaba, presentándose a la hora convenida. Cielo no era, ni remotamente, puntual. Llegaba siempre tarde e inventaba en el momento excusas imposibles. El hecho de que esa mañana llegara a la mansión cuando faltaba un minuto para las nueve, demostraba que había allí

algo que le importaba mucho. Y ya no se trataba del rubio, tenía la sensación de que algo importante estaba comenzando.

La recibió Justina, quien exageró de forma intencionada su habitual malhumor y prepotencia. Sin responder al amable saludo de Cielo, apenas entró en la cocina le tendió un uniforme de mucama. A Cielo no le gustaban los uniformes, pero evaluó que no era una buena manera de comenzar negarse a usarlo. Se encerró en un pequeño toilette de servicio, y se lo puso. No pudo evitar hacerle unos retoques para verse mejor. Se abrió un poco el escote, para que pudiera lucirse una hermosa cadenita que le habían regalado sus viejis, y se subió un poco la falda. El uniforme no era de su talla y le llegaba a las rodillas, y ella lo sabía muy bien, o por encima o por debajo, pero nunca a la rodilla.

Bartolomé anticipó que podrían surgir problemas apenas la vio: tener una mucama tan bella, y con ese uniforme que no hacía más que potenciar su sensualidad, era un peligro. En la fundación había adolescentes varones de quince años. Ni se le cruzó por la cabeza lo que en realidad sería su gran tragedia: la mucamita terminaría ganándose el corazón del que debería ser, sí o sí, su cuñado. Pero no tenía tiempo para esos menesteres, así que instruyó rápidamente a Justina para que le bajara la faldita hasta la rodilla, mantuviera a raya las hormonas de Tacho y Rama, y la obligara a renunciar para la hora del almuerzo. Él debía ocuparse de algo mucho más serio: despachar a su propio hijo en el primer avión a Londres.

Todos dormían en sus camas, excepto Marianella, que acostumbraba despertarse a las siete de la mañana en el instituto y llevaba ya dos horas despierta. Era una fría mañana, pero a través de las ventanas se colaba un sol tibio de otoño. Marianella se entretuvo mirando los millones de partículas que flotaban en el aire a la luz del sol. Y entonces vio entrar a Cielo, tan sonriente. La vio abrir la puerta procurando no

hacer ruido, pero con su torpeza característica tropezó con el zócalo de la puerta y estuvo a punto de caer. Hizo tal estruendo que despertó a Jazmín y Alelí. Cielo no vio a Mar, a quien una risa espontánea le iluminó la cara. Alelí se sorprendió y mucho al ver entrar a Cielo.

—¡La bailarina! —exclamó al verla—. ¿Qué haces acá?

—Resulta ser que por esas cosas raras que tiene la vida, voy a ser la mucama de la Fundación. Hola, yo soy Cielo —le dijo a Jazmín con dulzura y le dio un beso. Ni Jazmín, ni ninguno de los chicos estaban acostumbrados a esas demostraciones de afecto.

—Yo soy Jazmín.

—¡Qué hermoso nombre! ¡Tan hermoso como vos! —exclamó Cielo con sinceridad, y luego miró a Marianella y le dijo—¿Y cómo se llama esa hermosura que está debajo de ese pelo enredado?

Fue un chiste que no pretendía ofenderla, sino todo lo contrario. Pero Marianella se ofendió, no le gustaba que hablaran de su pelo, ni de su aspecto, ni de ella.

—Se llama Marianella, y es nueva —respondió Alelí ante el mutismo de la otra.

Cielo comprendió que su observación le había molestado, y entendió que en un futuro debería tener más tacto con ella. No pretendió disculparse, porque sabía que eso solamente la enojaría más; en cambio, decidió demostrarles que ella sería su amiga y compinche.

—¿Y es verdad que detrás de este *coso* hay unos chicos que son unos churros? —dijo señalando la puerta corrediza que separaba ambas habitaciones.

—Sí, ¡pero las mujeres no podemos entrar! —le advirtió, tarde, Alelí.

Cielo había abierto la puerta corrediza y ya avanzaba hacia el cuarto de los varones. Las tres chicas se asomaron hacia la habitación y observaron, divertidas, la sorpresa que se Un varón los chicos al ver a Cielo, que entró como una mariposa y fue directo a las ventanas, hablando en voz alta para despertarlos.

—¡Sin dudas éste es el cuarto de los varones, patasucias! —comentó mientras abría la ventana. Lo que logró fue que Rama, Tacho y Lleca despertaran absortos. —¡A ver si ventilan un poco más, o se lavan las patas, che! —y les hizo un guiño a las chicas que se reían, divertidas, del otro lado.

—¿Vos, quién sos? —dijo Tacho, que no podía dejar de mirar a esa hermosa mujer vestida de mucama.

—Yo soy Cielo —respondió ella.

Reconsiderando la altura a la que se le había subido la falda, la bajó hasta las rodillas otra vez, y les habló acelerada, tratando de establecer de arranque cuál sería el código de relación entre ellos.

—Me voy a encargar de limpiar este cuarto, de lavar la ropa, y de cocinarles. Así que espero que sean cuidadosos y que al menos, si son tan patasucias, se laven sus propias medias.

Las chicas se deleitaban cada vez más con esa rubia explosiva que en pocos segundos ventiló la habitación y juntó la ropa tirada.

Fue instantáneo, todos la amaron desde el primer momento. Y nada les importó el horrible desayuno que les preparó, las tostadas quemadas, ni el té con leche que parecía y sabía a agua sucia. Estaban muy sorprendidos con su aparición, sobre todo los que vivían allí desde siempre, quienes sabían perfectamente que Bartolomé jamás traería a un extraño a vivir con ellos, y mucho menos contrataría a alguien para lavarles la ropa y prepararles la comida.

Pocos minutos más tarde, Rama y Tacho comprendieron la situación: por alguna razón que desconocían, Bartolomé había debido contratarla, pero como la propia Justina les dijo, tenían que conseguir que renunciara ese mismo día.

—¿Pero por qué la contratan si la quieren echar? —preguntó Tacho atinadamente.

—Vos hace lo que te digo y no preguntes —respondió Justina contando con la complicidad de ambos—. Háganle la vida imposible y que se vaya hoy mismo.

Ellos se miraron, por alguna razón no estaban dispuestos a colaborar con ese pedido. Y les dio mucha risa ver cómo Cielo respondía con gracia y picardía a cada ataque de Jusilla. —¿A vos te parece que esto es una tostada, rretarrddada?

—¿Y a usted le parece que eso es un vestido? —replicó Cielo—. Por favor, ¿qué es ese mal gusto? ¡Póngase algo de color, algo moderno, doña! —le soltó con un desparpajo que provocó una carcajada en todos los chicos y descolocó a Jusina.

—¡Silencio entierrrro! —les gritó y los hizo callar en el instante.

Justina avanzó hacia Cielo mostrándole los dientes. Esa mucamita no sabía con quién se había metido, estaba dispuesta a hacerse un festín con ella. Pero cuando abrió la boca para

hablar, Cielo ya se estaba riendo a carcajadas.

—¿Silencio entiero, les dijo? ¿Pero de qué película la sacarón a usted, doña? ¿Cómo va a hablar así? ¡No puede ser tan aparato! —dijo riendo, y volvió a provocar otra ola de risas en los chicos.

—¡Pero mocosa ins...! —atinó a decir Justina, con una indignación que no le cabía en el cuerpo, pero antes de que pudiera completar la oración...

—¡Silencio entierrrro! —la calló Cielo imitándola, y se echó a reír, ya muy tentada.

Mientras los chicos reían desafortadamente, sin traba alguna, Justina estaba absorta. La insolencia de esa mucalila la descolocaba, y peor aún, ¡los mocosos se atrevían a mirse de ella! Entonces preparó su mano, con la que pensaba ubicar a esa impertinente de una bofetada, y estaba a punto de concretarlo cuando vio entrar al doctor Bauer, conguito y, llamativamente, muy arreglado para ser tan temprano. Justina cambió en el aire el destino de su mano, y lo que iba a ser una bofetada se transformó en una especie de ii brazo tosco que descolocó a Cielo.

—¡Qué contentos que estamos de tenerrrr mucama! —dijo Justina consciente de la ridiculez que estaba haciendo.

Pero Cielo ya no reparaba en el extraño comportamiento del ama de llaves, sino que desde el momento en que vio entrar a Nicolás, el mundo se había desdibujado para ella. Lo mismo le pasó a él, que no escuchaba las explicaciones con las que Justina trataba de disimular su nerviosismo.

—¿Vino a ver a Malvina, doctor Bauer? —preguntó Justina.

—No —se le escapó a Nicolás—. Es decir, sí, pero también quise averiguar cómo iba el primer día de trabajo de Cielo.

—Excelente —dijo ella.

—El doctor Bauer es el prometido de la señorita Malvina, y él es quien tan generosamente se ofreció a pagarle a su amiga Cielo para que nos ayude en la Fundación —explicó Justina a los chicos. Rama y Tacho se miraron y comenzaron a comprender la situación.

—¿Usted no conoce a los chicos? —preguntó Cielo.

—No —dijo Nico.

—¡Venga que se los presento! —le dijo con confianza, lo tomó de la mano y lo condujo hacia la mesa donde todos desayunaban.

—No lo molestes, es un hombre muy ocupado —repuso Justina, tomándolo de la otra mano para llevarlo hacia la dirección contraria.

—Me encantaría conocer a los chicos —dijo Nicolás—. Tengo un hijo de siete años, al que le va a encantar tener amigos de su edad.

—¡Ah, bue, sí, justo! —dijo Justina casi para sí.

Nicolás la miró. Y ella no atinó a explicar, estaba sobrepasada por la situación. Cielo condujo a Nicolás hacia la mesa.

—Esta rubia divina es Jazmín...

—Hola, Jazmín —la saludó gustoso Nicolás.

—Ese rubio ruludo se llama Juan, pero le dicen Tacho, y por cómo la mira, me parece que le encanta Jazmín.

—¡Cualquiera! —dijo Tacho sonrojándose, y mirando a Jazmín, que hizo como si no hubiera escuchado el chiste de Cielo.

Este otro con cara de pachucho es Ramiro, le dicen Rama y es el hermano mayor de esta hermosura, Alelí.

¡Qué rápido te aprendiste todos los nombres! —quiso meterse Justina, que había quedado afuera por completo de conversación.

-hola —saludó a Rama y a Alelí, pensativo. Acaba de reconocer a Rama y Tacho.

—y este bombonazo es Lleca. No sabe su nombre —le aclaro a Nico—, pero *todo liso* —dijo repitiendo las mismas fílobras que le había dicho Lleca.

—Hola, Lleca —saludó Nicolás y enseguida se dio cuenta que era uno de los rumanos de la tarde anterior.

—¿Qué tal, boncha, todo liso? —dijo Lleca, extendiendo su mano.

—Todo liso —respondió Nicolás, sintiendo una espontánea simpatía por ese atorrante que le estrechaba la mano. —Y esta hermosura es Marianella. Pero le vamos a decir mar. Es nueva, recién llegadita como yo, así que las dos estamos más asustadas que vaca en un asado.

A Marianella le provocó mucha gracia la metáfora de cielo, y no pudo evitar reírse, y de inmediato se cubrió la sonrisa con una mano. —Hola, Mar —dijo Nico con una cálida sonrisa. —Bueno, ellos son los chicos. Y este rubio churrazo... dijo Cielo. —¡No seas irrrrrrespetuosa! —saltó Justina, indignada. pero vio que Bauer sonreía, lejos de tomar a mal la expresión.

—El churrrro es el doctor Nicolás Bauer —repitió Cielo, pronunciando muchos las erres, pemulando a Justina.

—¿Es médico? —preguntó Rama, con la esperanza de que si así fuera, ya que le preocupaba un poco el catarro de aleli .

—No —dijo Nicolás—. No soy médico... —Es piripipólogo —dijo Cielo y provocó la espontánea carcajada en Nicolás.

Mientras la cocina se llenaba de inusitadas carcajadas, la planta alta era invadida por increíbles gritos. Malvina los oía desde su habitación, mientras intentaba apagar el hematoma de su mandíbula. No eran los gritos de Bartolomé lo insólito, de hecho eran bastante frecuentes; lo novedoso era esa voz rasposa que gritaba a la par que Bartolomé. Salió de su habitación y se encaminó hacia el extremo del pasillo. Allí estaba el cuarto de su sobrino Thiago, vacío desde que se había mudado a Londres. Pero esa voz rasposa era, sin dudas, la de Thiaguito. Malvina se emocionó, tenía adoración por su sobrino y, en verdad, ella era la única que lo extrañaba en su ausencia. Pero Bartolomé estaba muy enojado, por lo que decidió no interrumpirlos. El cuarto era una habitación despojada, impersonal, con algunos rastros de decoración infantil. Desde que había sido enviado pupilo a Londres, Thiago apenas pasaba unos cuantos días al año con ellos. Durante los dos meses de vacaciones de verano — invierno aquí—, Bartolomé se encargaba de que estuviera el menor tiempo posible en la mansión. Lo llevaba a esquiar, lo mandaba de viaje con el hijo de Adolfo Pérez Alzamendi o, si nada de eso era factible, se instalaban en la estancia; lo que fuera necesario para que Thiaguito no permaneciera en la casa ni entrara en contacto con los chicos de la Fundación. Por ese motivo, el cuarto de Thiago apenas tenía signos suyos. Bartolomé estaba sorprendido, Thiaguito podría tener algún que otro berrinche, después de todo era un adolescente; pero jamás lo había enfrentado con esa vehemencia. El Thiago que había vuelto de Londres, esta vez, estaba muy

cambiado. Sin embargo, Barto comprendía que debía domar **ese** potro sin demoras; un adolescente rebelde era lo último que necesitaba en ese momento. Thiago contestaba a cada grito de Bartolomé con un grito más potente, y en una actitud de clara rebeldía, lo haa mientras desarmaba su valija y guardaba su ropa en el Iacard. —Cuando cumplas los dieciocho años y trabajes y ganes dinero, vas a poder decidir. ¡Mientras tanto, decido yo! —Yo a Londres no vuelvo! —gritaba Thiago decidido. —Vos vas a hacer lo que yo te diga, mocoso! ¡Y si no te gusta cómo son las cosas, andá a la India a llorarle a tu mamita, si es que la encontrás! Thiago lo fulminó; aunque despreciaba a su madre tanto como Bartolomé, odiaba que su padre hablara en esos términos de ella. Ignoró la mención a su madre y, en cambio,

—A Londres no vuelvo. ¡Ésta es mi casa y yo me quedo

—Armá esa valija, porque aunque tenga que llevarte de pelos, te subís al primer avión que salga para Londres! —sentenció Bartolomé y abrió la puerta. Ahí se topó con Malvina, que se apartó para dejarlo salir. —Despedite de Thiaguito, Malvina. Se va en el próximo vuelo.

Malvina sonrió afectuosa a su sobrino, que depuso su a apenas se alejó su padre. —Así que te comprometiste? —Casi —dijo ella. —Gracias por invitarme —reprochó Thiago. —Estás tan lindo! ¿Cuándo creciste tanto, vos? Y lo estrujó con un fuerte abrazo. Thiago lo agradeció, **el primer abrazo** que recibía desde su llegada.

Para Bartolomé el día no mejoraría. A la repentina rebeldía de su hijo, se le sumó **un preocupante planteo** que le hizo su futuro cuñado. Bajaba de la planta alta cuando divisó a Nicolás, que venía desde la cocina. Bartolomé sonrió aliviado: ver a Bauer después del frustrado compromiso auguraba cierta esperanza. Pero se sorprendió cuando Nicolás le dijo que, antes de ver a Malvina, quería hablar con él. Barto temió lo peor: que su casi cuñado le manifestara un cambio de planes. Pero lo descolocó completamente el asunto del que quería hablarle Nicolás. —Bartolomé, quiero que hablemos de los chicos de tu Fundación — primera señal de alarma. Ni los chicos, ni la Fundación eran temas de los que Barto quería hablar con Bauer. —Yo sé que te debe costar mucho llevarla adelante —continuó Nicolás—, pero quiero decirte que descubrí algo bastante grave. —Segunda señal de alarma, «descubrí» más «grave» no propiciaba nada bueno. —,De qué hablás, Nick? —preguntó Bartolomé, intentando mostrarse relajado, mientras pensaba argumentos para rebatir lo que hubiese descubierto ese molesto testigo. —Ayer a la tarde vi a algunos de los chicos de la Fundación haciéndose pasar por rumanos, pidiendo limosna, y muy posiblemente robando. Bartolomé se sintió morir. Lo que Bauer había descubierto era irrefutable, y maldijo su propia codicia por haberlos mandado a hacer los rumanos el día del compromiso y, justamente, a pasos de la mansión. La política decidida ante una eventualidad como ésa era negarlo, y eso fue lo que hizo. —Creo que estás equivocado, Nicolás.

—No me equivoco, eran ellos. —Es imposible. —Eran ellos. Bartolomé se quedó serio. Entendió que enfrentaba un momento delicado: su futuro cuñado había descubierto su secreto, y él debería silenciarlo. Eso, claro, por un lado imposibilitaría el casamiento de su hermana y, por el otro, le costaría unos cuantos miles. Pensando en esos oscuros menesteres, le costó entender lo que estaba ocurriendo cuando Nicolás le dijo: —No te enojés con ellos, por favor. Son chicos, seguramente es lo que aprendieron en la calle. Sé que te desvivís por ellos y que te dolerá mucho haberte enterado, pero creo que lo tenías que saber. Bartolomé tardó unos pocos segundos en comprender la situación. Nicolás había descubierto a los purretes haciendo la estafa de los rumanos, pero lo había tomado como una Invesura de ellos, no como una orden suya. El alivio por la situación de peligro que había vivido lo emocionó hasta las lágrimas. Emoción que Nicolás interpretó como gran decepción por enterarse de las actividades de sus tutelados. —No te pongas así, Barto! Comprendo que debe ser inerte para vos, pero entendé que estos chicos habrán tenido una vida muy dura. No los castigues, por favor. —Ay, querido Nicky, ¡vos no sabés lo delicado que es esto! uno se desvive por ellos, trata de darles un techo, comida... ¡dignidad! Y ellos te pagan delinquiendo. Qué difícil, che... ¡Qué difícil! —dijo mientras iba tomando cada vez más énfasis, como un verdadero actor. Bartolomé prometió no castigarlos, ni referirles el episodio, y sí, en cambio, estar más atento para que no se repitiera. Sintiendo que ya tenía controlada la situación, intentó conducir la charla hacia el futuro casamiento, pero en ese mismo momento se le abrió otro frente. Desde el sector de los chicos, irrumpió Cielo airada, era toda indignación. Detrás venía Justina, absorta por ese huracán que era la mucamita, a la que no podía controlar.

—,Cómo que estos chicos no van a la escuela? —increpó Cielo, con desparpajo, a Bartolomé. Bartolomé se quedó de una pieza. Y Nicolás creyó entender que había una confusión. —Sí, Cielo, los chicos van a la escuela. ¿No? —quiso confirmar con Bartolomé, que intentó hablar, pero no tenía palabras. Cielo acababa de descubrirlo. Luego de desayunar, acompañó a los chicos a sus habitaciones y quiso saber dónde tenían los uniformes y los útiles para ir al colegio, así como los horarios de cada uno para poder organizarse mejor. Pero percibió el silencio y las miradas cómplices que se extendieron entre todos. —Nosotros no vamos a la escuela —dijo Rama. —,Cómo que no? —preguntó Cielo absorto. Pero luego reparó en el pizarrón y en los pupitres. —Ah, ¿viene una maestra a darles clases acá? Más silencio y más miradas. Rama iba a confesarle que no iban al colegio ni venía ninguna maestra, simplemente, ellos no estudiaban. Pero en ese momento irrumpió Justina. No alcanzó a preguntar qué sucedía que ya Cielo la estaba increpando. —Estos chicos no van a la escuela? Justina tartamudeó ante la pregunta directa e inesperada. —!Pero cómo se te ocurre hablarme así, rrrroñosa! —Qué importa cómo le hablo! Conteste: ¿estos chicos van o no van a la escuela? —Me cansaste! Te vas ya mismo de acá, ¡imperrrrtinente! —Yo no me voy nada! Usted no es nadie para echarme, es tan empleada como yo. Los chicos se miraron con una inconfesable satisfacción, por fin alguien le hacía frente a Justina. Y, mucho más que eso, por fin alguien los defendía. —Conteste, ¿van o no van? Justina, furiosa, taconeó sobre el piso, mientras señalaba con su mano hacia el pasillo, hasta que se le formaron

dos grandes manchones rojos sobre sus pálidas mejillas, y por último gritó: —Te vas ya mismo de acá, rrrrenacuaja! Pero Cielo la ignoró, y miró a los chicos. —Contesten, ¿van o no van? Los chicos se miraron con temor, la presencia de Cielo los envalentonaba un poco, pero no tanto como para desafiar a Justina. Después de todo, estaba claro que Cielo no duraría mucho allí y luego ellos deberían tener que seguir padeciendo a la cruel ama de llaves. Pero Marianella no le tenía tanto miedo, y el desenfado de Cielo alimentaba su propia rebeldía. —No, que se caiga la medianera, este cuento no se puede seguir emparchando... —todos la miraron absortos, tratando de entender sus rebuscadas metáforas—. Acá nadie va a la escuela —concluyó ella. Justina abrió grandes sus ojos y agendó mentalmente hora y lugar del castigo que le aplicaría a esa rata diminuta. De pronto vio que Cielo salió disparada hacia la sala, farfullando algo con indignación. Justina adivinó lo que haría, y salió tras ella. Y no se equivocó. Cielo fue directamente a plantear el asunto a don Bartolomé, lo cual no habría sido un problema si no hubiera estado presente el doctor Bauer. Justina se miró con Bartolomé y ambos comprendieron que no podrían evadirse de esa situación. —No van a la escuela, ni tienen maestra particular. ¡,Cómo puede ser?! —protestó Cielo. —,Eso es verdad? —preguntó Nicolás, incrédulo, a Barto. —Por supuesto que es verdad, yo no miento! —se enojó Cielo. —Es verdad, y no es verdad... —dijo al fin Bartolomé con tono lastimero. —Qué respuesta es ésa? ¿Cómo que es verdad y no es verdad? —gritó Cielo. Se había entusiasmado con su papel de justiciera, pero se quedó dura cuando Nicolás la miró serio y le dijo:

—Bueno, suficiente, Cielo. No le podés hablar así a Bartolomé, él es el dueño de esta casa y tu jefe. Ahora escuchalo a él. Cielo se sintió incómoda ante el reto de Nicolás, pero a decir verdad, el piripipólogo tenía razón: se había excedido. Como bien le habían enseñado sus viejis, se disculpó apenas comprendió su error. —Disculpe, don. Explique, por favor. —Me conmueve tu preocupación, Cielito... —continuó con su actuación Bartolomé—. La realidad es que mis purretes estudian acá, en el aula que hay junto a las habitaciones. Todos ellos pasaron muchos años en las calles, sin ir a la escuela, y no los puedo mandar a ningún colegio porque están demasiado atrasados para su edad. Entonces les puse los mejores profesores para que estudien acá. Pero... —dijo, y se angustió— últimamente las cosas no van bien, che. Me cuesta mucho hablar de esto, pero la fundación está en rojo. ¡La pucha, qué triste es esto! Y forzó sus ojos hasta que logró llorar. —Fuerza, mi señor —se sumó Justina a la escena, palmeándole un hombro. —Es que es muy triste, muy triste, no tener ni para pagarle a una maestra particular de ciencias sociales o elementales, ¡che! Justina y Bartolomé eran una dupla extraordinaria a la hora de actuar, y ambos lograron conmover tanto a Cielo como a Nicolás. Pero el shock fue total cuando Nicolás, condolido, ofreció su solución: —No te preocupes, Barto, tus chicos van a estudiar. —Sí, sí, ya sé, che, las cosas van a mejorar, ya lo sé. —No, desde hoy, ya mismo, tus chicos van a estudiar. ¡Yo les voy a dar clases! Cielo no pudo contener un grito de alegría, en tanto que Justina y Bartolomé quedaron demudados ante semejante planteo de Nicolás.

Unos minutos más tarde, hubo una reunión de emergencia en el escritorio de Bartolomé. Malvina llegó apurada ante la insistencia de su hermano. Allí ya estaban él y Justina. —Esto es **una invasión!** ¡En menos de veinticuatro horas nos invadieron el rancho! —comenzó Bartolomé. Y detuvo en seco a Malvina que iba a preguntar ya alguna tontería. —Ahora preguntas bólicas, no, bólica. No sólo llegó Thiaguito de sopetón, sino que tuvimos que tomar a la camuca arribista que tu novio nos metió, y ahora, además, ¡él se ofreció a darle clases a los purretes! Really? —preguntó Malvina, encantada con la idea de tener a Nicky cerca. —Vos entendés que eso no puede ser? —la fulminó Bartolomé. —No puede, y no será, mi señorrr. Usted encárguese de Thiaguito; la bólica, con todo respeto, se encarga de disualir a su prometido, y yo me encarrngo de la mucamita rrrrebelde. Y así salió cada uno a cumplir su misión. Bartolomé, a comprar el pasaje con el que pensaba fletar a su hijo. Malvina, a tratar de disuadir a su novio, aunque en realidad no sabía ni de qué se trataba ni de cómo encararlo. Y Justina, a poner de patitas en la calle a la insolente. Pero el ama de llaves una vez más se enfrentó a la difícil tarea de encarar a la joven explosiva. La encontró deambulando por la planta alta, con un pequeño bolso con forma de mono verde. —Qué hacés acá? —la reprendió Justina.

—Estoy buscando la habitación de servicio, o ¿dónde voy a dormir yo? Justina sonrió en su interior, la pobre desgraciada ignoraba que no pasaría ni una mísera noche allí. Pero aprovechó la ocasión para llevarla al altillo, la habitación más alejada de la mansión, donde nadie podría oír sus gritos ni el llanto que le provocaría a la joven. —Seguime! —le dijo, con su torso erguido y sus manos recogidas a la altura del pecho, y se dirigió a la escalera que conducía al altillo. Apenas entró en la pequeña habitación de madera, Cielo sintió algo que le oprimió el pecho. Pensó que era el polvillo acumulado en ese lugar que, sin dudas, nadie usaba para nada, pero sabía que había algo más. No sólo era una opresión, era más bien una angustia que quería salir a flote. Cielo observó fascinada la parte trasera de ese gran reloj que coronaba la mansión. Su mecanismo era de una extraña belleza, parecía sacado de una película antigua. Justina la hizo pasar, cerró la puerta, y se dispuso a maltratarla de tal manera que la roñosa terminaría suplicándole que la dejase ir. —Es evidente que no servís para nada. Ni para hacer una tostada, ni para lavar una taza, ni para abrir la puerta... Y de repente se detuvo en seco. Fue tan abrupto el silencio que Cielo giró para ver qué le pasaba. Justina estaba pálida. Mientras ella había empezado a hablar, Cielo había abierto el bolsito con forma de mono y había empezado a sacar sus efectos personales, para ir instalándose en el altill. Lo primero que había sacado era un portarretratos con una antigua foto de ella, de cuando tenía diez años, junto con sus viejis. Llevaba siempre esa foto consigo, y mientras Justina le hablaba, ella buscaba el mejor lugar donde ubicar el portarretratos. Justina sintió que un frío de muerte le recorría la espina dorsal: sin lugar a dudas, la niña de esa foto era la desgraciada que diez años antes, ella y su señor habían mandado a morir al bosque. —,Quién es esa nena? —preguntó con un hilo de voz.

—Ésta? Soy yo, doña, con mis viejis, cuando tenía diez años. El señor Bartolomé estaba en lo cierto, la mismísima Ángeles Inchausti les había invadido la mansión.

113

Aquella semana, el doctor Malatesta tuvo que visitar en varias ocasiones la mansión Inchausti. Gino Malatesta era un psiquiatra que alguna vez dio un mal paso, se vio envuelto en un turbio desfalco a una obra social, y su cómplice y testigo fue Bartolomé. Desde ese momento, Malatesta se vio obligado a responder a todos los pedidos ilícitos que le hacía Barto. Periódicamente, la Fundación debía presentar certificados de salud y vacunación de todos los menores, Bartolomé lo obligaba a firmarlos, sin siquiera examinar a los niños. No gastaba un centavo en la salud de los huérfanos, para eso estaba Malatesta. Cualquier formalidad burocrática la solucionaba el psiquiatra extorsionado. En realidad, Malatesta era un psiquiatra con escrúpulos, que se arrepentía de aquel error y deseaba poder hacer borrón y cuenta nueva. Pero **los errores del pasado** se pagan en el presente. Cuando recibió el llamado de Bartolomé requiriendo su presencia de inmediato, Malatesta supuso, por su voz estrangulada, que estaba sufriendo un pico de presión. Pero al llegar a la casa, descubrió que el motivo era otro, uno muy peculiar. —Hay manera de descubrir si alguien se hace pasar por amnésico? —disparó Bartolomé. Se lo veía desesperado. —Depende... en general sí —respondió Malatesta, extrañado. Entonces Bartolomé le refirió los hechos recientes, y no necesitó detenerse de sobra en algunos detalles del pasado, pues Malatesta estaba al tanto de todo, o casi todo, ya que él había debido firmar las actas de defunción tanto de Amalia Inchausti como de la desgraciada Alba. Ambos entraron

en pánico, y la primera hipótesis que barajaron de la irrupción de Cielo había sido el comienzo de una venganza por haber querido deshacerse de ella siendo una niña. El pánico no se debía sólo a la posibilidad de perder la herencia en manos de la legítima heredera, sino a perder la libertad por los crímenes cometidos. Sin embargo, Cielo no manifestó nada de todo esto. Al contrario, cuando Bartolomé fue a increparla, dispuesto a sacarse el problema de encima con sus propias manos, Cielo refirió los hechos con total normalidad. —Cuando tenía diez años, los viejis me encontraron en el bosque. Yo no me acordaba de nada, y nunca más me acordé. No recuerdo ni cómo me llamo. Ellos me pusieron Cielo, y me dieron su apellido, Mágico. Soy amnésica —relató la joven con naturalidad. A Bartolomé la historia de la amnesia le sonó a cuento chino, y por eso citó a Malatesta. Temía que todo fuera una elaborada y retorcida venganza por parte de la falsa mucamita, Ángeles Inchausti, alias Cielo Mágico. Con la excusa de hacerle un examen preocupacional, la condujeron al escritorio donde la esperaba Malatesta. Ella suponía que él le haría un análisis y algunas preguntas sobre su estado de salud, pero en cambio el doctor solamente la invitó a charlar. —Me dijo Bartolomé que sufrís de amnesia, eso le dijiste, ¿no? —No me acuerdo! —bromeó Cielo. No vivía su amnesia como algo doloroso, pero luego se puso más seria y habló del tema. —Algo me pasó, seguramente, cuando era chiquita, y aparecí en un bosque, sin acordarme de nada. Cada tanto tengo sueños, pero apenas me despierto, enseguida me olvido de lo que soñé. No sé si antes tenía familia o no, pero los viejis que me criaron buscaron, pusieron carteles, avisos. Nadie apareció. No sé si tengo papá o mamá, o hermanos.

En ese momento se oyó un estruendo, como un golpe dado con un objeto metálico contra otro. Cielo se detuvo, **ese**

sonido le provocó una extraña sensación. Los ruidos se reiteraron cuatro o cinco veces más y luego cesaron. Tras la puerta del escritorio, Justina, Malvina y Bartolomé estaban parapetados, tratando de escuchar las respuestas de Cielo. Bartolomé, acostumbrado a esos ruidos, los desestimó. —Hacé revisar esas cañerías de una vez, che! —ordenó a Justina. —Enseguida! —dijo ella, y aprovechó la ocasión para retirarse. Sabía perfectamente qué eran esos ruidos. Bartolomé siguió tratando de escuchar a Cielo, cuando de pronto Malvina tuvo una revelación. —Me muero muerta! Qué horror! —dijo para sí. —,Qué horror, qué, bólida? —preguntó Barto. —Si Sky, en realidad, es Ángeles, la hija de Carlos María, eso quiere decir que... ¿sería algo así como nuestra prima? —Algo así —dijo Bartolomé. —Qué horror! —repitió Malvina—. Tenemos una prima mucama!

Los ruidos eran la clave que tenía la pequeña Luz, recluida en el sótano, para llamar a Justina cuando necesitaba algo. La pequeña golpeaba una taza de lata contra las cañerías, y ante ese ruido Justina acudía. Luz sabía que no podía abusar de esa señal, pues era peligroso llamar demasiado la atención, por la guerra en la que creía que vivía. Si Luz solicitaba ayuda, algo pasaba, por eso Justina acudió apresuradamente. Para llegar hasta ella tenía un recorrido y una rutina impecable. Se dirigía a la cocina, donde había un hogar a leña en desuso. Se cercioraba de que no hubiera nadie merodeando, y accionaba un mecanismo oculto bajo el hogar. Una pequeña puerta trampa se abría y ella se introducía a través de ésta. La puerta trampa conducía a un estrecho pasillo de piedra, que descendía hasta el subsuelo. Allí los pasillos parecían un laberinto, nadie mejor que ella conocía ese lugar. Al final de un pasillo, había una puerta de cartapesta que simu-

laba ser una pared de piedra. Detrás de esa puerta, que se abría con un mecanismo oculto, estaba el amplio sótano que Justina había acondicionado para la pequeña Luz. —Lucecita, ¿qué pasó? —preguntó alarmada Justina, mientras corrió hacia la niña, que la esperaba en su camita. La pequeña estaba, como cada día, con su largo pelo lacio bien peinado y un vestido que parecía sacado de una película de los años 50. —Creo que estoy enferma, mamá — respondió Luz con afectación. Inmediatamente Justina comprendió que mentía, pues la niña, cuando lo hacía, actuaba con el tono exagerado de *Scarlett OHara en Lo que el viento se llevó*. Justina sentía ya demasiada culpa por tenerla en ese indigno cautiverio, y por ese motivo le toleraba esas travesuras. Fingió creerle, mientras apoyaba su mano en la frente de Luz. —Qué sentís, Lucecita? ¿Te duele la garganta? —Sí, y creo que tengo fiebre. —No, fiebre no tenés. Abrí grande la boca. Luz lo hizo, con una expresión afiebrada y lánguida. Justina le siguió la corriente. —No, no tenés nada. A lo mejor un poquito rojo, pero estás bien. —Seguro? ¿No tendré que ir a ver a un médico? —No, no hace falta. Además, arriba, con la guerra, no está nada fácil conseguir un médico. Para tener cautiva a Luz y que nadie en la mansión descubriera su presencia, Justina había inventado la historia de la guerra, aportando escenas de batallas, nombres de personajes importantes, héroes y mártires, y la cantidad de detalles necesarios para volver creíble su relato cotidiano. Luz debía permanecer en silencio, apartada del mundo, para estar a salvo de los bombardeos y enfrentamientos que se producían en todo el país y, en especial, en las calles de la ciudad en la que vivían. La presencia continua de refugiados, de heridos, de moribundos también resultaba muy pelir r

grosa, por eso era mejor que permaneciera encerrada en el sótano de esa casa, a resguardo de los duros combates. —,Cuándo va a terminar esta guerra?! —protestó Luz. —Ojalá que pronto, ¡ojalá que pronto! —dijo Justina. Y sí, el fin de la guerra era algo que en algún momento debería ocurrir, sabía que no podía retener por siempre allí a la niña. El plan de Justina era poder hacerse de su parte de la fortuna cuando cobraran la herencia y, con ese dinero, marcharse muy lejos con su hija. Cuando Justina comprobó que ya estaba mejor e hizo el gesto de marcharse, la pequeña le reclamó: —No... ¡quedate un ratito más! —Tengo que volver —le explicó Justina—. Tengo que ayudar al general Bartolomé con los heridos. —Bueno, pero contame un cuento, ¡uno cortito, y te vas! Justina no tuvo más remedio que acceder. En realidad, esos momentos eran los únicos placenteros que tenía cada día. Luz se recostó junto a ella en la cama, y, acariciándole el pelo, curiosamente le relató un cuento sobre un circo.

Algunos metros por encima del sótano, Cielo estaba refiriéndole al doctor Malatesta sus años en el Circo Mágico. Al cabo de unos treinta minutos de charla, el doctor hizo una orden para unos análisis y unas radiografías. Cielo se extrañó cuando además solicitó una tomografía computada. —A la pelotita! —exclamó Cielo—. ¿Para qué una tomografía? —Es pura rutina —mintió el doctor, y se despidió. Mientras Bartolomé lo despedía, Malatesta explicó que en un análisis preliminar podía afirmar que Cielo no mentía sobre su amnesia. Creía que, en efecto, no recordaba nada de su pasado. —Pero en ese caso, ¿es posible que lo recuerde? — Siempre es posible. Esta chica tiene una lesión cerebral o algún tipo de trauma psicológico que bloquea sus recuerdos. Y, como cualquier trauma, puede ser resuelto.

—Roguemos entonces que sea alguna lesión cerebral, ¡che! —exclamó Bartolomé. Malatesta sólo lo miró, tratando de ocultar su desprecio.

e informó que había ordenado hacerle algunos estudios con hs que terminarían de confirmar su diagnóstico. El panorama que le había descrito Malatesta no lo tranquilizaba demasiado. Si bien era casi seguro que la mucatita no mentía sobre su amnesia, en cualquier momento podría recordar, y eso sería el acabose. Eso fue lo que le transmitió a Justina cuando ésta regresó del sótano. —En ese caso —sentenció Justina—, lo mejor va a ser tenerla cerca, señor. Si llega a recuperar la memoria, mejor que esté a mano. —Más vale Cielo en mano que Ángeles volando! —acordó Bartolomé. Pero de todos modos se miraron preocupados; no lo dijeron pero ambos temían que hubiera llegado el momento de empezar a pagar por los errores del pasado.

La decisión de mantener a Cielo cerca alegró a unos y mortificó a otros. Por supuesto, los que estaban felices por esa presencia cuasi angelical eran los chicos. Y Nicolás. En tanto que los mortificados eran Justina y Bartolomé. Y Malvina. La vida cambió sutil pero sustancialmente para los chicos. Cada día había un despertar feliz: algunos días Cielo entraba en los cuartos cantando; otros, bailando; un día, vestida de sevillana, otro día con una peluca absurda encontrada por ahí. A veces los sorprendía disfrazada de payaso, o con algún traje rescatado del circo. Siempre encontraba algo distinto y original para asombrarlos, ya que Cielo tenía la convicción de que la manera en que uno despierta condiciona el resto del día. Otro cambio en la rutina diaria era el desayuno. No por lo abundante —si bien lo era más que antes—, ni por lo sabroso —aunque era más sabroso que el de Justina, tampoco era una delicia—, lo nuevo del desayuno era que alguien se los preparaba, a ellos, con dedicación. Y no sólo eso, sino que Cielo insistía mucho en que desayunaran todos juntos, le daba una gran importancia a ese detalle. La dedicación de Cielo, la alegría con la que trataba de insuflarlos cada día, y el hábito de compartir, volvían al desayuno más sabroso. Lo diferente y sutil, pero sustancial, era que después de mucho tiempo todos eran **tratados con amor**. Otra novedad importante fue que Nicolás comenzó a darles clases particulares. Rama estaba feliz, pues era el único que tenía el deseo de estudiar; los demás lo veían como algo mejor que estar robando o trabajando, pero peor que estar haciendo nada. Cielo se hacía un tiempo para presenciar

cada clase; a Nicolás le encantaba tenerla allí, y se sentía inlimamente envanecido, creyendo que ella lo hacía con el iitiico objeto de verlo. Eso no era del todo cierto, ya que el otro motivo, inconfesado, era que Cielo no sabía leer ni escribir, y ella pensaba que no decírselo era algo así como un detalle de coquetería. Fingiendo limpiar en el lugar o ayudar a la pequeña Alelí, Cielo hacía sus propios deberes y, de a poco, iba aprendiendo los rudimentos de la lectoescritura. Así transcurrían los días, con una nueva rutina de felicidad en ascenso, porque las cosas buenas no sólo hacen bien por buenas, sino por repetidas. «La felicidad es el hábito de las cosas buenas», era una máxima del vieji en la que ella creía ciegamente. La que no estaba nada feliz con esta situación era Malvina. El mismo rasgo que constituía su defecto, la superficialidad, en ese caso era su virtud, ya que se requiere cierta superficialidad para ver cosas que están muy a la vista. Alguien que está demasiado ensimismado o abstraído por pensamientos profundos y complejos puede perder de vista las cosas obvias y evidentes. Y algo obvio y evidente era la conexión que había entre Cielo y Nicolás. Malvina, creía, tenía un único recurso: su belleza. Y sin dudas, Cielo la aventajaba en belleza; y como el estatus social no era algo en lo que Nicolás se fijara, el escalón inferior en el que ella ubicaba a Cielo no era un desmérito para la otra. Malvina entendía que, si esa situación persistía, pronto debería echar mano a otro tipo de recursos. Entre tanto, los estudios que le habían hecho a Cielo confirmaban la amnesia. No tenía un daño cerebral como hubiera preferido Bartolomé, pero los recuerdos de sus primeros diez años de vida habían sido bloqueados por un trauma. Malatesta no arriesgaba un pronóstico; podía recuperar sus recuerdos de un día para el otro o bien podía no recuperarlos nunca. Este gran abanico de posibilidades no tranquilizaba a Barto, quien pensaba, y con razón, que estar viviendo en esa casa que conocía podría despertarla. Aunque, como bien reflexionaba Justina, también el hecho de

que conviviera con sus verdugos podía mantener el trauma vivito y coleando. En cualquier caso, hasta tomar una determinación, era preferible que estuviera cerca y vigilada. Al que de ninguna manera quería mantener cerca era a Thiago, pero mandarlo de regreso a Londres se había vuelto una misión imposible. Ya había intentado imponer la ley paterna, había querido obligarlo a volver, le había hecho creer que ya tenía su pasaje —lo cual no era cierto, pues Bartolomé no gastaría en un pasaje que podría no ser usado—. Y Thiago se mantenía firme en su rebeldía. Quedaba la instancia de la violencia física, pero eso no era algo propio de Bartolomé. Debería entonces recurrir a la manipulación, la especialidad de la casa. Bartolomé tenía el conocimiento de la naturaleza humana que, en general, tienen las personas perversas y manipuladoras, y sabía que para un adolescente no había nada más doloroso e insoportable que un desengaño amoroso. Adivinaba —no se equivocaba en eso— que teniendo dieciséis años pronto se enamoraría, y ahí entraría él en acción, manipulando para generarle una desilusión que destruiría sus deseos de permanecer allí, y entonces sólo restaría comprar, finalmente, el pasaje. Lo único a lo que debían prestarle gran atención era a la separación que, sí o sí, Thiago debía mantener con los chicos de la fundación. Fingió aceptar el deseo de su hijo de quedarse, con la condición de que inmediatamente comenzara las clases en el Rockland Dayschool, colegio en el que Thiago había cursado sus estudios primarios, y parte de la secundaria. Confiaba en que una vez en contacto con sus antiguos compañeros, todos chicos de familias *bien*, y retomara su bienamado rugby, pronto se agarraría algún metejón con alguna purreta *bien*. No calculó que el metejón vendría por otro lado.

Capitulo 04
Los huérfanos y los nenes *bien*

Marianella había aprendido a la fuerza a ponerle un freno a sus fantasías. La vida había sido lo suficientemente cruel ruino para que ella le dijera **no a los sueños felices**; darle rienda suelta a sus anhelos sólo le ocasionaba más Frustración. Por eso trataba de no pensar en Thiago ni en sus ojos tristes, ni en su sonrisa amplia y hermosa, ni en esos lunares que le imprimían un aspecto adulto a esa hertuosa cara aniñada. Mientras no se lo cruzaba, no fantasear con él era bastante sencillo, pero cuando lo veía o escuchaba sti voz, se le volvía muy difícil. Pero le fue imposible no amarlo cuando lo vio con su uniorine de colegio. Cielo la había mandado a buscar las mediaItitias que había olvidado en la cocina; ese día desayunarían III el patio interno mientras Nicolás daba clases. Mar atravsó la sala yendo hacia la cocina, y lo vio bajar las escaleras, casi corriendo. Vestía una chomba verde inglés, un jean oscuro y un saco escocés, azul y rojo. Tenía el pelo lacio, bastante largo y desmechado, algo húmedo, como recién secado cori toalla, y llevaba bajo su brazo una carpeta y un libro. Ninguno de los dos detuvo su marcha; ella siguió su camino hacia la cocina, y él descendió las escaleras y se dirigió hacia la puerta principal; pero no dejaron de mirarse en todo el r(corrido. Mientras él bajaba, Marianella percibió el perForne de Thiago, que llegó hasta ella, cálido como una onda ixpansiva. —Hola... —dijo Thiago sin detener su marcha. Ella respondió con otro «hola», pero lo dijo con pudor y casi sin abrir la boca, y él no lo escuchó. La miró algo deceprionado por la ausencia de respuesta, pero ella se perdió en pasillo que daba a la cocina. Thiago desestimó y abrió la

puerta de calle. Marianella se había quedado agazapada en el pasillo, y desde ahí lo espío mientras él salía. De pronto un grito, un chillido histérico la sobresaltó. Apenas Thiago abrió la puerta, detrás apareció una chica menudita, con el pelo lacio y peinado con un gran jopo. Junto a ella había un chico de pelo lacio, enormes cachetes y una sonrisa ganadora. Ambos vestidos con el mismo uniforme de colegio que Thiago. —Thi! ¡Volviste! —gritó la flaquita, y se colgó del cuello de Thiago, abrazándolo con fuerza—. ¡Estás hecho un caño, gordo! Thiago sonrió, agradeciendo el cumplido y saludó amable: —Hola, Tefi! Luego Thiago miró a su amigo, que lo miraba incrédulo, ambos sonrieron con complicidad y chocaron sus manos en un saludo afectuoso. —Man! —dijo el cachetón. —Nachito! —respondió Thiago. Y se abrazaron dándose fuertes palmadas en la espalda. A su lado, Tefi estaba histérica, feliz por el reencuentro de los amigos. Desde el pasillo, Mar los espía negando con desprecio. Reconocía perfectamente esa forma de hablar, esa pronunciación exagerada de las eses, o la manera en que no pronunciaban algunas letras como las d; en lugar de decir «copado», decían «copaaaao»... o decían «boló», en lugar de otra palabra que, si Mar la hubiera dicho, la habrían considerado una ordinaria maleducada, pero dicha por ellos y así pronunciada era distinto, era cosa de... chetos. Eso era lo que eran Thiago y sus amigos: chetos, nenes *bien*, chicos ricos, arrogantes y altaneros. Ubicando a Thiago en esta categoría, le resultaría más fácil no pensar en él. Mascullando el desprecio que le despertaban los chetos, fue hasta la cocina, tomó la bandeja con medialunas y volvió hacia la sala, calculaba que los otros ya se habrían ido, pero allí estaban, sentándose en unos sillones, mientras Nacho y Tefi hablaban como cotorras, superponiéndose, creando un

griterío confuso e inteligible, donde cada tanto se llegaba a oír un «boló, un «tipo que», un «no te la puedo», un «man», y varias palabras en inglés. Mar debía pasar cerca de ellos para volver a su sector, y trató de hacerlo sin mirarlos, pero el cachetón, sin dejar de hablar, le manoteó la bandeja con medialunas, al tiempo que Tefi le entregaba su abrigo, y, sin mirarla, le dijo: —Para mí un café con leche, más leche que café, leche descremada, obvio, y dos sobrecitos de edulcorante, sin ciclamato, please. Marianella la miró con odio; al desprecio que le generaba Tefi en particular, y los de su clase en general, se sumaba ahora que la otra la confundiera con una mucama. Ojo, se dijo Marianella como si alguien estuviera oyendo sus pensamientos, no tengo nada contra las mucamas, de hecho Cielo es mucama y es lo más, pero estos chetos nos ven a todos como sus sirvientes. Thiago, viendo la cara de furia de Marianella, intervino. —Marianella no es la mucama, Tefi. —Ah, ¿no? Sorry, ¿re que pensé que sí! —dijo Tefi mirando a Marianelia, tratando de entender entonces quién podría ser.

—Ella vive acá, en la Fundación de mi viejo. —Ah! —exclamó Nacho entendiendo—. Una de las huerfanitas. Bueno man, a mí también traeme un café con leche —dijo Nacho instalándose y mordiendo una medialuna, entendiendo que si bien no era la mucama, el ser una huérfana de la Fundación la convertía en algo parecido. —No es una mucama —insistió Thiago con vehemencia, avergonzado por el desparpajo de sus amigos. —Y eso no es para vos —dijo Mar fulminando a Nacho con la mirada, y arrebatándole la bandeja con medialunas. No contenta con eso, le quitó la que tenía en sus manos a medio comer. Tefi se indignó ante eso, y chilló. —Ordinaria! —le espetó, casi con asco—. ¿Sabés quién es él? Es Nachito Pérez Alzamendi, ¡el hijo del juez Pérez Alzamendi, hello!

—Y a mí qué me importa! —respondió Mar airada, y se alejó con las medialunas. Nacho y Tefi, absortos con el descaro de la desubicada, iban a contestarle, pero Thiago medió frenándolos y rogándoles que la cortaran. —Vamos, desayunamos en el colegio —invitó, abrazó a ambos, y salieron los tres, felices por el reencuentro. Tefi y Nacho eran sus amigos de toda la vida, se conocían desde los cuatro años y habían cursado toda la primaria juntos.

Cuando salieron del colegio, Thiago se quedó charlando con sus amigos, sentados en el borde de la fuente frente a la mansión. Nacho opinaba que esa misma noche deberían hacer una fiesta por el regreso de Thiago, pero él no creía que Bartolomé lo aceptara. En ese momento Thiago vio a Marianella, que salía junto al resto de los chicos por la ochava de la mansión. La clase de Nicolás también había terminado y, sin pérdida de tiempo, Justina los había mandado a la calle a trabajar; la loca idea de Cielo y de Bauer de escolarizar a los mocosos les hacía perder las valiosísimas horas de la mañana. Como por ahora no podían hacer nada para evitar las clases, Justina les advirtió que deberían trabajar el doble por la tarde para compensarlo. Thiago no le quitaba los ojos de encima a Marianella, pero ella le corrió la mirada. Algo extraño le estaba sucediendo, algo que nunca le había pasado: ahora se avergonzaba de su ropa, no quería que él la viera así vestida, más aún considerando los zapatos y accesorios que usaban los amigos de Thiago. Thiago no fue el único que los vio salir, también Nacho los observó y quedó fascinado por la belleza de Jazmín, que ni reparó en él. Esto obstinó a Nacho con su idea de la fiesta. —Sí, man, tenemos que hacer fiesta hoy. ¡Y tenés que invitar a los pibes huérfanos! —Por qué querés invitarlos? —preguntó Thiago, desconfiando de la repentina fraternidad de'

—Porque esa rubia está más buena que Punta en enero, ¡uuh! —Hablemos con Barto... —dijo Thiago sonriendo, feliz por reencontrarse con su amigo Nacho, «el pirata». —Antes, invitá a la rubia! Thiago, fingiendo hacerlo sólo por darle el gusto a Nacho, alcanzó a los chicos que se alejaban de la mansión y los (letuvo. En realidad, lo entusiasmaba más la idea de invitar a Marianella. Ellos lo miraron, expectantes. —Chicos, esta noche voy a hacer una reunión con amius, y los quería invitar —los otros lo miraron, sorprendidos —A nosotros? —preguntó Rama, chequeando haber entendido bien. —Sí, claro. Vamos a comer algo, escuchar música. ¿Se copan? —No creo que tu viejo «se cope»... —replicó Tacho. —Por qué no? —preguntó Thiago extrañado. Thiago percibía cierta antipatía de los chicos hacia su padre y no la comprendía; tenía muchas cosas para reprocharle a Barto, pero era indiscutible que era un tipo muy generoso y cariñoso con los chicos de la Fundación. No le gustaba el tono con el que Tacho hablaba de su padre. —Bueno, si Bartolomé no tiene problemas, nosotros tampoco —dijo Rama, anticipándose a Tacho. —Qué problema va a tener mi papá? —dijo Thiago, escudriñándolos. —No, ninguno, boncha, si es copado tu jovie —respondió Lleca, disimulando. —,Vienen, entonces? —preguntó a todos, pero mirando a Mar. —Yo no, gracias —dijo ella, con un gran deseo de ir a esa tiesta. —,Por qué no? —Estoy con la batería *media* descargada y me hace falso contacto —respondió ella. Y ante la mirada confundida de Thiago, tradujo: —Me quiero acostar temprano.

—Bueno, el que quiera, ya sabe, están invitados —concluyó Thiago, y se alejó. Los chicos retomaron su camino, hablando entre ellos de esa extraña invitación. —*Olvidensé —dijo Tacho—*. Ni Barto ni la urraca nos van a dejar ir. —Y siguieron su camino hacia el centro comercial. Thiago volvió junto a Nacho y Tefi. —,Viene la rubia? —preguntó Nacho ansioso. —No sé, no creo. Son medio raros los chicos. —Pero nosotros la hacemos igual, ¿no? —preguntó Tefi. Thiago asintió y ella pegó un alarido de felicidad, y se fue corriendo al negocio de ropa de su madre a sacar un vestido para la noche. Bartolomé estuvo complacido con la reunioncita organizada por Nachito Pérez Alzamendi, al que le preguntó efusivamente por su padre, el juez Adolfo Pérez Alzamendi. Nacho prometió mandarle saludos, y también portarse bien en esa noche y, por supuesto, omitió hablar de «fiesta», dijo que apenas sería una reunión, tres o cuatros amigos y unas pizzas. Thiago también omitió decir que había invitado a los chicos de la Fundación.

Tefi estaba eufórica. Siempre le había gustado Thiago, desde primer grado; pero ahora, realmente, se había quedado sin aliento. No sólo Thiago estaba hecho un caño mal, sino que sin dudas, era el chico más lindo del Rockland; y si ella lograba conquistarlo, sería una estocada triunfal a las envidiosas de Dolores Castro Barros y Delfina Anchorena. Corrió hasta el local de ropa de su madre, Julia, una mujer muy dulce, que toleraba los caprichos de Tefi con infinita paciencia. Julia era abogada, y había puesto un negocio de ropa prácticamente para consentir a su hija, que era adicta a la ropa nueva. Sin parar de hablar un instante, le contó que Thiago estaba de regreso en la ciudad, que había vuelto al Rockland, que esa noche daba una fiesta, y que sí o sí debía estar divina y única; y para eso estaba dispuesta a probarse todo lo que hubiera en el negocio ya que necesitaba encontrar **el vestido**. A media cuadra del local, los chicos de la Fundación llegaban para llevar a cabo la tarea encomendada. Tenían bien estudiado el accionar: mientras los más chiquitos, Lleca y Aleli, recorrían las mesas de los bares, pidiendo limosna, Tacho Rama aprovechaban la distracción de los clientes para robar celulares y carteras. Mar y Jazmín estaban en etapa de «entrenamiento», y por eso sólo se limitaban a observar. —Cómo te miraba el hijo de Barto, eh... —comentó Jazmín. Mar se puso extremadamente nerviosa y se sonrojó. —Nada que ver! ¡Cualquiera! Mirá si ese perno mal revocado me va a... ¿Y a mí qué? Yo... o sea... ¡cualquiera! —quiso sonar natural, pero por los nervios su tono resultó alterado, casi agresivo.

—Bueno, me pareció —minimizó Jazmín, pensando en el *carácter inestable de Mar*—. Seguro debe de tener amigos muy guapos —comentó Jazmín, que abrigaba fantasía de cuento de hadas y soñaba que algún príncipe la rescatara de las cenizas.

—¿A vos te falla el semieje? ¿Vos te pensás que algur. de esos chetos se va a fijar en vos? —le advirtió Mar. En *fondo* era una prevención más para sí misma que para Jazmín.

—Bueno, Thiago se fijó en vos... y vos en él me parece.. —la provocó Jazmín, amistosa, pero Mar se puso aún más nerviosa.

—Yo no me fijé en ese fratacho y él no se fijó en mí, deja de ponerle ladrillos a la medianera porque se va a venir abajo!

-¿Qué?

—¡Que dejes de hablar pavadas! ¿0 yo te digo algo de cómo se miran Tacho y vos?

—¿Vos decís que le gusto? —cambió de tema Jazmín interesada en confirmar su sospecha. No es que Tacho le interesara particularmente, pero a Jazmín le gustaba gustar.

—¿Vos decís que le empasto la bujía a Thiago?

Mar se animó a confesar su inquietud con esa pregunta. que la otra, por supuesto no entendió. Una vez más, Mar debió traducir:

—¡Si pensás que le gusto a Thiago, pregunto!

—No sé, te miraba mucho.

—Bartolomé no nos va a dejar ni a palos ir a la fiesta, ¿no?

—Más vale que no —respondió Jazmín mientras observaba cómo Tacho se hacía de un celular.

Los chicos se desplazaron hacia la otra esquina, y Mar y Jazmín, disimuladamente, los siguieron desde la vereda de enfrente, observándolos. Pero al pasar frente al local de la madre de Tefi, Mar se detuvo ante la vidriera. Jazmín no lo advirtió y siguió de largo. Mar observó durante un rato un

vestido blanco y también el precio, una cifra imposible de imaginar. En ese momento alguien descolgó el vestido de la vidriera y, al quitarlo, Mar vio a Julia. Por un instante ambas quedaron mirándose, algo les llamó la atención a cada una de la otra. Fue un segundo. Julia giró con el vestido y se lo entregó a Tefi. Mar, desde afuera, no la vio, y corrió hacia Jazmín, que ya estaba llegando a la otra esquina.

Cuando Tefi se probó el vestido... era soñado. Decidió quedarse con ése, y se lo dejó a su madre para que le hiciera un pequeño arreglo, ya que tenía un pequeñísimo agujerito en la espalda. Mientras ella iría hasta la peluquería, porque esa noche debía estar diosa. Salió hacia la esquina opuesta, donde estaban los chicos, que ahora se dirigían hacia una galería. Jazmín los siguió y miró a Mar que estaba ensimismada: no dejaba de pensar en la fiesta, en la posibilidad de ir. y en el vestido blanco que acababa de ver.

—¿Vamos, Mar?

—Ahí voy —respondió ella, y volvió hasta el negocio de ropa.

Julia estaba enhebrando la aguja para hacer el arreglo cuando la vio entrar. El aspecto de Mar, claramente una chica de la calle, le hizo sospechar de sus intenciones, pero como detestaba tener esos prejuicios, espantó de su mente ese pensamiento, sonrió y le dijo:

—Hola, ¿en qué te puedo ayudar?

—Me quería probar ese vestido que estaba en vidriera —contestó Mar.

No es que estuviera decidida a robarlo, pero al menos quería probárselo, contemplar, por una vez, cómo se vería en un vestido así.

—¿El blanco? Ya está vendido —repuso con pena Julia.

—Ah... —dijo Mar decepcionada.

—Pero... —dijo Julia viendo su expresión— creo que en el depósito tengo uno parecido, ¡te va a encantar! Espérame.

Fue hasta el depósito. Su prejuicio le decía que esa chica no podría pagar el vestido, pero ver una prenda linda y querer probársela era algo que seguía siendo gratis y de todos.

El corazón de Mar comenzó a latir con fuerzas. La vendedora la había dejado sola y el vestido blanco estaba sobre el mostrador. Si iba a hacerlo, el momento era ése. ¿Por qué dudaba tanto? Una cosa era robar obligada por Bartolomé y otra era hacerlo por decisión propia. Sus pensamientos se sucedían vertiginosos. El vestido, Thiago, la fiesta, la amabilidad de la vendedora, Thiago, la fiesta, el vestido, la vendedora...

Unos segundos después, Julia salió del depósito con otro vestido, y tuvo una triste decepción. La chica no estaba allí. Y tampoco el vestido blanco.

Malvina sentía, y no se equivocaba, que su relación con Nicolás se estaba enfriando. No sólo él nunca volvió a hablar del compromiso frustrado sino que, cuando ella intentaba hacer alguna mención sobre el tema, él se volvía esquivo. Nicolás visitaba casi todos los días su casa, pero no precisamente para verla a ella, sino a dar las benditas clases a los huerfanitos. Pero su intuición femenina le decía que el verdadero motivo era Cielo. Era consciente de **la forma en que Nico y Cielo se miraban**, cómo se transformaban al encontrarse, cómo sus ojos brillaban y sus sonrisas quedaban congeladas en una mueca a medio camino entre la amabilidad y la fascinación. Nicolás jamás había mirado a Malvina de esa forma, y ella lo sabía.

Había intentado pedirle ayuda a su hermano, pero éste, fastidiado por la boda dilatada y harto de tener que soportar a Bauer dando clases a los chicos, le aconsejaba que rompiera relación y se buscara otro candidato. Para Barto su boda ígnificaba sólo la posibilidad de acceder a una parte de la rencia, pero ella estaba enamorada de verdad de Nicolás. Síbía que estaba sola en esa empresa, y decidió accionar.

Una de sus mejores armas era lo apasionada que era, pero i había tenido la ocasión de hacer uso de ello ya que Nico- staba viviendo en un hotel con su hijo y el sucio amigo tenía. Malvina no encontraba nunca una ocasión para r solos, en intimidad. Decidió comenzar por allí, y sor- dió a Nicolás ofreciéndose para encontrarle un lugar para ilar. Para Nicolás alquilar una casa significaba aceptar finalmente había abandonado su estilo de vida nómade, ienzar a echar raíces. Al principio dilataba el tema con vas hasta que un día Malvina lo acorraló: le había con-

seguido un departamento hermoso, tipo loft justo al lado de la entrada del Rockland, enfrente de la mansión. Esta pocos metros, y Nicolás no pudo resistirse a ir a verlo planta baja había un local desocupado y junto a él, una tita que daba a una escalera que conducía al primer piso donde a través de un pequeño hall se accedía al departamento

Apenas entró, Nicolás volvió a experimentar la : . Alquilar un departamento era comprometerse, al menos vivir durante un tiempo en un lugar. Más aún, que demasiado cerca de la casa de su novia, que venía a ser un punto de atención y compromiso, justo lo que él le necesitaba. Y entregado a la fobia, empezó a criticar cada aspecto: . departamento: poca intimidad, pisos de cerámica en vez de madera, muy próximo a un colegio, posiblemente muy ruidoso, con muy poca luz.

—Tiene mucha luz —replicó Malvina, ya de mal humor—

Y abrió la ventana que daba a un pequeño balcón . Nicolás salió al balcón tras ella, y siguió criticándolo: ,

—El barullo a la hora de la salida del colegio debe ser insoportable, y además la orientación es la peor, y además —y se quedó mudo.

Enfrente, en la ventana junto al gran reloj que coronaba la mansión, estaba Cielo, pasando un trapo húmedo a los vidrios de la ventana. Ella lo vio y su cara se iluminó eufóricamente. Ambos se saludaron, sonrientes. Y sin poder Nicolás miró a Malvina y le dijo:

—Aunque, la verdad, es hermoso el departamento.

Malvina apenas sonrió, mirando a Cielo. Comprendió que su idea había sido más un problema que una solución: al menos le había dado la ocasión de verse todos los días.

Cristóbal había ido a la Fundación a invitar a Llega y Alejo a tomar la merienda. Nicolás, eufórico, quiso ir a contarle la noticia. Malvina lo acompañó, recordando que Cristóbal era su otra arma para ganarse a Nicolás. Sabía que nada en la vida era más importante para él que su hijo.

—Ganarrirse al hijo es ganarrirse al padre... —le había aconsejado Justina en una ocasión.

El problema era que Malvina tenía muy poca afinidad con los niños en general y con Cristóbal en particular. Pero era algo que debía lograr.

Cruzaron hacia la mansión, donde se encontraron con Cristóbal, que estaba bastante frustrado, ya que los chicos no se encontraban allí.

—¿Dónde están los chicos? —preguntó Nico extrañado.

—Haciendéndose el cucomental —explicó Mogli, y ni siquiera Nicolás le entendió.

—Haciéndose el bucodental —tradujo Justina.

—Bueno, cuando vuelvan los invitamos a merendar, cam'>n... —lo animó Nico—. Pero ahora tengo una sorpresa

ra vos.

—¡Tenemos! —dijo Malvina desplegando lo que ella consideraba una tierna sonrisa maternal. Cristóbal la ignoró como si no estuviera allí, y ansioso preguntó a su padre:

—¿Qué sorpresa?

—¡Se mudan a un departamento divino enfrente de la mansión! —se anticipó, exultante, Malvina, creyendo que, aor el simple hecho de ser la portavoz de la noticia, se granjearía el afecto del niño.

—¿En serio? —verificó Cristóbal con su padre.

—Sí, en serio —confirmó Nicolás.

Malvina sonrió, y por un instante fantaseó con un fuerte **fcprazo**, cariñoso, como de madre e hijo, que enternecería a **bolás**, pero en cambio, Cristóbal salió corriendo hacia la **federa** por la que en ese momento bajaba Cielo.

9 —¡Cielo, nos vamos a mudar a un departamento acá

v —¿En serio? ¡Pero qué buenísimo, bombonino! —exclamó **sincera** alegría la acróbata, y lo alzó en un abrazo. —¡Nos vamos a poder ver todos los días, Cielo! —¡Ésa es una gran noticia! —dijo Cielo, mirando a NicoJRk Y volvió a abrazar a Cristóbal.

Malvina estaba desahuciada, no sólo Cristóbal no la regis-

traba sino que, además, adoraba a la mucamita. Y no sólo ellos se adoraban y se abrazaban y se besaban, sino que también Nicolás los miraba embobado.

—¡Hay tal crisis! —pensó Malvina.

Y no se equivocaba. Había llegado el momento de jugar cartas más fuertes.

A los quince años, **cómo prepararse para una**

fiesta es algo muy serio. En una reunión, en una salida, se juega todo lo que importa a esa edad: el encuentro y el desencuentro. La ansiedad por descubrir si el chico o la chica que te gusta irá, por verificar si tendremos la ocasión de hablar con él o con ella; si te mira, si baila con alguien más, si te habla, si te dice lo que querés escuchar o lo que no querés escuchar. Si gusta o no gusta de vos. Y al final de la fiesta, la ansiedad por saber qué pasará luego de ese encuentro o desencuentro.

En una fiesta te puede cambiar la vida. Y para ésa, especialmente, cada uno se preparaba con expectativas muy diferentes...

Nacho se perfumaba, en exceso, y en lugares insólitos de su cuerpo. Abrigaba una esperanza: dejar de ser virgen. Desde los trece años perseguía incansablemente ese anhelo, y ahora, casi con dieciséis, el anhelo era una necesidad perentoria. Sentía que ya era su momento, y que esta fiesta era, por fin, su gran oportunidad para que sus pensamientos y palabras coincidieran con los hechos. Esa rubia huerfanita lo había dejado extasiado, y descontaba que ella, por su condición, se entregaría fácilmente a sus deseos. Pensó, en ese momento, que sería oportuno conocer su nombre.

Jazmín era consciente de lo que provocaba en los varones, sabía que su belleza tenía un efecto mágico. Cuando a sus trece años su cuerpo empezó a cambiar, comenzó a percibir los resultados. Sabía que la amabilidad con la que casi todos los chicos la trataban tenía que ver con su belleza, ser *jida* era una llave que abría casi todas las puertas, creía. Aunque la única que ella quería abrir era la que llevaba a

una vida mejor. Sentía que su destino podía tomar rumbo, y la manera, entendía, era a través de un príncipe que la sacara del lodo. La idea de ir a la fiesta de Thiar sus amigos la mantenía ilusionada, el Rockland era un reino de príncipes. j

Tacho, en cambio, sentía que esa fiesta era la ocasión para dejar de ser un «dormido». Era el más grande y tenía más calle. Era muy picaro y arrojado, y en cuestión de mujeres se lo veía muy lanzado y ganador. Nunca le había tenido dificultades para abordar a una chica, pero la que lo había vuelto tímido y torpe era Jazmín. Durante todos los años que ella no estuvo en la Fundación no dejó de recordarle, y desde el día en que regresó, no podía dejar de pensar en el beso que quería darle. Pero por alguna extraña razón, con ella toda su picardía y desinhibición se transformaba en torpeza y timidez. Esa noche había decidido no tenerse y encarar a Jazmín como el hombre valiente que

Rama nunca había sido audaz ni arrojado como Tacho y mucho menos lo era desde que entró María a la Fundación y él sintió una atracción inmediata. Nadie lo había recordado, ya que él hacía un gran esfuerzo por ocultarlo, pero eficaz. La única que lo había percibido era Alelí, quien alentaba a expresarle a María lo que sentía; pero Rama -- rehusaba pues percibía que María no ocultaba sentirse atraída por Thiago. No estaba seguro de lo que sentía Thiago por ella, pero que ella estaba encantada con él, era un hecho Rama lo entendía; teniendo que elegir entre él y alguien como Thiago, cualquier chica elegiría a Thiago. Alelí le decía, cambio, que cualquier chica se moriría por estar con él, que era el más lindo, dulce y bueno que existía, pero Rama creía que sólo su hermana lo veía de ese modo. Alelí insistió con que se animara a decirle a María lo que sentía, y Rama lo consideró por un momento, pero lo acometió un agudo dolor de panza que casi lo hizo desistir de ir a la fiesta. Alelí tuvo que extorsionarlo: iba a la fiesta y hablaba con María ella le contaba a Justina que Rama había sacado una muñeca del taller para ella.

Ten tenía un imagen muy clara en su mente: la cara de envidia que pondrían Dolo y Delfu al día siguiente, cuando se corriera el rumor de que en la fiesta Thi y ella habían estado juntos. Esa reunión era sólo un trámite para alcanzar su objetivo. Por eso todo tenía que salir perfecto: el pelo, el make up y la ropa. Aún recordaba con furia e impotencia el momento en que su madre le informó que le habían robado su vestido. Profirió una sarta de insultos contra los delincuentes y los pobres, y tuvo que conformarse con otro parecido, pero no idéntico. Esta vez nada la detendría: el chape con Thiago era un hecho, como era un hecho las caras de envidia que pondrían Dolo y Delfu.

Thiago estaba contento de reencontrarse con sus amigos, pero lo que más le interesaba de la fiesta era la posibilidad de hablar más de dos palabras seguidas con Marianella, esa chica hermosa que le despertaba mucha intriga. Había algo diferente en su mirada. En la Fundación de su padre siempre hubo huérfanos, y él constantemente sintió que lo rechazaban. Hubiera querido acercarse a ellos, e incluso ser su amigo, pero por un lado su padre se lo prohibía y, por el otro, los chicos en general lo despreciaban. Aunque Marianella también lo miraba con cierto resquemor, **a la** vez había algo de ternura hacia él en sus ojos, como si **le** pidiera que la salvara. Y a su vez parecía prometerle: «Te **voy** a salvar». Thiago quería, esa noche, poder hablar con **rila** para que pudiera conocerlo y derribar los prejuicios que **tendría** sobre él.

Marianella, en cambio, albergaba una ambición más modesta: sentirse una chica normal. La vida que había tenido fe había dejado algo en claro: no tenía derecho a soñar nada. sentía fuera del mundo, sin derecho a fantasear como lo Vician casi todas las chicas de su edad, sin derecho a desear. ? : ella quería, al menos por una noche, sentir que también **podía** ponerse un vestido nuevo, sentirse linda, y aspirar a **que** un chico lindo se fijara en ella. Sólo eso pedía: sentirse na chica normal por una noche. Miró el vestido que había **robado** creyendo que ésa era la manera de semejarse a las

«chicas normales»: usando la ropa que ellas usaban. Quería jugar que estaba a la altura, ser su propia hada madrina aunque sólo fuera por una noche.

Pero, a pesar de las intenciones y sueños que cada una ocultaba en su interior, excepto uno, esa noche ninguno de ellos logró su objetivo.

Cuando Bartolomé oyó música, salió de su escritorio, en el que estaba haciendo cuentas — ¡estamos en rojo, che!— y puso su mejor sonrisa para ir a saludar a los amigos de su hijo. Se creía un padre moderno y «gamba», y le encantaba pensar que los chicos comentarían entre sí lo piola que era el padre de Thiaguito.

—¡Ito! ¡Zeta! ¡Nachito! —saludó a los adolescentes, con su mejor onda «padre joven»—. A ver cuándo lo convences a tu viejo, Nachito, y hacemos un seven, padres contra borregos, los vamos a pasear, ¡che!

—¡Me muero por verte jugar al rugby! —repuso Nacho.

—¡No llegas al tercer tiempo, borrego! —bromeó Bartolomé. Y luego, en compinche, lo codeó. —Pero faltan purretes acá, ¡che! ¿Serán tan panfilos que hicieron reunión de varones solos?

—Naa, man, **las chicas están llegando** —repuso Nacho mientras relojeaba la barra con bebidas alcohólicas de Barto.

—¿Y a qué mocosa le echó el ojo Thiaguito, eh? —inquirió, en cómplice, Bartolomé.

Thiago resopló incómodo por esa forzada «onda» de su padre. Barto en realidad quería saber cuál sería la chiquitina que en breve le rompería el corazón a su hijo y lo pondría, llorando, en un avión hacia Londres.

—No sé, pero espero que no sea ella, porque es mía —contestó Nacho, señalando a alguien a espaldas de Barto.

Barto giró y su sonrisa se congeló al ver a Jazmín, que llegaba junto a Tacho y Rama, que se habían arreglado lo **mejor** que pudieron, con la ropa que tenían ñama se había **puesto** un sombrero. Tacho tenía una camisa que se veía

bastante nueva, abierta hasta el pecho. Jazmín estaba radiante, con la ropa de siempre, pero combinada de una manera especial, sensual, que agitó las fantasías de Nacho.

—¿Qué dicen mis pimpollos? ¿Necesitan algo? —les preguntó Bartolomé, mirándolos con intención, advirtiéndoles con un gesto que, si la idea de ellos era participar de la reunión, desistieran de inmediato.

Los chicos no respondieron, y en cambio miraron a Thiago, quien rápidamente se hizo cargo de la situación.

—Yo invité a los chicos a la reunión, papá.

Bartolomé lo fulminó con la mirada y un rápido movimiento de cabeza. Tacho y Rama sintieron un poco más de respeto por Thiago al escucharlo sostener ante su padre la invitación que les había hecho. Bartolomé comprendió que no podía mostrar su furia tan abiertamente, e hizo un intento de frenar la situación:

—Pero los purretes se levantan temprano mañana para estudiar con Nicky...

—No, Barto, los sábados descansamos —se oyó a sus espaldas.

Allí estaban Nico y Malvina, abrazados. Nico les sonrió a los chicos, y le guiñó un ojo a Thiago, complacido por el gesto de integrarlos.

—Esta semana los tuve al trote, así que no les va a venir nada mal una fiesta. ¿Se van a portar bien, no?

—Sí, obvio, Nico, nos vamos a portar bien —dijo Tacho, saboreando el triunfo momentáneo sobre Barto.

—Cópate, Barto, déjame a la rubia acá, ¡por favor te lo pido! —dijo por lo bajo Nacho, abrazando a Barto, y apelando a la misma complicidad con la que antes lo había tratado el padre de su amigo.

Barto estaba acorralado; no podía darle su merecido a los mocosos por semejante osadía delante de Nicolás ni de su hijo, tampoco quería desairar al hijo de Adolfo Pérez Alzamendi, un juez al que convenía tener de amigo.

—¡«Cópate», Barto! —insistió Nico—. Y nosotros vayamos a comer a la cocina, dejemos a los chicos solos.

—¡Pero claro! ¡Me encanta que se integren! Pásenla bomba, purretes, y nada de alcohol, ¡eh!
—dijo y empezó a alejarse, contoneándose al caminar como si tuviera dieciocho años.

Lo único que se le ocurrió hacer fue llamar a Justina para que oficiara de chaperona, pero ella no respondía. Le dejó un mensaje desesperado en el contestador.

Apenas se fue Bartolomé, Nacho tomó de la mano a Jazmín y le ofreció algo de comer, mientras la acompañaba hacia la mesa. Tacho le vio las intenciones de inmediato y quiso ir tras ellos, pero Thiago lo retuvo junto con Rama, y les preguntó por Marianella. Esto ofuscó íntimamente a Rama, pero disimuló su malestar y contestó amablemente que, tal como había dicho, prefirió quedarse a dormir. Thiago se sintió decepcionado, y al mismo tiempo advirtió que deseaba verla mucho más de lo que pensaba.

Marianella se había hecho muchas ilusiones con la fiesta. Se había duchado, con la felicidad dibujada en la cara. Se había probado el vestido y se había emocionado viendo lo hermoso que le quedaba. Y finalmente había entrado en razones, diciéndose que nada bueno le iba a traer soñar con lajaritos de colores. Entonces se desvistió, se puso su larga remera para dormir y se acostó. Pero no contó para nada que Alelí no estaba dispuesta a que sus propios planes fracasaran, mucho le había costado darle el empujón a su

- hermano para que la abordara; no iba a aceptar que Mar no fuera.

A partir de esta ausencia, Rama estaba menos nervioso; se había relajado e incluso había empezado a socializar con Thiago y sus amigos. Thiago, en cambio, estaba un tanto senté, pensando en si convenía o no ir a insistirle personalmente a Mar. El que no lo estaba pasando nada bien era

10. No sólo lo enfermaba ver cómo ese cachetón concheto -- raboseaba impunemente con Jazmín, sino que lo peor

que ella le daba calce. Tacho lamentó haber tardado tanto
- -ncararla; se había dormido, y ahora el cachetón lo hacía

-:era, pero no tendría ningún inconveniente en enfren-

tarse a ese cheto insoportable por ella. Lo único que He sitaba era una excusa, y la excusa llegó pronto.

Observó cómo Nacho, mientras hablaba de Punta New York con Jazmín, deslumhrándola, manoteaba botella de vodka de la barra de Barto, y disimulada: volcaba un poco en una jarra conjugo de naranja; luego vio dos vasos y ofreció uno a Jazmín. Ésa era la opo dad que Tacho necesitaba.

—¿Qué haces? —le dijo de mala manera a Nacho, **que** miró absorto por el tono con que ese «cabeza» se atrev hablarle.

—¿Perdón? —respondió Nacho, tratando de expresar con ese término «¿sabes que soy Nachito Pérez Alzamenn hijo de Adolfo Pérez Alzamendi juez de la Nación?».

—¿Qué le das alcohol, chabón? —respondió Tacho, igr:- rando la intención que escondía la respuesta del otro.

—¿Pero qué te metes, flaco? —dijo en matoncito Nach

Era muy cobarde, pero tenía más amigos que Tacho ei la reunión. Desafiándolo y reafirmandose ante el resto, volvió a ofrecerle el vaso a Jazmín, que estaba tensa y, a la vez, halagada por esa disputa de la que era la figura central Tacho, entonces, le sujetó con fuerza el brazo y le sacó e vaso.

—Tiene quince años, no toma alcohol.

—¿Qué te pasa, Tacho? —protestó Jazmín—. Soy grande y hago lo que quiero, ¿ok?

—¿No te avivaste de que te quiere emborrachar para avanzarte?

—Thiago, man... —apeló Nacho, para que el anfitrión pusiera fin al exabrupto de su contrincante—. ¿A ver si lo ubicas a este villero?

A Tacho lo indignó por igual el mote de «villero» como la cobardía de Nacho al acudir a Thiago.

—¿Qué lo llamas a Thiago, cagón? —le largó en la cara, irguiendo el pecho y avanzando dispuesto a iniciar una pelea.

Thiago y Rama advirtieron la situación e intervinieron. Viéndose fuera de peligro, Nacho empezó a provocar.

—Te voy a matar, villero, cabeza, ¿qué me hablas así?

Tacho se ennegueció, y tuvieron que intervenir Ito y Zeta, además de Rama y Thiago, para frenarlo. Jazmín se puso histérica y comenzó a acusar a Tacho de desubicado. Y en el medio de esa escena tan sacada, Nacho casi se creía su furia y sus ganas de boxearlo, y pedía que lo soltaran cuando en realidad nadie lo sujetaba.

Rama logró apartar a Tacho y trató de calmarlo. A esa altura, la furia de Tacho había mutado en dolor. Ya no era la actitud de Nacho sino la de Jazmín la que lo indignaba. Thiago escuchó las explicaciones de Nacho, y le creyó, y casi arrepentido de haberlos invitado, fue a increpar a Tacho, pero en el camino se olvidó del mundo: en la puerta que daba a las habitaciones de los chicos estaba Marianella, radiante, con su hermoso vestido blanco, y una expresión tímida y nerviosa.

Xo se oVS

cváa e\ eüaVogo que soseTOTVTvoMeTaSVuJiiSI y obvio.

—Al final viniste —dijo Thiago, encendido.

—Al final vine —atinó a contestar ella, rogando i no agregara nada más, pues se creía incapaz de sostei diálogo coherente.

—Vení, pasa —completó él.

Ella sonrió y comenzó a avanzar hacia Jazmín, estaba más allá, increpando a Tacho, pero Thiago, que no esperaba que ella viniese, no estaba dispuesto a dejar : sar esa oportunidad que creía perdida, y la frenó, tome dola de un brazo.

—Espera —casi suplicó.

—¿Qué? —lo interrogó ella, mirándose el brazo, con ur expresión que no quiso ser reacia, pero lo pareció.

Él registró perfectamente el tono de su pregunta y la ge tualidad de su cuerpo, y la soltó.

—No, nada, quería charlar, nada más —necesitó acic rarle.

—Ah, bueno... —dijo ella, preguntándose de qué podrían charlar.

Ambos se miraron un instante. Eran dos extraños y, por esa razón, no tenían mucho de qué hablar, aunque a la vez había bastantes cosas de las que enterarse. Thiago rogó que

se le ocurriera un tema para sacar urgentemente, y abrió la boca para hablar; a pesar de que aún no sabía qué decir, confió en que una vez dicha la primera palabra el resto vendría solo. Y así fue.

—No sabes, Tacho casi se agarra a trompadas con Nacho.

—¿En serio casi le acomoda los bulones? —dijo Marianella, aliviada de que él hubiera sacado un tema que no fuera ella.

Y así comenzaron a charlar, y charlando aprovecharon para mirarse, y admirar, mutuamente, esas sonrisas que los subyugaban.

Tacho y Rama sentían su noche perdida y estaban considerando irse a dormir. Tacho veía cómo Jazmín seguía hablando con Nacho, aunque no dejaba de mirarlo a él. Y Rama observaba cómo Marianella charlaba animadamente con Thiago, sin siquiera registrarlo a él. Pudo imaginar cómo en breve algo pasaría entre ellos, le daba mucha impotencia descubrir que para otros era tan sencillo hacer eso que para él le resultaba imposible. Por otra parte, la situación les recordaba lo que vivían a diario: el mundo era para los otros. Estaba considerando retirarse a su habitación, donde Alelí y Lleca jugaban con el hijo de Nico, cuando pasó algo que, inesperadamente, cambió su suerte.

Como era de esperar, el vestido con el que había tenido que conformarse Tefi a último momento no le gustó, y pasó más de dos horas eligiendo qué ponerse para lo que sería esa noche perfecta. Como se le había hecho tan tarde, le pidió a su madre que la llevara. Julia la acompañó hasta la puerta. Entonces la recibió con extrema amabilidad, hizo pasar a Tefi e invitó a su madre —siempre era bueno tener amigos cercanos— a tomar un café en la cocina con él, su hermano y su cuñado. Julia aceptó, ya era bastante tarde y era preferible esperar a su hija ahí mismo.

Tefi fue directo a la sala. Como oyó que estaba tocando de sonar un tema, prefirió esperar a que comenzara el siguiente; era más propicio para una entrada triunfal. Entonces cuando el siguiente tema comenzó a escucharse,

ella avanzó hacia la sala desfilando como en una pasarella. pero tuvo una doble decepción: nadie pareció registrarla y, además, Thiago estaba hablando, animadamente, con la morochita desagradable de la Fundación. Esto la ofuscó tanto que tardó unos segundos en percatarse de que el vestido que la otra tenía era idéntico al que le habían robado a su madre el que debía haber sido suyo. Que esa chiruza le hubiera robado el vestido era gravísimo, pero que le robara a Thi era inadmisible. Fue directo hacia ella, y sin saludar la increpó:

—¿De dónde sacaste ese vestido?

—Ey, Tefí, ¿qué pasa? —dijo Thiago, sorprendido.

—¿Dónde lo compraste? ¿Lo compraste acaso? Porque ese vestido es carísimo, no sé vos de dónde habrás sacado la plata...

Thiago se molestó mucho con la inesperada actitud de Tefí, y percibió la incomodidad que empezaba a sentir Marianella.

—¿Qué te pasa, Tefí, estás loca?

No estaba loca. Mientras escaneaba de arriba hacia abajo el vestido, localizó la misma fallita que su madre iba a arreglarle. Ya no había dudas: era el suyo.

—¡Esta parda le robó este vestido a mi mamá! —gritó, y todos los presentes dejaron de hablar para observar la situación.

—¡Yo no robé nada! —se defendió Mar, mintiendo.

—Sí, robaste este vestido, ¡ladrona!

—Tefí, te estarás confundiendo... —medió Thiago—. Este vestido será parecido a alguno de tu mamá...

—No es parecido, ¡es éste! Hoy fui a buscar un vestido y elegí éste, y le pedí a mi mamá que le arreglara una fallita. Después mi mamá me dijo que entró una chica al local y que le robó el vestido. Y el vestido era igual a éste, y tiene la misma fallita, ¡en el mismo lugar!

—¡Yo no lo robé! —persistía Mar, mintiendo.

Jazmín la miró, compadecida, sabía perfectamente que Mar lo había hecho. Tacho y Rama se miraron, tensos.

—¡Mamá! —gritó Tefi, y Mar palideció—. Mamá está en la cocina, con tu papá; que venga ella y diga si Mar fue la que le robó.

Mar quiso irse, pero Tefi la frenó; Thiago quiso separarlas, y en medio del griterío se impuso la voz de Bartolomé.

—¿Qué pasa acá?

Todos giraron. En el pasillo que daba a la cocina estaba Bartolomé, detrás de él se asomaba Malvina, y detrás, Julia. Al mismo tiempo, desde lo alto de la escalera, apareció Cielo, también alertada por los gritos. Al ver a su madre, Tefi gritó.

—Ma, ¿no que éste es el vestido que te robaron?

Julia no necesitaba verlo, había reconocido a Mar. Le dio mucha pena tener que confirmar la acusación de Tefi.

—Sí, esa chica estuvo hoy en mi negocio, y me faltó un vestido idéntico a ése —comentó, se acercó a ella y miró el vestido de cerca. Con dolor, agregó: —Es el vestido que me robaron.

Estupor general.

—¿Cómo pudiste robar? ¿Cómo pudiste hacerle esto a mi papá? —dijo Thiago con desilusión y desprecio.

Mar se sintió morir. Vio la profunda decepción de Thiago en sus ojos. Vio el desprecio con el que la miraron todos los chetos. Vio la furia contenida de Barto. Y vio, en lo alto de la escalera, la expresión dolida de Cielo. Y fue en ese momento que se oyó la voz de Rama.

—Marianella no robó ese vestido. Lo robé yo —mintió.

Todos giraron y miraron a Rama, que avanzó y miró a Julia.

—A Mar le encantó el vestido, pero no se lo podía comprar. Yo se lo quise regalar, pero tampoco podía pagarlo. Perdón, sé que está muy mal robar, pero nada más quise hacerle un regalo a mi amiga. Ella no sabía que yo lo había robado.

Ese episodio dio por terminada una fiesta en la que casi nadie pudo cumplir con sus expectativas. Nacho se quedó sin la noche apasionada que anhelaba. Jazmín se fue sin conocer al príncipe dorado, Nacho había resultado ser un cheto insoportable. Tacho no sólo no había podido abordar

a Jazmín, sino que además ella ahora estaba furiosa Tefi no podría despertar al día siguiente ninguna env: que nada había pasado con Thiago, y él no sólo no h podido derribar el prejuicio que Mar tenía sobre él, sirio había acrecentado, desconfiando de ella cuando *eri* cente. Mar había perdido de un cachetazo la chance de tirse una chica normal. Pero Rama, sin proponérselo r logrado que Mar se percatara de su existencia, yse. ganado, definitivamente, un lugar en su corazón.

En medio del revuelo que generó el episodio del vestido, nadie más que Malvina se percató de **la ausencia de Nicolás**.

Habían estado charlando animadamente en la cocina, mientras tomaban un café, cuando Nicolás se excusó para ir al baño. Bartolomé estaba tratando de localizar a Justina, que no daba señales de vida, para que se apersonara en la fiesta y fiscalizara el meeting de los mocosos con los amigos de Thiaguito. Luego llegó Julia, y minutos más tarde se sucedieron los gritos, la discusión y todo el episodio desagradable del robo. Recién cuando casi todos los chicos se habían ido, Nicolás reapareció en la cocina, y extrañado preguntó qué había ocurrido. Luego de contarle brevemente los hechos, Malvina preguntó dónde había estado él.

—Fui a ver a Cristóbal, que estaba jugando con Lleca y Alelí.

—¡Great! —dijo Malvina, fingiendo creerle.

La verdad es que Nico había estado en otro lugar, haciendo otra cosa. Claro que fue al baño, pero cuando salió, vio la escalera de servicio que conducía a la planta alta. Pensó, rápidamente una excusa para entablar una charla con Cielo, y la encontró.

—¡Thiago invitó a los chicos de la Fundación a su fiesta! —le dijo a Cielo, que lo miraba sorprendida por su irrupción en el altillo.

—Qué bueno... —dijo ella, con la puerta entornada; le hablaba asomando apenas su rostro, aún sin entender la urgencia de Nicolás por ir a contárselo.

—No... —se excusó él—. Me pareció genial que Thiago

integre a los chicos, y te lo quería contar; sé que a vos . importan mucho los chicos.

—Sí, ¡es buenísimo! ¡Ojalá que se diviertan mucho! —dijo Cielo, haciendo ademán de cerrar la puerta. Pero él la frenó.

—Espera.

—¿Qué pasa?

—Necesito decirte algo.

—No, ¡no necesita decirme nada! —exclamó ella, anticipándose a lo que él le diría.

—Sí, Cielo, por favor. No puedo seguir haciéndome e. tonto.

—Lo que tiene que hacer es ir con su novia.

—Lo que tengo que hacer es jugarme por lo que siento.

—¡Me parece excelente! —replicó ella—. Vaya con la doñita Malvina, y juegúese con ella por lo que siente, ¡por ella!

Y cerró la puerta. Sabía que, si abría esa puerta, ya no podría cerrarla. Y sabía, además, que como consecuencia de eso Malvina sufriría un dolor indecible. Y Cielo no podía permitirse lastimar a nadie, aunque fuera a una mujer hueca frívola y un tanto asquerosa. Cielo jamás le haría lo que no le gustaría que le hicieran a ella.

Frustrado, Nicolás volvió a la cocina, y a su frustración se sumó la culpa por mentirle de esa manera a Malvina. Entonces fue a buscar a su hijo y regresaron al hotel. Allí estaba Mogli, que dormía acostado sobre el piso y despertó alerta; luego miró a Nicolás, que acostaba a su hijo. Cristóbal murmuró entre sueños:

—Pa, vamos a tener que mandarle a mamá la dirección de la nueva casa para que me escriba...

—Sí, hijo, mañana se la mandamos —respondió Nicolás mientras lo arropaba.

Y enseguida, como instintivamente, miró a Mogli, que negaba, en abierto desacuerdo con la mentira que Nicolás sostenía ante su hijo.

Los primeros años de vida de Cristóbal, Nicolás no tuvo demasiado tiempo para pensar. Carla había desaparecido a los pocos días de nacido su hijo y nunca más habían vuelto a verla. Nicolás no dudó un instante en hacerse cargo de ese bebé al que, aunque no era su hijo, le había dado su apellido. No bien producido el abandono, Nicolás intentó infructuosamente hallar al verdadero padre, Marcos Ibarlucía. No lo conocía personalmente, pero tenía noticias de su reputación: era un traficante de reliquias arqueológicas. Sin necesidad de haberse visto alguna vez la cara, le quedaba claro que eran antagonistas: Ibarlucía buscaba saquear precisamente lo que Nicolás quería preservar.

El nacimiento de Cristóbal coincidió con la época más activa de Nicolás viajes, conferencias, éxitos profesionales; pero él no iba a dejar tirado a ese bebé al que ya amaba profundamente. Y así fue cómo Cristóbal comenzó a deambuar de un lado para otro con su padre y su tío Mogli, el inconicinal amigo de Nico.

El primer año de vida fue complicado, pero se las arreglaron. Casi no dormían, pues como buen padre primerizo exageraba los cuidados. El segundo año le resultó más rela-

ado; ya dormían mejor, pero Cristóbal había empezado a afinar y a desarrollar su vocación exploradora. También empezó a hablar, y un día le dijo «papá». Nicolás no recordaba haberse emocionado tanto en su vida.

Pero a los tres años, Cristóbal empezó a hacer preguntas. Sorprendía a todos la claridad conceptual con la que el zequeño las formulaba. Y la pregunta tan temida comenzó a aparecer: ¿dónde está mi mamá? Nicolás había tenido tiempo para pensar cómo responderle, pero lo angustiaba

tanto que siempre dejaba para más adelante la elaboración del discurso que sostendría ante el pequeño.

A los cuatro años, al comenzar a ir al Jardín, la pregunta

tornó con insistencia. Todos sus compañeritos, o casi todos,

-man una mamá. ¿Dónde estaba la suya?

Nicolás consultó con una psicóloga, entendía que era un

tema delicado y debía asesorarse para poder manejarlo. La especialista le hizo algunas observaciones que no convencieron a Nicolás. Buscó un psicólogo, que tampoco lo convenció, y buscó un tercero. Todos le decían, básicamente, que el niño no tendría problemas en procesar los hechos, en tanto él mismo pudiera tramitar el trauma que le había ocasionado el abandono de Carla. Nicolás se indignaba; él no tenía ningún trauma, él había superado perfectamente el hecho de que esa horrorosa y siniestra zorra momificada los hubiera abandonado para irse otra vez con el enfermo innombrable de Marcos Ibarlucía. Él tenía perfectamente superado el abandono de esa perra pestilente, su única preocupación era su hijo.

El último psicólogo al que consultó le dio una orientación más operativa para manejar el tema con Cristóbal:

—No le dé información que él mismo no requiera. Límitese sólo a contestar lo que le pregunte. Ésa es la medida de lo que está preparado para saber.

Nicolás le agradeció, y rechazó la invitación del psicólogo para comenzar un tratamiento y reafirmarse como padre; él no necesitaba ningún psicólogo para superar ningún trauma por el abandono de ninguna momia pestilente.

A los cinco años las preguntas eran incesantes. Y Nicolás había adoptado la política de limitarse a responder con la verdad a las preguntas de su hijo:

—¿Dónde está mi mamá?

—No lo sé, hijo.

—¿Cómo no lo sabes?

—No lo sé.

—¿Pero va a volver?

—No lo sé.

Hasta ahí era fácil. Doloroso, pero relativamente fácil. A Cristóbal no se le ocurría preguntar si él era su padre biológico, con lo cual, suponía, que no tenía ninguna necesidad de darle esa información. Pero llegó un momento en el que Cristóbal comenzó a poder expresar las inquietudes reales que lo asediaban y a formular planteos más abstractos.

—¿Mi mamá me abandonó? —disparó un día. La pregunta petrificó a Nicolás, que en ese momento estaba en la cocina preparándole el desayuno. El televisor estaba encendido, y en el noticiario acababan de dar la noticia de un bebé que había sido abandonado en la puerta de un edificio de oficinas.

Nicolás captó de inmediato la asociación, y entonces se vio en un serio aprieto. Contestar que no sabía dónde estaba Carla o de qué color era su pelo; si era linda, gorda, flaca o alta, era relativamente sencillo. Pero contestar con la verdad si había sido abandonado, le pareció de una crueldad innecesaria. Cristóbal apenas tenía cinco años.

—No, hijo, tu mamá no te abandonó —mintió con compasión.

—Y entonces, ¿por qué no viene a verme? ¿Por qué no me llama?

—Porque no puede —inventó Nicolás tras un instante de duda.

Creyó que esa respuesta, dentro de todo, era sincera. A fin de cuentas el abandono de Carla respondía a una imposibilidad concreta de ella. Pero por supuesto Cristóbal no se contentó con esa respuesta y fue por más. —¿Por qué no puede?

Y ante el mutismo de su padre, fue el propio Cristóbal el que empezó a arriesgar hipótesis y a armar en su imaginación la que luego se convertiría en la inverosímil historia de su vida.

—¿Mi mamá está enferma? —preguntó. —Sí—dijo Nicolás apostando a que eso, de alguna manera, tampoco era una mentira. —¿Está muy grave? —Sí.

—¿Se va a morir? —preguntó angustiado. —No, no. No se va a morir. —¿Y no viene a verme para no contagiarme? —¡Exacto! De esa manera, Cristóbal fue convocando con su deseo

de saber una historia que su padre fue construyendo a tientas. En esa historia Carla había viajado a África cuando Cristóbal tenía pocos meses, y ahí había contraído una enfermedad muy contagiosa. Había sido aislada y estaba internada en un lugar muy lindo, pero del que no podía salir ni para hablar por teléfono, para no contagiar. Pero su madre no veía la hora de poder curarse para volver a ver a su hijo tan querido. Ese relato pareció atemperar la angustia del pequeño, y Nicolás sintió que no era una mala solución, aunque técnicamente fuera una mentira.

—Le quiero escribir una carta —propuso Cristóbal una tarde. Y a Nicolás le pareció una buena idea.

Le dio mucha ternura y compasión leer lo que el pequeño escribió de su puño y letra —Cristóbal leía y escribía desde los cuatro años—. Le decía que la quería mucho, que la extrañaba, y que ojalá esa carta le diera fuerzas para curarse y volver pronto junto a él. «Bauer es copado, pero en esta casa hace falta una mujer, ma», concluía.

Nicolás se ocupó personalmente de enviar la carta, y durante un tiempo su hijo pareció recobrar la alegría, como si esa sutil nube gris que lo había estado cubriendo hubiera desaparecido. Nicolás sintió que esa historia había logrado resolver, en parte, la angustia de su hijo.

Pero al poco tiempo la nube gris volvió, más oscurecida. Cristóbal estaba francamente angustiado, y había comenzado a tener actitudes insólitas: se peleaba en el colegio, rompía sus juguetes, le pegaba a Mogli, y tenía ataques de furia contra su padre, al que le pegaba patadas retorciéndose cuando Nico lo quería sujetar. Nicolás comprendió que lo que angustiaba a su hijo, una vez más, era la falta de respuesta de su madre. Fue por eso que tomó una decisión muy osada, con la que no habría estado de acuerdo ninguno de los psicólogos a los que había consultado, ni su amigo Mogli, ni Berta, su madre. Ni siquiera Nicolás, en otras circunstancias, habría aprobado esa idea. Pero no soportaba ver el dolor en los ojos de su hijo.

Y así fue cómo escribió la primera carta de Carla a su

hijo. La escribió con su mano derecha —Nicolás era zurdo— la puso en un sobre con unas estampillas que había conseguido en uno de sus viajes por África, y fingió haberla recibido por correo. Cristóbal volvió a sonreír. Cada mes, cuando llegaba carta de su madre, Cristóbal estaba radiante, feliz. Curiosamente su madre acordaba en todo con su padre, por ejemplo con el tema de la ducha. Padre e hijo tenían un enfrentamiento diario por eso: Nicolás sostenía que debía ducharse todos los días, y Cristóbal que debía hacerlo cada tres. Había intentado negociar que se duchara día por medio, pero su padre se mostraba inflexible. Mucho le sorprendió cuando su madre le dijo en una carta que no olvidara bañarse todos los días.

A Cristóbal le llamaba la atención que su madre se las arreglara siempre para saber dónde estaban, y que sus cartas llegaran puntuales, una vez al mes, incluso a pueblos perdidos, en medio del desierto por los que pasaban apenas dos días cuando estaban en alguna excavación. Vivía convencido de que su madre era una capa.

Guardaba prolijamente cada carta en una cajita, que llevaba siempre consigo, y sólo esperaba el bendito día en que su madre se curara y pudiera venir a su encuentro. A partir de la llegada de las cartas, Cristóbal ya no tenía accesos de asma. Se sentía más seguro y protegido. A lo único que temía era a las enfermedades contagiosas.

Así llegó a cumplir siete años, y las preguntas se volvieron más difíciles. Nicolás suponía que pronto preguntaría cómo fue que él conoció a su madre y cómo decidieron tenerlo, cómo había nacido. Y ahí se vería en un nuevo problema: cómo explicarle que no era su padre biológico.

Cristóbal ignoraba por completo a Malvina, porque no aceptaba que su padre quisiera casarse con otra mujer. Aunque Nicolás le había explicado que antes de la enfermedad él y Carla habían decidido separarse; que, aunque se querían mucho, habían decidido no ser más una pareja; Cristóbal sostenía que, cuando su madre volviese, ellos volverían a enamorarse y a estar juntos, por eso no admitía que su

padre se casara con otra mujer. Sin embargo, eso había cambiado a partir de conocer a Cielo.

—Pa, si un día te querés casar con Cielo, por mi estaría todo bien —dijo Cristóbal de la nada, mientras desayunaban una mañana.

—Pero yo me voy a casar con Malvina, hijo.

—¡Ya sé, Bauer! —dijo Cristóbal como si fuera una obviedad—. Yo nada más te digo que si algún día te querés casar con Cielo, por mí, todo bien.

Eso era lo que Nicolás había querido decirle a Cielo esa noche. Que Cristóbal aceptara a Cielo como esposa de su padre no sólo hablaba del cariño que el pequeño sentía por Cielo, sino de la percepción que éste tenía del amor de Nico por ella.

—¿Te gusta Cielo? —había preguntado Cristóbal.

—Sí, claro —ésa había sido una pregunta fácil de responder con sinceridad.

El acto de arrojamiento de Rama le había granjeado la gratitud de Marianella, y desde entonces se habían vuelto inseparables.

—¿Por qué lo hiciste? —Para ayudarte —respondió Rama. —Sí, ya sé... pero ¿por qué? ¿Por qué siempre me querés ayudar?

—¿Cómo por qué? ¡Porque sos mi amiga! —respondió Rama con cobardía. Alelí, que desayunaba más allá, revoleó los ojos.

Excepto por la innegable gratitud de Marianella, el resto de las consecuencias de su autoincriminación fueron nefastas para Rama. Por un lado, Bartolomé estaba furioso; no le importaba si el vestido lo había robado Ramiro o Mariane, sólo lo enfurecía el hecho de que hubieran robado algo para sí mismos y no para él y, tras cartón, que hubieran aablado de robo allí, delante de todos, con la connotación ue eso tenía. Eso le había valido el correctivo de dos noches i la celda de castigo, una diminuta jaula escondida bajo el sván de la escalera. También esto le había valido el desecio de Thiago y de todos sus amigos, que lo miraban con sdén. Pero lo que más angustiaba a Rama era la profunda decepción que veía en los ojos de Cielo. Ella no le había dicho nada al respecto, ni siquiera se había referido al incidente. Le hablaba como siempre, y lo trataba como siempre, sin embargo había en sus ojos una sutil, pero contundente diferencia: Rama la había defraudado. Cielo no quería decirle nada porque entendía que la vida no había sido fácil para ellos. Mar también lo percibió, y mortificada porque Rama

sufriera las consecuencias de su delito, le pidió a Cielo que no estuviera enojada con él.

—Yo no estoy enojada con Rama.

—¡Pero lo tratas distinto, perna —insistió Mar.

—No estoy enojada.

—Sí, Cielo, te conocemos, te saltó la térmica con Rama...

—No estoy enojada —repitió—. Yo los entiendo. Sé que tuvieron vidas muy difíciles todos. Pero lo que me da mucha lástima es que no se agarren de la sogá que don Barto o don Nico, o yo misma, les tiramos. En lugar de aprovechar eso, salen a robar.

Mar no pudo responderle como hubiese querido. ¿Cómo explicarle que para los chicos, Bartolomé, Nico y Cielo no significaban lo mismo? ¿Cómo revelarle cuál era el verdadero rostro del director de la Fundación BB a quien no le interesaba protegerlos ni salvarlos de los peligros y tentaciones de la calle? Como había ocurrido en muchísimas otras circunstancias, casi a diario, se mordió por dentro y bajó la cabeza, humillada e impotente. Una vez más la realidad quedaba oculta tras una sarta de falsos argumentos y las apariencias no los beneficiaban.

Bartolomé, por su parte, aprovechó el incidente para hablar con su hijo, y reiterarle el pedido de que no se juntara con los chicos de la Fundación.

—¿Entendés ahora por qué te planteo siempre lo mismo? Lo único que logras integrándolos es volverlos más resentidos. Los pobres purretitos ven todo lo que tienen ustedes, todo lo que ellos nunca van a tener, y se les salta la chaveta. ¡Del resentimiento a la delincuencia hay un solo paso!

Thiago tuvo que admitir que algo de lo que decía su padre era cierto. Él quiso tratarlos como iguales, pero no lo eran.

—La división de clases existe desde que el hombre es hombre, y existe por un motivo, ¡che!
—completó con un desbordado cinismo.

Thiago se alejó para no discutir. Había un profundo desacuerdo entre padre e hijo: para Bartolomé la asistencia era caridad y consistía en limitarse a dar algún tipo de alivio a

los necesitados. Para él, en cambio, la solidaridad implicaba achicar la brecha entre unos y otros.

Una tarde, Nicolás reunió a Cielo y a Thiago. Excluyó a Barto de la reunión por la sencilla razón de que no quería cargarlo con más preocupaciones. Nicolás explicó que lo que había ocurrido la noche de la fiesta no era un hecho aislado: él mismo ya había visto a los chicos, no sólo a Rama, robando a la salida del colegio. Cielo también confesó que así había conocido a Alelí.

—Y no son los únicos que equivocan el camino —agregó Nico con cierta dureza, mirando a Cielo, recordando el episodio durante el cual se habían conocido.

Cielo no había podido aclararlo en su momento, y creía que ya no tenía ningún sentido hacerlo ahora.

—Como sé que ustedes también le tienen afecto a los chicos, se me ocurrió que podemos hacer algo para ayudarlos. Mostrarles algo diferente, darles oportunidades —completó Nico.

En esa reunión surgieron **dos ideas**. La primera, propuesta por Cielo, fue hacer un festival de música. Las cosas en la Fundación estaban peliagudas, todos escuchaban a diario las lamentaciones de Barto al respecto. Con ese festival podrían recaudar dinero para que los chicos tuvieran acceso a una mejor calidad de vida. Además sería una manera de mostrarles un camino diferente.

La otra idea, propuesta por Thiago, fue tratar de conseguirles becas en su colegio. Entendía que si los chicos pudieran llevar una vida normal y pasar gran parte del día en el colegio, irían corrigiendo esos hábitos. A Nico y a Cielo la idea les pareció excelente, y adivinaron, pero ninguno dijo nada, que además de ayudar a todos, Thiago se entusiasmaba con la idea de tener a Mar como su compañera.

—Yo puedo ir preparándolos para que den el examen de nivelación —aportó Nicolás.

Cielo propuso que los chicos fueran a una escuela pública, pero Nicolás dijo que el Rockland, el colegio al que había empezado a mandar a su hijo, era excelente. Se trataba de

una inmejorable oportunidad de que los chicos pudieran tener un lugar allí.

—En esa escuela de copetudos me los van a discriminar, ¡don Indi! —dijo Cielo.

—¿Cómo me dijiste?

—Don Indi...

—¿Por qué me decís así?

—Porque se parece al de *Indiana Jones*, que anda siempre con ese sombrero, buscando momias. ¿Le molesta?

—No, me encanta... —dijo Nico tan arrobado que ni siquiera advirtió la deformación que Cielo hizo del título de la película.

—¿Podemos seguir hablando de esto? —dijo Thiago impaciente.

—Ah él quiere seguir hablando de Mar... —bromeó Cielo.

—De todos. Y no los vamos a discriminar en el Rockland. No todos somos chetos huecos ahí.

—No, mi vida; si hay uno más como vos ahí, ya estamos salvados.

Decidieron mantenerlo en secreto hasta poder concretarlo. Se imaginaron la cara de felicidad de Barto el día que le comunicaran que los chicos irían al Rockland, y que además harían un festival para recaudar fondos para la Fundación.

Capitulo 05
Cayendo desde lo alto de una ilusión

Unos días muy fríos anticiparon el invierno. Comenzaba el mes de junio, hacía casi tres meses que todos habían llegado a la Fundación, donde había varias rutinas que se desarrollaban a diario, **rutinas visibles y rutinas secretas**.

Cada mañana Cielo despertaba a los chicos, incluyendo a Thiago, con el desayuno listo. Luego él se iba a su colegio, donde pasaba toda la mañana y parte de la tarde. Los chicos se desplazaban hasta el patio cubierto, y allí Nico les daba clases por las mañanas. Y por la tarde participaban en las de baile, a cargo de Cielo, y las de corte y confección para las chicas, y carpintería para los varones, que dictaba Justina. Habían tenido una charla al respecto, y Bartolomé opinaba que, además de lengua y matemáticas, era bueno que los chicos aprendieran algún oficio que les resultara útil el día que se alejaran de la Fundación.

Luego del almuerzo, Cielo debía abocarse a la limpieza de la planta alta de la casa, actividad que realizaba con la constante presencia de Malvina, que no se le despegaba. Malvina la había tomado como su confidente y amiga, un modo de asegurarse de que Cielo no fuera a traicionarla quedándose con su novio. A las ocho de la noche se servía la cena, y luego todos se iban a dormir. En medio de estas costumbres bien perceptibles, se desarrollaban muchas otras, de carácter más incierto.

Las clases de corte y confección y las de carpintería que dictaba Justina, en realidad, eran una fachada para esconder las reales actividades que los chicos debían realizar por las tardes. Justina los hacía salir por una puerta secreta a la calle, donde los chicos se dedicaban a robar y a pedir limosna.

Por la noche, luego de cenar, Cielo se despedía de todos en sus respectivos cuartos; pero minutos más tarde, los chicos eran obligados a levantarse de sus camas, para ser conducidos hasta el taller de juguetes, que estaba oculto detrás de una pared falsa, ubicada estratégicamente en el patio cubierto. Se accionaba una puerta trampa, y accedían al taller, un lugar gélido en el que los chicos pasaban las frías horas de la noche pegando diminutos ojos a muñecas, o lustrando y añejando autitos de madera. Muy tarde en la noche, volvían a sus camas, contando las horas que podrían dormir antes de que Cielo fuera a despertarlos.

Cuando alguno de los chicos cometía alguna insubordinación, una baja en su productividad o se acercaba demasiado al niño Thiago se les aplicaba un correctivo, que por lo general consistía en algunas horas de encierro en la celda de castigo. La ausencia del castigado se justificaba ante Nico y Cielo con alguna actividad burocrática, o un simple mandado que estaba haciendo para Justina.

Otra rutina precisa y secreta era la que llevaba a cabo Justina para ocuparse de la pequeña Luz, encerrada en el sótano, a salvaguardo de la supuesta guerra. Justina dormía cada noche con la pequeña. Tras acostar a los roñosos, luego del trabajo en el taller, ella se encerraba en su habitación de servicio en la planta baja, junto a la cocina. Allí corría un espejo que ocultaba un pequeño boquete que ella misma había abierto, y por ahí descendía al sótano. Muy temprano en la mañana, preparaba el desayuno para Luz, y volvía a ocuparse de sus tareas domésticas. Durante el día, bajaba dos veces a visitar a la niña y a llevarle comida. Tenía otro acceso oculto al sótano, a través de una puerta trampa en el jardín, justo detrás de un pequeño mausoleo familiar. Algunos antepasados Inchausti, y la propia Amalia, estaban enterrados allí. Sabiendo que era un lugar al que nadie querría acercarse, Justina había construido allí la puerta trampa. El mantenimiento de ese pequeño cementerio era una de sus tareas preferidas, un gustito que se daba algunos días de la semana.

Posponer y dilatar el compromiso con Malvina era otra

rutina casi diaria de Nicolás. Y secretamente, se entregaba a otra: tras haberse percatado de que Cielo era semianalfabeta, le había propuesto darle clases particulares. Para que estos encuentros no se vieran como algo ilícito ante sus propios ojos, Nicolás le propuso hacerlo en secreto, en el carromato de Cielo, que había sido estacionado en un rincón del jardín de la mansión. Nico justificó su propuesta de clandestinidad, arguyendo que seguramente sería algo vergonzoso para ella tener dificultades para leer y escribir a esa edad. Cielo progresaba en sus estudios a buen ritmo, y Nico intentaba ganar terreno con ella en el plano sentimental. Ella le prohibía poner en palabras eso que ambos sentían.

—No me hable del *coso* —decía Cielo cuando él quería hablar de amor.

—Pero tenemos que hablar del *coso* —insistía él.

—Usted hable del *coso* con su novia —concluía ella.

Nicolás entendió que tenía que terminar con esa situación, aunque no sería sencillo. Él ya tenía perfectamente claro que lo que sentía por Malvina no era amor; contrastado con lo que sentía por Cielo, no había dudas. Pero terminar su relación con Malvina no sólo significaría romperle el corazón, lo que le generaba mucha culpa, sino que se quedaría ya sin motivos para ir diariamente a la Fundación. Tenía claro que, si se separaban, ella le pediría, y con razón, que dejara de visitar su casa, con lo cual debería abandonar las clases de los chicos y sus visitas diarias a Cielo. De todas maneras Nicolás ya se había mudado al loft frente a la mansión, en cualquier caso estaría cerca de todos.

Otra rutina que se verificaba a diario era el beso de las buenas noches que Cielo le daba a Cristóbal a través de la ventana del altillo. Cristóbal le había regalado a Cielo un walsée talkie, y cada noche el niño no se iba a la cama si antes no hablaba con Cielo. Lo hacían saludándose de ventana a ventana. Luego de que se despedía de Cristóbal, Nico y Cielo seguían conversando unos minutos, mirándose y deseándose. En general esa charla terminaba cuando ella advertía que él empezaba a hablar del *coso*.

Emulando a Nico, Thiago también había encontrado una excusa para tener su rutina secreta con Mar. Mientras hacía las gestiones para conseguirles una beca en el colegio, le sugirió a Mar que sería bueno que ella tuviera un apoyo escolar extra, ya que era a la que más le costaba el estudio. Ella había aceptado si, a cambio, él aceptaba que ella lo ayudara con las clases de baile. Marianella había resultado ser un virtuosa en las clases de Cielo, y Thiago había resultado ser un rugbier duro, sin ninguna elasticidad. Rama, celoso de esta rutina, también se había ofrecido a ayudar a Mar con el apoyo escolar, y ella eventualmente, aceptaba su ayuda.

Bartolomé tenía una rutina por demás tediosa: hacer las cuentas a diario y verificar que siempre estaban en rojo, por lo que había encargado a Justina que reclutase algún purrete más; buscar la manera, siempre, de fletar a su hijo a Londres; forzar a Malvina para que lograra que Nico concretara el casamiento; presionar al abogado para que destragara la herencia y verificar que Cielo no recordara ser Ángeles Inchausti.

Entre tantas ocupaciones, no se percató de lo que los otros estaban organizando en secreto, y por eso se extrañó aquella noche de que Nico y Cielo dispusieran una cena con todos para comunicar dos noticias importantes. Semejante despliegue alarmó a Barto, que entendió que algo se le había escapado. Nunca hasta ahora habían compartido todos una cena.

La mesa del comedor había sido hermosamente decorada por Cielo, y Nico se había encargado de cocinar toda la tarde, mientras los chicos se ocuparon de sacar con excusas a Justina de la cocina. Desde la cabecera de la mesa, Barto observó las miradas y sonrisas cómplices de todos, y comprendió que algo se había cocinado, además del pollo a la portuguesa.

—Bueno, ¡desembuchen, che! —se impacientó Barto—. Con tanto despliegue, algo me van a pedir... ¡Pidan nomás!

—No, Barto —respondió Nico sonriendo—. No te vamos a pedir nada, en realidad te vamos a ofrecer algo.

—¿A mí? —preguntó Barto sorprendido mirándose con Justina, a la que no había nada, ya que esa noche ellos eran los agasa

—Sí, tenemos dos noticias para darte —c Como sabemos que estás con algunos prob *eos*, y *que, como esto es tu vida, estás muy* nos ocurrió una idea para ayudarte.

—¡No quiero que ustedes se preocupen p atajó Bartolomé.

—¡Pero nos preocupamos, don Barto! ¡P a ayudar! —exclamó Cielo.

—Cielo tuvo una idea brillante —continu a Cielo, que se sonrojó y miró a Malvina, qu so roja, pero de furia.

—Bueno, ¡larrrrrgue de una vez! —apui

—¡Vamos a hacer un festival de música frente a la Fundación, para recaudar fondo: co—. Los chicos ya tienen ensayadas las caí reos. Vamos a vender entradas y a hacer l recaudado... ¡va para la Fundación!

Barto y Justina se miraron. Había una ra la que no lo permitirían: nada podría distrai ce su trabajo. Pero, además, había una razón *zzaT* una empresa como ésa, donde los chic : 5 de un sueño común, con actividades ar oando fondos con un sano esfuerzo, les da a peligrosa inyección de dignidad que *h* metimiento que tanto les había costado c

—¡Pero qué lindos son! —exclamó Barto .:n—. No sabes, Nicky, lo que significa es ocupación tuya...

—Nuestra —aclaró Nico.

—Para mí, que soy un filántropo... —conl — la aclaración de Nico— ver que no va el entusiasmo y me hace entende nie soy un soñador, pero no soy el únu -do aceptarlo.

—¿Por qué no? —ya se enojó Cielo.

—Primero porque para mí un niño tiene que ser niño. Los chicos en la escuela, y los adultos en el trabajo. De ninguna manera permitiría que mis purretes trabajen.

Todos los chicos de la Fundación se miraron, intentando que sus caras no reflejaran el odio y la indignación que les producía oírlo hablar así, con tanta falsedad y descaro.

—No sería un trabajo —explicó Nico—. Sería un juego, una diversión; cantar, bailar, y de paso juntar dinero.

—Hacer cualquier cosa, por dinero, es trabajar. Quiero que ellos estudien y no se preocupen por eso. Ya demasiado sufrieron para que ahora estén pensando en dinero. Además, quiero decirles que ya estoy resolviendo las dificultades; me está por entrar una partida del Ministerio y, además, cuando vos y Malv se casen, ella va a recibir una parte de la herencia, y seguramente Malv no te lo dijo porque es muy humilde, pero ella, generosamente, me dijo que va a donar la mitad a la Fundación.

Malvina casi se atraganta. Por supuesto que ella contaba con la herencia y que la compartiría con Barti, pero de ninguna manera le iba a dar un solo peso a esos mocosos. Iba a aclararle a Barti que tal vez se había confundido, pero Justina le apretó una rodilla, indicándole que se mantuviera callada, y Malvina comprendió que era otro acting de su hermano.

—Eso es genial —dijo Nico mirando a Malvina—. Que dones algo de tu herencia es muy generoso de tu parte, pero ese dinero puede tardar en llegar.

—¡Esperemos que no tarde tanto, Bauer! —bromeó Barto, y aprovechó para cambiar de tema—. ¿Qué tal si mientras disfrutamos de esta cálida cena ponen la fecha de la boda?

—Eso ya lo veremos... —evadió incómodo Nico, percibiendo el malestar de Cielo ante ese tema—. Pero necesitamos dinero antes.

—Estamos bien, che, estamos bien; para comer alcanza.

—Pero vamos a necesitar plata para los uniformes —intervino Thiago.

—¿Uniformes? ¿Qué uniformes?

Entonces Thiago, triunfante, se dispuso a informar la segunda sorpresa de la noche.

—Estuve haciendo algunas gestiones con el director del Rockland... y después de varias charlas, aceptó becar a los chicos para que estudien en el colegio.

Esa noche tuvieron que llamar de urgencia a Malatesta para desatorar el hueso de pollo con el que se atragantó Bartolomé.

Justina amaba apasionadamente a Bartolomé por de razones: la primera, esos penetrantes ojos negros y sus rulo brillantes e inquietos. La segunda, esa maravillosa y maquiavélica capacidad para manipular que tenía.

Al principio se sorprendió cuando Barto le comunicó e. plan de acción a seguir a partir de los hechos acontecidos Pero inmediatamente sonrió, sabía que su amor, su señor era **una eminencia de la manipulación.**

—Vamos a agradecer a Thiaguito su gesto y aceptar conmovidos la beca para los purretes — explicó Barto con su voz aún cascada por el hueso de pollo atragantado—. Nos vamos a emocionar hasta las lágrimas el día que los veamos cor. los uniformes del Rockland, y los vamos a acompañar, siempre llorando de emoción, a su primer día de clases.

—Pero, señor... —intervino ella, confundida.

—También vamos a dejarlos hacer su festivalcito, y vamos a llorar aún más de emoción al verlos cantar y bailar como saltimbanquis.

—Con todo rrrrespeto, señor, lo que tendríamos que hacer es despachar a Thiaguito, alejar a Bauer de acá, y matar de una vez por todas a la camuca arrrribista.

—Todo eso se hará oportunamente —respondió Bartolomé elucubrando—. Vos mostrate agradecida con Bauer e incluso, dejales creer a los purretes que los vamos a dejar escolarizarse y hacer su showcito. Caer duele, pero precipitarse desde lo alto de una ilusión mata, che —declaró Bartolomé, y ambos rieron, siniestros, en las penumbras del escritorio.

A decir verdad, los ensayos para **el festival** no estaban tan avanzados como le dijeron a Barto, ni las becas habían sido garantizadas. Ante el «sí» de Bartolomé, tuvieron que empezar a correr, debían pasar de la instancia de proyectar a concretar. En secreto, Justina conminó a los chicos: les permitirían preparar el festival siempre y cuando no desatendieran sus obligaciones diarias. Los chicos, entusiasmados, se comprometieron a no bajar su productividad, y de hecho, durante los veinte días que llevó preparar todo, las arcas de Bartolomé crecieron gracias a los cuantiosos botines que cada día conseguían en la calle.

Lo primero que tuvieron que resolver estaba relacionado con el repertorio y los artistas. Decidieron formar una banda que se llamaría «Cielo y sus Angelitos», integrada obviamente por Cielo, Mar, Rama, Tacho, Thiago y Jazmín. Cielo llegó al primer ensayo y les presentó una de las canciones que ella usaba en su show circense. Ese día Rama pensó en cuánto había cambiado la Fundación en poco más de tres meses, tras la llegada de ella y Nicolás. Ahora el invierno no era tan frío, sonaba música todo el día, y había algo muy novedoso: alegría.

Y va, que va, que vamos a bailar... Y baila, baila, baila y no pares jamás...

El patio cubierto había sido despojado de los muebles. Los chiquitos asistían a los más grandes, atendiéndolos como verdaderos artistas mientras ensayaban. Alelí estaba feliz de ver a la bella Cielo desplegando sus alas, enseñando las coreos a los chicos. Rama se sentía agradecido de tener que

bailar junto a Mar, al menos podía rozar sus manos durante alguna coreo, aunque adivinaba que a ella le pasaba lo mismo al bailar con Thiago. Tacho no le sacaba los ojos de encima a Jazmín, que lo acercaba y alejaba, tanto en los giros de la coreografía como en la vida.

Que bailando las penas, las penas se dejan pasar... Cosquillas en el alma se siente al bailar...

Como un bálsamo, las penas parecían, en efecto, pasar. Y cosquillas en el alma y los estómagos eran cosa de todos los días. Cosquillas sentía Thiago observando bailar a Mar. Cosquillas sentía ella sintiéndose observada. Cosquillas, pero en los puños, sentía Tacho cada vez que veía a Nacbo acercarse a Jazmín. Cosquillas le bacía Nico a Cristóbal cada vez que éste le llamaba la atención sobre su boca abierta al observar a Cielo.

Y va, que va, que va, que va... Con ángeles y duendes vamos a soñar...

Los sueños son un motor difícil de encender, pero una vez puesto en marcha, es casi imposible frenarlo. La Fundación BB se había llenado de sueños. Los días pasaban, los ensayos avanzaban, Cielo había empezado a probarles el vestuario que ella misma había confeccionado. El día que se vieron todos con sus trajes, brillitos de emoción aparecieron en sus ojos. En pocos días estarían sobre un escenario, un sueño que jamás habían imaginado poder alcanzar.

Y baila, baila, baila... baila y hazla girar. Con gracia tu cintura se mueve al compás.

Era un gran esfuerzo lograr que la cintura de Tacho se moviera al compás. Siempre llegaba un tiempo antes o un tiempo después al paso. Él creía tener un problema rítmico, pero Cielo entendía que se distraía y se perdía a causa de los hipnóticos movimientos de cintura de Jazmín. Thiago

estaba muy comprometido con la organización del espectáculo; lo secundaban Nacho y Tefi, quienes se mostraban deseosos de ayudar, pero estaba muy claro que el festival les interesaba tanto como una conferencia sobre el medio ambiente. Nacho y Tefi tenían un solo objetivo: él seducir a Jazmín y ella, a Thiago.

Y asijerei jei jei, bailo yo...

Y asijarai jai jai, bailas tú...

Y baila, que la vida es una fiesta...

Las tardes de los chicos —una increíble fiesta para ellos— se habían convertido en un dolor de mandíbulas para Justina. Le generaba tanto odio verlos felices que se dormía umiando su bronca. Malatesta le había diagnosticado bruísmo: mientras dormía, rechinaba sus dientes contrayendo js músculos de su maxilar, y por eso Justina despertaba ada mañana con dolor de mandíbulas. Pero debía contenerse, su señor la instaba a tener paciencia, ya llegaría el **día** de su golpe mortal.

Y asijerei jei jei, al compás...

Y así jarai jai jai, sin querer... Como una mariposa que da vueltas...

Que bailando la vida se despierta...

La que daba vueltas como una mariposa era Malvina, ntando captar la atención de Nicolás, perdida hacía ya jho tiempo. Él, en verdad, había decidido terminar con a relación, pero cuando ella le dijo que podrían aprovechar - día del festival para retomar el compromiso postergado, iturdido por la sorpresa y la culpa, aceptó.

Y va, que va, que vamos a soñar...

Y sueña, sueña, sueña, no pares jamás...

Que la vida devuelve todo aquello que le das...

Y todo lo que guardes te lo perderás.

Tres días antes del show, Cielo notó que los nervios y el miedo estaban haciendo estragos en los chicos. Rama, como cada vez que se acercaba a algo que deseaba, estaba con dolores de panza. Mar se había encerrado varias veces en la habitación negándose a ensayar, manifestando su irrevocable negativa a actuar. Tacho casi se agarra a trompadas con Nacho el día en que él se ofreció a reemplazar a Rama en caso de que sus retorcijones no cedieran. Cielo entendía que a veces daba miedo soñar y, lejos de retroceder, los impulsó a ir por más con una nueva canción que escribió para ellos.

Hay que decidirse y animarse a buscar un amor, un viento nuevo, una esperanza para el corazón...

Que el sol saldrá.

Sólo acércate a tu ventana y verás que el sol saldrá.

No te pierdas la alegría que te trae un nuevo día,

lo que tanto ayer querías está por llegar...

Cada vez que Nico desde su balcón veía aparecer a Cielo en su ventana, se decidía un poco más a dar ese paso que debía dar. Y así se lo manifestó al incondicional Mogli una tarde, en la cocina de la mansión, mientras preparaban el refrigerio para llevar al ensayo general. Mogli estaba apoyado junto al intercomunicador de la cocina, un sofisticado y antiguo sistema que comunicaba entre sí a todas las habitaciones de la mansión.

—Lo voy a hacer, Mogli. ¡Me voy a jugar por Cielo!

—¡Ah, buana! —exclamó Mogli, apoyando su mano contra el intercomunicador—. Pur fin, Micola, ¡amainé cutú con diusa!

—Pero antes tengo que terminar con Malvina —continuó Nicolás—. Cuando pase el festival, voy a hablar con ella, voy a intentar terminar bien, y ahí sí voy a decirle a Cielo lo que siento.

En ese momento se cortó la luz, y mucho tardaron en

detectar el desperfecto. El corte se debió a un cortocircuito provocado por una planchita para el pelo que cayó dentro de un florero lleno de agua. No fue un descuido, sino un acto irracional de Malvina, que había escuchado las palabras de Nicolás mientras se alisaba el cabello en su habitación. Mogli había activado el intercomunicador sin notarlo.

Hay que convencerse y no mirar hacia atrás... La ilusión está delante de tus ojos, y viene por vos...

¡Por más! ¡Yo voy!

Y busquemos esperanzas nuevas...

Que es mejor si somos dos.

No te pierdas la alegría que te trae un nuevo día...

Lo que tanto ayer querías está por llegar...

Había comenzado la cuenta regresiva. Era la noche previa al festival, y todos se habían reunido para el último ensayo. Las entradas habían sido vendidas casi en su totalidad, mucho habían ayudado Nacho y Tefi en su afán de ganarse el afecto de Jazmín y Thiago, respectivamente. El hecho de que casi todo el Rockland Dayschool fuera a estar presente ponía más nerviosos a los chicos, pero era tiempo de ir por más. Por otra parte, Nacho había hecho una intervención decisiva a la hora de convencer al director del Rockland de becar a los chicos de la Fundación. Thiago era respetado en el colegio, pero Nachito era un intocable. Bastó una llamada de Nacho a su padre, y las becas estuvieron disponibles. El momento había llegado: primero el festival, y el unes siguiente comenzarían las clases en el Rockland.

Y así me siento... es el momento...

¡Tiempo de despegar!

¡Voy por mi libertad!

Una desconocida sensación de libertad sintieron Thiago, ar, Rama, Jazmín y Tacho cuando subieron al escenario y omenzaron a cantar. Por diferentes razones, para todos era

un sueño hecho realidad. Nico y Mogli habían armado un 1 escenario sobre la plazoleta, frente al colegio y la Fundación, y se habían ocupado del sonido. Los chicos estaban j radiantes en sus vestuarios, tan felices que ni repararon en las expresiones despectivas de algunos alumnos del Rockland que los observaban, casi riéndose de ellos. Pero ninguno había llegado hasta allí para retroceder, y como si hubieran hecho eso toda su vida, los cinco, junto a Cielo, brillaron sobre el escenario.

Voy por más y más, amor y amigos nuevos y sueños por realizar.

Voy por más y más, la vida nos espera y la podremos alcanzar.

El festival fue un éxito. Cuando le entregaron a Bartolomé lo recaudado, éste sopesó la caja en la que estaba el dinero y concluyó que nunca había logrado tamaña recaudación de los purretes. Por un momento se preguntó si no sería la explotación artística una actividad más rentable que la delictiva. Justina se había cansado de vender tortas y bebidas en el bufé que habían improvisado. El festival fue una fiesta, los chicos cantaron una y otra canción. Tefi y Nacho vieron con odio cómo sus propios compañeros empezaron a corear algunas canciones. Las chicas del Rockland empezaron a preguntarse quiénes eran esos caños rubios que bailaban sobre el escenario.

Voy por más y más, amor y amigos nuevos y sueños por realizar.

Voy por más y más, la vida nos espera y la podremos alcanzar.

Esa noche, mientras intentaban dormir, los cinco chicos repasaron mentalmente cada momento del show. La alegría, los aplausos, las sonrisas, la felicidad... Era mucho, pero mucho más de lo que jamás se habían atrevido a soñar.

un sueño hecho realidad. Nico y Mogli habían armado un escenario sobre la plazuela, frente al colegio y la Fundación, y se habían ocupado del sonido. Los chicos estaban radiantes en sus vestuarios, tan felices que ni repararon en las expresiones despectivas de algunos alumnos del Rockland que los observaban, casi riéndose de ellos. Pero ninguno había llegado hasta allí para retroceder, y como si hubieran hecho eso toda su vida, los cinco, junto a Cielo, brillaron sobre el escenario.

Voy por más y más. amor y amigos nuevos y sueños por realizar.

Voy por más y más. la vida nos espera y la podremos alcanzar.

El festival fue un éxito. Cuando le entregaron a Bartolomé lo recaudado, éste sopesó la caja en la que estaba el dinero y concluyó que nunca había logrado tamaña recaudación de los purretes. Por un momento se preguntó si no sería la explotación artística una actividad más rentable que la delictiva. Justina se había cansado de vender tortas y bebidas en el bufé que habían improvisado. El festival fue una fiesta, los chicos cantaron una y otra canción. Tefi y Nacho vieron con odio cómo sus propios compañeros empezaron a corear algunas canciones. Las chicas del Rockland empezaron a preguntarse quiénes eran esos caños rubios que bailaban sobre el escenario.

Voy por más y más, amor y amigos nuevos y sueños por realizar.

Voy por más y más, la vida nos espera y la podremos alcanzar.

Esa noche, mientras intentaban dormir, los cinco chicos repasaron mentalmente cada momento del show. La alegría, los aplausos, las sonrisas, la felicidad... Era mucho, pero mucho más de lo que jamás se habían atrevido a soñar.

Albertito Paulazo era una de los primeros «egresados» de la Fundación BB, y discípulo dilecto de Bartolomé. Había llegado a la Fundación siendo muy pequeño, y desde el primer día fue formado en las artes delictivas por el director y el ama de llaves. Había tenido que dejar la mansión a los dieciocho años, edad en la cual el juez de menores disponía el traslado a otra institución o, en caso de que el menor estuviera capacitado, pasaba a un sistema de puertas afuera, asistido. ¡ Pero Albertito seguía ligado a Bartolomé, quien lo había conectado con el comisario Luisito Blanco, el mismo que brindaba protección y zonas liberadas para los purretes de la Fundación, a cambio de un porcentaje que Barto pagaba puntualmente cada mes. Albertito trabajaba ahora para el comisario Blanco, pero no olvidaba la gratitud que sentía hacia Barto, que le había enseñado todo lo que sabía, y éste, íventualmente, le encargaba alguna que otra tarea especial ruando lo necesitaba.

Y ésta era precisamente una de esas ocasiones. Justina

Bartolomé lo recibieron con mucha alegría: Albertito Paulazo les había traído un nuevo mocoso que prometía mucho.

—Se llama Mateo, pero le dicen **Monito** —lo presentó.

Bartolomé y Justina miraron con una sonrisa al pequeño entendieron perfectamente por qué le decían así: era de muy baja estatura, tenía el pelo oscuro y largo, que le cubría la frente, y unos ojos grandes y redondos, con una expresión simiesca y picara. Según Albertito, era un prodigioso «descuidista», podía sustraerle en la cara cualquier cosa a cualquiera.

—¡Hola, Monito! —saludó Bartolomé con una gran son-

—Hola, pancho —dijo Monito con total displicencia— 1 ¿Tienen algo para morfar? j

El comentario le provocó una estruendosa carcaj Bartolomé, quien ordenó a Justina que le diera a Monito *he could eat*. Justina lo condujo a la cocina donde vio asombro, cómo Monito devoró en segundos media doccū de sandwiches. Siempre tenía hambre.

—¿Y hace mucho que vivís en la calle, vos? —indagó jí tina mientras Monito manoteaba otro sandwich.

—Siempre viví en la calle. Antes vivía con mi *agüelo*. r el muy pancho se murió. ¿Puedo comer eso? —dijo Mcr señalando una torta que había preparado Cielo.

—¡All you can eat! Todo lo que puedas comerrrr, con señaló el señor —dijo Justina con apenas un esbozo de sc risa. Ella tenía un gran olfato para reconocer a los talent y Monito, sin dudas, tenía un gran talento para el robo.

En ese momento entró Tacho por la puerta trasera de cocina y miró con sorpresa a Monito, que sostenía un sánwich de jamón y queso en una mano y una porción de tor en la otra.

—Él es Tacho —dijo Justina.

—Hola, pancho... Yo soy Monito —se presentó guiñándole un ojo con desparpajo.

—¿Qué haces, capo? —respondió Tacho con inmediata simpatía.

—Monito va a vivir en la Fundación. Tachito te va a explicar todo... —dijo ella mirando con intención a Tacho—. Contale bien cómo son las cosas acá —completó la frase mientras se retiraba.

Tacho miró a Monito, que lo observaba expectante, y en él se vio a sí mismo a esa edad, cuando había llegado a la Fundación, y pensó cuan distintas habrían sido las cosas si hubiera tenido alguien más grande que lo cuidara. Con un instinto de protección desconocido para él, decidió que Monito sería su protegido.

Bartolomé recibió de Albertito los papeles para gestionar la tutela del nuevo huérfano. A cambio le entregó un cheque con la succulenta comisión para Luisito Blanco.

En pocos minutos se pusieron al día, y celebraron el hecho de que a su purrete preferido le estuviera yendo tan bien bajo el ala del comisario. Cuando Justina regresó, trajo a información de que Monito ya estaba siendo integrado, entonces Bartolomé se dispuso a encarar directamente el asunto. Como siempre, Justina permaneció de pie, unos centímetros por detrás y a la derecha de Barto.

—¿Qué necesita, don Barto? —le preguntó Albertito, demostrándole con su tono que podía pedirle cualquier favor.

—Necesito algo para la bólide, che.

—¿Cómo anda Malvina?

—Y ahí, bólide como siempre. Vamos al grano, Albertito. Sabes que sigo con la herencia bloqueada durante varios años más, pero una parte se va a liberar el día que la bólide se case.

—¿Usted me llamó para...? —atinó a preguntar Albertito.

Por un segundo tuvo temor de que su mentor hubiera pensado en él como posible marido de su hermana. No es que Malvina no le pareciera una mujer bella, pero hubiera tenido problemas con Sandra, su novia.

—¡No, no! —se anticipó Bartolomé, mirándose con Justina y sonriendo ambos—. ¡No te llamé para eso, che! ¡Mira si te voy a pedir a vos que te cases con ella! Ya tiene un novio, pero ahora nos enteramos de que él la quiere dejar. Y vos la conoces, va a ser muy difícil encontrarle otro candidato, y además ella dice que ama a éste... En síntesis, hay que evitar que Bauer deje a Malvina.

—¿Quiere que tenga una *charlita* con él?

—¡No, no! —dijo Barto—. Eso no funcionaría en este caso.

—¿Ya tiene un plan, no? —dijo Albertito sonriendo. Admiraba los planes imaginativos de su mentor.

—¡Por supuesto que tengo un plan, tengo **el plan!** —se ufanó Bartolomé—. ¡Un plan para que mi bólide se convierta en heroína, se gane el corazón de su amado y me firmen la libreta cuanto antes!

Una vez que terminaron de discutir los detalles de la maniobra que se llevaría a cabo el lunes siguiente, Justina abrió la puerta del escritorio para despedir a Albertito e hizo pasar a Rama, que también había sido citado por Barto. El chico permaneció de pie, como siempre debían hacerlo todos pero esta vez Barto lo invitó a sentarse, y viendo la cara de perversa satisfacción de Justina, de pie, detrás de Barto. Rama comprendió que finalmente patrón y ama de llaves habían despertado de su aparente letargo.

—¿Están contentos con el show cito, Ramitis? —comenzó Barto con su sonrisa más falsa.

—Sí, estuvo muy bueno —respondió Rama con sumisión, ante el inminente contraataque de don Barto.

—¡Y el lunes empiezan las clases en el Rockland, che! ¡Quién los ha visto y quién los ve! —dijo con una mirada siniestra, a la que se sumó Justina.

Rama no contestó; comprendió que luego de dejarlos soñar durante algunos días, finalmente Barto iba a demostrar quién mandaba allí.

Quiero invitarte a conocer... La vida que imaginé...

Cielo despertó con estas palabras sonando en su cabeza, y enseguida supo que debía escribir una canción. Ella sostenía que sus mejores canciones le habían sido dictadas en sueños. Cuando de crear se trataba, estaba convencida de que los artistas eran simplemente instrumentos de algo superior. Sólo había que estar abiertos.

Manoteó el cuadernito que tenía sobre la mesa de luz y anotó esas frases, confiando en que la canción seguiría surgiendo a través de ella. Saltó de la cama con alegría; cada despertar para Cielo era como un debut, un día nuevito y a estrenar. Casi como una rutina, se asomó a la ventana, tal vez don Indi anduviera cerca de su balcón.

Y allí estaba. Pero llorando. Desgarrado, llorando como un nene, como jamás lo había visto.

Donde no existe el dolor... Y cdbe un río de amor...

Se cambió lo más rápido que pudo, se lavó la cara y se cepilló los dientes. Mientras corría hacia el loft, Justina le gritó que tenía que hacerle el desayuno a los roñosos.

—¡Hágalo usted! —gritó Cielo y siguió de largo.

Golpeó la puerta, urgida; su corazón se agitaba, don Indi estaba sufriendo y ella sentía que tenía que estar ahí para él. Le abrió Mogli; tenía una sonrisa forzada, congelada en el rostro, pero sus ojos estaban inyectados en lágrimas. Detrás, estaba Cristóbal, feliz, leyendo una carta, y junto a él estaba

Nico, sirviendo chocolatada caliente, con la misma sonrisa forzada en el rostro, y los ojos rojos inyectados en lágrimas Cielo estaba desconcertada, algo pasaba pero no allí.

—¡Llegó carta de mamá, Cielo! —exclamó feliz Cristóbal.

—¡Qué bueno! —dijo Cielo, cuestionándose por qué no se había preguntado antes por la madre que Cristóbal que. sin dudarlo, debería tener una.

—¿Te leo? —dijo Cristóbal.

—Toma la leche que ya es tarde, tenes que ir al colé —lo apuró Nicolás.

—¡Léeme mientras tomo la leche! Desde ahí, el resto ya lo leí! —le pidió a Cielo.

Cielo miró a Nico, sabía que algo pasaba, pero no lograba adivinar qué. Tomó la carta, y mientras Cristóbal apuraba la chocolatada y las tostadas, la leyó en voz alta, con cierta dificultad, aunque había avanzado bastante en sus clases particulares con Nico.

No hay mejor remedio para mí que saber que creces feliz y contento junto a tu papá y el tío Mogli. La vida a veces es caprichosa y un poco cruel, y quiso esta vez que vos y yo tengamos que estar separados, pero quiero que sepas que siempre te llevo en mi corazón. Sos mi alegría más grande, y mi mayor ilusión. Cuídate mucho, y hacele caso a tu papá. Te quiero mucho más que mucho. Mamá.

Cielo terminó la carta; las palabras amorosas de la mamá de Cristóbal la conmovieron, y pensó que lo mismo le pasaba a Nico, ya que tenía sus ojos inyectados en lágrimas. «Estará muy enamorado de ella todavía», pensó Cielo.

—Está re contenta, para mí que ya se está curando —dijo ilusionado Cristóbal.

—¡Tiempo! —gritó Nicolás—. ¡Al colegio, vamos,! ¡Mogli, llévalo!

—¡Tristobola agarra muchila!

—Chau, pa, te quiero. Chau, Cielo, te quiero.

—Te amo, hijo —dijo Nico, y Cielo percibió que la garganta se le había cerrado en un nudo.

—Chau, bombonino te quiero mucho —dijo Cielo.

—Micola *necesita* mucho mucho a Diusa —le dijo Mogli a Cielo en un susurro, y salió con Cristóbal, con la misma expresión dura con la cual la había recibido.

Apenas cerraron la puerta, Nicolás se desarmó y se largó a llorar con una congoja que estremeció a Cielo.

—¡Don Indi! ¿Qué pasa?

Nico no podía hablar, cuando ella se acercó, sólo pudo

[abrazarla, y, aferrándose a ella, desgarrado, lloró, como un nene.

Si me ayudas a aprender a mirar... Yo te prometo enseñarte a soñar...

—Don Indi, por favor, dígame qué le pasa.

—Estoy aterrado, Cielo —dijo él, por fin.

—¿Qué pasó?

—La mamá de Cristóbal... —comenzó a decir, y volvió a :>rar.

Ella le buscó un vaso con agua, lo obligó a beber y a serenarse. Y Nico empezó a hablar; con una tristeza contagiosa

- :ontó todo, toda la verdad que no le había confesado a

- iie Le contó cómo esa mujer los había abandonado a su j y a él, que Cristóbal no era su hijo biológico. Le habló :- dolor crónico que tenía su hijo por ese abandono, y de

mentira con la que se lo había aliviado. La puso al tanto áe la falsa enfermedad y de las cartas falsas con las que man-;a viva la ilusión de Cristóbal. Ella sólo lo escuchó, absorta, sin juzgarlo. —Es una muy mala persona, Cielo —dijo Nico justificándose más ante sí mismo que ante ella—. Hace un tiempo .: creció, me llamó, estaba desesperada y necesitaba dinero. pidió plata para no contarle la verdad a su propio hijo! —¡Pedazo de turra! —dijo Cielo sin filtro, pero no se atrea preguntar si se lo había dado o no.

—Te amo, hijo —dijo Nico, y Cielo percibió que la garganta se le había cerrado en un nudo.

—Chau, bombonino, te quiero mucho —dijo Cielo.

—Micola *necesita* mucho mucho a Diusa —le dijo Mogli a Cielo en un susurro, y salió con Cristóbal, con la misma expresión dura con la cual la había recibido.

Apenas cerraron la puerta, Nicolás se desarmó y se largó a Dorar con una congoja que estremeció a Cielo.

—¡Don Indi! ¿Qué pasa?

Nico no podía hablar, cuando ella se acercó, sólo pudo abrazarla, y, aferrándose a ella, desgarrado, lloró, como un nene.

Si me ayudas a aprender a mirar... Yo te prometo enseñarte a soñar...

—Don Indi, por favor, dígame qué le pasa.

—Estoy aterrado, Cielo —dijo él, por fin.

—¿Qué pasó?

—La mamá de Cristóbal... —comenzó a decir, y volvió a orar.

Ella le buscó un vaso con agua, lo obligó a beber y a serenarse. Y Nico empezó a hablar; con una tristeza contagiosa. Le contó todo, toda la verdad que no le había confesado a nadie. Le contó cómo esa mujer los había abandonado a su hijo y a él, que Cristóbal no era su hijo biológico. Le habló del dolor crónico que tenía su hijo por ese abandono, y de la mentira con la que se lo había aliviado. Le puso al tanto de la falsa enfermedad y de las cartas falsas con las que mantenía viva la ilusión de Cristóbal.

Ella sólo lo escuchó, absorta, sin juzgarlo.

—Es una muy mala persona, Cielo —dijo Nico justificándose más ante sí mismo que ante ella —. Hace un tiempo le pareció, me llamó, estaba desesperada y necesitaba dinero. Me pidió plata para no contarle la verdad a su propio hijo!

—¡Pedazo de turra! —dijo Cielo sin filtro, pero no se atrevió a preguntar si se lo había dado o no.

—Ahora volvió a aparecer.

—¿Quiere más plata? —preguntó Cielo ya en actitud guerrera.

Nico negó con la cabeza, y volvió a angustiarse.

—Me dijo que tiene una enfermedad genética muy grave. Se ve que la mentira se hizo realidad. La están tratando pero no sabe si van a poder curarla.

Cielo no le deseaba la muerte a nadie, pero la enfermedad de semejante yegua no ameritaba tanta angustia de su don Indi, algo más pasaba. Y él finalmente se lo dijo.

—La enfermedad es hereditaria... y Cristóbal puede haberla heredado —se desahogó finalmente Nico, y su llanto ya no tuvo fin.

Ella lo abrazó con mucha fuerza, intentando que su abrazo contuviera todo su amor, toda su ternura y compasión.

Para Cielo era muy simple saber cuándo amaba a alguien: cuando la hacía feliz la felicidad del otro o cuando la entristecía la tristeza del otro, eso era amor.

Quisiera mostrarte el corazón que buscas...

Vení conmigo.

—Venga conmigo —dijo de pronto, tomándole la mano. —¿A dónde? —Confíe en mí.

Lo tomó de la mano, él se dejó llevar por ella y salieron del loft.

Nico se extrañó cuando llegaron a un gran galpón que de afuera parecía abandonado pero, al entrar, vio que era un lugar cálido, de techos muy altos, lleno de arneses, telas y sogas colgadas del techo.

—¿Qué es esto?

—Éste es mi lugar, Indi. Aquí es donde entrenaba los vuelos para mi show.

—¿Y qué hacemos acá?

—Usted necesita despejar mucho su cabeza, ¿sabe? Y volar es como encontrarse con uno mismo, es como si... el alma y el cuerpo se encontraran en un instante... Le va a encantar.

Quiero invitarte a respirar un aire de libertad.

—Me encanta la idea, Cielo... pero no puedo dejar de pensar en Cristóbal...

—Tráigalo con usted —dijo Cielo mientras se dirigía hacia la soga de la que colgaba un arnés, y tendió su mano, invitándolo a acercarse.

Quisiera mostrarte lo que quiero decir...

Vení conmigo.

Cielo le colocó el arnés a Nico, y con la ayuda de Ger-

mán, el entrenador de vuelos, lo subieron unos diez metros por encima del piso. Luego Germán subió a Cielo, que ya se había colocado su propio arnés, y salió dejándolos solos. Gelo empezó a balancearse, enseñándole a Nico cómo hacerj: . y comenzaron a volar, girando, alejándose y acercándose.

—¡Sienta el viento en la cara, Indi! —dijo ella mientras cá iba experimentando la mágica sensación de volar. I En un cruce ella lo tomó de una mano y sus sogas empel zaron a entrelazarse, mientras ellos giraban tomados de las

inos, a varios metros de altura. Estaban muy cerca, él la zró a los ojos con infinito amor.

Para vos, este amor... Si me das un mundo mejor, todos mis sueños te doy...

Apenas se mecían en el aire, entrelazados, mirándose a ms ojos. Él tomó aire para decirle algo, y ella apoyó un dedo c ios labios de él.

—No diga nada, Indi, no hace falta...

—Pero yo te lo quiero decir —dijo él, enamorado—. Te amo.

—Te amo con locura, mi amor —se atrevió a reconocer finalmente Cielo—. Con cada centímetro de mi piel.

Para vos, este amor, y yo escribo en tu corazón la letra de esta canción, nuestra canción.

Nicolás acercó su boca a la de Cielo, cerró sus ojos y se dejó llevar por ese beso tan ansiado. Ella se extravió en su boca, y meciéndose suavemente en el aire, perdieron por completo la noción del tiempo y del espacio.

El lunes siguiente el cielo amaneció teñido de una densa oscuridad, enormes nubarrones negros lo cubrían por completo. Podía olerse en el aire, cargado de humedad, **la tormenta inminente**. Todos en la mansión amanecieron muy temprano, y por el nerviosismo y las corridas parecía el primer día de clases, aunque estaban en la mitad del ciclo lectivo. El único que no empezaría las clases ese día era Monito, porque no habían tenido tiempo de anotarlo por su reciente llegada, pero lo harían cuanto antes. Él miraba a todos correr de un lado para el otro, mientras comía sin parar vainillas mojadas en leche.

El fin de semana había transcurrido entre la constante evocación de los minutos gloriosos que había durado el festival, las clases intensivas que Nico les dio a todos para poder pasar con holgura los exámenes de nivelación, y el sonido incesante de la máquina de coser con la que Cielo arregló los uniformes para los chicos. Thiago donó todos los uniformes que ya no usaba, y lo mismo hicieron Tefi y Nacho, anunciándolo a viva voz. Además Cielo se ocupó de los útiles: forró cada cuaderno y carpeta comprados para los chicos, sacó punta a los lápices y llenó de caramelos las cartucheras.

Nicolás estaba un poco más entero, se había sobrepuesto. A partir de la sospecha de que Cristóbal pudiera estar enfermo, sacó turno para hacerle los estudios cuanto antes. En medio de las corridas, se las ingeniaba para interceptar a Cielo en algún recoveco de la casa y darle unos besos furtivos, a los que ella se entregaba, pero rápidamente interrumpía los mimos, pues le daba espanto la idea de ser descubiertos. Nicolás aún era el novio oficial de Malvina, aunque

se trataba más de una formalidad, pues la relación se había enfriado por completo. Nico le dijo que al día siguiente hablaría con ella para terminar su relación.

—No quiero que me cuente, Indi. Que usted me diga que quiere estar conmigo me da una alegría que me hace sentir mal.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta alegrarme de algo que va a hacer sufrir a la doñita Malvina.

Nicolás bastante tenía que lidiar con su propia culpa, pero entendía que era lo mejor para todos. Cielo le dijo que él hiciera lo que sentía, y luego, con el tiempo, verían qué hacían con su *cosa*.

Entre los chicos se extendía una mezcla de alegría y nerviosismo; todos estaban entusiasmados con la idea de empezar el colegio, pero los angustiaba un poco ir a uno repleto de chetos que, sin duda, los mirarían como a bichos raros. A Cielo le llamó mucho la atención que Rama estuviera tan apagado, casi amargado; él siempre había sido el más interesado en estudiar, y Cielo esperaba que estuviera exultante, sin embargo se lo veía angustiado.

—¿Estás bien, Rama? —indagó Cielo.

—Un poco cansado —respondió él, alejándose. Cielo hubiera jurado que se alejó para que ella no lo viera llorar.

Aquel lunes, por la mañana bien temprano, todo era nerviosismo y gritos en la mansión. Los chicos se ducharon y se vistieron con sus flamantes uniformes. Encontrarse a desayunar vestidos de esa forma les dio a todos un ataque de risa. Una risa que escondía una gran emoción. El único que seguía sin participar de la fiesta era Rama.

Cuando estaban por salir rumbo al colegio, Bartolomé los retuvo con un discurso que se extendió durante varios minutos. Repasó la historia de la Fundación BB, desde sus comienzos hasta ese día, y celebró el logro, agradeciendo tanto a Nico como a su hijo por esta oportunidad para sus

purretes. Volvió a omitir a Cielo en los agradecimientos, aun cuando Nico se lo hizo notar. Les pidió a los chicos que se comportaran como era debido y que ennoblecieran el buen nombre de la Fundación BB. Mientras los despedía a todos con lágrimas en los ojos, su doble plan ya estaba en marcha.

Nicolás no pudo hacer desistir a Malvina de su deseo de ir a buscar a los chiquitos a la salida de su primer día de clases. Cristóbal, junto con Lleca y Alelí, estaban en el edificio anexo del Rockland, a dos cuadras de la mansión. Nicolás asistió en que no se preocupara, que Mogli se encargaría de eso, mientras ellos podrían, finalmente, tener esa charla que tanto habían postergado. Por supuesto Malvina sabía que quería dejarla y por esa razón postergó el encuentro.

—Tengo adoración por esos mocosos —dijo Malvina, y sonó

invincente—. *Cristis* es como un hijo para mí. Y Ayelencita

es el otro rubiecito de la Fundación, nada, tipo que los vi

quiero con locura... Y el nuevito, Monky, he is so

cute. Please ¡déjame que los vaya a buscar a la salida del colé!

Nico no encontró argumentos para impedirselo, y en

Tibio le aclaró que Ayelencita era Alelí; el rubiecito, Lleca,

pero Monky aún no había empezado las clases.

—¡Obviously! —dijo Malvina, y partió hacia el anexo de

educación primaria.

Los tres niños se sorprendieron al verla parada entre los árboles a la salida del colegio, y mucho más se sorprendie-

- cuando Malvina tomó a Lleca y Alelí de las manos. Ya se iban alejando del anexo, y estaban por cruzar una calle, cuando de pronto apareció un auto que se detuvo con una brusca frenada frente a ellos. La puerta trasera de éste se abrió y un hombre encapuchado asomó desde el interior; en un rápido movimiento manoteó a Cristóbal y lo metió dentro del vehículo, que arrancó velozmente sin darles tiempo a reaccionar. Nadie lo vio, pero quien secuestró a Cristóbal era Albertito Paulaso, y quien conducía el vehículo era Andrea, su novia.

purretes. Volvió a omitir a Cielo en los agradecimientos, aun cuando Nico se lo hizo notar. Les pidió a los chicos que se comportaran como era debido y que ennoblecieran el buen nombre de la Fundación BB. Mientras los despedía a todos con lágrimas en los ojos, su doble plan ya estaba en marcha.

Nicolás no pudo hacer desistir a Malvina de su deseo de ir a buscar a los chiquitos a la salida de su primer día de clases. Cristóbal, junto con Lleca y Alelí, estaban en el edificio anexo del Rockland a dos cuadras de la mansión. Nicolás insistió en que no se preocupara, que Mogli se encargaría de eso, mientras ellos podrían, finalmente, tener esa charla que tanto habían postergado. Por supuesto Malvina sabía que quería dejarla y por esa razón postergó el encuentro.

—Tengo adoración por esos mocosos —dijo Malvina, y sonó convincente—. *Cristis* es como un hijo para mí. Y Ayelencita y... El otro rubiecito de la Fundación, nada, tipo que los vi nacer, los quiero con locura... Y el nuevito, Monkey, he is so nice. Please, ¡déjame que los vaya a buscar a la salida del colé!

Nico no encontró argumentos para impedirselo, y en cambio le aclaró que Ayelencita era Alelí; el rubiecito, Lleca, y que Monkey aún no había empezado las clases.

—¡ Obviously! —dijo Malvina, y partió hacia el anexo de educación primaria.

Los tres niños se sorprendieron al verla parada entre los padres a la salida del colegio, y mucho más se sorprendieron cuando Malvina tomó a Lleca y Alelí de las manos. Ya se habían alejado del anexo, y estaban por cruzar una calle, cuando de pronto apareció un auto que se detuvo con una frenada brusca frente a ellos. La puerta trasera de éste se abrió y un hombre encapuchado asomó desde el interior; en un rápido movimiento manoteó a Cristóbal y lo metió dentro del vehículo, que arrancó velozmente sin darles tiempo ni a reaccionar. Nadie lo vio, pero quien secuestró a Cristóbal era Albertito Paulaso, y quien conducía el vehículo era Sandra, su novia.

Malvina reaccionó actuando según lo previsto.

—¡Secuestraron a *Cristiancitol* —exclamó—. ¡Vayar. avisarle a Nicky, go, corran, ¡go, go —gritó empujando Lleca y Alelí, que aturdidos y angustiados salieron corriendo hacia la mansión, mientras Malvina corría, «desesperada», I detrás del vehículo. *

Nico estaba siguiendo a Cielo mientras ella regaba Implantas en el frente de la mansión. Más allá, Justina desmalezaba, mientras aguardaba. Nicolás quería convencer a Cielo de ir a comer esa misma noche y ella se negaba, arguyendo que aun cuando dejara a Malvina, esa noche sería demasiado pronto y la pobre desgraciada estaría llorando a lágrima viva; sin embargo le aseguró que contaba con ell? i para acompañarlo en todo lo que tuviera que ver con la salí de Cristóbal.

En ese momento llegaron Lleca y Alelí y, consternados, informaron a Nicolás de lo que había ocurrido. Nico tardó unos segundos en reaccionar; que alguien hubiera secuestrado a su hijo era un sinsentido. Aún sin terminar de comprender realmente lo que pasaba, salió corriendo guiado por Lleca hacia la esquina donde todo había ocurrido.

Cielo se apresuró a cerrar la canilla y salir tras él, cuando empezó a oírse una estridente alarma contra incendios, e intempestivamente, las puertas del Rockland se abrieron. En medio de un espeso, abundante y oscuro humo, cientos de chicos empezaron a evacuar el edificio. Cielo olvidó su intención de ir tras Nico al comprender que había habido un incendio en el colegio, y no volvió a respirar hasta no ver a todos sus chicos sanos y salvos.

—¿Qué pasó? —preguntó desesperada, mientras los chicos recuperaban el aire, tosiendo—. ¿Qué pasó?

Y comprendió que algo grave, además del incendio, había ocurrido, cuando vio que todos miraban con cierto recelo a Rama, quien finalmente comenzó a llorar, impotente y suplicando perdón.

Por supuesto, al llegar a la esquina donde habían secuestrado a Cristóbal, allí no estaban ni su hijo ni Malvina, ni ningún policía al que recurrir. Nicolás estaba desesperado, y sacudió con fuerza a Lleca para que le dijera hacia dónde se habían ido. En ese momento llegó Mogli, al que Nico había llamado mientras corría hacia esa esquina. Aunque su olfato parecía desorientarse en la ciudad, Mogli tenía una extraordinaria capacidad, casi animal, para rastrear.

No quiso llamar a la policía suponiendo que eso podría entorpecer la negociación con los secuestradores. Se preguntaban quién y por qué habrían hecho eso. ¿Tal vez había sido Carla? ¿Toda la historia de la enfermedad era un perverso juego para volver a sacarle dinero? ¿O quizá se trataba de Marcos Ibarlucía? Si bien no lo conocían, Nico había frustrado varios atracos al traficante, era la única persona en el mundo que podría tener algún tipo de resentimiento con él. Sin embargo no podía entender por qué querría secuestrar a su hijo. La otra posibilidad era un simple secuestro extorsivo, pero la situación económica de los Bauer, si bien era holgada, no justificaba una acción como ésa.

Una llamada fuera de todo cálculo puso fin al desasosiego de Nico y Mogli.

—¡Nicky, soy Malv! —gritó Malvina, agitada.

—¿Malvina, dónde estás?

—¡Seguí a los secuestradores, Nicky! Fue horrible, horrible. De pronto se lo llevaron, ¿entendés? ¡Se llevaron a mi *Cristiancito* Yo me dije, ¡¿quién en el mundo puede querer hacerle mal a ese solcito?!

—Malvina, ¿dónde estás? —interrumpió urgido Nico.

—¡Y corrí! —continuó **Malvina heroica**, con su dis-

curso bien estudiado—. Corrí, aunque tenía tacos, ¿you know? A las dos cuadras se me rompieron, pero por suerte, justo pasaba un taxista, en su taxi, obvio, y me subí, y le dije «¡Siga a esos secuestradores!». El taxista fue muy valiente, y los siguió, pero Albertito manejaba muy rápido.

—¿Albertito? —preguntó Nicolás.

Malvina se taró; en ocasiones como ésa, cuando no sabía cómo resolver alguna metida de pata, se quedaba en blanco.

-¿Eh?

—Albertito. Dijiste «Albertito manejaba muy rápido». ¿Vos conoces al secuestrador?

—No, no, ¡para nada! —dijo finalmente Malvina—. Fue una forma de decir, como quien dice Cariños, o Emilianito...

—Malvina, por favor, ¡decime dónde estás! —interrumpió Nico desesperado, y ella finalmente le dio la dirección.

Pocos minutos después, Nico y Mogli llegaron al lugar que les había indicado Malvina, pero ella no estaba allí. Detrás de ellos llegó Lleca, ignorando la orden de Nico de volver a la Fundación. Nico llamó a Malvina, que tardó en responder.

—¿Dónde estás, Malvina?

—Estoy en la casucha espantosa donde tienen secuestrado a *Cristiancito* —contestó ella, susurrando.

—¡Te dije que no hicieras nada! —gritó exasperado Nicolás.

—¡No podía quedarme de brazos cruzados mientras alguien tiene secuestrado y con los ojos vendados a mi hijito del corazón! —declamó Malvina con hipocresía.

—¿Cuál es la casa? —preguntó Nico, mientras Mogli miraba en todas las direcciones, olisqueando, tratando de encontrar el rastro de Cristóbal.

—Es una casucha horrible, gordo —susurró Malvina. En ese momento estaba frente a Albertito Paulazo, que la miraba.

Permanecían en un descampado junto a una casa aban-

donada, en el interior de la cual estaba Cristóbal, atado, amordazado y con los ojos vendados. A un gesto de Malvina, Albertito empezó a gritar y hacer ruido, y Malvina comenzó a hacer lo propio, fingiendo un altercado. Nico, desesperado, oía los gritos mientras Mogli, como un perro de caza, indicó una dirección.

Malvina cortó la comunicación, y Albertito y su novia huyeron, tal como lo habían planeado. Y Malvina, creyendo de verdad su papel de heroína, irrumpió en la casa y liberó a Cristóbal, que estaba realmente asustado; y mientras le quitaba la venda de los ojos y la mordaza, exclamó:

—*Cristiancito*, hiji querido, hijito del corazón, ¿estás bien?

—¡Malvina! —exclamó el niño, aterrado, y al ver un rostro conocido, con un gran alivio se aferró a ella apenas lo desató, llorando y con la respiración agitada; se le estaba desatando una crisis asmática.

Al rato llegaron Nico y Mogli, siempre seguidos por Lleca. Nico corrió a abrazar a Cristóbal, que no paraba de llorar. Mogli vio a Malvina con el pequeño, y con un amor espontáneo corrió hacia ella y la abrazó, gritándole su agradecimiento en su extraña lengua. Pero Malvina estaba tan extasiada en su rol de heroína que decidió ir por más.

—¡Esas bestias se fueron para allá! —gritó cual Juana de Arco, y salió corriendo.

Nico atinó a frenarla, pero Malvina ya había salido corriendo hacia la calle. Más allá, Albertito y su novia se subían al auto y la vieron, azorados, persiguiéndolos. Malvina corrió tras la pareja, que huyó velozmente. Era toda indignación, el personaje se había apoderado de ella por completo. Nico fue detrás y le gritó que los dejara ir, pero ella respondió con un grito.

—¡Nadie secuestra a mi hijito del corazón! —y cruzó ítempestiva la calle, sin ver que un enorme camión de carga avanzaba a toda velocidad en sentido contrario.

El sonido del freno neumático del camión se fundió con el grito que profirió Nicolás, y con el ruido de las fracturas múltiples de los huesos de Malvina.

Hasta que Nico no le confirmó a Cielo que Cristóbal *estaba* a saivo, *ella* no pudo concentrarse en otra cosa. Apenas cortó con él, luego de obligarlo a hacerle escuchar la voz de Cristóbal para tranquilizarla, ella giró y pudo ocuparse de lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Allí todo era caos. En la sala estaban Mar, Tacho, Jazmín y Rama, discutiendo con Thiago, quien furioso acusaba a Rama de ser el culpable de lo que había ocurrido. Extremadamente acongojado, Rama no se defendía. Mar, Tacho y Jazmín no entendían qué había ocurrido, pero lo suponían. Alelí y Monito miraban todo con desconcierto, y Justina aprovechaba para descargar su furia sobre los chicos, mientras les hacía beber leche pura por una eventual intoxicación con humo del incendio. Monito extendió su vaso para recibir su ración de leche.

—¡Rrenacuajos, insurrectos, desagradecidos! —gritaba en su salsa.

La puerta del escritorio se abrió, y de éste salió el director del Rockland, indignado. Detrás venía Bartolomé, simulando decepción y frustración. Mientras habían estado hablando a solas, Bartolomé le había dicho que entendía perfectamente sus razones, y que él mismo retiraba a los chicos del Rockland luego del lamentable incidente en el cual uno de ellos había provocado un incendio intencional. Pero una vez en la sala y delante de todos, Barto fingió un último esfuerzo por conmover al director.

—Por favor, López Echagüe, le pido que lo reconsidere. Mis purretitos no pueden quedarse sin esta oportunidad, ¡no *pueden* pagar **justos por pecadores!** —dijo mirando a Rama.

—Bedoya... —comenzó el director.

—Agüero —agregó Barto.

—Bastante arriesgada fue mi decisión de tomar a sus tutelados en el Rockland. Eso inquietó mucho a las familias de los alumnos. Después de este incidente, van a retirar a sus hijos en masa. ¡La decisión está tomada! —sentenció el director.

—¡No los puede echar a todos! —protestó con bronca ~ iago—. Eche a Ramiro, ¡él fue el que provocó el incendio!

> puede echar a todos por lo que hizo este imbécil!

Rama bajó la cabeza, y Mar se enojó con los dichos de Thiago, pero no dijo nada. Cielo observaba la situación sin intervenir vio la angustia con la que Rama soportaba todos los ataques, sin defenderse. El director del colegio se mostró inflexible. Ninguno de los chicos de la Fundación podría seguir asistiendo al Rockland. Thiago, furioso, insultó a Raima, con tanta violencia que Tacho saltó a defender a su amigo, y casi terminan peleándose. Bartolomé los puso en caja ron tres gritos, y despidió al director, fingiendo resignación ante su fallo.

—Sí, en cambio, pueden seguir asistiendo los más pequeños a la primaria —dijo el director antes de retirarse. Rama sonrió algo aliviado, por lo menos Alelí podría seguir yendo al colegio.

—Por mí no se preocupen —acotó Monito, que no tenía ninguna intención de ir al colegio.

—¡De ninguna manera! —bramó Bartolomé, sorprendiente a todos—. ¡0 van todos o no va ninguno!

—¿Por qué no deja que los chiquitos sigan yendo? —atinó \ protestar Mar.

—Usted se calla, ¡insolente! —gruñó Justina.

Ahora el inflexible era Bartolomé. Rechazó la propuesta leí director y lo despidió, dando por terminado el asunto uego miró con desprecio a los chicos, sobre todo a Rama.

—Ahí tenes, Thiaguito, margaritas a los chanchos.

—No diga eso —intervino por primera vez Cielo.

—Vos no te metas en esto —la fulminó Bartolomé, y

siguió con los chicos—. Mi hijo les consigue una oportunidad única, una beca en el Rockland Dayshool, ¡y ustedes la arruinan el primer día de clases! Castigados hasta nuevo aviso, van a tener que reflexionar mucho sobre lo que han hecho.

Cielo entró en la habitación donde estaban Mar, Rama, Jazmín y Tacho, que se callaron de inmediato al verla. Ella fue directo a Rama, estaba muy decepcionada.

—¿Por qué lo hiciste, Rama?

—Fue un accidente —dijo Mar.

—¿Por qué lo hiciste? —repitió Cielo, enojada. Era la primera vez que los chicos la veían así.

Por detrás de Cielo asomó Justina. Sólo Rama y los chicos la vieron, estaba allí para asegurarse de que Rama siguiera a pies juntillas el plan.

—Los Chetos me bardearon —mintió él—. Se burlaron de mí, dijeron que éramos unos villeros. Me enojé y les prendí fuego a los útiles; se prendió una cortina, y... bueno... el resto ya lo conoces.

Cielo se mantuvo en silencio y se retiró. A Rama esa actitud le dolió más que cualquier palabra que pudiera haberle dicho. Una vez solos, se largó a llorar. Tacho lo palmeó y Mar propuso:

—A Cielo tenes que decirle la verdad, perno.

—No. No podemos —dijo Rama.

—Sí, Cielo lo tiene que saber —insistió Jazmín.

—No —concluyó Rama.

En verdad no podían decirle a Cielo que Rama había sido obligado por Bartolomé a provocar ese incendio con el fin de que los expulsaran el primer día. Rama había intentado negarse, pero Bartolomé sabía cómo amenazarlo: le había asegurado que, si no lograba hacerse expulsar del Rockland, él lo mandaría al Escorial, separándolo de Alelí, quien quedaría bajo su tutela, expuesta a una vida aún más miserable que la que llevaban. Bartolomé conocía perfectamente

siguió con los chicos—. Mi hijo les consigue una oportunidad única, una beca en el Rockland Dayshool, ¡y ustedes arruinan el primer día de clases! Castigados hasta nuevo aviso, van a tener que reflexionar mucho sobre lo que ha hecho.

Cielo entró en la habitación donde estaban Mar, Ran Jazmín y Tacho, que se callaron de inmediato al verla. Ella fue directo a Rama, estaba muy decepcionada. —¿Por qué lo hiciste, Rama? —Fue un accidente —dijo Mar.

—¿Por qué lo hiciste? —repitió Cielo, enojada. Era la primera vez que los chicos la veían así.

Por detrás de Cielo asomó Justina. Sólo Rama y los chicos la vieron, estaba allí para asegurarse de que Rama siguiera a pies juntillas el plan.

—Los chetos me bardearon —mintió él—. Se burlaron de mí, dijeron que éramos unos villeros. Me enojé y les prendí fuego a los útiles; se prendió una cortina, y... bueno... e. resto ya lo conoces.

Cielo se mantuvo en silencio y se retiró. A Rama esa actitud le dolió más que cualquier palabra que pudiera haberle dicho. Una vez solos, se largó a llorar. Tacho lo palmeó y Mar propuso:

—A Cielo tenes que decirle la verdad, perno. —No. No podemos —dijo Rama. —Sí, Cielo lo tiene que saber —insistió Jazmín. —No —concluyó Rama.

En verdad no podían decirle a Cielo que Rama había sido obligado por Bartolomé a provocar ese incendio con el fin de que los expulsaran el primer día. Rama había intentado negarse, pero Bartolomé sabía cómo amenazarlo: le había asegurado que, si no lograba hacerse expulsar del Rockland, él lo mandaría al Escorial, separándolo de Alelí, quien quedaría bajo su tutela, expuesta a una vida aún más miserable que la que llevaban. Bartolomé conocía perfectamente

dónde atacar. Tal vez Rama había podido soñar durante un tiempo que sus vidas podían modificarse positivamente, pero el sueño había terminado.

Esa noche, cuando Nico volvió a la mansión, desolado por el sombrío pronóstico de Malvina y apenas recuperado del susto por el secuestro de Cristóbal, lo primero que hizo fue ir a buscar a Cielo. Ella le contó lo ocurrido con los chicos, y él se ensombreció tanto como ella. Nico le contó que Malvina tenía múltiples fracturas en todo su cuerpo y que estaba muy grave.

—Perdóname, Cielo... pero ahora tengo que acompañarla.

—Por supuesto, Indi —dijo ella acallando su dolor.

—Ese beso en el aire fue lo más hermoso que me pasó en la vida... pero Malvina...

—Entiendo perfectamente, Indi. Vaya con la doñita.

Nicolás le acarició la mejilla, y se alejó. Cielo lloró con profunda tristeza, y la tormenta que había amenazado todo el día se desató, estruendosa, y no cesó durante toda la semana.

Tras un breve y fugaz momento de felicidad, las cosas habían vuelto a ser más lúgubres que antes para los chicos de la Fundación. Cielo seguía ocupándose de cocinarles y de tener su ropa limpia, pero ya no les sonreía como antes, y toda su alegría y entusiasmo se habían apagado, sobre todo con Rama.

Thiago se había distanciado de ellos porque lo habían defendido. Se había peleado sobre todo con Mar, el día en que le cuestionó cómo podía defender al imbécil que les había arruinado la única posibilidad de salir adelante que habían tenido en su vida. Mar se enfureció con él, y harta de la impotencia de no poder decirle lo que en verdad había ocurrido, estalló.

—Rama no tuvo nada que ver, ¡acá el culpable de todo es la basura de tu viejo!

Obviamente Thiago pidió explicaciones, y fueron Tacho y Jazmín los que evitaron que Mar se explayara; dar ese paso sería letal para todos ellos. Esa discusión alejó aún más a Thiago de los chicos. Para Mar, Thiago fue un asunto terminado cuando lo vio aparecer de la mano de Tefi. Finalmente la delgada y chillona había logrado su objetivo, y estaban de novios.

Ya sin las clases de Nico, ni las de baile de Cielo, la vida de los chicos se había vuelto más sombría que antes, y ahora eran obligados a trabajar y robar día y noche, sin ningún tipo de escrúpulos.

Los únicos que lucían radiantes y descorchando champagne eran Justina y Bartolomé. Las cosas habían vuelto a sus carriles. Sólo un detalle tenía un poco mal a Bartolomé: la salud de su hermana. Al principio creyó que el accidente de Malvina era parte del acting, pero cuando comprobó que

estaba al borde de la muerte, se angustió de verdad. Cuando ya estuvo fuera de peligro, se animó pensando que en algún tiempo sus huesitos soldarían y Bauer, que le debía la vida de su hijo, se casaría de inmediato con ella. Sus planes habían tenido un resultado inmejorable.

Rama estaba desahuciado. Esta vez sabía que ni él ni su hermana tendrían la posibilidad de salir adelante. Entonces habló con Tacho, Jazmín y Marianella para proponerles **una solución desesperada**. Desde que habían empezado a trabajar para Bartolomé, éste les aseguraba que un pequeño porcentaje de lo recaudado era depositado en una caja de ahorro que cada chico tenía a su nombre. Era un pequeño ahorro que tenían para su futuro. Rama pensaba que, si tenían una chance de mejorar sus vidas, era lejos de la Fundación; entonces les propuso hacerse de sus ahorros para poder huir. A Tacho no le faltaban ganas, pero entendía que sería difícil obligar a Bartolomé a que se los entregara. Rama sabía que eso sería imposible, pero estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo: ya que estaban obligados a robar, le robarían a su explotador. Pero por su curiosa naturaleza justa, Rama no quería robar un peso más de lo que les correspondía, por eso quería saber exactamente cuánto dinero tenía cada uno en su caja de ahorros. En cambio, Jazmín opinaba que debían robarle todo lo que pudieran y huir. Marianella sabía por experiencia propia que huir sólo llevaba hacia un nuevo lugar del que, tarde o temprano, también tendrían que escaparse. Sin embargo, todos estuvieron de acuerdo con la idea de acabar con aquella opresión.

Una noche, mientras Barto se ocupaba de darle la papilla a Malvina, Rama y Tacho se escabulleron en el escritorio para revisar los libros contables de Bartolomé. Sabían que él tenía un gran libraco en el que cada día anotaba el porcentaje que correspondía a cada chico. También les había mostrado el libro donde asentaba cada movimiento bancario, con su interés correspondiente.

Sintieron que se trataba de una extraña broma cuando encontraron el enorme libro en el que lo habían visto asentar los importes cada día. No tenía más que garabatos. Cada vez que frente a sus propias narices había fingido anotar con sus comas y decimales los ahorros, lo que hacía en realidad era burlarse de ellos. Al principio se resistieron a creerlo, pero fue el propio Bartolomé quien se los confirmó, cuando entró y los sorprendió revisando sus papeles.

—¿De verdad creyeron que estaban ahorrando para su futuro? Ustedes no tienen futuro, roñosos. Ni futuro, ni pasado, ni presente. Son parias, desgraciados, que siguen vivos porque soy generoso. Agradézcan que tienen milanesas de berenjenas quemadas para comer, agradezcan el colchoncito mugroso en el que duermen, agradezcan que pueden ver la luz del sol, purretes.

—¿Dónde tenes nuestra plata? —dijo Tacho, apretando los puños.

—«¿Nuestra plata?» —repitió Bartolomé con un gesto burlón—. No hay nuestra plata, Tachito. ¿Entendés el castellano, vos? No hay plata, nunca van a tener plata.

Y Tacho entonces hizo lo que muchas veces había deseado hacer pero jamás se había atrevido. Cruzó el límite, y se tiró con todo el peso de su cuerpo contra Bartolomé. Atravesaron la puerta del escritorio y cayeron, rodando, en la sala. Rama estaba aturdido, no sabía qué debía hacer, y así los encontró Thiago. Apenas los vio, saltó a defender a su padre. Los gritos alarmaron a Cielo, que estaba en la cocina, y también a Nico, que había ido a visitar a Malvina.

De pronto, la sala se llenó de gente, Tacho estaba furioso, enceguecido, y Rama apenas podía contenerlo. Thiago estaba cada vez más indignado con ellos; ahora, además, agredían a su padre. Mar y Jazmín también acudieron cuando oyeron los gritos de Tacho y Thiago. Nico intervino cuando vio que Bartolomé, totalmente desvalido, no podía ni reaccionar.

—¡Tacho, cálmate por favor! —gritó Nico con voz firme.

—¿Qué te pasa, flaco, estás loco?! —estalló Thiago.

—No, Thiaguito, enténdelos, son chicos con un pasado

terrible, son como animalitos, pobrecitos —dijo misericordioso Bartolomé.

—No se merecen todo lo que haces por ellos. Son unos desagradecidos —insistió Thiago, indignado.

Cielo observaba cómo Tacho, al igual que Rama, Mar y Jazmín hacían un gran esfuerzo por contener su bronca. Había algo que estaba siempre latente, Cielo podía presentirlo. Como Thiago seguía agrediendo a Tacho, finalmente Mar estalló.

—¿Querés saber quién es tu viejo? Vos, que lo defendés tanto, ¿querés saber?

—¿Qué, qué vas a decir de él? —la apuró Thiago.

—¿Querés saber?

—Chicos, chicos... —intentó mediar Nicolás.

—¿Querés saber?

—¡Si tenes algo para decir, habla! —gritó Thiago.

—Dejala, Thiaguito... —dijo Barto, viendo que la situación se iba de madre—. A ver, ¿qué tenes para decir de mí, *Marita*? —dijo Barto mirándola fijo a los ojos.

Mar miró a Thiago, que la contemplaba con odio; comprendió que él jamás podría creer la verdad sobre su padre. Miró a Cielo y a Nico, ellos los querían, sin dudas, pero estaban convencidos de que eran chicos problemáticos. Miró a sus amigos, y todos le hicieron un imperceptible gesto para que callara, aún tenían mucho por perder. Finalmente Mar se contuvo y se retiró, sin decir nada.

Ante el intento de insurrección, Bartolomé consideró que tenía que dar una clara muestra de poder. Los doblegaba de inmediato o en breve tendría una rebelión en puerta; por lo tanto esa misma noche, algunos minutos después de que hubieran apagado las luces, éstas volvieron a encenderse y Bartolomé entró en la habitación de las chicas hecho una furia. Sin darle tiempo a reaccionar, agarró a Marianella del pelo y la sacó de la cama. Instintiva, Jazmín saltó a defender a su amiga, y cuando quiso empujarlo para que la sol-

tara, Bartolomé le pegó una bofetada con la mano libre. Jazmín era una adolescente sometida en la Fundación, pero la sangre gitana corría por sus venas, y enardecida se le tiro encima y le clavó sus uñas en la cara. Bartolomé, absorto soltó a Marianella y agarró a Jazmín por el cuello, y la estrelló contra el placard. Los ruidos y los gritos alarmaron a los varones, que entraron de inmediato en la habitación. Vieron la furia y la crueldad en los ojos de Bartolomé, que disparó sus advertencias como balas.

—Alguien más que se rebele, y van a saber lo que es sufrir de verdad.

Tacho le suplicó a Bartolomé que la soltara, y a Jazmín que se tranquilizara. Ella no dijo nada, pero en silencio lo maldijo mirándolo fijo a los ojos. Bartolomé la soltó, empujándola hacia Marianella, que la recibió en sus brazos.

—Desde hoy y por tiempo indefinido, van a trabajar toda la noche en el taller de los juguetes, hasta que se les pasen esas ínfulas rebeldes —concluyó.

Y de inmediato entró Justina, quien con su mano extendida les indicó el camino hacia la puerta trampa del patio.

A la semana siguiente, Nacho tuvo la ocasión de oír una charla que le resultó muy conveniente para sus intereses. Jazmín, exhausta luego de una semana entera de trabajar en el taller por las noches y en la calle durante el día, harta de los maltratos, gritos y amenazas, le manifestó a Tacho su decisión de huir sin pérdida de tiempo.

—¿A dónde vas a ir? —le preguntó Tacho tratando de disimular su desesperación.

—No sé, chaval, lo más lejos que pueda.

—Me parece una locura que te vayas sola —intentó disuadirla—. Te tenes que quedar acá, ya vamos a encontrar la forma de salir adelante.

—Acá no hay salida, Tacho, y lo sabes. Me tengo que ir de la Fundación.

—Pero, ¿a dónde vas a ir, y con qué plata?

—No sé, ya voy a ver de dónde saco la plata.

—Vos de acá no te vas —le ordenó él.

—Vos no me vas a decir a mí lo que tengo que hacer —replicó Jazmín, en el fondo encantada con **la determinación de Tacho** y su tono imperativo.

Unos metros más atrás, Nacho se deleitaba con lo que oía. No había alcanzado a escuchar cuáles eran las razones que tenía la bella Jazmín para marcharse, ni le interesaban tampoco, pero se le ocurrió una idea para poder, finalmente, lograr lo que tanto ansiaba de ella.

Esperó a que Tacho se marchara, y una vez que estuvo sola, con una actitud muy diferente a la del millonario arrogante con la que le hablaba siempre, la abordó.

—Gitanita, perdóname... pero recién te escuché hablar con Tacho.

—¿Qué escuchaste? —se alarmó Jazmín.

—Que te querés ir de la Fundación. Quédate tranquila no voy a decir nada... nada más te quiero ayudar.

—¿Vos me querés ayudar? ¿Y por qué?

—No soy tan mal tipo, man... —dijo Nacho con cara actitud de muy buena persona—. Nada, veo que estás re ma. y no sé, por ahí te puedo ayudar. No tenes plata para e pasaje, escuché.

—Estaba hablando pavadas... Yo no me quiero ir.

—Gitana, ¿vos sabes que papá es el dueño de una empresa de colectivos de larga distancia? A donde quieras ir yo te puedo conseguir el pasaje.

Jazmín no pensaba dos veces las cosas. Había querido irse de la Fundación desde el día en que regresó, y ahora la situación estaba peor que nunca. Nacho le había ofrecido ayuda para huir y no dudó en aceptarla. Quiso evitar despedidas, y eludir la posibilidad de ser disuadida por sus amigos. En menos de cinco minutos juntó la poca ropa que tenía la metió en una bolsa de papel, guardó sus pertenencias en una cartera de lana que ella misma había tejido, y salió al encuentro de Nacho, que la esperaba en el jardín trasero.

Tomaron un taxi hasta su casa, con la excusa de esperar allí a su padre para pedirle el pasaje. Él creía saber perfectamente qué era lo que necesitaba la gitanita; no era irse no era un pasaje, sino soñar con todo lo que no tenía.

Estaba convencido de que, llevándola a dar una vuelta por su vida, lograría obnubilarla. Ella era muy diferente de la otra, a la Blacky, como él llamaba a Marianella quien, a diferencia de Jazmín, tenía una especie de orgullo de clase, se sentía digna y orgullosa de ser una pobre desclasada. En cambio Jazmín no, Jazmín tenía vergüenza y resentimiento por su condición, y sería capaz de hacer cualquier cosa, creía Nacho, para poder salir del barro en el que había nacido.

Los padres de Nacho estaban de viaje, pero omitió darle ese dato. En cambio, hizo un despliegue ostentoso de su estilo de vida. Le mostró su casa de tres plantas, el enorme jardín con pileta climatizada, el pequeño spa con jacuzzi que había

en el quincho, y el cálido microcine junto al living. Ella miraba fascinada cada cosa, sin embargo Nacho no le ofreció ni un vaso de agua. Es que él la tenía muy clara. «Primero hay que hacerla desear», se decía, «pero no darle lo que desea». Nacho sabía que si él quisiera complacerla con un regalo, por ejemplo, ella desconfiaría de sus intenciones. Por eso, cuando le entregó unos jeans y unas remeras, le explicó que eran prendas que su hermana ya no usaba. La realidad era que Nacho ni tenía hermana, y que esa ropa la había comprado para ella, pero sabía que sólo diciéndole eso ella aceptaría.

Jazmín empezó a impacientarse porque el padre de Nacho no venía, y ella temía que Bartolomé advirtiera su ausencia e hiciera algo por detenerla. Nacho la invitó a meterse un rato en la piscina mientras esperaban. Ella no aceptó, pero él de todas maneras la levantó en el aire y se tiró con ella al agua.

Marianella se extrañó cuando Cielo le pasó una llamada de Jazmín.

—¿La gitana? —dijo Mar sorprendida—. ¿De dónde llama?

—No sé —dijo Cielo apurada, saliendo con la bandeja con la papilla para Malvina.

Mar atendió la llamada; poco habituada a hablar por teléfono, gritaba un poco al hacerlo.

—¿Dónde estás, gitana? —preguntó con voz en tono muy elevado.

—Estoy en lo de Nacho, pero ¡no grites! —dijo Jazmín.

Aún tenía el pelo húmedo por la incursión en la piscina, ambos se habían secado y cambiado de ropa, y Nacho estaba preparando algo para tomar más allá, mientras le sonreía.

—¿Qué haces en lo de ese cheto? —se extrañó Marianella.

—Me voy, Mar —confesó Jazmín—. Me voy lejos, y Nacho me va a conseguir pasajes en la empresa del padre.

—¿Cómo que te vas? —dijo Mar con súbita congoja.

—Por favor, amiga, no me digas nada. Me voy a ir lejos,

y voy a empezar de cero, y en cuanto pueda te vengo a buscar, a vos y a los chicos, para que armemos algo juntos en otro lugar.

—No voy a tratar de convencerte, Jazmín —dijo Mar entristecida—. Pero... ¿qué haces en la casa de Nacho?

—Barto no se dio cuenta de que no estoy, ¿no? —cambió de tema Jazmín.

—No, todavía no se dio cuenta de nada. Vos cuidate, sobre todo de Nacho, que es medio zarpadito ése... —dijo Mar, y al girar, advirtió que Tacho había entrado y la había oído.

Mar se apuró a cortar, pero vio cómo los hombros de Tacho se levantaban y sus cejas se juntaban hasta parecer una.

—¿Dónde está Jazmín?

—¿Qué Jazmín? —repitió con torpeza Mar.

—¡¿Dónde está?!

Iba anocheciendo, y Nacho esperaba con paciencia de pescador el climax de su puesta en escena. Ella ya había sido deslumbrada con el lujo de su casa, ahora sólo faltaba el toque mágico de una exquisita y cara cena romántica.

Jazmín había dejado de preguntar hacía un rato largo cuándo llegaría su padre, y estaba, en efecto, seducida por el despliegue ostentoso de Nacho. Aceptó cenar con él mientras veían una película en el microcine; allí nunca la encontraría Bartolomé, y esa misma noche estaría en un colectivo rumbo a algún lugar.

Jazmín no había probado el sushi, y Nacho le estaba enseñando a comerlo, tomando con sus manos las de ella para mostrarle cómo se usan los palitos chinos, cuando se oyó el timbre. Unos pocos segundos después el timbre volvió a sonar. Y tras unos instantes, aunque tenía órdenes de no interrumpirlos, apareció la mucama.

—Hay un chico que te busca.

—¿Quién? —dijo Nacho extrañado.

—No, a vos no. A ella.

Jazmín se sorprendió, y ya Nacho se había levantado de la mesa para ir a corroborar quién era. Se fastidió cuando vio por la mirilla que se trataba de Tacho. Se asomó apenas y lo increpó:

—¿Qué haces acá, man?

Pero no alcanzó a terminar la frase, que Tacho ya había abierto la puerta de un hombrazo, apartó a Nacho y buscó a Jazmín por la casa. La vio con la ropa que éste le había regalado, sentada en el piso junto a una mesa ratona repleta de sushi. Vio un balde con una botella de champagne, y comprendió inmediatamente los planes de Nacho. Sin decirle palabra, agarró a Jazmín de una muñeca, firme, pero a la vez con delicadeza.

—¿Qué haces? —dijo ella.

—Nos vamos —sólo respondió Tacho.

—A ver, man, si te ubicas... —dijo Nacho, e intentó frenarlo.

—Córrete —le indicó Tacho, esta vez nadie lo iba a detener si decidía pegarle.

—¿Qué córrete? ¿Qué te metes en mi casa? Vení acá, ¡solíala! —e intentó frenarlo, y sin mediar palabra alguna, Tacho le asestó la trompada que venía conteniendo desde el primer día que lo vio rondar a Jazmín.

Ella se estremeció ante el golpe, y Nacho quedó en el piso, acobardado, mirándolo con temor. Tacho lo observó como comprobando si había sido suficiente, mientras Nacho le decía tomándose la cara.

—Ándate de mi casa, man.

Tacho volvió a mirar a Jazmín, y casi con dulzura, le suplicó.

—Vamonos de acá.

La tomó de la mano y la condujo hacia la salida.

Al llegar a la Fundación, Tacho le dijo que mejor entraran por la pequeña puerta secreta. En el frente de la man-

sión, al ras del suelo, había dos ventanas falsas, una de ellas en realidad, era una falsa puerta, que daba a una especie de ducto de ventilación por el que se podía acceder directamente al taller de los juguetes, o salir por éste hacia la calle

Ella no le había hablado en todo el camino, entre indignada y seducida por su ruda y protectora actitud. Sabía que era cabrón, pero jamás lo había visto reaccionar así.

Cuando terminaron de recorrer el ducto y llegaron a un pequeño rinconcito oscuro y húmedo, él finalmente le habló.

—Agradéceme que te salvé de ese cheto.

—Vos estás loco.

—Sí, de amor por vos —le dijo él.

—No sigas, Tacho —le pidió ella, sabiendo que había llegado el momento en el que avanzaría.

—¿Por qué no?

—Porque te voy a hacer sufrir —respondió Jazmín, casi como un lamento.

—Me vas a hacer feliz —dijo él sin retroceder ante ese jueguito histérico.

Ella atinó a decir algo más, pero él la hizo callar.

—Donde se habla mucho, se hace poco —sentenció.

Y sin agregar una palabra más, la tomó por la cintura y la besó, la besó con pasión, con decisión, la besó con la actitud con la que había que besar a una mujer brava como Jazmín. Ella, por primera vez en su vida, se dejó besar, totalmente seducida por la determinación de Tacho.

Capitulo 06

Varios descubrimientos

En el loft, frente a la mansión, Nicolás no dormía esa noche. Tampoco lo hacía su amigo Mogli, ni su hijo Cristóbal. Los tres estaban fascinados con **un extrañísimo objeto llamado totecona.**

Antes de regresar a la ciudad, habían estado en Indonesia siguiendo una pista que los conduciría a la isla de Eudamón, la mítica isla de la tribu de los prunios que no figuraba en ningún mapa, ni libro de geografía, ni de historia, y que, para la mayoría de los arqueólogos, era una fábula en la que el doctor Andrés Eneas Bauer, padre de Nicolás, había creído sin ningún sustento.

Nicolás, desoyendo toda advertencia, había seguido los pasos de su padre, convencido de la veracidad de esa historia. Demostrar eso sería una manera de reivindicar el nombre de su progenitor. Lo único que había conservado de él era su cuaderno con anotaciones sobre sus descubrimientos acerca de la isla y, siguiéndolos, Nicolás había viajado por el mundo, pero hasta aquel viaje a Indonesia las búsquedas habían sido infructuosas. Aunque, a decir verdad, en una cueva subterránea en las afueras de Jakarta habían hallado un objeto que los había alentado a seguir: se trataba de un pequeño huevo de nácar, con inscripciones talladas. Los símbolos eran, sin duda, símbolos prunios.

Aunque el huevo de nácar no fue al principio significativo para dar con lo que buscaban, luego ocurrió algo que le dio un nuevo rumbo a la investigación y que sorprendió doblemente a Nicolás: las pistas estaban mucho más cerca de lo que imaginaba y, de alguna manera, Cielo tuvo que ver con todas ellas.

Todo comenzó un día en que Nicolás se encontraba con Mogli en el jardín trasero de la mansión estudiando el huevo de nácar, tratando de encontrar en él alguna señal. Por accidente, el huevo terminó estrellado contra el suelo cuando Cielo, intempestiva, salió de su carromato y chocó contra Nicolás. Él tuvo que mteuarse uara po Insultarla por haber destruido con su torpeza una reliquia arqueológica, pero luego quiso besarla de alegría cuando descubrió que en su interior se ocultaba la verdadera pista: un pequeño papiro con extrañas inscripciones.

Con la invaluable ayuda de Cristóbal, Nicolás pudo descifrar la pista: el papiro revelaba que en una reliquia de la dinastía Quenchui estaría, finalmente, el mapa con la localización exacta de la isla de Eudamón. Gracias a una maravillosa casualidad —¿existe tal cosa?— supieron que la valiosísima vasija quenchui era parte de una muestra itinerante de la embajada de Georgia, que por esos días se mostraría al público en el consulado local de dicha nación.

Decidió acudir hasta allí con su fiel amigo Mogli para tratar de llegar a la vasija. Por razones estratégicas debieron ir disfrazados de chinos, más precisamente, de china obesa Nicolás y Mogli, de joven mandarín. El objetivo era ganarse la confianza del encargado de seguridad de la embajada, afecto a las mujeres orientales obesas. Pero también quiso que los acompañara Cielo, a quien no necesitó darle demasiadas explicaciones. Una vez allí, y luego de una situación realmente vodevilesca, terminaron todos atrapados en una habitación secreta, llevándose a la fuerza la vasija y escapando por los ductos de ventilación.

Nicolás pensaba devolver la vasija una vez descubierto el mapa que contenía, pero nunca llegó a hacerlo ya que también fue destruida, una vez más, por la torpeza de Cielo. Ya no tan sorprendido, Nicolás descubrió, en la parte interior de los fragmentos de la reliquia, un mapa.

No fue fácil interpretarlo, ya que no tenía ninguna referencia espacial; y Nicolás sostenía que si el mapa indicaba la localización de la isla, debería ser en algún lugar entre

Indonesia y Polinesia. Sin embargo Cristóbal creyó descubrir que ese mapa, en realidad, coincidía con un lugar mucho más cercano, precisamente un lago a unos veinte kilómetros de donde ellos estaban. Nicolás desestimó por completo esa teoría, ya que le resultaba inverosímil que la isla de Eudamón estuviera allí, en el sur del continente americano.

Pero tal como Nicolás temía, su hijo llevó a cabo su propia investigación, y desobedeciendo a su padre, fue hasta el lago al que, según su interpretación, refería el mapa. Claro que no fue solo, sino acompañado de sus, ya por ese entonces, amigos Lleca, Monito y Alelí. Como resultado de esa desobediencia, fueron atrapados por Mr. X, un empresario norteamericano, dueño de esas tierras. Y por supuesto fueron rescatados por Nicolás, Mogli y, por supuesto, por Cielo. Sin decírselo, Nicolás agradeció internamente la desobediencia de su hijo pues, de casualidad, en una cueva subterránea junto al lago, encontró lo que el empresario norteamericano estaba escondiendo: una construcción prunia en el interior de una cueva subterránea, y un aborígen.

Nicolás dedujo quién era ese aborígen apenas lo vio Arutmón Arunio, el último descendiente vivo de la tribu de los prunios. lo tenía cautivo y había intentado forzarlo a abrir un compartimento secreto que había en la cueva. El aborígen había resistido a todos los esfuerzos de su captor. Una vez liberado por Nicolás, Arutmón dijo que a él sí le abriría el compartimento y todos los secretos que allí se escondían. Arutmón conocía a Nicolás y también conocía la nobleza de sus intenciones, sabía que buscaba la isla de Eudamón para cuidarla, no para comercializarla.

Accionando un complejo sistema de piedras encastradas en la roca de la cueva, Arutmón abrió el compartimento, y dentro de éste, con gran fascinación, Nicolás vio una piedra de unos treinta centímetros de diámetro, que tenía tallado un mapa. Arutmón le confirmó que era el verdadero mapa que conducía a Eudamón. Junto a él había una pequeña piedra de forma triangular, renegrida y de aspecto rústico. Arutmón la tomó con mucho cuidado y la colocó dentro de una

caja de acrílico; se la entregó a Nicolás y le dijo que la piedra era una totecona.

Arutmón desapareció sin dejar rastros. Gracias a élv las tenía un mapa y una totecona, pero estaba tan per».. como antes. Estudiando el diario de su padre, descubrió cr_ ese objeto no era en realidad una piedra, sino una extraf sima aleación de metal hecha por los prunios.

El mapa tallado en la piedra tenía muchos símbolos, per en el centro había un pequeño agujero, le faltaba una parmínima que impedía interpretarlo correctamente. Cierta d. que Cielo visitó el loft para pedirle a Nicolás que por fa\ dejara de hablarle del *coso* y se ocupara de su propia momi es decir, de Malvina, quien por entonces ya estaba enyesa hasta el pelo, sin darse cuenta dejó olvidada la pulserita q siempre llevaba puesta, aquella que, aunque no lo recordar le había regalado su abuelo.

La pulserita quedó, casualmente, apoyada sobre la piedra-mapa que él estaba estudiando. Al levantarla, Nicolás comprobó con absoluta perplejidad que la medallita cor. extraños símbolos que colgaba de la pulsera encastraba perfectamente en el agujero del mapa. Milagrosamente, la pulsera de Cielo lograba completarlo.

Nico estaba doblemente sorprendido: por un lado, por alguna razón que por supuesto desconocía, Cielo estaba vinculada al misterio de Eudamón. Y por el otro, algo que jamás había pensado, las coordenadas del mapa señalaban que la isla se encontraba ubicada hacia el noreste, muy cerca de él, y tan lejos de donde supuso siempre que debería hallarse.

Aquella noche fría, Nicolás se asomó al balcón y miró hacia el noreste. Frente a él estaba la mansión, y precisamente en dirección NE se asomaba el altillo donde dormía Cielo, coronado por el gran reloj. Nicolás se preguntó qué isla podría haber en esa dirección. Ninguna. Lo más lógico era que buscara por otro lado, un lugar plausible de contener islas. Entonces decidió alquilar una lancha para recorrer el río que bordeaba la ciudad, siempre en dirección no-

caja de acrílico; se la entregó a Nicolás y le dijo que la piedra era una totecona.

Arutmón desapareció sin dejar rastros. Gracias a él Nicolás tenía un mapa y una totecona, pero estaba tan perdido como antes. Estudiando el diario de su padre, descubrió que ese objeto no era en realidad una piedra, sino una extrañísima aleación de metal hecha por los prunios.

El mapa tallado en la piedra tenía muchos símbolos, pero en el centro había un pequeño agujero, le faltaba una parte mínima que impedía interpretarlo correctamente. Cierta día que Cielo visitó el loft para pedirle a Nicolás que por favor dejara de hablarle del *coso* y se ocupara de su propia momia, es decir, de Malvina, quien por entonces ya estaba enyesada hasta el pelo, sin darse cuenta dejó olvidada la pulserita que siempre llevaba puesta, aquella que, aunque no lo recordara, le había regalado su abuelo.

La pulserita quedó, casualmente, apoyada sobre la piedra-mapa que él estaba estudiando. Al levantarla, Nicolás comprobó con absoluta perplejidad que la medallita con extraños símbolos que colgaba de la pulsera encastraba perfectamente en el agujero del mapa. Milagrosamente, la pulsera de Cielo lograba completarlo.

Nico estaba doblemente sorprendido: por un lado, por alguna razón que por supuesto desconocía, Cielo estaba vinculada al misterio de Eudamón. Y por el otro, algo que jamás había pensado, las coordenadas del mapa señalaban que la isla se encontraba ubicada hacia el noreste, muy cerca de él, y tan lejos de donde supuso siempre que debería hallarse.

Aquella noche fría, Nicolás se asomó al balcón y miró hacia el noreste. Frente a él estaba la mansión, y precisamente en dirección NE se asomaba el altillo donde dormía Cielo, coronado por el gran reloj. Nicolás se preguntó qué isla podría haber en esa dirección. Ninguna. Lo más lógico era que buscara por otro lado, un lugar plausible de contener islas. Entonces decidió alquilar una lancha para recorrer el río que bordeaba la ciudad, siempre en dirección no-

reste, hasta encontrarla. Y una vez más fue su hijo quien le dio una idea brillante.

—¿No tendríamos que usar la totecona, pa?

—¡Es cierto! —exclamó Nicolás, y se acercó a la caja de acrílico que encerraba el extraño objeto.

La examinaron junto a Mogli. Arutmón les había dicho que la totecona los ayudaría en la búsqueda, pero ¿cómo? Lo mejor era investigar. Y con ese fin Nicolás abrió la caja de acrílico. Apenas lo hizo, comenzó a sentirse una suave vibración, y a oírse un zumbido. La totecona empezó a temblar dentro de la caja, y de pronto todos los objetos metálicos del departamento de Nico también empezaron a temblar. Los más pequeños, como las cucharitas de café, se desplazaron lentamente hacia la totecona, como si se tratara de un imán. Mientras la vibración y el zumbido crecían a ritmo geométrico, vieron, azorados, cómo decenas de objetos metálicos empezaban a volar y se pegaban contra las paredes de la caja de acrílico. Hasta que de pronto la totecona giró con precisión sobre su eje, se detuvo y marcó hacia el noreste. El objetivo era la mansión Inchausti; más precisamente, el altillo de Cielo.

Cielo había visto casi todo en su vida, y era muy poco lo que podía sorprenderla. Sabía que la gente a veces hace cosas sin sentido, y bien conocía cierta manía que muchos tenemos de repetir, una y otra vez, los errores que nos hacen mal. Pero a Cielo no le cerraban las incoherencias; y que Rama, el chico dulce y sensible, que sólo soñaba con poder estudiar y darle una educación a su hermanita, hubiera saboteado su propio sueño el primer día de clases, le resultaba una incoherencia. Había algo raro, y Cielo no podía descubrirlo, pero sabía que, cuando su intuición se ponía alerta rara vez se equivocaba.

Era muy tarde como para estar en vela, pero esos pensamientos no la dejaban dormir, y se levantó a tomar un vaso de agua. En la sala, **entre penumbras**, oyó pasos que retumbaban y el inconfundible tintineo de las llaves que Justina llevaba colgadas en su cintura. Divisó su silueta y la de Bartolomé, que avanzaban como un rayo hacia el sector de los chicos. Porque temió que hubiera pasado algo malo, intentó seguirlos, pero comprobó que habían cerrado con llave la puerta que daba a los cuartos. Entonces salió al jardín y trató de entrar por alguna de las ventanas de las habitaciones. También estaban trabadas. Sin embargo, pudo ver desde allí que ninguno estaba en su cama. Eso la preocupó aún más. Volvió a entrar en la sala justo en el momento en que Bartolomé regresaba y, sin advertir su presencia, subió las escaleras. En ese preciso momento ella podría haberlo llamado para preguntarle si pasaba algo, pero por algún motivo su intuición le dijo que mejor no lo hiciera, que viera con sus propios ojos lo que ocurría.

Notó que don Barto había dejado sin llave la puerta que

daba al patio cubierto. Una vez allí se extrañó aún más al descubrir que no había nadie. Ni en el patio, ni en las habitaciones. Nadie. Sólo vacío y silencio. Permaneció unos minutos más esperando, hasta que creyó oír un grito de Justina, apagado. «¡Silencio entierro!», creyó oírla decir.

Cielo deambuló por toda la casa, incluso salió a la calle para buscar a los chicos, pero no había rastros de ellos. Ya muy preocupada, regresó al sector de las habitaciones para esperarlos allí. Unos minutos más tarde se oyeron esos ruidos metálicos que se oían a veces, y pocos segundos después inmensa fue su sorpresa cuando vio que una pared del patio cubierto de pronto se desplazaba, y a la vista quedaba una abertura de unos cuarenta centímetros, por la que asomó Justina. Vio, azorada, cómo el ama de llaves accionaba rápidamente una pequeña palanca escondida tras un macetero, y la pared volvía a deslizarse de manera tal que no quedaba ninguna señal de la abertura.

Justina salió disparada, muy urgida, sin ver a Cielo, quien caminó absorta hasta el macetero que ocultaba la palanca. La accionó con cierta facilidad, y luego de escuchar un suave click, la pared volvió a deslizarse, hasta dejar al descubierto la brecha. Lo que vio tenía el aspecto de una absurda pesadilla: un lugar repleto de máquinas de coser, mesas de carpintería, un horno para cocer cerámica, enormes carretes de hilos, telas, aserrín, trozos de madera por todos lados, pinturas, muchas cabezas de muñecas de cerámica y autitos antiguos desarmados. Y en medio de esos objetos, todos los chicos con sus rostros agotados y angustiados, trabajando sin parar, pero ya sin fuerza.

Cielo intentó esbozar una explicación para lo que estaban haciendo. Algo tan absurdo y completamente inusual a esa hora de la noche tenía que tener alguna explicación gica. Y como no encontraba la respuesta en su mente, menzó a hacer preguntas de manera desordenada, una tras otra. Los chicos balbuceaban y no se decidían a hablar improvisaban argumentos.

—Acá Justina y don *Bardo* nos *trajieron* para... —co-

menzó Monito, pero se calló cuando Tacho le apretó el brazo y le hizo un sutil gesto para que no hablara.

Cielo les pidió, les rogó que le explicaran cuál era el motivo que los tenía levantados, en ese lugar.

—¿Qué querés saber, Cielo? —dijo Rama, abatido.

—¿Qué es este lugar secreto? ¿Qué hacen acá, y a esta hora, con todos esos cosas, qué es lo que hacen? Por sus caras, algo me dice que nada bueno...

—No es bueno, pero tampoco malo... —titubeó Tacho, ya buscando la manera de encubrir la verdad.

—¡La historia corta, quiero! —gritó Cielo dispuesta a llegar a la verdad.

—Es el taller de los juguetes —dijo finalmente Rama, ya harto de mentir.

—Acá nos hacen trabajar —completó la confesión Mar.

Bartolomé había intentado dormirse en vano. Si bien los mocosos estaban en caja otra vez, se sentía como un malabarista chino haciendo girar demasiados platos a la vez. La Fundación y sus secretos, la camuca arribista que resultó ser Ángeles Inchausti alias Cielo Mágico, la bólide que no se casaba y encima ahora estaba hecha una momia por el accidente, Thiaguito que persistía en quedarse y encima era evidente que se estaba agarrando un tremendo camote de púber con la roñosa de Marianella... eran demasiados asuntos para un solo hombre. Cuando por fin estaba logrando conciliar el sueño, una vez más esos ruidos metálicos lo despertaron. Por las noches esos ruidos le resultaban fantasmales, inquietantes. Eran casi las cinco de la mañana y comprendió que ya no iba a poder dormir, bajó a la cocina a comer algo y al bajar vio a Justina, que cruzaba la sala como una flecha, y le resultó muy sospechosa su actitud. La siguió y entró en la cocina justo cuando ella terminaba de meterse por la puerta trampa escondida en el antiguo hogar a leña.

«¿Justina Medarda García con secretos?!»?, dijo para sí Bartolomé, y no pudiendo dar crédito a lo que veía, encen-

dio la luz e intentó abrir la puerta trampa que ya se había cerrado.

Justina recorrió veloz los intrincados túneles hasta la falsa puerta de piedra que escondía el sótano donde vivía Luz, y entró muy preocupada. Que Luz la llamara a esas horas de la noche no era una buena señal.

—Me sentía muy mal, mami... —se disculpó con debilidad la pequeña al verla.

En efecto, estaba volando de fiebre. Justina no necesitó un termómetro para saber que tendría al menos treinta y nueve grados. Había estudiado los rudimentos básicos de enfermería para estar preparada para esas ocasiones, entonces le hizo abrir la boca y comprobó que tenía unas enormes placas blancas. Una angina virulenta, diagnosticó angustiada; lástima, no tenía en su botiquín los remedios necesarios. Hizo que la niña se tapara bien y le pidió que no se moviera, ella iría a buscar los antibióticos que necesitaba. Pero cuando volvió a abrir la puerta falsa, se topó con Bartolomé, que la miraba con expresión sombría. Justina ni atinó a ocultar lo que había a sus espaldas, él ya lo había visto todo: ese sótano absurdo, ambientado como un café concert, y a la pequeña niña, afiebrada, en su cama.

—¡¿What the hell is this?! —sólo pudo exclamar él, y Jusúna agachó la cabeza.

Justina bloqueó la entrada que se escondía tras la simulada pared de piedra, y se alejó hacia el otro extremo del pasillo, esperando que Bartolomé la siguiera. Él no lograba salir de su asombro, y su mente confundida intentaba anticipar una explicación lógica a lo que estaba ocurriendo. Viendo que él se mantenía junto a la puerta, le suplicó en voz baja.

—Venga, señor, por favor se lo pido...

Él la miró con desprecio, y se acercó lentamente, a escasos centímetros de ella, que no podía mirarlo a la cara.

—Lo escucho, señor —dijo ella con mucha congoja.

—¿Lo escucho, señor?! —replicó él, indignado.

—¡Hable bajo, por favor, que no lo oiga!

—¿Qué es este lugar? ¿Un teatro? ¿Hace cuánto tenes este cuchitril acá? ¿De dónde sacaste a esa chica? —y se detuvo al ver las lágrimas que empezaban a correr por las mejillas del ama de llaves. Una súbita e inconcebible idea se le impuso. —¿Es acaso tu hija? ¿Tenes una hija encerrada ahí? Estás más enferma de lo que creía...

Y la observó, **esperando una respuesta**. Algo muy grave estaba escondiendo, ya que Justina jamás lloraba, y sin embargo ahí estaba frente a él, llorando con desgarro.

—¡Habla, Justina! ¿Es tu hija? ¿Por qué la ocultas? ¡No lo entiendo!

Justina intentó hablar, pero no pudo, más lágrimas surgieron de sus ojos, y con una angustia y miedo contenidos durante años, estalló en sollozos. Ante semejante dolor, Bartolomé empezó a comprender que su mutismo no era sólo por lo que ocultaba, sino ante quién lo ocultaba: ¡él! Lloraba porque *él* había descubierto un secreto que le escondía a *él*. La idea, descabellada, impensada, cobró forma:

—No me digas que es... —y calló.

—Déjenos ir, don Barto —suplicó Justina entendiendo que era la única solución.

—¿Es?! —gritó con furia—. ¡Contéstame! ¿Es ella? ¿Es la hermana de Ángeles?!

Y finalmente, Justina ratificó con su llanto, su temblor y su contundente silencio esa inconcebible información. Bartolomé sintió como si le hubieran clavado agujas en la nuca, y comprendió que estaba a punto de sufrir un pico de presión. Algo mareado y tambaleándose, empezó a alejarse por el oscuro y húmedo pasillo. Ella atinó a seguirlo, pero él la frenó con un movimiento de su mano.

—No me persigas... déjame solo.

Y se fue, aturdido, caminando en zigzag. Justina se tapó la boca para que su llanto desgarrado no alarmara a Luz.

Cuando Bartolomé entró en su escritorio, sintió que los miles y miles de libros de la gran biblioteca que cubría las paredes de la habitación se le venían encima. Apagó la luz y se quedó, durante varios minutos, en silencio, sumido en sus pensamientos. Repasó una y otra vez aquella noche en el bosque, cuando Justina le ofreció ocuparse de la beba. Se reprochó, con severidad, no haberse percatado de la aberración que había hecho su secuaz en su propio sótano. Él había estado durmiendo, durante años, diez metros por encima de Luz Inchausti. Su nuca ardía, debería tomar una pastilla para la presión. Abrió la puerta del escritorio para salir a buscarlas, y allí estaba Justina. Ya no lloraba, pero parecía veinte años más vieja.

—¿Qué querés, Medarda? —dijo Bartolomé con desprecio.

Justina sabía que cuando él la llamaba por su segundo nombre había entre ambos una distancia insalvable.

—Quiero hablar —dijo ella con dignidad. Ya tenía pensada la estrategia a seguir ahora que todo había sido descubierto.

Entonces él la tomó de un brazo, con violencia brutal,

ja

la arrastró dentro del escritorio, y cerró la puerta de un golpe.

—¿Vos te crees que esto se arregla hablando? —gruñó mostrándole los dientes, mientras la acorralaba contra la biblioteca—. Eras mi persona de confianza, ¡la única! ¿Y me venís a cavar semejante fosa?

—¡Perdón, perdón! —suplicó Justina, intentando arrodillarse.

—¡Sin escenas! —la cortó en seco Bartolomé—. ¡Decime por qué lo hiciste!

—¡Porque no pude! Era apenas una beba... inocente, en medio de ese bosque negro... ¡No pude dejarla!

—¿Vos... con ternura? —expresó Bartolomé incrédulo—. ¡No! Vos lo hiciste para quedarte con una heredera... ¡Querías estafarme y quedarte con mi herencia!

—¡Qué me importa su herencia! —estalló Justina—. ¡Lo hice por amor!

—¿Amor? ¿Vos, amor? ¡Si te da náuseas el amor!

—¡Ella me enseñó lo que es el amor! ¡Rescatar a Luz de ese bosque fue lo mejor que hice en mi vida!

—¿Luz? —preguntó Bartolomé absorto—. ¡Pedazo de cínica! ¿La encerraste en un sótano y la llamaste Luz? ¡Esa infeliz debería haber sido pasto de los lobos hace diez años! Ahora tenemos a las dos herederas con nosotros, ¿lo entendés?

—De mi nena me encargo yo.

—A ver si entendés... —advirtió Bartolomé—. Esa chica no existe...

—¡Con Luz no se meta! —le advirtió Justina irguiéndose, brava.

—Luz es ahora mi problema, y lo voy a solucionar a mi modo.

—Luz es mi hija, y usted no la va a tocar —dijo Justina marcando con intención su tono de amenaza—. Me importa un rrrábano su forrrrtuna ... Se mete con mi nena, ¡y lo hundo!

—¡Si yo me hundo, vos te hundís conmigo!

—No me importa... Usted acérrrquese a mi nena, ¡y yo hablo!

Los dos quedaron desafiándose con la mirada. Hasta ese momento habían sido una dupla sin fisuras, ahora eran dos enemigos acérrimos. Estaban casi respirándose uno en la cara del otro, cuando se abrió la puerta de un golpe, y entró Cielo, también hecha una furia.

—¿Cómo es eso de que hacen trabajar a los chiquitos? —les espetó sin preámbulos.

Bartolomé cerró sus ojos y se alejó de Tina, superado.

—Medarda, dale... Empezá a hablar... Cielo está esperando una respuesta.

Al borde del colapso, Bartolomé se mostraba sin embargo muy tranquilo, aunque no había dejado de fulminar con la mirada a Justina. Había entre ambos una secreta guerra que continuaba aún delante de Cielo.

—Dale, Medarda, habla. Cielo pide explicaciones.

—¿Usted quiere que yo hable, don Barrro? —amenaza veladamente Justina, dándole a entender que con «hablar se estaba refiriendo a *todos* los secretos que tenían.

—Claro, contale tus secretos —dijo Barto con tranquilidad, recogiendo el guante que Justina había tirado—. Le va a encantar a este *ángel* conocerte mejor...

Cielo miraba a uno y a otro con angustia creciente, ajena a la secreta guerra que se estaba librando entre ambos.

—¿Qué me tienen que contar?!

Bartolomé y Justina se miraron con odio contenido unos segundos, y luego Bartolomé continuó con su provocación.

—Empecemos por tu pregunta... Ese lugar que viste, el taller de los juguetes, es un conflicto que tengo con Justina —hizo una pausa, midiéndose siempre con su ama de llaves—. El viejo Inchausti —continuó— era un loco lindo, un inventor chiflado. Y tenía una fábrica de juguetes... Ante la crisis económico-financiera que estamos atravesando, a esta mujer le pareció bueno reabrir la fábrica para los chicos.

Justina permanecía muda, sopesando sus propias armas para su contraataque. Cielo estalló.

—¿Para los chicos?! ¿Hacerlos trabajar? ¡Eso es más bien explotarlos! —bramó, y ya dirigía todo su enojo contra Justina—. ¡En ese lugar hay un horno y todo! Es un peligro, ¡no es cosa de chicos! ¿Por qué hace esto? ¿Usted está loca?

Al borde del colapso, Bartolomé se mostraba sin embargo muy tranquilo, aunque no había dejado de fulminar con la mirada a Justina. Había entre ambos una secreta guerra que continuaba aún delante de Cielo.

—Dale, Medarda, habla. Cielo pide explicaciones.

—¿Usted quiere que yo hable, don Barrro? —amenazó veladamente Justina, dándole a entender que con «hablar» se estaba refiriendo a *todos* los secretos que tenían.

—Claro, contale tus secretos —dijo Barto con tranquilidad, recogiendo el guante que Justina había tirado—. Le va a encantar a este *ángel* conocerte mejor...

Cielo miraba a uno y a otro con angustia creciente, ajena a la secreta guerra que se estaba librando entre ambos.

—¿Qué me tienen que contar?!

Bartolomé y Justina se miraron con odio contenido unos segundos, y luego Bartolomé continuó con su provocación.

—Empecemos por tu pregunta... Ese lugar que viste, el taller de los juguetes, es un conflicto que tengo con Justina —hizo una pausa, midiéndose siempre con su ama de llaves—. El viejo Inchausti —continuó— era un loco lindo, un inventor chiflado. Y tenía una fábrica de juguetes... Ante la crisis económico-financiera que estamos atravesando, a esta mujer le pareció bueno reabrir la fábrica para los chicos.

Justina permanecía muda, sopesando sus propias armas para su contraataque. Cielo estalló.

—¿Para los chicos?! ¿Hacerlos trabajar? ¡Eso es más bien explotarlos! —bramó, y ya dirigía todo su enojo contra Justina—. ¡En ese lugar hay un horno y todo! Es un peligro, ¡no es cosa de chicos! ¿Por qué hace esto? ¿Usted está loca?

—¡Por amor! —dijo finalmente Justina, desconcertando por completo a Cielo.

Se había desarrollado entre los tres un doble diálogo, incomprensible para quien no supiera la historia completa: Justina le respondía a Cielo, pero sus palabras iban dirigidas a Bartolomé.

—¿Qué? —preguntó absorta Cielo.

—Sí, todo lo que hice fue por amor —continuó Justina, ya mirando en la cara a Bartolomé—. Esas pobres criaturas... Quería darles una oportunidad... Un oficio, una herramienta para el futuro... ¡Ese taller es la oportunidad de rescatarlos! —exclamó con angustia creciente, y luego tomó a su señor de las manos—: ¡Perdón, señor! Perdón si hice mal, ¡perdón!

Y sin decir más se fue. Al ver que la puerta se abría, los chicos se tiraron con suma rapidez detrás de los sillones de la sala, evitando ser vistos por Justina, que salió disparada en busca de los antibióticos para Luz.

Dentro del escritorio, aún azorada, Cielo miraba a Barto.

—¿Usted estuvo de acuerdo con esa idea?

—Al principio no, che —mintió Barto, ya dueño de la situación—. Sentí lo mismo que vos... Es un peligro ese taller, pero la intención no estuvo mal, ¿no?

Cielo iba a decirle que había sido una total inconsciencia de su parte consentir esa barbaridad cuando, de pronto, comenzó a sentirse una sutil vibración, que rápidamente fue creciendo en intensidad. Las paredes empezaron a temblar, se oyó un zumbido potente, como de mil máquinas funcionando, y toda la mansión pareció sacudirse, como si estuviera ocurriendo un sismo. En la sala, todos los chicos se asustaron, los más grandes abrazaron a los más chiquitos. En su habitación, la momia Malvina sintió que todo se movía y atinó a incorporarse, pero terminó cayendo de bruces.

Thiago dormía profundamente y, como a veces le ocurría, se incorporó, sonámbulo, y empezó a gritar «niños y mujeres primero». En la cocina, de camino hacia el sótano, Justina tuvo que aferrarse para no caer. Desde su refugio

Luz sintió como si la casa fuera a desplomarse sobre ella. Toda la mansión temblaba y parecía colapsar. Bartolomé se puso de pie y se aferró como pudo a la biblioteca y, al hacerle sintió la vibración en sus manos, aún con más intensidad. Comenzaron a caer libros de todos los estantes, y un viejo cofre que estaba bien arriba cayó muy cerca de Bartolomé que conmocionado pegó un grito.

En ese mismo momento, en el loft de enfrente, la toteca giraba y se clavaba señalando hacia la mansión. Apabullado, Nicolás cerró la caja de acrílico, y todo se detuvo. Las cucharitas, las monedas, los ganchitos, las llaves, y todos los objetos metálicos que estaban pegados a la caja cayeron de inmediato. Lo mismo ocurrió en la mansión: todo se detuvo y volvió a la normalidad.

—¿What the hell was that?! —exclamó absorto Bartolomé.

Luz sintió como si la casa fuera a desplomarse sobre ella. Toda la mansión temblaba y parecía colapsar. Bartolomé se puso de pie y se aferró como pudo a la biblioteca y, al hacerlo sintió la vibración en sus manos, aún con más intensidad. Comenzaron a caer libros de todos los estantes, y un viejo cofre que estaba bien arriba cayó muy cerca de Bartolomé, que conmocionado pegó un grito.

En ese mismo momento, en el loft de enfrente, la toteca giraba y se clavaba señalando hacia la mansión. Apabullado, Nicolás cerró la caja de acrílico, y todo se detuvo. Las cucharitas, las monedas, los ganchitos las llaves, y todos los objetos metálicos que estaban pegados a la caja cayeron de inmediato. Lo mismo ocurrió en la mansión: todo se detuvo y volvió a la normalidad.

—¿What the hell was that?! —exclamó absorto Bartolomé.

Esa especie de terremoto despertó finalmente a Thiago, quien extrañado bajó para ver si había ocurrido algo. Al llegar al rellano de la escalera, vio cómo Cielo, su padre, y todos los chicos iban hacia sus respectivas habitaciones. Los siguió. Pero al llegar al patio cubierto se quedó pasmado ante lo que asomaba: una de las paredes del patio estaba corrida, dejando ver el taller oculto. Allí estaba Cielo, que iba señalando cada cosa que nombraba. Su padre que se paseaba cavilando por el lugar, y todos los chicos permanecían inmóviles, con sus cabezas gachas.

—¿A usted le parece que éste es un lugar para chicos? —exclamó Cielo con indignación—. Diga algo, vamos —continuó sin darle tiempo a responder, mientras se acercaba hasta el horno de cerámica y lo abría—. ¡Un horno! ¡Encerrados en un lugar con fuego! —exclamó, y después fue hasta la mesa de corte y tomó una gran tijera—. ¡Mire! ¡Para que se saquen un ojo! ¿Le parece que ésta es forma de aprender un oficio? No me diga que no fue una inconsciencia de su parte, ¡don Barto!

—Es difícil tener tantos chicos a cargo, Cielo... —intentó una defensa Bartolomé—, y además... ¿Qué es mejor? ¿Dejarlos en sus juegos o darles una herramienta para la vida? ¡El trabajo nos hace **libres**, Sky!

—Herramientas para la vida eran las clases de don Indi, o mis clases de baile, o el corte y confección y la carpintería que les iba a dar Justina y nunca les dio...

—Justamente, decidió cambiarlas por esto, Cielitis...

—¡No puedo entender cómo usted estuvo de acuerdo! —bramó Cielo.

—Te imaginarás que no fue una decisión arbitraria... Lo

hablamos mucho con los mismos chicos —dijo con cinismo y los congeló con la mirada, convocándolos a ser, a la vez víctimas y cómplices de su mentira—. ¿O no, chiquilines?

Mar se miró con Rama, y ambos con Tacho, sabían que Bartolomé sólo estaba disimulando ante Cielo; cuando ella se fuera, las represalias serían severísimas. Entonces decidieron seguirle la corriente, y asintieron acordando con él

—¿Y a mí qué me importa si lo habló o no con los chicos? ¡Esto es cosa de grandes, don!

A punto de perder la paciencia con los planteos de Cielo, Barto iba a replicar, pero en ese momento vio a Thiago, que observaba todo desde el patio.

—¡Thiaguito! —exclamó, y el corazón comenzó a latirle cada vez más fuerte.

—¿Qué es esto, papá? —preguntó su hijo, azorado ante el taller.

—¡Ideas de Tina! Ella lo propuso y yo pensé que serviría para encauzar a mis chicos... Ok, se habrán quedado sin beca por la chambonada que se mandó Ramita, pero no podía dejarlos en Pampa y la vía, che... Algo había que enseñarles, un oficio, algo para que cuando ya no me tengan a mí, se puedan ganar la vida...

—Y bue... la intención fue buena... —dijo Cielo a Thiago, viendo que este punto podría enfrentar aún más a padre e hijo.

—Sí, suficiente por hoy, ya es tarde —se apuró Barto, creyendo que así Cielo iba a dar por terminado el asunto.

—No, suficiente nada, ya estamos todos con los ojos como el dos de oro, terminemos esto ahora mismo. Acá lo importante es ver si los chicos quieren aprender este oficio —dijo y los miró—. Hablen, ¿quieren o no quieren?

Los chicos se miraron entre sí, posiblemente sopesando que Bartolomé estaba en una situación de debilidad ante Cielo, y aún más ante Thiago. Tacho pensó que no podían desenmascararlo en esa oportunidad, ya llegaría el momento; entonces dijo, complaciente:

—Está bueno aprender un oficio.

—Pero cuando uno tiene ganas... —agregó Marianella multiplicando exponencialmente el odio que ya le tenía Bartolomé.

—¡Eso! —exclamó Cielo—. Don Barto, de ahora en más aprende el que tiene ganas, ¿le parece?

Bartolomé no tuvo otra que asentir. Hubiera querido asesinarlas a ella y a Marianella con sus propias manos. Y luego a Justina, por idiota.

—Bueno, a ver, ¿quién tiene ganas de hacer esto? —y miró a los chicos buscando una respuesta.

La primera que se animó a responder fue Mar.

—La verdad... que no, yo no quiero hacer esto.

—Sí, no me gusta esto de hacer juguetes —se sumó Jazmín.

—Y menos que menos, muñecas Es un torre —acotó Lleca.

—¡Yo ni loco, panchos! —dijo despreocupado Monito, quien aún no había conocido la cara bestial de su tutor.

—Pensé que los estaba ayudando, chiquitos... —dijo Bartolomé con una triste sonrisa y unos ojos que prometían un severísimo castigo por esa insubordinación.

—Sí, más vale que sabemos que pensaba eso, don Barto —dijo Tacho, ya envalentonado por la revuelta—. Pero la verdad que no, no nos cabe ni ahí... y menos cuando lo tenemos que hacer a las cinco de la mañana.

—¡Eso! —exclamó Cielo. Ni hablemos de los horarios. A quién se le ocurre hacerlos aprender un oficio a estas -ras?

—Cosas de Justin... —acusó cobardemente Bartolomé—. Por eso de... a quien madruga, Dios lo ayuda...

—Muchas gracias, don Barto, pero no queremos más nacer juguetes —dijo Rama sonriente, pero todos enmudecieron y se pusieron serios al instante con la participación Thiago. — ¡Ustedes son unos desagradecidos! No valoran nada; mi viejo les da todo, se mata por ustedes y ¿ustedes le pagan así? Vos, Rama, no sólo le arruinaste la posibilidad de estu-

diar a todos, sino que además... ¿no querés aprender un oficio? ¿Qué querés, que te mantengan toda la vida?

—Ah, ¡fundiste biela chabón! —saltó Marianella, ya indignada con Thiago—. Deja de meterte con Rama —lo amenazó.

—¿Qué defendés tanto a Rama, vos? —dijo Thiago sin pudor a mostrar sus celos—. ¿Tanto les jode que les quieran enseñar un oficio?

—¿Por qué no venís vos a aprender este oficio? —replicó Marianella con una bronca hacia Thiago un tanto exagerada.

—Sí, es muy fácil para vos, Thiago —continuó Rama—. Vos estudias en Londres, y tuviste plata toda tu vida.

—Sí, pero los ricos necesitan gente que les haga los oficios —agregó Jazmín.

Barto notó cómo, poco a poco, todos iban perdiendo el miedo, y decidió intervenir.

—¡Basta, no vamos a tener una disertación sobre la justicia social a estas altas horas de la noche! Gracias, Thiaguito, por tu defensa, pero esto lo manejo yo. Así que, chicos, yo propongo que sigamos con el oficio y vamos viendo...

—Permiso, don, pero yo propongo que al que le guste el oficio lo aprenda, y el que no que estudie... o que juegue mucho, que es lo más lindo que les puede pasar a esta edad. Que cada uno elija en libertad, ¿le parece?

—¡Totally! —dijo Bartolomé, que deseaba que esa noche terminara de inmediato—. ¡Son libres de elegir!

Todos se fueron a dormir, menos Justina. A pesar del gran revuelo de esa noche, más allá de la preocupación por el descubrimiento del taller clandestino, no había dejado de torturarse con la imagen de Luz, encerrada en el sótano, volando de fiebre.

Tras elegir entre varios antibióticos guardados en una caja, debajo de su cama, cuál le daría en esa oportunidad a Luz, Justina había empezado a cantarle una canción al oído, mientras le ponía paños fríos para bajarle la fiebre. Pero en medio del estribillo, la niña abrió grandes sus ojos afiebrados y enfocó un punto en la semipenumbra...

—Mamá... —exclamó débil y con una cuota de espanto.

Justina giró de inmediato en dirección hacia donde la niña, casi alucinada, estaba mirando. Ahí estaba Bartolomé, que observaba, perplejo, el otro descubrimiento de esa noche fatídica.

—Mamá... ¿quién es? ¿Es el general Bauer? —preguntó Luz aterrada.

Cuando Justina le contaba historias de la guerra, lo hacía utilizando nombres reales para sus personajes ficticios. En sus cuentos, el general Bauer era un cruel y despiadado oficial de las fuerzas enemigas. Cielo, «la casquivana», era la inhumana amante del general Bauer.

—¿El general Bauer? —repitió Bartolomé con una sonrisa sarcástica.

—No, mi amor... —contestó Justina, y a modo de explicación, le dijo a Barto—: Yo le he contado todo sobre las tropas enemigas.

—¿Es Mogli, «el sanguinario»? —preguntó Luz aterrada, provocando otra carcajada a Bartolomé.

—No, Lucecita, el señor es un... juez —dijo Justina, con doble intención, mirando a Barto—. Él juzga... juzga lo que está bien y lo que está mal. Él decide quién vive y quién no.

—¿Es malo? —preguntó Luz, que tenía sólo dos catego-

rías para encuadrar a la gente: malos y buenos, amigos y enemigos.

—Soy justo —replicó Bartolomé, pero era una respuesta más bien dirigida a Tina—. Y no soporto la mentira.

—¿La guerra va a terminar, señor juez? —preguntó Luz angustiada. Era la primera vez que veía a un ser humano, además de su madre y los actores de las películas que miraba con avidez.

—¡La guerra! —exclamó Bartolomé, y miró a Justina—. ¿Estamos en guerra?

—Mi hija sabe perfectamente que afuera hay una guerra —dijo ella, y Bartolomé registró que, allí abajo, no pronunciaba exageradamente las erres.

—¡Estoy harta de esa guerra! —se quejó Luz—. Quisiera salir y ver el sol... Nunca lo vi.

—¡Tiene diez años y nunca vio el sol! Qué locura esta guerra, ¿no?

—Por favor, señor juez, no nos delate —suplicó Justina, y continuó, con su velada amenaza—. Si no, van a ser varios los que no van a ver más la luz del sol.

—Aprovechen lo poco que queda para dormir y descansen tranquilas, más tarde hablamos... señora —les recomendó, fulminando con la mirada a Justina, y se retiró.

Pero en verdad, con motivo de tantas revelaciones y sobresaltos, **nadie volvió a dormirse**. Ni Nico y su equipo pegaron un ojo ante el descubrimiento de la totecona, ni Bartolomé pensando en la traición de Tina, ni ésta pensando en las represalias que tomaría su amo. Tampoco durmió Luz, excitada por la fiebre y por haber visto por primera vez a un ser humano distinto de su madre. Tampoco durmió Malvina, que aún no había podido incorporarse del piso ni pedir ayuda. Todos los chicos estaban excitados por lo que se habían animado a hacer y, a la vez, asustados, pensando con qué nuevo plan arremetería Barto ahora que uno de sus secretos había sido descubierto. Tampoco dormía Thiago, pen-

sando en lo que había visto, enojado por la ingratitud que veía en los chicos y, sobre todo, molesto por la vehemencia con la que Mar defendía a Rama. Tampoco durmió Cielo, que no dejó de dar vueltas en su cama: encontrarse de pronto con el taller había sido impactante, pero ya se le había ocurrido una idea para hacer algo al respecto. En realidad lo que no la dejaba dormir era otra cosa... Sentía que algo más se le estaba escapando y no llegaba a comprender de qué se trataba.

A la mañana siguiente, lo primero que vio Bartolomé al bajar las escaleras fue a Justina, que más oscura que nunca lo miraba, cruzada de brazos en la sala. Con una tensión creciente, se hablaron sin dejar de mirarse a los ojos, mientras él bajaba las escaleras.

—Buenos días, Justina. ¿Qué tal? ¿Hay sol? —preguntó con ironía Bartolomé.

—Para los que no están presos, sí —replicó ella renovando su amenaza de denunciarlo si él se metía con su Lucecita.

Sin dejar de amenazarse solapadamente, avanzaron hacia el patio cubierto. A su paso, Bartolomé tomó el diario que estaba sobre una mesa.

—¿Alguna novedad sobre el descubrimiento que hizo anoche la camuca arribista? —preguntó Justina con la esperanza de que las cosas volvieran a la normalidad, pero Bartolomé no estaba dispuesto a pasar por alto su propio descubrimiento.

—¿Qué cosa, no? La gente que guarda secretos en los *sótanos* de su memoria... y no puede sacarlos a la *luz*... Es muy retorcido, ¿no, Medarda?

—Tan retorcido como sacar los trapitos al sol —replicó Tina.

—*¡Guerra en África, che!* —exclamó sarcástico Bartolomé, mientras hojeaba un poco el diario, al mismo tiempo que caminaban—. *¡Qué cosa la guerra!, ¿no? Hay chiquitos que nunca llegan a ver la luz, un horror...*

—Hay gente que pierde la libertad, otro horrrror —dijo Justina dejando las ironías de lado y amenazándolo frontalmente.

La tensión, las indirectas y las advertencias se cortaron en seco cuando empezaron a oír ruidos y la voz de Cielo, que provenían del taller de los juguetes. Ambos se asomaron y quedaron demudados ante lo que vieron: con la ayuda de los varones, entre todos estaban arrancando las tablas de madera que cubrían las ventanas para que el taller no fuera visto desde afuera. Mar y Jazmín juntaban la mugre acumulada, mientras corrían las máquinas, haciendo espacio. Barto entrecerró sus ojos para defenderse de la luz del sol. Por primera vez, en años, entraba en el taller de juguetes.

—¡Sí, señor! ¡Luz del sol para todo el mundo! —exclamó Cielo feliz, y los vio—. Don Barto, doña Urraca, miren lo que estamos haciendo...

—Vemos, vemos... —dijo Barto demudado.

Cielo les contó que pensaban convertir ese lugar lúgubre en algo mucho más alegre. Habían colocado el horno de cerámica en un pequeño patiecito que había en el fondo del taller, y habían dejado las máquinas ahí apiladas; si alguien quería aprender el oficio, podría hacerlo. Pero ahora que ella había descubierto ese lugar, tenían el espacio que necesitaba, y no tenía antes, para sus clases de baile, que retomarí­a ese mismo día. Ahora, al abrir la puerta trampa, uniendo el taller con el patio cubierto, quedaba un amplio espacio en el que podían hacer de todo. Señaló a Lleca, Alelí y Monito, que empezaban a pintar con colores las paredes. Usaban con energía sus manos y también varios pinceles, se encastraban, estaban todos felices y entusiasmados.

Barto aplaudió chiquito, fingiendo alegría, y se alejó con Justina pisándole los talones.

—Mientras usted y yo nos desgarrrramos en un guerra interna, la camuca avanza, ¡señorrr! ¿Vio lo que hizo con nuestro bienamado tallerrr? ¿Vio cómo se insuborrrrdinan los rroñosos? Señor, le está temblando el pulso, ¿no cree que es hora de poner en caja a esta chiruza?

—En eso estamos de acuerdo, Justin —dijo Bartolomé ya con otro tono de voz—. No sólo llegó la hora de ponerla en caja, sino de ponerla en *una* caja. Es tiempo de que, por

fin, no quede un solo Inchausti vivo. Tene razón, **estamos en guerra** —aseguró, y se fue sin agregar una palabra más.

Justina se quedó sola, en medio del patio. Un río de hielo le recorría la espalda.

Thiago estaba un poco arrepentido de su exabrupto con los chicos. No pensaba en realidad las cosas que les había dicho, pero estaba enojado con Rama por haberles arruinado a todos la posibilidad de estudiar, y por eso había reaccionado como lo hizo. Los chicos, por su parte, se habían ofendido y lo ignoraban; era como si no existiese.

Unos días después de aquella noche en la que descubrieron el taller, Thiago vio a Rama y a Tacho acarreando pinturas hacia el patio cubierto, les ofreció su ayuda como **un intento de acercamiento**, pero ellos lo rechazaron dejando en claro que no tenían ningún interés en reconciliarse. Thiago abrió la puerta para salir a la calle y se topó con Tefi, que llegaba llorando. Pensó que era por la charla que habían tenido la semana anterior, en la que ella le había planteado, luego de una gran cantidad de rodeos y digresiones: «¿Qué somos, Thi?»

Thiago no tenía una respuesta para eso, por eso no contestó, y su silencio fue tomado como un «somos novios». Entonces tuvo que aclararle que, si bien lo habían pasado muy bien ese tiempo, él no deseaba ponerse de novio con ninguna chica. Tefi había desaparecido tras ese desaire, para reaparecer ese día, una semana después, llorando. Thiago sintió que toda la diplomacia que no había tenido aquel día debería usarla ahora, pero se sorprendió al ver que no era ruptura el motivo del llanto de ella.

La chica le explicó que unos meses antes de cumplir los

once años sus padres le habían preguntado qué quería de

regalo, el viaje o la fiesta, y ella, obvio, había elegido el viaje;

la fiesta era re grasa, y el viaje era lo más. Cuando llegó su

cumpleaños, había viajado con su madre, Dolo y Delfu a Miami y Orlando, y lo habían pasado súper súper bien.

—No entiendo por qué lloras, Tefí... —la interrumpió Thiago.

—Porque ahora Dolo y Delfu igual van a hacer fiesta, y no es justo, porque ellas también eligieron viaje; sin embargo sus padres igual les hacen fiesta, ¡y mamá no me quiere hacer fiesta! —estalló en llanto Tefí.

—Bueno, Tefí... pero ya tuviste tu viaje... —intentó contenerla él.

—¿Pero por qué no puedo tener fiesta igual? Una reunioncita aunque sea... Pero no, mamá dice que en casa no hay lugar, y que me voy a quedar sin fiesta... ¡Todo por no tener lugar! —deslizó, finalmente, el motivo de su presencia allí.

Su intento de acercamiento tenía un doble objetivo. Necesitaba conseguir un lugar donde festejar su cumpleaños. Era cierto que su madre se negaba a llenar su casa de chicos pero, además, desde el día en que Thiago le manifestó que no quería ser su novio, lo único que Tefí había hecho fue esperar a que sonara su teléfono. Deseaba escuchar la voz de Thiago, arrepentido, diciéndole que quería ser su novio. Como eso no había ocurrido, decidió generarlo ella misma, pues como había leído en un libro re interesante, el destino se lo hace uno mismo.

Tefí quería que Thiago se conmoviera con su relato y le ofreciera su casa para hacer allí la fiesta. Sería un acto inequívoco de amor con el que terminaría, finalmente, aceptando que la amaba con locura y que lo único que quería era ser su novio. Sin embargo, Thiago no le ofreció su casa, y mucho menos le dijo que quería ser su novio.

Cielo y los chicos estuvieron unas tres semanas reacondicionando el antiguo taller de los juguetes, para transformarlo de un lugar lúgubre y siniestro, en uno luminoso y cálido. A los chicos les extrañaba mucho que Bartolomé lo

hubiera permitido, ignoraban que él estaba ocupándose de otros menesteres. Una vez más, gracias a Cielo, la Fundación se había vuelto un espacio un poco más feliz. Sin embargo, ella notaba que la tensión entre Thiago y los chicos no había cedido, aunque había registrado los intentos de acercamiento por parte de él.

Una tarde, en el momento en que ella acarreaba un gran equipo de música que había restaurado, Thiago se ofreció a ayudarla. Mientras caminaban hacia la flamante sala de baile, Cielo le preguntó por qué no se amigaba con los chicos, y él le explicó los motivos de su reacción, sobre todo con Rama; pero también reconoció la negativa de ellos a fabricar juguetes encerrados en ese lugar oscuro. Cielo lo invitó a las clases de canto y baile que ella estaba retomando, con la idea de continuar con la banda que habían comenzado el día del festival, pero Thiago sintió que no sería bienvenido.

—Los chicos me tratan con un poco de distancia —explicó.

—¡Entonces acorta las distancias! —le aconsejó ella y le sugirió una idea—. ¿Sabes que la semana que viene es el cumpleaños de Mar? Cumple quince años, es un buen momento para acercarte, ¿no?

A Thiago le encantó la idea, y creyó que organizándole un festejo volvería a amigarse con ella y con todos los chicos. Llegaron a la sala de baile donde estaban ultimando los detalles, todos miraron con recelo a Thiago mientras depositaba el equipo de música. Cielo, con naturalidad, le pidió a Mar que fuera hasta la cocina a buscar un alargue, y apenas salió, le dio el pie a Thiago para que hablara.

—Chicos, Thiago tiene una idea para proponerles —dijo guiñándole un ojo. Todos lo miraron con algo de desdén.

—Como la semana que viene es el cumple de quince de Mar... se me ocurrió que le podíamos organizar una fiesta sorpresa.

—Yo ya le estoy organizando una fiesta —dijo Rama, seco.

—¡Bueno, sumamos la tuya a la de Thiago y le hacemos un fiestón sorpresa! —acotó Cielo.

—¿Y tu viejo nos va a dejar hacerle la Tiesta acá? —preguntó Tacho.

—Obvio, Tacho... —dijo Thiago, le seguía molestando que pensarán tan mal de su padre.

—¡Diganlé que sí! —suplicó Monito—. ¡Con Thiago vamos a conseguir mejor morfi, panchos!

—Listo boncha —cerró el acuerdo Lleca.

—Cállense que ahí vuelve —dijo Jazmín al ver regresar a Mar con el alargue.

Ella miró a todos, que en ese momento disimularon bastante mal. Sin embargo, lograron mantener el secreto, y lo que iba a ser un sencillo festejo se fue convirtiendo en una gran fiesta. Aunque Thiago les reiteraba que su padre no se opondría a festejarle el cumpleaños, los chicos tenían sus dudas, y mucho les extrañaba lo desaparecido que estaba Bartolomé desde la noche en que el taller había sido descubierto.

No era el hallazgo del taller por parte de Cielo ni su propio descubrimiento de la existencia de Luz lo que ocupaba a Barto ahora, si bien aún no lo había decidido, ya resolvería cómo desembarazarse de ambos problemas. Lo que lo había absorbido todos esos días era **otro descubrimiento** que hizo al día siguiente del temblor.

Aunque Cielo era la mucama, Justina no permitía que tocara nada de su señor: ni la ropa, ni la comida, ni la habitación, ni el escritorio. Justina se ocupaba de todas sus cosas. Pero desde el enfrentamiento que tuvieron por Luz, como represalia, había dejado de hacerlo, con lo cual el propio Bartolomé debió ordenar el caos que había quedado en el escritorio tras el temblor. Muchos libros habían caído, y en eso estaba, levantándolos del piso y acomodándolos, cuando descubrió un pesado cofre que nunca había visto antes. Se preguntó qué sería eso, no era suyo y presumió que estaría allí desde los tiempos del finado Inchausti. Al levantarlo vio que se había abierto, y en el interior había una extrañísima llave de metal, alargada, con un símbolo en la empuñadura.

No era una llave común, de una puerta común; tal vez fuera la llave de la ciudad, que alguna vez le habían dado al viejo Inchausti. Pero Bartolomé reconoció el símbolo de la empuñadura de la llave, una especie de escudo apoyado sobre un par de alas. Tardó unos segundos en recordar de dónde lo conocía, y con una exclamación de júbilo, corrió a la parte de la biblioteca que estaba detrás de su sillón. Había allí, detrás de unos libros, a la altura de sus ojos, una ranura debajo del mismo símbolo, tallado en la madera de la biblioteca.

Bartolomé la había descubierto muchos años antes y

había pensado que se trataba de una caja de seguridad dorada :- la vieja Amalia, tal vez, guardaba dinero, pero nunca ha podido abrirla. El cerrajero al que llamó le había dicho que eso no era una caja de seguridad, ni siquiera era una puerta. Se había olvidado del asunto, hasta ese día.

La concordancia de los símbolos era auspiciosa... Me la llave en la cerradura, ¡y entró! Con gran expectativa _ hizo girar, se oyó un clic, y para su sorpresa, toda la pared giró sobre su eje, como una puerta giratoria, y de pronto Bartolomé se encontró en el interior de una habitación secreta, justo detrás del escritorio en el que se había sentado durante tantos años.

La habitación era cuadrada; las paredes, salvo la giratoria, que era una pared biblioteca, estaban revestidas con unos paneles cuadrados, de unos treinta por treinta centímetros, de todos los colores, y en el centro de la habitación había una pequeña tarima, y sobre ésta, un extraño objeto que al principio Bartolomé no reconoció. Hacía mucho frío y olía a encierro.

Bartolomé estaba exultante; creyó, por fin, haber descubierto la bóveda de seguridad, donde la vieja guardaría muchos millones, y se entusiasmó con la idea de poder mandar todo al diablo y salir a recorrer el mundo en velero. Sin embargo, no había millones a la vista, sólo ese objeto, al que Bartolomé se acercó para mirar de cerca, y se llevó una gran sorpresa al ver que se trataba de un Simón, un juguete muy popular de los años 80, que consistía en imitar una secuencia de sonidos y colores que el juguete producía.

—¡Viejo loco! —exclamó, no sin fascinación, Bartolomé.

Una vez más comprobaba que la mansión era una caja de sorpresas, repleta de puertas trampas y pasadizos secretos. El viejo Inchausti había sido un niño grande, inventor, que se divertía con esas cosas. Intentando seguir la lógica del viejo Inchausti, Barto entendió que había protegido sus millones con ese Simón, y que tal vez, jugando, y logrando ganarle, las arcas se abrirían para conducirlo derecho al velero.

Lo encendió y, para su sorpresa, el juguete funcionaba a la perfección. Comenzó una partida, el Simón encendió la tecla roja, haciendo un sonido. Bartolomé lo imitó... y así, repitió la secuencia que el juguete proponía durante varias movidas, hasta que se equivocó y escuchó el característico sonido que señalaba un error. De pronto uno de los paneles cuadrados que revestían las paredes se abrió y salió un enorme puño montado sobre un mecanismo retráctil, que le dio un fuerte golpe a Bartolomé en la nuca.

—¡What the hell! —exclamó dolorido y se frotó el lugar donde había recibido el golpe.

El mecanismo del puño se retrajo y la tapa de madera se cerró. Bartolomé maldijo al viejo loco e hizo otro intento. Esta vez perdió a las pocas movidas, y se agachó para evitar el puño, pero se abrió una tapa cuadrada, de otra pared, y otro puño, al ras del suelo, le pegó una fuerte trompada a la altura de los riñones.

Durante varios días volvió a entrar en la habitación secreta a enfrentarse con el Simón y los puños, sin mejores resultados. Pasaba largas horas, día y noche, allí encerrado, obsesionado con ganarle. Hasta que un día recordó que Malvina, cuando era chiquita, había demostrado ser una talentosa jugadora de Simón. Su hermana nunca había servido para nada, pero ningún Simón se le resistía.

Corrió a buscarla. Malvina aún tenía yeso en la mayor parte de su cuerpo, aunque ya le habían retirado algunas vendas de la cara. La sentó en la silla de ruedas, con una pierna aún estirada por completo por el yeso, y con la ayuda de Cielo la bajaron. Cielo opinó que era pronto para sacarla de la cama, pero Barto adujo que la bólide necesitaba estar más acompañada. Despidió a Cielo y se encerró con Malvina en su escritorio. Pegó la silla de ruedas a la biblioteca y accionó la llave, Malvina pegó un grito cuando giraron junto con la pared. La pierna extendida se trabó cuando completaron el giro, y Bartolomé tuvo que hacer un gran esfuerzo para destrabarla, mientras le tapaba la boca para acallar sus gritos.

Finalmente logró hacerla entrar en la habitación secreta, y la colocó frente al juego.

—¡Hace lo que sabes hacer, bóvida! —la animó, y Malvina se puso a jugar.

—Medio que le perdí la mano, Barti —explicó ella tras fracasar tres veces.

El puño siempre aparecía desde un lugar diferente, y siempre le daba a Bartolomé. Pero finalmente Malvina logró vencer al Simón, que empezó a hacer una serie de sonidos festivos.

Mientras Malvina y Barto festejaban como dos chicos victoriosos, dos paneles cuadrados se abrieron, y asomó un estante con un viejo teclado de computadora y un monitor, que estaba ornamentado como un monstruo dentado. Un cursor que titilaba era la señal evidente de que estaba encendido.

—¿Una computer? —dijo Malvina extrañada.

—Del año del jopo, y disfrazada de juguete... —agregó Bartolomé más extrañado aún—. ¿Qué significa todo esto?

—Es tipo una escultura, Barti... —arriesgó Malvina—. Tipo con mensaje, ¿you know? Quiere decir algo así como que la tecnología es tipo un monstruo... un monstruo que devora... ¿Devora los monitores?

—¡No, bóvida, acá hay algo gordo! Si no, ¿para qué el viejo loco metió una computer en este escondite y la protegió con un Simón? —le preguntó para hacerla entender de qué se trataba, y ya se envalentonó—. ¡Ah, no, a mí ni me pongas un misterio adelante, porque no me muevo hasta que no te lo resuelvo!

Bartolomé agradeció a Malvina por los servicios prestados. Cuando intentaba sacarla de la habitación, nuevamente se trabó su pierna enyesada con el borde de la pared giratoria, pero pudo destrabarla a tiempo y la condujo a la sala, donde la esperaba Nicolás, que había ido a visitarla.

Bartolomé volvió a su escritorio y cuando iba a hacer girar una vez más la pared, apareció Justina, increpándolo.

—¡Hablemos, señor!

—No tenemos nada de qué hablar —dijo él, no tanto por

el enojo sino por la urgencia por regresar a la habitación y descubrir para qué servía esa computadora.

—¡Usted y yo vamos a hablarrrr y rresolver este entuerrrrto! —prosiguió ella—. Yo le aseguro que mi Lucecita no va a ser un estorbo para usted y su herencia.

—Eso te lo aseguro yo. Ahora retírate, Medarda.

Ella se fue, mascullando impotente, y él entró raudo en la sala secreta. Pero como Justina había decidido que resolverían ese asunto en ese momento, retrocedió y volvió a entrar. Se quedó dura al ver cómo la biblioteca terminaba de cerrarse y que Bartolomé había desaparecido tras ella. Ofuscada, pero no sorprendida, pues nadie más que ella sabía que la casa estaba llena de puertas y pasadizos secretos, buscó en la biblioteca alguna palanca o mecanismo que volviera a abrirla. Le llevó varios minutos encontrarla, pero la halló: un falso libro. Lo movió y la biblioteca volvió a girar; del otro lado, Bartolomé se pegó un susto épico.

—¡Me diste un susto de la gran siete, chitrula!

—¡Con que secretitos, don Bartolomé! —dijo ella indignada.

—¡Habló la reina de los secretos! —replicó él—. ¿Conorías este secreto, Medarda?

—No —respondió ella examinando el lugar—. Pero deben r cosas del finado viejo loco. ¿Qué es eso? —preguntó señalando la computadora.

—No lo sé, una computadora del tiempo de Ñaupá. Pero no hace nada... —dijo apretando varias teclas a la vez—. Creés que esto será una caja de seguridad? ¿Habrá dinero escondido acá?

—Busquemos señorrr, busquemos mientras limamos asperezas —propuso ella, y lo miró—. ¿Qué son esos moretones que tiene en la cara?

—¡Locuras del viejo loco! Cada vez que haces algo mal, sale un guante y te da un sopapo... —explicó—. Dale, Justin, :ipeá, tipeá, vos...

—Qué cortés... —ironizó ella, entendiendo que él la mandaba a la vanguardia para evitarse los sopapos.

—¿Me está diciendo descortés, *señora traición* —res pondió él.

—No se preocupe, mi señor, lo descortés no quita le cobarrrrde —y se puso a investigar la computadora mientras Bartolomé aún pensaba en el significado de su ironía.

250

Capitulo 07
Sorpresa tras sorpresa

La noche previa al cumpleaños de Mar, Thiago estaba guardando en la heladera la comida que habían comprado para **la fiesta sorpresa**. Nacho estaba con él, hablanle sin ayudarlo, rogándole que lo invitara a la fiesta para poder volver a abordar a Jazmín; estaba convencido de que le faltaba muy poco para lograrlo, cuando de pronto se oyó un grito muy agudo detrás de ellos. Ambos giraron, allí estaba Tefi.

—¡Naa, me muero! ¡No escuché nada, no escuché nada! —dijo Tefi haciendo el ademán de irse.

Thiago la miró sorprendido, sin imaginar lo que estaba entendiendo Tefi, quien no pudo contener tanta felicidad y entonces volvió sobre sus pasos para abrazarlo.

—¡Sos un dulce, Thi, no puedo creerlo!

—¿De qué hablas, Tefi? —preguntó él.

—Ay, me muero, qué tierno... Quiere seguir con la sorpresa —dijo Tefi mirando a Nacho—. ¡Qué guardado te lo terías, Nach, eh! ¡Bueno, me voy, me voy, no escuché nada! —chiló, radiante, y se retiró.

Pasados unos minutos y tras atar algunos cabos sueltos, Thiago empezó a comprender el equívoco, y necesitó correr; orar con Nacho lo que estaba pensando.

—¿Creyó que la fiesta sorpresa es para ella?

—Sí, man —le confirmó Nacho.

Thiago sintió que sería muy desagradable tener que aclararlo, pero no tenía opción, y salió tras Tefi, pero desde el pasillo que conducía a la sala, la oyó, histérica y chillando, hablando con su padre.

—¡Gracias, Barti! Son unos dulces... —la oyó decir.

—Vos también, Tefita, sos una sweety. ¿Pero por qué me agradeces?

—¡Ay, no, me muero, vos también disimulas! —se entusiasmó Tefi—. Ya me enteré, Barti, me enteré de que Thi me está organizando una fiesta sorpresa acá, por mis quince.

—¿Quién la paga? —fue la pregunta brutal de su padre, siempre tan monotemático.

Por toda respuesta, Tefi se rio, y se alejó diciendo «¡no escuché nada, no escuché nada!»

Bartolomé se encaminó hacia la cocina, molesto con la idea de que su hijo gastara en fiestas sorpresa para sus noviecitas. Justo se encontraron a los pocos pasos.

—¿Cómo que le organizaste una fiesta a la chiquita de Elordi che? ¿Hicieron vaquita, pagan entre todos?

—No, es una confusión, papá —aclaró Thiago—. Tefi nos escuchó organizando una fiesta sorpresa, pero es para Mar.

—¿Qué Mar? —preguntó Barto absorto.

—Mar... Marianella cumple quince años mañana, ¿no sabías?

—¡Decime que no pagaste los saladitos con la extensión de la tarjeta! —se alarmó Bartolomé.

En ese momento reapareció Tefi, aún excitada, y dijo:

—Thi, me encanta la sorpresa y el gesto, y voy a hacer como que no sé nada, pero ¿tipo a quién invitaste?

—A los chicos de la Fundación... —contestó Thiago, como una manera de comenzar a aclarar la confusión.

—¿Qué? —se horrorizó Tefi.

—¡Te está cachando! —intervino Barto—. Invitó a todo el colegio a tu súper híper fiesta sorpresa. ¡Ahora go, go! Vaya chinita, así nos ocupamos de la fiesta acá...

—¿A Dolo y Delfu también las invitaron, no? —chequeó Tefi.

—¡Por supuesto! —respondió Barto ya con impaciencia, mientras la empujaba—. Ahora ¡go!

Y Tefi se fue, dando un alarido de felicidad. Thiago miró a su padre.

—¿Qué haces, papá?

—¿Qué haces vos, chambón, organizándole fiestas a Marianella?

—Es el cumple, y todos vamos a darle una sorpresa... —¿Cuándo vas a entender que no les haces ningún bien acercándote a ellos? ¿No te alcanzó con lo del Rockland para entenderlo? Ustedes pertenecen a mundos diferentes, hablan listintos idiomas, entendolo de una vez, ¡por favor! —Thiago quiso irse y él lo detuvo. —¿A dónde vas?

—A frenar a Tefi, tengo que decirle que la fiesta no es para ella.

—Por supuesto que la fiesta es para ella —dijo Barto con

veridad—. ¡Ellos son *tu* gente, con ellos haces fiestas, y

¡para las hará con *su* gente! —sentenció, y giró con la inten-

ción de retirarse, pero se dio vuelta y agregó, medio de cos-

ta—: ¡Y que todos colaboren con los gastos, che!

Thiago intentó hablar con Tefi, pero su teléfono dio ocuio durante dos horas seguidas, pues estaba llamando ella sama a todos sus compañeros, para chequear la presencia cada uno en la fiesta sorpresa. A medida que le repetían e no estaban al tanto de la fiesta, ella más refirmaba que trataba de una sorpresa y más amaba a Thiago. Si Thi oía tenido semejante gesto, era, sin dudas, porque quería ver con ella y, ahora sí, ser novios oficiales. Y nadie deberperderse esa fiesta.

Cuando se hartó de llamarla sin éxito, Thiago miró su j. Eran las doce menos diez, en diez minutos comenza z el cumpleaños de Marianella.

Rama estaba en la sala de baile, donde aún había olor a

zTura, rasgando una guitarra, mientras pensaba que ya

--- mpo de dejar de ser un nene asustado. Veía cómo

avanzaba decidido en la organización del cumplea-

Mar, con la clara intención de seducirla. No podía cul-

l hacía lo mismo, aunque se esforzaba por ocultarlo,

Oraba. La trataba amistosamente, y desde que él había

pálido en su defensa la noche del episodio del vestido, ella

lo había adoptado como su mejor amigo. Sentía que la defraudaría si le confesaba que en realidad le gustaba como mujer, y lo que quería era besarla, además de escucharla con oreja de amigo. A pesar de sus múltiples dudas, algunos gestos tiernos por parte de Mar lo impulsaban a creer que su amor era correspondido.

—¡Vos no sos más lento porque te falla el burro de arranque! —le dijo Mar un día mientras pintaban la sala de baile.

Esa expresión en Marianella era bastante tierna, pensó él. Y al referir a su lentitud, entendió que ella lo estaba animando a que por fin la abordara. Con muchas dudas, cavilaciones y dolores de panza, había decidido por fin hacerlo. Ésa era una gran decisión para un pequeño hombre, ya que el amor, para Ramiro, era algo cargado de angustias y ansiedades. Para él, querer implicaba abrir el juego a la posibilidad del abandono, y eso le resultaba intolerable. Pero más intolerable le parecían las aceleraciones de su corazón cada vez que veía a Mar, y pensar día y noche en ella, en sus ojos, en su olor. Debía hacer algo con lo que sentía, y lo haría ya, esa noche. Por eso decidió que justo a las doce, sería el momento ideal.

Miró su reloj y su corazón se aceleró, generándole una sensación de vacío en el estómago: faltaba sólo un minuto para las doce. En el lapso de ese minuto, pensó varias veces en abandonar su empresa, y varias veces se obligó a persistir en su determinación. Cuando por fin su reloj dio las doce, decidió esperar cinco minutos más para no parecer tan desesperado.

Cuando el reloj marcaba las doce y cuatro minutos, decidió hacerlo ya o enloquecería, y armándose de valor, salió hacia el patio cubierto, dispuesto a confesarle a Mar lo que sentía.

Pero al llegar a la puerta de la habitación, se le estrujó el corazón. Alguien había tenido la misma idea, y se le había adelantado. Thiago estaba sentado en la cama junto a Mar que, aunque aún estaba algo molesta con él, se sentía muy halagada con su gesto. Marianella tenía razón, él no era más

lento porque le fallaba ese burro del que siempre hablaba ella. Frustrado y enojado consigo mismo, se alejó, para no seguir sufriendo el sinsabor de su cobardía.

Dentro de la habitación, Mar se esforzaba por encontrarle algo negativo a cada gesto de Thiago. «Sí, me vino a saludar, pero no me trajo ni un mísero regalo», dijo una voz dentro de su cabecita, y en ese momento Thiago sacó un paquete.

—Espero que te guste —le dijo.

Ella lo abrió con torpeza. Excepto por algunas prendas de ropa que Cielo le había dado, era el primer regalo que recibía en su vida. Se extrañó un poco al descubrir que era un teléfono celular.

—Es con tarjeta —explicó Thiago—. Pero yo todos los meses te voy a dar una... Vas a poder hablar con quien quieras, cuando quieras...

Mar miró el celular, muy sorprendida, era un regalo impensado para ella, sin embargo persistía en buscarle una quinta pata al gato para no ilusionarse con él. «Regalo de :heto», pensó. «Además, si me vas a regalar algo, ponete un poco de onda».

—Pero, más que nada... te lo regalo para que puedas hablar conmigo —continuó él—. La verdad, me encantaría hablar con vos todas las noches antes de acostarme, por ejemplo.

Ella se enterneció ante esa declaración, pero de inmediato esa vocecita molesta señaló: «Claro, te hace regalos aros y te dice palabritas lindas... El nene bien quiere encanillar a la pobretona. Si de verdad te quisiera, te habría regalado algo más romántico».

Y en ese momento Thiago sacó un rosa que escondía en espalda y se la entregó.

—Feliz cumple, Mar —le dijo con mucha dulzura y sin itridencias.

Ella balbuceó «gracias», mientras miraba la flor. Lo vio rarse para irse, y la vocecita volvió a decir: «Bue, pura Cabrita, regalito, florcita, pero no te da ni un beso». Y como

si la escuchara o le adivinara cada pensamiento, Thiago volvió y sin darle tiempo a nada le dio un beso en la mejilla.

—Feliz cumple —repitió, y se fue.

Marianella quedó flotando en las nubes. Thiago había sido el primero en saludarla, a las doce en punto; le había regalado un celular para estar comunicados, y una flor. Y le había dado un beso muy tierno.

«Si te quisiera tanto, al menos te habría organizado una fiesta sorpresa.» Entonces Marianella se hartó de tantos pensamientos negativos e hizo callar con un golpecito en su sien esa voz que le boicoteaba esa increíble felicidad.

Al día siguiente Bartolomé atravesó la sala, donde ya comenzaban los preparativos para la fiesta; se cruzó a su paso con Nacho y le preguntó si el DJ era algún amiguito de ellos.

—No, lo contrató Thiaguito, man. Es un fuego ese DJ...

—Ah, genial, genial... Bueno, lo pagarán de la vaquita —intentó contentarse Bartolomé—. Diviértanse... Cuando mpiece a sonar la **música disco**, vengo a sacarle lusre a la pista, ¡che!
—lo codeó en compinche, y salió contoneándose como un púber hacia el escritorio.

En realidad esa noche ni la fiesta, ni los gastos lo preocupaban demasiado. Estaba obsesionado con la habitación secreta que había descubierto. Entró en el escritorio, allí lo esperaba Justina, con quien ya estaban en buenos términos, simplemente omitían hablar del secreto del sótano.

—Preparé un tentempié —dijo ella señalando una banieja—. Paté de foie como le gusta, unos pistachos, nueces, un poco de Hesperidina para calentar un poco los huesos...

—Es cierto, qué fresquete que hace ahí adentro —dijo
Bartolomé, pasando por alto el contenido afrodisíaco del tenempié.

Activaron la pared giratoria, y entraron en la habitación secreta.

Thiago fue a la sala de ensayos, donde los chicos tenían retenida a Mar. Cielo estaba con ellos, y la entrada de Thiago era el código convenido para llevar a Mar hacia la sala y sorprenderla. Thiago no se había animado a contarles a los chicos el equívoco que se había producido con Tefi, confiando

en que podría aclararle a ella la confusión a tiempo, pero n había podido hablarle en todo el día Si no estaba en la peluquería, estaba con la modista, o con la maqmladora Cada vez que había hablado con Julia, ella le había pedido que le agradeciera a su padre el hermoso gesto de prestarle la casa para la fiesta de su hija

—Yo mando dos tortas, no te preocupes por lo dulce —le dijo la madre de Tefi, y Thiago ya no se sintió capaz de rectificar el error

Tironeado entre sus dos mundos, esperaba que ni lo chicos ni Mar se enojaran por compartir la fiesta con sucompañeros Intentó anticipárselo a Rama mientras avar zaban todos llevando a Mar con una excusa, pero tampoco llegó a hacerlo Apenas entraron en la sala y Mar vio la deco ración, la comida y el DJ, sintió que una vez más Thiago había contradicho a esa molesta vocecita de su cabeza Giro emocionada, y le pregunto

—¿Vos organizaste esto para mí

—En realidad —comenzó a hablar Thiago, con la intención de comunicarles que serían dos las homenajeadas, pero en ese momento entraron, en tropel, Tefi y una horda de amigos Tefi empezó a chillar, sobreactuando como si se tratara de una sorpresa de la que no tenía ni idea Vio a Thiago y se le colgó del cuello

—¡Te amo, gordo, sos lo más! |Me muero con la fiesta sorpresa que me hiciste!

Muy incómodo, Thiago vio los rostros desencajados de todos los chicos, de Cielo, y sobre todo de Mar Tefi los miró

casi con asco

—¿De verdad los invitaste a ellos Estaría bueno que se bañen si van a estar en mi fiesta, ¿no —dijo riendo y se alejó, para saludar a Dolo y Delfu que acababan de entrar

—¡ Soy una perna mal tuneada! —exclamó Mar con mucha vergüenza— |¿Cómo voy a pensar que me organizaste una fiesta a mí?!

Y se fue casi corriendo Thiago se quería morir, miró a Cielo, pidiendo ayuda

—¿Qué hiciste, Thiago? —preguntó ella, confundida.

—Fue un error... Es largo de explicar, ¿pero no podemos festejar todos juntos?

—No, deja, festeja vos con tus amigos, nosotros vamos con Mar a la sala de baile —dijo Tacho, y miró a Jazmín, que contemplaba a Nacho.

Tacho sintió una súbita oleada de bronca; desde aquel beso, Jazmín se había negado a volver a besarlo, y ahora, además, volvía a mirar a Nacho.

—Vamos, ¿o te querés quedar acá a ver si te da bola algún cheto? —le preguntó con bronca.

—Sos un idiota —le respondió Jazmín, y luego miró a Thiago—, y vos también.

Todos se fueron al patio cubierto, estaban furiosos con Thiago. Mientras tanto Mar se había encerrado en el baño, seguramente para llorar a solas. Detrás vino Cielo con Thiago, quien ya le había explicado cómo se habían sucedido los hechos.

—Chicos, Thiago lo hizo por una buena causa... La fiacucha esa, Tefi, tampoco tuvo su fiesta, y él quiso darle una sorpresa a las dos, ¿está mal?

—Nos hubieras avisado, Thiago —dijo Rama.

—¿No podemos ir todos allá, y divertimos todos juntos? —medió Cielo, y fue hacia la puerta del baño y golpeó—. Mar, mi amor... la fiesta también es para vos. Thiago y los chicos la organizaron... Aunque claro, Thiago billetera pagó todo. Pero es para vos también.

—No, es para la novia de Thiago —respondió Mar sin abrir la puerta.

—Tefi no es mi novia, y era para vos esta fiesta —aclaró él.

Cielo prometió intentar convencerlos, y Thiago volvió a la sala. Mar salió del baño, nadie le dijo nada, pero era evidente que había estado llorando.

—No te pongas mal, Mar... Vamos a festejar nosotros —le dijo Jazmín.

En ese momento apareció Nacho, radiante.

—¿Qué hacen acá? —preguntó, y miró a Jazmín—. Gitanita, te estoy esperando, man... Vos y yo vamos a dar cátedra de baile.

—No, yo voy a festejar acá el cumple de Mar.

—Anda si querés, Jazmín, yo me voy a dormir —dijo Mar.

—No, ¿por qué? —repuso Rama—. Vos vas a tener tu fiesta.

—Y vos también, gitanita —agregó Nacho, a cuento de nada.

—¡Raja de acá, chabón! —dijo Tacho en tono amenazante.

Cielo le pidió a Nacho que se fuera, y luego intentó convencer a Mar de que no se perdiera su fiesta. Thiago se había mandado un moco, pero sus intenciones habían sido buenas. Mar entonces confesó que no quería pasar vergüenza con esa ropa ante las chetas.

—Eso tiene solución —aseguró Cielo.

Evitando pasar por la sala, fueron por el ala de servicio hasta la planta alta, y se escabulleron en la habitación de Malvina, que ya estaba bastante recuperada y hasta había ido a cenar a la casa de Nico.

—¿Pero le voy a robar un vestido a Malbicha? —preguntó Mar escandalizada cuando Cielo abrió el vestidor de Malvina.

—Robar no. Tomar prestado. Hablé con ella y me dijo que sí —mintió Cielo.

—Éste es perfecto para vos —dijo Jazmín tomando un vestido muy llamativo del vestidor.

—¿No es un poco mucho? —exclamó Mar.

—En cuestiones de ropa, vos confía en mí —dijo Jazmín, y Cielo estuvo de acuerdo.

Justina y Barto llevaban varios minutos en la habitación secreta, habían probado de todo en el teclado, y nada. Tina había sugerido llamar a un experto en computación, pero Barto no quería dejar entrar a ningún extraño allí. Él suponía que debía ingresar algún tipo de clave, pero no se le ocu-

—¿Qué hacen acá? —preguntó, y miró a Jazmín—. Gitanita, te estoy esperando, man... Vos y yo vamos a dar cátedra de baile.

—No, yo voy a festejar acá el cumple de Mar.

—Anda si querés, Jazmín, yo me voy a dormir —dijo Mar.

—No, ¿por qué? —repuso Rama—. Vos vas a tener tu fiesta.

—Y vos también, gitanita —agregó Nacho, a cuento de nada.

—¡Raja de acá, chabón! —dijo Tacho en tono amenazante.

Cielo le pidió a Nacho que se fuera, y luego intentó convencer a Mar de que no se perdiera su fiesta. Thiago se había mandado un moco, pero sus intenciones habían sido buenas. Mar entonces confesó que no quería pasar vergüenza con esa ropa ante las chetas.

—Eso tiene solución —aseguró Cielo.

Evitando pasar por la sala, fueron por el ala de servicio hasta la planta alta, y se escabulleron en la habitación de Malvina, que ya estaba bastante recuperada y hasta había ido a cenar a la casa de Nico.

—¿Pero le voy a robar un vestido a Malbicha? —preguntó Mar escandalizada cuando Cielo abrió el vestidor de Malvina.

—Robar no. Tomar prestado. Hablé con ella y me dijo que sí —mintió Cielo.

—Éste es perfecto para vos —dijo Jazmín tomando un vestido muy llamativo del vestidor.

—¿No es un poco mucho? —exclamó Mar.

—En cuestiones de ropa, vos confía en mí —dijo Jazmín, y Cielo estuvo de acuerdo.

Justina y Barto llevaban varios minutos en la habitación secreta, habían probado de todo en el teclado, y nada. Tina había sugerido llamar a un experto en computación, pero Barto no quería dejar entrar a ningún extraño allí. Él suponía que debía ingresar algún tipo de clave, pero no se le ocu-

—¿Qué hacen acá? —preguntó, y miró a Jazmín—. Gitanita, te estoy esperando, man... Vos y yo vamos a dar cátedra de baile.

—No, yo voy a festejar acá el cumple de Mar.

—Anda si querés, Jazmín, yo me voy a dormir —dijo Mar.

—No, ¿por qué? —repuso Rama—. Vos vas a tener tu fiesta.

—Y vos también, gitanita —agregó Nacho, a cuento de nada.

—¡Raja de acá, chabón! —dijo Tacho en tono amenazante.

Cielo le pidió a Nacho que se fuera, y luego intentó convencer a Mar de que no se perdiera su fiesta. Thiago se había mandado un moco, pero sus intenciones habían sido buenas. Mar entonces confesó que no quería pasar vergüenza con esa ropa ante las chetas.

—Eso tiene solución —aseguró Cielo.

Evitando pasar por la sala, fueron por el ala de servicio hasta la planta alta, y se escabulleron en la habitación de Malvina, que ya estaba bastante recuperada y hasta había ido a cenar a la casa de Nico.

—¿Pero le voy a robar un vestido a Malbicha? —preguntó Mar escandalizada cuando Cielo abrió el vestidor de Malvina.

—Robar no. Tomar prestado. Hablé con ella y me dijo que sí —mintió Cielo.

—Éste es perfecto para vos —dijo Jazmín tomando un vestido muy llamativo del vestidor.

—¿No es un poco mucho? —exclamó Mar.

—En cuestiones de ropa, vos confía en mí —dijo Jazmín, y Cielo estuvo de acuerdo.

Justina y Barto llevaban varios minutos en la habitación secreta, habían probado de todo en el teclado, y nada. Tina había sugerido llamar a un experto en computación, pero Barto no quería dejar entrar a ningún extraño allí. Él suponía que debía ingresar algún tipo de clave, pero no se le ocu-

ría cuál podría haber puesto el viejo loco. Habían probado con todos los nombres de la familia Inchausti hasta el de su primo, Carlos María.

—¿Será Ángeles? —arriesgó Tina por arriesgar.

—¡Pero no seas chitrula, che! ¿Cómo va a ser Ángeles si el viejo murió mucho antes de que ella naciera?

—Con probar no se pierde nada...

Y él, sólo por darse el gusto de insultarla, probó, confiando en que una vez más la computadora haría el ruidito de error. Sin embargo, al tipear «Ángeles», el monitor ominó un destello y apareció la frase «Bienvenido doctor Inchausti», con una tipografía antigua y gruesa.

Bartolomé pegó un salto, y dando un grito abrazó a Jusna, que en ese momento se bebía un sorbo de Hesperidina. Éila no dejó pasar la oportunidad del abrazo y se aferró a él, hasta que él chilló:

—¡Soltá, che, que los millones nos esperan!

Y volvió al monitor. Apretó «enter» y en la pantalla apareció una cuadrícula con los números del uno al dieciséis.

Bartolomé tipeó el número uno, y de inmediato bajó desde el techo una bola de espejos que comenzó a girar, se apagaron las luces, y quedaron iluminados apenas por un spot de luz roja que pegaba contra la bola de espejos. Y de pronto, empezó a oírse música.

Won't you take me to... funkytown (break it down)

Won't you take to... funkytown (once more from the top)

Take me, won't you take me... I wanna go, to funkytown

[now...]

La música disco estalló a todo volumen, y Barto, creyendo estar muy cerca de su hallazgo, se bajó de un trago una copa de Hesperidina, y comenzó a bailotear al ritmo de *Funky-*

., doblando su torso hacia adelante y hacia atrás. Justina,
entre tanto, se preguntaba cuándo comenzarían los lentos.

La fiesta, en algunos aspectos, era un deja vu de la anterior. Como aquella vez, Tacho estaba con ganas de descargar su furia nuevamente en los cachetes de Nacho quien como siempre, revoloteaba alrededor de Jazmín. Tefi esperaba poder despertar la envidia de sus amigas cuando Thiago se le declarara **delante de todos**, y Rama, una vez más, sentía que terminaría aquel encuentro sin confesarle sus sentimientos a Mar. Pero esa noche, seguro, algo se transformaría para siempre.

Cielo y Jazmín habían ayudado a cambiarse de ropa a Mar, que le pidió a Cielo que la maquillara, algo que jamás había hecho hasta el momento. Mientras lo hacía, Cielo le preguntó qué sentía al saber que Thiago había organizado esa fiesta para ella.

—Para mí y para su novia —corrigió Mar.

—Ex novia —corrigió a su vez Cielo.

Y la animó a hablar de lo que ella sentía por Thiago, pero Mar lo evitó confrontando a Cielo con sus propios dilemas amorosos.

—¿Y vos, qué sentís al ver que tu don Indi está con Malbicha cuando te quiere a vos?

Cielo dio por terminados el maquillaje y la charla. Mar se vio en el espejo y no pudo creer lo que sus amigas habían hecho con ella; no se reconoció, vio a una chica hermosa que ella jamás imaginó que podría ser.

Cielo la acompañó hasta la fiesta, y juntas descendieron la escalera. El bullicio cesó, y todos quedaron perplejos al ver bajar a Mar. Tenía un vestido blanco, sencillo y sensual; su pelo lacio y sedoso, y una sonrisa que nadie había visto jamás.

Rama se enamoró aún más al verla, pero de pronto, como eclipsándolo, Thiago se adelantó, y fue hasta la base de la escalera para recibir a Mar. La tomó con una mano y la condujo al centro de la pista. Él le había pedido expresamente al disc jockey que no pusiera el vals esa noche, creyendo que Mar no volvería, quería evitarse la situación de tener que bailar con Tefi, pero se dijo que debería darle una gran propina y un fuerte abrazo al DJ, cuando empezó a sonar un vals. Distraído tratando de levantarse a Dolo o a Delfu, cuando el DJ vio bajar a Mar, entendió que era la cumpleañera y como un autómatas puso el vals, de la misma manera que lo hacía en cada cumpleaños de quince.

Rama y Tefi se entristecieron y enfurecieron respectivamente cuando vieron que Thiago y Mar comenzaron a bailar el vals. Cielo corrió a su altillo a buscar la cámara de fotos, sería imperdonable no eternizar ese momento. Pero nunca regresó.

Bartolomé ya había tipeado catorce de los dieciséis números que aparecían en el monitor, pero sólo había logrado dos cosas: cambiar la música por un tema lento *Under my skin*, de Frank Sinatra) y trabar la puerta giratoria. Ahora no podían salir, y además Tina estaba como extasiada por el encierro, la música, la Hesperidina y la proximidad.

—¡Córrete, Tina, que hace calor! —le dijo cuando ella lo abrazó por detrás al ritmo de la música.

—Hace un rrrrato se quejaba del frasquete que hacía acá... Disfrutemos del calorrr, mi señor.

—Pero sos tarúpida, ¿no te das cuenta de que estamos ncerrados?

De puro tozudo empezó a golpear el teclado, y de pronto a pantalla volvió a producir un destello. Aparecieron en el aonitor cuatro recuadros con las imágenes de cuatro cámaas de seguridad. En el extremo superior izquierdo se veía I pasillo de la planta alta por el que avanzaba Cielo hacia i altillo. En el extremo superior derecho aparecía el escri-

torio de Bartolomé, vacío. En el extremo inferior izquierdo podía observarse el jardín. Y en el extremo inferior derecho, se veía la sala.

—¿Cámaras de seguridad? ¡Qué hombre tan de avanzada! —exclamó muy extrañado Bartolomé.

Aprovechando que lo veía tan ansioso y simulando que se aproximaba a la pantalla para distinguir mejor lo que transmitía, Justina lo tomó por la cintura, al ritmo de la música.

—¡Salí de encima! —le gritó Bartolomé, y agregó—: ¿Vos sabías que había cámaras de seguridad?

—Sólo las que usted puso en el área de los purretes, mi amor, digo mi señor.

—¡Viejo loco! —exclamó él—. Semejante despliegue misterioso para unas míseras camaritas de seguridad.

—Mi señor, ¿usted ve lo que veo yo? —dijo Justina recuperando súbitamente la sobriedad.

—Sí, la fiesta de la flaquita, la noviecita de Thiago.

—El niño Thiago está bailando el vals, pero no con una flaquita. Señor... ¿ésa no es..?

Ambos observaron más de cerca la imagen de la cámara de seguridad, se miraron y dijeron al unísono:

—*Marianegra*

Una cámara escondida en el ojo del cuadro de Amalia Inchausti captaba las imágenes de lo que sucedía en la sala. Tacho había sacado a los empujones a Nacho cuando quiso bailar el vals con Jazmín. Rama miraba con tristeza, y Tefi, con enojo a Thiago y Mar, que bailaban hipnotizados. Por un momento Mar se dejó llevar, abstraída, pero pronto volvió a tener conciencia de lo que estaba haciendo y quiso dejar de bailar.

—¿Qué pasa? —preguntó Thiago.

—Me da vergüenza, todos miran —respondió ella.

—Olvídate de todos, Mar. Menos de mí... —le pidió, y le guiñó un ojo.

Thiago estaba decidido a todo o nada, y sabía que no tendría mejor ocasión que aquella para concretar eso que anhelaba hacer desde el día en que la había rescatado de la fuente.

—¡Decime que no es cierto! —gritó Bartolomé pegado al monitor—. ¡Decime que no es *Marianegra* bailando el *Danubio azul* con Thiaguito!

—Me parece que es, señor... pero, y ¿esa rropa?

—No es, ¿me escuchas? ¡No es! ¡No puede ser! —suplicó al borde del síncope.

—Y... yo más bien diría que... es.

—¡Mentime, mamerta! ¡Decime que Thiaguito baila el vals con la flacucha esmirriada!

—¡Basta de mentiras entre nosotros, señorrrr! Thiaguito aila el *Danubio azul con Marianegra*, ¡y con los labios a un ntímetro y medio de distancia! —exclamó llena de envidia j astina.

Bartolomé tuvo un vahído, y Justina lo sostuvo entre sus azos.

Thiago atrajo a Mar un poco más hacia sí mientras baioan, y ella sintió un escalofrío, que confundió con incomodidad.

—Por ahí, es como un poco mucho, ya, ¿no? —¿Preferirías ir a otro lugar? —dijo él; una vez que había J ridido avanzar, no retrocedería tan fácilmente—. Si quepodemos ir al jardín... Hay una luna increíble. —La luna del amor eterno —dijo Mar, y Thiago la miró extrañado—. Jazmín dice que hoy es no sé qué pavada, qué 3sta gitana, que se llama el lunar del amor eterno —dijo i tartamudeando y confundida ante la proximidad de esos ares de Thiago que tanto le gustaban. , —No es una pavada. Yo creo en eso.

—¿En la fiesta gitana? —preguntó Mar y se sintió una tonta.

—En el amor eterno —dijo él, y se sintió un galán de tele novela—. Y vos también —afirmó.

—¿Qué sabes vos en qué creo? —ya se defendió ella.

—Yo creo que crees en el amor, pero no crees en mí. A lo mejor esto te ayuda a creer un poco más en mí.

Y con suavidad acercó sus labios a los de Mar, y le dio un tierno y hermoso beso, el primero para ella, y el más deseado para él.

Al instante Rama se fue de la fiesta, intentando no llamar la atención, mientras Tefi observaba furiosa e indignada cómo Mar y Thiago, ajenos a todo, seguían besándose, girando al ritmo del vals. Justo cuando los violines marcaban los acordes finales, Bartolomé intentaba abrir la puerta giratoria de la sala secreta a las patadas, profiriendo insultos contra esa roñosa que había osado besar a su hijo. Y afuera comenzaba una lluvia súbita que duraría varios días.

Cielo no regresó a la fiesta porque algo la retuvo cuando fue hasta el altillo a buscar su cámara de fotos. Tardó unos segundos en encontrarla en la habitación abarrotada de objetos, y cuando iba a salir, oyó la voz de Cristóbal que la llamaba casi en un susurro.

—Cielo, ¿estás ahí? —dijo Cristóbal en voz muy baja, a través del walkie talkie.

—Acá estoy, bombonino —respondió Cielo cuando logró encontrar el walkie talkie, y se dirigió hacia la ventana para mirar hacia el balcón del loft, donde suponía que estaría el niño.

En efecto, allí estaba Cristóbal, acodado en la baranda del balcón, se lo veía algo triste. Detrás de él, asomaban las figuras de Nico y Malvina, que estaban cenando.

—¿Pasa algo, mi amor? —inquirió Cielo al ver los ojitos tristes de Cristóbal.

—Te quería decir que te quiero mucho —dijo él.

—¡Gracias! ¡Yo también te quiero mucho! —respondió ílo, sabiendo que esa declaración escondía algo más—. ¿ero pasó algo?

—No. Pero va a pasar... Y yo te quería decir que te re o, pero desde que Malvina me rescató cuando me setararon a ella la re banco.

—Ya lo sé, mi amor, ¡y me parece muy bien que le estés rradecido! ¡Yo no me pongo celosa si la querés a ella tam: r.. eh! —bromeó Cielo.

—No, ya sé... Lo que pasa es que mi papá me preguntó s yo estaba de acuerdo, y yo le dije que sí, porque la verdad ” ina se re portó.

—¿De acuerdo con qué? —indagó Cielo, ya intrigada.

—Con el casamiento, Cielo —dijo finalmente Cristóba algo afligido.

Nicolás sabía perfectamente la diferencia que existe entre **el amor y la culpa**. Sabía que lo que sentía por Ciel era amor, y que aquello que lo unía a Malvina era culpa. I se confundía, lo tenía bien claro, pero también entendía que a veces, ser adulto significa tomar decisiones basadas en deber. Y, en ese sentido, aún Nicolás no sabía distinguir entre la culpa y el deber.

Sentía que se lo debía, le debía eso a Malvina. Ella había soportado estoica todas sus dudas y fobias, había tolerado sus dilaciones y evasivas para concretar el compromiso fallido. Había atravesado el dolor con una sonrisa, viendo cómo él se iba enamorando de Cielo. Malvina había demostrado ser una mujer de una gran entereza, que jamás le hizo un planteo por su desamor. Y por último, el día en que él planeaba cortar la relación, luego de haber besado a Cielo, ella había dado su vida para salvar la de su hijo. Y producto de ese acto de arrojo había estado postrada en una cama, enyesada de pies a cabeza; pero lo más noble fue que jamás, en toda su convalecencia, Nicolás la oyó quejarse ni lamentarse por lo que le había ocurrido: su única preocupación era que Cristóbal no hubiera quedado traumatizado por el secuestro.

El día anterior Nicolás había ido a hablar con Cielo, y con mucho dolor, le dijo que ahora él debería dedicarse a contentar a Malvina. Cielo tenía su propia culpa: ver a la hermana de Bartolomé postrada por el accidente sufrido el mismo día en que Nico iba a dejarla para estar con ella la había devastado. Cielo presenció muchas veces los desvarios febriles de Malvina, en los que manifestaba su angustia por la indiferencia de Nico.

Nicolás también le había comunicado a Cristóbal sus intenciones, y el pequeño, agradecido y compadecido de Malvina, había dado, por fin, su visto bueno al casamiento.

Sólo restaba concretarlo, y para eso organizó una cena, cocinó él mismo sus especialidades —yorkshire pudding y torta galesa—, unas recetas que le había transmitido Berta, su madre.

Malvina aún estaba en silla de ruedas, aunque ya le habían retirado varios de los yesos. Nicolás la subió por las escaleras, y él y su hijo se dedicaron a agasajarla aquella noche. Malvina estaba extasiada y emocionada, y aunque toda la noche tenía olor a buena noticia que se avecinaba, realmente se sorprendió cuando Nico, sin hacer gran ostentación ni despliegue romántico, sino más bien con el tono de un asunto familiar y cotidiano, le dijo:

—¿Para cuánto tiempo más de yeso tenes?

—Dicen que un mes más, ¡OMG! —exclamó ella.

—Con Cristóbal pensamos... que estaría bueno, cuando le terminen de sacar todos los yesos, por ahí, no sé... ¿Qué te parece si nos casamos?

Malvina, olvidándose de los yesos y la silla de ruedas, se incorporó y abrazó a Nicolás, y le dio un sí bañado en lágrimas. Cristóbal se sumó al abrazo, complacido.

Mientras lloraba, abrazada a Nico y a Cristóbal, Malvina se sintió plena, y sólo se angustió un poquito al pensar que, si esa propuesta hubiera surgido sin la necesidad del falso secuestro, habría sido una noche realmente soñada.

Cuando Cristóbal le confirmó la noticia, Cielo lloró durante varios minutos esa noche, y siguió llorando interiormente durante un par de semanas. Y una suave y persistente lluvia lloró con ella todos esos días.

El sonido de la lluvia repiqueteando en el techo de chapa del patio cubierto se fundía con el bullicio de la fiesta que aún continuaba en la sala. Rama se había retirado, y estaba allí, **llorando en soledad**. Haber presenciado el beso entre Mar y Thiago le había provocado un dolor agudo en el corazón, un dolor del que no se sentía capaz de recuperarse. Estaba sentado en el piso, apoyado contra la puerta que separaba la habitación de los varones de la de las chicas, compadeciéndose de sí mismo, cuando sintió que la puerta se abría. Raudos, se estiró para cerrarla, lo avergonzaba que lo vieran llorar.

—¿Qué pasa, Rama? —oyó decir a Marianella del otro lado.

Se quedó pasmado, ella era la última persona que esperaba ver allí.

—Nada —dijo él.

Pocos segundos después vio cómo Mar entraba por la puerta que daba al patio cubierto. Él se secó rápidamente las lágrimas, pero no alcanzó a borrar la expresión de tristeza.

—¿Estás llorando? —preguntó Mar, mientras ella misma se secaba lágrimas.

—No, nada, anda.

Ella se sentó junto a él, y le preguntó con suavidad:

—¿Por qué lloras? —quiso saber, y le secó una lágrima.

Él se estremeció ante el contacto, y la miró fijo a los ojos.

—Por vos —confesó.

—¿Cómo? —preguntó ella azorada.

—Sí... Te vi ahí, tan linda, festejando tu cumple... cumpliendo tu sueño con... Thiago, y... me dio así... un... Soy un tarado, ¿no?

—No, sos un divino —respondió ella sonriendo, creyendo que las lágrimas de Rama eran de emoción por su felicidad. —¿Y vos por qué lloras? —cambió de tema él. —No sé si por felicidad o por tristeza —confesó Mar sonriendo.

—Se nota que es por felicidad —dijo Rama con dolor. —Pero también por tristeza... —aclaró Mar—. Estoy segura de que me besó para hacerse el canchero delante de os chetos —dijo dándole la razón a esa voz que no la dejaba en paz—. Y encima el grisín ese de Tefi vino furiosa, le pegó :a cachetada y se fue. —¿Y Thiago qué hizo?

—Se fue a frenarla, y yo me vine... No me iba a quedar ihí para que me miraran los chetos como la fácil que se anzó Thiago. Bah, no estoy tan segura... —dijo ya cuesnándose—. A lo mejor me besó porque le gusto de verid... ¿Vos, qué pensás? —dijo apelando al Rama amigo.

—¡Que me cansó tu novelita! —estalló finalmente Rama, rto de estar en ese lugar.

Mar se quedó impávida, iba a preguntarle por qué le iblabá así, cuando irrumpió Thiago en la habitación. —¿Mar, estás acá? —dijo entrando, y sonrió al verla allí

a Rama. Pregúntale a tu galán por qué te beso —le dijo malhu-
- do y en voz muy baja Rama a Marianella. Y salió. —Qué haces acá? —preguntó Thiago acercándose a Mar, ir del beso ya se sentía con derecho a pararse bien de ella—. ¿Por qué te fuiste? —Porque vos estabas con la cheta. —Se enojó y se fue —explicó Thiago—. Yo le quise explico no creo que me pueda entender. —¿Que te pueda entender qué? —Que te amo, Mar, y que por eso te besé. Ella se estremeció ante esa declaración, sin embargo resí sin saber muy bien por qué decía lo que decía.
- Mentira! Para vos yo soy un fusible y, apenas me e, me tiras al tacho...

—¿Qué decís? —le preguntó él extrañado—. Yo te amo de verdad, Mar.

—No digas esas cosas así nomás —le exhortó ella, pidiéndole de cierto modo que diera más pruebas de veracidad.

—Mar, yo lo siento de verdad, estoy muerto con vos —confesó sin especular él—. Y no quiero joder, ni usar el fusible, ni nada de eso.

—¿Y qué querés?

—Que seamos novios. Que seas mi novia.

—¿La tuya? —replicó ella, tomada por completo de sorpresa.

Con dolor, Rama oyó toda la conversación desde el patio. Y se preguntó qué hacía parado ahí, escuchando como una chusma de barrio. Entonces se alejó, sabiendo que no tenía a dónde ir. Sólo sentía que no quería quedarse en el patio, mientras Mar le daba un segundo beso a su flamante novio, Thiago.

—¡Una de cal y una de arena, che! —exclamó Bartolomé cuando Malvina le dijo que habían fijado fecha para el casamiento con Nicky.

—¿Hay facturas de cal y de arena? —preguntó azorada Malvina, mirando las facturas que había sobre un plato en

. mesa.

—¡Pero no, bóvida! —dijo Bartolomé tomando un cañono de dulce de leche—. Digo que tenemos una buena notiy otra mala. La buena es que al fin te casas. La mala es

Es que Thiaguito se encamotó con *Marianegra* y andan besuqueándose por ahí.

A Malvina no le importaba nada, ni el metejón de Thiaguito, ni Marianella, nada. Sólo su casamiento, para el que

había comenzado con los preparativos, con la ayuda de

Cielo, a la que había recurrido apenas dado el sí. «Ami, sé

que estás re feliz por mí, y te voy a necesitar híper mucho!»,

le a Cielo cuando le dio la buena nueva. Y ella le res-

dió que estaba dispuesta a ayudarla en lo que necesitara.

Por su parte Bartolomé estaba pensando en la mejor

manera de recordarle a Marianella cuáles eran los límites

ella había cruzado con desfachatez. Ese beso que había

no lo había sulfurado hasta el borde del soponcio, pero

luego, más tranquilo, pensó que tal vez ésa era la ocasión

a el desengaño amoroso con el que pretendía romper el

corazón de su hijo para volver a alejarlo y mandarlo a Lon-

. Sólo debía obligarla a desairar a Thiaguito.

—Tenga cuidado, mi señorr —le dijo Justina—. La hor-

mooná adolescente es amiga de la insurrección. *Marianegra*

es rrrebeldona, se envalentona fácil, y como buena chiruza,

el beso del señorito la habrá insuflado de aires de señora.

275

—No te preocupes, Justin, sé cómo tratarla. Hasta el más rebelde le tiene **miedo** a la muerte.

Una noche, unos días después de aquel primer beso, Bartolomé encargó a Justina que retuviera al resto de los chicos con alguna excusa. Marianella estaba sola en la habitación y, como todas las noches, Thiago la llamó al celular que le había regalado para desearle dulces sueños. Bartolomé esperó paciente a que ella cortara, y le dejó creer que no había visto que escondía el celular cuando entró en la habitación.

—Hola, Marita —le dijo con una sonrisa inocente—. ¿Hablas sola, che?

—Estaba leyendo en voz alta —mintió ella, consciente de que no había cerca ningún libro que lo probara.

Él la miró unos segundos con una sonrisa, y luego, como un animal de presa, se acercó a ella con un salto bestial, la tomó con fuerza de un brazo y la sacó a la rastra de la habitación.

—¡Ni se te ocurra hablar! —le advirtió feroz cuando ella atinó a hacerlo.

Sin agregar nada más, con violencia, la arrastró hasta el jardín. Era una noche fría y sin luna, las lápidas del pequeño cementerio familiar eran sombras grisáceas. Bartolomé la condujo sin soltarla hasta detrás de las lápidas, donde ya había una pala clavada en la tierra.

—¿Qué pasa? —preguntó Marianella al borde del llanto.

Él la soltó, mientras se acomodaba la camisa, y volvió a serenarse y a esbozar su sonrisa más falsa.

—Ay, Marita, Marita... ¿Qué hiciste, mi amor?

Ella no respondió; sabía de qué hablaba, sabía que por más que habían intentado mantenerlo en secreto, Bartolomé se había enterado de que ella y su hijo estaban teniendo un romance. Bartolomé le señaló la pala.

—Agarra... sin miedo, ¡vamos! Agarra la pala.

Mar la tomó, sin entender aún lo que estaba ocurriendo.

—Violaste una regla de oro, querida —dijo Bartolomé mientras sacaba un pañuelo y limpiaba los cristales de sus

anteojos—. «No te acercarás a Thiaguito» —pronunció con lentitud cada palabra y movió la mano en el aire, como si la dibujara; luego se agachó para acercarse bien a ella, y le dijo con tono bestial, al oído—: ¿Pensaste que con mi hijo te ibas a salvar? A vos nadie te salva, mi vida. Estás en mi poder, y yo estoy en todos lados. Vos respiras, y yo te escucho. Soy el dueño de tu vida, y de tu muerte.

Hizo un breve silencio, se volvió a incorporar, y con tranquilidad y una entonación sumamente siniestra le dijo

—Cava ahí. ¿Quién mejor que vos para cavar tu propia nimba? Si es lo que empezaste a hacer solita cuando te acercaste a mi hijo... Ya encargué tu placa, dice: «Aquí yace una que no entendió nada».

La observó con detenimiento, se acercó una vez más a su cara y dijo muy cerca de su oído, con la intención de concluir rápido ese terrorífico encuentro:

—A ver si entendés mejor ahora: si mi hijo se acerca a vos, le decís que no querés saber nada más con él, que no te interesa, que jamás te interesó. ¿Estamos, *Marita*? Ahora cava... cava.

Permaneció allí unos minutos, mientras ella dio unas cuantas paladas en la tierra, temblando de frío y de miedo, y luego se retiró, tranquilamente, dejándola allí, aterrada en medio de la oscuridad total, y rodeada de lápidas.

Nicolás había llevado a Cristóbal a la clínica para hacerle el último de los estudios, había que descartar que no hubiera heredado la enfermedad de Carla. Hasta el momento todos los estudios habían dado bien, pero éste era el definitivo el más importante. Cristóbal estaba un tanto fastidiado por tener que concurrir todas las semanas al consultorio de médico, pero aceptaba ir sin quejas a cambio de algunas concesiones, en general, permisos para investigar por su cuenta las pistas de Eudamón.

La noche en que la totecona y la mansión Inchausti vibraron, Cristóbal elaboró una teoría que su padre descartó de cuajo por disparatada. Esa idea de que la totecona había señalado la mansión Inchausti para Nico no tenía ningún sentido, pero no encontró nada de malo en que Cristóbal fuera a investigar en la mansión, con la ayuda de sus amigos; era mejor que estuviera jugando allí que fuera de casa. Por eso al regresar de la clínica, Nico lo llevó a la Fundación y Cristóbal salió en busca de los chiquitos, mientras él fue en busca de Malvina, a la que encontró hojeando muestras de tarjetas de invitación para el casamiento. Nico sólo le pidió poner la fecha una vez que hubiera terminado con los estudios de Cristóbal, y Malvina aceptó sin dudarle.

Cristóbal tenía un plan de acción muy elaborado. Reunió a Lleca, Monito y Alelí en la cocina. Cielo les preparó la merienda y fue a sacar la ropa limpia del lavarropas. Mientras tomaban la leche, Cristóbal indagó a los chicos sobre el temblor ocurrido unos días antes. Cielo los escuchaba hablar con una sonrisa desde el lavadero, junto a la cocina.

—¿Quién sintió la vibración la otra noche?

—¡Todos, boncha! —dijo Lleca.

—Bien... ¿y dónde fue el epicentro?

—¿Eh? —todos lo miraron con desconcierto.

—El epicentro —explicó Cristóbal—. El lugar donde más se sintió la vibración.

—No sé, se sacudió toda la casa —dijo Alelí.

—Para mí donde se debe haber sentido re fuerte es **en el sótano** —dijo Monito mientras le robaba una porción de torta a Alelí.

—¿Qué sótano? —preguntó Cristóbal interesado.

—¡Cualquiera! —dijo Lleca—. Dice cualquier cosa, acá no hay ningún sótano.

—¡Sí que hay! —exclamó Monito—. La urraca baja todos los días.

Lleca y Alelí lo miraron intrigados, en todos esos años viviendo allí jamás habían visto un sótano.

—¿A dónde baja? ¡No mientas, Monito! —lo reprendió Alelí.

—¡Por acá baja! —dijo Monito, enojado, y para demostrarlo, fue hasta el hogar a leña, y abrió la puerta trampa como varias veces había visto hacer a Justina, mientras él, escondido bajo la mesa, robaba comida.

Se quedaron absortos cuando vieron la puerta trampa abriéndose, y todos, menos Monito, dejaron sus chocolatadas a medio tomar y se escabulleron por la pequeña aberura dentro del hogar a leña.

Los días eran largos para Luz, sobre todo cuando su madre se ausentaba durante todo el día. Para no perder la noción del tiempo, al no poder ver el sol, Justina le había impuesto un estricto organigrama de tareas y horarios. De lunes a viernes se levantaba a las ocho, Justina le preparaba el desayuno, y le dejaba tarea suficiente para toda la mañana. Al mediodía, Justina bajaba con el almuerzo, comían juntas, y luego Luz dormía dos horas de siesta. Por la tarde, tres días a la semana tenía una rutina de gimnasia, y otros tres días, clases de canto y baile que le daba la propia Justina.

A la hora de la merienda, Justina bajaba y se la preparaba allí mismo, en una pequeña cocinita. Luego de la merienda, era la hora del cine; Justina dejaba el proyector funcionando, y Luz veía una y otra vez las mismas viejas películas. Para ella, el mundo en el que vivía tenía los colores y las ropas de las películas de los años cincuenta. Por la noche cenaban juntas, luego Luz veía una segunda película, y luego, bien tarde en la noche, Justina regresaba para peinarla, acostarla, y contarle un cuento hasta que se quedaba dormida.

Esa tarde estaba jugando con su muñeca Alitas, una muñeca de trapo y rizos rubios, con dos alitas de tela amarilla, esperando a que llegara Justina a prepararle la merienda, cuando creyó oír voces y algunos ruidos junto a la puerta del sótano. Con el corazón golpeándole el pecho, se acercó a la puerta para escuchar mejor. No había dudas, allí afuera alguien hablaba.

—¡Guau! ¿Qué es esto? —alcanzó a oír.

—¿No lo conocías? —dijo una voz aguda, de mujer o de nene, pensó Luz.

—¿Vos tampoco Lleca? —oyó, y repitió modulando sin sonido «¿Lleca?».

El terror la asaltó de golpe. Pensándolo bien, ya habían pasado quince minutos de la hora de la merienda, y su madre no había bajado. Temió lo peor: las tropas enemigas habían tomado la vieja casa abandonada en cuyo sótano ella vivía, habían capturado —o algo peor— a su madre, ¡y ahora venían por ella! Se apartó de la puerta y se escondió bajo las tablas del pequeño escenario que había en el sótano, y se abrazó fuerte a su muñeca Alitas.

Afuera, a pocos centímetros de la falsa pared de piedra, estaban Lleca, Cristóbal, Monito y Alelí, todos fascinados con el descubrimiento. Monito se ufanaba de ser el único que conocía ese secreto, mientras terminaba de tomar la chocolatada que se había traído. Alelí estaba un poco asustada y quería irse, en tanto Lleca vislumbraba la posibilidad de encontrar una salida secreta por la que salir a hacer sus excursiones, una vez por semana. Lleca tenía su propio nego-

ció montado: proveía cada día a sus amigos de la calle de algunas mercancías de las que no le rendía cuenta a Justina. Pero si lo que decía Monito era verdad, y Justina bajaba con frecuencia a ese lugar, lo mejor que podían hacer era irse.

Cristóbal estaba concentradísimo en el lugar, y miraba y tocaba las paredes como buscando algo. Todos vieron extrañados cómo sacó una bolita de vidrio de la mochila que siempre llevaba consigo, y la apoyó en el piso. La bolita, suavemente, empezó a deslizarse por una bifurcación del pasillo.

—¡Por acá! —dijo señalando en la dirección por la que avanzaba la bolita, un pasillo que se volvía cada vez más oscuro, hasta desaparecer.

—¿Por acá qué? —dijo Lleca con cierto resquemor.

—Es una pendiente... Tenemos que ir a la parte más baja de la casa —explicó Cristóbal.

—¡Pero está oscuro! —exclamó Alelí, al tiempo que Cristóbal ya sacaba una linterna de su mochila.

Cristóbal encabezó la excursión por ese pasillo que bajaba gradualmente, y los otros lo siguieron, entre excitados y asustados.

Cuando Cielo regresó del lavadero con el cesto con la ropa para colgar, se sorprendió al ver que los chiquitos no estaban ahí y que habían dejado la merienda a medio tomar. Supuso que habían salido a jugar al jardín, pero tampoco ataban allí. Se preocupó y los buscó por toda la casa, y por exterior; no estaban por ningún lado. Ya muy inquieta, regresó a la cocina, pero los chiquitos no habían regresado. Algo en su interior se puso alerta: había pasado poco tiempo desde el espantoso episodio del secuestro de Cristóbal, Cielo emió que hubiera pasado lo mismo. Estaba por tomar el teléfono para llamar a Nico, cuando vio una gomita para el cabello tirada junto al hogar a leña. Se agachó para levantarla. Era de Alelí, ella misma se la había colocado esa mañana cuando la había peinado. El corazón de Cielo latía cada vez más fuerte, y allí, en cuclillas, con la gomita en la mano, vio la pequeña abertura de la puerta trampa. Azorada, asomó su cabeza, y descubrió el escueto pasillo de piedra que des-

cendía. No había dudas, los chiquitos estaban allí. Se deslizó a través de la puerta trampa y empezó a caminar por ese pasillo.

Luz había dejado de oír las voces, pero estaba convencida de que regresarían. Ya no había dudas, los enemigos habían atrapado a su madre y habían descubierto su escondite. Si permanecía allí, no tendría chance de escapar cuando descubrieran la puerta camuflada. Con verdadero terror, desobedeció por primera vez en su vida la orden que más le había repetido su madre, y abrió la puerta.

Asomó al pasillo oscuro. Las voces se oían, pero muy lejanas, como un débil murmullo, hacia su izquierda. Luz empezó a avanzar por el pasillo, que era un mundo desconocido para ella. Y de pronto una aparición la paralizó, por el extremo del pasillo avanzaba una mujer joven, rubia, de ojos muy grandes. Era Cielo. Sus ojos aún no terminaban de acostumbrarse a la oscuridad del pasillo, pero empezó a distinguir algo blanco que se movía, divisó el cabello largo y lacio de una nena que la miraba con aprehensión. Sintió una profunda puntada en su pecho. Su cabeza pareció contraerse, y de pronto las paredes empezaron a girar a su alrededor, y sin entender aún lo que pasaba, sintió que su cabeza impactaba con fuerza contra el piso duro y frío. Y mientras todo se oscurecía y ella se hundía en el vacío, llegó a percibir que se estaba desmayando.

Capítulo 08
El espíritu de la verdad

«Una tarde de otoño. El sol entra por la ventanita pequeña y sucia de la cocina. Hace frío, pero el solcito reconforta. El horno está encendido y huele a torta de limón. Mamá saca a torta del horno. ”¡Espera a que se enfríe para comerla!” , ne dice. Luego mamá sonrío mirándome comer la torta, mientras cose un vestido para mí. Mamá tiene una panza enorme y redonda como la luna. Mamá dice que voy a tener una hermanita.»

—Mi hermanita... despertó diciendo Cielo.

Ya estaba acostada en su cama del altillo, y junto a ella estaban Justina y Bartolomé, que se miraron con sus caras ¿enscajadas al oírla decir esas palabras.

—Quédate quietita, Sky —dijo Bartolomé—. Te desmayaste, te diste un porrazo, y tenes flor de chichón, che.

—Para mí esta chica está anémica, señorrr.

—¿Estás comiendo bien, Sky? ¿No te salteas comidas, no? Hay que hacer mínimo seis comidas diarias, che...

—La nena... —insistió Cielo, aún **entre sueños**.

—¿Qué nena? —exclamó Bartolomé con su voz crispada.

—¡La nena, dice! ¿Qué nena? ¡Delira!

Cielo fue recobrando poco a poco su conciencia, y el sueño se fue desvaneciendo. Miró a Justina y a Bartolomé, con sus rostros preocupados, y sintió un bulto en el costado ¿e su cabeza, y un dolor agudo.

—¿Qué me pasó?

—Te desmayaste, Cielito —dijo Bartolomé con dulzura.

—¿En ese sótano?

—¿Qué sótano? —dijo Bartolomé y lanzó una carcajada—. Estás chitrula todavía, che!

—Ningún sótano —sentenció Justina.

—Te encontramos desmayada en la cocina, al ladito del hogar a leña; se ve que te golpeaste contra el filo de piedra, siempre le digo a Justin que hay que pulir ese filo, un día vamos a tener un disgusto.

—Había una nena... —insistió Cielo, pero ya confundida.

—*Soñaste, mi querida —concluyó Bartolomé.*

Cielo se convenció a sí misma de que había sido todo un sueño... el sótano, la nena, y la torta de limón.

—¿Y los chiquitos? Habían desaparecido...

—¿Los chiquis? Estaban jugando por ahí, che —dijo Bartolomé mirándose con Justina, disimulando el fastidio por lo que había ocurrido.

En el instante en que Cielo se desmayaba, Justina venía tras ella con una bandeja con la merienda para Luz y vio lo que allí ocurría. Con desesperación, soltó la bandeja, corrió hacia Luz, saltando por encima de Cielo, ya inconsciente en el piso, y volvió a meter a Luz en su sótano, reprendiéndola severamente por haber salido.

—¿Hablaste con ella? —le preguntó desesperada Justina a Luz.

—¿Quién es esa chica?

—Contéstame, ¿hablaste?

—No, me vio y se cayó. ¿Quién es?

—¡No importa quién es! ¡Te quedas acá y nunca más vuelvas a salir!

Encerró a Luz otra vez en el sótano y fue hacia Cielo, que estaba inconsciente. Empezó a arrastrarla por el pasillo, pero no hacia la entrada de la cocina, sino hacia unas escaleras que había a unos veinte metros de allí. La subió con gran esfuerzo por las escaleras de piedra, y abrió otra de sus puertas trampas, la que daba a su habitación. Con la respiración agitada, llamó a Bartolomé por ayuda, pero éste le contestó que tenía su propia emergencia.

—¡Resolvé! —le gritó su amo.

Ella gruñó como un perro, recuperó el aire, y siguió

arrastrando a Cielo hasta su altillo, rogando que nadie la viera en ese accionar, y, con un poquito de suerte, que estuviera muerta por la contusión.

La emergencia que tenía ocupado a Bartolomé se relacionaba con otro episodio. Como todos los días, estaba en la habitación secreta investigando obsesivamente la extraña computadora, con la esperanza de que ésta finalmente abriera algún cofre repleto de millones. Hasta el momento no había logrado ningún resultado, más que la música, las cámaras de seguridad, y la bola de espejos.

Estaba concentrado en el teclado, tratando de descubrir alguna combinación numérica, cuando percibió que uno de los paneles cuadrados que revestían las paredes se abría, y con estupefacción vio asomar por allí la cabecita rubia y despeinada del mini Bauer, como él llamaba a Cristóbal.

La sorpresa fue grupal: detrás de Cristóbal emergieron el floripondio maldito (Alelí) la rata rubia (Lleca), y el pequeño simio (Monito).

—¡Guau! —exclamaron fascinados Cristóbal y Monito al ver la habitación, como si no se hubieran percatado de la presencia de Bartolomé.

—¡Guau! —repitió Alelí, pero su exclamación se cortó apenas vio al director.

—Guau... —se sumó Lleca, tragando saliva, con los ojos de Bartolomé clavados en él.

—Guau, che —repitió Bartolomé con su rostro desencajado; su impulso era zamarrearlos, pero se contuvo por la presencia del mini Bauer.

—¿Qué es este lugar, Barto? —preguntó fascinado Cristóbal, mientras se acercaba a la computadora, como si el hecho de haberse encontrado allí fuera completamente natural.

—Este lugar no es apto para purretes, che —dijo Bartolomé mientras accionaba la palanca que hacía girar la pared biblioteca.

—¡Guau! —volvieron a exclamar los cuatro chicos c.r fascinación.

Bartolomé los hizo salir al escritorio, y mientras inc gaba cómo habían llegado allí, lo llamó Justina para iní marle que la camuca arribista había descubierto el sotan la tenía desmayada.

—¡Emerrrgencia, señorr!

—¡Yo tengo mi propia emergencia, resolvé! —dijo supe rado Bartolomé, y cortó.

Luego miró a los chiquitos, y cuando Cristóbal quiso indagar sobre la habitación secreta, Bartolomé lo interrumpió.

—Rosca rosca, desenrosca, tira, tira, shhhhhh...

Los chicos lo miraron absortos.

—¿Cómo llegaron hasta acá?

—Por el sótano que hay atrás del coso ese de la cocir —explicó Monito, y Lleca lo codeó con sutileza.

Bartolomé ya había comprendido todo: habían descubierto la puerta trampa que la chitrua de Justina había abierto en el hogar a leña y, a través de esos intrincados túneles, habían llegado a su habitación secreta. Bartolomé les hizo jurar que nunca más se meterían en ese lugar, y que además no contarían nada. Cristóbal se apuró a prometérselo, y salió corriendo en busca de su padre, urgido por romper cuanto antes su promesa. Barto sabía que Cristóbal era su único problema, a los otros podía obligarlos a callar.

Luego de amenazar a los chiquitos, Bartolomé acudió a. altillo, donde Justina ya había depositado a Cielo. Aún agitada por el esfuerzo, le refirió los hechos, le pidió a Bartolomé que dejara los insultos para más tarde y que pensaran cómo resolver la situación.

—¡La vio! ¡Vio a la hermana! —dijo Justina con desesperación.

—¿Y qué, la golpeaste, la desmayaste?

—No, se desmayó sola. Y no reacciona... pero así, boleada como está, no para de decir «la nena... la nena... mi herrrrmanita». Creo que recorrrdó todo, mi señorr.

Bartolomé quiso insultarla, y ella le aseguró que luego

—¡Guau! —volvieron a exclamar los cuatro chicos c: fascinación.

Bartolomé los hizo salir al escritorio, y mientras mi gaba cómo habían llegado allí, lo llamó Justina para in: marle que la camuca arribista había descubierto el sotar. la tenía desmayada.

—¡Emerrrgencia, señorr!

—¡Yo tengo mi propia emergencia, resolvé! —dijo superado Bartolomé, y cortó.

Luego miró a los chiquitos, y cuando Cristóbal quiso indagar sobre la habitación secreta, Bartolomé lo interrumpid

—Rosca rosca, desenrosca, tira, tira, shhhhhh...

Los chicos lo miraron absortos.

—¿Cómo llegaron hasta acá?

—Por el sótano que hay atrás del coso ese de la cocir_ —explicó Monito, y Lleca lo codeó con sutileza.

Bartolomé ya había comprendido todo: habían descubierto la puerta trampa que la chitrua de Justina hab abierto en el hogar a leña y, a través de esos intrincados túne les, habían llegado a su habitación secreta. Bartolomé le hizo jurar que nunca más se meterían en ese lugar, y abadernas no contarían nada. Cristóbal se apuró a prometérselo, y salió corriendo en busca de su padre, urgido por romper cuanto antes su promesa. Barto sabía que Cristóbal era su único problema, a los otros podía obligarlos a callar.

Luego de amenazar a los chiquitos, Bartolomé acudió a altillo, donde Justina ya había depositado a Cielo. Aún agitada por el esfuerzo, le refirió los hechos, le pidió a Barrióme que dejara los insultos para más tarde y qué pensare cómo resolver la situación.

—¡La vio! ¡Vio a la hermana! —dijo Justina con desesperación.

—¿Y qué, la golpeaste, la desmayaste?

—No, se desmayó sola. Y no reacciona... pero así, boleada como está, no para de decir «la nena... la nena... mi herrrrmanita». Creo que recorrrdó todo, mi señorr.

Bartolomé quiso insultarla, y ella le aseguró que luego

podría hacerlo a gusto y piacere incluso ella misma lo ayudaría, pero ahora había que hacer algo. Se miraron, y concluyeron.

—¡Malatesta!

Cuando llegó el psiquiatra y le expusieron los hechos, éste contestó con un misterioso «mhummm», y pidió quedarse a solas con la paciente. Bartolomé le advirtió:

—Un solo indicio de que haya recordado y pasa a mejor vida.

Cielo vio entrar a Malatesta y sonrió.

—No era para tanto, *Malajeta*, un simple desmayito. A veces me pasa...

—Pero Bartolomé insistió en que te viera.

—Ese don Barto, ¡cómo se preocupa! —exclamó Cielo.

Malatesta le hizo un examen de rutina, le miró las pupilas y la lengua, le examinó el hematoma, y le indicó hielo. Y luego le propuso: «charlemos». Entonces ella contó los hechos como los recordaba.

—Salí del lavadero, vi que los chiquitos no estaban, los busqué... y ahí se ve que me desmayé, y soñé con un sótano... En ese sótano había una nena, hermosa, como sacada de una película antigua... y después soñé con mi mamá...

—¿Con tu mamá? ¿Recordaste a tu mamá?

—No —se angustió Cielo—. Soñé con ella, pero ya no me acuerdo de su cara. Cada vez que sueño con algo de mi pasado, apenas me despierto me olvido de todo. Sé que soñé con ella... y creo que en el sueño estaba embarazada... pero ya se me está yendo el sueño de la memoria...

Malatesta asintió, pensativo. Y luego se acercó, y en tono confidencial, le dijo:

—¿Podemos tener un secreto vos y yo?

—No me asuste.

—No te asustes, no es nada malo. Pero tiene que quedar entre vos y yo.

—Diga...

—Te voy a derivar a una clínica especializada en amnesia, creo que ahí te van a poder ayudar.

—¿Y por qué tiene que ser secreto?

—Cuando llegues a comprender bien el sentido de tu sueño, lo vas a entender —concluyó Malatesta misterioso.

Nicolás no le prestó ninguna atención cuando Cristóbal entró corriendo para contarle su descubrimiento; estaba pendiente del teléfono, al que lo llamarían para darle los resultados del examen que le habían hecho esa mañana a Cristóbal.

—¿No me escuchas, Bauer? ¡Tenemos que hablar! —gritó exasperado Cristóbal ante la falta de reacción de su padre.

—Sí, sí, ya va, hijo.

—¡Ya es ya! —gritó el pequeño—. ¡Te estoy diciendo que encontré una habitación secreta en la mansión! Estoy seguro de que tiene que ver con Eudamón.

—Buenísimo, hijo —dijo Nicolás sin registrar.

—¿Estás sordo, Bauer? ¡Tenemos que ir ya a investigar esa habitación!

En ese momento sonó el teléfono, y Nicolás lo atendió antes de que timbrara por segunda vez. Se apartó un poco de Cristóbal y dijo:

—Hola.

—Doctor Bauer, le habla el doctor Lámar.

—Hola, gracias por llamar. ¿Ya tiene los...?

—Puede quedarse tranquilo, Bauer, su hijo no heredó la enfermedad de su madre. Está completamente sano.

Como un dique sobrepasado por el agua, Nicolás aflojó la tensión de tantos días. Con el teléfono al oído y el cable enredado, abrazó a su hijo, llorando, mientras no dejaba de agradecer al doctor Lámar por teléfono.

—Gracias, Lámar, gracias por todo... Gracias a usted, a su equipo, gracias a todas las enfermeras, a las secretarias del primer piso, a la recepcionista... Dígale muchas, pero muchas gracias a todos, son lo más, ¡qué equipo tiene, Lámar!

Cuando finalmente Nico cortó, extrañado por esa incomprensible reacción, Cristóbal se animó a preguntar.

—¿Qué pasa, papá?

—Pasa que te amo, hijo, eso pasa. ¡Ahora contame de esa pista que descubriste! —le respondió feliz.

Nico estaba tan dichoso que corrió con su hijo colgado de su hombro hacia la mansión, quería contarle a Cielo la noticia, a Malvina; quería complacer a su hijo con su investigación, quería hacer todo. La vida volvía a ser hermosa. Apenas llegaron a la mansión, se encontraron con Malvina; Nico la abrazó y la besó como hacía mucho tiempo no hacía, la apartó de Cristóbal y le susurró que su hijo estaba sano. y Malvina se emocionó, no tanto como expresó, pero alguna emoción genuina había en ella.

—¿Entonces ahora sí nos casamos? —le preguntó ella.

—¡Nos casamos ya, cuando quieras! —exclamó Nico, feliz.

Malvina corrió a buscar a Barti para que pusiera en acción sus influencias y contactos en el registro civil. Cristóbal insistió con la pista, pero Nico antes quería ir a contarle la noticia a Cielo, sin embargo cedió cuando vio el enojo de Cristóbal.

—Vení, se entra también por el escritorio de Bartolomé —le dijo el pequeño y lo condujo hasta allí.

—¿Sí? —se oyó decir a Barto cuando golpearon la puerta.

—Soy Nico.

—Pasa, Bauer.

Nico se asomó, en el escritorio estaba Bartolomé, reunido con Malatesta.

—Ah, perdón, no sabía que estabas ocupado.

—¿Necesitas algo, Bauer?

—No, no, puede esperar.

—¡No, no puede esperar! —se quejó Cristóbal.

—Hijo, Bartolomé está ocupado, después hablamos con él. Quiere hablar de algo que encontró... —explicó a Bartolomé, que sonrió tenso.

Cuando finalmente Nico cortó, extrañado por esa incomprensible reacción, Cristóbal se animó a preguntar.

—¿Qué pasa, papá?

—Pasa que te amo, hijo, eso pasa. ¡Ahora contame de esa pista que descubriste! —le respondió feliz.

Nico estaba tan dichoso que corrió con su hijo colgado de su hombro hacia la mansión, quería contarle a Cielo la noticia, a Malvina; quería complacer a su hijo con su investigación, quería hacer todo. La vida volvía a ser hermosa. Apenas llegaron a la mansión, se encontraron con Malvina; Nico la abrazó y la besó como hacía mucho tiempo no hacía, la apartó de Cristóbal y le susurró que su hijo estaba sano, y Malvina se emocionó, no tanto como expresó, pero alguna emoción genuina había en ella.

—¿Entonces ahora sí nos casamos? —le preguntó ella.

—¡Nos casamos ya, cuando quieras! —exclamó Nico, feliz.

Malvina corrió a buscar a Barti para que pusiera en acción sus influencias y contactos en el registro civil. Cristóbal insistió con la pista, pero Nico antes quería ir a contarle la noticia a Cielo, sin embargo cedió cuando vio el enojo de Cristóbal.

—Vení, se entra también por el escritorio de Bartolomé —le dijo el pequeño y lo condujo hasta allí.

—¿Sí? —se oyó decir a Barto cuando golpearon la puerta.

—Soy Nico.

—Pasa, Bauer.

Nico se asomó, en el escritorio estaba Bartolomé, reunido con Malatesta.

—Ah, perdón, no sabía que estabas ocupado.

—¿Necesitas algo, Bauer?

—No, no, puede esperar.

—¡No, no puede esperar! —se quejó Cristóbal.

—Hijo, Bartolomé está ocupado, después hablamos con él. Quiere hablar de algo que encontró... —explicó a Bartolomé, que sonrió tenso.

—El doctor Malatesta ya se iba —dijo cortante Barto.

Malatesta se puso de pie, miró a Nico algo intrigante, y se retiró. En ese momento sonó el celular de Bartolomé, y él atendió, disculpándose con una sonrisa.

—¿Qué? No, con «b» larga, bólida, Blanco con «b» larga —y cortó. Miró a Nico, y sonrió a Cristóbal. —Decime, che...

—Dice Cristóbal que descubrió una habitación secreta... y como sabes, nosotros estamos haciendo una investigación, y él piensa que puede estar relacionada.

—¡Qué rico! ¡El mini Bauer arqueologuito! —festejó Bartolomé riéndose a carcajadas—. No creo, che... Sí, es una habitación secreta, pero no hay ninguna momia ahí adentro.

—¿La puedo ver? —preguntó Nico.

—¡Obviously! —dijo Barto, poniéndose de pie y haciendo girar la pared biblioteca.

Nicolás se sorprendió al verla girar, y miró con mucha curiosidad la habitación con sus paneles de colores, el pedestal con el Simón y la computadora con su monitor con forma de monstruo.

—Esto... —explicó Bartolomé— no es ninguna reliquia arqueológica. El finado Inchausti era un inventor, hacía juguetes, se divertía con estas cosas... Y éste era su rinconcito secreto.

—Qué curioso —dijo Nico fascinado, sin dejar de observar el lugar.

—Básicamente lo que tenía acá era el monitor de las cámaras de seguridad de la mansión... ¡Y lo habrá usado como escondite en sus trapisondas con las mucamas! —y se rio a carcajadas, pero se puso serio al ver que Nicolás le indicaba con un gesto que esos chistes no eran apropiados delante de Cristóbal

Aunque el hallazgo era muy interesante y simpático, Nico no halló relación alguna entre la habitación y Eudamón, y así se lo dijo a Cristóbal, que insistía.

—No, hijo... ¿qué puede tener que ver esto con Eudamón?

—¡Eso es lo que hay que investigar, pa Tengo una corazonada, vos siempre decís que hay que seguir las corazonadas...

—Es verdad —dijo Nico—. Si Barto te lo permite, seguí tu corazonada, seguí investigando y contame lo que averigües —le propuso para contentarlo.

—Cuando quieras, che —dijo Barto sin ninguna intención de volver a abrir su habitación secreta al mini Bauer.

Antes de regresar a su casa, Nico le pidió a Cristóbal que lo esperara, y fue a buscar a Cielo, a la que encontró en su altillo, aún convaleciente por el desmayo y el golpe. Nico se preocupó, pero ella le aseguró que estaba bien.

—¿Usted como está? Tiene ojitos contentos...

—¡Cristóbal está sano, Cielo! —exclamó Nicolás.

El rostro cansado de Cielo se iluminó, y lo abrazó, tan feliz y aliviada como él.

—¡Qué feliz me pone escuchar eso, Indi!

—Ya lo sé —dijo él mirándola con devoción—. ¿Y a vos qué te pasó?

—Me desmayé... y tuve otro sueño, ¿sabe? Soñé con mi mamá, pero ya me olvidé de todo...

—Cielo... no podes seguir escapándote de eso, tenes que hacer algo, esos desmayos y esos sueños no son normales.

—Voy a hacer algo, Indi. No diga nada, pero el doctor *Malajeta* me recomendó una clínica para desmemoriados.

—¡Excelente! —aprobó Nico—. Y contá conmigo para lo que necesites... tenes que reconstruir tu historia...

—¿Usted también es médico para desmemoriados? —bromeó ella.

—No, pero soy arqueólogo —dijo él—. Y eso hacemos los arqueólogos... Buscamos restos, objetos, pequeños retazos del pasado, para reconstruir la historia.

—Tal vez eso sea lo que yo necesito —conjeturó Cielo mirándolo fijo a los ojos—. Un piripipólogo que me ayude a reconstruir mi historia.

—Cuando vos me necesites, ahí voy a estar.

-¿Sí?

Ambos se miraban con un amor más grande del que

podían contener, hubieran vuelto a besarse si en ese momento no hubiera entrado Malvina.

—¡Gordi! ¡Sabía que estabas acá! Me imaginé que habías venido a contarle a mi ami Cielo lo de *Cristis*, qué bueno, ¿no? Ahora, ya que los tengo juntos, me muero muerta, ¡les cuento a los dos!

—¿Qué, Malvina?

—Hablé con un amigo de Barti, Luisito Blanco, con «b» larga, qué loco, ¿no? Bueno, este amigo tiene contactos en el registro civil y nos hizo un re favor.

—¿Qué favor?

—Nos consiguió un turno en el registro civil, ¡para ya!

—¿Cómo para ya? —dijo Nico un tanto tenso.

—Sí, gordi, ¡ya! ¡Nos casamos en tres semanas! ¿No es lo más?

Thiago y Tacho tuvieron un **punto de encuentro**, cuando una tarde confluyeron en la cocina, ambos de muy malhumor. Thiago buscaba algo que le provocara ganas de comer, parado frente a la heladera con la puerta abierta, mientras Tacho pintaba con fibrón negro sus raídas zapatillas negras.

Thiago percibió el malhumor de Tacho e indagó.

—¿Te pasa algo?

—Las minas me pasan —dijo Tacho con muchas ganas de hablar.

—Somos dos —dijo Thiago.

Tacho le refirió cómo Jazmín lo estaba volviendo loco. Él sabía que ella estaba tan copada con él como él con ella, pero «me delira, me histeriquea», manifestó. Le contó cómo la había rescatado de las garras del imbécil de su amigo.

—Perdona que hable así de tu amigo.

—Todo bien, lo quiero mucho a Nachito, pero sé cómo es.

Tacho le contó sobre aquel beso, sobre otros besos, sobre algunas charlas, y por último le contó, ofuscado, la última y absurda negativa de Jazmín.

—¿Por qué no? —había preguntado Tacho, ofuscado, cuando ella lo separó con cierto dramatismo, mientras él la besaba.

—Porque lo nuestro es imposible.

—¿Imposible por qué? —se había irritado Tacho.

—Porque no sos gitano.

-¡¿Qué?!

—Eso, vos sos payo, yo gitana, y yo sueño casarme con un gitano.

Thiago y Tacho tuvieron un **punto de encuentro**, cuando una tarde confluyeron en la cocina, ambos de muy malhumor. Thiago buscaba algo que le provocara ganas de comer, parado frente a la heladera con la puerta abierta, mientras Tacho pintaba con fibrón negro sus raídas zapatillas negras.

Thiago percibió el malhumor de Tacho e indagó.

—¿Te pasa algo?

—Las minas me pasan —dijo Tacho con muchas ganas de hablar.

—Somos dos —dijo Thiago.

Tacho le refirió cómo Jazmín lo estaba volviendo loco. Él sabía que ella estaba tan copada con él como él con ella, pero «me delira, me histeriquea», manifestó. Le contó cómo la había rescatado de las garras del imbécil de su amigo.

—Perdona que hable así de tu amigo.

—Todo bien, lo quiero mucho a Nachito, pero sé cómo es.

Tacho le contó sobre aquel beso, sobre otros besos, sobre algunas charlas, y por último le contó, ofuscado, la última y absurda negativa de Jazmín.

—¿Por qué no? —había preguntado Tacho, ofuscado, cuando ella lo separó con cierto dramatismo, mientras él la besaba.

—Porque lo nuestro es imposible.

—¿Imposible por qué? —se había irritado Tacho.

—Porque no sos gitano.

-¡¿Qué?!

—Eso, vos sos payo, yo gitana, y yo sueño casarme con un gitano.

—¡Cualquiera!

—¡No te burles de mi cultura! —se había enojado Jazmín—. Ser gitana es todo lo que tengo, y yo voy a casarme con un gitano.

—¡Cualquiera! —había repetido Tacho, indignado y frustrado.

—Cualquiera —acordó Thiago cuando Tacho completó el relato.

—Sí, cualquiera, ¿no? —se sintió comprendido Tacho—. Las mujeres son cualquiera.

—Sí, las odio —confraternizó, enojado, Thiago.

—¿A vos qué te pasó?

—¿Sabías que Mar y yo...?

—Sí, todo el mundo lo sabía.

—¡Estábamos perfecto! —se quejó Thiago—. Después del cumpleaños, empezamos a salir... Estuvimos unos días re bien, felices... y de pronto...

—¿Qué? —había dicho Thiago azorado cuando Mar le dijo que no quería seguir siendo su novia.

—Sí, eso, ¿no entendés cuando hablo? Se empastó el cuento, se vino abajo la medianera, saltó la térmica.

—¡Habla claro, Mar! —se había enojado Thiago.

—¿Más claro? No quiero seguir siendo tu novia, se terminó, basta.

—¿Pero por qué?

—Porque sí... —había respondido Mar, y se había puesto un tanto nerviosa, algo ocultaba, pensó Thiago—. Vos y yo... somos el agua y el aceite. Vos cheto, yo no; vos carilindo, yo no; vos todo y yo nada, así que no va.

—¡Cualquiera! —había dicho Thiago, indignado.

—Cualquiera —concordó Tacho, aunque si bien no conocía las razones por las que Mar había dejado a Thiago, podía suponerlas: Barto.

—¿Vos las entendés?

—Imposible entenderlas.

—¿Sabes lo que tenemos que hacer nosotros? —dijo Thiago—. Salir de joda. ¿Cuántos años tenes vos, Tacho?

—Dieciséis.

—Yo también, somos muy chicos para ponernos de novio... ¿sabes toda la joda que nos falta?

—qm tv jaya to amigo tacivetón —puso Taoho cómo condición.

El proyecto de la salida masculina empezó a crecer, Rama se sumó, aunque estaba dolido por el desamor de Mar, entendía que Thiago no tenía ninguna culpa. Lleca quiso sumarse pero como no fue admitido, se enojó mucho.

—¿Por qué no?

—Porque sos muy chico.

—¡Tengo once! —gritó.

—Por eso —le respondieron.

Tacho no pudo evitar que se sumara Nacho, pero ya no le preocupaba; si el problema con Jazmín era que él no era gitano, Nacho tampoco lo era y, llegado el caso, la salida podía ser una buena ocasión para volver a descargar su bronca en sus cachetes. Lo único que les faltaba definir era el lugar.

Entonces ahí apareció Mogli, un tanto emocionado, y más entreverado para hablar que de costumbre; les costó mucho entender lo que les decía.

—Micola ser casarar, amainé cutú con Malamina, amigus le festejarar... —y buscó la palabra, y al no encontrarla, completó la frase en su dialecto—: Ambru da fine.

—¿Eh? —dijeron al unísono Tacho, Thiago y Rama.

—Micola... Mi-co-la... —se impacientó Mogli.

—Sí, Nico... —tradujo Thiago...

—Ser casarar con Malamina —repitió Mogli casi deletreando cada palabra, como si fuera un tema de velocidad.

—¡Que se casa con Malvina! —interpretó Rama—. Sí, ya lo sabemos.

—Amigus... —dijo Mogli señalando a todos y a sí mismo—. Le festejarar... —y volvió a buscar palabras, y se iluminó. ¿Solteru?

—¿Soltero? —dijo Tacho.

—Sisisí, solteru... ciao, ciao soltero, vain vora, adeus, chao solteru...

—¡La despedida de soltero! —exclamó finalmente Thiago comprendiendo.

—¡Ah, buana! —exclamó al fin Mogli.

Habían encontrado la ocasión perfecta para una noche de diversión, de algunas licencias y, sobre todo, de mujeres.

Cuando llegó el sábado, todos estaban ansiosos y con muchas expectativas por la despedida de soltero. **El espíritu de la fiesta** sobrevolaba la mansión. Rama y Tacho suponían, por un lado, que Lleca los fastidiaría insistiéndoles para ser incluido y, por el otro, que Barto intentaría frustrar la salida con su hijo, pero ambas suposiciones resultaron infundadas. Lleca ni mencionó la reunión y fue a acostarse temprano, y Barto no les dijo nada, más allá de alguna recomendación sobre no tomar alcohol.

En realidad, a Barto le resultaba insufrible que su hijo saliera con los roñosos, pero no pudo decirle que no a Nico cuando le aseguró que los iba a cuidar y, además, estaba tan contento con el inminente casamiento que tenía el sí fácil.

Los chicos habían organizado paso a paso cómo sería la noche, y todos estaban ansiosos por conocer a Samira, una odalisca que Nacho se había encargado de contratar.

La experiencia comenzó en el loft de Nico, donde él los esperaba con cierto temor; sabía que su despedida iba a tener ciertos elementos rituales aportados por Mogli, para quien una despedida de soltero no era tanto una fiesta sino una ceremonia, y que también estaría cargada de la euforia adolescente de los invitados. Nico se preguntaba qué resultaría de esa mezcla.

Los chicos llegaron con una excitación que sobrepasaba lo que había imaginado Nico, lo sentaron en una silla, y comenzaron la transformación. Le quitaron la ropa y lo disfrazaron de bebote, aunque tuvieron que aceptar que Mogli le pusiera un collar tradicional hecho con dientes de hiena (animal sagrado zahori) y cola de lagartija. Luego, sin darle tregua, le estrellaron huevos en la cabeza y en el pecho, y lo rociaron

con harina. Cuando estuvo bien sucio y ridículo, lo sacaron del loft y lo subieron al jeep de Nico, que Mogli condujo hasta el lugar elegido para el festejo: un canto bar. Durante el trayecto no pararon de cantar y saltar sobre el jeep.

Al llegar al canto bar se subieron a las mesas y corearon cada canción, mientras esperaban su turno para subir al escenario; y la euforia continuó hasta que una mesera se acercó hasta ellos y Nico decretó que nadie tomaría alcohol esa noche. Todos se quejaron ruidosamente, la cerveza era una de las licencias que esperaban poder tomarse. Pero Nico insistió, y Nacho dijo que a los otros podía impedirselo, pero a él no, a lo que Nico respondió que sí en cambio podía decidir quién permanecía en su despedida.

—Micola tenerer razo, no non se toma alcolol, pero si se tomar bruetura... bebida sagradu.

Nico tradujo que todos deberían tomar «bruetura», una bebida tradicional zahori para la ceremonia prenupcial. Mogli sacó una pequeña vasija de cerámica de su morral y seis vasitos pequeñísimos, también de cerámica. Vertió una ínfima cantidad en cada vaso y luego ordenó que cada uno tomara el suyo. Todos lo miraron frustrados y algo asqueados; la bebida tenía un color muy poco tentador, pero Nico les explicó que no podrían desairar a Mogli y sus tradiciones. Entonces el grupo completo tomó el vasito y lo elevaron para brindar.

—¡Por Nico! —propuso Thiago. i

—¡Por Nico! —gritaron todos.

Y se bebieron de un trago la escasa cantidad de «bruetura» que les había servido Mogli. Al principio no sintieron nada, ni gusto siquiera; la bebida parecía agua, pero pocos segundos después comenzaron a sentir un calor que les subía desde el estómago y les brotaba por cada poro de la piel. Cuando Nico vio los rostros enrojecidos de los chicos y los ojos que parecían salirseles de la órbita, manoteó a Mogli por el cuello.

—¿Qué nos diste, Mogli?

—Bruetura... saca espírito de la festa afuara.

—¿Espíritu de la fiesta? —dijo Nico aterrado, viendo los chicos que ya se subían a las mesas, se sacaban las remeras y las revoleaban como un poncho, y comprendió que hubiera sido preferible un vaso de cerveza antes que el bruto ese.

Lo que siguió fue épico, y al día siguiente pudieron reconstruir un poco la noche a partir de algunas fotos que habían tomado. Estaban tan poseídos por el espíritu de la fiesta que todos alzaron en andas a Lleca cuando vino a entrar, se había escapado de la mansión y los había seguido.

—¿Qué haces acá? —preguntó Nico a los gritos, mientras entre todos lo tiraban hacia el techo.

El resto de la gente se divirtió mucho en el canto bar viendo a ese grupo tan heterogéneo, cantando y bailando sobre las mesas. Cuando les tocó el turno de cantar, subieron los siete al escenario, y comenzaron a entonar un popurrí de canciones de fiesta.

Al promediar la noche, el espíritu de la fiesta los fue abandonando lentamente, y todos empezaron a decaer.

—Espíritu de la fiesta se va rápido —explicó Mogli a Nico—. Ahora llega espíritu de la verdad.

El espíritu de la verdad no era tan divertido como el de la fiesta, ni mucho menos. Poco a poco todos fueron bajando como la espuma de la cerveza. Lleca, que era el único que no había tomado bruto, y su espíritu de la fiesta seguía intacto, intentaba levantarlos y reflotar la euforia, pero uno a uno fueron cayendo y, de pronto, fueron descubriendo que no había en sus corazones otra cosa más que un gran vacío que trataban de tapar con fiestas, gritos y euforia.

—Las mujeres son malísimas —dijo Thiago, acodado sobre Tacho, como si acabara de descubrir una verdad universal—. Porque una cosa es hacer sufrir, y otra es que te guste hacer sufrir. Las odio.

—Las minas lo que quieren es que las trates mal —sentenció Tacho—. Si las tratas bien, se vuelven jodidas.

—¡Man! —exclamó Nacho casi en llanto—. Soy el más lindo, el más millonario, el tipo con más onda, ¿por qué no me dan bola las minas?

Todos miraron a Rama, esperando su propio descargo, pero él no se atrevió a hablar, estaba abstraído por el profundo dolor que le provocaba la imagen de Mar.

Así es la ley... hay un ángel hecho para mí... Te conocí, el tiempo se me fue, tal como llegó...

Todos giraron, y vieron azorados a Nico, parado en el escenario, cantando la versión en español de *Ángel*, de Robbie Williams. Su voz estrangulada evidenciaba las lágrimas contenidas, era un espectáculo casi lamentable.

Y te fallé... te hice daño, tantos años... Yo... pasé por todo sin pasar, te amé sin casi amar...

La desesperada angustia de Nico angustió más a todos, jue ya se mecían al ritmo lastimero de la canción. La voz de ico se iba estrangulando cada vez más.

¿Yal final quién me salvó? El ángel que quiero yo...

Cuando quiso subir el tono para alcanzar el estribillo, la voz de Nico se quebró, y empezó a cantar llorando.

De nuevo tú, te cueles en mis huesos... Dejándome tu beso junto al corazón.

Pensaba en Cielo, en esa belleza angelical que era su único bálsamo en los días tristes.

Y otra vez tú, abriéndome tus alas... Me sacas de las malas rachas de dolor.

Iba a casarse, iba a casarse con Malvina, dejando atrás a Cielo y todo su amor; podría mentirle al mundo, menos a sí mismo:

Porque tú eres, el ángel que quiero yo...

Para un espectador externo no era más que un grupo de jóvenes en la fase depresiva de la borrachera; pero Mogli, que los contemplaba con recogimiento, sabía lo que les estaba ocurriendo: el brueta no convocaba al espíritu de la fiesta, sino que lo sacaba, lo dejaba ir, lo expulsaba, liberaba de esa necesidad evasiva, y finalmente enfrentaba con el deseo, con la verdadera necesidad, con aquel grito silencioso que desoímos cada día.

Cuando estoy fatal... Ya no sé qué hacer, ni a dónde ir...

Nacho no recordaba haber sentido angustia, y lo desconcertaban sus pensamientos, tenía una revelación: era tan invisible a las mujeres como lo era en su propia casa, para sus propios padres. Rama empezó a llorar cuando advirtió que detrás del dolor por el desamor de Mar había otro dolor, y otro desamor: el de su madre y su inexplicable abandono. Sin saberlo, Thiago compartía el mismo dolor, el abandono de Mar había revivido en él aquel abandono tan doloroso, el de Ornella. Tacho lloraba porque Jazmín le había dicho que era indigno de ella por no ser gitano, como había sido indigno para su familia el día en que lo cambiaron por un televisor.

El cuerpo se me va, hacia donde tú estás... Mi vida cambió, el ángel que quiero yo...

El enojo, el odio a las mujeres, la bronca no eran más que dolor, profundo dolor, y cuando odiaban a las mujeres, odiaban a aquellas madres que les habían dejado una marca profunda en sus almas. No eran más que un puñado de nenes

llorando y pidiendo a gritos por ese ángel de la guarda, esa madre que les había soltado la mano en medio de una avenida feroz.

Porque tú eres, el ángel que quiero yo...

Nico terminó de cantar con sus ojos inyectados en lágrimas, fue casi como una despedida. Mogli fue reuniendo a todos, que se dejaron conducir por él. Regresaron en silencio y pensativos, sintiendo el viento fresco en sus caras, mientras Mogli conducía el jeep de Nico. Al llegar al loft, Mogli pagó por los servicios no prestados a Samira, la odalisca, rué los esperaba allí. Ninguno la miró ni se interesó por su famosa danza del vientre. Mogli se encargó de llevar a cada uno a su habitación. Acompañó a Nacho y a Thiago a la habitación de éste, y los observó hasta que se acostaron. Luego buscó a Rama y Tacho, que habían quedado en la misma posición en la que los había dejado en la sala; Lleca los miraba absorto. Mogli acompañó a todos hasta sus camas, y apagó la luz cuando se acostaron. Regresó al loft, y cubrió con una manta a Nico, que se había acostado en el sofá.

—Ella es un ángel —dijo Nico ya durmiéndose.

Mogli asintió y lo arropó. Luego salió al balcón y vio como el horizonte se teñía de un púrpura furioso, pronto amanecería.

El lunes siguiente, luego de servir el desayuno a los chicos, Cielo salió de la mansión rumbo a la clínica especializada en amnesia. Como le prometió a Malatesta, no le explicó la verdadera razón a Bartolomé; adujo simplemente que debía hacer un trámite personal. La mención de «trámite personal» lo inquietó un tanto, pero estaba tan ocupado en organizar las mesas para la fiesta de casamiento que lo desestimó.

Cielo salió por la puerta principal y miró hacia el loft de Nico, la ventana estaba cerrada. Vio que había alguien trabajando en el local de la planta baja, y que las vidrieras, cubiertas hasta el día anterior, dejaban ver ahora algunas antigüedades. «Seguramente alquilaron el localcito», pensó.

Caminó unos pasos para mirar la mercadería más de cerca. «Qué lindas chucherías», dijo para sí al ver las antigüedades. Le llamó la atención que dentro del local estuviera Malvina charlando con un hombre joven, de pelo corto, buen mozo y muy elegante. Al descubrir a Cielo, Malvina le hizo una seña para que acercara y le dijo:

—Ah, Sky... te presento a James Jones. Es el dueño de este negocio, ¿no es divino?

—¿El local o James *Jonses*? —bromeó Cielo.

El propietario sonrió, y la saludó con un beso al presentarse.

—¿Inauguró hoy? —preguntó Cielo.

—Estoy en eso.

—Me estaba comentando James que es soltero, Sky... Quien te dice, como vos estás solita... En cualquier momento podemos hacer una salida de a cuatro, ¿no?

Cielo se escabulló de la situación incómoda con elegan-

El lunes siguiente, luego de servir el desayuno a los chicos, Cielo salió de la mansión rumbo a la clínica especializada en amnesia. Como le prometió a Malatesta, no le explicó la verdadera razón a Bartolomé; adujo simplemente que debía hacer un trámite personal. La mención de «trámite personal» lo inquietó un tanto, pero estaba tan ocupado en organizar las mesas para la fiesta de casamiento que lo desestimó.

Cielo salió por la puerta principal y miró hacia el loft de Nico, la ventana estaba cerrada. Vio que había alguien trabajando en el local de la planta baja, y que las vidrieras, cubiertas hasta el día anterior, dejaban ver ahora algunas antigüedades. «Seguramente alquilaron el localcito», pensó.

Caminó unos pasos para mirar la mercadería más de cerca. «Qué lindas chucherías», dijo para sí al ver las antigüedades. Le llamó la atención que dentro del local estuviera Malvina charlando con un hombre joven, de pelo corto, buen mozo y muy elegante. Al descubrir a Cielo, Malvina le hizo una seña para que acercara y le dijo:

—Ah, Sky... te presento a James Jones. Es el dueño de este negocio, ¿no es divino?

—¿El local o James *Jonses*? —bromeó Cielo.

El propietario sonrió, y la saludó con un beso al presentarse.

—¿Inauguró hoy? —preguntó Cielo.

—Estoy en eso.

—Me estaba comentando James que es soltero, Sky... Quien te dice, como vos estás solita... En cualquier momento podemos hacer una salida de a cuatro, ¿no?

Cielo se escabulló de la situación incómoda con elegan-

cia, le deseó suerte al señor Jones con su negocio, y siguió su camino hacia la clínica. Al llegar vio a un hombre de unos treinta años, de pelo lacio y algo largo, castaño claro, que caminaba en dirección a ella, concentrado en unos papelitos de colores que venía leyendo con su cabeza inclinada. Cielo advirtió que iba tan absorto que no la había visto, y se corrió para que no la chocara; él, al percibir el movimiento, levantó la cara y la observó. Y Cielo a él. Tenía unos hermosos ojos algo achinados, y una sonrisa picara, como si viniera riéndose de algo que había recordado. La miró como reconociéndola.

—Hola —le dijo, aún impactado por la belleza de Cielo.

—Hola —respondió ella, un tanto sorprendida por el abordaje.

—¿Nos conocemos? —preguntó él.

—No —dijo ella.

—Yo soy **Alex** —se presentó mientras extendía su mano.

—Cielo —dijo ella, y se la estrechó.

Él miró la puerta de la clínica, frente a la que estaban parados, y preguntó:

—¿Venís a la clínica? ¿O te vas? ¿Trabajas acá?

—Vengo —dijo ella sonriendo.

—Ah, yo también —dijo él—. Adelante...

Y le abrió la puerta para dejarla pasar. Fueron hasta la recepción, donde a Cielo le indicaron un consultorio al final del pasillo hacia la derecha.

—Bueno, un gusto, Alex —dijo ella despidiéndose.

—Un gusto, Cielo —respondió él mirándola con intensidad.

Cielo caminó hasta el final del pasillo y esperó unos minutos frente al consultorio, hasta que un médico joven y muy amable la hizo pasar. El consultorio del doctor Ambrosio era muy luminoso y acogedor.

—El doctor Malatesta me contó tu caso, y me mandó tus estudios —comenzó el doctor Ambrosio—. La buena noticia es que no tenes ningún daño cerebral.

—Sí, eso ya lo sabía.

—Bueno, pero quiero contarte por qué es una buena noticia. En este lugar atendemos a mucha gente que tiene problemas de la memoria, como resultado de algún traumatismo o enfermedad neurológica. Los tratamientos en esos casos tienen algunos límites, hay veces que no podemos reparar partes de un cerebro dañado. En tu caso, tu cerebro está completamente sano.

—¿Entonces cuál sería la mala noticia? —preguntó Cielo.

—*La mala, aunque en realidad no es tan mala, es que en tu caso la solución a tu problema no la tengo yo, ni ningún médico, ni la ciencia. La tenes vos.*

—¿Por qué yo?

—Tu amnesia, Cielo, es producto de algún trauma emocional, psicológico. La única que puede desarmar y rearmar ese rompecabezas sos vos.

—¿Y cómo?

—Hablando. A través de la terapia. Si vos estás de acuerdo, comenzaríamos un tratamiento. Se trata sólo de hablar, que vos puedas hablar de todo: de lo que recuerdes, de lo que no, de lo que te pasó en el día, de los sueños, de todo. Sólo hablar. Nosotros te vamos a dar algunos ejercicios para tratar de estimular tu memoria.

—Ok. ¿Empiezo?

Hablar no era una dificultad para Cielo, y estuvo los siguientes cuarenta y cinco minutos hablando sin parar. Al terminar fijaron otro horario, y el doctor Ambrosio la despidió.

A la salida de la clínica volvió a toparse con Alex, que estaba otra vez concentrado en un papelito rosa que venía leyendo. Levantó la cabeza, la vio y sonrió.

—¿Qué tendrá ese papelito que te tiene tan concentrado? —bromeó Cielo.

—¿Perdón, nos conocemos? —dijo él sonriente. —Cielo —dijo ella extendiendo su mano, prendiéndose en su broma.

—Alex —respondió él también sonriente.

—Alex, no te olvides eso —le dijo una recepcionista.

—No, no —respondió él.

—¿Trabajas acá? —preguntó Cielo.

—Creo que sí —dijo él, sonriendo.

—Entonces nos veremos —dijo Cielo y salió.

Cuando se fue, Alex se acercó a la recepcionista, que le entregó una guitarra en su funda.

—Gracias por cuidármela —dijo él, y salió con su guitarra al hombro.

Cielo aprovechó que estaba en el centro para ir a comprar algunas cosas que necesitaba y, además, algún regalito para las chicas a las que veía medio caiduchas últimamente. De regreso atravesó una plaza para acortar camino. Se sorprendió mucho cuando vio nuevamente a Alex, sentado en un banco de la plaza, tocando *Let it be* en una guitarra, y tarareándola. El hecho de encontrarse por tercera vez en el día con ese hombre tan atractivo y simpático le hizo pensar en si no sería algún tipo de señal, aunque inmediatamente se dijo que la tristeza por el casamiento de Indi le estaría haciendo ver señales donde no las había.

—¿Médico y músico? —le preguntó acercándose.

Él la miró, sonrió, y dejó de tocar.

—Prefiero compositor —dijo él.

—¿Ah, sí? ¿Compositor? ¿Y estás componiendo?

—Sí, dijo él. Me estaba bajando un temón... Escúchalo, y decime si no es un temón.

Y volvió a tocar acordes de *Letitbe* y a tararear el tema. Cielo se rio, francamente; Alex le resultaba muy divertido.

—Sí, la verdad que sí. Un temón... va a recorrer el mundo ese tema.

—Bueno, no sé si tanto —dijo él con modestia, y volvió a mirarla.

Se miraron unos instantes, y ella finalmente dijo.

—Bueno... me tengo que ir, ya se me hizo tarde. Nos vemos...

—Alex —dijo él, como presentándose. Cielo se rio nuevamente de su chiste. ' —Cielo —dijo ella siguiéndole el juego.

Una semana después, cuando Cielo salía para su segunda sesión en la clínica, se topó con Malvina, que la aturdió con palabras. Estaba histérica, faltaba nada para su casamiento por civil, y tenía tanto, so much, que hacer. Iba a necesitar de Cielo a tiempo completo. Cielo explicó que ella debía salir, pero Malvina le dijo que no, que además de su amiga, era la muqui, y que tenía que hacer lo que ella, la señora de la casa, le ordenara.

—Yo tengo que salir —repitió Cielo. —¿Qué pasa? —dijo Malvina—. ¿Te pone mal mi casamiento?

—¿Qué dice?

—Digo... porque tienes una cara... ¡Helio! Me caso, Sky... Hay que encargarse de los invitados, del servicio, de los tres vestidos, uno para el civil, otro para la iglesia, otro para las cuatro de la mañana cuando sirvan la pata de cordero... Make up, cotillón, despedida de soltera, ¿no ves el estrés que da un casamiento?!

Cielo no pudo rehusarse, y tuvo que aplazar su turno. Ayudó a Malvina con cada tarea para su casamiento, y tuvo que soportar verla a los besos con Nico cuando él vino al ensayo de la ceremonia del civil, que sería allí mismo, en la mansión. Cielo advertía que Nico se sentía incómodo con su presencia, pero eso no atemperaba el dolor y enojo que le provocaba. Pero lo que realmente la sacó de quicio fue cuando Malvina, muy ceremoniosa, le propuso, delante de Nico, y por ser su gran amiga, ser testigo de su casamiento por civil.

—Ahora me tengo que ir —fue la respuesta de Cielo, que salió apenas conteniendo la bronca.

Fue hasta la clínica, ya tenía un tema para hablar sin parar durante toda la sesión, y al ingresar se chocó con Alex que salía, una vez más concentrado en ese papelito que leía. El choque no fue fuerte, pero Cielo perdió el equilibrio y cayó, lo que acrecentó desproporcionadamente el enojo que ya traía.

—¿No mira por dónde camina? —gritó, y luego vio que se trataba de Alex, entonces se calmó un poco.

—Perdón —dijo él—. Venía distraído.

—Sí, siempre caminas distraído, vos—. dijo aún molesta por el choque.

—Perdón, ¿nos conocemos? —dijo Alex.

Ya era suficiente, al principio había sido divertido el ruste, pero a la cuarta vez ya no tenía nada divertido, menos on el día que ella había pasado.

—¿No te parece que ya cansa ese chistecito? —le largó directa.

—¿En serio nos conocemos? —dijo él un tanto preocupado.

—¡Basta, hombre! —estalló Cielo—. Sos re pesado con ese chiste.

—Perdón... —dijo él—. No sé, tal vez nos conocemos y... —dijo él estirando su mano hacia ella.

—¡No me toques! —gritó ella, que ya empezaba a pen-ar que él era una especie de enfermito—. Basta, no te me cerques.

—¿Qué pasa? —preguntó el doctor Ambrosio, que estaba erca de ellos e intervino al escuchar el tono de voz de Cielo.

—Nada, este hombre que se hace el gracioso...

—Parece que la conozco, doc... —dijo Alex.

—¿Y seguís con el chiste? —se enojó aún más Cielo.

—Cielo... si lo conociste, él no se acuerda —explicó Ambro-
3—. Alex es paciente de la clínica, tiene un cuadro de amnesia muy grave, se olvida de todo a los pocos minutos.

Cielo quedó demudada. Miró a Alex, que sonrió y le dijo *jt* enésima vez:

—Yo soy Alex.

Tacho sabía que su mejor virtud era su tenacidad. Sabía que no era inteligente ni muy habilidoso, pero esas carencias las suplía con tenacidad. Por eso decidió persistir con Jazmín, aun cuando ella seguía adelante con su negativa. Si el problema era que él no era gitano, habría que **ser gitano**.

Estaban en agosto, y los días más crudos de invierno se congelaba el patio cubierto; ante ese panorama, Cielo les había puesto calefactores en los cuartos a los chicos. Jazmín regresó aterida de frío de la calle, donde habían estado con algunos de los chicos y Justina haciendo los rumanos, y corrió a recuperarse del frío en su habitación calefaccionada. Al entrar, se encontró con un camino de pétalos rojos y blancos que conducían hacia una tela roja, colocada en la abertura que separaba ambas habitaciones; se oía una guitarra que tocaba unos acordes flamencos. Muy intrigada, Jazmín se acercó hacia la tela roja, pero se asustó cuando se encendió detrás una luz que reveló una figura en contraluz, al tiempo que estallaba un flamenco a todo volumen.

La sombra apartó de un manotazo la tela, y ahí estaba Tacho. Tenía pantalones negros muy ajustados, botas blancas, una camisa rojo furioso, brillante, abierta hasta el pecho, sobre el que se apoyaba un rosario de plástico blanco. Lucía el pelo recogido, unas patillas pintadas hasta las mejillas, un sombrero negro de borlas, y una rosa roja entre los labios: era un perfecto estereotipo de gitano. Con afectación, se quitó la rosa de la boca y comenzó a bailar lo que él imaginaba que era el flamenco, cantando con su voz impostada sobre la canción que sonaba. En actitud de gitano recio, bailó cantando alrededor

de Jazmín, que lo miraba entre sorprendida y tentada. Tacho terminó su canción, se arrodilló ante ella y declamó:

—Ay, mi rosa de la Alhambra, rosa de la morería... Haré lo que tú me mandes, con tal de que seas mía.

Y permaneció en silencio, agitado, expectante de la reacción de Jazmín. Ella comenzó a reírse a carcajadas, por cierto no era la reacción esperada por Tacho.

—¿Estuve bien?

—Estuviste muy gracioso.

—Pero te maté, ¿o no?

—Muy gracioso —repitió ella.

—¿Ves que puedo ser un gitano?

—No... —dijo ella riendo—. Vos nunca vas a ser un gitano.

—¿Por qué no? —dijo él, ya enojándose, y poniéndose de pie—. ¿Qué me hace falta para ser gitano?

—Haber nacido gitano —dijo ella—. Igual me encantó —agregó sonriendo, halagada.

—Bueno, puedo ser tu falso gitano.

—No, Tacho —dijo Jazmín volviendo a poner la distancia de siempre.

—¡Córtala con esa guada de gitano y no gitano! —protestó él.

—¡No me jodas con eso! —concluyó ella la charla, amagó a salir, pero antes le aseguró—: Yo me voy a casar con un gitano, ¡un gitano de verdad!

Pero Tacho era tenaz. Entonces, si se trataba de ser gitano de verdad, sería gitano, y para eso sin pérdida de tiempo, por puro impulso, se dirigió al sur de la ciudad, al Darrio de los tablaos, donde había una pequeña comunidad gitana. Entró en un tablao que estaba vacío, excepto por un tnciano que tomaba una copa de un líquido verde claro.

—Está cerrao —dijo parco el hombre, sin mirarlo.

—¿Usted es el dueño? Necesito hablar con un gitano.

El anciano lo miró extrañado, pero no contestó. Tacho se acercó, decidido.

—Usted parece muy gitano. Necesito pedirle un favor —y

con desparpajo tomó una silla y se sentó junto al anciano que lo miraba inexpresivo—. Mire, yo no soy gitano... —comenzó Tacho.

—Eso está a la vista —dijo el anciano, con una inflexión de la voz que denotaba que ya le estaba cayendo simpático Tacho.

—Por eso... —continuó Tacho—. No soy gitano ni ahí, pero me enamoré de Jazmín, gitana, hermosa, hermosa y gitana..

—Lógico.

—Y ella no quiere ser mi novia porque yo no soy gitano.

—Lógico —repitió el anciano.

—Entonces... lo que le quiero preguntar es... Usted que es re gitano y que debe saber todo sobre los gitanos... ¿nunca una gitana se puede casar con un pacho?

—Payo —corrigió el anciano, y agregó—: No, si quiere seguir siendo gitana...

—Ahá... —dijo Tacho—. ¿Y cómo puedo hacer para convertirme yo?

—¿Convertirte?

—Sí, al gitanismo.

El anciano se echó a reír con carcajadas tan estridentes que asustaron un poco a Tacho.

—Ser gitano no es una religión, payo —dijo el anciano—. Es una identidad, se lleva en la sangre, es herencia. Naces gitano y mueres gitano. Naces payo y mueres payo.

—¿Nada se puede hacer? —dijo Tacho desahuciado.

—Si de verdad la amas, puedes intentar volverte digno del corazón de una gitana. Puedes convertirte en un gitano más gitano que los gitanos. Puedes aprender nuestra cultura, nuestra música, nuestras tradiciones. Pero te llevaría toda la vida, y aun así, tu sangre no sería gitana.

—Pero sería bastante más gitano que ahora, ¿no? —dijo Tacho viendo una luz de esperanza.

—¿En qué comunidad vive tu gitana? —preguntó con interés el anciano—. Hay algunas que son menos ortodoxas que otras.

—No, no vive en ninguna comunidad. Es una chica huérfana que vive en la Fundación donde vivo yo.

—¿Qué fundación es ésta?

—La Fundación BB —respondió Tacho.

El anciano abrió grandes los ojos, y a continuación le dijo que debía irse.

Tacho regresó a la Fundación frustrado, pero no vencido. Él le encontraría la vuelta a esa imposibilidad y conseguiría ser gitano.

Thiago estaba convencido de que había algo extraño en la decisión de Marianella de terminar la relación, algo le había pasado, y él suponía que tenía que ver con cierto complejo de inferioridad. Por su condición, tal vez ella sentía que él no era para ella, y sólo quería jugar. Por eso le pidió consejos a Nico sobre cómo manejarse.

—Una mujer quiere creer siempre en el hombre que ama, que le genere confianza. Vos tenes que convencerla de que no se equivoca al creerte —le había dicho Nico, y le ofreció su loft para organizarle una cena romántica en la que pudieran hablar mejor.

En **complicidad** con Thiago, una noche Nico citó a Marianella en su loft, pero quien le abrió la puerta fue Thiago. Mar se puso tan nerviosa como cada vez que lo veía, e incluso más cuando comprendió que todo había sido un engaño, y vio la mesa ratona hermosamente decorada con unas velitas.

—Chau —dijo ella tensa al verlo, pero él la retuvo.

—No te vayas, Mar. Nada más quiero hablar con vos.

Ella se enterneció mucho cuando vio el caos que había dejado en la cocina.

—No tenía ningún sentido si no cocinaba yo —dijo Thiago.

La comida no estaba mal de sabor, pero de aspecto era peor que la comida que comía Mogli. Ambos comieron sentados sobre almohadones en el piso, y por primera vez desde que se conocieron, pudieron hablar bien.

—Quería entender por qué me dejaste, nada más.

—Se me empastó la bujía.

—Eso quiere decir muchas cosas, y no quiere decir nada, Mar. Yo lo único que sé es que estábamos bien, empezando

Thiago estaba convencido de que había algo extraño en la decisión de Marianella de terminar la relación, algo le había pasado, y él suponía que tenía que ver con cierto complejo de inferioridad. Por su condición, tal vez ella sentía que él no era para ella, y sólo quería jugar. Por eso le pidió consejos a Nico sobre cómo manejarse.

—Una mujer quiere creer siempre en el hombre que ama, que le genere confianza. Vos tenes que convencerla de que no se equivoca al creerte —le había dicho Nico, y le ofreció su loft para organizarle una cena romántica en la que pudieran hablar mejor.

En **complicidad** con Thiago, una noche Nico citó a Marianella en su loft, pero quien le abrió la puerta fue Thiago. Mar se puso tan nerviosa como cada vez que lo veía, e incluso más cuando comprendió que todo había sido un engaño, y vio la mesa ratona hermosamente decorada con unas velitas.

—Chau —dijo ella tensa al verlo, pero él la retuvo.

—No te vayas, Mar. Nada más quiero hablar con vos.

Ella se enterneció mucho cuando vio el caos que había dejado en la cocina.

—No tenía ningún sentido si no cocinaba yo —dijo Thiago.

La comida no estaba mal de sabor, pero de aspecto era peor que la comida que comía Mogli. Ambos comieron sentados sobre almohadones en el piso, y por primera vez desde que se conocieron, pudieron hablar bien.

—Quería entender por qué me dejaste, nada más.

—Se me empastó la bujía.

—Eso quiere decir muchas cosas, y no quiere decir nada, Mar. Yo lo único que sé es que estábamos bien, empezando

a ser novios... Yo te amo, y sentía que vos también a mí, y de pronto, de la nada, me dejaste sin una explicación.

—Sí, te expliqué.

—¿Que somos el agua y el aceite? ¿Ésa es la explicación? No somos tan distintos, Mar. Y si con eso te referís a que vos sos huérfana y pobre, y yo supuestamente soy *el rico*, te quiero decir que eso para mí no significa nada.

—No, para vos no —dijo ella bajando la cabeza.

—¿Y para quién sí? —dijo Thiago empezando a comprobar su teoría—. ¿Para mi papá?

—Yo ya debería irme... —dijo Marianella.

—¿Mi papá te dijo algo? ¿Él te prohibió ser mi novia?

—No es que me prohibió, pero...

—¡Fue eso! —exclamó Thiago, tan enojado con Barto como aliviado de que Mar lo hubiera dejado a su pesar—. Mi amor, yo sé que mi papá es pesado, él no quiere que yo me junte con ustedes...

—Ya lo sé...

—Pero él no quiere porque le parece que ustedes pueden sentirse mal... —Mar lo miró como si hubiera dicho un total desatino. —Yo no estoy de acuerdo con él, pero mi papá cree que si ustedes están en contacto conmigo y con mis amigos, y ven el estilo de vida que llevamos, se pueden sentir mal... No lo hace de malo, él piensa que así los cuida.

—Sí, claro —dijo Marianella compadecida de la mentira en la que vivía Thiago.

—Estemos juntos, Mar..., por favor. Te amo, pienso en vos todo el día, yo te amo de verdad.

—No quiero que a tu viejo se le caiga la medianera.

—No tiene por qué enterarse —dijo Thiago—. Podemos ser novios en secreto... —le propuso con una gran sonrisa cómplice.

Esa sonrisa que haría bajar una y otra vez la guardia de Marianella y que ella llamaría «la sonrisa compradora», esa sonrisa ancha como brazos extendidos. Él se acercó a ella, le tomó el mentón y le giró la cara.

—Si vos me decís que no querés, yo no te molesto más.

Pero si es por mi papá, él no decide por mí, y tampoco por vos.

Ella entonces lo besó. Además de desearlo, quería ocultar sus lágrimas. Desde el día en que Bartolomé la había obligado a cavar su propia tumba, había llorado cada noche hasta dormirse, deseando que Thiago viniera a rescatarla de su prisión. Y una vez más, Thiago, su príncipe hermoso de sonrisa compradora, había estirado su mano para sacarla de esas aguas oscuras en las que se estaba ahogando.

Ser novios en secreto hasta resultaba divertido, pero Mar insistió en que *secreto* significara realmente *secreto*, que nadie, salvo ellos, lo supieran. Y así fue durante un buen tiempo. Disfrutaban de la complicidad, de ese secreto que era sólo de ellos; de mirarse de reojo mientras todos desayunaban en la cocina; de escuchar esa canción que les gustaba a los dos y cruzar miradas, sabiendo que nadie más entendía el significado que ellos le atribuían. Como Bartolomé le había confiscado el celular a Marianella, Thiago le regaló otro; las charlas y confesiones amorosas de la noche eran una felicidad mucho más grande que lo que había podido imaginar Mar en toda su vida. Los mensajitos de texto eran pequeñas victorias cotidianas, eran el amor triunfando sobre el destino.

Mar le ganaba unos minutos a sus obligaciones, y se iba hasta una plaza cercana, donde él la buscaba a la salida del colegio. Pasaban valiosísimos minutos tirados en el césped, besándose, charlando, mirándose. Ella amaba contar sus lunares, mientras él le hablaba de su infancia, de su madre, de su vida en Londres. Antes de volver a la mansión, permanecían unos minutos en silencio, ella recostada junto a él, con su cabeza apoyada en su pecho; le encantaba el olor de Thiago y la sensación de la textura del paño del uniforme del colegio sobre su rostro. Luego regresaban caminando de la mano, para separarse a un par de cuadras de la Fundación, a la que llegaban por separado. Volver a verse en la casa y saludarse, como si no se hubieran visto, la risa disimulada y cómplice al comprobar que ambos tenían rastros

de césped en su ropa, y los miles de códigos y guiños cómplices que tenían, eran el alimento de ese amor que crecía en secreto.

Pero el amor se resiste a permanecer en secreto por mucho tiempo, es propio de la naturaleza del amor el deseo de expresarlo, de compartirlo con los otros; además de amarse, los amantes quieren decirle al mundo que se aman. Ambos consintieron en que cada uno le contaría a un amigo su secreto, para tener con quién compartirlo.

Mar se lo contó a Jazmín, quien le dijo que ya lo había leído en su ojos, y estuvo feliz por ella. Thiago se lo contó a Nacho, sabiendo que posiblemente era un error, pero Thiago consideró que Nacho no podría ocupar su lugar de mejor amigo si él no lo trataba como tal. Él criticó su decisión, no podía entender que se hubiera enamorado de la Blacky. Pero esa reacción era esperable tratándose de Nacho, incluso ese tipo de actitudes era lo que lo divertía de su amigo. Con lo que no contaba realmente era que Nacho se lo dijera a Tefi. No fue una traición, sino un descuido de desbocado. Tefi se sintió humillada, no sólo porque Thiago jamás había vuelto a fijarse en ella, sino porque había preferido a esa villera.

Entonces Tefi buscó y encontró la ocasión de poner al tanto a Bartolomé. Una tarde que estaba en la habitación de Thiago con él y con Nacho haciendo un trabajo práctico para el colegio, bajó a buscar algo para tomar, y allí se topó con Marianella. Tefi se dio cuenta allí, al ver la sonrisa de la otra, rae la odiaba muchísimo *más* de lo que creía. Al advertir que Bartolomé estaba en su escritorio con la puerta abierta, se acercó a Mar, y comenzó a hablarle, dándole a entender que conocía su secreto.

—Tan calladita vos, quién diría, ¿no?

—¿Quién diría qué? —respondió Mar, beligerante.

—No hace falta que disimules conmigo... conozco tu secretito —dijo Tefi levantando la voz.

Barto las oyó hablar desde su escritorio y paró la oreja.

—No sé de qué hablas —disimuló Mar.

—De tu noviazgo —dijo Tefi.

Mar se apresuró a negar, pero Tefi continuó, sabía perfectamente cómo hacerla saltar.

—Bah, noviazgo... chape. O sea, es obvio que ni ahí das para novia, se está sacando las ganas un rato.

Mar la miró con profundo odio. Tefi sonrió.

—¿Vos también te sacas las ganas un rato, no? O sea, obvio que vos y él jamás van a llegar a nada —arremetió con rencor y la miró—. ¿Acaso vos pensás que sos la novia verdad? ¿Vos crees que él te ve así? Obvio que no, es mí en el colegio sale con una chica distinta cada día.

—Mentira —dijo Mar y trató de contenerse, de no hablar más.

—Ay, me muero, pobrecita... ¿Te hizo el novio y le creí te? ¡Ay, pobre, sos re mucama engañada!

—Yo soy la novia —dijo Mar apretando los dientes.

—Sí, veo que vos te crees la novia. Pero él no es tu novio.

—Es mi novio.

—No, mi vida, no.

—¡Es mi novio! —gritó Mar, y se quedó dura al ver a Bai toloché apoyado en el marco de la puerta del escritorio.

—¿Quién, *Marita*, quién es tu novio?

Mar se quedó demudada, y se maldijo por haber caído en la trampa que le había tendido Tefi. Sintió algo de alivio cuando vio bajar las escaleras a Thiago, él podría ayudarla a sortear esa complicación, o al menos acompañarla a enfrentarla juntos. Thiago vio la tensión que había allí abajo, y preguntó:

—¿Pasa algo?

—No, acá *Marita* nos está contando que está de novia..

Thiago miró absorto a Mar, que lo miró angustiada.

—Yo no... o sea...

—*Marita*, ¿no crees que siendo tu tutor y/o encargado tengo que saber estas cositas? Si estás noviendo, lo tengo que saber, che..., por ejemplo, ¿con quién?

—No, es que... o sea, no es que estoy de novia, o sea...

—Gritaste «es mi novio» —continuó Bartolomé.

Thiago miró a Mar, extrañado. Luego vio la sutil sonrisita de Tefi, y algo imaginó de lo que había ocurrido.

—¿Quién es tu novio? —volvió a preguntar Bartolomé.

—Rama —mintió Mar, totalmente acorralada, y con tan mala suerte que en ese momento Rama entró desde la calle.

—Así que Ramita... —exclamó Bartolomé.

Rama lo miró extrañado.

—¿Qué pasa conmigo? —dijo éste.

—No, que acá *Manta* me está contando el *secretito* que se tenían guardado, che...

—¿Qué secretito? —dijo Rama y miró a Mar, que bajó la cabeza.

—Se lo tuve que contar, Rama... —dijo ella sintiéndose horrible.

—¿Qué cosa?

—¡Que son novios, che!

—¿Quiénes?! —exclamó Rama ya un tanto irritado.

—¿Cómo quiénes? Vos y ella —dijo Bartolomé—. ¿O no es cierto?

Rama miró a Mar, que apenas lo miraba. Observó a Thiago, que con un gesto imperceptible le pidió que se sumara a la mentira. Aunque Rama no tenía la confirmación, suponía que Mar y Thiago estaban viéndose en secreto, y adivinó que la mentira de Mar era para ocultar eso. Le provocó un profundo dolor que justamente lo hubiera usado a él para disimular, sin embargo, dio un paso hacia ella y pasó un brazo por su hombro.

—Sí, es verdad. Mar y yo somos novios... —aseguró y miró a Bartolomé—. Tenemos derecho, ¿no?

—Mira qué bien la parejita, che... —dijo Bartolomé escudriñándolos.

Luego clavó los ojos en Thiago, y luego en Tefi, que negaba indignada. Y extremó la escena con una provocación abierta.

—Bueno, a ver... ¡Un besito de los noviecitos!

—No la voy a besar delante de usted —dijo Rama, ofuscado, y se retiró, con una enorme angustia y enojo por su forzada complicidad.

Pocos días después de haber visitado el tablado Tacho se sorprendió mucho al encontrarse con el anciano en la Fundación, acompañado de un joven moreno y elegantemente vestido. Ambos estaban de pie en la sala de la mansión.

—¡Don gitano! —exclamó Tacho absorto—. ¿Qué hace acá?

—¡Payo! —exclamó el hombre—. Vine para hablar con el responsable de este lugar.

—¿De? —dijo Tacho más intrigado aún.

—De tu gitanita... Cuando me dijiste que había una gitana viviendo en un orfanato, lejos de su gente, mandé a mi nieto a averiguar, la descubrió aquí y vio que era bella y casadera.

—¿Cómo casadera?

—En edad de casarse. Acompaño a mi nieto para pedir en matrimonio a la joven. Ya sabes cómo esto, payo... para casarse con ella, hay que ser gitano.

Tacho estaba desesperado. Cuando Bartolomé hizo pasar al anciano y su nieto al escritorio, se acercó para escuchar lo que hablaban. Sin dilaciones el anciano fue al punto: sabían que allí había una joven gitana y la querían como esposa.

—¿Ah, sí, che? —respondió Bartolomé.

—Entiendo que es huérfana.

—¿Pero vos estás noviando con mi gitanita? —preguntó Bartolomé al joven, preocupado de que se le hubiera pasado semejante novedad.

—No, no he cruzado palabra con ella —dijo el joven gitano, como si eso fuera un detalle menor.

—¿Y te querés casar? —preguntó absorto Bartolomé.

Los gitanos lo miraron como si hubiera hecho una pre-

gunta absurda. Bartolomé los escudriñó y vio todo el oro que llevaban puesto encima, y dedujo, acertadamente, que serían gente de mucho dinero. Vislumbró una posibilidad lucrativa en esa insólita propuesta.

—¿Y cómo sería el tema, che? —inquirió—. ¿Hay que preguntarle a ella si quiere?

—Por supuesto —aseguró—. **La novia gitana** debe estar de acuerdo, y luego nosotros arreglaríamos la dote.

—Mire qué interesante... Y la dote... en el caso de ella que es huerfanita, ¿con quién la arreglarían?

—Con usted, es su tutor, ¿no es cierto?

—¡Ciertísimo! —dijo Barto.

Tacho comprendió que Bartolomé no tendría ningún escrúpulo en vender a Jazmín si podía lograr una buena dote, aunque no tenía idea de lo que significaba esa palabra, entendía que hablaban de dinero. Se acercó más aún a la puerta, para oír lo que ya se había convertido en una negociación.

El gitano anciano había anotado una cifra en un papel. Bartolomé la miró y se le cortó la respiración, era mucho más elevada de lo que imaginaba, mucho más de lo que la gitana podía producir para él. «Ya está vendida», pensó, mientras intentaba disimular su excitación para disponerse a negociar.

—¿Tan poco? —dijo, dejando en claro que ahí comenzaba un regateo.

El gitano se sorprendió ante la reacción de Bartolomé, y se miró con su nieto.

—¿Le parece poco?

—Bueno, usted vio a mi Jazmincita... yo creo que bien vale una dote mucho más gorda, ¿no?

—¿Usted me está pidiendo que suba la dote? —repreguntó el anciano, realmente consternado.

—Le estoy diciendo que París bien vale una misa, y mi Jazmincita bien vale un número más digno que ése.

Los gitanos volvieron a mirarse muy asombrados, y el anciano tachó el número y escribió uno un poco más alto.

—Vamos, vamos... afíle el lápiz, ¡che! —exclamó Barto lomé ante el segundo número y el anciano lo miró realmente absorto.

Tacho se desesperó, y empezó a pensar a quién recurrir maldiciéndose por haber traído él mismo con su absurda idea a esos gitanos a la casa. Pensó en buscar a Cielo o Nico, cuando de pronto la puerta del escritorio se abrió y Bartolomé indignado echaba a los gitanos.

—¡Se van ya mismo, se van!

—Vamos a volver por la gitana —advirtió el anciano.

—¡Usted no va a volver por ninguna gitana, regresen sus chozas! ¡Se van!

Abrió la puerta, los hizo salir, y luego cerró, ofuscado dando un portazo. Tacho no entendía nada.

—¿Qué pasó, don Barto? —se animó a preguntar.

—¿Podes creer que estos gitanos roñosos vinieron pedirme la mano de Jazmincita? ¡Qué descaró! ¡Querían arreglar la dote, la plata por ella!

—¿Y usted no quiso venderla? —preguntó Tacho perplejo.

—¿Qué venderla? ¡Querían que pagara yo! ¿Podes creer que entre los gitanos la dote la pone el padre de la novia?

Y salió, refunfuñando por esos mugrientos que le habían hecho perder su tiempo. Tacho empezó a reírse tanto de su infundado temor como del enojo de Bartolomé.

Pero al día siguiente Tacho regresaba a la mansión cuando vio una escena que le hizo hervir su sangre paya. A pocos metros de la Fundación, el gitano joven que había acompañado al anciano discutía con Jazmín y forcejeaba con ella sujetándola de un brazo. Tacho corrió, y como un animal salvaje, se tiró encima del gitano, apartándolo de Jazmín.

—¡No la vuelvas a tocar! —le dijo apretando los dientes.

De pronto el gitano sacó una navaja, ante la que Tacho retrocedió. Jazmín vio el brillo del acero y ahogó un grito de espanto. Y vinieron a su mente trozos sueltos de su pasado familiar. Gritos. Más gritos. Los zapatos de su padre, los

zapatos de otro hombre. Olor a cigarro. Un grito desgarrado. Su padre cae. Su madre cae. Sangre. Dolor.

Entonces enseguida Jazmín reaccionó y comenzó a gritar, pidiendo ayuda. Tacho miraba al gitano con odio, y ambos empezaron a caminar en círculos, enfrentados, como dos gallos de riña.

—¡Fuera! —amenazó el gitano.

—Soltá la navaja, si sos tan macho. ¡flBfe

—¡Fuera! —gritó el gitano. ¡H

Y Tacho se le tiró encima. El gitano le hizo una herida *U*

en el brazo con un rápido movimiento de la navaja pero Tacho, más rápido aún, le retorció la mano, lo obligó a soltar el arma, le dio un codazo en la mandíbula, lo derribó y empezó a pegarle sin freno.

A duras penas Nico, Rama y Thiago pudieron separarlos cuando acudieron ante los gritos de Jazmín. Apenas le sacaron a Tacho de encima, el gitano huyó. Tacho estaba enajenado. Lo miraba con odio y quiso seguirlo, arrastrando unos metros a los otros que lo frenaban.

Nico logró serenarlo, y Jazmín contó lo que había sucedido: el gitano había venido a buscarla, le dijo que ella era gitana y debía vivir entre gitanos. Como ella se negó, el gitano se puso violento y quiso llevarla por la fuerza. A pesar de que la intervención de Tacho era justa, Nico desaprobó que hubiera recurrido a la violencia.

—Pero él sacó una navaja —dijo Jazmín justificándolo.

Más tarde, mientras Jazmín le curaba la herida, sintió que ningún gitano cuidaría mejor de ella que ese payo. Y se *mm*

enamorado irremediamente de Tacho cuando él le contó la manera en que esos gitanos habían llegado allí, cuando le habló, con el corazón en la mano, de su deseo de ser gitano para complacerla, para ser digno de ella.

Jazmín lo besó con ternura y con pasión. Lo supo en ese

momento, y para siempre. Tacho sería el payo de su vida. Y US'

ella, su novia gitana.

Capitulo 09
Ganas de volar

Había llegado septiembre, y todos estaban influidos por la proximidad de la primavera. El amor del payo y la gitana era cada vez más apasionado, y no perdían la ocasión de demostrarse lo que sentían en cada rincón en el que podían esconderse. Discutían con vehemencia todo el tiempo, y se reconciliaban al instante, con la misma pasión.

La complicidad de Rama había liberado a los novios clandestinos de las sospechas de Bartolomé, que, sin embargo, tenía **una corazonada** de que le mentían. El director había hablado con Mar para reavivar su amenaza, en caso de descubrir que le hubieran mentido, pero ella, envalentonada por el amor y por la primavera inminente, no temía mentirle con descaro.

Rama no estaba para nada feliz con el rol que le tocaba en esa mentira, sin embargo se había cansado de ser el pobre chico sufrido, y estaba teniendo su propia rebelión: en secreto, había empezado a estudiar en un colegio nocturno. Cada noche se escapaba de la mansión para asistir a sus clases, donde por fortuna conoció a Brenda, una chica un poco más grande que él, de unos ojos verdes hipnóticos, y con un humor y desparpajo que lo cautivaban.

La aparición de Alex había distraído un poco a Cielo de su angustia por los preparativos para el casamiento de Nico y Malvina, que sería el siguiente viernes. Alex resultó ser un hombre encantador, y muy divertido, aunque la extraña amnesia que padecía dificultaba un poco la construcción del vínculo.

Él le había contado lo que sabía de su enfermedad: un día había sido encontrado en un parque, totalmente desorientado. Lo único que recordaba era su nombre. Fue trasladado a un hospital, y de allí a la clínica del doctor Ambro-

sio, donde descubrieron que había sufrido un fuerte golpe en la cabeza; posiblemente había sido asaltado. Tenía una lesión que le había ocasionado la pérdida total de su memoria, pero ese no era el único síntoma del cuadro, sino que descubrieron además que tenía una disfunción en su memoria temporal. Toda la información que incorporaba la olvidaba a los pocos minutos, o a lo sumo en horas. Algunas veces lograba retener ciertos datos durante un día completo pero al despertar al día siguiente ya los había olvidado. Además de su nombre, recordaba también cómo tocar la guitarra, y era por eso que muchas veces creía estar componiendo una canción, cuando en realidad se trataba de recuerdos borrosos de canciones conocidas.

Aunque era algo desesperante, dejaba de preocuparse al olvidar también el diagnóstico médico. Para poder ir reconstruyendo su memoria, habían implementado un sistema de anotaciones: cada cosa importante que iba incorporando la anotaba en un papelito antes de olvidarla. En la habitación de la clínica en la que vivía, tenía un gran cartel donde habían escrito lo que le había ocurrido, el diagnóstico y las instrucciones del tratamiento. A partir de todos los papelitos con anotaciones, cada día intentaba reconstruir lo que le había sucedido, y todo lo que fue viviendo a partir del accidente. Felizmente había logrado algunos avances; ya hacía un tiempo que al despertar recordaba estar amnésico y también la clínica donde se estaba tratando.

La relación con Cielo fue creciendo a pesar de esta dificultad. Se veían dos veces por semana, cuando ella concurría a su propio tratamiento en la clínica. También empezaron a hablar por teléfono, y a encontrarse para charlar. Alex había anotado con letra bien grande en sus papeles: «Conocí a Cielo, la chica más hermosa que vi en mi vida, dentro de lo que recuerdo. También es amnésica y somos amigos. Por ahora».

En sus charlas, Cielo muchas veces le había contado su dolor por el casamiento de Nico, aunque le pedía que no anotara eso, para no recordarlo al día siguiente.

Cuando Cielo le presentó a Alex, Nico había tenido un

sio, donde descubrieron que había sufrido un fuerte golpe en la cabeza; posiblemente había sido asaltado. Tenía una lesión que le había ocasionado la pérdida total de su memoria, pero ese no era el único síntoma del cuadro, sino que descubrieron además que tenía una disfunción en su memoria temporal. Toda la información que incorporaba la olvidaba a los pocos minutos, o a lo sumo en horas. Algunas veces lograba retener ciertos datos durante un día completo pero al despertar al día siguiente ya los había olvidado. Además de su nombre, recordaba también cómo tocar la guitarra, y era por eso que muchas veces creía estar componiendo una canción, cuando en realidad se trataba de recuerdos borrosos de canciones conocidas.

Aunque era algo desesperante, dejaba de preocuparse al olvidar también el diagnóstico médico. Para poder ir reconstruyendo su memoria, habían implementado un sistema de anotaciones: cada cosa importante que iba incorporando la anotaba en un papelito antes de olvidarla. En la habitación de la clínica en la que vivía, tenía un gran cartel donde habían escrito lo que le había ocurrido, el diagnóstico y las instrucciones del tratamiento. A partir de todos los papelitos con anotaciones, cada día intentaba reconstruir lo que le había sucedido, y todo lo que fue viviendo a partir del accidente. Felizmente había logrado algunos avances; ya hacía un tiempo que al despertar recordaba estar amnésico y también la clínica donde se estaba tratando.

La relación con Cielo fue creciendo a pesar de esta dificultad. Se veían dos veces por semana, cuando ella concurría a su propio tratamiento en la clínica. También empezaron a hablar por teléfono, y a encontrarse para charlar. Alex había anotado con letra bien grande en sus papeles: «Conocí a Cielo, la chica más hermosa que vi en mi vida, dentro de lo que recuerdo. También es amnésica y somos amigos. Por ahora».

En sus charlas, Cielo muchas veces le había contado su dolor por el casamiento de Nico, aunque le pedía que no anotara eso, para no recordarlo al día siguiente.

Cuando Cielo le presentó a Alex, Nico había tenido un

acceso irracional de celos. No pudo denostarlo todo lo que hubiera querido por respeto a su enfermedad, pero odiaba verlos reírse juntos. Lo que más lo exasperó fue cuando Cielo le propuso ofrecerle su loft a Alex cuando él se mudara a la mansión, donde viviría provisoriamente al casarse. Alex ocupaba una habitación de la clínica, y el doctor Ambrosio concordaba con Cielo que eso no ayudaba en su proceso de recuperación. Nico se esforzó por superar los celos, y concentrarse en su relación con Malvina, quien se desbordaba más y más a Tiedida que se acercaba el casamiento. Tanto Nico como Bartolomé estaban tan inmersos en estos menesteres que ninguno se percató de las actividades de Cristóbal y los chiquitos.

Por supuesto el pequeño no había olvidado el descubrimiento de la habitación secreta, ni su corazonada respecto a la vinculación de ésta con la isla de Eudamón. Y no se equivocaba. Con la ayuda de Monito, Lleca y Alelí se dispuso confirmar su hipótesis. Pidió a Lleca y Alelí que activaran *i* totecona mientras él y Monito volverían a la habitación secreta para comprobar si allí ocurría algo.

La puerta trampa bajo el hogar a leña de la cocina había sido clausurada y disimulada luego del episodio en que Cielo había encontrado y casi había descubierto a Luz. Por eso Cristóbal y Monito habían llevado a cabo un trabajo de indigencia, espiando a Justina, y finalmente la habían visto escender por una escalera oculta entre las lápidas del pequeño cementerio familiar. A Monito le daba un poco de avor descender entre las lápidas, pero Cristóbal estaba ostumbrado; le explicó que las pirámides egipcias eran, *i* efecto, tumbas, y que no había nada aterrador en ellas. A partir de ese descubrimiento, habían podido regresar a los túneles subterráneos y lograron encontrar el camino para llegar a la habitación secreta. Una vez en ella, se comunicaron a través de walkie talkies con Lleca y Alelí, que esperaban instrucciones en el loft, y aunque la señal no era buena, lograron escuchar que Cristóbal les decía: «¡ahora!» Lleca y Alelí abrieron la tapa de la caja de acrílico, y si bien sabían por Cristóbal lo que ocurriría, se asustaron

mucho cuando todo volvió a vibrar, y pequeños objetos metálicos empezaban a pegarse a las paredes de la caja.

Cielo pinchó sin querer a Malvina con un alfiler mientras le probaba el vestido del civil. Tacho y Jazmín se chocaron las frentes mientras se besaban escondidos en el baño de la planta alta. Rama tranquilizó a Brenda, con quien estaba estudiando en ese momento en su cuarto. Le aseguró que esa vibración era algo común en ese lugar. Nico y Bartolomé, que tomaban un café en la cocina, se miraron azorados, y Nico entendió que Cristóbal estaría siguiendo su corazonada. Mar y Thiago estaban escondidos en el altillo de Cielo, y se abrazaron, dándole la espalda al mecanismo del reloj, y no advirtieron que un extraño destello había surgido durante una fracción de segundo en el centro de éste.

Frente a la mansión, en el local de la planta baja del loft, el flamante dueño del negocio de antigüedades percibió el punto del cual provenía el temblor y miró intrigado hacia el techo.

La vibración y el sonido habían crecido y crecido, y finalmente la totecona volvió a girar con un movimiento brusco, y la punta de la cuña señaló nuevamente hacia la mansión. En ese momento, en la habitación secreta, se abrieron dos paneles de los que revestían las paredes. Cristóbal y Monito vieron atónitos cómo detrás de éstos, en un pequeño nicho, había un cubo transparente, de aspecto y tamaño similar al de un cubo mágico, que giraba sobre su eje, produciendo un zumbido muy agudo y una luminosidad multicolor. Cristóbal, fascinado y orgulloso de sí mismo por haber estado acertado en su corazonada, estiró su mano para tomar el cubo.

—¡No lo toques, pancho! —intentó frenarlo Monito.

Pero ya era tarde, Cristóbal tocó el cubo y, apenas lo hizo, salió despedido hacia atrás, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, y quedó inconsciente en el piso.

Muy asustado, Monito intentó reanimarlo, pero Cristóbal no reaccionaba, entonces presionó la pared biblioteca como había visto hacer a Bartolomé, y salió corriendo por el escritorio en busca de ayuda. Desesperado y tartamudeando le informó a Nico lo que había ocurrido, y éste salió disparado hacia la habitación secreta, Bartolomé fue tras él.

Pero al llegar se encontraron con Jásper, que estaba reanimando a Cristóbal.

—Jásper... ¿qué hace acá? —indagó Bartolomé, azorado.

—Hay juguetes que son peligrosos para los niños —dijo el jardinero con su voz profunda e intrigante.

Nico examinó a Cristóbal, para asegurarse de que no tenía heridas.

—¿Qué pasó, hijo?

—La pista, pa... hay una pista... —dijo Cristóbal, débil, señalando el tablero tras el cual había visto el cubo, y que ahora estaba cerrado.

—Después me contás, papú —le dijo Nico, apresurándose a llevarlo al loft para que Mogli lo examinara. Mogli era médico sanador en su comunidad.

Mogli se irritó cuando tuvo que asegurarle por décima vez a Nicolás que Cristóbal estaba en perfecto estado. Y el niño se impacientaba por hablar de su descubrimiento, pero en ese momento golpearon a la puerta. Mogli abrió, y allí estaba Jásper, que miraba a Nicolás con sus ojos profundos.

—Jásper... pase —lo invitó, extrañado, y se quedó mirando a ese hombre con el que casi ni había cruzado palabra,

pero le resultaba muy enigmático. Luego agregó: —Muchas gracias por ayudar a Cristóbal.

—Pensé que el niño merecía una recompensa después de semejante esfuerzo —dijo el misterioso jardinero, y sacó de su bolsillo una franela que envolvía algo.

Cristóbal abrió grandes los ojos cuando Jásper retiró el paño para dejar al descubierto **el cubo de cristal** que lo había hecho desmayar. Nico, Mogli y Cristóbal lo examinaron de cerca: era completamente transparente, de vidrio, y en cada cara resaltaban extrañas inscripciones.

—¿Usted sabe lo que es esto? —preguntó Nico a Jásper.

—Como bien adivinó el pequeño investigador, supongo que tiene que ver con lo que buscan.

—¿Sabe acaso lo que buscamos? —inquirió Nico muy intrigado.

—No es un secreto que busca la isla de Eudamón, ¿verdad?

—¿Usted sabe algo de eso?

—Yo soy un simple jardinero, pero a pesar de los años que han pasado desde la desaparición física de don Inchausti, aún le guardo lealtad.

A Nico le llamó la atención que hubiera dicho «desaparición física» en lugar de muerte.

—Don Inchausti me encargó que custodiara lo que guardaba en esa habitación secreta —continuó Jásper—, pero me pidió que no interfiriera si alguien accedía a sus secretos. Y eso, creo, ocurrió hoy.

—¿Inchausti sabía algo de la isla de Eudamón?

Jásper se tomó un buen tiempo para responder. Miró muy seriamente, con sus ojos profundos, a Nico, y finalmente reveló.

—Lo único que sé es que don Inchausti estuvo allí, y volvió siendo otro. Algunos dicen que se volvió loco... —dijo sonriendo por primera vez, y concluyó—: Para mí siempre será mi amigo.

—Cuando dice «estuvo ahí», ¿quiere decir que estuvo en Eudamón?

—¿Y de qué estamos hablando, señor Bauer?

—¿Y por qué algunos dijeron que se volvió loco?

—No todos están preparados para llegar a Eudamón y salir sanos —concluyó Jásper.

Apenas dos metros debajo de ellos, el propietario del local de antigüedades escuchaba lo que se hablaba en la planta alta, a través del ducto de ventilación que conectaba el local con el loft.

Jásper no dijo más aquella noche, pero los dejó en un estado de euforia y excitación que les duró varias horas. Nunca se habían sentido más cerca de la isla de Eudamón. Estuvieron examinando el cubo hasta entrada la madrugada, pero no hallaron nada significativo, más que algunas palabras inscriptas en prunio antiguo sobre las caras del cubo. Habían podido identificar y traducir una frase que significaba: «El palacio de los tres reyes».

Alrededor de las cuatro de la madrugada los venció el sueño, guardaron en una caja fuerte el cubo, y se fueron a dormir. Nico acompañó a Cristóbal hasta el entepiso, donde solía dormir, y lo arropó, felicitándolo por haber seguido su corazonada.

Veinte minutos más tarde, cuando todos dormían, se oyeron de pronto un fuerte estruendo, algunos susurros y ruidos de pasos. Mogli pegó un salto, alerta, como un animal salvaje, despertando a Nicolás, que encendió rápidamente una luz.

Dentro del loft había tres hombres vestidos íntegramente de negro, encapuchados y armados. Nico estaba paralizado y Mogli tuvo el instinto de correr a proteger a Cristóbal, pero apuntándolo le ordenaron que no se moviera, mientras uno de los matones bajaba a Cristóbal del entepiso, y otro le acercó un celular a Nicolás.

—Te van a hablar —dijo el matón.

—Está bien, pero bajá el arma. Bajen las armas.

El matón lo ignoró y digitó algo en el celular. De inmediato se oyó una voz muy grave, evidentemente procesada **con** un modificador de voz.

—Bauer, te habla Marcos Ibarlucía.

—¿Qué querés, basura? —dijo Nico comenzando a comprender lo que estaba ocurriendo.

—Estando Cristóbal presente, creo que no te conviene provocarme, a no ser que quieras que algunos secretos salgan a la luz.

Nico miró a Cristóbal, que lo miraba sin comprender, asustado, y con la respiración ya entrecortada.

—¿Qué querés? —dijo Nico, contenido.

—Sé que encontraste un objeto de cristal macizo, en forma de cubo. Quiero que se lo entregues a mis hombres.

Nicolás comprendió que no tenía alternativa, y entregó a los matones el cubo de cristal.

—Lo tenemos, señor —informaron por el celular.

—Perfecto. Tráiganlo —contestó desde su local de antigüedades el propietario cuyo verdadero nombre no era James Jones, sino Marcos Ibarlucía.

—Bauer, te habla Marcos Ibarlucía.

—¿Qué querés, basura? —dijo Nico comenzando a comprender lo que estaba ocurriendo.

—Estando Cristóbal presente, creo que no te conviene provocarme, a no ser que quieras que algunos secretos salgan a la luz.

Nico miró a Cristóbal, que lo miraba sin comprender, asustado, y con la respiración ya entrecortada.

—¿Qué querés? —dijo Nico, contenido.

—Sé que encontraste un objeto de cristal macizo, en forma de cubo. Quiero que se lo entregues a mis hombres.

Nicolás comprendió que no tenía alternativa, y entregó a los matones el cubo de cristal.

—Lo tenemos, señor —informaron por el celular.

—Perfecto. Tráiganlo —contestó desde su local de antigüedades el propietario cuyo verdadero nombre no era James Jones, sino Marcos Ibarlucía.

Los matones bajaron del loft y se dirigieron hacia un auto negro, con vidrios polarizados, donde ya los esperaba **Marcos Ibarlucía**. Uno condujo el auto, mientras Marcos examinaba la pieza de cristal que había robado. En realidad, no la examinaba buscando la información que contenía sino que, conociendo a Bauer, suponía que éste podría haberle puesto un rastreador al objeto antes de entregarlo. Y no se equivocaba, encontró en una de las caras un pequeño chip que Nico había pegado con el objetivo de poder rastrear el objeto. Marcos lo removió y lo arrojó por la ventanilla. Sólo para fastidiarlo, tomó el teléfono y lo llamó, activando el modificador de voz.

—Bauer... sos tan básico —dijo Ibarlucía.

—Y vos tan cobarde —respondió Nico—. No sólo no das la cara, sino que mandas matones armados para robarme... ¿Por qué no venís vos?

—Te encantaría conocerme la cara, ¿no?

—Yo creo que la voy a conocer en breve —respondió Nicolás, y Marcos se rio.

Cortó el teléfono y frenaron junto a una camioneta. Los secuaces se bajaron y se marcharon en el vehículo, y Marcos continuó en su auto, hasta el puerto, donde tenía amarrado el yate en el que vivía. Permaneció unos cuantos minutos en el auto, examinando con fascinación el cubo de cristal. Tomó una lupa y comenzó a examinar detenidamente las inscripciones, pero de pronto algo le llamó mucho la atención: en una ranura de una de las caras, había un objeto metálico pequeñísimo encastrado. Lo removió y lo observó con detenimiento, y de pronto tuvo un sobresalto. Bauer había puesto un rastreador, pero no era el que había remo-

vido. El que tiró por la ventanilla era un simple señuelo, y el que tenía en ese preciso momento en sus manos era el verdadero rastreador. Miró por el espejo retrovisor del auto y se quedó perplejo al ver que algunos metros detrás de su auto acaba de estacionar el jeep de Nico. Aunque aún no había amanecido, pudo distinguir la silueta de Bauer recortada sobre el jeep.

Ibarlucía no tenía escapatoria; no podía huir en su auto ya que el jeep le obstruía la salida del estacionamiento del amarradero del puerto. Miró la parte trasera del auto, donde tenía algunas de las antigüedades del negocio que había abierto como fachada para poder espiar a Bauer. Entre los objetos divisó una antigua máscara de Gilgamesh, el mitológico rey de Babilonia. Mientras tanto Nicolás ya había bajado del jeep y avanzaba lentamente hacia él. Se colocó la máscara para ocultar su rostro, se guardó el cubo en un bolsillo, y sacó un arma de la guantera pero, cuando fue a descender del auto, notó que había perdido de vista a Bauer. Y cuando estaba por asomarse nuevamente sintió cómo una mano le sujetaba la suya, en la que tenía el arma. Con un rápido movimiento Nico lo obligó a soltarla y se trabaron en una lucha.

Ibarlucía era millonario y muy poderoso, pero a la hora de la fuerza física, funcionaba de manera bastante pusilánime. Poco le costó a Nicolás reducirlo y sujetarlo, boca arriba, en el piso.

—Parece que no soy tan básico, Ibarlucía —dijo Nico con satisfacción—. El básico fuiste vos que te creíste el rastreador señuelo. Y parece que al final te voy a ver la cara... Te voy a sacar la máscara, payaso.

Y se dispuso a quitarle la máscara, pero en ese momento la linterna del cuidador del estacionamiento los iluminó. Nico se distrajo e Ibarlucía le pegó tal rodillazo en la entrepierna que lo hizo contraer de dolor. Entonces Ibarlucía aprovechó para escapar, pero Nico se tiró tras él y consiguió taclearlo. Al caer, el cubo de cristal salió despedido del bolsillo del saco de Marcos. Nico quiso alcanzarlo, pero Ibarlucía lo agarró

primero, y corrió hacia el perímetro del estacionamiento que estaba al río. Nico lo siguió y vio que Ibarlucía extendía su brazo con el cubo hacia el río. Comprendió de inmediato sus intenciones. Sólo le quedaba elegir entre Ibarlucía o el cubo. Su enemigo sabía que él, ante todo, era un arqueólogo empedernido, de modo que arrojó el cubo al agua y Nico se tiró tras él.

Los primeros destellos del amanecer le permitieron encontrar el cubo, que felizmente flotaba; pero había perdido la posibilidad de desenmascarar a su contrincante.

Al día siguiente Nico se puso a controlar a los técnicos de la empresa de seguridad que había contratado luego del episodio con los matones. Ibarlucía siempre había sido su enemigo, su Némesis, siempre había estado detrás de sus pasos; varias veces había logrado arrebatárselo algún hallazgo arqueológico, y muchas más veces Nico se lo había frustrado. Pero Ibarlucía jamás había cruzado ese límite, nunca había invadido su privacidad. Que se hubiera metido en su casa significaba que sabía que estaba a punto de descubrir algo importante con relación a Eudamón, y que estaba muy interesado en ello. En cualquier caso, Ibarlucía se había convertido en una amenaza real.

Mientras colocaban alarmas y unas cámaras de seguridad y cambiaban la puerta común por otra blindada, Nico se asomó al balcón y vio que Mogli se afanaba en distraer a Cristóbal, ya vestido con su uniforme para ir al colegio.

Entonces bajó y fue a reunirse con ellos para acompañarlos, pero Cristóbal le dijo que no exagerara.

—No soy un nene, Bauer. No tengo miedo.

—Tengo miedo yo, que soy grande... Hijo, tienes todo el derecho a tener miedo. ¡

Nicolás estaba tratando de bajarle un poco el pelo, pero encrespado que nunca, cuando vio algo que lo dejó paralizado: a unos veinte metros de donde estaban, de espaldas a Cristóbal, avanzaba, muy lánguida y blanca, Carla, la madre de su hijo. ¡

—¡Perfecto, si no tienes miedo, vas con el tío Mogli al colegio! —se apuró a despacharlos Nico. ¡

Cristóbal advirtió con suspicacia el repentino cambio de actitud de su padre, intuyó que algo lo había hecho modificar.

Al día siguiente Nico se puso a controlar a los técnicos de la empresa de seguridad que había contratado luego del episodio con los matones. Ibarlucía siempre había sido su enemigo, su Némesis, siempre había estado detrás de sus pasos; varias veces había logrado arrebatarse algún hallazgo arqueológico, y muchas más Nico se lo había frustrado. Pero Ibarlucía jamás había cruzado ese límite, nunca había invadido su privacidad. Que se hubiera metido en su casa significaba que sabía que estaba a punto de descubrir algo importante con relación a Eudamón, y que estaba muy interesado en ello. En cualquier caso, Ibarlucía se había convertido en **una amenaza** real.

Mientras colocaban alarmas y unas cámaras de seguridad y cambiaban la puerta común por otra blindada, Nico se asomó al balcón y vio que Mogli se afanaba en distraer Cristóbal, ya vestido con su uniforme para ir al colegio.

Entonces bajó y fue a reunirse con ellos para acompañarlos, pero Cristóbal le dijo que no exagerara.

—No soy un nene, Bauer. No tengo miedo.

—Tengo miedo yo, que soy grande... Hijo, tienes todo el derecho a tener miedo.

Nicolás estaba tratando de bajarle un poco el pelo, más encrespado que nunca, cuando vio algo que lo dejó paralizado: a unos veinte metros de donde estaban, de espaldas a Cristóbal, avanzaba, muy lánguida y blanca, Carla, la madre de su hijo.

—¡Perfecto, si no tienes miedo, vas con el tío Mogli al colegio! —se apuró a despacharlos Nico.

Cristóbal advirtió con suspicacia el repentino cambio de actitud de su padre, intuyó que algo lo había hecho modificar.

car su opinión, pero de pronto Mogli, que también acababa de ver a Carla, se había puesto pálido y lo cargó, evitando que mirara en esa dirección, y se lo llevó hacia el colegio.

Apenas se fueron, Nico corrió hacia Carla, que se había detenido a unos cuantos metros y miraba, con una expresión indescifrable, muy parecida al dolor, a su hijo, que se alejaba.

—¿Qué haces acá?

—Qué grande está... —dijo Carla, sintiendo que no tenía derecho ni a hacer ese comentario.

Nico la observó. Seguía siendo la mujer bella de la que se había enamorado, pero estaba extremadamente pálida, ojerosa, y con una profunda arruga en el entrecejo.

—No puedes venir así, Carla.

—Quería verlo.

—¿Ah, sí? ¿De pronto, después de todos estos años quieres verlo?

—Me estoy muriendo, Nico. Te sorprenderías de cómo eso cambia las cosas.

—¿Estás mal? —preguntó él, deponiendo un poco su enojo.

—Quiero verlo. Quiero hablar con él.

—Imposible. No... no así, Carla. No es así.

—Sabía que ibas a decir eso...

—Si de verdad quieres ver a tu hijo... si de verdad quieres volver a él, vamos a hacerlo de a poco... Tenemos que hablar con psicólogos y...

—No tengo tiempo, Nico.

—Lo lamento mucho, no le vas a volver a quemar la cabeza a mi hijo.

Ella lo miró unos instantes, con dolor, tal vez con algún resto del amor que alguna vez le tuvo. Había un dejo de culpa en lo que estaba por hacer, esa culpa que antecede al crimen, ese remordimiento que se siente antes de hacer algo que está mal.

—Hay un... abogado. —comenzó Carla—. Un abogado que va a venir a hablarte...

—¿Abogado?

—Marcos... —comenzó Carla.

—¡Yo sabía! —estalló Nico.

Ahora comprendía que todo estaba conectado: la im ción de matones la noche anterior, el acercamiento de Ib; lucía, la aparición de Carla...

—Marcos quiere algo que vos tenes. Si no se lo entregí te va a iniciar un juicio.

—¿Qué juicio me puede hacer esa basura?

—Estás criando a nuestro hijo como si fuera tuyo, Nico

La voz de Nico comenzó a estrangularse con los grito su garganta parecía estar desgarrándose. No podía entei der que existieran personas tan perversas como Carla.

—¿¡Nuestro hijo?! ¡Pedazo de momia mal conservad ¿Nuestro hijo? ¡El hijo que dejaste tirado como un perro!

—Vos y yo sabemos cómo fue... pero ningún juez va ver con buenos ojos que hayas anotado con tu apellido a u bebé que no era tuyo. Alcanza con decir que nos lo robaste.

—¡Tengo testigos de que no fue así!

—¿Mogli? ¿Tu mamá? Nico... por favor, entendolo... S Marcos te hace juicio, lo vas a perder...

—¿Por qué haces esto, Carla? ¿Por qué? —gritó Nico, a borde del llanto.

—Dale a Marcos lo que te pide —dijo ella con una expresión inequívoca de remordimiento.

Nicolás se secó las lágrimas y dejó de gritar. Se acercó a ella tratando de serenarse, para que sus palabras fueran tomadas en serio.

—Decile a la basura de tu novio... que jamás le voy a dar nada. Y que si se llega a meter con mi hijo, lo mato.

Y se alejó de Carla, dándole la espalda. No vio cómo ella, atormentada, se alejó, llorando.

Desde el interior del local de antigüedades, Marcos Ibarlucía vio cómo Nico volvía a su loft, y oyó cómo rompió uno de los cristales de la puerta de entrada, al cerrarla con furia.

Los chicos de la Fundación habían encontrado una variante a los robos que debían hacer cada día. Como Cielo había descubierto y desbaratado el taller de los juguetes, los ingresos que éstos producían habían desaparecido, con lo cual los chicos habían sido obligados a redoblar la productividad robando. Pero por supuesto ninguno quería seguir con esa actividad, y a partir del show que habían realizado en el festival, se les ocurrió que tal vez ésta era una buena manera de ganar dinero y dejar el delito.

Comenzaron probándolo algunos días. Se escapaban de la zona donde los habían mandado a robar y se iban a una plaza o una peatonal. Mar, Jaz, Rama y Tacho se sentaban a hacer música, mientras los chiquitos pasaban la gorra. Era una buena solución, evitaban robar y hacían algo que les gustaba. La rentabilidad no era tan buena como la de los robos, pero al menos no tenían que hacerlo tanto como antes.

Una tarde estaban cantando en una plaza. No había sido un día provechoso y sentían muy cerca **la presión de Justina**, por eso no podían tirar mucho de la cuerda. Justo en el momento en que Tacho vio que Thiago los observaba y se dirigía hacia ellos, Mar, de espaldas a él, propuso:

—Bueno, ya fue, hagamos los rumanos y a lo mejor...

Pero antes de completar la frase, vio que Thiago se aproximaba.

—¿Qué hacen? —preguntó Thiago con una sonrisa.

—Nada, acá, haciendo un poco de música —disimuló Tacho.

—Ah, buenísimo... —dijo Thiago con ganas de sumarse—. ¿Y qué es los rumanos?

—¿Eh? —disimularon todos.

—Lo que decías recién, Mar... «Hagamos los rumanos», dijiste.

—Ah, no... Es una canción que escribí—dijo ella—. Les decía que la cantemos, pero no quieren, porque dicen que no les gusta...

—No, la verdad, es horrible... —se plegó Rama.

—Sí, feísima —agregó Jazmín.

—Bue bue, tampoco tanto... —se hizo la ofendida Mar.

—¿Y cómo es? —dijo Thiago.

—¿Cómo es qué? —dijo Mar bastante tensa.

—La canción, Mar... ¿cómo es?

—¿Los rumanos? Eh... —vaciló y miró a sus amigos—. Bueno, en realidad la estoy puliendo, pero...

—Cántala, dale.

—¿La canto?

—Cántala, dale —dijo Tacho ya divirtiéndose con la situación.

Mar lo miró con odio, y empezó a improvisar un rap, acompañándose de movimientos hip hoperos con las manos.

Los rumanos son humanos ...

son hermanos los rumanos...

Los rumanos son hermanos...

tienen manos los rumanos...

Tacho y Rama se prendieron haciéndole una base de hip hop con sonidos vocales, mientras Thiago miraba a Mar con una sonrisa indescifrable. Mar se fue deteniendo a medida que su capacidad de improvisación llegaba a su límite.

Los rumanos son humanos... Fuman habanos los rumanos...

—Y bueno, pulida más, pulida menos, básicamente así sería la canción... —dijo Mar—. ¿Te gustó?

—Horrible —contestó Thiago con carita de asco, y son-

346

I

—¿Eh? —disimularon todos.

—Lo que decías recién, Mar... «Hagamos los rumanos» dijiste.

—Ah, no... Es una canción que escribí—dijo ella—. Les decía que la cantemos, pero no quieren, porque dicen que no les gusta...

—No, la verdad, es horrible... —se plegó Rama.

—Sí, feísima —agregó Jazmín.

—Bue, bue, tampoco tanto... —se hizo la ofendida Mar.

—¿Y cómo es? —dijo Thiago.

—¿Cómo es qué? —dijo Mar bastante tensa.

—La canción, Mar... ¿cómo es?

—¿Los rumanos? Eh... —vaciló y miró a sus amigos—. Bueno, en realidad la estoy puliendo, pero...

—Cántala, dale.

—¿La canto?

—Cántala, dale —dijo Tacho ya divirtiéndose con la situación.

Mar lo miró con odio, y empezó a improvisar un rap, acompañándose de movimientos hip hoperos con las manos.

Los rumanos son humanos ...

son hermanos los rumanos...

Los rumanos son hermanos...

tienen manos los rumanos...

Tacho y Rama se prendieron haciéndole una base de hip hop con sonidos vocales, mientras Thiago miraba a Mar con una sonrisa indescifrable. Mar se fue deteniendo a medida que su capacidad de improvisación llegaba a su límite.

Los rumanos son humanos... Fuman habanos los rumanos...

—Y bueno, pulida más, pulida menos, básicamente así sería la canción... —dijo Mar—. ¿Te gustó?

—Horrible —contestó Thiago con carita de asco, y son-

346

riendo—. ¿Cantamos alguna? —propuso tomando la guitarra de manos de Rama y sentándose en el césped.

Todos se miraron. Sería un desatino hacerlo y regresar a la mansión sin la recaudación diaria, pero a la vez no tenían excusa para negarse y, en el fondo, todos preferían quedarse allí, haciendo música con Thiago, como aquella tarde en el festival.

Decidieron cantar una o dos canciones y luego marcharse, pero terminaron quedándose tres horas cantando, riendo, inventando canciones y soñando con un nuevo show. Cuando regresaron a la Fundación, Justina los esperaba para la requisa diaria, y puso el grito en el cielo cuando le entregaron lo poco que habían recaudado cantando en el o arque.

—¿Ustedes se piensan que porrrque la retarrrdada de la nucamita nos transforrrmó nuestro querido tallerrr en salita le baile esto es el viva la pepa? Estamos en rrrrojo, y si seguinos así, don Bartolomé va a tener que deshacerse de alguios de ustedes. Decime, *Marita*, ¿te gustaría volver al reformatorio? Y vos, Rrrramita, ¿te gustaría que tu hermanita, Jelí... —y al decir «Alelí» acentuó mucho el final del nomire e hizo ademán de escupir en el piso— fuera dada en dopción? Y vos, Tachito, ¿te gustaría una temporadita en al Escorial? ¿Te gustaría gitanita que te entreguemos al gimo que tanto quería casarrse con vos? Entonces... —elevó i voz, sin esperar respuesta— vuelven a la calle y traen una jcaudación como corresponde. —Pero se está haciendo de noche... —protestó Mar. —Y se va a hacer más de noche si siguen perdiendo el empo.

Y los chicos tuvieron que salir a robar otra vez, con el isagrado que eso les provocaba.

Tacho robó una cartera, en la que encontró un hermosa üsera dorada, y viendo a Jazmín que más adelante obserba un celular en la mesa de un bar, se le ocurrió regalarla. Ella estuvo encantada con el gesto, y se lo agradeció n un beso.

Al llegar a la Fundación le entregaron a Justina el botín y, aunque no estaba del todo satisfecha, se contentó. Pero cuando se estaban retirando, con sus ojos de lechuza, alcanzó a ver el destello dorado de la pulserita que Jazmín escondía bajo las mangas de su blusa.

—¿Qué escondes ahí? —dijo sujetándola por la muñeca.

—¡Nada! —dijo Jazmín forcejeando para soltarse.

Pero Justina tironeó de su muñeca, levantó la manga y vio la pulsera.

—¡Con que robándole a don Bartolomé!

—¡Es mía!

—Acá no hay nada tuyo. ¡Dámela!

—Es mía, le digo —se mantuvo firme Jazmín.

—Sí, yo se la regalé —dijo Tacho dando un paso adelante.

—¿Qué vas a regalar vos, vikingo mugriento, con qué plata?

Y le arrancó de un tirón la pulsera. Todos vieron el odio en los ojos de Jazmín, pero ninguno anticipó lo que ocurriría a continuación: mientras Justina guardaba en los enormes bolsillos de su amplia falda negra la pulsera con el resto de los objetos robados, Jazmín se le tiró encima, descargando todo el odio acumulado.

—¡Te dije que es mía, vieja yegua!

Justina, azorada, no tuvo tiempo de reaccionar, y su parálisis fue total cuando Jazmín se aferró del turbante negro que Justina siempre llevaba y se lo arrancó. Todos quedaron asombrados ante la larguísima cabellera negra y lacia que quedó suelta. Justina estaba verde, su cara era pura indignación, como si la hubieran desnudado. Con todas sus fuerzas le pegó una bofetada, pero Jazmín había ido demasiado lejos como para retroceder. Se le tiró encima y logró derribarla, y comenzó a pegarle con tanta furia que entre sus tres amigos no podían separarla.

—¿Jazmín, que haces?! —se oyó de pronto.

Jazmín reaccionó ante esa voz. Era Cielo, que miraba perpleja cómo Jazmín atacaba a Justina.

—¿Te volviste loca?¿Cómo le vas a pegar a Justina? —ex-

clamó Cielo, apartándola y ayudando a Justina a incorporarse.

—¡Déjame! —dijo Justina hecha una furia—. ¡Déjame que e ponga las tripas de collarr!

Y quiso avanzar hacia Jazmín, pero Cielo la frenó sujetándola del vestido.

—¡Usted no va a hacer nada!

Pero al tomarla del vestido, el amplio bolsillo de la falda que había quedado maltrecho por la trifulca cedió, y las billeteras, celulares, relojes y alhajas que Justina guardaba cayeron al piso. Cielo abrió grandes sus grandes ojos.

—¿Y eso?

—Eso... ¡es el rrrresultado del liberrrtinaje! —dijo con rapidez Justina, mientras recogía del piso los objetos—. Les brís la puerta a los mocosos, y te salen a rrobar.

—¿Qué? —dijo Cielo volteándose a mirarlos.

—Sí, Cielo, éstos son tus *chiquis* —continuó Justina—. Delincuentes juveniles!

—Díganme que no es cierto —les pidió Cielo, mirándoos con gran dolor.

Desde el piso Justina fulminó con la mirada a los chicos.

—Díganle que no es cierrrrto, a verrr...

Los chicos callaron.

—Ahí tenes su confesión... Y yo les estaba rrequisando i prueba del delito.

—¿Otra vez? —dijo Cielo con profunda decepción. Y salió.

Los chicos se miraron con gran pesadumbre, pero se asieron en guardia cuando Justina terminó de levantarse el piso y se acercó a Jazmín con su turbante en la mano. acercó el turbante a la nariz y la amenazó.

—¿Oles, gitana? Es el olor de la muerrrrte.

Y salió, calzándose el turbante.

La condición para que exista cualquier tipo de abuso **el silencio**. El abusador despliega su poder sobre aquélos que, por alguna razón, están impedidos de hablar.

Durante años en la Fundación BB se mantuvo el silencio entre los menores por medio del miedo y el terror. Para un niño la posibilidad de perder el mundo que los contiene es una pesadilla pavorosa. Los chicos de la Fundación callaban por miedo a perder lo poco que tenían. Callaban por miedo y vergüenza.

Esa noche, como tantas noches, todos descansaban en sus camas, acallados por el mismo temor de siempre. Me estaba con las frazadas hasta la nariz, temblando, sin poder templar mi cuerpo. Una inquietud, una angustia, una desazón.

Esto que yo siento acá, que no lo puedo explicar.. Esto que me pasa, estas ganas de volar..

El celular de Marianella vibró. Ella se levantó y fue hasta el baño para atender, la voz suave y rasposa de Thiago sería un bálsamo para aquella noche triste.

—Nada más llamaba para decirte que te amo, y que me encantó cantar con ustedes hoy.

—Yo también te amo —dijo ella en voz baja, y tratando de contener sus lágrimas.

—¿Qué pensás? ¿Podríamos formar una banda nosotros cinco algún día?

—Ojalá —dijo ella.

Él notó su laconismo y le pareció extraño, porque en general ella no paraba de hablar.

—¿Pasa algo, mi amor?

—Estaba durmiendo ya —mintió ella.

—Entonces te dejó dormir. Que descanses, hermosa.

—Vos también.

Mar cortó y lloró un buen rato en el baño. Lloró por el silencio, por la vergüenza y por la mentira en la que vivía. Además de sus amigos, había dos personas que amaba en esa casa: Thiago y Cielo. Se sintió avergonzada de mentirles, avergonzada de lo que Cielo pensaba injustamente de ellos, avergonzada de lo que Thiago podría pensar si conociera su doble vida. Sin embargo, en medio de la alienación, un nuevo sentimiento fue ganándole al miedo y a la vergüenza: la injusticia.

Esto que yo siento acá, que no me deja pensar... Que nació de golpe, el deseo de cambiar...

Regresó a la habitación y levantó a Jazmín de la cama. Fue hasta el cuarto de los varones y levantó a Tacho y a Rama, ninguno dormía. Reunió a todos en el patio, y llorando les dijo:

—A Cielo le tenemos que decir, chicos.

—Cielo se va a poner loca, les va a decir de todo, la van a echar y a nosotros nos van destruir —dijo Rama.

—A Cielo le tenemos que decir la verdad —insistió Mar, llorando cada vez más angustiada —. Ella lo tiene que saber... No puede pensar así de nosotros. Ella lo tiene que saber.

—Ni nos va a creer —arriesgó Tacho—. Como siempre, piensan que somos unos chorros, nos acusan siempre a nosotros.

—Tenemos la grabación —dijo Jazmín, y todos la miraron.

Un par de meses antes, un día en que habían sido castigados con dureza por Bartolomé, Jazmín había grabado sus amenazas con un pequeño grabador de periodista, y luego escondieron la cinta con la esperanza de poder usarla algún día como prueba, cuando se animaran a denunciar a Bartolomé.

—Tal vez el momento ya llegó —dijo Jazmín.

Todos se miraron.

Eso que dicen tus ojos, que yo sólo puedo ver.

Y pensaron. A decir verdad, se habló poco, cada uno dijo lo que tenía para decir, no mucho; sin embargo aquella noche se tomó una gran decisión en el patio cubierto.

Como un ángel en el cielo quiero creer, quiero creer...

Mientras los cuatro subían las escaleras del ala de servicio, avanzando hacia el altillo de Cielo, las amenazas siempre vigentes pesaban sobre ellos. También la angustia de defraudar a Cielo cuando le dijeran la verdad, tenían que hacer un gran esfuerzo por recordarse que ellos eran las víctimas. No era lo que fuera a decir Cielo lo que les hacía latir intensamente el corazón; era lo que ellos mismos iban a decir, eran esas palabras, que por primera vez en su vida pronunciarían en voz alta.

Un amanecer ángeles del mundo podemos ver... Un amanecer ángeles del mundo queremos ser...

Cielo los miró con mucha pena y decepción cuando abrió la puerta y los vio allí, con sus rostros contraídos.

—No quiero hablar, chicos —dijo.

Hablar. Romper el silencio. Dar el salto al vacío. Terminar con la complicidad y el sometimiento. Hablar. Sólo hablar.

—Escúchanos, Cielo, por favor —suplicó Rama.

—Ahora estoy enojada con ustedes, y no quiero decirles cosas feas.

—Vos nada más escúchanos —dijo Mar.

Cielo los amaba demasiado como para sostener por mucho tiempo su enojo. Los hizo pasar, y todos se sentaron en su cama, alrededor de ella.

—Habíamos quedado en algo... —comenzó Cielo—. Ustedes no metían más las manos en la lata, y yo les enseñaba

a bailar y a cantar para algún día ganarse el pan... Pero me fallaron.

—No. Eso no es así, Cielo —dijo Rama, muy serio.

Y comenzaron a hablar. Lloraban y hablaban. Cielo los observaba, mientras esas palabras iban llegando a sus oídos como golpes, como cachetazos que la aturdían. Pero poco a poco las palabras comenzaban a cobrar sentido.

Esto que yo siento acá, que me hace despertar... Esconde en secreto el silencio de soñar...

Nos obligan. Nos explotan. Nos hacen robar. Robamos para ellos. Castigos. Amenazas. Celda de castigo. Correctivo. El Escorial. El juez amigo. Nos golpean. Miedo. Silencio. Miedo y muerte.

Cada palabra era una puñalada para Cielo. Cuando le hicieron escuchar la grabación, cuando oyó los gritos y amenazas monstruosas de Bartolomé, pensó que durante seis meses había convivido con ellos en esa casa, ¿tan ciega podía estar que no lo había visto?

Eso que dicen tus ojos, que me hablan sin hablar... Como un ángel en el cielo, quiero volar, quiero volar...

Su instinto fue de madraza; su impulso, de leona. Quería atacar, quería dañar, quería venganza. Los chicos le suplicaron que callara con ellos. Sólo querían que no pensara mal, que supiera su verdad. Una cosa era terminar con el silencio y otra rebelarse.

Cielo lloró con ellos y esa noche llovió mucho. Los escuchó, escuchó sus voces; los vio como si los descubriera por primera vez. Y el amanecer terminó echando un poco de luz sobre tanta noche.

Un amanecer ángeles del mundo podemos ver... Un amanecer ángeles del mundo queremos ser...

Muy avanzada la mañana y luego de haber llorado mucho, Cielo se quedó dormida y soñó con un bosque oscuro donde alguien la abandonaba para morir. Despertó sobresaltada, y lo primero que le vino a la mente fue la amarga revelación de la noche anterior.

Tenía que pensar muy bien cómo actuar. Los chicos le habían dejado muy en claro las amenazas de Bartolomé, y los alcances que podía tener el hecho de que le hubieran contado a alguien **la verdad**.

Cielo tenía a un sola persona a la que recurrir: Nico. Pero los chicos le habían suplicado que por favor no se lo contara, suponían que Nico no se quedaría de brazos cruzados, y arremetería de inmediato contra Bartolomé, y las represalias de éste no se harían esperar. Cielo se sentía atada de pies y manos, con una angustia que la estaba torturando; sin embargo confiaba que encontraría la vuelta para resolver semejante atrocidad.

En ese momento golpearon a la puerta del altillo. Ella se apresuró a ponerse una bata y fue a abrir. Allí estaba Nico, con su rostro desencajado, sus ojos rojos de haber llorado mucho, y un semblante de indefensión total.

—Necesito hablar con vos, Cielo.

—Por supuesto, Indi —dijo ella, y lo invitó a pasar.

Por un momento pensó que tal vez los chicos también le habían confiado su secreto a Nico.

—Apareció la madre de Cristóbal —le adelantó aterrado.

Cielo lo contuvo, lo acarició, y le pidió que le contara la historia larga. Nico le refirió los hechos cómo habían entrado los matones de Ibarlucía a su casa la noche anterior, cómo había estado a punto de atraparlo y desenmascararlo, y luego

cómo Carla se había presentado amenazándolo con hacerle un juicio de paternidad si no le entregaba su hallazgo.

—Perro que ladra no muerde, Indi. Lo están amenazando para que les entregue el coso ese...

—Ladran y muerden, Cielo —dijo Nico mostrándole una carta documento—. Esta mañana me llegó esto, es una citación judicial... Me iniciaron un juicio, los dos.

Cielo se estremeció. Tomó la carta documento, y no entendió mucho, pero quedaba claro que una tal Carla Kosovsky y un tal Marcos Ibarlucía lo acusaban de apropiador y de usurpador de la identidad y cosas por el estilo.

—Pero usted no puede perder este juicio, ¿no, Indi? O sea... esa guacha retorcida abandonó al nene, ni siquiera lo amamantó... Una vez le pidió plata para no decirle la verdad... O sea, cualquier juez la va a sacar carpiendo.

—Yo cometí un error muy grave, Cielo. Anoté a Cristóbal como si fuera mi hijo...

—Pero con ella, ¿o no?

—Sí, pero ella puede decir que fue amenazada... que yo le robé al hijo... Lo cierto es que Cristóbal lleva mi apellido cuando no soy el padre. Me pueden destruir... Y yo me la banco, Cielo... Me banco la que sea; cometí un error, lo pagaré... Pero Cristóbal no se merece esto, le van a arruinar la vida —explicó y ya no pudo contener más el llanto.

Ella lo abrazó, pensando en cómo la vida, que era tan hermosa, podía volverse tan amarga de un momento para el otro.

—No sé qué hacer... Si les doy eso que me piden, ¿no sería comprar a mi hijo? ¿No sería reconocer que hice algo mal? Además, hoy me piden esto, mañana me pueden pedir cualquier cosa... No me puedo dejar extorsionar, menos con mi hijo. Si no les entrego el cubo, le van a arruinar la vida a Cristóbal.

—¿Qué es ese coso tan importante, Indi?

—Es una pista... conduce a Eudamón. Ibarlucía está detrás de la isla también... Eudamón en manos de Ibarlucía... sería un desastre.

—Usted no tiene que darles nada, Indi.

—¿Dejo que me hagan el juicio?

—Yo creo que antes que el juicio... lo que tiene que hacer es otra cosa.

Él la miró, adivinaba de qué hablaba Cielo, pero hasta que ella no lo dijo, él no lo dimensionó.

—Tiene que hablar con Cristóbal y decirle toda la verdad

Nico suspiró, y se recostó sobre el regazo de Cielo. Mientras ella le acariciaba el pelo, Nico asumió que había llegado el momento de sincerarse con su hijo.

Unos minutos más tarde, Cielo había terminado de ducharse y estaba cambiándose, pensando en la verdad que ella misma había conocido la noche anterior, cuando se abrió la puerta de golpe. Era Malvina, que estaba desencajada furiosa.

—Fuiste vos, ¿no? ¡Fuiste vos, pedazo de turra!

—¿De qué habla?

—¡No te hagas la mosquita muerta, que los vi! Vi cómo entró y se vino directo para acá, entró llorando y salió llorando, ¡y después vino a suspenderme la boda!

Cielo se quedó demudada, no suponía que Nico fuera a hacer tal cosa a punto de casarse.

—¿Qué le dijiste?

—Yo no le dije nada, doñita.

—¡¿Qué le dijiste, atorranta?! Sos la amante, ¿no? Sos la amante de mi marido.

—A mí no me ofenda.

—Conmigo no te hagas la miss honesty. ¡Con esas piernas y esas lolas no puedes ser una santita!

—¿Don Nico le explicó por qué suspende el casamiento?

—Excusas, mentiras... No sé qué cosa de Cristóbal.

—No son excusas ni mentiras, Malvina. Alguien le quiere sacar al hijo. ¿Por qué en lugar de gritarme a mí, no va con su novio, que la necesita?

—¡Él vino a llorar con vos, te necesita a vos!

—¡A lo mejor vino a llorar conmigo porque la novia no

—¿Dejo que me hagan el juicio?

—Yo creo que antes que el juicio... lo que tiene que hacer es otra cosa.

Él la miró, adivinaba de qué hablaba Cielo, pero hasta que ella no lo dijo, él no lo dimensionó.

—Tiene que hablar con Cristóbal y decirle toda la verdad.

Nico suspiró, y se recostó sobre el regazo de Cielo. Mientras ella le acariciaba el pelo, Nico asumió que había llegado el momento de sincerarse con su hijo.

Unos minutos más tarde, Cielo había terminado de ducharse y estaba cambiándose, pensando en la verdad que ella misma había conocido la noche anterior, cuando se abrió la puerta de golpe. Era Malvina, que estaba desencajada: furiosa.

—Fuiste vos, ¿no? ¡Fuiste vos, pedazo de turra!

—¿De qué habla?

—¡No te hagas la mosquita muerta, que los vi! Vi cómo entró y se vino directo para acá, entró llorando y salió llorando, ¡y después vino a suspenderme la boda!

Cielo se quedó demudada, no suponía que Nico fuera hacer tal cosa a punto de casarse.

—¿Qué le dijiste?

—Yo no le dije nada, doñita.

—¡¿Qué le dijiste, atorranta?! Sos la amante, ¿no? So amante de mi marido.

—A mí no me ofenda. j

—Conmigo no te hagas la miss honesty. ¡Con esas pieñas y esas lolas no podés ser una santita!

—¿Don Nico le explicó por qué suspende el casamiento?

—Excusas, mentiras... No sé qué cosa de Cristóbal.

—No son excusas ni mentiras, Malvina. Alguien le quitó sacar al hijo. ¿Por qué en lugar de gritarme a mí, no va con su novio, que la necesita?

—¡Él vino a llorar con vos, te necesita a vos!

—¡A lo mejor vino a llorar conmigo porque la novia .

—¿Dejo que me hagan el juicio?

—Yo creo que antes que el juicio... lo que tiene que hacer es otra cosa.

Él la miró, adivinaba de qué hablaba Cielo, pero hasta que ella no lo dijo, él no lo dimensionó.

—Tiene que hablar con Cristóbal y decirle toda la verdad.

Nico suspiró, y se recostó sobre el regazo de Cielo. Mientras ella le acariciaba el pelo, Nico asumió que había llegado el momento de sincerarse con su hijo.

Unos minutos más tarde, Cielo había terminado de ducharse y estaba cambiándose, pensando en la verdad que ella misma había conocido la noche anterior, cuando se abrió la puerta de golpe. Era Malvina, que estaba desencajada y furiosa.

—Fuiste vos, ¿no? ¡Fuiste vos, pedazo de turra!

—¿De qué habla?

—¡No te hagas la mosquita muerta, que los vi! Vi cómo entró y se vino directo para acá, entró llorando y salió llorando, ¡y después vino a suspenderme la boda!

Cielo se quedó demudada, no suponía que Nico fuera a hacer tal cosa a punto de casarse.

—¿Qué le dijiste?

—Yo no le dije nada, doñita.

—¡¿Qué le dijiste, atorranta?! Sos la amante, ¿no? Sos la amante de mi marido.

—A mí no me ofenda.

—Conmigo no te hagas la miss honesty. ¡Con esas piernas y esas lolas no podes ser una santita!

—¿Don Nico le explicó por qué suspende el casamiento?

—Excusas, mentiras... No sé qué cosa de Cristóbal.

—No son excusas ni mentiras, Malvina. Alguien le quiere sacar al hijo. ¿Por qué en lugar de gritarme a mí, no va con su novio, que la necesita?

—¡Él vino a llorar con vos, te necesita a vos!

—¡A lo mejor vino a llorar conmigo porque la novia no

piensa en nada más que en sí misma! —gritó, y luego depuso un poco su enojo, y se acercó a ella—. Doñita, de verdad, Nico la necesita. Vaya con él, sea su mujer... Deje de pensar en usted y entérese de que tiene un novio.

Pero Malvina no podía moverse de la película en la que estaba, en la que su novio estaba enamorado de la mucama. Y tal vez se lo merecía, decía una voz en su interior, si ella había logrado ese casamiento a fuerza de mentir y fraguar un secuestro. Pero otra voz, que curiosamente hablaba como Barti, le decía que no fuera mamerta y se diera cuenta de que si el problema era con *Cristiancito*, más que nunca tenía que estar ahí, ayudándolo otra vez.

Malvina se retiró, y Cielo quedó, entonces, enfrentada a su propio dilema. Así como le había aconsejado a Nico que la mejor solución en medio de tanta mugre era decir la verdad, ella sabía que lo mejor, en la tragedia en la que había despertado en la Fundación BB, era la verdad. Terminar con el silencio y la complicidad.

Los chicos le habían pedido que no hablara, y era lógico, tenían miedo. Pero a ella le tocaba ser el adulto, ser quien los protegiera de semejante espanto. Y por eso decidió seguir su propio consejo: iría hacia el problema, con la verdad.

Capítulo 10
Hablar o callar para siempre

«¡Muertos! Así van a terminar todos, mocosos, por levantarme el copete... ¿O se creyeron que voy a aceptar así nomás que dejen de robar, que se me retoben, que levanten vuelo? Que se les grave bien en la cabeza: ¡ustedes son míos y yo los exploto como quiero!»

Esas palabras, proferidas por Bartolomé, se escuchaban desde un pequeño grabador de periodista. Él se había puesto muy pálido al oír su propia voz; frente a él, Cielo lo miraba fijamente, con el grabador en la mano. No tenía miedo y estaba convencida de que terminar con el silencio era parte de la solución. Al menos, Bartolomé sabría que los chicos ya no estaban solos e indefensos. Había llegado **el momento de intervenir**.

—Ya mismo me explica qué significa esto —dijo Cielo fire y amenazante.

Bartolomé la miró a los ojos por unos segundos. Hablaban en su escritorio, y la puerta estaba cerrada. Evaluó la posibilidad de desmayarla de un golpe con el pisapapeles, y luego sacarla a través de la habitación secreta, y de allí, recto al sótano.

—¡Hable! —gritó ella.

Él, irracional, pegó un manotazo, tratando de arreba:arle el grabador, pero ella con mucha rapidez lo esquivó. Sólo para ganar tiempo, Bartolomé empezó a actuar con su mejor cara de inocente.

—No sé de qué hablas, Cielito... ¿Vos decís que ése era o? No soy, che... A ver, escuchemos bien, dámelo.

—Es usted —dijo ella, furiosa—. ¿Cómo es eso que obliga a robar a los chicos?

—Ok, ok... hablémoslo, no quería exponer a los chicos

ante vos, pero ok... Sí, ése era yo. ¿Sabes bajo qué circuns tandas dije esas horribles palabras? Tenía a Tachito aga rrándome del cogote, y a Jazmincita con una navaja en le mano, che... Son bestiecitas sin domar...

—¿Qué? —le respondió absorta Cielo.

—Así como lo escuchas, Sky... No, si con vos le dan del(que te dale al bailecito, pero en realidad son salvajes... Fuí un acto desesperado, me hice el malo para ver si se asusta ban un poco... Pero todo eso que dije lo inventé ahí, en e momento, che... Te lo juro por mi bolidita.

Cielo lo miró con desprecio, hasta para mentir y jurai era un hombre patético.

—Usted es un sinvergüenza —aseguró con una voz grave que jamás había tenido—. ¡Y yo una tarada que le creí! Cuando descubrí el taller ese de los juguetes, ya tendría que haberme dado cuenta, pero confié en usted...

—Y tenes que seguir confiando, che... ¡Yo no soy un monstruo!

—¡Usted es peor que un monstruo! —gritó Cielo, estallando. —¡Es una basura, una montaña de bosta humana!

—Ojito, che... —dijo Bartolomé comenzando a mostrar sus dientes.

—Ojito nada... Ya mismo voy a ver a un juez.

Entonces Bartolomé sacó sus garras. De un salto, se le tiró encima, y la estampó contra la puerta del escritorio. La sujetó con una mano en el cuello, y la miró bien de cerca a los ojos.

—Vos no vas a ver nadie, Cielín.

Cielo empezó a patalear como loca; tenía mucha fuerza, pero Bartolomé tenía más.

—Patalea todo lo que quieras... de acá no te movés.

—¡Ayúdenme! —alcanzó a gritar Cielo, antes de que él le tapara la boca.

Fuera del escritorio, en la sala, estaba Thiago, que acababa de recibir a Alex, quien había ido a visitar a Cielo. Ambos creyeron oír el grito de ella, proveniente del escritorio, pero cuando se asomaron, se extrañaron al verlo vacío.

—Habrá sido alguno de los chiquitos... —desestimó Thiago.

Pero no. Habían escuchado bien. En ese momento Bartolomé estaba sujetando a Cielo, tapándole la boca, detrás de la pared biblioteca, en la habitación secreta. Luego la empujó con fuerza contra una de las paredes, y esforzándose por mostrar su cara más bestial, le susurró:

—Ok, me descubriste. Conste que no soy una mala persona... Esta fundación hay que mantenerla, ¿sabes? Los crios tienen que aprender a ganarse la vida...

—¿Robando? Usted es de lo peor... Me va a tener que matar para hacerme callar, ¿sabe?

—Ningún problema, che... Pero con quién querés hablar, ¿con la policía? Está conmigo...

—Con un juez voy a hablar directamente.

—Decime cuál... ¿Pérez Alzamendi, el papá de Nachito? ¿Con Orteguita? Juego al golf todos los jueves con él. ¿Con Uñarte Urondo? Compartimos palco en la Ópera... Los conozco a todos, Sky... Además, soy un filántropo respetado, che. ¿Qué sos vos? Una sirvientita amnésica... ¿A quién van a creerle?

—La verdad se ve en la cara, y en la suya se lee que es una porquería de gente.

—Vos hace como quieras... pero te advierto una cosa... —la amenazó y se acercó hasta respirarle bien cerca; quería hacerle sentir todo el peso de su amenaza—. Vos llegas a abrir la boca... con Bauer, por ejemplo, y pagan los chicos. Te resfrías un poquito y lo hablas con alguien, con el jardinero, con la verdulera de la esquina... y pagan los chicos.

—A los chicos no los toca más.

—No me pruebes... Pregúntales a ellos si no, lo que les puedo hacer. Pregúntale a Ramita qué pensaría si lo separo de su hermanita... La suerte de estos purretes está atada a ni tobillo. Abrís la boquita, y ellos cierran sus ojitos. ¿Nos entendemos ahora, Cielín?

—¿¿Cómo se puede ser tan basura?!

—Bienvenida a la realidad, Sky.

Mientras Cielo lloraba, desgarrada e impotente, una pequeña camarita, oculta en una pared, filmaba la escena dentro de la habitación secreta.

En la pequeña casucha en la que vivía Jásper, al fondo del parque de la mansión, el jardinero se encontraba frente a una especie de sala de control, con un par de monitores y consolas grandes y antiguas. En uno de los monitores se veía a Cielo sentada en el piso, llorando, frente a Bartolomé, de pie.

Mientras veía la escena, Jásper negó con su cabeza y habló con alguien que estaba detrás de él.

—¿Qué le parece? ¿Ya es hora de intervenir o no?

—Quiero que **hablemos** de algo muy importante.

—¿De la pista?

—No. De otra cosa. Hijo... yo te mentí. Yo sé que mentir tá mal, está muy mal, y te lo vuelvo a decir: mentir está al. Pero hay... ocasiones, en que uno miente porque... la rdad, a veces, puede ser muy dolorosa. Pero vos ya sos ande... Sos inteligente... tan inteligente sos, hijo... y tan rmoso.

—¿Qué pasa, pa? ¿Por qué lloras?

—Vos ya sos grande... y vas a saber entender algunas rdades.

—¿Tiene que ver con Ibarlucía?

—No y sí. Tiene que ver sobre todo con vos y conmigo con tu mamá.

—¿Qué le pasa a mi mamá? ¿Le pasó algo? ¿Es la enferedad?

—No, no te asustes. En realidad... ésa es la verdad de la _e quiero hablarte... Tu mamá... no está enferma.

—¿Se curó?!

—No, hijo, tu mamá no se curó, porque... nunca estuvo íerma.

-¿Qué?

—Perdóname... te mentí. Carla no está enferma, ni está África... Todo eso era mentira, hijo. Te pido por favor que perdones, te mentí porque te amo mucho.

—Bauer, ¿estás diciendo cualquiera!

—No, hijo, te estoy diciendo la verdad.

—¿Cómo que mamá no está en África? ¿Y las cartas que e mandó desde ahí?

—¡Habla!

—Esas cartas... no eran de mamá. Las escribía yo, Cristóbal.

-¿Vos?

—Te juro que no fue para engañarte, ni para lastimarte...

—¡Soltame!

—Tenes todo el derecho a enojarte, pero también tenes el derecho a saber la verdad. ¿Estás bien? ¡Hijo! Tranquilo respira, respira hondo... tranquilo mi vida, tranquilo.

—¿Dónde...? ¿Dónde está? ¿Dónde está mi mamá?

—Hablemos de ella... te voy a contar la verdadera historia. Respira tranquilo.

—¡Habla!

—Tu mamá y yo... nos queríamos mucho. Cuando vos naciste... estábamos muy enamorados... pero un día, no sé bien por qué, tu mamá decidió... irse. ¿Querés que te busque el broncodilatador? Ok, sigo... Tu mamá no es una mala persona... pero a los grandes a veces nos pasan cosas que nos desequilibran, ¿entendés? Y ella se fue, y quedamos vos y yo... solitos. ¡Eras tan chiquito! No podía contarte la verdad... y me empezaste a preguntar... y ahí se me ocurrió lo de las cartas... Perdóname, hijo, no quise mentirte, pero...

—¡Mi mamá no me abandonó! ¡Sos un mentiroso!

—¡Hijo! ¡Vení! ¡Cristóbal!

—¡Déjame solo!

—¡Cristóbal, por favor, volvé!

—¡Habla!

—Esas cartas... no eran de mamá. Las escribía yo, Cristóbal.

-¿Vos?

—Te juro que no fue para engañarte, ni para lastimarte...

—¡Soltame!

—Tenes todo el derecho a enojarte, pero también tenes el derecho a saber la verdad. ¿Estás bien? ¡Hijo! Tranquilo respira, respira hondo... tranquilo mi vida, tranquilo.

—¿Dónde...? ¿Dónde está? ¿Dónde está mi mamá?

—Hablemos de ella... te voy a contar la verdadera historia. Respira tranquilo.

—¡Habla!

—Tu mamá y yo... nos queríamos mucho. Cuando vos naciste... estábamos muy enamorados... pero un día, no sé bien por qué, tu mamá decidió... irse. ¿Querés que te busque el broncodilatador? Ok, sigo... Tu mamá no es una mala persona... pero a los grandes a veces nos pasan cosas que nos desequilibran, ¿entendés? Y ella se fue, y quedamos vos y yo... solitos. ¡Eras tan chiquito! No podía contarte la verdad... y me empezaste a preguntar... y ahí se me ocurrió lo de las cartas... Perdóname, hijo, no quise mentirte, pero...

—¡Mi mamá no me abandonó! ¡Sos un mentiroso!

—¡Hijo! ¡Vení! ¡Cristóbal!

—¡Déjame solo!

—¡Cristóbal, por favor, volvé!

—¡Hace algo, mamerta! ¡¡Estás como bólida sin manija! —le gritó Bartolomé a Malvina, cuando la vio llorar y deambular de aquí para allá.

—¿Qué querés que haga? ¡Nicky me dejó, again! ¿Le secuestro al hijo de vuelta? No sé, ya me quedé sin ideas...

—Mamertita... vos nunca tuviste ideas...

—Por eso... ¡ayúdame!

—Ahora no puedo, tengo que vigilar a la muqui que está metiendo las narices en mis asuntos... Hace algo, Malv... Sos mujer, diosa, gorgeous, ¡úsate, che!

El aturdimiento de Malvina le impedía pensar con claridad, y eso, en una mente ya poco clara de por sí, era grave. Deambulaba por la casa, con el celular en la mano con la esperanza de que la llamara Nico para decirle que continuaban con la boda. El celular sonaba todo el tiempo, y ella se estremecía antes de mirar el display, pensando que sería él, pero eran todos llamados referidos a la boda. No se había atrevido a cancelar nada, porque no perdía las esperanzas, y por eso evitaba enfrentar a maquilladoras, modistas y proveedores de cotillón de lujo.

Decidió que tenía que hablar con su mejor amiga, nadie mejor que un mejor amigo cuando estás realy in troubles. Y como no tenía amigas, recurrió a Cielo, pero la encontró muy ocupada, discutiendo con Justina a los gritos.

Estaban en el antiguo taller de los juguetes, devenido en sala de ensayos. Allí se los veía a Mar, Tacho, Jazmín y Rama, parados en fila y con botellas de agua mineral en la mano. Cielo estaba delante de todos, interponiéndose con su cuerpo ante Justina, que quería alcanzar el estéreo para apagar la música que sonaba a todo volumen.

—Corrrrrrete, ¡rroñosa insurrecta! —gruñó Justina.

—Ya le dije que estamos ensayando, y vamos a segu ensayando —le informó Cielo, clavándole la mirada. S notaba que quería decirle muchas cosas más, pero se coi tenía.

—Sky... —dijo trémula Malvina—. Te necesito, ami...

—Se va ya mismo de acá, vamos, no moleste —le dij Cielo a Justina, ignorando a Malvina.

—¡Vos a mí no me hablas así! —se indignó Justina.

—¿No? ¿Por qué? —respondió Cielo desafiante—. ¿M va a aplicar un correctivo? ¿Me va a mandar al Escorial?

Justina la miró absorta, y Tacho, sutilmente, tomó de u brazo a Cielo, rogándole que no dijera nada más.

—¡Los mocosos tienen que venirrr conmigo! —dijo Jus tina.

—¿Para qué? A ver... hable, ¿qué tienen que hacer co usted?

—Eso a vos no te incumbe.

—Sabe que sí... me re incumbe, me recontra incumbe. ¿A dónde los quiere llevar?

—Sky... ¿podemos hablar one minute? —volvió a susu rrar Malvina.

—Yo a vos no te tengo que dar ninguna explicación, clu ruza, buscona, metereta...

—¿Por qué no me puede decir? ¿Cuál es el gran secrete a ver?

—En... Cielo... —intervino Rama, mirándola a los ojos y suplicándole con un gesto que se calmara—. Podemos ensa yar más tarde...

—No señor, ningún más tarde. Acá hay una banda qui formar, y ustedes no tienen nada que hacer con Justina, s ni clases les dan en este lugar...

—Justamente... —aprovechó para mentir Justina—. Loj quiero llevar a hablar con una asistente social para evalúa el tema de rrrreescolarización de los rroñosos —y miró 1 hora, estaba urgida, pronto cerrarían los bancos, y era la ho ra más productiva.

—Tráigala acá a la asistente social ésa, yo también tengo unas cuantas cosas para decirle.

—Cielo... —comenzó a decir Jazmín.

—Cielo nada. Ustedes van a ensayar...

—Sky... —dijo Malvina con impaciencia.

—¡Me harrrrtaste! —estalló Justina avanzando, y hablando a los gritos por el volumen de la música—. ¡Te voy a arrrrancar las chuzas, arrastrada!

—¡Anímese a ponerme un dedo encima! —la enfrentó Cielo.

Y eso iba a hacer Justina, pero se detuvo de golpe al ver llegar a Thiago, aún con el uniforme del colegio.

—Acá estoy —dijo él sonriendo—. ¿Ensayamos?

—¿Cómo «amos»? ¿Ensayamos? —dijo Justina dura.

—Sí, estamos armando una banda con los chicos —afirmó Thiago, y le entregó su mochila—. ¿Me la llevas al cuarto, Justina? ¿Y me traes un sandwich? Estoy muerto de hambre, voy a comer acá...

Justina tuvo que tragarse la bronca, y salió, con la mochila de Thiago. Cielo quedó satisfecha.

—Muy bien... vamos a ensayar...

—Sky, antes...

—¿No ve que estoy ocupada? —estalló Cielo, ahora descargando su bronca con Malvina.

—Cielo, para un poco... Estás muy nerviosa—le dijo Mar con intención, mientras Malvina se iba, estallando en lágrimas otra vez.

—¡A ensayar! —Malvina oyó que decía Cielo mientras ella salía.

Malvina salió de la mansión, desesperada. Su hermano *~.e* soltaba la mano, su ami Cielo la ignoraba, no tenía a quién recurrir. Pero en eso divisó a Jay Jay, como ella llamaba a James Jones, el dueño del local de antigüedades. Por supues:o, ella desconocía que su verdadero nombre era Marcos Ibarlucía y que era el padre biológico de Cristóbal. Él estaba en el interior del local, hablando por teléfono.

Malvina se asomó por la puerta, él le sonrió mientras cortaba la comunicación.

—Malvina... ¡qué sorpresa!

—*¿Estás ocupado, JayJay?*

—No, hay poco movimiento hoy...

—Ay, gracias Jay Jay... ¿Te molesta que te diga Jay Jay? Por James Jones, Jay Jay...

—No, no me molesta para nada —respondió él, escudriñándola—. ¿Te pasa algo?

—No sabes lo mal que estoy...

Malvina comenzó a relatarle su tragedia: a horas de casarse su novio había cancelado la boda por vaya una a saber qué pavada con el hijo. Como si estuvieran en un bar, mientras la escuchaba, él sacó dos vasos de trago largo, les puso hielo, abrió una botella dorada, y sirvió unas medidas de algo que mezcló con el líquido rojo morado de otra botella. Malvina no sabía qué era, pero estaba tan rico. Ella bebió un trago, y luego otro, mientras le relataba su drama entre sollozos. Él tenía un secreto placer en ganarse la confianza de la prometida de su rival.

—Seguro que se van a casar, Malvina... Debe de ser algo momentáneo... —fingió consolarla él.

—Siempre surge algo momentáneo... —se quejó ella—. Decime una cosa, Jay Jay... —dijo acodándose en el mostrador, ya bastante ebria—. ¿Por qué es tan difícil el amor?

—El amor no es difícil... —dijo él mirándola intensamente a los ojos—. Lo que es difícil es el matrimonio.

—¿Estás enamorado, Jay Jay?

—Todos los días... me enamoro de las mujeres bellas.

Y la miró con más intensidad, una mirada que hasta una bólida como Malvina entendió. Ahora fue ella la que se sirvió otro trago, mezclando las bebidas como lo había visto hacer, mientras él fue a cerrar las cortinas de la vidriera.

—Y decime, JayJay... vos que tenes tanto mundo... ¿Qué haces cuando estás triste?

—Busco consuelo... —dijo él, acodándose junto a ella.

Malvina lo miró. Realmente Jay Jay era buenmozo, tenía

ese pelo negro, y ese maxilar anguloso, y además ese perfume tan masculino. Bebió otro trago.

—¿Qué es lo que estamos tomando?

—Es ron claro, con fruta de la pasión... —dijo él acercando sus labios a los de ella.

—Ron claro con...

—Fruta de la pasión... —completó él, y la besó.

Tal vez fue por el ron claro con fruta de la pasión, tal vez fue por el desamparo que sentía, o tal vez, simplemente, fue por la necesidad de sentirse deseada; pero Malvina sintió que ese beso, y todo lo que siguió, era lo que estaba necesitando hacía tiempo.

Cuando Cielo terminó el ensayo, pensó en Malvina y en cómo le había hablado. Los chicos le habían dicho que ella nada tenía que ver con las actividades de Barto y Justina. Seguramente Malvina era una víctima más de ese monstruo. Se la veía muy angustiada cuando había querido hablar con ella, sin dudas, debido a la cancelación del casamiento. Se sintió culpable sin necesidad, pero salió a buscarla. No la encontró por ningún lado, entonces le preguntó a Alelí y Monito que entraban desde la calle.

—¿Vieron a Malvina, chiquis?

—*Malbicha* está en el negocio de cosas viejas, abajo de la casa de Nico —dijo Monito.

—¿Está comprando algo en el negocio de chucherías? —preguntó Cielo.

—No sé —respondió Alelí—. Entró hace un rato largo y no salió más...

Cielo pensó que Malvina había ido a comprar algo, como hacía cuando se deprimía y reventaba la tarjeta en un shopping, pero le resultaba extraño que esta vez hubiera buscado desahogo en chucherías antiguas, no era el perfil de Malvina.

Salió de la casa y cruzó hasta el local, pero le llamó la atención que tuviera las persianas americanas bajas. Se

acercó e intentó abrir la puerta, pero comprobó que estaba cerrada; iba a irse cuando se le ocurrió mirar hacia adentro a través de las hendiduras de la persiana. Lo que vio fue inesperado e inquietante. Malvina, con sus pelos revueltos, se besaba con el dueño del local, que tenía su torso desnudo. Perpleja, e incómoda, Cielo se apartó y se sentó en la fuente, procesando lo que había visto. Miró hacia el balcón del loft, allí no estaba Indi, pero tal vez estaría adentro, ignorando que a escasos metros por debajo de él su novia le era infiel.

Veinte minutos más tarde, Malvina salió a los tumbos del local, arreglándose el pelo, y caminando con dificultad sobre sus tacos, aún un tanto borracha. Al encarar hacia su casa se topó con Cielo, que la miraba muy serio, sentada en la fuente.

—Sky... —comenzó Malvina, pero Cielo la interrumpió.

—¿Cómo se atreve a engañar así a su novio...? ¡Y debajo de su propia casa!

Malvina se taró, no pudo proferir palabra. Cielo siguió.

—Y encima tiene el descaro de venir a insultarme a ir acusándome a mí y a su novio de engañarla... ¡cuando es la única traidora es usted!

—No sé de qué hablas... —dijo Malvina, arrastrando las palabras.

—Sabe perfectamente de qué hablo.

—¡Entonces te vas a callar la boca! —dijo de pronto Malvina, con un tono amenazante que Cielo jamás le había escuchado.

—Usted a mí no me amenaza...

—Sí, yo te amenazo... te recontra amenazo, Cielito. Vos no viste nada, ¿está claro?

—Intente callarme...

—No me obligues.

—¿Pasa algo? —se oyó.

Ambas giraron y vieron a Nico, parado a pocos metros.

Malvina reaccionó rápido, sentándose junto a Cielo y abrazándola.

—Nada, gordo, ¡hablábamos con mi ami Sky!

Cielo se puso de pie, quitándose de encima a Malvina.

—Mejor hable con su novio. Y dígale a él lo que le tiene que decir.

La miró con ojos muy severos, y se alejó. Nico la observó desconcertado y se acercó a Malvina, que sonreía.

—¿Qué me tenes que decir?

—Nada, gordo... Sky insistía en que te dijera que me había dolido a little que suspendas el casamiento...

—Bueno, justamente de eso venía a hablarte —dijo Nico—. Perdóname, estoy desesperado con lo que pasó con la madre de Cristóbal. Pero la verdad es que te necesito más que nunca, a mi lado, ayudándome a enfrentar esto.

—¿You mean...?

—Sí, I mean, eso Malvina... te necesito conmigo.

—¿Pero nos casamos?

—Por supuesto... como habíamos planeado. ¿Cuento con vos, no?

—¡Of course! —dijo ella y lo abrazó.

Ya era demasiado tarde, como siempre; producto de su aturdimiento, se había tarado y había cometido un error. Le había sido infiel al hombre que amaba y que aún quería casarse con ella.

Justina quedó absorta cuando Bartolomé le contó lo sucedido con Cielo.

—¿Todo? ¿Sabe todo?

—Y bueno... tonta no es, se avivó —minimizó Bartolomé—. Así que ahora tenemos que estar muy atentos y vigilarla.

—¿Y las pruebas, el grabador ese, lo tiene usted?

—Por supuesto...

—¿Cómo puede estar así de tranquilo, mi amor, digo, mi señorrr? Cuando esa chiruza pierda el miedo...

—Perderá la vida —concluyó Bartolomé.

—Con rrrrazón me habló con esos aires... Quiere formar una bandita, ¡y con el niño Thiago incluido!

—De Thiago me ocupo yo... —dijo Bartolomé—. De la chiruza ya nos ocuparemos... y de los púberes, por haberle dado esa grabación, encárgate usando a los más chiquitos. Nada les duele más que eso.

Cuando los chicos terminaron de ensayar, entusiasmados con cómo iba sonando la banda, fueron a beber algo a la cocina. Thiago tomó a Mar, y silenciosamente se la llevó por un pasillo. Cuando Rama, Jazmín y Tacho llegaron a la cocina, Justina les informó que por su desacato los chiquitos estaban pagando las consecuencias.

—¿Dónde están? —preguntó Rama conteniendo la bronca—. En la celda de castigo. ¿Querés ir vos también? Mira que hay poco espacio y poco aire ahí...

Thiago llevó a Mar a una tierra bastante inexplorada aún para ella: su habitación. Ella estaba incómoda y nerviosa,

una cosa era verse a escondidas en una plaza, otra en la habitación de él, a pocos metros de la de Bartolomé.

—Papá está muy ocupado... Quería estar un rato con vos, acá vamos a estar bien.

Ella observó cada detalle y se enterneció mirando fotos de él de chiquito, en las que se lo veía muy rubio, gordito, y ya con lunares, muy pequeños. En una foto estaba en brazos de una mujer hermosa, que le mordía un cachete con suavidad y ternura.

—¿Ella es tu mamá? —preguntó Mar.

—Sí —dijo él dando vuelta la página del álbum, y ensombreciéndose un poco.

—No hablas mucho de tu mamá... —dijo ella.

—Ya te dije todo lo que hay para decir de ella. Se fue, está lejos y nunca la veo.

—¿La extrañas?

—No —respondió él, convencido de lo que decía—. ¿Y vos? Vos nunca me hablaste de tu historia... ¿Sabes algo de tus padres?

—Lo único que sé es que me abandonaron.

—¿Pero sabes quiénes eran?

Ella negó, aunque no muy convencida. Él adivinó que algo le estaba ocultando, y la animó a hablar.

—Algo sabes, me parece...

—Es que no estoy segura... Pero una vez averigüé. Fui hasta la parroquia donde me abandonaron... El cura que me había encontrado ya no estaba, pero había una mujer de esa época... Ella me dijo que un hombre me había dejado en la parroquia... y que ese hombre era el director de un colegio.

—¿Te dijo cuál? es

—Sí.

—¿Y fuiste?

—Sí. Fui... Era un tipo grande, y lo encaré. Me dijo que nada que ver, pero se puso re nervioso. Pensé que me mentía, y me puse peor, porque no sólo me habían abandonado, sino que además no querían saber nada conmigo. Pero

cuando me estaba yendo... el portero del colegio me dijo que ese hombre era mi abuelo... y que mi mamá se llamaba **Sandra Rinaldi**.

—O sea que sabes el nombre...

—Sí. O no, no sé, fue muy raro todo.

—¿Pero la buscaste?

—No.

—¿Por qué no?

—¿Y para qué? Si ella me abandonó, será porque no me quiere ni ver...

—Pero a lo mejor te hace bien a vos saber la verdad...

—A mí lo que me hace bien sos vos... —dijo ella, dejándole en claro que quería cambiar de tema.

—Si vos querés, yo te puedo ayudar a buscarla.

—No. No quiero, gracias.

—Bueno, como prefieras.

—Y cómo la buscarías, a ver... —dijo ella tratando de mostrarse desinteresada.

—Y... no sé, empezaría por Internet...

—¿Por Internet?

—Sí —dijo él tomando su laptop—. En un buscador... ponemos «Sandra Rinaldi» —dijo tipeando—. Y ponemos a buscar, a lo mejor algo aparece...

Ella sintió que su corazón se aceleraba cuando él estaba por hacer click en buscar, pero en ese momento alguien golpeó la puerta.

—Soy yo, Thiaguito —se oyó la voz de Barto, mientras la . puerta ya se abría. I

Mar, rápida de reflejos, se tiró detrás de la cama, tratando de hacerse aún más pequeña de lo que era.

—¿Por qué entras sin golpear?! —se quejó Thiago, muy tenso.

—Golpeé, che... Vinieron tus amigos, pero antes te quería comentar algo. Me dijo Justin que hoy estuviste ensayando con los chicos de la Fundación, con no sé qué ideas locas de formar

un conjuntito musical... —Una banda, sí.

376

—Bueno... vos ya sabes lo que pienso de eso. No quiero verme en la obligación de...

—No me jodas, papá.

—No jodas vos, Thiago. Mantenete lejos de esos chicos, no les hagas más daño del que ya les hizo la vida.

Thiago no se preocupó en contestar, sólo quería que se fuera.

—¿Pasa algo? —dijo Bartolomé, como olisqueando en el aire la presencia de Marianella.

—Quiero estar solo en mi cuarto, ¿ok?

—Tarde para eso, llegaron tus amiguitos para estudiar, te dije... Con ellos deberías formar una banda vos... —dijo, mientras hacía pasar a Nacho y a Tefi, que entraron ruidosos y alborotados como siempre.

Thiago se quedó duro, y más dura quedó Marianella en el piso cuando vio junto a ella los pies de Nacho a su lado. Ella levantó la vista y vio cómo él la miraba y reprimía largarse a reír, al mismo tiempo que Bartolomé se iba. Apenas se cerró la puerta, Nacho estalló en carcajadas.

—Man, ¡tenes a la Blacky escondida en el cuarto! —dijo a Thiago, refiriéndose a Mar como si ella no estuviera ahí.

—Shhh, ¡calíate! —se enojó Thiago.

—¿Qué? —dijo Tefi absorta, viendo cómo Mar se incorporaba.

—Bueno, no... pensé que se había caído por acá, pero no —dijo Mar, actuando con naturalidad.

—No, seguro que se te cayó abajo —dijo Thiago, disimulando no tan bien.

—Sí, sí, la vergüenza se les cayó a ustedes —siguió bromeando Nacho.

Mar se fue apresurada y sintió la mirada de odio de Tefi clavada en su nuca.

Al bajar las escaleras, miró bien para asegurarse de que no estuviera Bartolomé cerca, y cuando estaba terminando de bajar, se asustó mucho al oír una voz que la llamaba.

—Hola, Marianella.

Ella giró y se puso muy nerviosa al ver a la madre de

Tefí, parada allí, la mujer a la que le había robado el vestido. Pero Julia no la miraba mal, ni enojada, sino con una sonrisa, casi de compasión.

—¿Cómo estás? —preguntó con una sonrisa dulce.

—Bien... —dijo Marianella, roja de vergüenza y bajando la cabeza, y quiso seguir.

—¿Seguro estás bien?

—Sí, sí, gracias. ¿Usted busca a su hija?

—No, acabo de traerla para hacer un trabajo práctico. En realidad espero a Bartolomé.

—Ah, ahí viene... —dijo señalándolo.

Bartolomé saludó a Julia y la invitó a pasar al escritorio iban a hablar sobre el viaje de egresados de sus hijos, que si bien sería dentro de dos años, como era tradición en el Rockland, sería por Europa, con lo cual deberían comenzar ya a elegir la agencia de viajes para empezar a pagarlo con tiempo.

Thiago soportaba con fastidio las cargadas de Nacho mientras Tefí, enojada y humillada, tomó su laptop para empezar el trabajo práctico.

—¿Se pueden dejar de joder y hacemos el trabajo? —dijo ella con fastidio.

—Sí, por favor —concordó Thiago.

Pero de pronto Tefí se quedó perpleja y lo miró.

—¿Qué es esto?

—¿Qué cosa?

—Esto que está anotado acá... Sandra Rinaldi... ¿Qué es?

—No, nada... —minimizó Thiago.

—Nada no, ¿qué es? —preguntó ella aún más alterada que antes.

—Nada, Tefí, una cosa de Mar.

—¿De Mar? ¿Qué?

Thiago no entendía la reacción de Tefí, y no contestó.

—¡Habla! ¿Qué pasa con Mar y Sandra Rinaldi?

—¡Nada! —dijo Thiago—. Mar está buscando a su mamá, y yo la estoy ayudando.

378

—¿Y Sandra Rinaldi qué tiene que ver?

—Así se llama la mamá de Mar. ¿Qué te pasa?

Pero Tefi no respondió, había palidecido. Abruptamente dejó la laptop, tomó sus cosas y se levantó.

—¿Qué te pasa, dónde vas, man?

Pero Tefi se fue sin responder. Thiago y Nacho se miraron sorprendidos, aunque en verdad estaban acostumbrados a las excentricidades de Tefi y sus cambios de humor intempestivos. Thiago supuso que serían celos por haberlo visto con Mar en su cuarto, y se olvidó del tema.

Tefi bajó las escaleras, seguía pálida y tenía náuseas. Encontró a su madre hablando con Bartolomé.

—¡Vamos a casa, mamá!

—Estoy hablando con Bartolomé.

—¡Vamos a casa ya! —dijo ella, y Julia vio que había un plus de angustia tras el capricho acostumbrado de Tefi.

—¿Pero te pasa algo?

—Me siento mal, me quiero ir.

—Ok, vamos, vamos... Bueno, después seguimos hablando del viaje, Bartolomé.

—Cuando quieras, mi querida. Chau, Tefita, que te mejores.

Tefi ni respondió, encarando hacia la salida. En ese momento divisó a Mar, que volvía a cruzar la sala, y el estómago se le volvió de piedra cuando oyó a su madre decir:

—Chau, Marianella, que sigas bien...

—¡Vamonos! —dijo Tefi, al borde del llanto, arrastrando a su madre fuera de la casa.

Luego, ya solas en el auto, Julia insistió una vez más, quería saber por qué su hija había reaccionado de esa manera.

—¿Me puedes explicar qué te pasa?

—Nada, quiero ir a casa —respondió Tefi mirando hacia afuera, ya tenía sus ojos bañados en lágrimas.

Cristóbal no había vuelto a dirigirle la palabra a Nico desde el día en que éste le contó la verdad sobre su madre. Si necesitaba decirle algo o responderle, lo hacía a través de Mogli. La única vez en varios días que le habló directamente fue una tarde en la que Nico, como cada día, intentaba lograr una respuesta.

—Si lo que dijiste es verdad y mi mamá no está en África, la quiero conocer.

Y no volvió a hablarle. Nico estaba desesperado, su mundo se había reducido al dolor de su hijo, mientras a su alrededor todo avanzaba hacia un casamiento que en realidad no deseaba. Malvina había prometido acompañarlo en ese trance, pero apenas si la había vuelto a ver, atiborrada de quehaceres para la boda. Nico lo habló con Mogli, y ambos acordaron que lo mejor era acercarse a **Cristóbal con su madre**.

Nico debió tragarse el orgullo y el odio, la llamó y se citaron en un bar. Cuando él llegó, ella bebía un mojito. Su rostro aún estaba pálido, se la veía débil y con una gran tristeza en el rostro.

—¿No estabas enferma, vos? ¿Podes tomar alcohol?

—Un gusto cada tanto me puedo dar... Un mojito es el único gusto en meses... No estoy bien, Nicolás, pero estoy mejor. Conocí a un hombre que me está ayudando mucho.

—¿Un médico?

—Algo así... Un científico, terapias alternativas.

—Recibí la carta documento. Me hiciste un juicio nomás...

—El juicio es cosa de Marcos —dijo ella, compungida.

—¿Dónde está? Lo quiero ver.

—Él no va a aparecer, Nico, lo sabes.

—Una foto, algo.

—Por favor, no...

—¿Cuándo te volviste este pedazo de bosta? ¿O siempre fuiste así?

—Nico... —dijo ella ignorando su insulto—. Yo cambié mucho, ¿sabes? Mi enfermedad me abrió los ojos. Y parte de mi cura... es reparar mis errores.

—¿Haciéndome un juicio vas a reparar tus errores?

—El juicio es cosa de Marcos, ya te dije... y si yo puedo pararlo, lo voy a hacer. Pero de verdad... tengo muchas ganas de conocer a Cristóbal. Por favor, créeme. Lo necesito.

—Él también quiere conocerte...

—¿Él sabe...?

—Ya le dije la verdad. No toda. Todavía no sabe que no soy su padre biológico, pero se lo voy a decir cuando haya procesado esto.

—¿Me vas a dejar verlo?

—Sí. Pero una lágrima de Cristóbal... un solo gesto de dolor que le vea por tu culpa, y vas a conocer a un padre enojado.

Al otro día Cristóbal estaba meciéndose suavemente en una hamaca de la plaza, con la mirada perdida y la tristeza que se había instalado en su rostro. Bauer le había dicho que ese día su madre iría a conocerlo, pero como ya no le creía nada, tampoco esperaba que eso fuera cierto. Sin embargo miraba en todas direcciones, esperando ver aparecer a la mujer joven y hermosa que había conocido por fotos.

A unos cuantos metros estaban Nico y Mogli, testigos del encuentro que se produciría. Nico casi podía sentir la angustia que estaba padeciendo su hijo en ese momento. De pronto vieron a Carla, que caminaba lentamente hacia Cristóbal. Se había maquillado dándole un poco de color a sus mejillas pálidas, se había puesto su vestido más lindo, se había peinado primorosamente; quería que su hijo viera a una mujer entera.

—¡Vino! —se angustió Nicolás—. ¡Está ahí! ¿Voy, no? ¿Voy... o los dejas solos? No, ni loco los dejas solos...

—No non —lo detuvo con temple Mogli—. Micolá dejar a Cristobola con madre suya.

Nico vio cómo Carla se acercó a Cristóbal, que aún no la había visto, y vio también, con gran desconcierto, cómo ella volvió sobre sus pasos y se alejó presurosa.

—¡Se va! —expresó Nico y corrió tras ella, mientras Mogk quedó atento a Cristóbal.

Cuando la alcanzó, vio que ella lloraba.

—¿Qué haces? —la encaró.

—No puedo, Nico —dijo ella estallando en llanto.

—Nunca te entendí... —dijo él, tratando de transformar su odio en diplomacia— pero ahora menos... Apareces, me haces un juicio, me decís que tu enfermedad te cambió la vida, que lo querés conocer... Él te está esperando... te necesita, y ¿vos huis otra vez?

—No lo puedo enfrentar, Nico... No le puedo responder las preguntas que me va a hacer... Si me pregunta por qué lo abandoné, ¿qué le contesto?

—No sé, yo tampoco tengo idea de por qué lo abandonaste. Pero te juro que no lo vas a volver a abandonar...

—Te digo que no puedo... no puedo.

—¡Tiene siete años y un dolor que no puede soportar! —estalló finalmente Nico—. ¡Está angustiado y sólo quiere conocer a su mamá! Miralo... mira lo que es tu hijo... —la tomó de los hombros y la obligó a mirar a Cristóbal, que seguía meciéndose en la hamaca—. ¿Ves la tristeza que tiene en la cara? ¿Ves ese dolor? Esa tristeza sos vos, ese dolor sos vos... ¡Hace algo bien por una vez en tu vida!

Mogli pasó su brazo por el hombro de Nico, mientras ambos observaron cómo Carla avanzaba trémula hacia Cristóbal. Cuando estaba a pocos metros, él levantó la cara y la vio. Nico nunca había visto una expresión semejante en su rostro, una mezcla de todas las emociones encontradas que estaba sintiendo.

Ellos no oyeron lo que se dijeron. Vieron cómo Cristóbal le comentaba algo; ella, parada a dos metros de él, asintió con la cabeza. Y entonces vieron cómo el pequeño bajó de la hamaca, dio unos pasos y se abrazó, con fuerza, a la cintura de su madre.

—Los grandes tenemos la costumbre de olvidarnos de lo importante, pero los niños no, ellos no olvidan —le había dicho el misterioso hombre que estaba ayudando a Carla con su enfermedad.

Ella tenía esas palabras incrustadas en su mente, sabía que lo que le había hecho a su hijo sería una marca para toda la vida. No se sentía ni siquiera con derecho a **pedir perdón**. Sin embargo, el que inició la conversación fue Cristóbal. Con una voz muy suave y clara, le preguntó:

—¿De verdad sos mi mamá?

Ella, incapaz de emitir sonido, asintió con la cabeza.

—¿Y de verdad no estabas enferma en África? —quiso corroborar.

—Es verdad... nunca estuve en África.

Una expresión nueva de dolor y pánico se dibujó en el rostro de Cristóbal.

—¿Y por qué te fuiste? —preguntó con el inequívoco tono del absurdo.

Pero Carla no tuvo tiempo ni de balbucear, porque Nico que no pudo contenerse, ya se había acercado.

—Tranquilo, hijo, vamos de a poco con las preguntas, sí Todo lo que quieras saber nosotros te lo vamos a... —Pero de pronto Cristóbal se soltó de la mano que le sostenía Carla, y se fue corriendo.

Nico lo buscó en el loft y no estaba. Sólo se le ocurrió un lugar donde podría haberse refugiado. Y así fue. Lo encontró en el altillo, sentado en la cama de Cielo. Nico se acercó, con sutileza, y se sentó junto a él.

—¿Buscabas a Cielo?

Cristóbal apenas asintió, con la mirada perdida.

—Si vos no querés, no hablamos... pero me gustaría —le dijo Nico y lo miró en silencio, rogando encontrar la mejor forma de acercarse a su hijo—. ¿Por qué te fuiste as. papú?

—No sé —dijo Cristóbal, confuso, triste.

—¿Te pusiste triste?

Cristóbal asintió con su cabeza. De a poco, Nico se fue aproximando cada vez más a él, y suavemente estiró su mano para acariciarle el pelo.

—Te entiendo perfectamente, hijo. Te pido perdón, c jamás quise lastimarte.

—Pa... —dijo mirándolo tras mucho tiempo de no hacerlo. y de no llamarlo así—. ¿Mi mamá se fue por mi culpa?

—Escúchame una cosa... —respondió Nico, sujetándolo con firmeza—. Nunca pienses eso... de ninguna manera fue así, ¿está claro?

—¿Y entonces por qué se fue?

—La gente... a veces hace cosas que... no tienen explicación. Pero esa pregunta... se la podes hacer a ella... Está abajo, si vos querés...

—Me parece que hoy no, pa... —dijo Cristóbal fingiendo naturalidad, como si estuviera diciendo que no tenía ganas de comer pastas ese día.

—¿Hoy no? Okay... cuando vos quieras.

—No, mejor hoy no. Tengo mucho sueño... quiero dormir ahora.

—Claro, hijo, como digas... Dormí tranquilo.

Lo alzó, y lo recostó sobre sí. Cristóbal se abrazó a su padre, cerró los ojos e intentó dormirse mientras Nico lo mecía suavemente.

Una hora más tarde, Cielo se sorprendió mucho al verlos a ambos, dormidos, recostados sobre su cama. La imagen la enterneció y quiso eternizarla. Sigilosa, buscó su

cámara de fotos instantáneas, viejita pero bien cuidada. Ensayó el mejor ángulo, y les sacó una foto. El flash despertó a Nico, que sonrió al verla.

—Cielo... perdona que te invadimos el cuarto —susurró él.

—Perdone, usted, que lo desperté... —dijo ella en voz muy baja—. Pero estaban tan lindos que les quise sacar una foto...

Ella ventiló la foto para apurar el revelado, y los miró.

—Le dije que lo iba a perdonar, ¿vio?

—No sé si me perdonó —dijo en voz muy baja Nico—. Pero está muy triste... Hoy conoció a su mamá.

—¿Sí? ¿Y qué pasó?

—De todo le pasó... La vio, lloró, la abrazó, la odió, todo junto, Cielo... Explotó... y lo primero que hizo fue venir a buscarte... Sos muy importante para él.

—Y él para mí... —afirmó ella, acariciando a Cristóbal mientras dormía.

—¿Por qué no te encontré antes? —se lamentó Nico.

—¿Quiere dejarlo durmiendo acá? —se apresuró en cambiar de tema ella.

—¿No te molesta?

—Para nada.

Él le agradeció, se apartó con sigilo de Cristóbal y ella se recostó junto a él, haciéndole un mimo suave. Antes de salir Nico les tomó una foto con la cámara de Cielo.

—Son tan lindos los dos... —murmuró.

Cuando Cristóbal se despertó, Cielo estaba escribiendo la letra de una canción. Él la vio y se puso contento. Luego descubrió, junto a ella, las dos fotos reveladas; en una Cristóbal dormía con su papá y en la otra, junto a ella. Esas imágenes le hicieron olvidar por un rato la angustia por su madre. Ella lo vio despierto y sonrió.

—¿Tenes hambre? ¿Querés que te haga la merienda?

Por supuesto, él aceptó feliz.

Dos días después Nico se estaba probando el traje que usaría al día siguiente, en la ceremonia del civil. Sintió que alguien lo tironeaba, y era Cristóbal.

—Pa... ¿me perdonas que no te hablé en varios días?

—Por supuesto que te perdono... —dijo Nico alzándolo—. Vos me tenes que perdonar a mí, por haberte mentido.

—Yo ya te perdoné, pa... ahora sí quiero hablar con mi mamá.

Entonces Nicolás la llamó, y ella acudió lo más rápido que pudo al loft. Cristóbal la esperaba sentado, y tratan de domar un mechón de pelo rebelde. Nico la hizo pasar luego miró a Cristóbal.

—Bueno... acá llegó. Si vos querés, me voy...

—No, quedate —le respondió Cristóbal.

Se produjo un silencio incómodo. Carla no sabía si darle un beso o no, pero de pronto Cristóbal se puso de pie y le acercó un álbum de fotos.

—¿Y esto? —preguntó ella sorprendida.

—Como vos no me conociste desde que nací... se me ocurrió hacerte un álbum, así me puedes conocer mejor... ¿Lo querés mirar?

—Sí, por supuesto —dijo ella.

Y comenzó a pasar las páginas. Nico se tomó la boca esfuerza, no quería que su hijo lo viera llorar. Por su pai Carla no pudo evitarlo mientras veía todo lo que se hal perdido. Cristóbal bebé; Cristóbal con un único diente, en banadera; haciendo caca en una pélela; tomando una man dera en brazos de Nico; riendo a carcajadas ante Mogli, c le hacía caras. Cristóbal, Nico y Mogli en Indonesia, en Jakarta, en las pirámides de Egipto, en Hong Kong. Durmiendo en una carpa, dormido sobre el pecho de Nico, Cristóbal con cara de fastidio junto a un muñeco mal hecho de Bernie. Mogli intentando peinar a Cristóbal, Nico intentando peinar a Cristóbal, Cristóbal despeinado en su primer día de clases. Riendo con su abuela Berta; sobre los hombros de Nico en un zoológico, dándole de comer a una jirafa o intentando abrir una jaula de loros. Cristóbal sonriendo, junto a

todos los chicos de la Fundación. Y por último, dormido junto a Nico, y dormido junto a una mujer rubia y hermosa.

Carla levantó sus ojos, bañados en lágrimas, y lo miró, incapaz de pronunciar sonido.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó Cristóbal con tacto, como si él debiera ser cuidadoso con ella.

—Yo... —comenzó a hablar Carla, como extraviada—. Era... muy joven... Y vos eras tan hermoso y tan... chiquito... Yo sentí que... cuando te vi, sentí que no te iba a poder cuidar. No me sentí capaz... de ser tu mamá. Sentía que no te iba a poder cuidar bien...

-¿Por?

—No sé...

—¿Y por qué no viniste antes, cuando yo ya no era tan chiquito?

—Después... hice muchas macanas... —confesó con pudor y se acercó a él, llorando—. Ojalá algún día me puedas perdonar...

Cristóbal se acercó y la tomó de una mano. Era el único que no lloraba en la habitación.

—Yo te voy a perdonar algún día, pero vos no te vayas más.

Cielo sentía que iba a explotar. Estaba guardando **dos secretos** tan grandes que no le cabían en el alma.

Desde que los chicos le habían revelado la verdad tenían alguien que los acompañaba en su dolor, que no era poco, pero era insuficiente, pues la amenaza de Bartolomé pesaba tanto sobre ella como sobre los chicos. Ella le aseguró a Rama que no haría nada hasta no tener pruebas.

—Cielo, por favor... un paso en falso y a mí me manda al Escorial y con Alelí hace lo que quiere.

—No te preocupes, Rama, confía en mí. Yo le voy a encontrar la vuelta a este lío.

El otro secreto que no podía revelar era la infidelidad de Malvina, quien se casaría ese mismo día con Nicolás. Cielo comprobó que Malvina no se había sincerado con él cuando ella fue a recordarle que sería su testigo del civil.

—Yo no voy a ser testigo de semejante mentira —dijo Cielo—. Y si usted no habla, voy a hablar yo.

Malvina, por toda respuesta, sacó su teléfono.

—Barti... —dijo al teléfono—. Sky me amenaza con contarle mi aventurita con Jay Jay a Nicky... —y aguardó, asintiendo—. Ahá... ahá... ahá... Great, le digo —y cortó. Luego la miró con una gran sonrisa. —Dice Barti que en boca cerrada no entran *monjas*... y que te acuerdes de que *Ayelencita* va a sufrir mucho si la separan del hermano.

Cielo la miró con odio, no sólo usaba a Alelí para amenazarla, sino que ni siquiera sabía su nombre. Con repulsión soportó estoica el desparpajo de los hermanos Bedoya Agüero. Por los chicos, y sólo por los chicos resistió al asco que le producía todo aquello.

Casi nadie estaba feliz con ese casamiento. No lo estaba

Berta, la mamá de Nico, que había llegado esa mañana a la ciudad. Berta odiaba que le dijeran abuela, y mucho más que le dijeran suegra. Sin embargo, Malvina no dejó de llamarla de esa manera. A Berta le bastó verla para comprender el error de su hijo.

—¿Con esto te vas a casar, Bauer? —dijo sin siquiera preocuparse por bajar la voz delante de Malvina.

—Berta... ahora es mucho más que tarde para decirme nada —concluyó Nicolás, por lo bajo.

Cristóbal le había tomado cariño a Malvina desde que lo sacó del secuestro, sin embargo, a partir de la aparición
- su madre, abrigaba una secreta esperanza: que sus padres vieran a enamorarse. Y si eso no era posible, Cristóbal quería, aunque le daba pena Malvina, que su padre quería mucho más a Cielo que a su futura esposa. Intentó mostrarse contento, pero contento no es feliz. A Thiago le gustaba ver feliz a su tía, era consciente de ilusión que ella tenía con ese casamiento, aunque sabía que el gran amor de Nico era Cielo. Tacho, Rama, Jazmín y Mar odiaron haber sido invitados, era obvio que Malvina quiso tenerlos allí para hacer mero ya que no tenía amigos, pero ninguno quería ver la cara de dolor de Cielo.

Ella, finalmente, había evitado tener que ser testigo. Fue con él que disuadió a Malvina; le parecía un desatino su idea, y Cielo lo agradeció. Pero Malvina se encargó de que él estuviera presente, como mucama, atendiendo a los invitados, y con el uniforme azul marino que hacía juego con vajilla.

Los más chiquitos tenían un inexplicable dolor. Veían en Nico y en Cielo una suerte de padres sustitutos, figuras amorosas y protectoras. Fantaseaban con verlos casados, con ser todos una gran familia.

—Pajaritos de colores —le dijo Lleca a Alelí cuando ella

.- confesó que soñaba con eso.

Lleca, casi enojado con Nico por ese paso, se escabulló en cuanto pudo de la sala, él no iba a presenciar eso.

Estaba todo listo para comenzar. Cielo se sintió casi asqueada cuando vio llegar a James Jones, el dueño del anticuario y amante de Malvina. No podía entender el descaro de ésta al invitarlo, sin embargo había sido idea de Bartolomé, una especie de canje por los objetos decorativos que les había prestado para la boda.

Finalmente llegó la jueza que los casaría, pero Berta, que había ido a cambiarse al hotel, aún no había llegado. No era algo extraño, ya que Berta llegaba siempre tarde a todos lados, cuando acaso llegaba. La jueza dijo que no podía esperar, y Malvina aseguró que le mostrarían el video a su suegra si no llegaba a tiempo.

La jueza comenzó con la ceremonia, durante la cual Nico casi no despegó sus ojos de Cielo. Ella lo miraba dolida, no sólo por el hecho de que su gran amor, finalmente, se estaba casando, sino porque lo hacía engañado. Cuando la jueza formuló la pregunta tantas veces escuchada en tantas películas y telenovelas —«Si alguien se opone a esta unión, hable ahora o calle para siempre»—, Cielo descubrió la sonrisa de Malvina y a James Jones, que sostenía una copa de champagne, y pensó que sería un buen momento para decir...

—¡No se pueden casar! —y lo dijo sin tener la intención de hacerlo.

Todos voltearon a observar a Cielo. Mar y Jazmín se miraron con una tibia sonrisa, no podían creer que ella de verdad se hubiera atrevido. Bartolomé, que tenía un frac negro que hacía juego con el vestido de Justina, la miró con ojos de fuego. A Malvina le empezó a titilar el ojo derecho, como le pasaba cada vez que se ponía nerviosa. Y Nico miró a Cielo con expectación, una parte suya rogaba que Cielo tuviera la valentía que él no había tenido.

—¿Qué pasa, Sky? —preguntó Bartolomé, acercándose a Alelí, que estaba unos metros más allá.

Cielo permaneció muda.

Lleca, casi enojado con Nico por ese paso, se escabulló en cuanto pudo de la sala, él no iba a presenciar eso.

Estaba todo listo para comenzar. Cielo se sintió casi asqueada cuando vio llegar a James Jones, el dueño del anticuario y amante de Malvina. No podía entender el descaro de ésta al invitarlo, sin embargo había sido idea de Bartolomé, una especie de canje por los objetos decorativos que les había prestado para la boda.

Finalmente llegó la jueza que los casaría, pero Berta, que había ido a cambiarse al hotel, aún no había llegado. No era algo extraño, ya que Berta llegaba siempre tarde a todos lados, cuando acaso llegaba. La jueza dijo que no podía esperar, y Malvina aseguró que le mostrarían el video a su suegra si no llegaba a tiempo.

La jueza comenzó con la ceremonia, durante la cual Nico casi no despegó sus ojos de Cielo. Ella lo miraba dolida, no sólo por el hecho de que su gran amor, finalmente, se estaba casando, sino porque lo hacía engañado. Cuando la jueza formuló la pregunta tantas veces escuchada en tantas películas y telenovelas —«Si alguien se opone a esta unión, hable ahora o calle para siempre»—, Cielo descubrió la sonrisa de Malvina y a James Jones, que sostenía una copa de champagne, y pensó que sería un buen momento para decir...

—¡No se pueden casar! —y lo dijo sin tener la intención de hacerlo.

Todos voltearon a observar a Cielo. Mar y Jazmín se miraron con una tibia sonrisa, no podían creer que ella de verdad se hubiera atrevido. Bartolomé, que tenía un frac negro que hacía juego con el vestido de Justina, la miró con ojos de fuego. A Malvina le empezó a titilar el ojo derecho, como le pasaba cada vez que se ponía nerviosa. Y Nico miró a Cielo con expectación, una parte suya rogaba que Cielo tuviera la valentía que él no había tenido.

—¿Qué pasa, Sky? —preguntó Bartolomé, acercándose a Alelí, que estaba unos metros más allá.

Cielo permaneció muda.

—¿Qué pasa, Cielo? —insistió Meo—. ¿Por qué decís que no nos podemos casar?

Ella miró a Malvina, miró a James Jones y, finalmente, miró a Bartolomé, quien sutilmente pasaba un dedo por el cuello de Alelí, como un recordatorio de la amenaza.

—Digo... que no se pueden casar si falta su madre... Me parece una falta de respeto.

—Berta es así... —dijo Nico, algo pinchado.

—¡Todo aclarado! —exclamó Malvina—. ¿Seguimos entonces?

Cielo intentó irse... No quería escuchar y mucho menos sentir. Su cuerpo quedó allí físicamente, apoyado sobre sus pies en ese piso de mármol frío. Pero sus pensamientos estaban puestos en un futuro feliz, en la esperanza de que algún día todo pudiera ser mejor. Pensaba en una felicidad a colores, mientras oía, como a lo lejos, las palabras de la jueza, y la voz de Nico y de Malvina diciendo «sí, acepto».

Cuando Cielo volaba, cuando se iba de viaje con sus ojos, no era una simple evasión; sino que se me trasladaba hacia ese lugar donde sus sueños eran custodiados. No lo sabía, pero a su alrededor había centinelas invisibles, testigos de su destino.

Un testigo es mucho más que alguien que está presente, que ve y oye. Es alguien que da fe, que corrobora un relato. Para un testigo, subjetividad y objetividad son la misma cosa.

Aunque Cielo lo ignorara, había otros espectadores de lo que allí se estaba viviendo. Estaban rodeados, protegidos, custodiados por testigos silenciosos. Testigos que, por sobre todas las cosas, daban fe y sostenían la esperanza.

Capítulo 011

Aparentes fracasos

Mientras Nico daba el sí, Lleca se preguntaba, sin entender que lo que sentía era angustia, por qué estaría tan enojado. Estaba sentado en el piso del pasillo, **junto a una pequeña rejilla de ventilación**. Cuando oyó tibios aplausos desde la sala y la música que comenzó a sonar, comprendió que ya se habían casado, y exclamó con enojo:

—¡Este boncha es un logi!

En ese momento varios metros por debajo de él, en el sótano en el que vivía, Luz estaba junto a una rejilla similar, que había descubierto unos días antes, tapada con un trozo de madera que se había desprendido por la humedad. El gran hallazgo no fue exactamente eso, sino que algunas veces, a través de ella, podía oír voces lejanas. Desde su descubrimiento pasaba cada hora del día pegada a esa rejilla, intentando escuchar algo.

Pero esta vez la voz había sido muy clara. Alguien había dicho «Este boncha es un logi». Al principio pensó que se trataba del idioma que hablaban los enemigos, pero luego escuchó con claridad: «Yo nunca me voy a casar».

Era una voz disfónica, aunque no parecía la voz de alguien grande o malo. Con tanto miedo como curiosidad, se acercó un poco más a la rejilla, y dijo:

—¿Quién sos?

Lleca se llevó un gran susto cuando escuchó, junto a él, una voz de mujer. Miró en todas las direcciones, y cuando oyó que alguien decía «hola, ¿estás ahí?», comprobó que la voz provenía de la rejilla. Aterrado, se aproximó a esta.

—Hola... —dijo con aprehensión.

—Hola... —respondió Luz—. ¿Quién sos?

—Lleca —afirmó él, pegado a la rejilla y, a su vez, alerta y preparado para salir corriendo si fuera necesario.

—¿El general Lleca? —quiso saber Luz, aunque estaba aterrada.

Aquella vez, cuando al salir de su sótano vio a la chica rubia que se desmayó, antes de eso, había escuchado voces y una había dicho «Lleca». Cuando Luz le preguntó a Justina qué significaba eso, ella le contó que el general Lleca era el más sanguinario de los militares enemigos y que debía cuidarse de él; nunca, jamás, bajo ninguna condición, debía salir de su sótano. Por eso, cuando Luz volvió a escuchar ese nombre, se aterró.

—¡No! ¿Qué general Lleca? —respondió él—. Soy Lleca, punto.

—¿Pero sos militar?

—No... soy un chico yo.

—¿Un chico? ¿Cuántos años tenes?

—Cumplí doce —dijo Lleca orgulloso—. ¿Vos quién sos?

—¿También estás escondido por la guerra? —preguntó Luz, sin animarse a rebelar su nombre.

—¿Qué guerra? —dijo Lleca muy extrañado.

—La guerra que hay arriba... ¿Estás escondido también?

—¿Vos estás escondida?

—Sí —dijo ella temiendo estar cometiendo un error.

—Acá no hay ninguna guerra, eh... ¿Estás medio chapita, vos?

—¿Chapita? ¿Qué es chapita?

—Que te patina... que te faltan un par de caramelos en el frasco...

Luz permaneció en silencio, sin entender nada de lo que estaba escuchando.

—¿Dónde estás vos? —preguntó Lleca ante el mutismo.

—Escondida, ya te dije. Por la guerra.

—Escúchame una cosa, chapita... —se impacientó él—. Te digo que no hay ninguna guerra.

Luz se alejó de la rejilla. Un súbito dolor de panza la obügó a recostarse. Estaba tan conmocionada que ni siquiera pudo golpear las cañerías para llamar a su **madre**.

Bartolomé estaba exultante. La bólide, finalmente, y contra todo pronóstico, se había casado. No habría ceremonia religiosa por ahora, porque su flamante cuñado tenía un asunto, un juicio de paternidad; ese detalle le importaba muy poco, pues para que se destrabara la porción de herencia de la bólide alcanzaba con el casamiento por civil.

Justina le advertía que había una extraña calma entre los purretes y la camuca arribista. A partir de que Cielo se había enterado del secreto, ambos esperaban que ésta hubiera comenzado a enfrentarlos; sin embargo, más allá de mirarlos con mala cara, Cielo no había vuelto a mencionar el tema. Barto ignoró las preocupaciones de su leal ama de llaves.

—No me molestes con pavadas, Justin... Se destraba la herencia, ¡la herencia, che!

Pero Justina no se equivocaba al preocuparse. Cielo y los chicos habían ideado un plan para desenmascarar a Bartolomé.

—La única forma de pararlo es con la justicia. Hay que encontrar un juez honesto y llevarle **pruebas**.

—Va a ser más fácil conseguir pruebas que encontrar un juez honesto —dijo Tacho con ironía.

—Hay que tener fe —les pidió Cielo—. Pero empecemos por las pruebas.

Como no podía conversarlo con nadie, lo habló con Alex, sabiendo que su amigo olvidaría todo al día siguiente. Él raedó impactado cuando ella se lo contó, y quiso ir a ajusticiar con sus propias manos a ese explotador; pero ella le pidió que sólo la ayudara a idear un plan. A Alex se le ocurrió que podrían poner cámaras y tratar de grabar a Barto-

lomé explotándolos y amenazándolos. A Cielo le pareció una buena idea, aunque riesgosa, pero para salir del drama que vivían a diario deberían correr riesgos. Por supuesto, a las pocas horas, Alex olvidó lo conversado, aunque a partir de ese día, cada vez que visitaba a Cielo y se cruzaba con él, sin excepción, le caía mal.

A pesar de las dudas, todos estuvieron de acuerdo con la idea de obtener pruebas. Lleca fue el encargado de conseguir con sus contactos las camaritas y una consola de grabación. Mar y Tacho iban a colocar las cámaras en lugares estratégicos: en el patio cubierto, en sus habitaciones, en la cocina. El lugar más peligroso fue el escritorio. Mientras Rama y Jazmín hacían de campana, Mar y Tacho se apresuraron a ponerla entre los libros y esconder luego el cableado.

Thiago se extrañó cuando descubrió a Cielo y Rama en el altillo, con una consola y muchos cables, pero les creyó cuando le dijeron que era para grabar los demos de la banda.

Todo estaba preparado, ahora sólo restaba esperar que Bartolomé y Justina se incriminaran frente a una cámara oculta. Pero paradójicamente Bartolomé estaba tan feliz con el casamiento de la bólide que los trataba mejor que nunca. Hasta estaba más generoso y les daba postre. Ni siquiera habían sido enviados a robar en esos días. Agrandado poi el deseo de la herencia próxima, y gastando a cuenta, le había dicho a Justina que aflojara con el temita.

Como nada pasaba, Tacho propuso provocarlos un poce para que saltaran, Cielo opinó que no habría mejor provocación que los ensayos de la banda. Y así lo hicieron.

Desde que Cielo se enteró de la verdad, estaba más pendiente que nunca de los chicos, tratando de que no volviera a pasársele nada que tuviera que ver con ellos, y así pude notar algunas tensiones.

No ignoraba que Mar y Thiago tenían un romance secreto, ni que Rama sufría por eso, pero se sorprendió mucho a ver que las cosas habían cambiado bastante. Ahora Rama estaba muy contento con una chica que había conocido en la escuela nocturna, a la que asistía en secreto.

—Brenda se llama la perna —había dicho Mar, con un rictus en la cara que denotaba que no le caía muy bien.

—¿Pero estás con ella? —le preguntó Cielo.

—Estamos bien... —dijo Rama radiante—. Me encanta, es muy divertida. Aunque oficialmente y para Barto, sigo siendo el novio de Mar... —dijo mirándola con reproche.

—Así que es divertida Brenda... —quiso seguir hablando Cielo.

—Sí, es re divertida... Ni te imaginas lo divertida que es, pfff, te morís de la risa... —dijo Mar y todos la miraron.

—¿Vos la conociste? —indagó Cielo.

—Sí, todos la conocieron —aclaró Rama—. Vino un día...

—Y es re linda Brenda —agregó Jazmín.

—Pfff... lindísima... —exageró Mar—. Y no sabes el apellido que tiene... te morís con el apellido.

—Se llama Brenda Azúcar —dijo Rama, sonriendo.

—¿Azúcar? —repitió Cielo.

—Sí, azúcar, lo que se le pone al café, perna... —explicó Mar, riéndose y buscando complicidad en los demás.

Cielo la miró extrañada, y Jazmín la codeó. Era muy evidente para todos que Mar estaba celosa, incluso para Thiago, que no se avergonzó de expresarlo.

—¿Qué pasa, Mar, te pone celosa que Rama tenga novia?

—¿Qué? Ammm... ¿Celosa? ¿Yo? ¡Ja! Cualquiera... no.

Pero todos, incluso Rama, sabían que lo estaba. Entonces él aprovechó para seguir dándole celos, y siguió hablando de Brenda.

—El padre es comisario... —contó Rama.

—El comisario Azúcar... —se rio Mar, y se puso serio ante la mirada harta de Thiago.

Pero ése no era el único frente problemático. Cielo también había advertido cierto encono entre Tacho y Jazmín. Estaban todos habituados a la relación pasional que ellos tenían, que pasaran del amor al odio y del odio al amor varias veces por día, todos los días. Sin embargo, hacía varios días que Tacho se veía enojado y distante con Jazmín.

—¿Pasó algo con Tacho? —le preguntó Cielo una tarde mientras preparaban jugo para llevar al ensayo.

—Está re enojado —dijo Jazmín.

—Eso lo veo. pero ¿por qué?

—Me mandé un moco...

—¿Qué hiciste?

—¿Viste Nacho? —comenzó Jazmín, y Cielo asintió, imaginando por dónde vendría el asunto—. Bueno, me hizo un regalo re lindo: una cartera y unos zapatos de cuero divinos...

—¿Y vos le aceptaste el regalo? —dijo Cielo adivinando el resto del relato.

—¿Y por qué no Jo iba a aceptar?

—¡Ese chico te quiere hincar el diente desde que te vio, Jaz!

—Ya sé, pero re cambió... Te juro, conocí un Nacho re diferente... Está pintando cuadros, ¿sabes? Y me dijo que me quería pintar a mí... Y yo le dije que sí.

—Ah, aceptas el regalo y que te pinte... Y me imagino que no le contaste nada a tu novio...

—Y no, ¡imagínate cómo se iba a poner Tacho...! Empecé a ir a la casa de Nacho, a posar para que me pintara... Me paga, eh... Y él es tan divino, te atiende como una reina, te llena de regalos...

Cielo resopló, impaciente ante la inocencia de Jazmín.

—Y bueno... —sintetizó Jazmín—. Tacho se empezó a dar cuenta de que yo andaba en algo, descubrió los regalos, descubrió que estaba yendo a posar a la casa de Nacho... En fin, imagínate cómo se puso... No hubo manera de convencerlo de que no había pasado nada.

—Y claro... se enojó sin motivo, ¿no? —dijo Cielo con ironía.

—No me habla, Cielo. No sé qué hacer para que me perdone.

—¿Pero tuviste algo con Nacho?

—No, ¡nada!

—Bueno, Jaz, insistí hasta que te escuche... Vas a tener que ponerte creativa...

Pero más allá de alguna que otra tensión amorosa, las cosas estaban bien entre los chicos. Es verdad que un poco la preocupaba Lleca, que había manifestado escuchar voces y tener charlas con una amiguita imaginaria, pero supuso que sería algo propio de la edad.

Pasaron algunos días de bienestar, y empezaban a impacientarse porque ni rastros había de maltratos ni amenazas por parte de Bartolomé o Justina. Hasta que un día, al fin, la prueba que estaban buscando llegó, y con una contundencia y crueldad que superó ampliamente lo esperado.

—¡Qué peludo te agarraste, Tini! —dijo Bartolomé mientras descartaba una botella de champagne vacía.

Habían estado bebiendo toda la noche en el escritorio recordando ías penurias que habían tenido que sufrir todos esos años, emocionándose a escasos minutos de recibir, por fin, la tan ansiada herencia. Ella estaba recostada sobre el escritorio; desacostumbrada a beber tanto, apenas si podía mantenerse en pie.

—Está bien, che, empina el codo tranquila, motivos de sobra tenemos para festejar... —dijo Bartolomé y miró el reloj—. En escasos sesenta minutos, ¡nos traen el cheque, Justin!

Y brindaron por enésima vez. Justina se emocionó y bebió, apenas podía hablar entre la congoja y el alcohol.

—Señor, tantos años de yugarrrrla, de trabajos inciertos, de sacrificios... Y ahora se empiezan a ver los frutos.

—Ya lo decía Tatita, che... **Cosecharás tu siembra**

—Cosechemos, señorrr, cosechemos. A propósito... —dijo Justina con claras dificultades para pronunciar las erres—. ¿Pensó ya qué vamos a hacer con los purretes ahora que somos ricos?

—No sé, che, ya veremos... ¡Ahora sólo quiero pensar en England, La France... L'Italia!

Y se puso a bailar tarantela. Justina intentó seguirle el ritmo con una mano.

—Vos... ¿pensaste qué vas a hacer con tu parte? ¿A dónde te gustaría ir?

—Me encantaría conocer el Marr Muerrrto, señor. Y muero por conocer las Catacumbas de Rroma.

Una hora más tarde, cuando llegó el escribano Lacroix, ambos trataron de mantener la compostura.

—Pase, Lacroix, pase... —dijo Bartolomé y también le costó bastante pronunciar la erre afrancesada—. Espere aquí, que ya llamo a la feliz heredera...

—No hace falta, Bedoya. Ya hablé con la señorita Bedoya Agüero...

—¡De Bauer, che! —completó Bartolomé.

—Sí, con ella... y ya firmó todos los documentos —concluyó el escribano, tomó asiento y abrió un maletín.

Justina y Bartolomé se tomaron de la mano y se emocionaron anticipándose al cheque que imaginaron sacaría de allí. Sin embargo, el escribano Lacroix sacó un folleto y se lo extendió. En una parte podía leerse «Hogar de Día La Fraternidad», y varias fotos que mostraban varios chiquitos comiendo en un comedor comunitario, y jugando con una maestra jardinera. Bartolomé miró el folleto extrañado.

—Lindas las fotitos, che... pero, ¿qué es esto?

—Eso es un folleto de la institución a donde fue destinada la donación.

—¿Donación? ¿Qué donación?

—¿Cómo qué donación? La que hizo su hermana...

—¿Mi hermana? ¿Donación? ¿De qué habla, hombre? —se impacientó Bartolomé.

—Su hermana donó la totalidad de su herencia a esta institución... ¿Usted no estaba al tanto, Bedoya?

—¡Agüero! —completó Bartolomé con su cara color bordó.

Malvina estaba ayudando, o más bien entorpeciendo, a Nico, que subía las escaleras con una pesada caja. Iba a mudarse a la mansión, donde vivirían provisoriamente hasta que les entregaran la casa que había alquilado con Malvina. Apareció Bartolomé, totalmente enajenado, y la interceptó, conteniendo la violencia ante la presencia de Nico.

—Ah, tórtolos... El casado casa quiere, ¿no? —dijo con una sonrisa muy edulcorada—. Malvina, ¿podes venir un segundito?

—Ay Barti, estamos re busy con la mudanza ahora ¿Puede ser más tarde?

—No, no, más tarde no... Vení, bolidita, es un segundií

—No lo puedo dejar solo con la caja, Barti.

—Anda tranquila, Malvina, me ayudas más sin ayudan —dijo Nico, dándole un besito.

Malvina no había terminado de captar la ironía de Nú que ya Bartolomé la había tomado de un brazo.

—Dos minutitos conmigo, bólida, y toda la eternidad pa tu marido. Vení... —y la condujo al escritorio, donde los esp raba Justina. El escribano ya se había retirado.

Apenas cerró la puerta, Bartolomé estalló, con las ven de la frente inflamadas.

—¡No existe el insulto para calificarte, pedazo de za guanga!

Malvina se quedó petrificada.

—¿Por qué me hablas así, Barti?

—¡Por esto! —dijo estampándole el folleto del hogar día en la nariz—. ¡Años esperando la herencia, para que ve gas a donarla al hogar de día La Fraternidad! ¡Cachivac mental, neurona solitaria y tontita!

—Te estás pasando, Bartolomé... —respondió ella c toda la dignidad de una señora casada—. Te llega a esc char mi marido que me hablas así, y...

—Tu marido, pedazo de cosa idiota, ¡no existe! Es u ilusión, lo engañamos de todas las formas posibles, ¡has le secuestramos al hijo!

—¡Y yo lo rescaté!

—¡Para engancharlo, pedazo de mamerta! —gritó ati nador Bartolomé—. ¡Para engancharlo, casarlo, y cobn ¡Todo por la herencia!

—Vos lo habrás hecho por la herencia, yo lo hice p amor...

—Me das asco y lástima, estúpida. ¿Renunciar a la here cia? ¿Y sin decírmelo?

—Se me pasó... Estuve con miles de cosas, ¿sabes lo q es casarte?

—Anda a hablar con ese escribano, renuncias a la renuncia, y me traes la herencia ¡ya!

—¡Me estoy mudando, Barti!

Bartolomé estalló. Como tantas veces había hecho con los chicos de la Fundación, agarró a Malvina por el cuello y la golpeó contra la puerta, con desmedida violencia.

—Barti... soy yo, la bólide... —dijo ella azorada—. ¿Me vas a pegar?

Él pareció reaccionar, y se angustió.

—No, bolidita, no... ¿Pero qué me hiciste, che? ¿Qué locura te agarró?

—No quería casarme con esa culpa, Barti... —dijo ella, ensombrecida, pero satisfecha consigo misma—. Hice un montón de cosas horribles, vos mismo lo dijiste. ¡Hicimos un falso secuestro, Barti! Es horrible... Sentía que si aceptaba esa herencia, mi matrimonio iba a empezar sucio, ¿me entendés? Necesitaba reparar de alguna manera, no sé, ser menos mala, como cuando te confesas y el cura te perdona, ¿you know? Lo hice por amor...

—Se entiende, señorita, se entiende —intervino Justina, identificada con Malvina porque el móvil de la traición a Bartolomé había sido el amor.

—¿Se entiende qué, zanguanga? —volvió a estallar Bartolomé, ahora con Justina—. ¡Anda y trame esa herencia!

—No lo voy a hacer, Bartolomé —concluyó Malvina, con lágrimas en los ojos, y salió del escritorio.

Tacho, Rama y Cielo habían sido testigos de toda la discusión desde e] *altillo, a través de la camarita de seguridad* que habían instalado. Estaban muy impactados, y muchas de las cosas que allí se habían revelado servirían para incriminar o presionar a Bartolomé. Pero nada se había dicho sobre sus actividades delictivas.

—Hay que ir ahora y provocarlo... —dijo Tacho—. Está furioso; si lo pinchamos un poco, se va a poner loco con nosotros y lo tenemos.

—No, chicos, me da miedo.

—Tenemos que ir ya —acordó Rama—. Vos ocupate de que se grabe todo.

Cielo no los pudo frenar, y permaneció encerrada en el altillo, mirando con angustia el monitor. Lo que acababa de oír por boca de Malvina era algo realmente siniestro.

A través del monitor, Cielo vio a Justina, que estaba mirando cómo Bartolomé daba vueltas y vueltas en el escritorio, como una bestia enjaulada, sin hablar. Tina quiso decirle algo, él la hizo callar con un gesto. Y entonces Cielo vio y oyó cuando Tacho y Rama se asomaron al escritorio.

—Don Barto... —dijo Tacho fingiendo sorpresa—. Escuchamos los gritos... ¿Se peleó con Malvina?

—Fuera, roñosos —dijo Justina con voz rasposa.

—¿Es verdad que ella renunció a la herencia? —lo provocó Rama.

—Fuera —advirtió Bartolomé.

—Hay que ser tarada, ¿no? —dijo Tacho.

—¡Dije fuera! —estalló, finalmente, Bartolomé.

Y agarró a Tacho por los pelos, y empezó a arrastrarlo hacia la sala. Tacho lo dejó hacer, mientras Rama fingía querer frenarlo.

Unos segundos después, cambiando de cámara en el monitor, Cielo vio cómo entraban todos en el patio cubierto, donde estaban el resto de los chicos. Bartolomé tenía las venas inflamadas en las sienes, y parecía tener sus rulos electrificados. Quedaba bien claro que iba a descargar toda su furia sobre ellos.

—¡Ustedes, todos, a trabajar ya mismo! —gritó arrojando a Tacho al piso.

—Ahora no podemos... —dijo Jazmín, continuando con el plan de provocarlo.

—¡A trabajar, dijo el señórrr! —taconeó Justina.

—No podemos —dijo Jazmín.

—Tenemos que ensayar con la banda —la remedó Mar.

—¡A la calle, a robar, a traer billeteras! —gritó enajenado Bartolomé.

—No, chicos, me da miedo.

—Tenemos que ir ya —acordó Rama—. Vos ocupate d que se grabe todo.

Cielo no los pudo frenar, y permaneció encerrada en « altillo, mirando con angustia el monitor. Lo que acababa d oír por boca de Malvina era algo realmente siniestro. I

A través del monitor, Cielo vio a Justina, que estaty mirando cómo Bartolomé daba vueltas y vueltas en el escri torio, como una bestia enjaulada, sin hablar. Tina quia decirle algo, él la hizo callar con un gesto. Y entonces Ciel vio y oyó cuando Tacho y Rama se asomaron al escritorio

—Don Barto... —dijo Tacho fingiendo sorpresa—. Esca chamos los gritos... ¿Se peleó con Malvina? i

—Fuera, roñosos —dijo Justina con voz rasposa.

—¿Es verdad que ella renunció a la herencia? —lo pr vocó Rama.

—Fuera —advirtió Bartolomé.

—Hay que ser tarada, ¿no? —dijo Tacho.

—¡Dije fuera! —estalló, finalmente, Bartolomé.

Y agarró a Tacho por los pelos, y empezó a arrastrar.? hacia la sala. Tacho lo dejó hacer, mientras Rama fingía qurrer frenarlo.

Unos segundos después, cambiando de cámara en e monitor, Cielo vio cómo entraban todos en el patio cubier donde estaban el resto de los chicos. Bartolomé tenía las venas inflamadas en las sienes, y parecía tener sus rulos electrificados. Quedaba bien claro que iba a descargar toda su furia sobre ellos.

—¡Ustedes, todos, a trabajar ya mismo! —gritó arrojando a Tacho al piso.

—Ahora no podemos... —dijo Jazmín, continuando con el plan de provocarlo.

—¡A trabajar, dijo el señorrr! —taconeó Justina.

—No podemos —dijo Jazmín.

—Tenemos que ensayar con la banda —la remedó Mar.

—¡A la calle, a robar, a traer billeteras! —gritó enajenarl Bartolomé.

—Si están calientes porque Barto se quedó sin la herencia, no se la agarren con nosotros — dijo Rama.

Y fue la provocación que faltaba. Bartolomé comenzó a tirar cosas, a zamarrearlos, a gritarles en la cara que eran sus esclavos; que eran desperdicio, pequeños **trozos** de basura que dependían de él; que iban a trabajar y robar de por vida para él, como habían hecho desde que llegaron a ese lugar; que iban a robar un banco si hacía falta para compensar la herencia perdida.

Cielo tuvo que contenerse para no salir a frenarlo ella misma, pero vio que Tacho y Rama protegían con su cuerpo a las chicas y a los chiquitos, que lloraban. Finalmente Bartolomé dejó de gritar, y se retiró. Parecía exhausto. Justina les reiteró que salieran a trabajar y volvieran rrrrepletos de billeteras, y salió tras Bartolomé.

Tacho tomó el celular de Mar y llamó a Cielo.

—Decime por favor que se grabó todo —dijo Tacho aún agitado por la violencia de la escena.

—Se grabó todo perfecto —dijo Cielo, aún con lágrimas en los ojos—. Los tenemos. Van a empezar a cosechar lo que sembraron.

Nico y Mogli estaban terminando de instalar a Cristóbal en una habitación vacía de la mansión. Cuando Cristóbal preguntó dónde dormiría Mogli, notó que su padre se miró con éste y se puso triste.

—¿Qué pasa ahora? —se anticipó Cristóbal.

—Nada, Cristóbal... nada—dijo Nico, advirtiendo con su mirada a Mogli.

—Non nono, nata, Micola. Osté saber.

—¿Qué sabe papá?

—**Mogli deber partir** —comunicó Mogli con gran pesar a Cristóbal.

—¿Por qué?

—¿Otra vez con lo mismo, hermano? —protestó Nico, dejando en claro que ya habían tenido esa conversación—. Mogli, vos dormís acá con Cristóbal...

—Non, Micola. Esta vez, Mogli partir —dijo, sereno. ,

—¿Por qué, Mogli? —preguntó Cristóbal apesadumbrado

—Tiempo de aventuras terminar. Ahúra Micola y Crist • bola tener familia. Mogli debe buscar él su propio camii Mogli ser hombre sin tierra, sin raíces.

—Pero, Mogli... Nosotros somos tus raíces... nosotros tresiempre nosotros tres, ¿te acordás?
—dijo Nico, ya angustiar

—¡Non, Micola! —lo reprendió Mogli—. Nosotros ser gu rrreros. Cristobola, pequeño guerrero también. Guerreros i , non llorar.

—Pero no te vayas muy lejos, Mogli —suplicó Cristóbj

—Tristobola, pequeño amigo del mi corazón... osté *sabm* que Mogli lo quiere con el alma a osté —dijo y lo acaric con gran ternura—. Cristobola, Tristobola, Cristobolón... **osla** enseñar horizonte a Mogli. Enseñar a hablar espagnol, **a ífl** al bathroom. Tristobola va a estar siempre acá y acá —di»

señalándose la cabeza y el corazón—. Ostedes guarden a Mogli acá, y acá —dijo señalando el corazón y la cabeza de padre e hijo—. No extrañar... Se extraña lo que non volver... y nosotros, siempre vamos a volver.

—Te quiero mucho, Mogli —dijo Cristóbal llorando.

Mogli apoyó su mano sobre la cabeza de Cristóbal, y lo bendijo en su dialecto.

—Obolongo, muñir, carruna, caprazón.

Con mucha dignidad, los tres se secaron las lágrimas. Se miraron y, de pronto, estallaron, los tres a la vez, con el ritual con el que festejaron cada descubrimiento que hicieron durante años.

—¡Uá oló, ua oló, ua, ua, ua! —gritaron sacudiendo sus manos y palmeándose mutuamente.

Luego Mogli se cargó su morral al hombro, y se alejó por el pasillo. Antes de desaparecer, se volvió a mirarlos y sonrió.

—Tristobolongo... cuidar mucho a hermanito, ¿sí?

Y se alejó. Nico y Cristóbal se miraron, muy tristes. Hasta que Nico se preguntó en voz alta:

—¿Qué hermanito?

Aún tristes por la partida de Mogli, Nico y Cristóbal fueron a buscar las últimas cosas que habían quedado en el loft, y al bajar se toparon con Alex, que los saludó muy amablemente y se presentó.

—Yo soy Alex... ¿nos conocemos?

—Sí, nos conocemos y te estaba esperando, Alex —dijo Nico.

—Vengo de parte de Cielo... —dijo Alex, leyendo un papelito verde—. Ella me dijo que acá se alquilaba un loft.

—¡Vení! —se impacientó Nico y lo hizo entrar en el loft.

Nico al menos encontró que, mientras le mostraba el loft a Alex, hacerle todo tipo de advertencias solapadas y asegurarse de que Alex anotara en sus papelitos los malos consejos amorosos que le dio para abordar a Cielo era una buena manera de olvidarse de la tristeza por la partida de su gran amigo, de su hermano Mogli.

Lleca había desistido de seguir hablando de la voz de esa nena que oía junto a la rejilla, puesto que nadie lo tomaba en serio. Se burlaban de él, o en todo caso se preocupaba a pensar que estaba delirando.

Sin embargo, las voces estaban allí. Al día siguiente la primera comunicación, volvió a la rejilla y llamó. Al cr de unos minutos, la misma voz de nena le respondió. Ins. tía en que ella estaba escondida por la guerra. Lleca se preguntó si no se trataría de algún fantasma, atrapado entre la vida y la muerte. No sería raro, puesto que en el jardín había un cementerio y a él le daban escalofríos esas lápidas, y muchas veces, cuando jugaban al fútbol y la pelota iba a parar cerca de ellas, le daba pavor acercarse.

Pero la voz afirmaba que no era ningún fantasma, qu era una nena de diez años, y que sobrevivía allí, escondic No hubo manera de convencerla de que no existía tal guerra.

—Te quiero conocer, **chapita** —le dijo Lleca un día.

Hubo un largo silencio.

—¿Vos sos bueno?

—Más bueno que el pan soy yo, Chapi —respondió Lleca.

Ella no se animaba a concretar un encuentro, sin embargo no pudo mentirle cuando él dedujo que, por lo que ella decía, debía de estar en el sótano. Lleca recordaba bien aquel día en que habían entrado por esos pasillos oscuros y habían terminado en esa extraña habitación secreta. Al día siguiente de aquel episodio, la puerta por la que habían entrado, en el hogar a leñas, había sido clausurada. Pero Lleca sabía por Cristóbal que se podía acceder al sótano a través de una puerta trampa entre las lápidas del cementerio.

Salió al jardín, se acercó a las lápidas, divisó la puerta

más relajado. Seguían temiéndose, pero esta vez ella le dijo su nombre.

—Luz... —repitió él, fascinado con su delicada belleza y sus formas refinadas de hablar y moverse.

Al quinto encuentro, ella finalmente le contó que vivía con su madre, que era una enfermera que asistía a los heridos de guerra; él ya ni se molestó en aclararle que no existía la guerra. Pero esa tarde, al despedirse, Lleca decidió permanecer allí y comprobar si Chapi estaba definitivamente loca o había algo de cierto en su historia. Estuvo oculto en la oscuridad del pasillo varios minutos.

Jamás se hubiera imaginado lo que vio. Desde el otro extremo del pasillo había aparecido una sombra oscura. Cuando se aproximó, pudo reconocer que se trataba de Justina, que traía una bandeja con comida. Vio cómo abrió la puerta pared e ingresó al lugar donde varias veces había visto entrar a Luz. Mientras cerraba la puerta, Lleca oyó que Tina, con una dulzura que jamás le había conocido decía:

—¡Hola, chiquita!

—¡Mami! —oyó exclamar a Luz antes de que la puerta volviera a ser pared.

Al día siguiente Lleca no podía dejar de mirar a Justina mientras servía el desayuno. Ella le clavó sus ojos de lechuza:

—¿Qué me miras, vos?

—Nada, nada... —respondió él, sin poder unir en su cabeza esta Justina con la que había visto en el sótano.

Se dedicó a vigilarla, y observó cómo en varios momentos del día entraba en su cuarto y no volvía a salir por varios minutos. A la hora de la merienda vio que se dirigía a su habitación con una bandeja con comida; y dedujo que estaría bajando al sótano desde allí donde, sin dudas, habría otra puerta secreta. Corrió hacia el cementerio, descendió por la escalenta, y recorrió de memoria los pasillos, corriendo. Esperó escondido hasta verla salir del lugar donde vivía Luz. Esperó a que se alejara y luego llamó a la niña. Ella se asomó, sorprendida.

—No te esperaba hoy, Lleca —dijo ella, feliz de ver a su amigo secreto.

—¿Vos sos hija de Justina? —disparó Lleca.

—¿Conoces a mi mamá? —se estremeció ella.

—Claro que la conozco...

—¿De dónde?

—Vivo arriba, con ella.

—¿Cómo arriba? Si la guerra...

—¡No hay guerra, chabona! —se impacientó él—. Yo vivo arriba, tu javie vive arriba, con un montón de chicos. Hay bardos, peleas, ¡pero guerra no hay!

—¡Mentira!

—Uh, ¡vos estás re chapita, loca!

—Sos un mentiroso, ¡me queros engañar! —dijo ella y corrió a encerrarse en su sótano.

Por la noche, cuando Justina bajó a darle de cenar y le contó cómo habían recrudecido los combates ese día, Luz se preguntó por primera vez en su vida si su madre le diría toda la verdad.

Los días que siguieron a la renuncia de la herencia por parte de Malvina fueron los peores de toda la vida de Bartolomé Bedoya Agüero. La pérdida de la herencia era una herida mortal de la que difícilmente se recuperaría. Y como si fuera poco, con el apuro por casar a su hermana, había aceptado que la flamante familia se mudara un tiempo a la mansión hasta que les entregaran la casa que habían alquilado. Ahora no tenía ni herencia ni intimidad. Ni hermana, puesto que no había vuelto a dirigirle la palabra luego de su **alta traición**.

Pensó que su suerte empeoraría cuando Justina hizo pasar a su escritorio a un hombre muy alto y corpulento, muy serio y de impecable traje gris. Bartolomé lo conocía muy bien.

—Azúcar... ¿qué hace acá? —dijo Barto con temor.

Bartolomé tenía un arreglo económico con Luisito Blanco, el comisario de la jurisdicción. El comisario Azúcar estaba por encima de Luisito Blanco y su presencia ahí no presagiaba nada bueno. Sin embargo, se sorprendió mucho cuando éste le dijo:

—¿Tiene video casetera, Bedoya...?

—Agüero —corrigió Bartolomé.

Pocos minutos después, Justina terminó de conectar la video casetera dentro del escritorio.

—¿Me pueden explicar qué pasa acá? —dijo Bartolomé impaciente.

—Dele play nomás —ordenó Azúcar, con un rictus en su boca.

Bartolomé quedó pálido y estupefacto cuando empezó a ver las imágenes del videocasete que había llevado Azúcar.

En éstas se veía claramente a Bartolomé y a Justina, amenazando, zamarreando, gritando a los purretes y mandándolos a robar.

El video había llegado a manos de Azúcar cuando Cielo y los chicos pensaron qué hacer con esa contundente prueba que habían conseguido contra Bartolomé. Rama dudó un poco cuando Cielo propuso acudir al padre de Brenda, pues no quería que ella conociera esa verdad, sin embargo lograron llegar al comisario sin necesidad de recurrir a la hija.

Azúcar recibió a Cielo, quien no quiso hacer pasar a ninguno de los chicos por el trauma de tener que hacer la denuncia y revivir todo lo que habían sufrido. El comisario la escuchó atentamente durante una hora, le tomó la denuncia por escrito e incorporó el video como prueba para el fiscal. Cuando Cielo se retiró, Azúcar llamó al comisario Luisito Blanco, y lo levantó en peso por la torpeza de su protegido Bedoya. La red policial que protegía a Bartolomé era más grande de lo que él mismo suponía, y Azúcar no sólo estaba al tanto de sus asuntos, sino que se beneficiaba mes a mes gracias a ellos. Por eso fue que decidió intervenir él mismo ante esta falla de seguridad.

—¿Qué hubiera pasado si esa chica, en lugar de venir a mi comisaría iba a otra? —le dijo Azúcar en un tono tan grave y profundo que logró que por primera vez Justina se estremeciera ante la voz de otro hombre que no fuera su señor.

Bartolomé quiso decir algo, pero Azúcar lo ignoró.

—¿Qué hubiera pasado si esa chica iba a ver a un juez

menores? ¿Qué hubiera pasado si iba a la prensa?

—Entendí el punto, Azúcar —dijo Bartolomé intimidado.

—Te va a costar muy caro este favorcito —concluyó el comisario y Bartolomé manoteó la chequera.

Cielo no pudo contener un gritito de felicidad cuando

al jardín y vio al comisario Azúcar. Por fin la justicia se

decidido a actuar, seguramente habría venido a dete-

ner a Bartolomé. Corrió hacia él, pero al acercarse se que helada al ver que junto a Azúcar estaban Justina y Bartolomé, con una perversa sonrisa en sus rostros.

—Comisario... —dijo ella al verlo.

Él la miró pero pareció no registrarla. Volvió la mira _ hacia Bartolomé y le estrechó la mano.

—Nos vemos, Bedoya...

—Agüero —agregó Bartolomé—. Nos vemos Azúcar. Justin lo acompaña...

—Con enorrme gusto —dijo ella, evidentemente atraída por el hombre.

—Comisario... —lo llamó Cielo, pero éste volvió a ignorarla.

—Así que filmando videitos, che... Así que denunciándome... —dijo Bartolomé con su sonrisa perversa, mientras hacía sonar sus nudillos.

Cielo comprendió todo. El comisario Azúcar estaba arreglado con Bartolomé, todo había sido acallado, y había llegado el momento de las represalias. Tras despedir a Azúcar Justina cerró el portón trasero y volvió hacia ellos.

—Justin... vos anda ocupándote de darles el merecido *i* los mocosos... Yo me quedo a hablar unas palabritas coi Cielín. Ah, y tomate tu tiempo para reprenderlos, eh...

—Será un merecido más larrgo que entierro de Papa señorrr.

—¡No! —atinó a frenarla Cielo.

Y ambos se rieron a carcajadas. Justina se encamin: hacia la casa mientras Bartolomé retenía a Cielo sujetándole de una muñeca.

—¿Sabes cómo se paga la alta traición, Cielín? —dijo Bartolomé—. Con la muerte, che.

—No hace falta que se mueran, don *Bardo*... —respondió Cielo con ironía—. Con que terminen los dos presos... ya alcanza.

Bartolomé la miró serio; lo único que le preocupaba de esa ironía era que Cielo no le tenía miedo, y eso sí que ers un problema. Tendría que demostrarle que debía temerle.

pero cuando fue a acercarse para hacer su mejor actuación de malvado, Cielo lo sorprendió dando un salto. Se aferró a la rama de un árbol, y haciendo una ágil pirueta acrobática, le pegó una tremenda patada en la cara, que le voló los anteojos. Barto trastabilló y ni tuvo a tiempo a reaccionar porque Cielo ya corría hacia la casa.

—¡Justin, frénala! —gritó desde el piso a Justina, que estaba por entrar a la cocina.

Justina giró alarmada, pero ya era tarde. Tenía a Cielo encima. Justina abrió sus brazos en forma de T para inter: onerse, pero Cielo venía corriendo y con el envión le pegó n empujón que la tiró de cola al piso.

Cielo entró corriendo a la mansión, y Bartolomé y Jus- _ia, hartos ya de esa chiruza, salieron detrás, dispuestos a cer lo que debían haber hecho diez años antes.

Jazmín estaba observando a Tacho, que hablaba c Rama en el patio cubierto. Sin que él la viera, le hizo ser a Rama para que los dejara a solas. Rama captó la situaci y se alejó hacia la sala de ensayos, de donde venía Mar c una jarra con agua ñama le sonrió, y eíía *le* preguntó r Brenda, y le dijo lo contenta que estaba de que estuviera bi con ella, y lo copada que era. Entonces Rama le pregunte ellos no debían tener una charla.

—Charla... no, ¿por qué? Bah, charlemos sí... de la vic

—De nosotros.

—¿Nosotros qué?

Entonces él le recordó aquella noche en que se había qi dado cuidando a Cristóbal en el loft de Nico y ella había i a hablarle. En ese momento ella estaba distanciada de Thia por un extraño incidente con Tefi, y Rama había aprovecha la ocasión para finalmente animarse a confesarle lo que se tía por ella. Mar no se había sorprendido, de alguna mane lo percibía, y el hecho de que él se lo hubiera dicho, le hat aflojado el cuerito. Nadie lo supo, quedó entre ellos, pero aqu lia noche Mar había besado a Rama. Él se había ilusionai mucho, pero sabía perfectamente que Mar seguía amando Thiago; por eso todo había quedado ahí. Pero ahora, ver qi Mar estaba celosa de Brenda, lo desconcertaba.

—No sé, Mar... Siento que estás celosa de Brenda... y es así, si vos sentís algo por mí...

—Rama, yo estoy con Thiago.

—Ya lo sé —dijo él—. Entonces déjame en paz, deja (celar a Brenda y seamos amigos.

Ella se sintió reprendida y bajó su cabeza. Él entoncí se le acercó y le propuso con dulzura:

—Hagamos una cosa. Si cuando seamos grandes ninguno encuentra un amor y estamos solos, nos casamos. ¿Te parece?

—Me re parece —dijo ella sonriendo y le dio un abrazo amistoso.

Mientras tanto, Tacho volvía a ignorar una vez más a Jazmín, aún enojado por el asunto «Nacho». Jazmín quiso ensayar un paso de la coreo con él, y Tacho, ya conociendo sus técnicas de seducción, la evitó y comenzó a retirarse del lugar, cuando de pronto irrumpió Cielo corriendo, alarmada, y comenzó a cerrar las puertas del patio que daban al pasillo.

—¡Cierren, ayuden, ya! —gritó.

—¿Qué pasó? —se alarmó Jazmín.

—¡Ayúdenme a cerrar, les digo! ¡Traigan bancos!

En ese momento vieron aparecer a Bartolomé y a Justina por el extremo del pasillo, corriendo, desahogados. Los chicos se apresuraron a ayudar a Cielo a cerrar, y empujaron algunos bancos para trabar las puertas, al tiempo que a dúpla ya golpeaba con furia.

—¿Qué pasó, Cielo? —preguntó Mar, empujando un banco y subiéndose al mismo.

—¡Fue todo una trampa! ¡El comisario Azúcar está entongado con Barto!

—¿El padre de Brenda? —exclamó Rama azorado.

—¡Ja! —exclamó Mar.

Las puertas se movían estruendosas del otro lado; Bartolomé y Justina empujaban, golpeaban y gritaban.

—¡Abrí, desgraciada!

—Se terminó lo que se daba, Sky, no la hagas más difícil para los purretes, van a sufrir mucho. ¡Abrí, tilinga!

—¡Traben, empujen! —gritó a los chicos, y luego vociferó hacia la puerta—: ¡A ustedes se les terminó, de acá no nos movemos hasta que no venga la policía, los jueces y la prensa!

—¡Abrí, rrrreventada!

—Resolvamos esto como gente civilizada, Sky. Vos te vas a los chiquitos no les pasa nada.

—¡Nunca me voy a ir! ¿Escuchan? ¡Ni sueñen que los a dejar seguir explotando a los chicos, aunque tengan ar glado a medio país, turros, explotadores de menores!

—¿De quién hablas, Cielo?

La voz, algo ronca y suave, surgió detrás del grupo atrcherado. Cielo se puso pálida y giró bruscamente. A po metros de ellos estaba Thiago, desconcertado, con su entrecejo contraído. Thiago había permanecido todo ese tiempen la sala de baile, intentando sacar un tema con su gui:arra, y había visto y oído todo.

—Habla, Cielo, ¿qué está pasando?

Del otro lado de la puerta, Tina y Bartolomé también l oyeron y se les cortó la respiración.

Thiago permaneció inmóvil, mirándolos, esperando ir explicación. Vio que su novia y sus amigos, todos, desviai la mirada, incómodos, escondiendo algo. La única que aún miraba era Cielo. Ella se compadeció de él; había pensac en cómo explicarle a Thiago quién era su padre pero ésta, definitivamente, no era la manera.

—Thiago... yo dije lo que dije de bronca nomás... de loca que soy, pero no es que tu papá...

Thiago la frenó con un grito inesperado, que sorprendí a todos, un grito cargado de un odio que nunca nadie le había visto.

—¡Calíate!

Se acercó a ellos, que estaban inmóviles, y comenzó a quitar los bancos que habían puesto.

—Thiago... —dijo Mar, y bajó la voz hasta volverla imperceptible—. Mi amor... A Cielo le patinó el embrague, pero...

—¡Basta! —volvió a gritar aún más fuerte—. ¡No me mientan más!

Y quitó con furia el último banco, destrabó la puerta y la abrió; pero él y todos se sorprendieron al ver que del otro lado ya no estaban ni Justina ni Bartolomé. Thiago atravesó el pasillo presuroso e iracundo. Cielo fue tras él.

Thiago llegó hasta la sala y empezó a buscar a su padre por todos lados, gritando.

—¡Papá! ¡Da la cara, salí de donde estés!

Abrió la puerta del escritorio y luego la del desván, bajo la escalera; se asomó al comedor: su padre no estaba por ningún lado. Cielo caminaba, apiadada, detrás de él.

—Thiago, espera, escúchame, mi amor... —le dijo Cielo.

—Ya escuché demasiado —replicó él, soltándose con violencia de Cielo, que lo sujetaba.

Y subió las escaleras, y buscó a su padre en cada rincón de la casa, pero no lo encontró.

Pocos minutos después Cielo entró en la habitación de Thiago. Estaba allí sentado, mirando el piso. Ella se acercó y se sentó junto a él. Sus cejas tupidas estaban rectas y hundidas en el entrecejo, con una expresión de enojo, pero de pronto la frente se le contrajo y sus cejas se desarmaron, formando un arco. Su expresión era de puro dolor.

—**¿Quién es mi papá?** —preguntó. Se sentía al borde de un abismo. —Decimelo, por favor... ¿Quién es?

Cielo le tomó la mano.

—¿Vos quién pensás que es?

—No sé... ya no sé... Decime, Cielo, por favor...

—Vos pediste «no me mientan más». ¿Por qué pensás que te mentimos?

—No sé... Los chicos siempre se quejan de mi papá, a veces pienso que lo odian... Pero él, no sé... les da techo... comida... —y se detuvo, como asaltado por pensamientos aterradoros.

—Sí. ¿Qué más?

—Los... educa. A veces... se enoja, y los maltrata, les grita... —dijo, y se fue quedando pensativo—. Yo vi el taller ese... Él dijo que era para que aprendieran un oficio... pero... Los chicos trabajaban ahí?

Cielo lo miró. Ella no le diría nada, sólo lo acompañaríamientras él comenzaba a comprender lo que ya había ”isto.

—¿Mi viejo los obliga? —le preguntó, al borde del llanto—. Qué pensás, Cielo? ¿Los chicos trabajan para él?

Cielo le acarició la mano y lo miró a los ojos. Se limitó a

acompañarlo en ese viaje al abismo. De pronto él tuvo una revelación, como un súbito recuerdo.

—¿Era cierto? ¿Él los obligaba a robar? Mar... un día dijo eso, y los chicos... estaban furiosos... y Tacho le quería pegar... y Mar me lo dijo... Ella lo dijo... ¿Era cierto? ¿Mi viejo es eso? ¿Ése es mi papá? —preguntó, sintiéndose perdido.

Salvo las lágrimas de Cielo, Thiago no obtuvo respuesta.

—¿Mi papá es un monstruo, Cielo?

Finalmente Cielo apenas asintió. Thiago apoyó la cabeza en sus manos, y comenzó a llorar con el estómago contraído. Cielo le apoyó una mano en la espalda y permaneció junto a él, hasta que dejó de llorar.

acompañarlo en ese viaje al abismo. De pronto él tuvo una revelación, como un súbito recuerdo.

—¿Era cierto? ¿Él los obligaba a robar? Mar... un día dijo eso, y los chicos... estaban furiosos... y Tacho le quería pegar... y Mar me lo dijo... Ella lo dijo... ¿Era cierto? ¿Mi viejo es eso? ¿Ése es mi papá? —preguntó, sintiéndose perdido.

Salvo las lágrimas de Cielo, Thiago no obtuvo respuesta.

—¿Mi papá es un monstruo, Cielo?

Finalmente Cielo apenas asintió. Thiago apoyó la cabeza en sus manos, y comenzó a llorar con el estómago contraído. Cielo le apoyó una mano en la espalda y permaneció junto a él, hasta que dejó de llorar.

Mientras todo ocurría, Cielo se preguntó dónde estaría Indi, sintiendo que sólo él podría ayudarla con eso. Pero Nicolás, en ese momento, estaba enfrentando sus propios monstruos.

Ibarlucía se había comunicado nuevamente con él y le había pedido que le entregara el cubo de cristal, a cambio de no iniciarle acciones legales por la tenencia de su hijo. Nico estaba aterrado con esta posibilidad, pero entendió que era hora de enfrentar esos fantasmas. Él no podría negociar con su hijo ni dejarse extorsionar tampoco por esa lacra. Él era **un Bauer**, y los Bauer no tranzaban. Por eso se negó a entregarle lo que el otro exigía.

Nico habló con Carla, cuyo vínculo con Cristóbal estaba progresando lentamente; intentó persuadirla para que detuviera esa denuncia, pero ella le dijo que nada podía hacer para frenar a Marcos. Nico adivinó que Ibarlucía la tendría amenazada de alguna manera, y así era.

Pocos días después Nico recibió una citación judicial, debería presentarse en el juzgado para responder sobre la acusación de apropiación de persona.

Nico habló con Malvina, quien le dio todo su apoyo para la decisión que había tomado: enfrentar la acusación. Pero antes debía dar un paso más, el último, en su sinceramiento con Cristóbal. Si iba a enfrentar una acusación que posiblemente tomaría estado público, su hijo debería saber toda la verdad.

Esa mañana, mientras Cielo se atrincheraba en el patio cubierto con los chicos, Nico fue a retirar del colegio a Cristóbal, que se sorprendió cuando en medio de una clase le

dijeron que se iba. Nico le explicó que había ido a buscarlo porque tenían que hablar. Fueron hasta una plaza y se sentaron en un banco.

No había pensado qué decirle, ni cómo encarar la conversación. Fue Cristóbal quien la inició. —¿Es por el juicio, no? —¿Cómo sabes? —se sorprendió Nicolás. Cristóbal le contó que su mamá, en uno de los paseos que habían hecho, le había contado algo, pero le había asegurado que ella no tenía ninguna intención de separarlos que era algo «formal».

Entonces Nico le dijo que, si bien eso era verdad, no era *toda* la verdad. Y entonces le contó su propia historia. Cómo había conocido a Carla en la Universidad, cómo se enamoraron y fueron felices, y cómo ella un día lo dejó, para irse con otro hombre.

—¿Con Marcos Ibarlucía? —preguntó absorto Cristóbal—. ¿Mi mamá fue novia de esa basura?

—Sí. Pero dos años después tu mamá volvió. —Y obvio... ¿cómo lo va a preferir a él antes que a vos, pa? —Tu mamá volvió... Estaba muy triste, se había separado de Ibarlucía, él la había dejado... pero además tu mamá estaba embarazada.

Cristóbal se quedó duro. Nunca se había preguntado si tendría algún hermano. —¿Tengo un hermano?

—No, hijo. Tu mamá estaba embarazada... de vos. —Pero cómo, si... —y se detuvo. Miró a su padre a los ojos, y entendió que habían llegado al punto.

—Ella estaba embarazada y muy triste. Y yo la amaba, y la recibí, y la cuidé, y después naciste vos, y te amé, desde el primer día, desde que estabas en la panza, yo ya te amaba. Ella no quería saber nada con Ibarlucía... Él la había dejado cuando supo que iba a tener un hijo... Entonces decidimos criarte juntos... Fuimos al registro civil, te pusimos de nombre Cristóbal, y yo te di mi apellido.

—¿Mi papá es Ibarlucía? —confirmó consternado Cristóbal.

—Él sólo es tu papá biológico, hijo... Pero tu papá, el que siempre estuvo, el que te ama, y el que siempre te va a amar, pase lo que pase, soy yo, ¿sabes?

—Pero, y entonces... ¿el juicio?

—Ibarlucía es una mala persona... Él me hace este juicio porque quiere que le dé el cubo de cristal.

—Nunca se lo des, pa.

—Nunca se lo voy a dar... De todas maneras él es tu papá biológico, y vos tenías derecho a saberlo.

Cristóbal permaneció callado unos cuantos minutos. Nico sufría por todo lo que había tenido que pasar en ese último tiempo, pero de pronto Cristóbal lo miró, y le dijo algo que consolidaría su vínculo para siempre.

—Papá... no me importa si Ibarlucía es mi papá biológico o si me mentiste...

—Gracias, hijo.

—Pero, papá... Yo soy un Bauer, ¿no? Soy un Bauer — afirmó.

—Por supuesto, hijo —dijo Nico con los ojos llenos de lágrimas—. Sos un Bauer.

Luego de sincerarse con su hijo, le explicó que debían presentarse en el juzgado, donde les tomarían muestras de cabello para hacer exámenes de ADN. Pensó que lo único bueno de toda esa locura era que en algún momento del juicio, por fin, iba a conocerle la cara a Ibarlucía. Pero nunca imaginó que lo conocería ese mismo día.

Al llegar al juzgado, el secretario dejó constancia de que se había presentado ante la orden judicial e hizo pasar a un médico que les tomó y clasificó las muestras. Luego Malvina se llevó a Cristóbal, y Nicolás se quedó para dar una declaración preliminar. Escuchó voces en la sala contigua y preguntó si ahí estaba la otra parte.

—Efectivamente, el señor Marcos Ibarlucía y la señorita Carla Kosovsky están en la habitación de al lado —le informaron.

A Meo se le aceleró el corazón. No desaprovecharía esa ocasión para conocerlo. Mayor aun fue su sorpresa cuando el secretario le anunció que Ibarlucía quería tener una pequeña conversación con él.

Nico se llevó dos enormes sorpresas esa tarde. La primera fue cuando, al entrar en la habitación contigua, vio a Carla junto a James Jones, el dueño del local de antigüedades que estaba bajo su loft. James Jones lo miró sin sonreír, le extendió la mano y le dijo:

—Marcos Ibarlucía.

La segunda sorpresa ocurrió cuando éste le reveló que, además de los exámenes de ADN, para demostrar la paternidad de Cristóbal había solicitado otro para probar el parentesco entre ambos.

—¿Parentesco entre qué ambos? —lo interrogó perplejo Nico.

—Entre vos y yo, Bauer. Será otro de los tantos secretos que hay en tu familia, pero yo... soy un hijo no reconocido de tu padre.

Nico no dejaba de sorprenderse.

—Sí, como lo oís. Yo también... soy un Bauer.

A Nico se le aceleró el corazón. No desaprovecharía esa ocasión para conocerlo. Mayor aun fue su sorpresa cuando el secretario le anunció que Ibarlucía quería tener una pequeña conversación con él.

Nico se llevó dos enormes sorpresas esa tarde. La primera fue cuando, al entrar en la habitación contigua, vio a Carla junto a James Jones, el dueño del local de antigüedades que estaba bajo su loft. James Jones lo miró sin sonreír, le extendió la mano y le dijo:

—Marcos Ibarlucía.

La segunda sorpresa ocurrió cuando éste le reveló que, además de los exámenes de ADN, para demostrar la paternidad de Cristóbal había solicitado otro para probar el parentesco entre ambos.

—¿Parentesco entre qué ambos? —lo interrogó perplejo Nico.

—Entre vos y yo, Bauer. Será otro de los tantos secretos que hay en tu familia, pero yo... soy un hijo no reconocido de tu padre.

Nico no dejaba de sorprenderse.

—Sí, como lo oís. Yo también... soy un Bauer.

Barto y Justina habían huido hacia el sótano. Dejaron pasar un par de horas, y volvieron a salir por la puerta trampa que daba al cuarto de ella. Bartolomé jamás había entrado allí, y estaba realmente impresionado por el olor a naftalina, la oscuridad de las paredes sin ventanas, la cantidad de ropa negra idéntica en el placard, y la lechuza embalsamada sobre la cómoda. Pero era preferible estar en esa casa del terror que enfrentar a su hijo.

—Vamos, mi señórrr, apechugue, y salga, con la frente en alto, como siempre. ¡Usted es **un Bedoya Agüero!**

—No puedo, Justin... Thiaguito escuchó todo, ¡sabe todo! Mi peor pesadilla, ¿entendés?

—De peores hemos salido, señórrr. Algo se nos va a ocurrir, usted es... un sesudo, un... corajudo, un...

Y de pronto lo abrazó. Las desgracias siempre los unían, a Justina la animaban a expresarse de una forma más física.

—¡Ánimo, mi sesudo! —dijo ella, mirándole la boca.

—Ánimo, sí... ánimo... —se separó él, incómodo.

Un golpe los hizo pegar un salto. Aferrados de las manos, raron hacia la puerta.

—¡No atiendas! —susurró Bartolomé, temblando de miedo.

—Soy yo, abran, cobardes —se oyó la voz de Cielo.

—¿A quién le decís cobarrde? —se ofendió Justina, y alentonada abrió.

—¿Dónde está esa basura? —preguntó Cielo mirando por el hombro de Justina.

—Un poco de rrrrespeto, chiruza! —exigió el ama de llaluego habló dirigiéndose hacia atrás—: Viene sola.

Entonces Barto asomó por detrás de la cómoda, su cabe-

juedó a la altura de la lechuza embalsamada.

—Cobarde... —le dijo Cielo mirándolo con desprecio.

—Mira, mocosa... —se infló Bartolomé—. Me encerré ae para contenerme y no darte una marimba de palos...

—Pero a quién le va a dar marimbas, usted, flor ccobarde es... Y para que sepa, le aclaro que ya le arreglé h entuerto con el santo de su hijo.

—¿Cómo que lo arreglaste? ¿What do you mean?

—A mí me habla en criollo. Y lo arreglé... quiere decir que lo convencí de que la bosta de su padre no es una bost¿

Bartolomé se miró con Justina, sin entender.

—El pobre chico es un santo y no se merece el dolor de saber la bosta que es el padre. Pero le aclaro una sola cosa.. Usted se vuelve a meter conmigo o con cualquiera de los chicos, y yo le digo toda la verdad a Thiago. ¿Vio? Yo también sé amenazar... aprendo rápido, ¿no?

Mientras bajaba las escaleras, Bartolomé comenzó a registrar que le dolían mucho las piernas y que las tenía rígidas. La tensión de los sucesos vividos le había dejado una contractura general. Tratando de recuperar el garbo de siempre se encaminó hacia el escritorio, donde lo esperaba Thiago. sentado en una silla, de espaldas a la puerta. Bartolomé tome aire, y entró, armando el personaje de tipo seguro.

—Acá estás, Thiaguito, te estaba buscando, ¡che!

—Estaba en mi cuarto, con Cielo... ¿No se te ocurrió buscarme ahí? —dijo Thiago, parecía cansado.

—Vengo de ahí, che... Y ya que mencionas a Cielo, quería decirte... sobre esta chica...

—Sí, ya me explicó que dijo cualquier cosa... pero ¿por qué dijo lo que dijo, papá? Fue fuerte, ¿no? Te dijo explotador...

—Sí, che, fuerte, fortísimo... Y sin sentido, sobre todo... ¿Y todo por qué? Porque... —y no supo qué decir.

—Sí, porque habían discutido, ya me dijo Cielo.

—Exactamente... una discusión sin ton ni son —corroboró Barto la mentira que supuestamente Cielo le había dicho a su hijo—. Pero Cielín, che... está medio turulata, pobre.

—Sí, ya sé... pero igual me pregunto... —dijo Thiago—.

—Mira, mocosa... —se infló Bartolomé—. Me encerré acá para contenerme y no darte una marimba de palos...

—Pero a quién le va a dar marimbas, usted, flor de cobarde es... Y para que sepa, le aclaro que ya le arreglé e. entuerto con el santo de su hijo.

—¿Cómo que lo arreglaste? ¿What do you mean?

—A mí me habla en criollo. Y lo arreglé... quiere decir que lo convencí de que la bosta de su padre no es una bosta

Bartolomé se miró con Justina, sin entender.

—El pobre chico es un santo y no se merece el dolor de saber la bosta que es el padre. Pero le aclaro una sola cosa. Usted se vuelve a meter conmigo o con cualquiera de los chicos, y yo le digo toda la verdad a Thiago. ¿Vio? Yo también sé amenazar... aprendo rápido, ¿no?

Mientras bajaba las escaleras, Bartolomé comenzó a registrar que le dolían mucho las piernas y que las tenía rígidas. La tensión de los sucesos vividos le había dejado una contractura general. Tratando de recuperar el garbo de siempre se encaminó hacia el escritorio, donde lo esperaba Thiago. Sentado en una silla, de espaldas a la puerta. Bartolomé tomó aire, y entró, armando el personaje de tipo seguro.

—Acá estás, Thiaguito, te estaba buscando, ¡che!

—Estaba en mi cuarto, con Cielo... ¿No se te ocurrió buscarme ahí? —dijo Thiago, parecía cansado.

—Vengo de ahí, che... Y ya que mencionas a Cielo, quería decirte... sobre esta chica...

—Sí, ya me explicó que dijo cualquier cosa... pero ¿por qué dijo lo que dijo, papá? Fue fuerte, ¿no? Te dijo explotador...

—Sí, che, fuerte, fortísimo... Y sin sentido, sobre todo.. ¿Y todo por qué? Porque... —y no supo qué decir.

—Sí, porque habían discutido, ya me dijo Cielo.

—Exactamente... una discusión sin ton ni son —corroboró Barto la mentira que supuestamente Cielo le había dicho a su hijo—. Pero Cielín, che... está medio turulata, pobre.

—Sí, ya sé... pero igual me pregunto... —dijo Thiago—

¿Por qué siempre dicen lo mismo de vos? Que los explotas, que les pegas, que los obligas a robar... ¿Por qué siempre lo mismo? ¿Por qué tanta mentira, papá? —dijo mirándolo fijamente.

Bartolomé puso una mano sobre su hombro.

—Hijito... como tutor de tantos chicos descarrilados, tengo que ser severo, estricto, hasta rudo a veces... Y ellos son mañosos, che... Mienten, se cubren, injurian...

Thiago lo miró y sintió un profundo asco por su padre, tanto que se vio obligado a desviar la cara hacia un costado.

—Sí, ya sé hijo, indigna tanta ingratitud... —agregó Bartolomé, tras malinterpretar el gesto de su hijo—. A mí no me importa que sean ingratos, estoy acostumbrado. A mí lo que me importa es que vos sepas bien quién soy. Lo sabes, ¿no?

—Sí, papá... —afirmó Thiago y lo miró bien fijo—. Yo sé quién sos.

—¡Venga un abrazo!

Mientras abrazaba a su hijo, Bartolomé pensó que la casa estaba en orden otra vez. No advirtió que sobre su hombro Thiago contenía el asco y la indignación.

Mar, Tacho, Jazmín y Rama estaban en el patio cubierto, preocupados por cómo habría terminado el incidente con Thiago. Tacho era pesimista, suponía que toda esa revuelta finalizaría con ellos separados y castigados. Mar rogaba que Cielo hubiera podido meterle algún verso a Thiago para disuadirlo, le partía el alma que su novio se hubiera enterado por fin de quién era su padre. Pero Jazmín sostenía que no haría falta convencerlo de nada, creía imposible que Thiago pudiera abrir los ojos. Rama estaba descreído; a partir de saber que el padre de su novia los había traicionado, sentía que no se podía confiar en nadie.

De pronto todos vieron aparecer a Thiago. Cielo caminaba tras él. Avanzaron lentamente, y Cielo volvió a cerrar las puertas que daban al pasillo. Thiago entonces se paró frente a sus amigos; devastado, y con la voz totalmente quebrada, empezó a pedirles perdón, y a abrazarlos.

—Perdónenme por ser tan ciego... Perdón por no creerles, por no haberlo visto antes. Perdón, perdón...

Y repitiendo «perdón, perdón», como un mantra, los abrazó, y lloro con ellos, mientras Cielo, un paso más atrás los observaba. Parecía un ángel de la guarda, protegiéndolos.

Ni Justina ni Bartolomé se dejaron ver por el patio ci bierto. O no les daba la cara o estarían tramando algo, pens Cielo. Thiago se serenó, y pudieron hablar más tranquilos Sin embargo, todos advertían una profunda conmoción en él, que crecía minuto a minuto, a medida que se iba enterando de más cosas.

—Ustedes me dieron señales... miles de señales... Yo no quise o no pude verlas... Me siento muy mal, muy culpable.. Les pido perdón por todo lo que les hizo.

—Vos no tenes ninguna culpa, Thiago —le dijo Cielo, con firmeza.

—Macho... te tocó Barto, o sea, es un garrón... —dijo Tacho.

—Quiero saber todo. ¿Qué les hace hacer?

—No es necesario eso, Thiago —intentó detenerlo Cielo.

—Sí, yo lo necesito. Por favor...

Percibió cómo un silencio incómodo se extendió entre todos y los incitó a hablar.

—Mira... a veces nos hacía laburar... —comenzó Mar. intentando minimizar con el tono la crudeza del contenido— Hacíamos juguetes en el taller... Igual nos daba un porcentaje eh... o sea, ahorrábamos...

—No, Mar —la corrigió Rama—. Nunca nos dio nada, se quedaba con todo; nos dijo que nos iba a dar un porcentaje, pero era mentira.

—¿Robaban para él? Ese día que estaban en la plaza... Eso de los rumanos... ¿Estaban robando para él?

—Sí —dijo Tacho con firmeza.

—¿Qué más? —insistió Thiago, sobreponiéndose al dolor.

—No hace falta nada más, Thiago, se te va a caer la me-

dianera —quiso evitarle el momento Mar—. Lo importante es que vos no sos como él.

—¿Les pegó alguna vez?

Los chicos se miraron y bajaron la vista. No se atrevieron a responder esa pregunta, y así se lo confirmaron. Thiago se agarró la cabeza, estaba abrumado. Cielo le pasó un brazo por el hombro y cambió de tema.

—Suficiente por hoy, chicos... Yo le pedí a Thiago que convenciera al padre de que no sabía nada. Bartolomé cree que Thiago sigue confiando en él, y es lo mejor. Si no, si Barto supiera que Thiago ya sabe quién es, su furia con nosotros sería mucho peor.

—¿Peor por qué? ¿Qué les puede hacer?

—Y, por empezar... nos querría fletar... —le dijo Cielo—. A vos y a mí sacarnos de acá. Y se las agarraría con ellos... pero vos, tranquilo, nosotros ya estamos pensando la manera de zafar de acá.

—¿Te escuchas, Cielo? «¿Zafar de acá»? ¡De mi casa! Mientras yo vivía acá al lado y jugaba o escuchaba música en mi cuarto, ¡mi viejo explotaba a los chicos! Es demasiado para mí...

Se levantó y se fue. Mar quiso detenerlo, pero Cielo la retuvo y les pidió que le dieran tiempo, aunque lo vigilaran de cerca.

—Ahora siente que está cayendo al vacío... —explicó Cielo con sus metáforas de equilibrista—. Cae al vacío, sin red... pero a la larga, o a la corta, va a volver a hacer equilibrio... Eso mismo que ahora lo está matando después lo va a liberar. Ya van a ver.

Nacho había escondido bajo un zócalo suelto en el placard de Thiago dos botellas de vodka para tenerlas disponibles en ocasiones especiales. No habían tenido hasta el momento ninguna oportunidad y las botellas estaban intactas. Thiago lo recordó y abrió una, y le dio un trago. Sonó el teléfono. Era Mar, pero no se sintió capaz de hablar con ella. No atendió. Dio otro trago. Y otro.

Ya había tomado un cuarto de la botella, cuando oyó la voz de su padre tras la puerta.

—Campeón... ¿estás por acá, che?

Thiago escondió la botella, al tiempo que se abría la puerta.

—¿Se puede?

—Ya estás adentro, papá, ¿qué pasa?

—¡Te encabronaste! Sí, ya sé, che... Pasé así, de prepo. y por ahí vos estabas intimando con alguna purreta, y yo metiche... —dijo cómplice, se sentó al pie de la cama y lo miró—. Se ve que me estoy haciendo viejo y no caigo en que vos ya sos un potrillo, che... Con pinta, plata, cuarto solo...

—¿Qué necesitas, papá?

—Qué pesados somos los viejos para un adolescente ¿no? —expresó cariñoso y se rio, buscando la complicidad de su hijo—. En fin, como no quiero ser un padre pesado sino un padre gamba... Resulta que tengo que hacerle el service al coche... Y me dije, yo, a tu edad, ya le birlaba el auto a Tatita, porque el viejo era cero compinche... Entonces me dije: «antes que Thiaguito me lo birle, se lo presto». Vas, le haces el service tiene el tanque lleno, por ahí.

Thiago lo miraba absorto, mientras el otro hacía girar las llaves alrededor de un dedo.

—Anda, llama una purreta, llévala a dar una vueltita, en fin...

Le tiró las llaves y Thiago las agarró en el aire. Barto echó mano a su bolsillo y sacó unos billetes.

—Toma, che, me sacas todo hoy... —y se rio—. Llévala a algún lugar paquete... —le sugirió, y antes de salir, volteó y lo miró—. Thiaguito... todo un hombre ya... todo un Bedoya Agüero, ¡carajo!

Thiago miró el dinero, miró las llaves del auto, y volvió a sacar la botella.

Minutos más tarde, Bartolomé regresó al cuarto de su hijo y comprobó que no estaba ni Thiago ni las llaves del auto, pero en cambio estaba el dinero que le había dado y la tapa de la botella tirada en el piso.

434

capítulo 012
nace teen angels

nico regresó perturbado a la mansión. Marcos Ibarlucía había estado todo ese tiempo bajo su casa, persiguiéndolo, acosándolo. Ahora quería sacarle a su hijo, y no sólo eso, sino que afirmaba ser su medio hermano. Era todo demasiado retorcido y misterioso. La única que podía corroborar *Si* noticia era Berta, pero como siempre tenía su celular apagado...

Entrando en la mansión, se cruzó con Thiago, que salía llevaba un pequeño bolso y tenía la mirada perdida. Nico apenas se detuvo a saludarlo, concentrado en sus problemas.

Thiago caminó hasta el garaje y se subió al auto de su madre. Depositó el bolso en el que había escondido las dos botellas de vodka. Una, sin tapa, se había volcado, pero no le aportó. Encendió el auto, y lo sacó del garaje.

Comenzó a vagar sin rumbo, bebiendo y pensando. Las palabras de su padre volvían a su cabeza una y otra vez... «Sos r. Bedoya Agüero». Esta afirmación le generaba repulsión. Pensaba en lo que había visto, en lo que había escuchado. En lo que había observado sin comprender realmente de qué se trataba, tantas veces. Ahora entendía por qué su padre lo había mandado a Londres, ahora le encontraba sentido a tanta existencia para que no se acercara a los chicos. De pronto su cuerpo se afloja, su mente vuela y se llena de imágenes. Se ve a sí mismo en el jardín de su casa, al día de su cumpleaños, cumple seis años, y le regalan una bicicleta con rueditas. Él pide que se las saquen, y su padre lo hace. Pedalea hasta lograr el equilibrio, y le grita a su padre que lo mira desde más allá: «Mira, sin rueditas, pa, ruz rueditas». Su padre sonríe pero, de repente, el cuello y los brazos de su padre empiezan a hincharse, se inflan, hasta

romper la camisa que lleva puesta; el rostro de su padre empieza a poner verde, le crece el pelo, y unos dientes ~.izgos como colmillos. Su padre acaba de convertirse en Hulk, y empieza a perseguirlo, le quiere hacer aiz Thiago intenta huir en su bicicleta, pedalea y pedalea por escapar, pero su padre ya es un monstruo verde que corre muy rápido; lo alcanza, lo levanta en el aire y lo arroja. Y el cuerpo pequeño se estrella contra una pared.

Cuando el estruendo del choque lo despertó, de inmediato logró **comprender que había estado dormido**. Todo se volvió negro, negro. Entrecerró un poco los ojos y pudo ver humo, vidrios rotos, sus manos ensangrentadas. Alguien lo sacudió, gritándole. Sintió cómo lo cargaban y lo sacaban del auto. Sentía un líquido caliente en el rostro y no podía abrir los ojos. Oyó una sirena, la voz de hombre que hablaba a los gritos con una mujer. Un pinchazo en el brazo, y luego otro. Empezó a sentir frío, volvían a moverlo, sentía que corrían, que gritaban. Alguien le abrió un ojo, vio todo borroso, y una luz muy potente lo cegó.

Luego silencio. Oscuridad.

Alguien le pedía que no se fuera. ¿Que no se fuera ¿dónde? Oyó un grito, y una voz, esa voz que lo emocionaba hasta las lágrimas. Hizo un gran esfuerzo y logró entreabrir apenas los ojos. Había varias personas a su alrededor, vestidas de blanco y con manchas de sangre. Detrás de ellas pudo ver a Mar, que lloraba. Lloraba como nunca la **había** visto llorar. Detrás de Mar apareció su padre, tenía una expresión de espanto. También lloraba. Vio cómo su padre lo abrazó a Mar, mientras alguien cerraba la puerta, dejándolos afuera. Alguien se le acercó con dos objetos en la mano y los apoyó sobre su pecho.

Ahora está en Londres, es de noche, y la bruma de Londres se empieza a volver más y más espesa. Él sabe que a pocos metros, escondido en la bruma, hay un monstruo, un monstruo que lo persigue.

—¡Mi Thiaguito, mi Thiaguito no! —escuchó la voz quebrada de su padre.

Intentó abrir los ojos, pero no pudo. El llanto y las frases seguían ahí cerca, sin interrumpirse.

—Sé que soy un padre horrible, pero le pasa algo a mi Thiaguito y me muero. Yo no sé querer... no sé querer... Te juro por Tatita. ¿Sabes rezar? Reza por mí.

Un murmullo, palabras sibilantes. Y más oscuridad. Sólo sombras. ¿Cuánto tiempo pasó? ¿Una hora? ¿Un día? ¿Un mes? Intentó abrir los ojos, pudo hacerlo apenas. Más allá estaba su padre junto a Justina, que sostenía un rosario en

su mano.

—Esto ocurrió por mi culpa...

—Usted no tiene la culpa de nada...

—Se me estroló el purrete, Tini... Yo le di las llaves del auto.

—¿Usted está loco? ¿Se le empastó la bujía? —oyó.

Era Mar, ahí estaba Mar. Hizo el intento de abrir aún más los ojos para verla, pero no podía, y tampoco podía moverse.

—Más respeto, roñosa —gritó entre susurros Justina.

—Estaba tomado, Tini, ahogando penas por el padre que tiene.

Y lo vio llorar. Otra vez. Le dolían los ojos y la cabeza. «¿Estoy acá? ¿Estoy soñando?», se preguntó. Y luego le llegó muy cerca un olor. El olor de Cielo. Quiso hablar, pero sólo articuló un quejido.

—Tranquilo, mi amor, tranquilo —oyó que Cielo le decía.

Abrió los ojos, apenas, un milímetro. Pudo ver la mirada serena de Cielo; junto a ella estaba Nico, pálido, y entre ambos, Mar, con los ojos achinados. Los tres tenían un barbijo que les cubría la nariz y la boca.

—Yo lo vi salir y no me di cuenta... ¡Cómo puede ser que no haya registrado que estaba mal!
—se lamentaba Nico.

—No pueden estar acá —se oyó a Justina por detrás.

—Déjalos, Tina, mi hijo los necesita.

Cielo le hizo una caricia en la frente, Nico le apretó fuerte una mano. Ahora que Nico lo sostenía, sintió que se podía abandonar al sueño, tranquilo.

«Mamá está en casa, pero no llego a verla. Está siempre

de espaldas, la llamo y no me escucha. Quiero ir hacia ella pero siempre se aleja, no me escucha, no se da cuenta de que estoy acá. Quiero ponerle un espejo para que me vea. lo rompo, mi papá dice que son dieciséis años de mala suerte.»

—No me aflojes, Thiago. Por favor. ¿Me escuchará? —dijo Mar junto a él, muy cerca, siempre cerca.

—Seguro que sí, mi amor —se escuchó la voz de Cielo— Habíale.

—Ya no sé qué decirle.

—Decile que lo esperas.

—Pero el doctor dijo...

—No me importa lo que dijo, Mar. Hay que creer en los milagros.

«Milagros. ¿Cómo era esa canción que había escrito Cielo para ellos? La habían ensayado en el salón de baile. Empezaba con la palabra milagros. ¿Cómo era?»

Los milagros ocurren cada día Si tenemos la fuerza de soñarlos

—Thiago, ¿me escuchas? —susurraba Mar.

No te rindas, estoy con vos.

—Te tenes que despertar, mi amor...

No te duermas, estoy con vos...

—Por favor, no me podes dejar...

No te escondas, estoy con vos...

—Thiago, mi amor... volvé.

No te pierdas, me pierdo yo...

—Los milagros existen —dijo Cielo—. Para empezar, Barto está rezando, ése es uno.

Oyó una risa, la risa de Mar. Quiso ver su cara, esa sonrisa. Intentar abrir los ojos lo dejaba exhausto, pero se esforzó. Le llevó mucho tiempo abrirlos. ¿Cuánto?

Allí no estaba Mar, ni Cielo. Estaba Jásper. «¿Qué hace Jásper acá?», se preguntó. El jardinero lo miró, con cariño, con compasión.

—Niño Thiago... —dijo, y luego se volteó hacia atrás—. Véalo, don Inchausti.

Un hombre alto y corpulento, y rodeado de un brillo azulado, apareció junto a Jásper, tenía una sonrisa que le dio mucha paz. Tras ellos, entró Bartolomé.

—Jásper, ¿qué hace acá?

—Quería ver al niño Thiago.

—Venga, hombre, no puede estar ahí...

Bartolomé sacó a Jásper, sin ver a la persona que lo acompañaba. El hombre, de unos setenta años, se acercó y extendió una mano hacia Thiago, y la puso junto a su cara. Entró Cielo y se quedó paralizada. Ella sí lo veía, estaba junto a él.

—Usted... —dijo Cielo.

Thiago, con un gran esfuerzo por mantener un ojo abierto, vio cómo el hombre levantó sus dos manos y las apoyó sobre su pecho. Luego se apartó y le sonrió a Cielo, y le señaló una pulsera que ella tenía, y le dijo con una voz muy serena y suave.

—Nunca dejes de buscar.

Mientras el hombre se retiraba, entraron muchos mediros, pero ninguno pareció verlo. Y de pronto Thiago sintió como si una mano gigante lo levantara de un pozo muy profundo y oscuro y lo sacara a la superficie. Pudo abrir bien grandes sus ojos. Había despertado, y entre la cantidad de médicos que lo atendían, pudo ver el llanto emocionado de Mar, el de Cielo, y también el de su padre.

El hecho de ver a su hijo al borde de la muerte había provocado un cambio, sutil, en Bartolomé. Todos notaban **algo raro**: una semana después del accidente, cuando le diere el alta a Thiago, había permitido que Marianella fuera a la canica para acompañarlo en el traslado hasta la casa. Cuando llegaron, no hizo ningún comentario sobre el hecho de amella estuviera encima de su hijo, mimándolo, casi abrazándolo; ni les hizo comentario ni gesto alguno cuando Tacho, Jazmín, Rama y todos los chiquitos acudieron a recibirlo afectuosamente.

Cuando le anunció que lo acompañaría a su cuarto para hacer reposo, Thiago le dijo que prefería instalarse en el cuarto con los chicos, arguyendo que sería más práctico estar en la planta baja, pero en realidad no quería volver a su mundo, ahora se sentía uno más de sus amigos. Todos se sorprendieron con la reacción de Bartolomé.

—No se hable más. ¿Quieres estar con los chicos? Vas a cuarto de los chicos, mejor, así estás más acompañado. ¿Lo llevan? —les preguntó con amabilidad.

Todos acompañaron a Thiago hasta el cuarto de los varones. Bartolomé ayudó a Cielo a recostarlo, y luego reunió a todos en el patio cubierto, les agradeció por su apoyo, y les rogó que lo cuidaran.

—Thiaguito está fuera de peligro, pero estuvo grave. Les pido de corazón que me lo cuiden. Aunque es mi hijo y ustedes no me quieren mucho, casi nada, últimamente... trátanmelo bien.

—A pesar de que sea su hijo, don Barto, él es él —respondió Mar.

—Lo que ella quiere decir... —intentó suavizar Rama.

—Entendí, Ramita. Y tiene razón.

En ese momento apareció Justina e informó que el cuarto de Thiago estaba listo, pero se quedó demudada cuando Bartolomé le dijo:

—Thiaguito se queda acá, en el cuarto de los chicos. Quiere estar con los purretes, que lo van a cuidar...

Tina intentó protestar, pero Barto le hizo una seña para que se callara.

—Vamos, Tini, vamos a traer las cosas de Thiaguito para acá.

Y se la llevó. Justina y todos los chicos estaban pasmados por ese raro cambio de actitud de Bartolomé.

—¿Y a éste qué le pasa? —dijo Tacho.

—Tal vez el milagro sea doble, chicos, y con lo que pasó se le haya calentado un poco el corazón.

—Yo no creo en milagros, Cielo —dijo Mar, escéptica.

—Miren chicos, no me pregunten por qué, pero les digo que no estamos solos. Tenemos angelitos que nos cuidan.

—Avisale a los angelitos que hace años que nos explotan, Cielo —dijo Rama.

—Yo prefiero confiar —concluyó Cielo.

Cielo estaba bebiendo un vaso de agua en la cocina, tratando de encontrar una salida al laberinto en el que estaban, cuando se le acercó Nico. Ella se estremeció al verlo, desde que se había casado con Malvina lo había visto poco. Ambos se miraron con profundo amor y se pusieron al día. Él le contó su gran dolor por el juicio que le estaban haciendo y que pronto comenzarían las audiencias; ella le aseguró que iba a estar ahí, con él, y él lo agradeció.

También le contó cómo le había dicho toda la verdad a Cristóbal, cómo éste estaba conociéndose con su madre, y que el dueño del local bajo el loft había resultado ser Marcos Ibarlucía, que ahora decía ser su medio hermano. Ella recordó que, además de eso, ese hombre había sido el amante de Malvina.

—¿Todo eso pasó en este tiempo?

—Todo eso —afirmó Nico, omitiendo hablar de su yiclí de casado, que no era demasiado colorida.

—¿Y vos?

Ella le contó que estaba avanzando con los chicos en *la* formación de la banda, que estaba escribiendo canciones *nu vas*. Que su tratamiento para la amnesia avanzaba sin *pns* pero sin pausa. Y omitió hablarle de la horrorosa verdad que había descubierto, tanto lo que se refería a los chicos *coir*: que Malvina y Bartolomé habían sido los autores del secuestro de Cristóbal. Y aunque no habló sobre esos dos hechos *cr* la tenía muy abstraída, sin embargo él algo notó en su *ca*

—Cielo... ¿está pasando algo?

—Y sí, don Indi, casi perdemos a Thiaguito...

—No hablo de eso... siento que no estás bien...

—Será el tratamiento que estoy haciendo... Estoy *rem • viendo* cosas, a lo mejor será eso...

—desvió el tema para *r tentarse* y contarle toda la verdad.

—¿Tuviste algún avance? —se interesó Nico.

—No mucho —dijo Cielo—. Aunque pasó algo raro.

-¿Qué?

Cielo le contó que el día en que Thiago se había salvado de milagro, ella vio entrar en la habitación a un hombre de unos setenta años, del que se desprendía algo así como un brillito.

—¿Un brillito? —preguntó Nico extrañado.

—Sí, un brillito, como si fuera un ángel. Y espere, porque todavía no le conté lo raro.

Le contó cómo ese hombre se había acercado a Thiago le había apoyado sus manos en el pecho, y segundos después pues Thiago había empezado a reaccionar. Luego ese hombre le había dicho a ella, señalándole su pulsera, «nuiii dejes de buscar». Nico miró la pulsera de Cielo y recordó cuando el símbolo del dije lo había ayudado a interpretar el mapa.

Lo más raro, para Cielo, era que nadie más que ella parecía haber percibido la presencia de ese hombre, puesto que

los médicos pasaban junto a él sin registrarlo. Cuando vio que Thiago estaba bien, salió de la habitación y descubrió al final del pasillo al misterioso hombre, que giraba en el recodo, y lo siguió, pero al llegar al final del pasillo, el hombre había desaparecido. Lo buscó por todos lados, pero no lo encontró. Luego vio acercarse a Jásper. Ella le preguntó si había visto al «don» ese que había pasado caminando, a lo que el jardinero le respondió:

—¿El don de la vista dice usted?

—¡No! El hombre ese... Nadie lo vio, pero yo sí... —dijo entrecortadamente, y de pronto reparó en lo que le había dicho Jásper—. ¿Cómo dijo? ¿Qué me quiere decir con lo del «don de la vista»?

—Que su conciencia está despertando, jovencita... Por fin empezó a ver... No cierre los ojos.

No logró que Jásper le dijera nada más. Nico recordó cuando el misterioso jardinero le había contado que Inchausti había estado en Eudamón.

—Bueno, ahora viene lo raro, Indi.

—Ah, ¿todavía no me contaste lo raro?

—No, hay dos cosas raras más. La primera... esa noche, después de ver a ese hombre, soñé con él. Soñé que yo estaba en un pasillo de acá de la mansión, pero era chiquita. Soñé que mi mamá estaba teniendo un bebé.

—¿Recordaste a tu mamá?

—No, no la veía, pero sabía que estaba al lado. Y de repente apareció el mismo hombre, con el mismo brillito, y me regaló mi pulserita. Cuando los viejis me encontraron, yo ya tenía esta pulsera, ¿entiende, Indi? En el sueño el hombre me llamaba «Ángeles».

Nico se quedó estupefacto, pensó que, además de Cielo, otro nombre perfecto para ella sería Ángeles.

—¿Le contaste a tu médico ese sueño? —preguntó él. —Sí, el doc dice que tal vez sea un recuerdo más que un sueño. ¿Será ése mi verdadero nombre, Indi?

—No lo sé... pero si el médico dijo que tal vez es un recuerdo...

—Pero eso no es todo, Indi. Hay algo más... muy raro.

-¿Qué?

—Esto —dijo Cielo, sacando una foto antigua en la que se veía al hombre misterioso—. Éste es el hombre que vi 7 con el que soñé. ¿Y sabe quién es? Don Inchausti, el que fue dueño de esta mansión. Y lo más raro es que murió hace muchos años.

—Eso sí que es raro —concluyó Nico.

446

—Pero eso no es todo, Indi. Hay algo más... muy raro.

-¿Qué?

—Esto —dijo Cielo, sacando una foto antigua en la que se veía al hombre misterioso—. Éste es el hombre que vi; con el que soñé. ¿Y sabe quién es? Don Inchausti, el que fue dueño de esta mansión. Y lo más raro es que murió hace muchos años.

—Eso sí que es raro —concluyó Nico.

446

—¡Llegó la hora de **la curación!** —anunció Mar, entrando en el cuarto de los varones.

Thiago estaba acostado, aún convaleciente, y tenía a su lado una caja llena de fotos. Sostenía una en una mano, y varias más, rotas, a un costado.

—Me encanta la hora de la curación —declaró sonriente Thiago.

Ella vio la foto que él sostenía en la mano estaba junto a Bartolomé, en un campo. Thiago rompió la foto en dos partes, y puso la mitad que contenía a Barto junto a un montoncito de fotos rotas; en todas se veía a su padre. Mar no tardó en comprender que lo estaba eliminando de todas las imágenes.

—Ahora yo también soy huérfano, Mar... como todos ustedes.

Ella comenzó a quitarle una venda de una mano y a limpiarla con desinfectante. Él seguía hablando, como indiferente al dolor físico.

—No tengo papá... Mamá nunca tuve.

—Thiago... ¿te puedo hacer un pregunta?

—Claro.

—Lo que te pasó con el auto... —y buscó las palabras, pero no encontró una manera más delicada de preguntarlo—. ¿Fue un accidente?

—Estaba sacado... y había tomado mucho. Pero si me estás preguntando si me quise matar, no, no quise. Me quedé dormido. Tal vez, inconscientemente sí, pero yo no quería eso. Es verdad que hubo un momento, cuando me di cuenta de que había chocado... que no me importó. Si en ese momento me moría, no me importaba...

Ella empezó a lagrimear, mientras le curaba la mai Thiago le habló del profundo dolor del que aún no se reí peraba, después de saber que su padre era ese monstri Lo perturbaba muchísimo todo aquello de lo que se hal enterado, y más lo que suponía que ellos aún le ocultaba

—A lo mejor tu papá pueda cambiar... Desde que tuvi' el accidente, está distinto.

—Un tipo que explota a un nene de seis años, ¿te pare que puede cambiar?

Y miró el bolso con su ropa, y se sintió peor.

—Esa ropa, toda ropa de marca, cara... ¡Me la comp con plata que les obligó a robar! Este reloj... ¿Cuántas hor tuvieron que pasar ustedes en ese taller, trabajando, pa que él me regalara este reloj? Me da asco llevar su sangre su apellido.

—Llevarás su sangre, pero no sos él.

Tras un impulso Thiago le sujetó una mano y la miró c(desesperación, y la acarició como si fuera una cosita ch quita y frágil.

—¿Qué te hizo a vos, Mar? Aquella vez que me dejaste. Seguro que te amenazó, ¿no? ¿Con qué te amenazó?

—Con nada, déjame que te hago la curación... —inteni evadirlo.

—Por favor, Mar, necesito saberlo.

Ella lo miró. Sentía que no debía cargarlo con más irm genes horribles, temía que lo llevaran otra vez a la locun aunque tal vez debía llegar al fondo, de una vez por toda; y enfrentar toda la verdad.

—Esa vez... me hizo cavar mi propia tumba...

Thiago permaneció muchos minutos abrazado a ella, pidiéndole perdón. Lloró muchos días, y sus heridas sana ron antes que su alma. Sin embargo, ya había comenzadi su curación.

Mientras Nacho fingía pintar el cuadro en el que jamás había estampado una pincelada, observaba a Jazmín y se preguntaba cuál sería **el golpe de gracia** necesario para, finalmente, poder conquistarla.

Lo suyo era una obsesión, lo sabía, pero no le importaba. Jazmín era la mujer más hermosa que había visto en su vida, era imposible que siendo una huerfanita pobre y desvalida no cayera rendida a sus pies. Pero ahí estaba, tirada sobre una chaise longue, yendo a posar dos veces por semana para él, a cambio de una buena paga.

No respondía a una sola de sus insinuaciones ni a sus propuestas directas. Y lo más humillante había sido aquel día de lluvia, en que ella estaba posando para él... Nacho había desconectado la luz, fingiendo que era un corte general. Había encendido todas las velas aromáticas que había comprado en Nueva York, le había puesto una mantita para el frío, y cuando pensó que la tenía cocinada y quiso besarla, ella le había cortado el rostro vergonzosamente.

Las tenía muy caladas a las histéricas, las conocía de memoria, y sabía que hasta la más histérica tenía su precio. Pero Jazmín, si bien no dejaba de coquetear con él, era muy firme a la hora de negarse. Y el problema era Tacho.

Había tenido que soportar verde de furia todos los relatos ella le hacía sobre él. El amor que sentía por Tacho, cuánto lacia reír Tacho, lo bien que lo pasaba con Tacho, cuán. amentaba estar distanciada de Tacho.

Nacho estaba dispuesto a demostrarle a Jazmín que entre él y Tacho había mucho más que una letra de diferencia. Concluyó, entonces, que debería hacerle notar la gran distancia que los separaba.

Una tarde fue a visitar a Thiago, que seguía convaleciente y en cama, en la habitación de los varones. Su amigo estaba raro y no hablaba mucho, pero a Nacho no le importaba sólo estaba esperando, en realidad, ver a Tacho. Cuando le divisó en el patio cubierto, comenzó a hablarle a Thiago de Jazmín.

—No te quise contar nada, pero me estoy comiendo a Jazmín.

Thiago se sorprendió mucho, y Tacho, apretando sus puños, se acercó para escuchar. Nacho contó, con gran lujo de detalles inventados, cómo eran aquellas tardes en que ella iba a posar, desnuda. Describió cómo prácticamente se le había regalado una tarde de lluvia, y cómo, a pesar de *ya* haber terminado el cuadro, ella seguía yendo a pedirle más y más.

Nacho era consciente de que Thiago sabía que él era muy mentiroso y fabulador, y que su amigo no le estaba creyendo ni un diez por ciento de su relato, pero su objetivo no era convencer a Thiago de su mentira, sino enfurecer a Tache para que ocurriera lo que ocurrió a continuación.

Nacho se despidió de Thiago y salió al patio cubierto donde fingió sorpresa al ver a Tacho, que ya lo miraba indignado. Le sonrió con pedantería y eligió las palabras precisas para provocarlo:

—Ah, encima de grasa y villero sos chusma... ¿Te gusta escuchar atrás de las puertas? Bueno, man, jodete si no te gustó lo que escuchaste... Al final, Jazmín tenía razón sobre vos, sos bastante idiota.

Tal como lo había previsto, Tacho, vehemente, se le tire encima y le asestó una trompada. Rápidamente acudieron Rama y Mar, y Thiago se asomó desde su cuarto. Todos gritaron e intentaron separarlos. Desde su habitación Jazmín vio cómo Tacho, desbocado, intentaba pegarle con dureza.

—Tacho, ¿qué haces? ¡No seas pendejo, por favor! —le gritó.

Tacho se contuvo, la miró con desprecio y le dijo:

—Vos sos de terror —y se alejó.

Una tarde fue a visitar a Thiago, que seguía convaleciente y en cama, en la habitación de los varones. Su amigo estaba raro y no hablaba mucho, pero a Nacho no le importaba sólo estaba esperando, en realidad, ver a Tacho. Cuando lo divisó en el patio cubierto, comenzó a hablarle a Thiago de Jazmín.

—No te quise contar nada, pero me estoy comiendo a Jazmín.

Thiago se sorprendió mucho, y Tacho, apretando sus puños, se acercó para escuchar. Nacho contó, con gran lujo de detalles inventados, cómo eran aquellas tardes en que ella iba a posar, desnuda. Describió cómo prácticamente ~ le había regalado una tarde de lluvia, y cómo, a pesar de ;. haber terminado el cuadro, ella seguía yendo a pedirle más y más.

Nacho era consciente de que Thiago sabía que él era muy mentiroso y fabulador, y que su amigo no le estaba creyendo: ni un diez por ciento de su relato, pero su objetivo no *en*. convencer a Thiago de su mentira, sino enfurecer a Tache para que ocurriera lo que ocurrió a continuación.

Nacho se despidió de Thiago y salió al patio cubierto donde fingió sorpresa al ver a Tacho, que ya lo miraba indignado. Le sonrió con pedantería y eligió las palabras precisas para provocarlo:

—Ah, encima de grasa y villero sos chusma... ¿Te gusta escuchar atrás de las puertas? Bueno, man, jodete si no gustó lo que escuchaste... Al final, Jazmín tenía razón sobre vos, sos bastante idiota.

Tal como lo había previsto, Tacho, vehemente, se le ti: encima y le asestó una trompada. Rápidamente acudiere. Rama y Mar, y Thiago se asomó desde su cuarto. Todos gritaron e intentaron separarlos. Desde su habitación Jazmín vio cómo Tacho, desbocado, intentaba pegarle con dureza

—Tacho, ¿qué haces? ¡No seas pendejo, por favor! —. gritó.

Tacho se contuvo, la miró con desprecio y le dijo

—Vos sos de terror —y se alejó.

Unas horas más tarde el chofer del juez Pérez Alzamendi se quedó absorto ante el pedido del hijo de su patrón.

—Pero, Nachito, ¿te volviste loco?

—Pégame, te dije, man, y déjame marcas...

—Pero tu padre me mata si...

—Fájame, te digo, si no te querés quedar sin trabajo... Me hago pegar por otro y le digo a papá que fuiste vos. ¡Pégame, carajo!

Cuando le avisaron a Jazmín que Nacho estaba en cama por una golpiza, ella no dudó de que había sido Tacho. Se fue volando a la casa de Nacho, donde lo encontró lleno de hematomas y la boca lastimada. El padre estaba furioso y quería aplicar todo el peso de la ley sobre ese salvaje. Sólo porque Nacho, muy desvalido, le rogó y le suplicó, el juez Pérez Alzamendi no hizo nada, salvo hablar con Bedoya para que se ocupara de aleccionar a ese mocoso.

No sólo Jazmín estaba convencida de la violencia de Tacho, a quien ya lo había visto una vez pegarle a Nacho en su propia casa; Mar, Thiago y Rama lo habían tenido que separar en el patio cubierto, y aunque no lo juzgaban, ninguno le creyó cuando Tacho gritaba indignado que él ni siquiera lo había tocado.

Justina no daba crédito al cambio de su señor. Según su criterio, el accidente del niño Thiago lo había ablandado hasta la estupidez. Se había amigado con la bólide, perdonándole la renuncia a la herencia y la ayudaba a hacer bricolaje para su nueva casa, a la que se mudarían en breve aunque intentaba convencerla de que se quedara allí, con el peligro que significaba tener a Bauer viviendo bajo el mismo techo.

El mismísimo juez Adolfo Pérez Alzamendi le había pedido que ajusticiara por mano propia a Tacho, y Bartolomé había rehusado hacerlo, argumentando que quién no se había ido a las manos por una purreta alguna vez.

Había permitido que Thiago se instalara con los mocosos, y lo dejaba ensayar con esa bendita banda sin chistar. Marianella se mimoseaba con el niño Thiago delante de sus narices, y Bartolomé como si nada. Incluso parecía haberse olvidado de que la camuca arribista sabía toda la verdad.; la trataba con amabilidad y respeto.

—¡Espabilese, hombre! ¡Sea usted mismo!

—¿Qué me diste? —dijo él escupiendo el té que le había servido Justina.

—Té de rrruda macho, a ver si se le despierta el indi: salvaje otra vez. Mi señórrr, está hecho un panfilo, ¡nos va a enterrar vivos si sigue así!

Pero su amo no reaccionaba, e incluso se hacía preguntas sobre el bien y el mal, ¡un revirado!

Lo único bueno de ese cambio de Bartolomé era que se había interesado en conocer a Lucecita, y hasta había insistido para ir a cenar una noche al sótano, fingiendo ser e. juez que Luz creía que era. Tina fue feliz por un moment:

Justina no daba crédito al cambio de su señor. Según í criterio, el accidente del niño Thiago lo había ablanda;: hasta la estupidez. Se había amigado con la bólida, pera:- nándole la renuncia a la herencia y la ayudaba a hacer bricolaje para su nueva casa, a la que se mudarían en breve aunque intentaba convencerla de que se quedara allí, con e peligro que significaba tener a Bauer viviendo bajo el mismc techo.

El mismísimo juez Adolfo Pérez Alzamendi le habís pedido que ajusticiara por mano propia a Tacho, y Barto lomé había rehusado hacerlo, argumentando que quién n: se había ido a las manos por una purreta alguna vez.

Había permitido que Thiago se instalara con los mocosos, y lo dejaba ensayar con esa bendita banda sin chistar Marianella se mimoseaba con el niño Thiago delante de sus narices, y Bartolomé como si nada. Incluso parecía haberse olvidado de que la camuca arribista sabía toda la verdad, y la trataba con amabilidad y respeto.

—¡Espabilese, hombre! ¡Sea usted mismo!

—¿Qué me diste? —dijo él escupiendo el té que le había servido Justina.

—Té de rrruda macho, a ver si se le despierta el indio salvaje otra vez. Mi señorrr, está hecho un panfilo, ¡nos van a enterrrar vivos si sigue así!

Pero su amo no reaccionaba, e incluso se hacía preguntas sobre el bien y el mal, ¡un revirado!

Lo único bueno de ese cambio de Bartolomé era que se había interesado en conocer a Lucecita, y hasta había insistido para ir a cenar una noche al sótano, fingiendo ser el juez que Luz creía que era. Tina fue feliz por un momento

con aquella imagen familiar de los tres, cenando en ese sótano absurdo, decorado como si fuera un escenario de cine, en medio de un galpón oscuro.

Había algo que preocupaba mucho a Justina. Hacía ya un tiempo que Luz estaba rebelde y cuestionaba la veracidad de la guerra. No sabía por qué se le había puesto en la cabeza que la guerra era una mentira, y comprendió que la rebeldía venía en serio un día que la encontró a punto de salir al jardín por la puerta trampa del cementerio.

Justina acudió a Bartolomé y le hizo entender la gravedad del asunto:

—Lucecita quiere **salir al mundo**, y aunque la encierro con llave, no sé cuánto tiempo más podré retenerla ahí abajo, si le perdió el miedo a la guerra. Y salir del sótano significaría el fin para ambos, señorr.

—Habrá que reavivarle el miedo a la guerra, entonces — propuso él, y se quedó pensativo—. ¿Crees en el infierno, Justin? Porque si hay uno... ya tenemos reservada una suite ahí vos y yo...

—¡Déjese de escorrcharr con la culpa de una vez!

A Bartolomé se le ocurrió una idea, que era tan disparatada como poco probable; sin embargo, lo intentaron. Para calmar el afán de Luz de salir del sótano, le prometieron un día de picnic. Bartolomé habló con un militar amigo, que le permitió ir al campo de entrenamiento militar un par de horas.

Extremando los cuidados, sacaron a Luz del sótano por primera vez en su vida. Tenía los ojos vendados, le dijeron que era para darle tiempo a acostumbrarse a la luz natural. Con sigilo la subieron a un auto y la llevaron hasta el campo de entrenamiento, siempre con los ojos vendados. Una vez allí se internaron en el campo, y montaron el absurdo picnic.

Le sacaron las vendas, y Luz abrió lentamente los ojos, **con** dificultad y algo de dolor. Cuando la vista se le fue acosmmbrando a la claridad, miró con fascinación el color de las nubes aunque era un día nublado, ver el Sol que se insinuaba le provocó lágrimas de felicidad. A lo lejos se oían los estruendos de las bombas y balas de fogeo de los militares

que hacían su entrenamiento. Luz se convenció, finalmente de la veracidad de la guerra.

Luego de unos treinta minutos de picnic, volvieron a vendarle los ojos y la subieron nuevamente al auto. Pero c regreso a la mansión, Luz no resistió la tentación de ver una vez más el cielo. Se bajó apenas la venda, y miró a través de la ventanilla. Vio plazas, vio gente andando en bicicleta vio semáforos, vio malabaristas, vio cines, vio niños comiendo helados. Vio un mundo que no vivía en guerra.

A partir de esa *breve pero significativa experiencia historia* que le contaba Lleca en sus charlas, a través de *i* rejilla o durante sus encuentros, comenzó a ser más *verc mil* para ella que la historia de Justina. Sin terminar de acertar que su madre podría ser una mentirosa, aceptó la *ir .- tación* de Lleca de ver la realidad más allá del sótano.

Un día de sol salió, por fin, de su mano, sin vendas *ii* mentiras, a la luz del día. Él fue hasta el sótano a buscar La puerta estaba trabada desde afuera, y él la destrabó L tomó de la mano y la condujo hacia la escalera que *dafc i* la puerta trampa, entre las lápidas. Él salió primero p asegurarse de que el camino estuviera despejado.

—Dale, ya *podes* salir —le aseguró.

Luz comenzó a subir lentamente los escalones y se *curr* los ojos cuando la luz del sol la cegó. Esperó a acostumbrar a la claridad, y terminó de ascender. Era una imagen *cafl* espectral la de ella emergiendo entre las lápidas, come *jt* difunto que volvía a la vida, como una resurrección.

Él la tomó de la mano y la llevó corriendo hasta el *p i* ton de salida, y desde allí, al mundo.

Esa noche Bartolomé estaba dándose un baño de *inmerl* sión con unas sales con aroma a vainilla que le había *r. lado* la bólide en un gesto que le pareció súper *sweety*, *cz* do de golpe irrumpió Justina, con el rostro desencajado

—¡What the hell! —gritó él, cubriéndose sus partes *cn* una esponja de ducha.

—¡Mi chiquita desapareció! —gritó ella, al borde de la crisis nerviosa.

Bartolomé pareció reaccionar de golpe de su bondad transitoria, se puso una bata, y bajaron corriendo al escritorio, desde donde empezaron a llamar a todos los contactos. A Luisito Blanco, al comisario Azúcar, a Albertito Paulaso. Movilizaron todos los recursos, mientras Justina lloraba sin parar. De pronto sonó el teléfono, y ella atendió, presurosa.

—Fundación Bedoya Agüero...

Y se puso más blanca de lo que era. Tras una seguidilla de «sí, sí, sí», cortó y miró a Bartolomé.

—Mi chiquita está en el loft de enfrente, con Cielo y el doctor Bauer.

—¿Dónde está? La quiero ver... —suplicó Justina 1 rando, cuando Nico y Cielo se encerraron a hablar con e y Bartolomé en el escritorio.

—Está en el loft con los chicos. Está bien y no te quie ver —le dijo Nicolás.

—Ahora emiece a hablar... Explique qué es esa atro dad de tener a esa chica encerrada en un sótano —dijo Cié con demasiada angustia y furia.

Cuando creía que había visto todo en esa casa, aparecía una nueva monstruosidad.

Unas horas antes, cuando Lleca sacó a Luz del sotar la llevó a recorrer el barrio para demostrarle que allí r había guerra. Luz, con mucha aprehensión, miró a la gent íos autos, el césped de la plaza. Y se largó a llorar desconsoladamente. Lleca no supo qué hacer y le propuso regrsar al sótano, pero ella no quería volver con su madre, qu le había mentido toda la vida. Entonces Lleca la llevó al único lugar que creyó seguro, el loft de Nico, donde ahora vivía el amigo copado de Cielo.

Como Alex era amnésico, le creyó cuando Lleca le dij? que conocía a ambos.

—Fíjate en tus papelitos, boncha, soy Lleca, soy tu rr gomía —le pidió, mientras le señalaba un papel donde leía «Lleca, amigo de Cielo, habla al vesre».

Alex los hizo pasar, y como tenía que ir a la clínica, 1 dejó quedarse allí. Cuando Luz se tranquilizó, Lleca llamó . Cielo, a quien le contó apenas llegó de dónde provenía niña. Y Cielo, por supuesto, convocó a Nico.

Ambos, consternados, habían escuchado la historia de Luz. Cielo se maldijo por no haber tomado en serio a Lleca aquella vez, cuando le dijo que hablaba con alguien a través de una rejilla. Además ahora entendía que no había sido un sueño, sino que realmente había visto a esa nena en aquel sótano. Cielo no pudo evitar llorar y maldecirse por haber sido, también en eso, tan ciega.

Lo aberrante era que esa chica decía ser hija de Tina, y haber vivido toda su vida en un sótano, creyendo las historias de guerra que Justina le contaba. Nico y Cielo estaban muy impactados, esa historia iba **más allá de lo imaginable**, era algo indecible, fuera de lo humano.

Llamaron a Rama y le pidieron que concurreniera al loft para cuidar a Luz. Al enterarse de todo, Rama quedó tan conmovido como ellos.

Nico y Cielo cruzaron a la mansión y se encerraron para hablar con Tina. Ella lloraba sin parar, pero junto a Bartolomé habían tenido tiempo para inventar una explicación.

—Esa chica, Lucecita... no es mi hija —comenzó a fabular Justina.

Nico y Cielo se miraron, cada vez lo horrible se volvía más horrible.

—¿Cómo que no es tu hija? ¿La robaste?

—¡No! —exclamó ella, golpeando la mesa con un puño—. ¡La salvé!

—Yo me enteré hace poco... —dijo Bartolomé, siempre salvando su pellejo—. Un horror la historia, pero escúchenla...

Tina entonces contó su patraña. Les dijo que unos años atrás, cuando estaban tramitando algunos traslados de menores a la Fundación, una asistente social le había ofrecido comprar un bebé. Ella se había horrorizado ante semejante cosa, pero le siguió la corriente para llegar al fondo de esa cuestión. Esta asistente social, en realidad, era parte de una organización de traficantes de bebés. Justina descubrió que tenían a esta beba robada, cuyos padres habían matado los mismos traficantes de bebés. Justina dijo haber visto la posibilidad de sustraerles a la beba, y lo hizo sin dudar. Como no sabía qué

hacer con ella para protegerla, la escondió en el sótano. Le asistente social había sospechado de ella y la había amenazado; si descubría que ella les había sacado a la beba, matarían a ambas. Fue por eso que la mantuvo oculta, aseguro: para resguardarla de esos traficantes mañosos.

La historia tenía muchas grietas, y a Nico y a Cielo n: les cerró del todo. Pero Justina explicó cada duda.

—¿Por qué no la llevó a la policía, o a un juez? j

—Porque esos mañosos manejan todo, tienen jueces J policías comprados.

—Como buenas porquerías, ¿no? —dijo Cielo mirando *í* ambos con intención.

—¿Y por qué esa historia de la guerra? —preguntó NicJ aún muy impresionado por todo. I

—De alguna manera la tenía que retener ahí... Cuandiil empezó a querer salir, le tuve que inventar algo... Fue único que se me ocurrió.

—¿Y por qué tanto tiempo, Justina? —preguntó Nico * agregó despavorido—: ¡Tiene diez años!

—Cada tanto esos mañosos pasaban por acá, me hacia: saber que me vigilaban, que me tenían marcada... Me a. mucho miedo sacarla del sótano. Pero el lugar es un lugar hermoso... no es horrible.

Cuando bajaron al sótano y vieron el lugar, Nico y Ciel: acordaron que, en efecto, no era tan tético como prometió Pudieron observar el mundo cálido y de ensueño que le habí armado a esa pobre niña. Sin embargo, no dejaba de ser una cárcel siniestra.

—Esto se terminó —dijo Nico, mirando a Bartolomé— Esa nena no vuelve a este lugar... ¿De acuerdo, Bartolomé?

—Por supuesto que no. Digo, por supuesto que sí, que noJ vuelve digo. *

—Y hay que ponerle un ejército de psicólogos —dijo Cielo—. Y empezar a buscar a su familia.

—Los padres murieron —comunicó Tina, tensa.

—Tendrá abuelos, tíos, algún hermano, o hermana... —conjeturó Cielo, y Justina y Bartolomé sintieron un escalofrío.

hacer con ella para protegerla, la escondió en el sótano. El asistente social había sospechado de ella y la había amenazado; si descubría que ella les había sacado a la beba, mataría a ambas. Fue por eso que la mantuvo oculta, asegurando para resguardarla de esos traficantes mañosos.

La historia tenía muchas grietas, y a Nico y a Cielo les cerró del todo. Pero Justina explicó cada duda.

—¿Por qué no la llevó a la policía, o a un juez?

—Porque esos mañosos manejan todo, tienen jueces policías comprados.

—Como buenas porquerías, ¿no? —dijo Cielo mirando a ambos con intención.

—¿Y por qué esa historia de la guerra? —preguntó *NieM* aún muy impresionado por todo.

—De alguna manera la tenía que retener ahí... Cuando empezó a querer salir, le tuve que inventar algo... Fue el único que se me ocurrió.

—¿Y por qué tanto tiempo, Justina? —preguntó Nico, agregando despavorido—: ¡Tiene diez años!

—Cada tanto esos mañosos pasaban por acá, me hacía saber que me vigilaban, que me tenían marcada... Me di mucho miedo sacarla del sótano. Pero el lugar es un lugar hermoso... no es horrible.

Cuando bajaron al sótano y vieron el lugar, Nico y Cielo acordaron que, en efecto, no era tan tético como prometía. Pudieron observar el mundo cálido y de ensueño que le había armado a esa pobre niña. Sin embargo, no dejaba de ser una cárcel siniestra.

—Esto se terminó —dijo Nico, mirando a Bartolomé—. Esa nena no vuelve a este lugar... ¿De acuerdo, Bartolomé?

—Por supuesto que no. Digo, por supuesto que sí, que no vuelve digo.

—Y hay que ponerle un ejército de psicólogos —dijo Cielo—. Y empezar a buscar a su familia.

—Los padres murieron —comunicó Tina, tensa.

—Tendrá abuelos, tíos, algún hermano, o hermana... —conjeturó Cielo, y Justina y Bartolomé sintieron un escalofrío.

Cielo no pudo acompañar a Nico durante todo el proceso judicial como le había prometido, porque se dedicó de lleno a la pequeña Luz. La niña finalmente aceptó ir a la mansión, pero se negó a ver y hablar con Justina.

Al principio, Cielo consideró que, habiendo estado sola toda su vida, sería conveniente un proceso de adaptación, por lo que decidió instalarla en un cuarto sola. Luego, si ella lo deseaba, la mudaría con las chicas, para estar acompañada.

Justina estaba hecha un mar de lágrimas, vagaba por la casa sollozando, y casi no hablaba, no lo hacía como pidiendo perdón. Lejos había quedado la carcelera prepotente y cruel. A Bartolomé se lo veía muy preocupado por la conexión que advertía entre Cielo y su hermana, y se preguntaba cuánto podría tardar la mucama en atar cabos. Pero las cosas habían ido demasiado lejos como para tomar medidas extremas en ese momento. Además, con Bauer viviendo en la casa, no era conveniente remover el avispero.

Luz había caído en una depresión severa. Adaptarse a su nueva vida en esa casa hermosa, donde vivían otros chicos, donde había música y juegos y comidas en familia era un recoratorio permanente de la mentira en la que había crecido.

Aunque se negaba a hablar con Justina, aceptó, a pedido de Cielo, escucharla. Entre lágrimas y sollozos, Justina le había contado la historia de los traficantes de bebés, y le había explicado que había hecho todo eso con el fin de salvarla. Aunque la historia era una falacia, tenía algunos puntos de verdad. Luz sólo la escuchó y no dijo nada. A pesar de que una parte suya aún creía en su madre, seguía sin poder comprender el porqué de tantos años de engaño.

Cielo, por su parte, tenía innumerables motivos para sospechar de la veracidad de esa historia.

—¿Qué pensás de lo que dijo Tina? —le había preguntado Nicolás.

—No sé qué pensar... —dijo ella, conteniéndose para no contarle sus verdaderos motivos para no dar ningún crédito a sus dichos. j

Bartolomé los puso en contacto con un comisario, L' Blanco, quien les confirmó la existencia de esa supuesta banda de traficantes; y esa revalidación oficial dio un poco más de credibilidad a los dichos de Justina. Sin embargo para ambos nada justificaba la atrocidad de haber tenido una niña encerrada durante diez años en un sótano. A Cielo le partía el corazón saber que llevaría esa marca de por vida

Se esforzaba por darle toda la alegría y felicidad que podía, cada día, sin embargo notaba que la alegría angustiaba más a Luz, quien se había ido volviendo algo agresiva. Era reacia a compartir, se negaba a jugar con los chiquitos salvo con Lleca, y se resistía a prestar sus juguetes. A pesar de todos los esfuerzos que había hecho Alelé por acercarse a Luz la ignoraba por completo. «Compartir es algo que no existe en el mundo de alguien que se crió solo», pensó Cielo!

La llegada de Luz cambió la mirada de todos los chicos de la Fundación. Paradójicamente, comparando sus sonrisas con la de ella, se sintieron algo privilegiados; pero a vez todos comenzaron a ver a Bartolomé y a Justina con más aprehensión que antes: si habían podido hacer algo así, ¿qué no serían capaces con ellos?

Cuando conoció a Luz, Thiago llegó al límite del odio y la repulsión hacia su padre y Justina. Apenas les hablaba, le costaba horrores seguir fingiendo que confiaba en ellos, pero aceptaba el pedido de Cielo, ya que entendía que era mejor dejar que Bartolomé no se sintiera amenazado. Pero Thiago decidió que era momento de comenzar a revertir las cosas, y para ello se le ocurrió una idea.

—¿Un bar? —preguntaron al unísono Mar, Tacho, Jazmín y Rama cuando Thiago se los propuso.

Cielo, por su parte, tenía innumerables motivos para sospechar de la veracidad de esa historia.

—¿Qué pensás de lo que dijo Tina? —le había preguntado Nicolás. j

—No sé qué pensar... —dijo ella, conteniéndose para no contarle sus verdaderos motivos para no dar ningún crédito! a sus dichos.

Bartolomé los puso en contacto con un comisario, Lu Blanco, quien les confirmó la existencia de esa supuesta banda de traficantes; y esa revalidación oficial dio un poco: más de credibilidad a los dichos de Justina. Sin embargo para ambos nada justificaba la atrocidad de haber teñido una nena encerrada durante diez años en un sótano. A Cielo le partía el corazón saber que llevaría esa marca de por vida

Se esforzaba por darle toda la alegría y felicidad que podía, cada día, sin embargo notaba que la alegría angustiaba más a Luz, quien se había ido volviendo algo agresiva. Era reacia a compartir, se negaba a jugar con los chiquitos salvo con Llega, y se resistía a prestar sus juguetes. A pesar de todos los esfuerzos que había hecho Aleli por acercarse a Luz la ignoraba por completo. «Compartir es algo que no existe en el mundo de alguien que se crió solo», pensó Cielo.

La llegada de Luz cambió la mirada de todos los chicos de la Fundación. Paradójicamente, comparando sus historias con la de ella, se sintieron algo privilegiados; pero a la vez todos comenzaron a ver a Bartolomé y a Justina con más aprehensión que antes: si habían podido hacer algo así, ¿de qué no serían capaces con ellos?

Cuando conoció a Luz, Thiago llegó al límite del odio y la repulsión hacia su padre y Justina. Apenas les hablaba, y le costaba horrores seguir fingiendo que confiaba en ellos, pero aceptaba el pedido de Cielo, ya que entendía que era mejor dejar que Bartolomé no se sintiera amenazado. Pero Thiago decidió que era momento de comenzar a revertir las cosas, y para ello se le ocurrió una idea.

—¿Un bar? —preguntaron al unísono Mar, Tacho, Jazmín y Rama cuando Thiago se los propuso.

—Sí, acá enfrente... El local de antigüedades del falso James Jones se cerró. Yo ya averigüé y se puede habilitar como bar. Si Nico nos sale como garante, lo podemos alquilar y ponemos un bar, y lo atendemos nosotros mismos. Estando al lado del colegio, se va a llenar de chicos.

—Tu viejo nunca nos va a permitir eso —dijo Tacho.

—De mi viejo me ocupo yo... Además, si le damos una parte de la recaudación, no creo que le moleste. Sería algo nuestro, chicos. Para empezar a tener nuestro dinero... Yo no quiero un peso más de mi papá. Y ustedes también lo necesitan para empezar a alejarse de toda esta bosta. Podemos hacer shows en vivo... ¿Qué les parece?

No le costó mucho convencerlos, ni convencer a Cielo, que los apoyó ciento por ciento. Ni a Nico, que gustoso les salió de garantía para alquilar el local. Lo único que necesitaban eran recursos para abrirlo.

—Nacho va a hacer una fiesta en el club house de su country... —dijo Jazmín, lo que ocasionó un muy evidente malestar en Tacho. Él seguía enojado y alejado de ella por ese tema. —Le podemos decir que nos contrate.

—Nachito es muy amarrete —aseguró Thiago.

—Conmigo no —dijo Jazmín, y Tacho se retiró de la reunión.

Confiado plenamente en su efecto sobre Nacho, Jazmín ofreció su banda para la fiesta. Y Nacho, que no reparaba en gastos para seducirla, aceptó tanto a la banda como el precio; sólo le pidió que vigilara a sus amigos para que no se robasen nada en la fiesta.

Cielo los ayudó con los ensayos y el vestuario, pero esa vez prefirió no actuar con los chicos. No quería alejarse de la casa ni dejar a los chiquitos solos con Bartolomé, ni a Luz a merced de Justina.

Cuando los cinco llegaron al club house para hacer el show, sintieron sobre ellos la mirada de todos los invitados, adivinaron de inmediato que sería un público muy difícil.

Mar vio cómo Tefi la señalaba sin disimulo y se reía con sus amigas. Pero los chicos tenían un sueño, estaban allí pa juntar el dinero para abrir su bar, un bar que los independizaría para siempre. Los sueños dan la fuerza para soportar cualquier mal trago.

Tefi no cesaba de mirar a Mar con odio y criticarla.

—¿Por qué la odias tanto? —le preguntó Nacho—. Ok, blacky, es grasa, y se quedó con Thiago... pero a vos te pa algo más con ella, ¿o no?

—No me molestes, Nacho —dijo ella odiosa, y sumamente incómoda, alejándose de él.

Promediando la fiesta, Nacho tomó el micrófono para presentarlos. Se deshizo en halagos para Jazmín, casi como si fuera una artista solista, y los demás, su coro. En medio de la presentación, tapó el micrófono y los miró.

—¿Cómo se llama la banda?

Los chicos se miraron. Jamás habían pensado en eso.

—Bueno... la otra vez actuamos como «Cielo y sus Angelitos» —dijo Rama.

—Pero Cielo no está acá... —dijo Nacho—. ¿Los presen como «Los Angelitos»? —preguntó casi con asco.

Los chicos se miraron, no les gustaba para nada ese nombre, pero la gente se impacientaba. Entonces Nacho resolvió.

—No, es re grasa. Por lo menos que sea un nombre en inglés —dijo sin admitir discusión, volvió al micrófono, y anunció, grandilocuente—: ¡Con ustedes... **TeenAngels!**

Los chicos comenzaron a cantar. Thiago se preguntó si no sería una provocación cantar, justamente allí la canción que Cielo había instado a escribir a Mar, Jaz, Tacho y Rama un día en que estaban furiosos con Thiago y sus amigos chetos. «Saquéense la bronca, escriban todo lo que sienten en una canción», les había dicho Cielo. Y ellos escribieron *Nenes bien*.

Nenes bien, que van portando apellido...

Y a la calle no los dejan ni asomar.

Que no saben que lo simple y divertido...

Es vivir como uno quiere y nada más.

Los cinco crecían sobre el escenario, ante la mirada atónita de los nenes *bien* invitados a la fiesta. Cuando empezaron a ver que algunos tímidamente movían sus pies al ritmo de la canción, una energía arrolladura descontroló sus cuerpos.

De uniforme van formados al colegio...

Combinados con el auto de papá.

Ya la tarde el inglés es el recreo...

Porque mami en el gimnasio siempre está.

Rama se sentía una estrella de la canción avanzaba entre las chicas, todas rubias, todas bronceadas, que lo miraban atraídas. Thiago omitía mirar al equipo de rugby del colegio, del que él era parte, imaginando las cargadas en el próximo entrenamiento. Tacho no podía contener su bronca al ver a Jazmín dedicándole sus estrofas a Nacho, pero sintió una gran satisfacción al ver la bronca de ella cuando las nenas *bien* de la fiesta comenzaron a gritarle a él «caño». Mar se sentía alta y esbelta, nacida en un escenario.

Venfa bailar y sacate la careta.

Yo estoy acá, y te quiero acompañar.

Venía soñar, que la vida nos espera...

Vos sabes que podrás ser feliz, de verdad...

Nene, ¿que esperas?

No tardes más...

Con excepción de Tefi, todos los nenes *bien* bailaron y vivaron a la banda, a la que, precipitadamente había bautizado Nacho. Aquella noche, nació TeenAngels.

463

Capítulo 013
padres e hijos

—En el juicio de **paternidad** de Marcos Andrés Ibarlucía y Carla Ingrid Kosovsky contra Nicolás Andrés Bauer, este juzgado da por iniciada la sesión.

Las audiencias comenzaron. El abogado de Nico era optimista, aunque no tenían muchos elementos para serlo. Nico confiaba en que prevalecería el sentido común. Aunque Cielo no podía estar allí con él, lo llamaba permanentemente y le hacía saber que lo acompañaba.

Nico estaba sentado junto a su abogado y amigo, Marcelo Loyza. Detrás de él, como protegiéndole las espaldas, estaban Malvina y Berta, su madre, que había viajado especialmente a la ciudad para apoyarlo. A su derecha, Carla estaba sentada junto a Marcos Ibarlucía y la abogada de ambos.

Marcos fue el primero en declarar.

—Señor Ibarlucía... —preguntó su propia abogada—. Qué relación tiene con la señora Carla Kosovsky?

—Fuimos pareja casi dos años.

—¿Sabía usted que ella fue pareja de Nicolás Bauer?

—Lo supe. Ellos fueron pareja luego de que ella y yo terminamos.

—¿Y no volvió a verla desde entonces?

—Volví a verla recientemente, cuando vino a decirme que el hijo que había tenido con Bauer era, en realidad, hijo mío.

Nico respiró hondo para serenarse. ¿Cómo se le decía a una ueza que eso era mentira? Que ese hombre había abandonado a Carla cuando supo que estaba embarazada y que jamás quiso conocer a su hijo. ¿Cómo se demostraba eso sin pruebas?

—Fue un golpe muy duro —continuó Marcos con afectación—. Saber que otro hombre había criado a mi hijo como si fuera propio, que me había perdido para siempre su infancia, sus primeros pasos... fue muy duro.

—¿Qué pretende ahora?

—Recuperar lo que me robaron. Soy el hijo no reconocido de Andrés Bauer. Nicolás Bauer siempre me odió y Ueeg hasta a robarme a mi hijo. Eso quiero, justicia.

Berta estiró su mano hasta tocar el hombro de su hijo sabía, conociéndolo, que estaría a punto de estallar. Pan ella también era un dolor grande que un hombre, aunqfuera una lacra, hubiera crecido sin ser reconocido por padre, su difunto esposo. Estaba convencida de que su mardo nunca se había enterado de aquello, pero las pruebas cADN confirmaban que Marcos era hijo de Bauer.

Cuando fue el turno del abogado defensor, Loyza le preguntó a Marcos si era cierto que, tras abandonar a Bauer Carla había vuelto con él, y Marcos lo negó, mintiendo E abogado insistió, ya que eso probaría que sería muy extrañ que Carla no le hubiera contado entonces que el hijo era suyo, pero Ibarlucía persistió en mentir.

—¡Mentira! —dijo Nico no pudiendo evitar elevar la voz y Berta volvió a apretarle el hombro.

Carla, por su parte, también abonó a la mentira, per.. Nico veía que lo hacía como a pesar suyo; sin dudas Ibarlu cía la amenazaba con algo. Ella negó haberle contado antes que Cristóbal era su hijo; y ante la pregunta de por qué ella había abandonado al niño, relato lo que previamente había ensayado con su abogada.

—Luego de la separación con Marcos, entré en una crsis depresiva, que se agravó cuando supe que estaba embarazada. Ahí volví con Nicolás, él fue encantador conmigo me contuvo muchísimo. Pero la depresión se agravó cuand nació Cristóbal. Tuve una depresión posparto diagnosticada y corroborada por el perito psiquiatra. Fue bajo esa depresión que abandoné a mi hijo.

—¿Y cuando comprendió el error, intentó volver a verlo —preguntó su abogada.

—Miles de veces, pero Nicolás estaba muy enojado nunca me lo permitió.

La sangre hervía en las venas de Nico, no podía conte-

nerse sin estallar ante tanta mentira y descaro. Quería gritar que no había existido tal depresión, que había sido toda su vida una mujer perversa, que lo abandonó a él y a su hijo para irse atrás de otro hombre. La jueza lo hacía callar cada vez que él se descargaba comentándole en voz alta sus pensamientos a su madre.

Cuando llegó su turno de hablar, Nico hizo un gran esfuerzo por contener su verbosidad y su necesidad de gritar la verdad.

—Cuando Carla se fue, la busqué desesperadamente, la llamé miles de veces, todos los días; le supliqué que volviera a ver a su hijo, pero ella jamás me atendió. Estaba viajando por el mundo con Ibarlucía. Yo a él no lo conocía y ni sabía que era mi medio hermano. Me acabo de enterar.

La abogada de Marcos y Carla comenzó una batería de preguntas tendientes a provocarlo y desestabilizarlo.

—¿Se considera un buen padre?

—Sí.

—¿Y cree que mentir es algo bueno?

—Depende.

—¿Sí o no?

—No.

—¿Es de buen padre mentirle a un hijo?

—No —respondió Nico sabiendo hacia dónde apuntaba.

—Sin embargo, usted le mintió toda la vida a su hijo, diciéndole que era el padre biológico y que la madre estaba enferma en África.

—Eso lo hice porque...

—¿Le mintió o no le mintió?

—Sí. Le mentí —tuvo que admitir.

—Adjunto una copia de una carta que escribió el señor Bauer, haciéndose pasar por la madre del niño, supuestamente enferma en África.

—Fue un error... —se defendió Nico—. Preferí eso a decirle que su madre lo había abandonado.

—No más preguntas.

—Pero yo sí tengo más respuestas.

469

—Bauer... —le advirtió la jueza. J

—Admito que me equivoqué, pero lo hice por amor. *Am* que estas dos personas no conocen. Ellos, que ahora **haca** un juicio, y dicen ser padre y madre, jamás van a poder **sea** tir ni un gramo del amor que yo siento por mi hijo. PorqJ es mí hijo, aunque no tenga mi sangre. La unión que tenJ mos Cristóbal y yo es más fuerte que cualquier ADN. Por **esi** le pido, le suplico, que no le arruinen la vida a Cristóbal. Yi lamento mucho, Marcos, que no hayas podido crecer con 3 papá —dijo mirando a Marcos—. Por favor, no le haga ii mismo a Cristóbal, él no se lo merece. —Suficiente, Bauer.

Los días corrían y las audiencias no marchaban bien más fuerte que tenían contra Marcos era su condición de tra ficante de reliquias arqueológicas y las múltiples identidades con las que se manejaba, pero no pudieron probar n _ de eso. De todas maneras, el abogado de Nico seguía ma teniéndose optimista. Primaba en todos la idea de que jueza, siendo mujer, atendería al sentido común. Pero el tenían testimonios, y los otros, pruebas. Berta estaba c vencida de que cuando llegara el día de dar su testimo: sería decisivo.

—Lo primero que quiero resaltar, son los valores c tiene Bauer —así llamaba Berta a su hijo—. Desde la cunt mi marido le enseñó...

—Señora, límitese a responder las preguntas —le india jueza con fastidio ante la familiar tendencia a irrespe el proceso.

—Si no me deja, no puedo responder. Cuando Bauer tuvo que hacer cargo de Cristóbal por el abandono de Car ¿qué hizo? Se puso los pantalones, como haría cualquier Bauer. Mi hijo tiene valor, honor, orgullo, es el fiel reflejo de mi marido.

—Señora...

—¡Ningún Bauer abandonaría a una criatura! —conti-

I

—Bauer... —le advirtió la jueza. 1

—Admito que me equivoqué, pero lo hice por amor. Al que estas dos personas no conocen. Ellos, que ahora no un juicio, y dicen ser padre y madre, jamás van a poder sentir ni un gramo del amor que yo siento por mi hijo. Porque es *mi* hijo, aunque no tenga mi sangre. La unión que teí con Cristóbal y yo es más fuerte que cualquier ADN. Por eso te lo pido, le suplico, que no le arruinen la vida a Cristóbal lamento mucho, Marcos, que no hayas podido crecer con un papá —dijo mirando a Marcos—. Por favor, no le hagas lo mismo a Cristóbal, él no se lo merece. J

—Suficiente, Bauer.

Los días corrían y las audiencias no marchaban bien más fuerte que tenían contra Marcos era su condición de testificante de reliquias arqueológicas y las múltiples identidades con las que se manejaba, pero no pudieron probar nada de eso. De todas maneras, el abogado de Nico seguía manteniéndose optimista. Primaba en todos la idea de que la jueza, siendo mujer, atendería al sentido común. Pero ellos tenían testimonios, y los otros, pruebas. Berta estaba convencida de que cuando llegara el día de dar su testimonio sería decisivo.

—Lo primero que quiero resaltar, son los valores que tiene Bauer —así llamaba Berta a su hijo—. Desde la cuna... mi marido le enseñó...

—Señora, límitese a responder las preguntas —le indicó la jueza con fastidio ante la familiar tendencia a irrespetar el proceso.

—Si no me deja, no puedo responder. Cuando Bauer se tuvo que hacer cargo de Cristóbal por el abandono de Carla ¿qué hizo? Se puso los pantalones, como haría cualquier Bauer. Mi hijo tiene valor, honor, orgullo, es el fiel reflejo de mi marido.

—Señora...

—¡Ningún Bauer abandonaría a una criatura! —conti-

nuó con vehemencia, y agregó mirando a Marcos—: Y mi marido nunca supo que eras su hijo, si no te hubiera reconocido, porque los Bauer tenemos corazón, sabemos lo que es amar. En cambio ustedes, con ese resentimiento, este par de hijos de Prunia son una montaña de bosta fosilizada, un cargamento de guano mal digerido...

—¡Retírenla! —ordenó la jueza.

Berta no estuvo de acuerdo con el abogado, que argumentaba que su testimonio había jugado en contra. Aún mantenían el optimismo, sobre todo Malvina, que ya había decidido que, cuando llegara la hora de votar, ella votaría a favor de Nicky.

Pero el optimismo chocó con una tristísima noticia. La jueza había llamado a Loyza para hacerle una propuesta. Le había aclarado que no dudaba del amor de Nico ni de sus buenas intenciones, sin embargo las pruebas y errores cometidos por éste eran concluyentes. Por lo tanto, y casi como un acto de piedad para con él, para evitar una derrota total, la jueza les propuso llegar a un arreglo: conceder a los padres biológicos la patria potestad del menor, y reservarse para sí un régimen de visitas.

—¿Qué quiere decir «régimen de visitas»?

—Te permitirían verlo dos veces al mes.

Al día siguiente, Nico recibió la visita de Carla. Ella estaba enterada de la propuesta de la jueza y suponía, conociendo a Nicolás, que no la aceptaría.

—Por favor, Nicolás, acéptala. Si sigue el juicio, lo vas a perder, y Marcos no te va a dejar verlo. Él te odia, a vos, a toda tu familia, y va a ir hasta las últimas consecuencias.

—¿Vos me estás pidiendo que yo acepte ver a mi hijo dos días al mes?

—Yo puedo lograr que sea una vez por semana...

—¿Vos me vas a autorizar a mi cuándo ver a mi hijo? —estalló Nicolás—. Y si acepto... ¿dónde va a vivir? ¿En lo de Ibarlucía o en tu casa? ¿Se lo van a dividir en pedazos? ¡No!

Voy a hacer lo que tenga que hacer. Nadie me va a separar de Cristóbal.

—Pero, Nicolás, no estás pensando... Vas a perder.

—No, tenes razón. No estoy pensando. ¿Y sabes por qué? Porque no se puede pensar en que te separen de tu hijo cuando sos padre. Porque ustedes, que hacen un juicio de paternidad, no tienen idea de lo que es ser padre. Si supieras lo que es ser madre, jamás podrías firmar un acuerdo para ver a tu hijo dos veces por mes. Así que no voy a firmar, no voy a arreglar, y voy a llegar hasta el final del juicio, porque eso es lo que hacemos los padres. No voy a abandonar a mi hijo, porque quiero estar siempre, siempre con él, eso es la paternidad.

Voy a hacer lo que tenga que hacer. Nadie me va a separar de Cristóbal.

—Pero, Nicolás, no estás pensando... Vas a perder.

—No, tenes razón. No estoy pensando. ¿Y sabes por qué? Porque no se puede pensar en que te separen de tu hijo cuando sos padre. Porque ustedes, que hacen un juicio de paternidad, no tienen idea de lo que es ser padre. Si supieras lo que es ser madre, jamás podrías firmar un acuerdo para ver a tu hijo dos veces por mes. Así que no voy a firmar, no voy a arreglar, y voy a llegar hasta el final del juicio, porque eso es lo que hacemos los padres. No voy a abandonar a mi hijo, porque quiero estar siempre, siempre con él, eso es la paternidad.

El local bajo el loft tenía cada día más cara de bar. Habían pintado las paredes con aerógrafo, en azul y blanco, simulando nubes. Sobre la puerta colgaron un cartel de neón que rezaba «Bar TeenAngels». Les había gustado tanto el nombre que lo habían adoptado para la banda y también para el bar.

Mar era la encargada de los aspectos técnicos. Fiscalizaba o realizaba ella misma las tareas de electricidad, plomería, albañilería y pintura. Jazmín y Lleca eran los encargados de arreglar con los proveedores; Lleca, por su experiencia en la negociación y ella, para rogar descuentos con su carita angelical y seductora. Tacho se encargaba de la logística y de todo lo que requiriera de fuerza, y Rama se ocupaba de la decoración y musicalización. Thiago, con sus contactos en el colegio contiguo, se encargaba de las relaciones públicas.

Cielo y Nico, en los pocos momentos libres que tenían, se dedicaban de lleno a ayudarlos. Cielo les donó su sueldo, que seguía pagando Nico, y sus ahorros. Nico también contribuyó con dinero, y hacían todo lo que podían **por los chicos**. Además, ambos sabían que era una manera de pasar más tiempo juntos.

Las relaciones entre Tacho y Jazmín no habían mejorado sino que, muy por el contrario, habían empeorado al punto de no hablarse. Tacho le había creído a Jazmín cuando le contó que los dichos de Nacho eran falsos, pero ella seguía sin creerle que él no lo había golpeado.

—Y si lo golpeé, ¿qué? ¿Te importa a vos ese cheto sucio? —la desafió él.

—No quiero estar con un tipo violento...

—¡Yo no soy violento! Soy calentón, pero jamás lo toqué.

Pero a vos te conviene pensar eso porque en realidad quieras enganchar a ese cachetón y sus millones, ¿no?

A partir de esa frase, ella dejó de hablarle. Él estaba tan obsesionado con la posibilidad de que Jazmín accediera a las pretensiones de Nacho que estaba casi provocando que eso ocurriera.

Brenda y Rama se habían distanciado. Luego de que Rama había descubierto que su padre estaba arreglado con Bartolomé, él decidió hablarlo con ella. Sabía, por haberlo visto en Thiago, que recibir ese tipo de noticia sobre un padre era algo muy difícil. Y ella no lo tomó bien. Sin embargo, cuando ella le manifestó que necesitaba alejarse un poco, le dijo que los motivos nada tenían que ver con su padre, sino que notaba que él estaba enamorado de Marianella. Rama lo negó, pero ella estaba convencida y no le creyó.

—Y además... se nota que ella también —le dijo refiriéndose a lo que Marianella sentía por él.

Esta afirmación de Brenda había reavivado las ilusiones nunca extintas de Rama. Mar seguía con Thiago, y más allá de algunas demostraciones de celos, Rama no creía que estuviera enamorada de él, pero quería creerlo, de modo que rápidamente volvió a sufrir por ese amor no correspondido. Aún le faltaba tiempo para vislumbrar que ése sería un patrón que repetiría, una y otra vez.

Mar, por su parte, estaba descubriendo su propio patrón de relación. Habiendo superado la instancia del amor clandestino y la imposibilidad, ahora que Bartolomé ni se atrevía a impedirlo, Marianella había empezado a ver fantasmas por todos lados. Como si ella no pudiera creer que podía tener una relación feliz, estaba todo el tiempo esperando el drama que la despertara de ese hermoso sueño, convencida de que en cualquier momento darían las doce y su vestido de princesa se convertiría en harapos. Por eso vivía alerta a cualquier señal de peligro; se volvió desconfiada y paranoica, pues temía que Thiago la engañara o la dejara por otra. Él no le daba ningún motivo para que reaccionara así, sin embargo ella no podía confiar del todo en su conducta.

Pero a vos te conviene pensar eso porque en realidad quieras enganchar a ese cachetón y sus millones, ¿no?

A partir de esa frase, ella dejó de hablarle. Él estaba tan obsesionado con la posibilidad de que Jazmín accediera a las pretensiones de Nacho que estaba casi provocando que eso ocurriera.

Brenda y Rama se habían distanciado. Luego de que Rama había descubierto que su padre estaba arreglado con Bartolomé, él decidió hablarlo con ella. Sabía, por haberlo visto en Thiago, que recibir ese tipo de noticia sobre un padre era algo muy difícil. Y ella no lo tomó bien. Sin embargo cuando ella le manifestó que necesitaba alejarse un poco, le dijo que los motivos nada tenían que ver con su padre, sino que notaba que él estaba enamorado de Marianella. Rama lo negó, pero ella estaba convencida y no le creyó.

—Y además... se nota que ella también —le dijo refiriéndose a lo que Marianella sentía por él.

Esta afirmación de Brenda había reavivado las ilusiones nunca extintas de Rama. Mar seguía con Thiago, y más allá de algunas demostraciones de celos, Rama no creía que estuviera enamorada de él, pero quería creerlo, de modo que rápidamente volvió a sufrir por ese amor no correspondido. Aún le faltaba tiempo para vislumbrar que ése sería un patrón que repetiría, una y otra vez.

Mar, por su parte, estaba descubriendo su propio patrón de relación. Habiendo superado la instancia del amor clandestino y la imposibilidad, ahora que Bartolomé ni se atrevía a impedirlo, Marianella había empezado a ver fantasmas por todos lados. Como si ella no pudiera creer que podía tener una relación feliz, estaba todo el tiempo esperando el drama que la despertara de ese hermoso sueño, convencida de que en cualquier momento darían las doce y su vestido de princesa se convertiría en harapos. Por eso vivía alerta a cualquier señal de peligro; se volvió desconfiada y paranoica, pues temía que Thiago la engañara o la dejara por otra. Él no le daba ningún motivo para que reaccionara así, sin embargo ella no podía confiar del todo en su conducta.

Pero las dificultades amorosas no impedían que funcionaran a la perfección como grupo. Todo lo vivido los había unido de una manera especial; para ellos, la amistad que tenían era más importante que cualquier otra cosa.

Cielo estaba feliz por ellos y disfrutaba de esa especie de remanso. Con Justina debilitada por lo de Luz, y Bartolomé debilitado por el accidente de Thiago, habían cesado la explotación y los maltratos. Aunque Cielo tenía en claro que sólo se trataba de una tregua. Bartolomé seguía sin cobrar su herencia y suponía que, cuando necesitara dinero, volverían a la carga.

Por ese motivo decidió anticiparse. Sabía que la solución era la justicia, sólo necesitaba conseguir un juez honesto. Con la excusa de hacerle una consulta por el tema de Luz, Cielo le pidió a Nico que, por medio de su abogado, le recomendara un juez. Y el abogado les recomendó al juez de menores más probo y honesto que conocía, el doctor Arteche.

El tape que Cielo le había entregado al comisario Azúcar, y que luego éste le dio a Bartolomé, por supuesto, no era la única copia. Cielo y los chicos no habían sido tan estúpidos como para quedarse sin esa prueba. Sólo hacía falta tener una nueva ocasión de presentarla. Ella lo consultó con los cinco amigos, y todos estuvieron de acuerdo y quisieron acompañarla.

—Ustedes dedíquense al bar, a la música y a ser felices. Yo me ocupo de esto —les dijo muy segura.

Partió con sus pruebas a ver al juez Arteche, que era un hombre muy mayor y había visto de todo en su juzgado. Se indignó con las pruebas y relatos de Cielo. Además ella le habló sobre la existencia de Luz y la dudosa historia de Justina. El juez prometió iniciar sus investigaciones y le aseguró que sería muy discreto, ya que eso era vital para mantener la seguridad de los menores. Como primera medida, enviaría a un asistente social del juzgado para efectuar un relevamiento.

Al salir, Cielo cruzó la calle y se acercó al juzgado donde se estaba desarrollando otra jornada de audiencia en el juicio a Nicolás.

—De pronto... —le dijo Nico en un receso—. Pasamos de ser un arqueólogo y una acróbata a vivir en juzgados.

—¿Qué no haríamos por los chicos, no?

Y se miraron con un amor profundo, un amor que ya no soportaba distancias. Malvina también veía ese amor, y por eso decidió dejarlos solos, luego de darles el café que había ido a buscar para ellos.

Al salir, Cielo cruzó la calle y se acercó al juzgado donde se estaba desarrollando otra jornada de audiencia en el juicio a Nicolás.

—De pronto... —le dijo Nico en un receso—. Pasamos de ser un arqueólogo y una acróbata a vivir en juzgados.

—¿Qué no haríamos por los chicos, no?

Y se miraron con un amor profundo, un amor que ya no soportaba distancias. Malvina también veía ese amor, y por eso decidió dejarlos solos, luego de darles el café que había ido a buscar para ellos.

El día en que declinó la oferta de un arreglo Nico adivinó por la cara de decepción de la jueza que la sentencia no sería favorable.

A lo largo del juicio, la abogada querellante había logrado demostrar muchos hechos que lo perjudicaban: que no tenía un trabajo estable y que su situación financiera, tras meses de no trabajar debido precisamente al juicio, no era muy holgada. Se demostró que, por la actividad de Nico, Cristóbal había pasado la mayor parte de su vida viajando, sin establecerse en un lugar, y que por eso su educación formal sufría constantes interrupciones; en tan solo tres ciclos escolares había estudiado en cinco colegios. El hecho de que Cristóbal fuera una especie de genio y, además, muy instruido no fue tomado en cuenta.

También se hizo constar que, profesionalmente, su vida estaba dedicada a la búsqueda de la isla de Eudamón. La abogada había presentado dos informes de dos respetadísimos arqueólogos que habían calificado la creencia en la mítica isla de Eudamón como un «delirio» y como una «fantástica ingenuidad». Se demostró también que la endeble situación financiera de Nico se debía a la gran cantidad de dinero gastado en la «ingenua y delirante» búsqueda de Eudamón; empresa a la que, por supuesto, acarreó a Cristóbal. Se dejó constancia de que en esos viajes el menor había estado en zonas de emergencia sanitaria, con el riesgo que eso significaba, sobre todo para un niño asmático.

Se adjuntaron, asimismo, tres pericias psicológicas que planteaban los posibles daños ocasionados al menor con las mentiras sobre su identidad y, según la abogada querellante, se tuvo en cuenta la experiencia traumática de haber sido víctima de un secuestro, hecho que, como mínimo, dejaba

en evidencia las serias deficiencias de Bauer para garantizar la seguridad del menor. Malvina tuvo que retirarse al momento cuando mencionaron este último punto.

Luego de los alegatos finales, la jueza anunció que al día siguiente se haría la lectura de la sentencia. Nicolás pidió por medio de su abogado, hacerlo un día después. Tanto Marcos como Carla se negaron; él porque solamente querían fastidiarlo, y Carla, porque deseaba terminar de inmediato con ese juicio. Sin embargo, Nico insistió. Cuando la jueza le preguntó al abogado de Nicolás por qué la insistencia en posponerlo un día, fue Nico el que respondió:

—Porque mañana es el cumpleaños de Cristóbal, y quiero estar con él.

Se produjo un silencio generalizado en la sala, tras el cual Nico miró a la jueza y le dijo:

—Mire a los padres que reclaman a mi hijo... Una madre que ni siquiera recuerda el día que lo tuvo.

Pero como la querrela no estuvo de acuerdo en posponer la lectura de la sentencia, el pedido no le fue concedido.

Al día siguiente, todos se reunieron en la mansión a festejarle el cumpleaños a Cristóbal pero, aunque se esforzaron, fue muy difícil arrancarle una sonrisa. Cristóbal sabía que ese día se conocería la sentencia, y por el excesivo optimismo de su padre, intuía que las cosas no iban bien. Nico había decidido no presentarse a la lectura, en la que estaría representado por su abogado. Él no se perdería el cumpleaños de su hijo.

Cristóbal abrió cada regalo intentando mostrarse feliz. Nico le regaló un tricéfalos a control remoto, y a pedido de propio Cristóbal, contrató un mago. Le llamó mucho la atención que su hijo quisiera esto, ya que no le gustaban los magos más bien lo aburrían porque les descubría todos los trucos.

Su abuela Berta, o la madre de su padre, como preferís ella ser llamada, le regaló una momia que hablaba. Malvina le obsequió un juego didáctico para niños de seis meses a dos años. Cielo le regaló su vieja cámara fotográfica.

Los TeenAngels le regalaron un flamante demo que habían grabado, además de un interesantísimo juego de estrategia. Monito, Alelí y Lleca le dieron una enciclopedia arqueológica, claramente, elegida por Nico. Todos se sorprendieron cuando Luz, que casi no hablaba con nadie, se acercó y le regaló un par nuevo de walkie-talkies, idea propuesta por Cielo. Hasta Justina le entregó un presente, una alcancía con forma de ataúd. Bartolomé le dio el tironcito de orejas y le regaló un par de medias.

Antes de que comenzara el show del mago, Cristóbal se acercó a Rama y le dijo que necesitaba pedirle un favor.

—Lo que quieras, enano —dijo Rama.

—Es un favor grosso, Rama. Y no se puede enterar mi papá.

Rama arqueó las cejas cuando Cristóbal le dijo lo que necesitaba, pero accedió.

El show del mago fue muy divertido, y grandes y chicos se asombraron con trucos realmente sorprendentes. Cuando el mago hizo el clásico truco de la desaparición del baúl, invitó al homenajeador a participar como partenaire. Nicolás supuso que Cristóbal se rehusaría, pues no era muy afecto a la exposición pública, sin embargo su hijo accedió de buena gana.

El mago lo ayudó a meterse dentro del baúl, lo cerró, hizo pasar a Alelí para que dijera las palabras mágicas, y luego abrieron el baúl. Como era de esperarse, Cristóbal no estaba allí. Todos aplaudieron, y el mago volvió a cerrar el baúl. Quiso hacer pasar a Luz para que dijera las palabras mágicas de la reaparición, pero ella no quiso. Fue Monito el encargado. Todos bromearon diciendo que Monito había dicho mal las palabras mágicas cuando, al abrir el baúl, Cristóbal no estaba allí. Pero Nico se preocupó al ver la cara de desconcierto del mago.

—¿Qué pasa, flaco? —preguntó Nico ya alarmado, mientras el mago miraba por detrás del baúl mágico.

—Hay un error... debería estar acá —dijo el mago con preocupación.

Y Nico comprendió lo que estaba ocurriendo.

En ese momento, Cristóbal se encontraba frente a la man-

sión con Rama, que ya lo esperaba en un taxi, para acompañarlo al juzgado. Nico salió de la mansión, seguido por todos los demás, y lo vieron partir.

—Va al juzgado —afirmó Nico—. Va a hablar con la jueza

La jueza estaba por proceder a la lectura del veredict: cuando se abrió la puerta de la sala de audiencias y entraron Rama y Cristóbal, agitados. Carla se estremeció al ver y Marcos no pudo sostenerle la mirada.

—Yo quiero hablar —dijo Cristóbal mirando a la juez—

—Primero respira, enano —le aconsejó Rama, quien se estaba agitando más de la cuenta.

Al pasar junto a su madre, ella le sonrió.

—Feliz cumpleaños, Cristóbal.

—Por ahora no tengo un feliz cumpleaños, mamá.

En ese momento se volvió a abrir la puerta, y entrar en tropel Nico, Malvina, Berta, Cielo, y todos los chicos.

—No tienes escrúpulos, Bauer —le dijo Ibarlucía—. Mándar al chico para intentar dar vuelta el juicio.

La abogada querellante objetó la intención de Cristóbal pero él insistió.

—Por favor, jueza, déjeme hablar. Yo le quiero decir que siento.

—¿Cuántos años cumplís, Cristóbal? —le preguntó ella.

—Ocho.

—Bueno, yo creo que con ocho años, este hombrecito puede hablarnos de lo que siente —concluyó.

Muy diligente, Cristóbal subió al estrado, acomodó micrófono a su altura, carraspeó y miró a todos. Sus ojos se encontraron con los ojos conmovidos de su padre.

—Yo siempre tuve a mi papá... —comenzó—. Y me faltaba una mamá. Ahora tengo a mi mamá, pero me sobra un papá —dijo y miró a Marcos—. A lo mejor, algún día te empiezo a conocer y te llego a querer, pero todavía no. Y menos si haces sufrir así a mi papá —aseguró y miró a la jueza—. Porque, señora... Nicolás Bauer es mi papá.

sión con Rama, que ya lo esperaba en un taxi, para acompañarlo al juzgado. Nico salió de la mansión, seguido por todos los demás, y lo vieron partir.

—Va al juzgado —afirmó Nico—. Va a hablar con la jueza

1

La jueza estaba por proceder a la lectura del veredicto: cuando se abrió la puerta de la sala de audiencias y entraron Rama y Cristóbal, agitados. Carla se estremeció al verlos y Marcos no pudo sostenerle la mirada.

—Yo quiero hablar —dijo Cristóbal mirando a la jueza

—Primero respira, enano —le aconsejó Rama, viene? que se estaba agitando más de la cuenta.

Al pasar junto a su madre, ella le sonrió.

—Feliz cumpleaños, Cristóbal.

—Por ahora no tengo un feliz cumpleaños, mamá.

En ese momento se volvió a abrir la puerta, y entraron ~ en tropel Nico, Malvina, Berta, Cielo, y todos los chicos.

—No tienes escrúpulos, Bauer —le dijo Ibarlucía—. Mí dar al chico para intentar dar vuelta el juicio.

La abogada querellante objetó la intención de Cristóbal pero él insistió. fl

—Por favor, jueza, déjeme hablar. Yo le quiero decir lo que siento. '

—¿Cuántos años cumplís, Cristóbal? —le preguntó ella

—Ocho.

—Bueno, yo creo que con ocho años, este hombrecito puede hablarnos de lo que siente —concluyó.

Muy diligente, Cristóbal subió al estrado, acomodó micrófono a su altura, carraspeó y miró a todos. Sus ojos encontraron con los ojos conmovidos de su padre.

—Yo siempre tuve a mi papá... —comenzó—. Y me faltaba una mamá. Ahora tengo a mi mamá, pero me sobra el papá —dijo y miró a Marcos—. A lo mejor, algún día empiezo a conocer y te llego a querer, pero todavía no. Y menos si haces sufrir así a mi papá —aseguró y miró a la jueza—. Porque, señora... Nicolás Bauer es mi papá.

Y se quedó callado. Le sudaban las manos, y le estaba costando respirar. La jueza pidió que le sirvieran agua.

—¿Puedo leer? Estoy nervioso...

—Por supuesto —dijo la jueza, que apenas podía contener su propia compasión por ese niño.

Cristóbal desplegó un papel bastante ajado, claramente no lo había escrito la noche anterior, sino hacía muchos días.

—Una vez estuve enojado con mi papá —comenzó a leer—. Porque me mintió con lo de mi mamá. También me dijo que era mi papá de sangre, y no era... Pero yo lo perdoné, porque cuando uno quiere mucho a alguien, perdona, ¿no? A lo mejor algún día llegue a querer mucho a Marcos, y lo perdone. A lo mejor algún día también perdone a mi mamá. Pero ahora, al que quiero es a Bauer, mi papá. Él me enseñó todo lo que sé, mi papá sabe cómo hacerme pasar el asma cuando me agarra, mi papá sabe lo que me gusta y lo que no me gusta. Mi papá es un grosso, es el mejor arqueólogo, y me lleva con él a todos lados, y me enseñó a respetar la historia. Yo soy el único hijo de mi papá, y él es mi único papá. Yo le pregunto, señora jueza, ¿un nene siempre tiene que estar con los papas de sangre? Mi papá del corazón es Nicolás Bauer. Y yo quiero estar con él, porque yo... soy Cristóbal Bauer. Y él es mi papá.

En ese momento, Berta se dio cuenta de que Nico le estaba apretando las manos con tanta fuerza que las tenía moradas. Ambos se miraron con orgullo: el apellido Bauer se enaltecía esa tarde en aquel juzgado.

Cristóbal dobló el papel y lo guardó en su bolsillo. Luego miró a la jueza, que estaba evidentemente conmovida, y bajó del estrado. Se acercó hasta su padre, que lo alzó y le dijo al borde del llanto:

—Ahora sí quiero volver a mi cumpleaños, pa.

Entonces esta vez fue la jueza la que solicitó aplazar la lectura del veredicto. La abogada de Marcos se preocupó, y el abogado de Nico se esperanzó. Y Cristóbal, junto a toda su familia y amigos, volvió a su fiesta de cumpleaños, en la que estuvo sin despegarse un solo instante de su papá.

—Tranquilo, Bauer —le dijo **Berta** aquella noche do había acabado *él* festejo, y tomaban un té en la co(La justicia es ciega, no estúpida.

—Estoy preocupado, Berta.

—Ok, Bauer —dijo su madre—. Llegó la hora de 1 en serio.

—No quiero pensar en lo que va a pasar mañana

—¡Así piensan los cobardes! Los valientes asumen lidad y piensan. Y la realidad, hijo querido, es que maí te pueden sacar a Cristóbal.

—¿Vos qué crees? ¿Papá sabía que tenía otro hijo

—No lo sé, y nunca lo vamos a saber. Quiero creí conocía a tu padre, y que él no hubiera hecho una co

—Los valientes tampoco lloran, ¿no? —dijo él seca las lágrimas.

—Sí, lloran, lloran mucho, pero siguen adelante. Vé no es el que no tiene miedo, sino el que tiene miedo, p enfrenta. Entonces, seamos valientes y enfrentemos 1 chos, Bauer. Si mañana te sacan a Cristóbal, si nos lo sa ¿qué vas a hacer?

—Me muero.

—¿Y después?

—No sé, mamá.

—Bauer...

—¿Pelear?

—Toda la vida. Es como... como Eudamón. Vos nu viste, no hay una sola prueba concreta de que exista tu padre la buscó, ahora la estás buscando vos, y tu Cristóbal, la va a seguir buscando si vos no la encontrá; que seguir, Bauer, siempre... porque la isla de la feli<

—Tranquilo, Bauer—le dijo **Berta** aquella noche, **rai** do había acabado el festejo, y tomaban un té en la cocán La justicia es ciega, no estúpida. i

—Estoy preocupado, Berta.

—Ok, Bauer —dijo su madre—. Llegó la hora de hai *jí* en serio.

—No quiero pensar en lo que va a pasar mañana. j

—¡Así piensan los cobardes! Los valientes asumen le lidad y piensan. Y la realidad, hijo querido, es que maña: te pueden sacar a Cristóbal.

—¿Vos qué crees? ¿Papá sabía que tenía otro hijo?

—No lo sé, y nunca lo vamos a saber. Quiero creer conocía a tu padre, y que él no hubiera hecho una cosa

—Los valientes tampoco lloran, ¿no? —dijo él secánc las lágrimas.

—Sí, lloran, lloran mucho, pero siguen adelante. Valie no es el que no tiene miedo, sino el que tiene miedo, perc enfrenta. Entonces, seamos valientes y enfrentemos los chos, Bauer. Si mañana te sacan a Cristóbal, si nos lo saca ¿qué vas a hacer?

—Me muero.

—¿Y después?

—No sé, mamá.

—Bauer...

—¿Pelear?

—Toda la vida. Es como... como Eudamón. Vos nunca viste, no hay una sola prueba concreta de que exista. Pe tu padre la buscó, ahora la estás buscando vos, y tu hi Cristóbal, la va a seguir buscando si vos no la encontrás. H que seguir, Bauer, siempre... porque la isla de la felicida

esa pequeña isla en la que cada uno de nosotros puede ser feliz, en algún momento, se encuentra. Vos vas a encontrar u Eudamón, mi amor. Con Cristóbal, con Cielo...

—Mamá, estoy casado con Malvina.

—Por eso... ya va a llegar todo lo que deseas. Vas a tener Eudamón con todos los que amas.

—Con vos también.

—Siempre.

Al otro día Nico acompañó a Cristóbal al colegio, y dos intentaron seguir con naturalidad la rutina diaria despidieron hasta el mediodía, y Nicolás fue al juzgado: escuchar el veredicto. Al llegar se encontró con que allí se han todos los chicos de la Fundación, junto con Cielo. No dijeron nada, pero todos eran una masa compacta. Malvina y Berta se sentaron junto a él para escuchar el veredicto

—Antes de leer la sentencia... —comenzó la jueza—, quisiera decir unas palabras. Los jueces, cuando fallamos, tenemos **el temor de fallar**, en el sentido de equivocarnos. La ley no es sólo letra escrita, contempla matices, sobre todo cuando hay un menor involucrado. Que nadie tenga dudas, el menor es mi prioridad. La paternidad biológica de Marcos Ibarlucía y de Carla Kosovsky es un hecho demostrado, y tienen el derecho de reclamar la patria potestad. También fue demostrado que Nicolás Bauer ejerció con padre adoptivo del menor y que establecieron un excelente vínculo. Pero el doctor Bauer cometió un error, que para la ley es un delito: anotar a Cristóbal con su apellido, sabiendo que no era su hijo biológico. Eso no es una adopción, sino una apropiación. Mi obligación, ante la complejidad del caso es ceñirme a la ley —expuso, y comenzó a leer la sentencia—: Por eso, con las facultades que me confiere la ley resuelvo: concederle la patria potestad del menor a Marcos Ibarlucía y Carla Kosovsky. Ellos detentarán la tenencia reservándose plenos derechos sobre su educación y crianza mientras que el padre adoptivo podrá...

Pero Nico ya no escuchaba, se había empequeñecido en su silla. La jueza comprendió que Nico no la estaba escuchando, e hizo callar a los chicos, que habían empezado

gritar, indignados con semejante injusticia. La jueza miró a Nico ocultando su propio desgarró.

—Doctor Bauer ¿comprende lo que le digo?

—No.

—Opino que sería perjudicial para el menor que perdiera contacto con usted, y por eso dispongo un régimen de visitas. El menor cohabitará con su madre, en tanto que el señor Ibarlucía lo anotará con su propio apellido. A partir de este acto, el menor pasa a llamarse Cristóbal Ibarlucía.

Cada palabra era un nuevo golpe para Nico, que se volvía más y más pequeño en su asiento. Los gritos de indignación de los chicos eran incontenibles. Cielo intentaba sofrenarlos, pero antes debía dominar su propia furia. Berta miraba fijamente una estatua de la justicia con ganas de destrozarla. Malvina empezaba a darse cuenta de cuánto quería a Cristóbal. Carla no podía levantar la mirada del piso, y Marcos comenzaba a sentir que ni esa venganza acallaba su rencor; aunque le había sacado a su medio hermano lo que más amaba, aún se sentía un bastardo desplazado.

Cristóbal jugaba con un jeep en miniatura en el jardín de la mansión, deslizándolo sobre unas tablas de madera que había dispuesto como puente. Nicolás se asomó al jardín y lo contempló durante varios minutos, hasta que Cristóbal lo descubrió. Entonces Nico corrió, se tiró sobre él y lo hizo rodar, haciéndole cosquillas y despeinándolo.

—Bauer —dijo el niño—. No te hagas el gil, me haces cosquillas para no hablar del juicio. Dale... qué dijo la jueza... la verdad.

—Obvio que te voy a decir la verdad.

—Dale. No soy un nene, no des vueltas.

Nicolás comenzó a hablar, sin encontrar aún las palabras para decírselo. Le dijo que la jueza había opinado que, como Carla y Marcos eran sus papas biológicos, sería bueno que legalmente fuera su hijo.

—O sea, algo formal, como dijo mamá.

—Sí, sí, algo formal. Bueno... en realidad, a la jueza ' pareció bien que como vos viviste todos estos años conmi ahora vivas un poco con tu mamá. También le dio perrr a Marcos para visitarte cada tanto... y bueno, obvio que también te voy a visitar, eso ¡ni-se-dis-cu-te!

Nico vio cómo su hijo comenzaba a llorar, y le resu intolerable, pero se impuso ser fuerte. Ése era un mome para que Cristóbal llorara y él lo contuviera.

—Campeón... ¡no es nada grave! Te lo juro... nos vamo a ver las veces que quieras, podemos hablar por teléfom todo el día si querés, o por chat... ¿Te gusta el chat?

—Yo quiero vivir con vos —dijo Cristóbal en medio de llanto desgarrado.

—¡Y yo también! Pero ya vivimos ocho años juntos, c ¡necesito independizarme un poco! No llores, mi amor llores por favor...

—No me quiero ir. ¡Hace algo, papá, no los dejes!

Cristóbal lloró, sin consuelo, mientras su padre lo abr zaba y le repetía, casi como un mantra, aquella frase que padre le había dicho tantas veces.

—Más allá de las nubes, el cielo es siempre azul.

Aunque resultara paradójico, a pesar de que habí pasado sólo horas de la sentencia, el día amaneció radiar/ iluminado por la luz del sol de octubre. Dentro de la m sión todos intentaron quitarle dramatismo a una situacic que estaba inundada de desdicha. Nicolás les pidió a tod los chicos que despidieran a Cristóbal como se despide alguien que verán al día siguiente, pues ésa era la sensacic: que quería darle a su hijo. Ese día era triste, pero habría un mañana, y mañana todos volverían a verse.

Los chicos cumplieron con el pedido de Nico y lo saludaron con gran naturalidad, diciéndole que lo matarían í no venía a la inauguración del bar. Cristóbal no hablaba.

A la hora convenida, llegó Carla a buscarlo. Cielo lo despidió en la sala, prometiéndole que no pararía hasta encon-

—dijo ella

-dijo, y se

trar walkie-talkies de gran alcance con los que podría hablar con ella desde su nueva casa.

Nico, junto a Berta y Malvina, acompañaron a Cristóbal hasta el portón de la mansión, donde lo esperaba Carla. Nicolás sostenía la valija en una mano, y la mano de Cristóbal en la otra. Intentaba mantenerse entero. Cuando Cristóbal vio a su madre, que lo esperaba junto a una oficial de justicia, se aferró a su padre y la miró.

—No quiero esto mamá —se atrevió a decir.

—Vas a ver a tu papá cuando quieras, Cris... —dijo ella con enorme culpa.

—Yo lo quiero ver siempre, no me quiero ir —dijo, y se abrazó a la pierna de su padre.

Nico se agachó y le tomó la cara.

—Campeón... toda tu vida estuviste esperando a tu mamá... Ella también te necesita. Aprovechala... y en unas horas ya nos estamos viendo de vuelta. Ni te vas a enterar...

—Bauer, escucha a tu padre —intervino Berta—. A veces no es tan pantufla y sabe lo que dice. Él tiene razón, el tiempo vuela.

Luego se alejó de Cristóbal y se acercó a Carla, y por lo bajo le dijo:

—Cuida al hijo de mi hijo, o te clavo una pirámide entre las cejas.

Malvina se acuclilló junto a Cristóbal, y conmovida como jamás había estado en su vida, lo acarició.

—Nos vemos enseguida, Cris, ¿sabes?

Nico le acomodó la ropa, y le colocó una mochila en la espalda.

—¿Listo? Acordate de lavarte los dientes, por arriba, por abajo, por adelante, y por atrás, y la lengua también. Lleva siempre encima el broncodilatador. Y báñate lo más seguido que puedas, ¿ok?

Cristóbal asintió; intentaba no llorar, pero las lágrimas se le escapaban solas.

—Vamos, no pucheree... Eso no es de Bauer.

Cristóbal asintió, apechugando la situación como se supo-

nía debía hacer un Bauer. Carla se acercó y le tendió la mano y él la tomó. Avanzaron unos pasos hacia el auto de Carla pero cuando ella le abrió la puerta para dejarlo subir, Cristóbal se soltó de su mano, y corrió hacia su padre, pegó un salto y se abrazó a él. Entonces todos empezaron a llorar hasta la oficial de justicia que los observaba. Cristóbal se negaba a irse, se aferró a su padre y no lo podían despegar. Nadie se atrevía a tirar de él, pero a cada palabra, se aferraba con más fuerza al cuello de Nico.

Nico entonces lo dejó llorar, le dio el tiempo para estar listo. Le juró que seguirían unidos de por vida, que sólo se sentía un **mal** trago, que ya iba a pasar, que siempre serían padre e hijo.

Finalmente Cristóbal, vencido, se dejó conducir. Nicolás siguió con la mirada el auto que se llevaba a su hijo, hasta verlo desaparecer. Además de un desgarramiento y un dolor *que* no había sentido jamás en su vida, tenía la irremediable certeza de que le había fallado.

Cuando Malvina le dio la gran noticia, Nico recordó las palabras que le había dicho Mogli antes de partir, y se sorprendió, una vez más, de la sabiduría de su amigo.

—¿Embarazada? ¿Pero estás segura?

—Sí, Nicky... bastante segura. Estoy **embarazada**. Me hice tres test de embarazo. No te lo quise decir antes porque estabas con el tema del juicio... pero ahora, que perdiste a Cristóbal...

—No lo perdí.

—Sí, perdón, perdón... Digo, ahora que él ya no está acá, pensé que a lo mejor esta noticia te alegraba un poco. Vamos a tener un hijo, mi amor.

Nico la abrazó. Por supuesto que lo alegraba, la idea de tener otro hijo era algo que le daba mucha felicidad, y no se consideró en condiciones de plantearse que tal vez su matrimonio era un error.

Pero hizo un gran esfuerzo por conectarse con esa noticia, le pidió disculpas por no ser efusivo, por no ponerse a saltar de alegría como lo hubiera hecho en otras circunstancias, pero la separación con Cristóbal lo tenía devastado.

—Aferrate a mi panza —le dijo ella—. Esto es una señal, una esperanza, un poco de felicidad en medio de tanto dolor, ¿no?

Acordaron no comentarlo aún, ya que todavía no llegaba al tercer mes de embarazo. Sin embargo Malvina no tardó ni diez minutos en incumplir el acuerdo. Y a la primera persona que se lo contó, luego de Nico, fue a Cielo.

—Ami, querida, ¡vas a ser tía!

—Ni ami, ni querida, ni tía...

—Me muero muerta, por favor, cuánto resentimiento...

—¿Es de Indi ese hijo? ¿O es de la otra lacra que le acaba de sacar a Cristóbal?

Malvina hizo una serie de sonidos indignados y se alejó pero pegó la vuelta.

—No le digas a Nicky que te conté, is our secret, ¿sí?

Y se fue. Lo cierto era que por más indignación que le produjera la pregunta de Cielo, Malvina se estaba torturando por la misma duda. Por los tiempos, cabía la posibilidad de que ese hijo fuera de Ibarlucía. Ella rogó desesperadamente que no fuera así. No se podía estar arrepentida de tantas cosas, y no soportaría una vida entera de remordimiento por tener un hijo de otro hombre que no fuera su marido.

Bartolomé no le fue de ninguna ayuda, ya que para él, a partir de la renuncia a la herencia, el matrimonio de Malvina y Nicolás le importaba tanto como los derechos de los pescadores en Tailandia.

Malvina, a partir de ese día, intentó sepultar en lo más profundo de su memoria esa duda que la perseguía. Y todas las noches rezaba, pidiéndole a Dios que por favor ese hijo fuera de Meo, como si se pudiera cambiar lo ya hecho.

Aunque existía la posibilidad de que no fuera de Nico, la noticia del embarazo había devastado a Cielo. Sentía que ese sueño que alguna vez había tenido estaba cada vez más lejos

—¿Y qué pasa con Alex, Cielo? —le preguntó Mar al verla tan triste.

—¿Qué pasa con Alex? —repreguntó Cielo.

—No, digo... Es un lindo tipo, la térmica le hace fals contacto, pero no deja de ser simpático... Los dos tienen ei común que les patina el eje, no sé...

—¿Vos me estás diciendo que yo me tengo que agarrar a Alex de premio consuelo?

—Nada más te estoy diciendo que no te podes quedar toda la vida llorando por Nico.

Mar tenía razón en varias cosas: en que no podía seguir llorando, en que Alex era un lindo tipo, y en que ambos

podrían ser una pareja muy desopilante, al menos; una que olvidara rápidamente los rencores.

Pero como si fuera una ironía de la vida, un texto subrayado con resaltador que le decía «la felicidad no es para vos», cuando fue a ver a Alex para invitarlo a tomar algo, lo encontró muy conmovido con una mujer embarazada.

—Encontré a mi familia, Cielo... Ella es mi mujer, me está buscando hace meses... ¡Voy a tener un hijo! —le contó muy emocionado.

—Alex... qué alegría —dijo sinceramente Cielo.

La mujer de Alex tenía una panza a punto de explotar, y no podía parar de llorar mientras le contaba su desesperación de todos aquellos meses. Cielo, y también Alex, se enteraron de que él vivía en un pueblo sobre la cordillera en el sur, que él había venido a la Capital a buscar trabajo cuando ella había quedado embarazada, y que nunca más supo de él. Alex le contó lo que suponía que le había ocurrido lo habían asaltado y golpeado, y eso le provocó una lesión y su amnesia.

Al día siguiente, cuando Cielo los despidió y los vio partir, a ambos, pensó que la vida podía dar palos en la cabeza pero también daba reencuentros.

Carla había intentado construir un lugar cálido para Cristóbal. Había redecorado una habitación, le había comprado cosas que suponía le gustarían y además había hecho traer gran parte de sus juguetes y libros. Sin embargo Cristóbal la ignoraba casi por completo. Habiéndola añorado cuando la creía lejos, mantenía una fría distancia ahora que **su madre estaba cerca**. Volvió a embalar la mayoría de sus pertenencias, y le dijo que prefería tener esas cosas en su casa para cuando fuera a visitar a Bauer.

Thiago, Tacho y Rama estaban muy apenados al ver a Nico, que era apenas una sombra del que había sido. Vivía apagado, translúcido, como si perteneciera a otro lugar. Intentaron sumarlo a los preparativos para la inauguración del bar, para distraerlo. Y si bien Nico aceptó, ya que nunca negaba una mano al que se lo pedía, estuvo con ellos solo para estar.

El teléfono de Nico sonaba cada veinte minutos, y él se iluminaba cada vez que veía que era Cristóbal quien lo llamaba, volviéndose a apagar cuando cortaba. «Papá, te estoy mandando una caja con mis cosas para que guardes allá» «Papá, ¿no que se demostró que el triceratops existió?» «Papá, ¿cuánto tiempo hay que cocinar la hamburguesa para que quede cocida como me gusta a mí?» «Papa, ¿qué hacías?» «Papá, ¿podemos cambiar el día de visitas para hoy?» «Papá, ¿estás cerca de la casa de mi mamá?» «Papá, ¿podemos juntar todos los días de visita ahora hasta que hagas la apelación?» «Papá, vino Marcos y me trajo un documento que decía Cristóbal Ibarlucía y yo lo rompí... ¿hice mal?»

A diferencia de Cristóbal, Luz persistía en su mutismo. Cielo intentaba hacerla hablar, largar todo ese dolor y enojo

que atesoraba, pero la nena seguía pensativa. Y se ponía peor cuando Justina la rondaba. Con el único que hablaba era con Lleca, que pasaba muchas tardes con ella. La historia de Luz había hecho revivir en él su propio deseo de encontrar su identidad.

Finalmente llegó la noche de la inauguración del bar TeenAngels. Los chicos estaban felices, la convocatoria había sido excelente. Los cinco propietarios del lugar dieron la bienvenida a todos, y estrenaron una canción que se llamaba *Che, bombón*.

Nico estaba rodeado y apuntalado por todos sus afectos, mirando a los chicos cantar, cuando vio aparecer a Cristóbal corriendo hacia él. Nico lo abrazó, y su hijo le dijo que su madre le había dado permiso para venir a la inauguración, cosa que Nico por supuesto no creyó, pero le permitió quedarse un rato, saludar a todos y disfrutar unos minutos del show, y luego lo llevó a la casa de Carla.

Ella quedó absorta cuando abrió la puerta y vio a Nico cargando a Cristóbal, ni se había dado cuenta mientras dormía de la huida de su hijo.

—Vas a tener que estar más atenta, Carla. Cristóbal es un chico muy especial, nos da tres vueltas a todos.

A pesar de que Carla estuvo más atenta, Cristóbal se las arreglaba casi todas las noches para escaparse e ir a la casa de su padre. Nico lo reprendía, ya que era peligroso que caminara solo y de noche las quince cuadras que separaban la casa de Carla de la mansión; sin embargo, secretamente, lo esperaba, y su alma volvía a iluminarse cada vez que lo veía.

El bar se convirtió en una sensación. Durante el día era el lugar de reunión de todos los alumnos del Rockland. Se acercaba el verano, y decenas de chicos pasaban sus tardes en las mesitas sobre la vereda, tomando sol, estudiando, flirteando, enamorándose y desenamorándose. Por las noches, tres veces por semana, hacían shows, en general cantaban los TeenAngels, algunas veces con Cielo como invitada. Una noche a la semana hacían karaoke, que se convirtió en un suceso.

Pero lo mejor y más estimulante fue que una noche cuando terminaron de actuar, se les acercó un hombre unos treinta años, muy simpático, que les entregó su tarjeta y se presentó como «el Chango».

—Soy representante artístico. Si tienen ganas de ir en serio con esto, llámenme. Esta banda puede ser un fuego

Bartolomé no estaba para nada entusiasmado con la idea lentamente, y azuzado por Justina, estaba despertando del letargo bondadoso. Que los chicos estuvieran felices con el barsucho y dándole de lo que te da al bailecito con la banda y todo eso con Thiaguito, ya lo estaba inquietando. Si embargo, los chicos le daban una parte de la recaudación para tenerlo tranquilo. Él la aceptaba, pero manifestando su desacuerdo.

Cielo no cejaba en su determinación de revertir por completo la situación de explotación. Quería traer profesore para los chicos; aunque ya estaba terminando el año lectivo quería ponerlos al día para que al año siguiente pudieran comenzar el colegio como el resto de los alumnos. Estaba resuelta a resolver el enigma de la identidad de Luz, y además había comenzado a hablar con los chicos sobre sus respectivos pasados, para tratar de reconstruir sus vidas.

Había hablado con Rama, quien le refirió su historia. En algún lugar de su corazón, tenía la esperanza de volver a ver a su madre, de la que sabían que había viajado a Miami. Le interesaba encontrarla no tanto por él, sino por Alelí, qui seguía preguntando por ella. Cielo tomó nota de su caso, el nombre de la amiga de su madre en cuya casa habían vivido y prometió intentar averiguar algo.

El caso de Jazmín era diferente; ella sabía que sus dos padres estaban muertos, y no tenía hermanos, ni abuelos. Recordaba sí que tenía un tío, pero no sabía nada sobre él sólo cómo se llamaba. Cielo también apuntó su nombre para intentar localizarlo.

Fue Thiago el que refirió a Cielo el nombre de Sandra Rinaldi, ya que Mar se negó a hablar de eso. Ella no tenía ninguna intención de buscar a la mujer que la había abandonado

nado. Tacho, en cambio, sabía dónde estaban sus padres y su familia, pero tampoco tenía ganas de volver a verlos. Ellos lo habían entregado a cambio de un televisor, no le provocaba ningún deseo saber de ellos.

Monito contó que sus dos padres habían muerto, y él se había criado con su abuelo, que también había fallecido. Podría haber sido colocado en una lista de adopción si Bartolomé no se lo hubiera apropiado.

El caso de Lleca era más complejo; lo único que sabía era que había sido robado a sus padres, y él estaba seguro de que ellos lo estarían buscando, pero tenían pocos datos para comenzar la búsqueda. Contó que una vez había recurrido a Bartolomé para que lo ayudara, y él dijo que lo haría, sin embargo no había hecho nada.

Cielo tomó nota de cada caso y se propuso, con tiempo, ir rearmando la historia familiar de cada uno de ellos. Pero inesperadamente apareció una pieza fundamental de uno de estos rompecabezas.

Una tarde de octubre había poca gente en el bar. Nacho estaba allí, esperando a que Jazmín terminara su horario para invitarla a ir a andar en moto. Había obligado a Tefi a permanecer con él ya que no quería esperar solo. Tefi estaba molesta y de un pésimo humor hacía ya mucho tiempo. Nacho lo había notado pero, en general, no se interesaba mucho por los problemas ajenos, sin embargo aquel día, sólo para que ella accediera a quedarse con él, intentó hacerla hablar.

—No me pasa nada, Nacho —contestó ella, con sus ojos ensombrecidos.

—Man, te conozco desde antes que empezaras a gatear, sé que te pasa algo. ¿Es por Thiago?

—¿Que tiene que ver Thiago?

—No, que a vos te gustaba y ahora está con la Blacky. ¿Es por eso?

—No me hables de esa parda.

—La odias, ¿no? —se rio Nacho, pero notó que ella se ensombrecía más aún—. ¿Qué pasa, Tefi? Algo te pasa...

Y ella de pronto se largó a llorar. Él no sabía muy bien cómo manejarse ante la angustia ajena. Torpe, la palmeó la animó a hablar.

—Descubrí algo horrible, Nacho...

—¿Qué?

Entonces Tefi puso en palabras por primera vez lo q̄i la estaba atormentando desde aquel día en que había vis* en el buscador, en la laptop de Thiago, el nombre de Sandi Rinaldi. Ese nombre no le era ajeno.

Tefi supo desde siempre que era adoptada. Sus padrele dijeron la verdad apenas estuvo preparada para saberL Cuando tenía trece años, Tefi le había preguntado a su madre por qué la había adoptado, si era porque no podía tener hijos. Julia le dijo que no, que sí podía, que de hecho había tenido uno. Le contó que, cuando era muy joven, se había enamorado perdidamente de un hombre que su padre, el abuelo de Tefi, desaprobaba. Él había sido un hombre mm severo y estricto, y cuando supo que estaba embarazada, la separó del novio, la llevó al campo familiar, donde ella dio a luz a su hijo, al que ni siquiera pudo ver. Su padre le dijo que había sido un varón y que había nacido muerto. Ella nunca le creyó a su padre esa historia, y se había enfrentado a él. Harta, al fin, del sometimiento a ese padre déspota y cruel, huyó de su casa. Nunca más pudo encontrar al hombre que había sido su gran amor. Poco tiempo después, había conocido al padre de Tefi, quien la protegió y amó tiernamente. Y al poco tiempo de estar juntos, tuvieron la oportunidad de adoptar a Tefi, que ya era una beba de un año cuando llegó a sus vidas. Pero la revelación que le había hecho su madre y que la tenía tan inquieta era que para no ser localizada por su padre, del que había huido, había cambiado su nombre por Julia, cuando su verdadero nombre era Sandra Rinaldi.

Nacho quedó absorto por el relato, sin embargo no entendía qué era lo que angustiaba tanto a Tefi.

—Que esa blacky parda puede ser mi hermana, ¿no lo entendés?

—¿Pero no decís que tu mamá tuvo un varón y que murió?

—Eso es lo que le dijo mi abuelo, y mi mamá nunca le creyó. A lo mejor no tuvo un varón, sino una nena. Y a lo mejor no murió.

—Sería muy raro, Tefi. ¿Lo hablaste con tu mamá?

—¡Ni loca!

—Te estás haciendo una película, Tefi...

—¿No entendés que esa negra es hija de Sandra Rinaldi, y que mi mamá se llama Sandra Rinaldi? —estalló Tefi, y en ese momento se escuchó un estruendo de vidrios rotos.

Tefi giró, detrás de ambos estaba Mar. La bandeja que traía se le había caído, y todas las botellas y vasos se habían roto. Mar lo había escuchado claramente: la madre de Tefi se llamaba Sandra Rinaldi. Dentro del absurdo de lo que había escuchado y la confusión, una idea estremeció a Mar. Tal vez su madre, tan inaccesible para ella, estaba cerca.

Por supuesto Tefi negó todo, pero Mar estaba muy consternada al haber oído ese nombre.

—¿Por qué dijiste que tu mamá se llama Sandra Rinaldi?

—Escuchaste cualquier cosa... pobrecita. La blacky es tan desesperada que quiere encontrar una mamá a tocí costa. Mi mamá me adoptó porque no podía tener hijos aunque imposible que sea tu mamá.

—Pero vos dijiste Sandra Rinaldi...

Tefi se fue sin decir palabra. Mar pensó en Julia, la madre de Tefi. Era imposible, claramente imposible. Sin embargo esa mujer le generaba algo especial. Aquel día, cuando vieron por primera vez a través de la vidriera del negocio de ropa, antes de que ella robara el vestido, esa mirada había sido especial. Cuando descubrieron que ella lo había robado Mar vio dolor en la mirada de Julia. Cada vez que venía a casa, siempre la saludaba con mucha simpatía y se ponía a charlar con ella. Todo eso se debía que Julia era una mujer muy simpática y agradable, lo opuesto a lo que era la irritante Tefi, pero eso no quería decir que fuera su madre. Además lo que había dicho Tefi era cierto: si Julia había adoptado a Tefi, era porque no podía tener hijos.

Lo comentó con Jazmín y con Thiago. Ambos la animaron a hablar con Julia; si había una mínima posibilidad debía descartarla. Pero Mar se negó, no quería llenarse la cabeza de pajaritos de colores. Pero fue Thiago, quien ignorando el pedido de Mar, habló con Julia. Vio cómo el rostro de ella se desfiguró cuando él nombró a Sandra Rinaldi.

—¿Por qué decís ese nombre?

Thiago le explicó que Mar había oído a Tefi decir que su verdadero nombre era Sandra Rinaldi.

—¿Y qué pasa con Sandra Rinaldi? —preguntó alarmada Julia.

—La mamá de Mar se llama así... y como ella escuchó que Tefi decía...

Pero Julia se puso de pie y se fue, y de puro nerviosa derribó la silla del bar en la que había estado sentada. Thiago se quedó perplejo por su reacción.

Julia estaba conmocionada. De la manera más insólita su pasado había vuelto a ser presente. Ella había tenido una íntima convicción toda su vida: su deplorable padre le había mentado con su hijo. Luego de quince años de no verlo, corrió hasta el colegio del cual él era director.

Pedro Rinaldi palideció al verla. Por un segundo pensó que su hija lo había perdonado, pero ella, sin saludarlo, le preguntó:

—¿No murió, no? Mi hijo no murió en el parto. Y no era un varón, ¿era una nena?

—¿Qué decís?

—¡Contéstame! ¿Era un varón?

Su padre lo negó con vehemencia, pero Julia adivinó por el temblor de sus labios que mentía; una vez más, persistía y sostenía su terrible mentira.

Julia ahora entendía la inexplicable ternura que Marianella le producía. Ese hijo, que ella añoró durante toda su vida, tal vez estaba vivo. Tal vez estaba cerca. Tal vez era Marianella.

Regresó a la Fundación para hablar con Thiago y con Cielo, y les explicó las razones de su reacción. Ellos quedaron demudados cuando les contó su historia, las dudas sobre aquel bebé, y su cambio de identidad. Las coincidencias eran demasiadas como para no ilusionarse. Había una posibilidad concreta de que Mar fuera aquel bebé que le habían arrancado.

Thiago opinó que debían ser cuidadosos con Mar. El tema del abandono de su madre era lo que la había marcado de por vida y la había vuelto desconfiada y reacia. La posibilidad de encontrar a su madre era algo que podría desestabilizarla.

Una hora más tarde empezaba a atardecer, y Mar estaba con Rama, hablando con el Chango, el representante que quería representar a la banda. A criterio de Mar, Rama entusiasmaba con demasiada facilidad y se llenaba la cabeza con pajaritos de colores. Según Rama, Mar era demasiado pesimista y no le vendría mal soñar un poco. Chango no quería presionarlos, simplemente los impulsaba a grabar la demo, para ver si él lograba algo moviéndolo en algunas disqueras. Rama se fue con Chango a hablar con el resto de los chicos, y Mar se quedó farfullando sola, filosofando sobre los enormes tortazos que se pegaría Rama si seguía siendo tan soñador.

Cuando giró para salir con una bandeja con la vajilla sucia, ahí estaba Julia, que la miraba con una sonrisa en la cara. Mar pensó, sin saber por qué, que no deberían grabar ese demo, no deberían soñar con imposibles.

Julia le rogó que se sentara unos minutos con ella mientras el sol se escondía detrás de la mansión, le habló de aquella insólita y maravillosa casualidad. De aquel beso que a ella, Sandra Rinaldi, le habían arrebatado, y de su mamá que Mar estaba buscando.

500

Capítulo 014
la gran revelación

La costumbre de Cristóbal de escaparse de su casa para ir a ver a Nico no había variado para nada. Carla ya estaba harta, pues estaba convencida de que Nico no hacía nada para que Cristóbal lo obedeciera. De donde no podía escaparse, los días en que debía ir a visitarlo, era de la casa de Marcos. Desde que llegaba hasta que se iba permanecía leyendo, sin dirigirle la palabra.

Una tarde, cuando Nico salía con Malvina rumbo a la clínica para hacerse unos estudios por el embarazo, se sorprendió mucho al ver un camión de mudanza estacionado frente al loft. En realidad, no fue el camión lo que lo sorprendió, sino quienes bajaron de allí.

—Cristóbal me contó que el inquilino que estuvo viviendo hasta hace poco dejó el loft... y aunque le faltaría una habitación, me pareció una buena idea mudarnos acá —dijo Carla—. Así, bueno... pueden estar **más cerca**.

Nico miró a Cristóbal, que le hizo un guiño con picardía, y luego miró a Carla. Esa actitud era una muestra cabal de que la esperanza era algo a sostener. Esa mujer que había estado extraviada durante tantos años comenzaba a cambiar. Él la abrazó, y le agradeció con el corazón lo que había hecho para mantenerlo cerca de su hijo.

Nico estaba radiante, había vuelto a sonreír y a tener esperanza. Y mientras Cristóbal llenaba un recipiente con agua en la cocina de la mansión, Nico había comenzado a explicarle que tendría un hermanito. Buscó las palabras, intentó ser delicado, ya que aquel año el niño había tenido demasiadas revelaciones y noticias. Sin embargo, Cristóbal, ocupado en su accionar, lo miró y con simpleza le dijo:

—Sí, ya sabía, pa...

—¿Cómo que sabías?

—Lo dijo Mogli: «cuida a tu hermanito»... Era obvio que Malvina estaba embarazada. Te felicito pa y te juro que no me da celos. Ahora escúchame, mira lo que descubrí... —y sacó el cubo de cristal.

—¿Qué haces con eso vos? —se alarmó Nico al verlo en su poder.

—Es que con tantas mudanzas, pa, y vos que sos tan desordenado, pensé que mejor me lo quedaba yo. Ahora mira esto...

Y con cuidado metió el cubo de cristal en el recipiente con agua. Nico se maravilló cuando vio que al contacto con el agua el cubo comenzaba a girar.

—¡Genio! ¿Cómo descubriste eso?

—El palacio de los tres reyes... ¿Te acordás de que eso decía en prunio? Bueno, el palacio de los tres reyes estaba rodeado por agua... Entonces se me ocurrió...

—Sos un genio. Ahora, esto... ¿para qué sirve?

No terminó de decirlo que sintieron otra vez la vibración y un fuerte ruido en la planta alta de la mansión. Nico sacó el cubo de inmediato del agua, y se miró con su hijo.

—¡Vino de arriba!

Ambos corrieron por las escaleras hacia la parte superior, intentando detectar de dónde provenía el ruido. Por descarte, llegaron al altillo.

—¿Se enojará Cielo sin entramos?

—No creo, hijo.

En la habitación de Cielo sumergieron nuevamente el cubo en el agua, y corroboraron que el ruido provenía de allí. El mecanismo del reloj había empezado a crujir, decenas de objetos metálicos comenzaron a vibrar y a acercarse lentamente hacia el reloj. La vibración crecía y crecía, hasta que de pronto se abrió la puerta e ingresó Jásper, quien los miró con severidad. El jardinero de la mansión Inchausti se acercó al reloj, metió la mano dentro del mecanismo, e hizo algo que ellos no vieron, pero que logró que todo se detuviera.

—Hay cosas con las que no se juega —los reprendió con severidad.

Nico y Cristóbal asintieron, eran dos niños regañados.

Nico ya había percibido que Jásper sabía mucho más de lo que decía. Después de sopesar si correspondía hablarle o no, fue a increparlo al cuartucho donde vivía.

—¿Qué pasó hace un rato con el reloj?

—¿Y usted qué cree que pasó?

—¡No empiece con las preguntitas misteriosas! —se impacientó Nico—. Usted sabe cosas, ¡hable!

—Usted también sabe cosas... —dijo Jásper.

—¿Qué tienen que ver las pistas con esta casa?

—Bien, ¿ve que sabe cosas? Ya dedujo que por algo toda su búsqueda de Eudamón lo conduce a esta casa.

—¡Le estoy preguntando por qué! ¿Qué tiene que ver esta casa con una isla perdida en el medio de algún océano?

—Ah... ¿Usted todavía cree que es una isla de verdad? ¿Usted piensa que existe un sitio geográfico aún no descubierto?

—¿No es una isla? ¿Es una metáfora? Si lo sabe, dígalos... ¿Qué es Eudamón?

—¡Ésa! ¡Ésa es la pregunta correcta! —se entusiasmó Jásper—. No «¿dónde queda Eudamón?», sino «¿qué es?»

—¿Y usted lo sabe? —dijo Nico registrando que le sudaban las manos.

—Mire... Don Inchausti era un inventor y un fabricante de juguetes... Esta casa misma es un experimento, llena de pasadizos, puertas trampas, túneles, algunos que conoce, otros que no... Hay secretos, sorpresas, como en todo juego...

Y abrió una puerta dentro de su casucha, dejando al descubierto el tablero con monitores, botoneras y ecualizadores muy antiguos.

—¿Y esto? —preguntó Nico.

—Una especie de centro de operaciones de Inchausti. Desde acá controlaba todos los secretos que tiene la man-

sión. La cuestión es que, jugando con la casa, descubrió cosas extrañas... descubrió que la casa tenía vida. Esta mansión fue construida en el año 1854. ¿Le dice algo ese año?

—¡Fue el año del éxodo prunio! —dijo Nico con fascinación—. Se supone que ese año dejaron las tierras donde vivían y emigraron, y luego desaparecieron.

—*Desaparecer* no necesariamente quiere decir *extinguirse*, ¿verdad? —señaló Jásper.

—Jásper... ¿usted me va a decir algo?

—Le estoy diciendo. Como ya le dije que Inchausti Ueg a Eudamón y regresó siendo otro.

—¿Usted sabe cómo llegar?

—No, porque según Inchausti Eudamón no es un lugar al que se llega. Cuando esté preparado, usted no llegará a Eudamón, sino que Eudamón llegará a usted. Lo bueno. Bauer, es que Eudamón está cerca.

Justina y Bartolomé estaban débiles pero no vencidos, y aunque últimamente era Cielo quien parecía marcar el ritmo en la Fundación, ellos preparaban en secreto su regreso al poder para retomar el timón del barco.

En varias ocasiones, Nico los había descubierto discutiendo con Cielo, con vehemencia, y quiso saber qué ocurría, pero Cielo callaba, pues aunque avanzaba sobre los otros, Bartolomé le había dejado muy en claro el poder que aún tenían.

Una tarde Cielo los estaba increpando porque los chicos hacía meses que no tenían una revisión médica, y tampoco habían contratado un servicio de emergencias.

—¡Si acá llega a haber un accidente o cualquier urgencia, no podemos llamar ni a **la ambulancia!** —se exaltó Cielo.

Bartolomé la dejó envalentonarse, hasta que le pidió que llevara un papel a Justina. Cielo lo miró y se quedó dura.

—¿Qué es esto?

—Eso... es el inicio de los trámites de adopción de Alelita. No puedo sostener más esta fundación, che... Voy a tener que empezar a repartir a los mocosos.

—Usted no va a separar a Alelí de su hermano, pedazo de retorcido.

—Hago lo que puedo, Cielín. ¿Sabías que Tachito tiene una causa por robo con arma blanca? Lo vengo salvando hace años del Escorial, y eso me ha costado dinero que no tengo. Lo voy a tener que dejar ir nomás, se lo van a comer crudo en el Escorial, pobre Tachito...

Cielo se la aguantaba, porque tenía la esperanza de que el divino del juez Arteche pondría fin a tantas injusticias. Pero entonces ocurrió algo que le dejó bien en claro que Bartolomé no estaba ni acabado, ni vencido, ni tan debilitado.

Durante una reunión de Cielo con el juez Arteche, mientras conversaban, él le aportó una curiosísima información

—Don Juez, no se aguanta mucho tiempo más esto... Ha. que hacer algo ya.

—Paciencia, señorita —le dijo el juez—. Con el material que ya tenemos y las investigaciones que estamos haciendo pronto vamos a disponer de suficientes pruebas para encerrar a esos explotadores. Pero ahora te cité por otro tema Vos me hablaste de esa nena, Luz, la supuesta hija de Justina García.

—¿Averiguó algo? ¿Es verdad lo que ellos dicen de la banda de secuestradores?

—No, eso aún no lo sé. Lo que sí averigüé es que hace varios años que la justicia busca a los herederos de la fortuna Inchausti. Una mujer y su hija desaparecidas.

—Sí, algo sabía... pero Luz no puede ser, porque supuesta heredera tenía unos diez años cuando desapareció, ¿o no?

—Eso es correcto. La madre, Alba... —Cielo sintió un puntada en el pecho al oír ese nombre — y su hija, Ángeles Inchausti...

—¿Cómo dijo? —se sobresaltó Cielo.

—La heredera se llamaba Ángeles Inchausti.

Cielo estaba conmocionada. Así la había llamado en su sueño el misterioso señor que había resultado ser don Inchausti: Ángeles. ¿Cómo era posible que ella hubiera soñado justamente con ese nombre?

—Lo que averiguamos, Cielo, por los registros médicos. —continuó el juez— es que Alba, antes de desaparecer, estaba embarazada. Y si ese hijo nació, ahora tendría unos diez años, casualmente la edad de esta chiquita Luz.

—¿Usted dice que Luz es una de las herederas? —dijo Cielo conmovida.

—No lo puedo afirmar, pero tampoco lo descartaría.

Cielo se fue del juzgado con más dudas que certezas. Había algo turbio en la historia de las herederas, y todo el cuento de la banda de traficantes cada vez cerraba menos

Durante una reunión de Cielo con el juez Arteche, mientras conversaban, él le aportó una curiosísima información

—Don Juez, no se aguanta mucho tiempo más esto... H, que hacer algo ya.

—Paciencia, señorita —le dijo el juez—. Con el material que ya tenemos y las investigaciones que estamos haciendo pronto vamos a disponer de suficientes pruebas para enervar a esos explotadores. Pero ahora te cité por otro tema. Vos me hablaste de esa nena, Luz, la supuesta hija de Justina García.

—¿Averiguó algo? ¿Es verdad lo que ellos dicen de la banda de secuestradores?

—No, eso aún no lo sé. Lo que sí averigüé es que hace varios años que la justicia busca a los herederos de la fortuna Inchausti. Una mujer y su hija desaparecidas.

—Sí, algo sabía... pero Luz no puede ser, porque la supuesta heredera tenía unos diez años cuando desapareció, ¿o no?

—Eso es correcto. La madre, Alba... —Cielo sintió una puntada en el pecho al oír ese nombre— y su hija, Ángeles Inchausti...

—¿Cómo dijo? —se sobresaltó Cielo.

—La heredera se llamaba Ángeles Inchausti.

Cielo estaba conmocionada. Así la había llamado en su sueño el misterioso señor que había resultado ser don Inchausti: Ángeles. ¿Cómo era posible que ella hubiera soñado justamente con ese nombre?

—Lo que averiguamos, Cielo, por los registros médicos... —continuó el juez— es que Alba, antes de desaparecer, estaba embarazada. Y si ese hijo nació, ahora tendría unos diez años, casualmente la edad de esta chiquita Luz.

—¿Usted dice que Luz es una de las herederas? —dijo Cielo conmovida.

—No lo puedo afirmar, pero tampoco lo descartaría.

Cielo se fue del juzgado con más dudas que certezas. Había algo turbio en la historia de las herederas, y todo el cuento de la banda de traficantes cada vez cerraba menos.

508

Sería perfectamente posible, pensó, que Bartolomé y Justina hubieran mantenido oculta a Luz por ser una heredera, para así poder quedarse ellos con su fortuna. ¿Y Ángeles? La otra beneficiaría... ¿Qué había sido de esa chica? ¿Y por qué ella había soñado que don Inchausti la llamaba con ese mismo nombre?

A Cielo se le ocurrió que había una persona que le podría aclarar un poco sus dudas.

—¿Me buscaba, señorita? —le dijo Jásper, acercándose a Cielo, que estaba en su carronato, en el jardín de la mansión.

—Sí, Jásper... Como usted está acá desde toda la vida, le quería preguntar algo sobre las herederas Inchausti.

—Eran dos nenas, hijas del señor Carlos María, único hijo de la señora Amalia, y de Alba, la cocinera.

Cielo volvió a sentir la misma puntada en el pecho al oír el nombre de Alba y de su esposo.

—Por qué dice dos, si era una sola... Ángeles, ¿no?

—Alba estaba embarazada cuando desapareció —afirmó Jásper.

Entonces el jardinero le contó toda la historia. Cómo la vieja Amalia había echado de la casa a su hijo cuando éste se unió a la cocinera. Cómo diez años después, tras la muerte de su hijo, mandó a buscar a su nuera y a su nieta, pero nunca las encontró.

—¿Y usted cómo sabe que después estaba embarazada?

—Lo supe.

—¿Nunca aparecieron?

—Hasta ahora —dijo Jásper, con intención—. Y de no aparecer, don Bartolomé sería el único heredero.

—Con él de por medio, huele a chanchullo... —dijo Cielo :asi para sí.

—Si eso le parece a usted... —acotó Jásper en tono misterioso—. Yo confío en que algún día aparecerán las herederas... Creo verlas todos los días... —dijo nuevamente con doble sentido.

El juez Arteché volvió a comunicarse con Cielo al día siguiente y le pidió que tuvieran un encuentro urgente. Ella se sorprendió ante semejante apuro.

—¿Descubrió algo? —quiso saber.

—Algo muy importante. Se trata de las herederas. P tiene que ser personalmente.

Cielo caminaba hacia el bar donde la había citado el juez pero, al aproximarse, divisó una ambulancia, patruller mucha gente reunida alrededor, y una cerca policial. Ex: nada, observó lo que ocurría, y de pronto un escalofrío estremeció. Era el juez Arteché a quien estaban subiendo i una camilla.

—¿Qué pasó? —le preguntó a una persona que estaba curioseando.

—Lo atropello un auto, que huyó.

—Pero... está...

—Sí, está muerto —le dijo el hombre, y ella se desmoronó mientras veía cómo subían el cuerpo sin vida del juez a la ambulancia.

Cielo quedó sin aliento, completamente abatida. El juez en el que confiaba, y que había descubierto algo importante, estaba muerto. Horas después de ese trágico suceso inesperado por completo, se sintió más desamparada que nunca, y decidió que ya era momento de hablar con In: ella no podía seguir sola con su lucha. Y justo cuando estaba a punto de ir a verlo, la llamó Bartolomé a su escritorio.

Apenas entró, él cerró la puerta. El lugar estaba más oscuro que de costumbre, era parte de la puesta en escena intimidante que había preparado Barto.

—Me enteré de lo que le pasó al juez Arteché... —disparó él, y ella se quedó petrificada—. Que horror, che... Arteché era uno de los pocos, sino el único juez honesto que quedaba en la ciudad, che...

El juez Arteche volvió a comunicarse con Cielo al otro día y le pidió que tuvieran un encuentro urgente. Ella se sorprendió ante semejante apuro.

—¿Descubrió algo? —quiso saber.

—Algo muy importante. Se trata de las herederas. Pero tiene que ser personalmente.

Cielo caminaba hacia el bar donde la había citado el juez pero, al aproximarse, divisó una ambulancia, patrulleros mucha gente reunida alrededor, y una cerca policial. Extrañada, observó lo que ocurría, y de pronto un escalofrío le estremeció. Era el juez Arteche a quien estaban subiendo una camilla.

—¿Qué pasó? —le preguntó a una persona que estaba curioseando.

—Lo atropello un auto, que huyó.

—Pero... está...

—Sí, está muerto —le dijo el hombre, y ella se desmoronó mientras veía cómo subían el cuerpo sin vida del juez a la ambulancia.

Cielo quedó sin aliento, completamente abatida. El juez en el que confiaba, y que había descubierto algo importante, estaba muerto. Horas después de ese trágico suceso inesperado por completo, se sintió más desamparada que nunca, y decidió que ya era momento de hablar con Ini. ella no podía seguir sola con su lucha. Y justo cuando estaba a punto de ir a verlo, la llamó Bartolomé a su escritorio.

Apenas entró, él cerró la puerta. El lugar estaba más oscuro que de costumbre, era parte de la puesta en escena intimidante que había preparado Barto.

—Me enteré de lo que le pasó al juez Arteche... —disparó él, y ella se quedó petrificada—. Que horror, che... Arteche era uno de los pocos, sino el único juez honesto que quedaba en la city, che...

Cielo comprendió todo, y lo miró con odio y temor.

—Tengo entendido que vos lo conocías, ¿no? —le dijo Barto con una sonrisa perversa.

—¿Cómo puede dormir a la noche?

—Plácidamente duermo, gracias por preguntar —respondió irónico y adoptó su rostro más siniestro—. En cambio vos no vas a poder dormir tranquila, porque este juez murió por tu culpa, por irle con cuentitos. Y si estás pensando en ir ver a su secretario, no te gastes, fue él quien nos contó tus reunioncitas con Arteche.

—Usted está muy enfermo. Se cree fuerte porque nos da azotes, pero es muy débil.

—Te juro que tu ingenuidad me conmueve.

—Usted no se puede conmover, si está más seco que lengua de loro. Es un horror, disfruta cometiendo crímenes...

—Crímenes perfectos... son los míos. Volví al ruedo, Sky. Que te quede bien en claro quién tiene el timón de este barco. Vos seguí molestando y sos la próxima víctima de mis crímenes perfectos.

Una vez más, Cielo volvió a sufrir el desamparo. Su última esperanza se había ido con el juez Arteche en aquella ambulancia. Y cuando creía que ya había vivido y escuchado lo más terrible, Bartolomé le puso el moño a la escena. Ella no esperaba lo que él agregó.

—Ah, y si querés mandarle algo a Tacho, avísame. Ya está en el Escorial.

Cielo corrió a confirmar la noticia, y no necesitó preguntar nada; por la cara de todos los chicos se dio cuenta de que Bartolomé no le había mentado. Tacho estaba en **el Escorial**.

—Bartolomé lo había salvado de una causa... y ahora la reflató. Mandó a Tacho al Escorial...
—confirmó Rama.

—¡Nunca lo tendríamos que haber enfrentado! —se lamentó Mar.

—¿Pero qué es ese lugar?

—Es el lugar más jodido al que te pueden mandar —gráfico Lleca—. Es como una cárcel para pibes.

—¿Pero así nomás lo puede mandar?

—Vino de la nada, y se lo llevó, sólo para mostrarnos que sigue teniendo el poder —se lamentó Rama, desgarrado por la partida de su amigo.

—De la nada, no —retrucó Mar—. Nos dijo que el padre de Nacho lo quería ver adentro por haberle pegado a su hijo.

—Ya me cansé —dijo Thiago—. Lo voy a enfrentar yo. voy a denunciar a mi viejo a la policía.

—No —dijo Cielo tratando de mantener la calma, y preguntó algo que la preocupaba—:
¿Dónde está Jazmín?

Todos se miraron, nadie lo sabía.

Apenas Jazmín se enteró de lo que habían hecho con Tacho, se sintió muy culpable y desesperada. Tacho estaba allí por su culpa. No sólo porque Bartolomé era una basura estaba ahí por haberle pegado a Nacho, y si eso también era mentira, aun así era su culpa por haber jugado con Nacho.

Ya era de noche cuando llegó al Escorial. Por fuera pare-

cía un viejo colegio. Estaba rodeado por una tapia y custodiado por una garita de seguridad. Rodeó el edificio, se trepó a un árbol, y desde ahí saltó hasta el murallón y lo cruzó.

Comenzó a avanzar por los jardines, muy oscuros, y con mucho olor a pis de gato. Avanzó, asustada, hasta que encontró una puerta. El lugar, además de horrible, era muy oscuro y silencioso. Jamás se lo hubiera imaginado así.

No sabía muy bien qué haría, ni siquiera confiaba en que podría tener éxito. Sólo quería que Tacho supiera que ella estaba ahí, que nunca lo dejaría sólo. Quería demostrarle, y esta vez ser creíble, que lo amaba. Que él y sólo él

era su amor.

Pero antes de poder hacer algo, de pronto se encendieron las luces, y dos guardias la descubrieron. De nada sirvieron sus gritos y súplicas, con excesiva violencia la arrastraron para sacarla. En ese momento, Tacho estaba en el comedor común, muy intimidado por un grupito de internos que lo miraban riéndose, seguramente tramando algún tipo de bautismo para el nuevo, cuando oyó los gritos de Jazmín. Oír su voz en ese lugar le resultó absurdo, inesperado.

El guardia que los vigilaba mientras comían le gritó cuando lo vio levantarse y salir corriendo, pero Tacho no se detuvo. Salió al pasillo, al final del cual se estaban llevando a Jazmín. Tacho sintió una emoción indescriptible, allí estaba ella, buscándolo, ayudándolo. Él corrió, intentó frenarlos, pero el custodio ya había llegado a él y lo amenazó con una cachiporra. Jazmín lloraba y le decía que lo amaba, que fuera fuerte, que lo iban a sacar de ahí. Él también le dijo que la amaba y que sería fuerte por ella, pero que por favor se fuera. Muchos internos se acercaron, y llegaron más guardias. Y de pronto, entre todos los gritos y la montonera de gente, Tacho y Jazmín vieron, con un alivio que los conmovió hasta las lágrimas, a Nico y a Cielo, muy serios.

Cielo presintió que Jazmín había ido a buscar a Tacho, y se dispuso a ir tras ella, pero Thiago volvió a insistirle con

hablar con Nico; estaba convencido de que se necesitaba un hombre adulto para ayudarlos a enfrentar a Barto. Cielo sabía que, apenas se enterara, Indi enfrentaría a Barto. ¡Éste llevaría adelante todas sus amenazas. Sin embargo reconoció que lo necesitaban y fue a buscarlo.

Sin darle más detalles, le contó que Tacho estaba en el Escorial, y le pidió que la acompañara a rescatarlo, sin decirle nada a Bartolomé.

—¿Por qué no? —indagó Nico. ¡

—No me pregunte, ¿me acompaña a buscar a Tacho? Él por supuesto aceptó, llamó a su abogado y juntos fueron al Escorial. Hicieron un gran escándalo cuando entraron y vieron el trato que estaban dándoles a Jazmín y a Tacho. El responsable del lugar se vio intimidado cuando el abogado de Nico detectó una irregularidad en el acta de ingreso de Tacho. Faltaba una orden del juez de menores. El director del Escorial, nervioso, llamó a Bartolomé quien, enterado de la situación, se presentó en el lugar, fingiendo su indignación ante Nico, y exigió que, como ya lo había señalado, se anulara el ingreso, porque faltaba la orden del juez.

El resultado fue que Tacho regresó esa misma noche a la Fundación. Y Bartolomé se mostró complacido, aunque por lo bajo le aseguró a Cielo que lo que acababan de vivir sólo había sido un botón de muestra. \

Una hora más tarde Jazmín conducía a Tacho de la mamá a su habitación. De fondo se oían las voces de los chicos. EU lo detuvo en el pasillo en penumbras y le acarició un moretón que él tenía en un pómulos.

—Lo que hiciste fue increíble, gitana —dijo Tacho, a ríase complacido—. ¡Estás loca! ¿Cómo te vas a mandar así?

—A vos y a mí nadie nos va a separar. Nunca.

—Ah, ¿estamos juntos nosotros?

—Siempre, aunque seas un pendejo tarado, aunque no me creas que nunca tuve nada con Nacho. Vos y yo siempre vamos a estar juntos.

Cuando Cielo le agradeció a Nico por su ayuda, él le preguntó por qué, en lugar de recurrir a Bartolomé, ha hablado con él. Ella lo miró, sopesando si no había llegado la hora de confiarle todos los secretos que guardaba, incluso los de Malvina. Pero recordó, como bien le había dicho Bartolomé, que éste aún seguía teniendo **el timón del barco**, por lo que respondió a Nico con evasivas.

—No pasa nada, olvídense —dijo ella.

Pero Nico no se olvidó; muy por el contrario, comenzó a pensar en todas las veces que había visto a Cielo discutir con Bartolomé, la tensión entre ambos cuando él aparecía. Recordó también aquel episodio que le había referido Cielo cuando habían descubierto el taller de los juguetes. Pensemos en aquella vez en que Tacho había querido pegarle, y en la acusación de Mar, cuando lo llamó «explotador». También le había llamado la atención el distanciamiento que había entre Thiago y su padre, y las palabras de Barto en la conversación, cuando Thiago estuvo al borde de la muerte. «Deseaba saber quién era el padre y se quiso morir», había dicho entre llantos a Justina. Algo no le cerraba, algo estaba mal, y él estaba dispuesto a averiguarlo.

Tina estaba dándole otro té de ruda macho a Barto, para que terminara de espabilarse. Nico entró muy serio en sala, y sin preámbulos lo encaró.

—Tengo que hablar con vos de lo que pasó con Tacho.

Bartolomé se atragantó con el té.

—Por suerte lo tenemos en casa otra vez, ¿no? —dijo solamente Bartolomé.

Cuando Cielo le agradeció a Nico por su ayuda, él le preguntó por qué, en lugar de recurrir a Bartolomé, había hablado con él. Ella lo miró, sopesando si no había llegado la hora de confiarle todos los secretos que guardaba, incluso los de Malvina. Pero recordó, como bien le había dicho Bartolomé, que éste aún seguía teniendo **el timón del barco**, por lo que respondió a Nico con evasivas.

—No pasa nada, olvídense —dijo ella.

Pero Nico no se olvidó; muy por el contrario, comenzó a pensar en todas las veces que había visto a Cielo discutir con Bartolomé, la tensión entre ambos cuando él aparecía. Recordó también aquel episodio que le había referido Cielo cuando habían descubierto el taller de los juguetes. Pensemos en aquella vez en que Tacho había querido pegarle, y en la acusación de Marta, cuando lo llamó «explotador». También le había llamado la atención el distanciamiento que había entre Thiago y su padre, y las palabras de Barto en la entrevista, cuando Thiago estuvo al borde de la muerte. «Descubrió quién era el padre y se quiso morir», había dicho en un llanto a Justina. Algo no le cerraba, algo estaba mal, y él estaba dispuesto a averiguarlo.

Tina estaba dándole otro té de ruda macho a Barto, para que terminara de espabilarse. Nico entró muy serio en la sala, y sin preámbulos lo encaró.

—Tengo que hablar con vos de lo que pasó con Tacho.

Bartolomé se atragantó con el té.

—Por suerte lo tenemos en casa otra vez, ¿no? —dijo finalmente Bartolomé.

—Vení a tu escritorio, por favor —le respondió Nico, muy serio, y entró, esperando que él lo siguiera.

Bartolomé se miró con Justina. Lo que siempre había temido estaba ocurriendo: Bauer había comenzado a meter las narices en sus asuntos. A la debilidad que venía sufriendo, se le sumó el hecho de que otro hombre lo enfrentara. Barrióme era muy cobarde, y el modo en que su cuñado lo había encarado lo intimidó. Pero Justina intervino enseguida para estimularlo.

—Hora de volver al rruedo, señorrr.

—No creo poder hacerlo, Justin... ya no estoy para estos rrotes.

—Vamos, trote, manipule, engañe, embarulle, decapite, haga lo que sabe hacer!

—Pero si apenas puedo caminar, Tini...

—Imagine qué será de sus rulos sedosos y sus delicadas naneras en un penal, mi señorrr.

La imagen lo escandalizó. En ese momento volvió a asonar Nico desde el escritorio, impaciente y serio.

—Te estoy esperando, Bedoya.

Esa provocación era lo que necesitaba para volver a levantarse. Alzando el mentón, lo miró.

—Bedoya Agüero —corrigió—. Y no tanto apuro, Bauer...

Y con pasos firmes y lentos entró en su despacho. Cerró a puerta y se sentó en su sillón, preparado para estar siembre unos veinte centímetros por encima de quien se sentara enfrente. Pero Nico permaneció de pie.

—Te escucho, Bauer.

—No, te escucho yo. ¿Cómo dejaste que se llevaran a Tacho a ese lugar sin una orden del juez?

—Me apretó Pérez Alzamendi, y Tacho ya tenía una causa rendiente, y...

—¡No te podes dejar apretar por nadie! Tenes que defender a tus chicos con uñas y dientes... ¿vos viste lo que es ese lugar?

—Espantoso... Si para vos fue la primera vez, para mí es cosa de todos los días... A propósito, no entiendo por qué

fuiste vos sin avisarme a mí, pero en fin... Yo ya estar moviendo cielo y tierra, y de hecho llegué atrás de vos y *m* lo traje conmigo, ¿no?

Nico lo miró unos instantes y finalmente dijo.

—No me cierra.

—¿Qué es lo que no te cierra?

—Nada. Yo jamás hubiera permitido que se lo llevaras

—Claro, vos sos el padre perfecto, ¿no? ¿Qué hicis cuando se llevaron a tu chiquito? Nada...

—Eso fue muy distinto. Yo perdí un juicio —dijo Nico ñd minándolo con odio—. Vos lo dejaste ir porque sí, como a quisieras castigarlo por algo. l

—¿Hago todo mal, no? —dijo Bartolomé, ya en víctiiad

—La verdad que sí, Bartolomé. Estás haciendo agua *vm* todos lados... Primero, es una vergüenza que ningún-: estos chicos estudie...

—Thiaguito les consiguió una beca y Rama me incendií el colegio, ¿qué querías que hiciera?
l

—Que los llesves a otro colegio, que les pongas profesl res... Los chicos quieren averiguar sobre sus familias y vj no haces nada... Es todo demasiado raro. l

—Me cansaste, Bauer —dijo Bartolomé poniéndose serio de golpe.

Bauer se estaba aproximando demasiado a sus secretos y decidió quemar sus naves. El pobre altruista, criticado injustamente en sus esfuerzos, era un personaje que siempre daba resultado —. Si no te cierra cómo manejo mi fundación, si tenes objeciones sobre mi desempeño... todo *tuyo* Te dejo las llaves de mi caja fuerte, mi escritorio... investigame, empápate de todo. Es más... te delego mi puesto de director de la Fundación por una semana...

Se puso de pie, ofreciéndole su silla, consustanciado *con* su papel de víctima. Nico sólo lo observaba.

—Todos cuestionan y critican... ¡Claro, es muy facil hablar desde afuera! Nadie sabe lo que es estar en mi silla ¡Ser el director de esta Fundación es una patriada! ¿Y gano? Desconfianza, desprestigio... Te dejo mi lugar.el

fuiste vos sin avisarme a mí, pero en fin... Yo ya estaba moviendo cielo y tierra, y de hecho llegué atrás de vos y me lo traje conmigo, ¿no?

Nico lo miró unos instantes y finalmente dijo.

—No me cierra.

—¿Qué es lo que no te cierra?

—Nada. Yo jamás hubiera permitido que se lo llevaran

—Claro, vos sos el padre perfecto, ¿no? ¿Qué hiciste cuando se llevaron a tu chiquito? Nada...

—Eso fue muy distinto. Yo perdí un juicio —dijo Nico fulminándolo con odio—. Vos lo dejaste ir porque sí, como si quisieras castigarlo por algo.

—¿Hago todo mal, no? —dijo Bartolomé, ya en víctima.

—La verdad que sí, Bartolomé. Estás haciendo agua por todos lados... Primero, es una vergüenza que ninguno de estos chicos estudie...

—Thiaguito les consiguió una beca y Rama me incencu: el colegio, ¿qué querías que hiciera?

—Que los llesves a otro colegio, que les pongas profeseres... Los chicos quieren averiguar sobre sus familias, y vc no haces nada... Es todo demasiado raro.

—Me cansaste, Bauer—dijo Bartolomé poniéndose serio: de golpe.

Bauer se estaba aproximando demasiado a sus secre: y decidió quemar sus naves. El pobre altruista, critica: injustamente en sus esfuerzos, era un personaje que siempre daba resultado —. Si no te cierra cómo manejo mi Fundación, si tenes objeciones sobre mi desempeño... todo tu; Te dejo las llaves de mi caja fuerte, mi escritorio... Investígame, empápate de todo. Es más... te delego mi puesto de creador de la Fundación por una semana...

Se puso de pie, ofreciéndole su silla, consustanciado con su papel de víctima. Nico sólo lo observaba.

—Todos cuestionan y critican... ¡Claro, es muy fácil hablar desde afuera! Nadie sabe lo que es estar en mi lugar ¡Ser el director de esta Fundación es una patriada! ¿Y cómo ganas? Desconfianza, desprestigio... Te dejo mi lugar... L

timón del barco es tuyo, todo tuyo... A ver qué tan bien haces las cosas vos.

Nico hizo un gesto que Bartolomé interpretó como una retractación. Pensó que su papel de víctima había logrado su efecto; sin embargo, Nico se puso de pie y dijo lo impensado:

—Acepto.

—¿Cómo?

—Que acepto tu lugar, que tomo el timón del barco.

Bartolomé nunca en su vida se había sentido tan estólido.

Nico y Bartolomé salieron del despacho, y Malvina y Jim tina intentaron disimular en vano, alejándose de la puenB a la que habían estado pegadas. En ese momento entraba en la sala Cielo, seguida de Thiago, y desde las habitacionJ venían Rama, Tacho, Mar y Jazmín, felices, abrazados z :rl el regreso de Tacho. Nico aprovechó la confluencia de te : ?1 para hacer el gran anuncio.

—Estuve hablando con Bartolomé, y como él realme: - , está necesitando un descanso, acordamos que yo me <~ hacer cargo de la dirección de la Fundación.

Un gran silencio se produjo en la sala. Algunos que ron boquiabiertos y otros, estupefactos.

—¿En serio, Indi? ¿Usted va a ser el director? —dijo Cimbrándose con Thiago.

—Ah, bue... Ah, bue, mire si... Ah, bue, bue, ah... —t pezó a largar una onomatopeya tras otra Justina, sin po articular palabra.

—Nicky... It's a joke, ¿no? —comenzó Malvina—. O s deberías estar pensando en que va a haber una boca más p alimentar, ¡helio! ¿Trabajar acá? Tipo que si estás buscar trabajo por el baby, este, lo que se dice trabajo no es, eh... i

—Nunca estuvo más en lo cierrrto la bólida, con to rrrespeto —comentó Justina, fulminando a Bartolomé—. E trabajo es menos rentable que casa velatoria de pueblo. So don Bartolomé puede; él se da, se brinda, se sacrifica...

—Pero está cansado, no puede... y él mismo me ofreció ser el director de la Fundación —explicó Nico.

—Interino, ¿no, Nicky? —aclaró Bartolomé.

—El tiempo que haga falta, Barto.

—¿Ustedes me están hablando en serio? —preguntó Cielo, sin poder creerlo.

—Muy en serio, ¡y empezamos ya! Quiero hacer algunos cambios... ¿Dónde está el dinero de la Fundación?

—¿El dinero? —preguntó Barto abatado—. Eh... hay poco, poco... yo no empezaría gastando, Bauer...

—Pero algunas inversiones hay que hacer, papá... —dijo Thiago disfrutando de la situación.

—A nosotros nos faltan muchas cosas... —aprovechó Rama.

—En el patio hay que cambiar tapones por una térmica, ni te digo la humedad que hay en las piezas... —agregó Mar.

—Ok... Barto, habilítame las cuentas, que vamos a empezar.

Y salió, seguido de todos los chicos y Cielo. Malvina y Justina giraron a mirar a Bartolomé, que estaba rojo de vergüenza.

—¿Qué hiciste, bólido?

—¿Qué hizo, mamerto? —preguntaron ambas al unísono.

—¡Me taré! —confesó Bartolomé—. Me salió el tiro por la culata... Hice la que hago siempre, el acting del ofendido, fui un poco más allá, tiré de la sogá, ¡y el muy turro agarró viaje!

—Después la bólida soy yo... ¡Esto es para **morirse muerta!**

No fue un eufemismo cuando Nico dijo que empezarían a hacer cambios ya mismo. Lo primero que hizo fue ir al sector de los chicos y tomar nota de todas las necesidades que tenían.

«Hay que arreglar la humedad de las paredes, necesitamos fratachos.» «Hay que pulir el piso de madera, nos vivimos clavando astillas, boncha.» «Hay que comprar sábanas nuevas, chaval, éstas parecen de papel.» «Habría que comprar libros, chicos.» «El agua de la ducha sale fría.» «Hay que traer buen morfi, panchos.»

Todos tenían muchas propuestas para hacer, y Nico tomó nota de todas, dándole importancia a todas. Comenzó destinando fondos para los arreglos más importantes: la pérdida de agua y las paredes con humedad. Mandó a comprar

ropa nueva, y pidió un presupuesto para pintar el patio cubierto y las habitaciones de los chicos.

Aquella noche Nico pidió comida a domicilio, y todos cenaron juntos, sentados en el piso del patio cubierto. Los chicos estaban felices, y Cielo aún creía estar soñando. Miró tras comían y charlaban todos a la vez, ella los miraba. Él sirvió a Mar, que no dejaba de mimarse con Thiago. A Tac y a Jazmín, que se miraban más enamorados que nunca. A Rama, que escuchaba atentamente todo lo que le contaba Alelí. Vio cómo Luz escuchaba fascinada lo que contaba Lleca. Vio cómo Monito comió hasta llenarse, y por primera vez desde que lo había conocido no se quedó con ganas de repetir. Y miraba a Nico, a su don Indi, a aquel ángel que había logrado ese milagro.

Cuando Rama observó al gran grupo y comentó «estamos todos juntos», Cielo advirtió que Nico se ensombreció.

—Cristóbal también está acá, Indi. Él está —le susurró acercándose a él.

Nico asintió, conmovido, y tomó la palabra. Se disculpó con todos, sentía que podría haber estado más cerca de ellos pero todo el tema de Cristóbal y el juicio, cuya sentencia estaba en vías de apelar, lo había tenido absorbido. Prometió reparar ese error y ayudarlos en todo lo que pudiera.

—Yo les prometo a todos que les vamos a dar una victoria mejor, y también quiero que sepan que Cielo y yo vamos a hacer todo lo posible para que encuentren a sus familias —aseguró Nico.

Pero vio que todos tenían una expresión de escepticismo.

—Chicos... —comenzó Nico—. Sé que tienen la necesidad: de saber quiénes son. Ahora... también hay que pensar que pregunta, ¿quién soy?, no tiene una única respuesta. Cada uno de ustedes tiene su historia, distinta, dura, injusta... Pero tener padres, o haber sido abandonados, no nos puede detener. No puede ser que vos, Tacho, por lo que te pasó, creas que eso lo que vale un televisor blanco y negro. Ni puede ser que Rama porque haya sido abandonada, deba ser siempre «la abandonada». Eso puede cambiar... porque chicos, ¿qué es un padre?

ropa nueva, y pidió un presupuesto para pintar el **patio cubierto** y las habitaciones de los chicos.

Aquella noche Nico pidió comida a domicilio, y todos cenaron juntos, sentados en el piso del patio cubierto. **Los** chicos estaban felices, y Cielo aún creía estar soñando. Mientras comían y charlaban todos a la vez, ella los miraba. Observó a Mar, que no dejaba de mimarse con Thiago. A Tacho y a Jazmín, que se miraban más enamorados que nunca. Vio a Rama, que escuchaba atentamente todo lo que le contaba Alelí. Vio cómo Luz escuchaba fascinada lo que contaba Lleca. Vio cómo Monito comió hasta llenarse, y por primera vez desde que lo había conocido no se quedó con ganas de repetir. Y miraba a Nico, a su don Indi, a aquel ángel que había logrado ese milagro.

Cuando Rama observó al gran grupo y comentó «estamos todos juntos», Cielo advirtió que Nico se ensombreció

—Cristóbal también está acá, Indi. Él está —le susurró, acercándose a él.

Nico asintió, conmovido, y tomó la palabra. Se disculpó con todos, sentía que podría haber estado más cerca de ellos, pero todo el tema de Cristóbal y el juicio, cuya sentencia estaba en vías de apelar, lo había tenido absorbido. Prometió reparar ese error y ayudarlos en todo lo que pudiera.

—Yo les prometo a todos que les vamos a dar una vida mejor, y también quiero que sepan que Cielo y yo vamos a hacer todo lo posible para que encuentren a sus familias —les aseguró Nico.

Pero vio que todos tenían una expresión de escepticismo.

—Chicos... —comenzó Nico—. Sé que tienen la necesidad de saber quiénes son. Ahora... también hay que pensar que esa pregunta, ¿quién soy?, no tiene una única respuesta. Cada uno de ustedes tiene su historia, distinta, dura, injusta... Pero no tener padres, o haber sido abandonados, no nos puede definir. No puede ser que vos, Tacho, por lo que te pasó, creas que vales lo que vale un televisor blanco y negro. Ni puede ser que Mai porque haya sido abandonada, deba ser siempre «la abandonada». Eso puede cambiar... porque chicos, ¿qué es un padre?

Todos lo escuchaban atentamente, jamás nadie les había hablado así. No era sólo por lo amoroso de sus palabras, era alguien que los había escuchado.

—¿Llevar la sangre de un padre nos convierte en sus hijos?

—No —respondió Thiago, categórico.

—Claro que no... —continuó Nico—. Yo hace años que perdí a mi viejo, sin embargo está acá —dijo tocándose el corazón—, siempre conmigo, siempre será mi viejo. Está en mí. Cielo ni recuerda a sus padres, pero sus viejis... ¿no valen como padres? ¿Qué es un padre, chicos? ¿Marcos Ibarlucía es el padre de Cristóbal? Un padre es esa persona que nos ama más que a sí mismo. Todo se trata del amor. Y ustedes pueden tener o no tener padres, que pueden ser buenos o malos... pero lo que seguro tienen es amor. Tienen hermanos, ¿o no se sienten todos hermanos ustedes? Y no tendrán padres, pero nos tienen a Cielo y a mí.

Después de la comida, cuando algunos se fueron a dormir, Mar y Thiago fueron a la cocina, en busca de un poco de intimidad. Ella notó que él se había quedado muy tocado por las palabras de Nico. Le confesó que cuando veía el amor que Nico tenía por su hijo le daba mucha envidia y dolor. Hubiera dado cualquier cosa por tener un padre y una madre, en lugar de esos desastres que había tenido. Observando a Nico, comprendía el horror de padre que le había tocado. Cada día que pasaba lo que sabía de su padre cobraba más peso.

Hasta ese momento, ella había pensado que no había dolor más grande que no tener padres, pero viendo el dolor de su novio, entendió que, a veces, tener un padre siniestro podía ser mucho peor que no tenerlo.

—Hay que frenar a mi papá, Mar. Hay que terminar con él.

—¿Qué querés decir con «terminar con él»? —se asustó ella.

—Pararlo.

—¿Pero cómo?

Mientras ambos intentaban encontrar una salida, Bartolomé, que estaba agazapado tras la puerta, confirmó al escucharlos que su hijo sabía perfectamente quién era él.

—Quiero sangre, Justin. Quiero que rueden cabezas. La mucamita y los mocosos le contaron a Thiaguito sobre mis actividades, él sabe todo. Eso se paga con la vida. La quiero muerta. Serví licor, Justin, hoy vamos a trabajar largo y tendido.

—¡Ése es mi señorrrr! —dijo Justina abriendo la botella.

En ese momento entró Malvina, estaba desconsolada, además de algo descompuesta por las náuseas. Nicolás no sólo la ignoraba, sino que ahora estaba en el altillo, con Cielo, *trabajando* para la Fundación.

—Lo estoy perdiendo, Barti... Me va a dejar por Cielo.

—Hace café, bóvida, y súmate a la reunión. Todos vamos a recuperar el terreno perdido.

En las penumbras del despacho, junto a varias tazas de café y copitas de Hesperidina, urdieron un plan.

—Tomen nota. Primero hay que reparar mi error de cálculo con Bauer, hay que sacarlo de acá y retomar el poder.

—Y bueno, usted sabe que ser director es una gran responsabilidad... Mucho mocoso dando vueltas, alguno podría desgraciarse, tener un accidente...

—Eso, Tina. Vamos a lo segundo... Mi hijo. Hay que revertir lo que cree de mí, hay que convencerlo de que esa manga de delincuentes juveniles miente.

—La traición mata. Y el pobre Thiaguito es sensible...

—Vamos por ahí. Tercero, el superobjetivo: Cielo. Todos los temas llevan a ella. En el tema de la herencia, sobra Cielo.

—En el tema de Lucecita... sobra Cielo —agregó Justina.

—En el tema de Nick, sobra Cielo —aportó Malvina.

—Cielo sobra, sería la conclusión —dijo Bartolomé—. Por lo tanto, al cielo mandaremos a Ángeles Inchausti.

Estaba decidido. Para terminar con todos sus problemas, Ángeles Inchausti, alias Cielo Mágico, debía morir muerta.

Como habían hecho veinte años antes, **entre gallos y inedia noche**, Justina y Bartolomé se deslizaron sigilosos en el altillo donde dormía Cielo, y con un trapo embebido en éter se aseguraron de que siguiera dormida unas cuantas horas más.

La bajaron sigilosamente entre ambos, y la llevaron hasta el jardín, donde Malvina los esperaba en el carromato. Sin hacer ruido y con un gran esfuerzo, empujaron el vehículo hasta sacarlo a la calle. Una vez allí, le dieron arranque, y tras varios intentos lograron ponerlo en marcha. Bartolomé se subió al volante, pero Malvina lo detuvo.

—¡Hay tal crisis! ¿Estamos seguros de lo que vamos a hacer? Me muero muerta, los bebés sienten todo desde la panza, ¿qué estará pensando el mío?

—¿No entendés que tenemos que sacarnos de encima este lastre?

—Sí, Barti, pero matar... Vos no escuches... —le dijo a su panza.

—Déjemela a mí, señorrrr... ¡Usted arranque!

Bartolomé puso primera y arrancó, llevando a Cielo desmayada. Ellas lo siguieron en el auto, mientras Justina se ocupaba de acallar los escrúpulos de Malvina.

Aún era noche muy cerrada cuando llegaron hasta un barranco, en un páramo despoblado, cerca de la estancia de los Inchausti. Detuvieron el carromato a varios metros del barranco, donde comenzaba la pendiente. Colocaron a Cielo, aún dormida, al volante; quitaron el cambio del vehículo, y entre los tres, con gran esfuerzo, le dieron un empujón, hasta que el vehículo ganó velocidad descendiendo por la pendiente. Los tres permanecieron de pie, observando

cómo el carromato avanzaba hacia el barranco, donde te minaría cayendo a un lago, en el que, al fin, la mucamita ahogaría.

Pero los tres quedaron absortos cuando el vehículo ¡detuvo en seco, en n leng pendiente Maldiciendo voiviere a empujarlo, hasta que volvió a ganar velocidad; pero ui vez más se detuvo antes de llegar al barranco.

—¡Será de Dios, che! ¡Tanto nos puede costar matar esta chiruza! —se quejó Bartolomé.

Y volvieron los tres a empujarlo. Justina notó que Ciel estaba despertando, y volvió a aplicarle una dosis de nai cótico.

—¡Apuremos señorrr, se nos viene el día!

Volvieron a empujar, pero ahora parecía pesar diez vece más. Se esforzaron hasta el agotamiento y sin embargo n< pudieron moverlo. Empezaron a desesperarse, pronto ama necería.

—Vamos mi señorrr, a la cuenta de tres... Uno, dos...

—Buenas... ¿necesitan ayuda? —se escuchó.

Los tres giraron sobresaltados. Allí había un campesino, de a caballo, que les sonreía amable.

—¿Se les quedó la chata? ¿Les doy una mano para empujar?

—No hace falta, buen hombre... —respondió Barto, ya con tono campechano.

—Sí, mire, ahí viene mi compadre y su compadre — el campesino señalando a otros dos que venían—. Ei todos lo hacemos arrancar.

Tuvieron que seguirles la corriente, y se deshicieron en agradecimientos cuando los campesinos dejaron el carr: mato otra vez sobre el camino, y en marcha.

—Cómo duerme la chica... —comentó el campesino.

—¿Vio? Es de sueño pesado... —comentó Bartolomé.

Y las horas pasaron sin lograr el fin que perseguían Como ya había amanecido y sería muy peligroso hacerle la luz del día, entonces Bartolomé decidió que la llevar hasta la estancia Inchausti, y la dejarían encerrada en .

establo abandonado, para que se extinguiera allí, solita, de hambre y soledad. Y eso hicieron.

De regreso, ya en la mansión, se encerraron en el despacho. Tina sacó un papel escrito a mano.

—Acá hay una canción escrita a mano por la arrastrada.

—¿Podrás copiarle la letra, Justin?

—Temblorosa e infantil, una papa.

—¡Entonces escribí!

Bartolomé empezó a dictar, mientras Justina se esmeraba en copiar la letra de Cielo.

—«Mis chiquitos, mi don Indi...»

—No, ¡Mi don Indi, no! ¡No! —se quejó Malvina.

Bartolomé la fulminó con la mirada, y siguió dictando.

—«A la parapapila que los voy a extrañar, che...» —y se corrigió—. Sin el che, saca el che...
«Me fui así, a las apuradas, porque encontré algo de mi pasado, y me fui a buscarlo. Les pido que no se preocupen, confíen en mí... Fui a investigar...»

«Y necesitaba hacerlo sola. Espero que no se enojen, me voy tranquila porque ahora están con don Indi, y en menos de lo que canta un gallo pego una doble mortal y vuelvo. Los quiero, los amo, no me bajen los brazos, che...»

Nico terminó de leer la carta como suspendido, y algo preocupado. No era propio de Cielo irse sin avisar.

—Bueno, técnicamente avisó —dijo Rama.

—Sí, con una carta... —seguía dudando Nico.

Pero no tuvo tiempo para preocuparse, porque llegar todos los chicos y aún no tenía el desayuno listo.

—¿Cómo anda mi director suplente? —preguntó con una gran sonrisa Bartolomé, cuando entró en la cocina—. ¿Vos preparando el desayuno? ¿Y Cielo?

—Ella tuvo que salir...

—Ah, ok... Bueno, director y mucama, che... ¿Cómo trata el cargo?

—Bien, acá me ves, feliz... ¿Vos?

—Y... yo tranqui... Hoy en lugar de levantarme a las siete menos cuarto, dormí hasta las nueve, todo un lujo... Te ten. que confesar que me daba julepe delegar, you know. Es tarea está llena de riesgos... Me acuerdo de cuando empecé. Me dije: «no duro ni un **día**». Viste como es esto: un purrete se te rebana un dedo con un cuchillo y es culpa tuya.

Nico relojó a Alelí, que estaba cortando pan.

—Un pimpollo se te electrocuta, culpa tuya.

Nico observó a Lleca, descalzo, intentando encender el estéreo.

—Un mocoso se te rompe la cadera, culpa tuya.

Nico descubrió a Monito, trepado a una silla, intentando alcanzar un frasco de galletitas.

«Y necesitaba hacerlo sola. Espero que no se enojen, me voy tranquila porque ahora están con don Indi, y en menos de lo que canta un gallo pego una doble mortal y vuelvo. Los quiero, los amo, no me bajen los brazos, che...»

Nico terminó de leer la carta como suspendido, y algo preocupado. No era propio de Cielo irse sin avisar.

—Bueno, técnicamente avisó —dijo Rama.

—Sí, con una carta... —seguía dudando Nico.

Pero no tuvo tiempo para preocuparse, porque llegaron todos los chicos y aún no tenía el desayuno listo.

—¿Cómo anda mi director suplente? —preguntó con *ur* gran sonrisa Bartolomé, cuando entró en la cocina—. ¿\ preparando el desayuno? ¿Y Cielo?

—Ella tuvo que salir...

—Ah, ok... Bueno, director y mucama, che... ¿Cómo te trata el cargo?

—Bien, acá me ves, feliz... ¿Vos?

—Y... yo tranqui... Hoy en lugar de levantarme a las siete menos cuarto, dormí hasta las nueve, todo un lujo... Te tene que confesar que me daba julepe delegar, you know. Esta tarea está llena de riesgos... Me acuerdo de cuando empecé... Me dije: «no duro ni un **día**». Viste como es esto un purrete se te rebana un dedo con un cuchillo y es culpa tuya.

Nico relojeó a Alelí, que estaba cortando pan.

—Un pimpollo se te electrocuta, culpa tuya.

Nico observó a Lleca, descalzo, intentando encender el estéreo.

—Un mocoso se te rompe la cadera, culpa tuya.

Nico descubrió a Monito, trepado a una silla, intentando alcanzar un frasco de galletitas.

—Y no se te vayan a lastimar tres juntos, porque te acusan de golpeador y fuiste... Cinco añitos a la sombra le dieron a un colega... —y bajó la voz—. Y ni que hablar si se te llega a embarazar una purreta.

Nico abrió los ojos muy grandes, y vio, más allá, cómo Tacho y Jazmín se besaban con intensidad.

—Pero don't worry, Nicky... Eso le pasa a los chambones... Vos vas a estar a la híper altura de las circunstancias... Me voy a cortar un poco las puntas de los rulos, ahora que tengo tiempo, ¡aprovecho!

Y se fue, relajado. Apenas salió, Nico le sacó el cuchillo a Alelí, cortó el pan, le untó manteca, y retiró de la mesa todos los objetos cortantes; lo bajó a Monito, con el frasco de galletitas bien aferrado. Encendió el estéreo y mandó inmediatamente a Lleca a ponerse zapatillas, mientras separaba a Tacho de Jazmín.

El cambio de autoridades y el calorcito del verano que se acercaba habían relajado mucho a los chicos, que de pronto se sentían con derecho a comportarse como adolescentes de quince y dieciséis años. Mar y Thiago estaban en el patio cubierto esperando a los chicos para pintar. Nico les había comprado la pintura, y ellos se ofrecieron a hacer el trabajo. Mar rasqueteaba las paredes; Thiago se acercó por detrás, le tomó la mano en la que ella sostenía la lija, y la ayudó a hacerlo, mimoso. En ese momento entraron Tacho y Jazmín, con rodillos en las manos, pero a los tumbos, besándose. Y de la habitación salieron Rama y Brenda, cuya relación habían retomado. Los seis se miraron y se rieron.

—Está llegando el veranito y estamos todos a full ¿no? —comentó Tacho.

—¿Podríamos hacer algo los seis, no? —propuso Rama.

—Tenemos que pintar —les recordó Mar.

—¿Todos? —se fastidió Tacho.

—Hagamos una cosa... —propuso Jazmín—. Hacemos

un juego por parejas... La que pierde pinta y los que ganan se toman el día libre.

—Ni a palos —dijo Mar.

—¿Qué juego? —se interesó Thiago.

—Concurso de besos —propuso Brenda, y Rama la miró sorprendido.

—¡Amm, cualquiera! —dijo Mar—. ¿Cómo sería?

—El beso más largo gana... —dijo Thiago, y la miró—. Juguemos, trompita, ganamos seguro.

Todos, menos Mar, se rieron del trompita. Pero aceptaron el desafío. A la cuenta de tres, todas las parejas empezaron a besarse, relojeándose para controlar a las otras parejas; y nadie vio a una mujer de avanzada edad, de rostro muy severo, pelo de color bordó y con peinado de peluquería, un talleur oscuro y un gran rosario colgado al cuello. La mujer, de aspecto muy conservador, los miró escandalizada.

—Señores... ¿qué es esto?

Todos se detuvieron en su accionar, y vieron a la mujer que sacudía su cabeza, mientras buscaba algo en su cartera.

—¿Usted quién es? —preguntó Tacho.

—Soy Rosarito Guevara de Dios, asistente social del juzgado de menores.

La asistente social regresó a la sala en busca de un mayor, mientras seguía hurgando en su cartera. Todos los chicos la siguieron, intentando minimizar lo que ella había visto.

—Eh, señora Guevara...

—Señorita... Guevara de Dios... —corrigió ella.

Hasta que por fin encontró lo que buscaba: un pequeño grabadorcito de mano. Lo accionó y grabó unas palabras con el tono de un forense que hace una autopsia: «Lascivia comprobada».

Todos se miraron algo tentados, sin embargo entendían la gravedad de la situación. La asistente social había venido a hacer un informe para el juzgado justo cuando Nico era el director a cargo.

—Señorita Guevara de Dios... Yo soy el hijo de Bartolomé —dijo Thiago con toda su diplomacia.

—¿Esas conductas disipadas se las enseña su padre?

—No hacíamos nada malo, doña... —intentó relajar la situación Tacho.

—Vi con mis propios ojos cómo un puñado de menores estaban complaciéndose en refriegas non sanctas.

—Me parece que se le está yendo un poco la mano... —ya se encabritó Mar.

—Y a mí me importa muy poco lo que a usted le parece; acá, a la que le pagan para ver qué le parece es a mí. ¿Dónde está el responsable de este lugar? ¿Dónde está Bedoya Agüero.

—Salió —explicó Thiago, sin aclarar el cambio de mando.

Rosarito accionó el grabador y dijo. «Tutor ausente».

—¡Pero ahí volvió! —exclamó Thiago, señalando a Nico que entraba con Bartolomé.

—Por fin, Bedoya Agüero. Oiga, hombre, su fundación es una calamidad, los menores practican gimnasia interbucal repulsiva, ¿y usted de paseítos por la calle?

—Momento, Rosarito, querida... Ya no estoy al frente de la Fundación BB. Le delegué temporariamente el cargo a mi cuñado, el doctor Bauer.

—Encantado... —saludó Nico algo cohibido.

—¿Doctor en qué? —preguntó la mujer sin responder al saludo.

—En arqueología.

—¿Y qué sabe un arqueólogo de trabajo social?

—¿Por qué no empezamos con el pie derecho, Rosarito? —dijo Nico, comprador—. Chicos, vayan a ocuparse del bar, déjenme con Rosarito.

—¿Bar? —exclamó la asistente social.

—Ahora le explico... —dijo Nico.

Cuando Nico se encerró con Rosarito en el despacho, Bartolomé llamó a Justina.

—Es el momento ideal para sacarnos a Bauer de encima. Ya llegó Rosarito.

—Perfecto, señorr. Procedemos con lo acordado.

Justina salió a ejecutar el plan que habían pergeñado. Fue hasta el bar, y sin que nadie la viera, se acercó al tablero eléctrico. Luego fue hasta la habitación de las chicas, y dejó una bolsita entre las cosas de Jazmín. Y por último tomó un balde, una lata de cera líquida y un trapo de pisos.

Una hora más tarde, Nico y Rosarito salían de la mansión a las risas, ella tomada del brazo de él. Nico había desplegado todo su encanto y se había metido a la severa asistente social en el bolsillo.

—Se lo digo con todo respeto, usted es idéntica, pero idéntica a Nefertiti, la reina más bella de Egipto...

—No sea zalamero, Bauer. Soy incomprable, y el informe es el informe...

—Y yo sé que una mujer, con ese rostro que dice «yo viví, yo sé lo que es la vida», comprenderá que los chicos están en ese momento del descubrir...

—Horroroso.

—Pero tan natural... Ellos son buenos chicos, y mírelos cómo están... felices...

Rosarito miró hacia el bar, donde estaban los chicos, atendiendo las mesas, divirtiéndose. Mar estaba junto a la caja eléctrica, tratando de encontrar el desperfecto por el que se había cortado una fase. Se extrañó al ver un cable suelto, el cable que había cortado Justina para sabotear la instalación.

—Están que explotan de alegría —dijo Nico, como dando pie a la tremenda explosión que se oyó, y ambos vieron a Mar salir despedida por la patada eléctrica.

Mar intentaba convencer a todos, especialmente a Rosarito, de que estaba bien, mientras la depositaban en el sofá de la sala.

—Estoy bien, me pasa todos los días, dos por tres me da una patada ese tablero... —intentó minimizar, agravando la situación.

—¡Esto es de no creer! —exclamó Rosarito.

—Y se vuelve atea si le digo que el botiquín de primeros auxilios está vacío como morrrgue de pueblo chico —metió púa Justina.

—¿Cómo vacío? —dijo Nico a Justina mirándola con

intención.

—Sí, doctor Bauer continuó ella como si no se percatara de sus gestos. Y la emergencia médica venció ayer... Yo le dejé los papeles en el escritorio para que pague, pero se ve que se le pasó, ¿no? —explicó, y sin darle tiempo a replicar, gritó hacia la planta alta—: Chiquitos, está la merienda... Monito, a comer...

Y casi de inmediato apareció Monito corriendo en la planta alta, donde estaban jugando todos; famélico como siempre, corrió ante el llamado de Justina, y apenas pisó el escalón que ella había encerado copiosamente, resbaló y cayó, estruendoso, hasta el descanso de la escalera.

Entonces la intervención de Rosarito fue inmediata, y bien contundente.

—Uno se le electrocuta, otro corre y se cae, y usted no tiene ni una curita en el botiquín, ni un servicio de urgencias. Bauer, no sé cómo será con las momias, pero para esto n0 Sirve —sentenció Rosarito, mientras Nico pensaba cuánta falta le hacía Cielo en ese momento.

Nico volvió a apelar a toda su simpatía y seducción, y logró calmar un poco el gran trastorno que se había producido.

—Es propio de los chicos caerse y meter las manos en el enchufe, ¿no?

—Y es propio de los adultos tener el botiquín en condiciones. Mire, Bauer, me cae bien, y por eso voy a aplazar la entrega de mi informe, pero...

En ese momento empezaron a oírse gritos desde el sector de los chicos; y ambos vieron a aparecer a Jazmín, furiosa, y a Tacho persiguiéndola a los gritos.

—¿Con quién te acostaste? —gritó Tacho sacado.

—¡Con nadie! —se defendió Jazmín.

—¿Fue con Nacho? ¿Te acostaste con Nacho?

—Chicos, chicos... —trató de calmarlos Nico.

Pero ellos lo ignoraban, Tacho estaba furioso, incontenible. Rosarito manoteó su grabador.

—¡No me acosté con nadie, idiota! —gritó Jazmín.

—¿Y entonces para qué compraste este test de embarazo? —le preguntó Tacho, enarbolando la caja que había dejado Justina entre las pertenencias de Jazmín.

Rosarito habló con el juez. Su opinión era rotunda: había que intervenir la Fundación. Aconsejó la clausura y reubicación de los menores. Nico se desesperó. Ella estaba inflexible y no escuchaba razones. Ante el grave informe de la asistente social, el juez Re se apersonó en la Fundación, dispuesto a decretar la clausura. Entonces Bartolomé intervino. Habló con Rosarito, habló con el juez Re, y finalmente logró calmar las aguas.

Nico estaba destruido y se deshizo en disculpas. Le suplicó a Barto que reasumiera su puesto, entendía que sus intenciones habían sido buenas, pero no estaba preparado para semejante responsabilidad.

—¿Qué te dije, Tini? —le recordó Bartolomé a su ama de llaves, mientras descorchaba una botella de champagne—. «Bauer no dura ni un día.»

—Y no duró, señórrr.

—Bauer fuera y la muqui muriendo en un cuchitril de dos por dos... Recupero a Thiaguito, y la casa está en orden.

—Usted sigue siendo el rrrrey —dijo ella, mientras brindaban.

Cielo lloraba encerrada en el sótano de un establo abandonado. Pero no lloraba por el encierro o por la posibilidad de morir allí, lloraba por **la revelación** que había tenido la noche anterior.

Mientras Bartolomé y Justina estaban intentando empujar el carromato, ella había empezado a reaccionar, y se vio sentada frente al volante de Carancho, en medio de un bosque oscuro. Miró por el espejo retrovisor y divisó a Bartolomé y Justina. Ella no lo sabía, pero junto a ellos estaba Malvina.

Pero antes de comprender el horror que estaban por cometer los otros, tuvo una revelación, una ficha que terminó de completar el rompecabezas. Al verlos por el espejo, conspirando en la noche, un recuerdo nítido y claro asaltó su mente. Recordó aquella noche nefasta en que ellos mismos la habían abandonado en un bosque similar. Y a partir de ese recuerdo, todos los demás se desencadenaron. Ella era Ángeles, la hija de Alba y de Carlos María. Recordó aquella noche en que su madre había ido a la mansión a pedirles ayuda y que ellos la habían dejado morir; recordó claramente a su madre, su panza, el hermanito que estaba por venir...

Y en ese momento se acercó Justina, le puso algo en la nariz, y luego había despertado encerrada en ese sótano. Estaba todo muy oscuro y apenas podía ver un hendija de luz que entraba en el techo, por la puertita trampa del sótano. Había intentado alcanzarla, pero estaba muy alta.

Sentía que realmente acababa de descubrir el verdadero rostro monstruoso de Justina y Bartolomé. Todas las atrocidades que había descubierto se completaban ahora: los

explotadores también eran sus verdugos, los que habían intentado dejarla morir cuando tenía diez años, y lo mismo estaban haciendo diez años después.

Pensó en los chicos, pensó en Nico. Y pensó en Luz, y otro escalofrío recorrió su alma: existía una enorme posibilidad de que Luz fuera su hermana.

Lloró, amargamente, recordando en detalle a su madre, a su padre, aquellos días felices en una modesta y cálida casita, las tortas de limón que le cocinaba, los paseos a caballo con su padre, la cunita que preparaban para su hermanito, recordó aquella felicidad que les habían destruido.

Había perdido la noción del tiempo y se sentía muy débil por el hambre, la sed y el dolor. Mientras lloraba, oía la tormenta que se desataba afuera, y un chorrillo de agua de lluvia empezó a filtrarse por la hendidura de la puerta trampa. Cielo bebió un poco de la que caía, al menos no moriría de sed.

Sin dejar de llorar, se adormeció, y al despertar se sobresaltó al tener frente a sí a aquel anciano luminoso, el que había sido don Inchausti.

—¡Usted! —dijo ella azorada.

—Hola, Ángeles... —respondió él con su plácida sonrisa.

—Usted está en mi imaginación, ¿no?

—¿Vos crees? ¿No me ves, no me oís?

—Sí, pero los otros no lo ven ni lo escuchan...

—Ése es un problema de los otros —dijo Inchausti, sentándose frente a ella—. Sólo la gente muy especial puede verme.

—Entonces... —dijo Cielo admirada—. Es real... Es un hombre como todos, que come, duerme, ama, sufre...

—En otro tiempo fui así —dijo Inchausti, riendo—. Sobre todo por lo de «sufrir». Hoy soy un hombre distinto. Pero eso no es lo importante, Ángeles... —dijo remarcando el nombre—. Porque ahora sabes que sos Ángeles, ¿no?

—¿Y usted es mi abuelo? ¿Usted es el papá de mi papá, no? Entonces no está muerto... ¿o sí?

—No vine a hablar de mí, sino de vos, Ángeles.

—¿Y usted sabía que yo era Ángeles? ¿Por qué no me dijo nada?

—Digamos que... no puedo intervenir.

—Pero cuando Thiaguito casi se mata, usted intervino... ¿o no?

—A veces... puedo proteger. Para eso estoy aquí y ahora.

—¿Me va a ayudar a salir de acá? —se ilusionó ella.

—Yo creo que vos misma puedes salir sola de acá... Como vos sabrás, una chica siempre tiene sus recursos, algo que siempre la saca de un apuro, ¿no?

—Yo no creo que pueda salir de ésta, don...

—¿No te bastó con todo lo que viste para creer? ¿No ves que hasta tu dolor te ayuda? Vos lloras y el cielo llora, y te regala agua para tu sed...

—Qué consuelo, ¿no? —dijo ella irónica, tomándose las rodillas y acurrucándose.

—Tenes que hacer algo para salir de acá.

—Ya hice, intenté saltar... grité como loca pidiendo ayuda, pero nadie me escucha...

—¡Ah! O sea que estás esperando que un príncipe te venga a rescatar... Eso es muy romántico, Ángeles, pero una mujer no puede esperar toda la vida... A veces las princesas tienen que luchar por sí mismas para salvarse.

—¿Y cómo? ¿Cómo carancho hago para salir de acá?

—Ya te dije, Ángeles... Una chica tiene sus recursos... Y vos... ¿no eras acróbata?

Ella lo miró sin terminar de comprender. Giró la cabeza, para observar bien el lugar, y al volver a girar, el anciano ya no estaba.

—¡No, vuelva! ¡No me deje con el rompecabezas a medio armar!

Frustrada, golpeó una pared con un puño y, al hacerlo, un listón de madera que cubría la pared se desprendió. Ella lo examinó, lo golpeó fuerte, y comprobó que era bastante resistente. Miró hacia el techo, y de pronto, como una revelación, comprendió lo que le había dicho el hombre: ella era acróbata, su habitat era el aire, ése era su recurso para escapar de allí.

En uno de los laterales había un caño amurado a la pared. En el otro, una pared de ladrillos. Tanteó los ladrillos, hasta encontrar uno flojo, y lo quitó. Calzó un extremo del listón de madera en el hueco, y el otro extremo lo calzó, con esfuerzo, sobre el caño amurado a la otra pared. Tenía una barra horizontal bastante recta. Se frotó las manos, y pegó un salto, hasta colgarse del listón. Comprobó que resistía su peso. Entonces empezó a columpiarse, hasta ganar impulso. Cuando lo consiguió, haciendo un movimiento bascular, comenzó a golpear la puerta trampa con sus pies. Golpeó una, dos, tres, cuatro veces... Y cuando estaba empezando a perder la fe, dio una quinta patada, y la puerta trampa se abrió.

Aunque don Inchausti había desaparecido mucho tiempo antes de que Ángeles naciera, había estado siempre junto a su nieta. La había visto nacer, la había visto ser abandonada en el bosque, y luego criada en el circo. Había sido testigo de su regreso a la mansión, y de todo lo que allí había ocurrido.

Bien podía reprochársele no haber hecho nada por evitarle tantos sufrimientos, pero existía una razón que explicaba su modo de proceder. Por un motivo muy especial, él no podía intervenir en el curso de las cosas. Sin embargo, había hecho por ella algo muy importante: la había ayudado a encontrar una llave con la que abriría cualquier puerta, incluso una puerta trampa.

539

Capítulo 015
El duelo

Como Bauer había sido echado ignominiosamente de la dirección de la Fundación, no volvería a molestar. Bartolomé le pidió a Malvina que lo sacara a tomar un helado o lo que fuera.

—No me hables de helado, se me revuelve el estómago.

—¡Entonces pedile que te acompañe a hacerte una eco!

—¿Estás loco? Mira si es de Jay Jay y se le ve el parecido en la eco... Hay tal crisis, Barti... No me gusta nada esto de dejar morir a Sky...

—Tarde para arrepentimientos, bóvida. Llévalo a donde te parezca, pero no quiero tener a **Bauer con los OJOS encima.**

Sin Bauer y sin Cielo que estaría feneciendo lentamente, Bartolomé Bedoya Agüero era otra vez amo y señor. Justina lo llamó, le dijo que estaba en el flete, trayendo todo lo que había pedido.

—Excelente —dijo Barto y se dirigió a la cocina, donde los chicos desayunaban.

Todos lo miraron algo inquietos al advertir su sonrisa pérfida.

—¿Thiaguito?

—Ya se fue al colegio.

—Excelente. Lucecita, querida... —dijo Barto, mirándola—. ¿Me dejas un momento con los purretes?

Luz asintió y salió de la cocina. Entonces Bartolomé corrió a Tacho de la cabecera de la mesa, donde se sentó él.

—Chiquis... ¿Qué me dicen de lo acontecido en las últimas horas? Una obra maestra, ¿no? Mía, por supuesto.

Entonces les explicó cómo él había cedido el cargo a Nicolás para hacerlo fracasar estrepitosamente, para quitarle las ganas de meter sus narices. Les aseguró que así como había

frenado la disposición del juez Re de clausurar la Fundación y separarlos a todos en distintas instituciones, podía reaccionar eso en un santiamén. A cada palabra que él decía, Alelí le respondía «no», desafiándolo.

—Y bueno... parece que Cielito los abandonó, che...

—No —volvió a oponerse Alelí.

—Seguí, charleta, y te corto la lengua. Por último, púntelos... vayan pensando la manera en la que van a convencer a mi hijo de que todo lo que le dijeron es mentira. ¿Ok?

Los chicos bajaron la mirada. Estaba tan claro que el sueño se había terminado.

—Pero para que no anden pensando tanto, ya que pensar mucho lleva al vicio... ustedes necesitan actividad. ¡Así que vamos a hacer actividades!

—Tenemos que atender el bar...

—Ya hablaremos de ese barcito. Vengan conmigo...

—¿A dónde? —preguntó Jazmín con aprehensión.

—Vengan, vengan...

Hizo salir a todos al jardín, y los condujo hasta las lápidas del cementerio. Abrió la puerta trampa y les indicó **que** bajaran.

—Vamos, vamos, sin miedo... Aunque tarde o temprano van a terminar bajando, todavía no les llegó el momento... todavía.

Los chicos hicieron lo que les indicó, y él los condujo por los pasillos hasta el sótano que había sido la habitación de Luz. Al entrar, Lleca, el único que lo había conocido, vio que habían desmantelado casi todo. Allí ya estaba Justina, colocando en una larga mesa morteros, mechas, embudos, dos frascos enormes de un polvo negrusco con una etiqueta en el frente: pólvora.

—Ya están grandes para hacer juguetitos, y un tanto rebeldones para hacer la calle —explicó Bartolomé ante el desconcierto de los chicos—. Con Tini pensamos un excelente negocio para ustedes. Van a fabricar petardos y fuegos artificiales.

—¡Esto es una locura! —se exasperó Mar.

—Una locura muy redituable...

—Pero vamos a volar por el aire —se quejó Lleca.

—¡Silencio entierro! El señor tomó precauciones...

—Of course... Lo primordial para evitar accidentes es tener el lugar bien refrigerado.

Todos observaron que en el lugar no había ni una rejilla.

—A los chiquitos sáquelos de acá —dijo Rama.

—Tini, saca el manual y empezá a enseñarles el trabajo.

Bartolomé estaba muy satisfecho. Por supuesto no tenía intenciones reales de hacerles fabricar cohetes, era simplemente una manera de aterrorizarlos, de volver a demostrar que sus vidas estaban hundidas en un sótano oscuro y peligroso. Al llegar a la sala, se encontró con Nico.

—¡Bauer! Pensé que estabas con Malv...

—Sí, estaba, pero tuve que volver por un temita. Necesito tu ayuda.

—Lo que necesites, Nicky... Estoy bastante atareado arreglando algunos lítos que me armaste en la Fundación, che... —y rio—. Pero decime.

—Acompáñame al loft y te explico...

—¿Al loft? ¿No vive ahí tu ex?

—Sí, pero salió... y le pedí el lugar, lo que tengo que hablar con vos es importante, y no quiero que sea acá.

—¿Tiene que ver con Malvina? —se anticipó Bartolomé, quien imaginaba que Bauer terminaría cansándose de la bólide y la dejaría.

—Sí—concluyó Nico.

Llegaron al loft, y Nico lo invitó a sentarse, mientras cerraba la puerta.

—Te escucho, Bauer.

—Usted sólo escúcheme —le había dicho Cielo cuando Nico la vio sucia, lastimada y desesperada.

Él estaba con Malvina, que insistía en ir a tomar un helado, cuando recibió un llamado de Cielo. Ella le pidió que

545

ni mencionara que hablaba con ella, y le suplicó que limitara de inmediato a verla. Nico se había disculpado con Mjilvihi y corrió al altillo, donde lo esperaba Cielo.

—¿Qué pasó, Cielo? —se alarmó al verla en ese osinln

—Usted sólo escuche.

—Si es para hablarme de Malvina, Nicky... Lo imaum pero te digo que todas las parejas pasan por sus crisis, \ —No te quiero hablar de eso, Barto. —Ah, ¿no? ¿Y entonces? —Te quiero hablar de Cielo —dijo, y cerró una ventano

—Son muchas cosas, una más grave que la otra — ln había dicho Cielo con desesperación, aferrándose a sus ma nos—. Prometa que cuando sepa todo no va a reaccionar co mo un loco.

—Me estás asustando...

—¿Promete o no promete?

—Prometido.

—Primero que todo... recuperaré mi memoria. Ya sé quién soy. Soy Ángeles Inchausti.

—Sky, pobrecita... va, viene, ida, perdida... Esos problemitas de memoria, y esos desmayitos... La adoro, pero a veces creo que está medio turula... Imagina cosas...

Mientras Bartolomé hablaba, Nico, calmo, caminaba por detrás de él. Se acercó a otra ventana, y también la cerró.

—Sí —acordó Nico—. Pero por suerte estuvo todo este tiempo yendo a una clínica especializada en amnesia que alguien le recomendó.

—Ahá... —dijo Bartolomé palideciendo—. ¿Quién se la recomendó?

—Malatesta... —dijo Nico—. Tu médico de cabecera...

—¿Malatesta? —preguntó Barto sorprendido.

—Sí, y le rogó que por favor fuera un secreto entre los ilns ¿Por qué será, no? ¿De qué tenía miedo Malatesta?

—Ésa es una buena pregunta... —dijo Bartolomé, mientras Nico terminaba de cerrar las persianas.

—Pero cuándo decís «ellos»... ¿te referís a...?

—¡Sí, Indi! ¡A don Barto y Tina!

—¿Qué te hicieron, Cielo?

—Me abandonaron... Me dejaron tirada en un bosque cuando tenía diez años. Querían dejarme morir, para quedarse con la herencia de mi familia. Me acordé anoche, Indi, cuando intentaron matarme de nuevo...

—¿Qué? —exclamó Nico, al borde del llanto.

—Quisieron tirarme a un lago, en mi Carancho... y después me encerraron en un sótano en un campo... ¡Me quisieron matar, otra vez!

—¿Qué pasa, Nick, probando la cerradura? —preguntó Barto, tenso, cuando vio que Nico cerraba la puerta con llave.

—Estoy cerrando todo por un temita de acústica.

—¿Vas a cantar, che?

—No. Vos vas a cantar —dijo Nico parándose frente a él, con una mirada tan severa que jamás le había visto.

—Necesitan una voz nueva en la bandita, che... —intentó bromear Bartolomé, sopesando la manera de huir de allí.

Nico se sentó en la mesa ratona, y quedó a pocos centímetros de Bartolomé.

—Tengo un problema. Un problema con un tipo, una basura, y no sé bien qué hacer... ¿Qué hago, Barto?

—No sé, che... —contestó extrañado—. Háblele, hablando se entiende la gente.

—Sí, pero si la que se mandó es tan grande que no merece ni siquiera malgastar una palabra... ¿Qué se hace?

—Y bue, a veces entre hombres... las cosas se arreglan de otra manera, che. A veces, un moquete bien dado...

—¿Un moquete? ¿Una trompada?

—Soy antiviolencia, pero a veces...

—Sí, claro, a veces, una trompada bien dada... ¿Entonces qué tengo que hacer con vos? ¿Te tengo que reventar a trompadas?

—¿De qué hablas, Nick? ¿Qué te pasa, che?

—Ya sé quién sos, Bartolomé Bedoya Agüero. Ya sé todo.

—¿Todo qué?

—No se lo podía decir porque me tenían amenazada... pero son dos monstruos que explotan a los chicos.

-¡¿Qué?!

—¡Sí! Los torturan, los encierran, los amenazan... Los hacían trabajar hasta altas horas de la madrugada en el taller de juguetes... ¡Los obligan a robar! Todas las veces que los vimos robando, o en cosas raras, eran ellos los que los mandaban. Y si se rebelan, ¡los encierran en una celda de castigo! Quise ir a denunciarlos a un comisario, y el comisario está arreglado con ellos. Fui a hablar con el juez que me recomendó su abogado, ¡y ellos lo mataron! Son monstruos, asesinos, criminales...

—Vas a ir preso —sentenció Nico con una voz muy profunda.

Bartolomé dio un respingo y se puso de pie.

—¿What? ¿Te volviste loco?

—Todavía no me viste loco... —dijo Nico poniéndose de pie.

—¿Cómo le vas a creer a la mente perdida de Cielo?

—No sé cómo pude ser tan ciego, cómo no vi las señales... Me engañaste durante mucho tiempo, pero ya no. Ahora oíme bien lo que vas a hacer... Agarras tus porquerías, vos y tu hermana...

—¿Mi hermana?

—Y eso no es todo, Indi...

—¿Qué más? —había preguntado él, devastado.

—Su mujer... Perdóneme que no se lo pude decir antes, pero tenía miedo por los chicos.

—¿Qué pasa con Malvina?

—Ella lo engañó... le fue infiel con Marcos Ibarlucía. Y no sólo eso... ella, con Bartolomé...

-¡¿Qué?!

—Ellos fueron los que secuestraron a Cristóbal, aquella vez... para rescatarlo, y lograr casarse con usted... ¡y todo por la herencia!

—Sí, tu hermana también... Van a juntar todas sus porquerías, lo que puedan juntar en treinta minutos, y se van de la casa. Con Justina. Se van los tres, esa casa no es de ustedes, es de Cielo, de Ángeles.

—Nick, yo creo que...

—No terminé. Antes de irte, vas a firmar la renuncia a la tutela de cada uno de los chicos. Y después te buscas un buen abogado, porque te van a llover los juicios. ¿Está claro?

Bartolomé lo miró unos segundos, y luego se apartó de él, encarando hacia la puerta.

—Bauer, Bauer, no estás manejando bien esto...

Nico lo agarró con violencia y lo estampó contra la puerta.

—Ahora no estás tratando con una chica sin recursos o con un nene indefenso. Yo no te tengo miedo, pedazo de bosta.

—Abrime la puerta —dijo con calma Bartolomé.

—Treinta minutos para irte, Bartolomé.

—Abrime.

—Hablo en serio —advirtió Nicolás.

Entonces Bartolomé, con calma, sacó un revólver antiguo y lo apuntó.

—Yo también —dijo Bartolomé a Nico, a quien tenía enfrente, a pocos centímetros de su cara.

—Ah, sos un matón de cuarta —dijo Nico sin retroceder ante el arma que sostenía Bartolomé.

—De cuarta no... Te estoy apuntando con una Luger cailibre 45 del año 39. De colección...

—No compliques más tu situación con esa joyita... Tone media hora para hacer lo que te dije.

—Abrí, dale. Y no hagas pavadas, Bauer. Hay muc.lwi gente inocente que puede salir lastimada...

—¿Me estás amenazando con los chicos?

—¿Yo? ¿A mis chiquis? Qué equivocado estás...

—Media hora —dijo Nico, y abrió la puerta.

Salió prácticamente detrás de Bartolomé, y lo vio, marchando hacia la mansión. En ese momento Thiago salía del colegio, y miró a ambos. Bartolomé se detuvo un segundo, y miró a su hijo.

—Thiaguito... acá **se dividen las aguas**. Ahora, vas a tener que pensar muy bien de qué lado vas a estar.

Y siguió su camino. Thiago miró extrañado a Nico, y vio su rostro tenso.

—¿Pasó algo?

—Vamos para adentro, Thiago, tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De lo que trataron de decirme todo este tiempo y yo no escuché.

—Se nos vino la noche —comunicó Bartolomé a Justina y a Malvina—. La mucamita recordó y le contó todo a Bauer. —¿What?? —tembló Malvina. —¿Todo todo, mi señor?

—Supone que Luz es su hermana, si eso es lo que preguntas. Ahora escuchen... éste es el plan.

En el mismo momento, había otra reunión en el patio cubierto. Allí estaban Nico, Cielo, y los chicos mayores. Todos con una mezcla de felicidad y pánico. Jazmín estaba abrazada a Mar. Y Thiago rodeaba con sus brazos los hombros de Tacho y Rama.

—Les di un ultimátum... —les comunicó Nico—. Si no se van, les vamos a dar batalla.

—Se piensa que me voy a retirar... Por favor, les vamos a dar batalla, ¡los vamos a aniquilar! —dijo Bartolomé golpeando con un puño el escritorio.

—Vamos a ir por la vía legal, pero hay que cuidarse. Nunca estén solos, nunca dejen solos a los chiquitos. Es por precaución. Si Bartolomé es lo que ustedes dicen...

—Es peor —dijo Thiago con sus ojos inundados de lágrimas—. Es mucho peor de lo que ellos cuentan, Nico.

—Hay que estar alertas, estemos siempre comunicados, sepamos dónde están los otros. Esto se puede convertir en una guerra... —advirtió Nico.

—Hay que atacar por el flanco más débil, los más chiquitos, con munición pesada. Acá no hay tutía... —susurró al principio Bartolomé, con los ojos enrojecidos, hasta que luego pegó un grito, como arengando a su tropa—: ¡Así que a las trincheras!

—¿Hay trincheras? —preguntó Malvina.

—Es lo que hay, señorrr... —dijo Justina palmeando a Malvina.

—Bartí... ¿Nicky te dijo algo, si estaba enojado conmigo...?

—Sabe todo, bólida. Todo. Estamos en guerra.

—Pero nos tenemos a nosotros —concluyó Justina.

—Ya no están solos, chicos. Estamos todos juntos en ésta, y la vamos a ganar.

Todos miraron a Nico y a Cielo, con un alivio que no p<◇ían expresar. Por fin, tenían dos padres que los protegían

Cuando se cumplió el plazo dado por Nico, se abrió la puerta del despacho, y salieron Bartolomé y Justina, ergni dos, serios y con un gesto de dignidad. Desde el sector de los chicos llegaban Nico y Cielo. Ambas parejas se detuvie ron y se miraron a la distancia. Cielo le pasó la mano por la espalda a Nico, dándole ánimo. Justina le quitó una pelusa al traje de Bartolomé, y lo palmeó con fuerza.

—¿Se van? —rompió el silencio Nico.

—¿Vos te vas? —preguntó Bartolomé a Justina, girando su cabeza hacia ella.

—A ningún lado, mi señorr.

—Yo tampoco, che... —dijo Barto desafiando con la mirada a Nico.

—¿Por qué no la hace fácil, don Bardo. Firme la tutela de los chicos y vayase —propuso Cielo.

—De acá me sacan con los pies para adelante —respondió él.

—En ataúd de cedro, con herrrrajes de oro —completó la imagen Justina.

—Usted no hable tanto, y prepárese. Voy a pedir un ADN para Luz. Si llega a ser mi hermana, me voy a encargar de que usted viva ciento veinte años, para que pase mucho tiempo presa.

—¿Ésta es tu respuesta, Bartolomé? —preguntó Nico.

—Correcto.

—Conseguite un abogado. Estás avisado.

—Vos también.

Y ambas parejas se retiraron a la vez. Bartolomé y Justina volvieron al despacho, donde estaba escondida Malvina, evitando cruzarse con Nico. Él y Cielo subieron al altillo.

Luego de toda la tensión, Nico se aflojó. Y fue ahí, realmente ahí, cuando empezó a dimensionar todo lo que le había contado Cielo. Acababan de llamar al abogado para iniciar el proceso contra Bartolomé.

—¿Tenes miedo? —preguntó Nico.

—Con usted a mi lado, jamás.

—Yo tengo un poco de miedo.

—Yo muchísimo —confesó ella—. Pero ésta nos sale bien, Indi.

—¿Cómo no lo vi antes?

—Es que cuando uno es puro corazón, cuesta ver la mugre ajena. Yo también tardé mucho en verlo, y eso que vivía acá, con los chicos... todo pasaba delante de mis narices.

—Me siento tan mal... Las veces que los juzgamos, que los sermoneamos porque robaban... ¡Y era Barto, Cielo!

—Angeles —corrigió ella—. Siempre voy a ser Cielo, pero ahora también soy Ángeles...

—Y sos la heredera.

—Eso ahora no me importa. Me alcanza con saber que soy Ángeles.

—Sos mi ángel —le dijo él, mirándola con devoción—. ¿Puedo hacer algo que hace mucho, pero mucho quiero hacer?

—Haga lo que quiera.

Nico la tomó del mentón, y le dio un largo beso, dulce y apasionado. Y desde aquel día jamás se separaron.

Desde el momento en que Nico enfrentó a Bartolomé Malvina había estado huyendo de su marido, reptando por toda la casa. Pero finalmente él la encontró, cuando ella había querido esconderse en el bar de los chicos. Nico mandó rodeos.

—Quiero el divorcio.

—¿What?

—Ya hablé con mi abogado. Te recomiendo que lo firmemos de común acuerdo; tengo pruebas de que organizaste el secuestro de Cristóbal para salvarlo vos, y quedar como una heroína.

—Ésa es la mentira más grande que jamás...

—¡Te callas la boca, pedazo de lacra! ¡Secuestraste a mi hijo! Y me engañaste con Ibarlucía. No me vuelvas a hablar.

—Pero, Nicky, te juro que no es así... No me puedes dejar estoy embarazada, y...

—También quiero un ADN. Llamé a un especialista, en media hora vamos a hablar con él.

Y se fue, sin darle tiempo a replicar. Malvina quedó destruida, quebrada, preguntándose cómo fue que su vida acababa así.

El médico genetista quedó perplejo cuando le informaron que lo habían convocado para hacer tres exámenes de ADN.

—¿Es un chiste? —preguntó azorado.

—Lamentablemente, no —respondió Nicolás—. Donde hay mentiras y engaños, pasan estas cosas.

Le explicaron que necesitaban hacer un ADN para veri-

ficar si Luz y Cielo eran hermanas. Otro para comprobar si Julia, o Sandra Rinaldi, era la madre de Mar. Y otro para ratificar si el hijo que esperaba Malvina era suyo.

Entonces el genetista explicó que en el caso de Julia y Mar bastaba con el consentimiento de ambas. Julia, que estaba en la reunión, sonrió a Mar y dijo:

—Por supuesto que sí.

—Sí, claro —dijo Mar, torpe y nerviosa. Thiago le sujetó las manos.

—En el caso de la confirmación de su paternidad —dijo el médico a Nico—, necesitamos el consentimiento de la madre.

Malvina, que no paraba de llorar, asintió. El médico manifestó que debía informarles que la toma intrauterina de la muestra implicaba algunos riesgos, mínimos, pero riesgos al fin. Ante eso, fue Nico el que desistió.

—Entonces no. Esperaremos a que nazca el bebé.

—Hagámoslo ya —dijo Malvina, no quería atravesar su embarazo con esa duda y ese dolor.

—No —dijo Nico.

Por último, el genetista informó que en el caso de Cielo y Luz, había un juicio de identidad y una sucesión de por medio. Como estaba abierta la búsqueda de las herederas, sería un juez el que debería ordenar ambas pruebas. Cielo aseguró que se encargarían de obtener esa orden.

En ese momento Justina estaba agazapada, oyendo todo, y decidió que, antes de perder a su chiquita, se marcharía muy lejos de allí con Luz. Pero Bartolomé le dio ánimos.

—Con todo lo que hemos hecho, Tini... ¿Qué es para nosotros fraguar un examen de ADN?

La espera de los resultados fue desesperante, tanto para Julia, como para Mar, como para Tefí. Julia sentía que estaba próxima a cerrar una herida de quince años, y no podía dejar de pensar en todo lo que habían sufrido ambas, sobre todo Mar. Tefí tenía la impresión de que todo su mundo se venía

abajo; no soportaba la idea de compartir a su madre y mucho menos con alguien que detestaba con todo su ser.

A Mar la espera le había generado un conflicto, y había desatado en ella una crisis de angustia que no podía explicarse. Thiago la acompañó cada día, cada minuto, e intentaba entender por qué Mar estaba irascible, peleadora, y por qué lloraba con frecuencia, sin motivo aparente.

Una noche en que Mar, intempestiva, había echado a los gritos a unos clientes del bar porque se habían quejado de la tardanza para atenderlos, Thiago la llevó hasta la fuente para hablarle.

—¿Qué es lo que te pasa, mi amor?

—Nada, déjame sola.

—Jamás te voy a dejar sola. ¿Qué es? ¿Tienes miedo de que el ADN dé negativo? ¿Tienes miedo de haberte ilusionado para nada?

Mar comenzó a llorar. No era eso, no era ese miedo. Era cierto que la posibilidad de haberse ilusionado para nada le daba angustia. Tenía muchos deseos de encontrar a su madre, y Julia, sería una excelente madre, amorosa. La posibilidad de que esa ilusión se terminara le daba angustia. Pero no era eso lo que la tenía así, era otra cosa.

—¿Qué es mi amor...? Trata de explicarme...

—Tengo pánico de que sea positivo —pudo decir ella finalmente.

Thiago no lo comprendió. Ella le explicó que se había habituado al dolor de ser huérfana, había soportado una vida de maltratos y humillaciones, y hasta había llegado a aceptar el hecho de haber sido abandonada. Si ahora daba positivo y ella resultaba ser hija de Julia, una mujer a la que una basura de padre le había arrancado su hija, para dejarla como un perro en un parroquia; si eso resultaba ser así, ¿quién repararía esos quince años de injusticia? ¿Qué haría con todo el odio que iba a sentir si eso se confirmaba? ¿Qué hacía con ese abuelo siniestro que la había privado de su mamá, y a ella de su hija, durante los primeros quince años de su vida?

Mar no se equivocaba, y lo corroboró el día que final mente recibieron los resultados del ADN. Mientras esperaban en la clínica, ella tomada de la mano de Thiago, y Julia, acompañada por su marido, Mar pensaba que la sigla ADN, cuyo significado ignoraba, le resultaba parecida a DNI. Era eso lo que estaban esperando, un documento que, tal vez, le dijera cuál era su verdadera identidad.

Cuando el médico genetista las hizo pasar, sólo a ellas dos, y les comunicó, desplegando el documento, que había sido demostrado el vínculo biológico alegado, Julia se estremeció, y con una sonrisa entre lágrimas, le tradujo a Marianella.

—Soy tu mamá.

Mar se dejó abrazar, conmovida. Pero luego se disculpó y salió del consultorio. Sin decir nada, se alejó, y Thiago miró a Julia, que asomó tras ella. Julia les corroboró el resultado. Y Thiago salió corriendo tras Mar. La alcanzó en una plaza, frente a la clínica, donde ella lo abrazó, y escondiendo la cabeza en su pecho, lloró con un llanto de niña, con un llanto viejo y guardado durante muchos años.

La noticia del reencuentro de Mar con su madre les dio una inyección de esperanza al resto de sus amigos. La historia de uno de ellos, por fin, parecía tener un final feliz, y todos empezaban a permitirse soñar con algo similar. Nico y Cielo prometieron encargarse personalmente de cada caso, una vez que hubieran terminado definitivamente con Bartolomé.

Desde el día en que se habían declarado la guerra, la convivencia era intolerable. Tácitamente tenían la casa dividida. Bartolomé y Justina ni pisaban el patio cubierto, y ni Nico, ni Cielo, ni los chicos se asomaban por la planta alta. Nico y Cielo se habían instalado en la sala de baile para estar junto a los chicos. También Luz estaba ahora durmiendo en el cuarto de las chicas.

Nico y Cielo estaban resistiendo los embates, mientras discurrían por el camino legal. Habían hecho la denuncia pertinente, y un fiscal probo había tomado el caso. Por su parte, Justina y Bartolomé ni perdieron el tiempo buscando abogados, sabían que por esa vía estaban fritos. En lugar de eso, habían diseñado su plan y confiaban en él.

Era un viernes por la tarde, y estaban esperando al fiscal que vendría a tomar **la declaración de los chicos**. Nico, además, aguardaba la llegada de Cristóbal, que se había ido a jugar al loft con Alelí y Monito. Ese fin de semana lo pasarían juntos, Carla le avisó que ella se ocuparía de llevar a los tres chicos a la mansión.

Cuando llegó el fiscal, Nico preguntó dónde estaba Rama, que era el único ausente. Nadie lo sabía, y comenzaron por tomarle declaración a Tacho, mientras lo esperaban. El fiscal había dispuesto todo para hacerlo, cuando se acercó Justina, con un teléfono.

—Bauer teléfono para usted. —Ahora no puedo. —Yo creo que le conviene.

Nico tomó el teléfono y se apartó, mientras Tacho comenzaba a dar sus datos personales, bajo la mirada oscura de

Justina.

—Hola —dijo Nico al teléfono.

—Nick, querido, quería avisarte que Carlita, tu ex, no te encontró y me dejó a los purretes a mí. Quédate tranquilo, a tu hijo, a Monito y a Alelí los tengo yo.

Nico se puso pálido, y se apartó aún más del resto.

—Mucho cuidado con lo que haces —le advirtió.

—Los cuido, che... Ahora, qué purrete leído tu *Cristiancito*, eh... ¿Sabes que conoce a la perfección la Luger calibre 45 del año 39? Me la pide para jugar, pero yo creo que eso es muy peligroso, ¿no? No sé, tan peligroso como meter fiscales en mi Fundación.

—Les tocas un pelo, y...

—Nick, para hacer una guerra hay que tener con qué. • O te pensaste que esto iba a ser fácil? Ahora te explico cómo son las cosas... Deciles a todos los chicos que vayan un minutito con Tini, que les va a explicar algo. Vos y Sky se van a donde más prefieran, pero lejos de mi Fundación. Y al fiscal le decís que espere.

—¿Dónde tenes a Cristóbal y a los chicos?

—No te preocupes, y hace lo que te dije... No, mini Bauer, no toques la Luger, te dije... —y cortó.

Nico era un león enjaulado, pero hizo lo que Bartolomé le había pedido. Los chicos, sin entender, fueron con Justina al patio cubierto, Nico salió con Cielo, y el fiscal quedó allí,

perplejo.

Apenas entraron en el patio cubierto, Justina sacó un celular, hizo un llamado, y lo puso en altavoz.

—¿Comisario Azúcar, me escucha? —dijo ella, con una

voz sensual.

—La escucho, mi esfinge de ébano. Acá estoy, con este Romeo de cabotaje.

Cuando Bartolomé se enteró de que Rama estaba :.;i liendo con la hija del comisario Azúcar, no se equivocó al pensar que a éste no le gustaría nada. Azúcar se indignó al saberlo, y le prohibió rotundamente a su hija seguir viéndolo. Ella no era una chica dócil y desobedeció. Entonces, Azúcar decidió aclararle a él cómo eran las cosas. Bartolomé le pidió que, además de ajusticiarlo como más le gustara, lo retuviera en su comisaría. Rama estaba bastante golpeado, y asustado. El comisario Azúcar no tenía nada de dulce.

Justina miró a los chicos que la miraban sin entender.

—El comisario Azúcar está muy enojado con Ramita por que le manoseó a la hija, ni se imaginan lo que es el comisario Azúcar enojado. ¿O no, Ramita? —dijo al teléfono— ¿Lo tiene ahí, Azúcar?

—Claro. Habla... —se lo oyó decir en el teléfono—. ¡Habla te digo!

—¿Qué quiere que diga? —se oyó la voz llorosa y asustada de Rama.

Todos los chicos quedaron impactados. Justina prosiguió.

—El comisario Azúcar ya le explicó a Rama por qué tiene que mantenerse lejos de la hija... pero resulta que, como buen comisario que es, lo puede dejar adentro inventándole algo, ¿no?

—Sí, cualquier cosa —concordó Azúcar—. Lo puedo dejar un buen tiempo adentro, y acá, realmente, se lo pasa muy mal... no creo que este chico lo pueda resistir.

Entonces Justina cortó, y les explicó claramente a los chicos lo que esperaba de ellos a cambio de que Rama no se pudriera en la cárcel para siempre.

El fiscal quedó demudado cuando todos los chicos comenzaron a declarar. Ciertamente, no era lo que esperaba escuchar.

—No sé por qué Nico le hace esto a don Barto —dijo

Lleca, casi llorando—. Él es bueno... y Nico es... un desastré, con él casi nos cierran la Fundación.

—Es mentira, don Barto jamás nos pegó —declaró Jazmín.

—No, Barto no es violento, Nico sí. Una vez me pegó, nos amenaza, nos grita... —dijo Tacho al borde de las lágrimas.

—No lo podemos cubrir más —dijo Mar—. Acá el malo de la película es Nico, no Barto.

—Mi papá es una buena persona —concluyó Thiago, con un profundo odio en el alma.

Nico y Cielo estaban en el loft, a punto de explotar, ¡-ilji dos de pies y manos. De pronto ella vio a través de la ventana a Cristóbal, a Monito y a Alelí, que avanzaban hacia el lugar, comiendo un helado. Ambos corrieron al encueno de los chicos y se aseguraron de que estuvieran bien.

—Sí, estuvimos con Barto —dijo Monito—. Estaba ni.v. raro... hasta nos compró helados y todo.

—¿Qué pasa, Bauer? —dijo Cristóbal.

—Nada hijo, nada. Suban al loft —dijo viendo cómo se gaba un patrullero, del que bajaron dos oficiales que se dirigían a la Fundación.

—Pero, papá... es nuestro día de visita, ¿qué vamos a hacer?”

—Ahora suban, chicos. Suban y enciérrense adentro y no salgan por nada del mundo, ¡por favor!

Los chiquitos obedecieron y Nico y Cielo corrieron a la Fundación para ver qué sucedía.

Al entrar vieron que el fiscal hablaba con los oficiales. Los chicos estaban todos ahí, cabizbajos, y más allá estaba Bartolomé, junto a Justina.

—Chicos, ¿qué pasó? —preguntó Cielo.

Pero nadie respondió, todos bajaron aún más sus cabezas. El único que no lo hizo fue Lleca, que miró a Nico, llorando.

—Perdóname, Nico...

—¿Por? —preguntó Nico sin entender.

Y en ese momento los oficiales se acercaron a Nico, quien advirtió que el fiscal lo miraba serio.

—¿Qué pasó acá, Gutiérrez?

—Bauer, los chicos declararon —dijo el fiscal—. Declararon lesiones, agresiones, abusos y explotación de menores.

—¿Y qué espera para encerrarlos? —dijo Cielo. —Doctor Bauer, queda detenido —concluyó el fiscal. —¿Qué? —gritó Cielo.

—Yo también estoy de una pieza, Cielín... —dijo Bartolomé mientras se llevan a Nico y los chicos lloraban.

Cuando Malvina se enteró de que Barto había metido preso a Nico, surgió **una Malvina desconocida**

hasta por ella misma. Entró furiosa en el despacho, y le exigió que arreglara eso. Bartolomé tuvo un acceso de risa, de ninguna manera lo haría. Entonces Malvina se puso brava, muy brava, y le aseguró que si no liberaba a Nico, ella lo hundiría.

Bartolomé se rio más aún, jamás había tomado en serio a Malvina, menos ahora. Ella se fue, dando un portazo.

Con Bauer preso y desprestigiado, el próximo objetivo era cobrar de una buena vez la herencia para alejarse de aquella mansión endemoniada. El único escollo que le faltaba sacarse de encima era Cielo. Sin demora fue a expresarle sus pretensiones: que retirara la denuncia y declarara que había mentido sobre su identidad para quedarse con la herencia de los Inchausti.

—Rama sigue preso, y pasándolo muy mal —le dijo cuando ella se negó a hacerlo—. Rama y tu Indi presos, no tenes alternativa, mi querida.

Pero Barto no contaba con que dos imprevistos torcerían sus planes. Lo que no pudo prever fue el alcance de la desesperación de dos mujeres enamoradas.

Lo primero que hicieron los chicos luego de que arrestaron a Nico fue llamar a Brenda, y le informaron que su padre tenía detenido a Rama. Ella ya había sobrellevado su propio duelo con él, ya sabía qué clase de hombre era, pero terminó de confirmarlo cuando llegó a la comisaría y vio que Rama tenía la cara llena de golpes. Su padre no estaba, pues

ella misma se había encargado de sacarlo de la comisaría, pidiéndole que fuera a encontrarse con ella.

En la comisaría había algunos oficiales, serviles a su padre. Ella encaró a Gonzalito el más joven e inexperto. que la miraba embozado cada vez que ella iba. Nadie se inculcaba lo que Brenda haría a continuación: le robó el arma rotflí mentaría a Gonzalito, y a punta de pistola exigió que III m raran a Rama.

Frente a una seccional vecina, Nico estaba sorprendido de su propia liberación. Su abogado le aseguraba que él ni había llegado a hacer nada para liberarlo, y cuando vieron a Malvina, esperándolos, Nico entendió que ella había tenido algo que ver. El abogado se apartó para dejarlos hablar tian quilos.

—¿Fuiste vos?

—Sí, yo denuncié a mi hermano. Conté toda la verdad de lo que él hacía, Nico.

—¿Lo que él hacía? ¿Y vos no tenes nada que ver con las cosas que hacía tu hermano?

—Bueno, nada que ver... —dijo ella con mucha congoja—. Yo jamás hice nada contra los chicos, si es lo que me preguntás. Pero yo veía, y escuchaba... sabía, y miraba para otro lado.

—¿Con qué monstruo me casé?

—Sí, soy un monstruo, lo sé —dijo Malvina llorando, movida por un arrepentimiento que había tardado en llegar, pero al fin estaba allí—. Soy tanto peor de lo que te imaginas, Nico... Yo sé que me odias, y que no vas a querer hablarme nunca más... pero yo, hoy, quiero decirte quién es Malvina Bedoya Agüero.

—Ya sé quién sos.

—Pero quiero decírtelo yo... Sabes, recién, mientras hacía mi denuncia... sentí una gran liberación... Cuando conté todo lo que hicieron Bartolomé y Justina... todo lo que les vi hacer, y callé... sentí un gran alivio, sentí algo nuevo. Por

primera vez en mi vida sentí que hacía lo correcto, sin dudar. Y aunque vos ya sepas el horror de mujer que soy, quiero decírtelo yo. Quiero decirte que soy la mujer que te mintió, te engañó, y te traicionó con otro hombre. Soy la mujer que armó un secuestro para Cristóbal, para poder rescatarlo y que vos te enamoraras de mí. Soy la mujer que fingió una depresión cuando me di cuenta de que ibas a dejarme. Soy la mujer que intentó matar a Cielo. Y sé que no me vas a creer, y que sólo sentirás odio y asco por mí... pero de alguna manera, enferma, todo lo que hice lo hice por amor... Porque te amo con locura, como vos nunca me vas a amar.

Él sólo la miraba, con desprecio y dolor. Ella empezó a retirarse, pero giró y le dijo:

—Ya firmé los papeles para el divorcio. Y también quiero decirte que me hice la prueba de ADN. En una semana van a estar los resultados —le contó, y lo miró con gran amor; era una despedida—. Y decile a Cielo, que no necesita ADN. Ella es Ángeles Inchausti... y Luz, es su hermana.

primera vez en mi vida sentí que hacía lo correcto, sin dudar. Y aunque vos ya sepas el horror de mujer que soy, quiero decírtelo yo. Quiero decirte que soy la mujer que te mintió, le engañó, y te traicionó con otro hombre. Soy la mujer que armó un secuestro para Cristóbal, para poder rescatarlo y que vos te enamoraras de mí. Soy la mujer que fingió una depresión cuando me di cuenta de que ibas a dejarme. Soy la mujer que intentó matar a Cielo. Y sé que no me vas a creer, y que sólo sentirás odio y asco por mí... pero de alguna manera, enferma, todo lo que hice lo hice por amor... Porque te amo con locura, como vos nunca me vas a amar.

Él sólo la miraba, con desprecio y dolor. Ella empezó a retirarse, pero giró y le dijo:

—Ya firmé los papeles para el divorcio. Y también quiero decirte que me hice la prueba de ADN. En una semana van a estar los resultados —le contó, y lo miró con gran amor; era una despedida—. Y decile a Cielo, que no necesita ADN. lilla es Ángeles Inchausti... y Luz, es su hermana.

Con la confesión de Malvina, la situación judicial de denuncias cruzadas se había complicado. Cuando Nico regresó a la Fundación, se encontró con Cielo, que le informó que el juez Re había tomado la causa, y había enviado nuevamente a la asistente social Rosarito Guevara de Dios para elevar su informe sobre la situación.

Rosarito estaba consternada: por un lado, Bedoya Agüero y Justina García denunciaban a Nicolás Bauer, y por el otro éste denunciaba a los primeros, denuncia corroborada por la propia hermana del denunciado. La situación era delicada, y el juez había ordenado excluir a los menores, y no tomar por válida la declaración de éstos.

Cuando Nico y Cielo entraron en la sala, encontraron a Bartolomé y a Justina tomando el té con Rosarito, a las risas, y entendieron que la asistente social no jugaría para ellos.

—Ahí los tiene, Rosarito. Una mucama oportunista y un matoncito universitario... y en el medio, los pobres purretes.

—Con todo respeto, Rosarito —dijo Nico—. Tiene que estar muy ciega para no ver la lacra que tiene enfrente.

—¿Ha visto? Dos subverrrrsivos —dijo Justina, bebiendo té con su dedo menor levantado.

—Señores, exijo hablar en privado con ambas partes —decretó Rosarito.

Primero se reunió con Nico y Cielo, en el patio cubierto, con Tacho y Thiago parados detrás cual guardaespaldas, y dialogó unos treinta minutos con ellos. Luego habló con Bartolomé, sentado a su escritorio, y con Justina, detrás, cual guardaespaldas. Tras otros treinta minutos salió al jardín a tratar de pensar con claridad en lo que había oído.

—Queremos que Bartolomé y Justina dejen la casa de inmediato —había exigido Bauer.

—La única solución es que Bauer y la mucama abandonen mi Fundación.

—¡Bedoya es un criminal, tiene que estar preso! —había gritado Meo.

—Vamos, Rosarito, ¿vas a creerle a ese delincuente? Ya te olvidaste del estropicio que hizo con la Fundación en tu anterior auditoría?

—No me dejan denunciarlo porque soy el hijo, pero le puedo asegurar que mi papá es un monstruo.

—Yo siempre le digo a Justin, Dios no lo quiera, pero no sé si mi ex cuñado no les suministró algún tipo de droga para lavarles el cerebro, ¡si hasta a mi propio hijo me pusieron en contra!

—Porquería de gente son, me quisieron matar. ¡Y la cuerva tuvo diez años encerrada a mi hermanita!

—¡Esa mucama arrrribista es una hippie satanista que quiso arrrrrmar su secta diabólica con estos santos inocentes!

—De día nos hacían robar, de noche nos ponían a trabajar en una fábrica de muñecas.

—¿Fábrica de muñecas? Pero ¿no vio, Rosarito, el hermoso salón de baile que le armamos a los purretes?

—Por favor, doñaza abra los ojos.

—¡Abrí los ojos, che, Rosarito!

La rigurosa asistente social estaba abanicándose en el jardín, guareciéndose del sol de noviembre, rogando en voz alta al señor que le diera **claridad** para tomar una decisión, cuando de pronto la sorprendió una voz grave y profunda que bien podría haber sido la voz del santísimo.

—¿Usted necesita claridad, señora?

Rosarito giró estupefacta y se sorprendió al ver a Jásper con la tijera de podar en la mano y sonriéndole.

—Yo le puedo dar claridad.

Tres horas más tarde Rosarito se apersonó, como le gustaba decir a ella, en la sala, y volvió a **reunir a las partes**

para comunicar su decisión. Para sorpresa de todos, descubrió que Nicolás Bauer y Cielo Mágico nada tenían que ver en la Fundación, y que ésta debería seguir siendo (dirigida por Bartolomé Bedoya Agüero, hasta que el juez Re se decidiera. Dijo que, como Bauer tramitaba el divorcio, no tenía derecho a vivir allí, pero en cambio permitió que la niñera permaneciera en el servicio. Sin atender a reclamación)» se fue después de cerciorarse de que Nicolás se había ido de la mansión.

De inmediato Bartolomé y Justina volvieron al ruedo

sus amenazas, malos tratos y extorsiones. Pero grande fue la sorpresa cuando esa misma noche, al entrar en la sala, se toparon con la asistente social, parada ahí mismo, esperando rándolos. Ayudada por Jásper, acababa de colocar una pantalla a modo de pantalla, frente a un proyector de video educativo.

—Rosarín... —exclamó Bartolomé anonadado—. No sabía que seguías por acá, y menos que te gustaba el chin che... —y forzó una carcajada.

—Me gustaría que todos compartamos un video educativo.

—Perfecto, me encanta educar a los purretes, ¿no hijo —dijo viendo entrar a Thiago junto al resto de los chicos.

—Sabes que no soy tu hijo, evita el show.

—Tomen asiento, señores, para ver el video educativo —dijo Rosarito.

Todos lo hicieron, y Bartolomé, que tenía una mala espina, se impacientó.

—Y bien, ¿qué esperamos?

—Esperamos —dijo simplemente Rosarito.

Luego de unos minutos de tensa espera, se abrió la puerta e ingresaron Nico y Cielo.

—Quedamos en que este hombre iba a estar lejos de mis chiquis —se atajó Bartolomé.

—Yo les pedí que vinieran... —dijo Rosarito—. ¿Y el doctor Re?

Barto pegó un respingo al ver entrar al juez.

—¿Pero cómo no me dicen que viene el juez Re? ¡No va alcanzar la comida!

—No vine a comer. Proceda, Rosarito.

—Muy bien —dijo ella—. Esto nos va a dar una idea de quiénes somos.

Le guiñó un ojo a Jásper, que puso en marcha el proyector. Todos quedaron sumamente sorprendidos al ver el video educativo. Era una edición de grabaciones de las camaritas de seguridad de la mansión, las mismas que había descubierto Bartolomé en su habitación secreta. Aquella tarde, cuando Jásper le ofreció «claridad» a Rosarito, le habló de esas cámaras donde podría realmente ver lo que ocurría. Jásper le había sugerido reafirmar a Bartolomé y expulsar a Bauer. La asistente social había pasado toda la tarde en esa habitación secreta, mirando y grabando lo que había ocurrido. Vio y grabó cómo Bartolomé maltrató a los chicos, cómo les advirtió que ahora que había acabado con Bauer ellos deberían volver a robar y trabajar para él. Vio cómo encontraban a Rama, que se había escondido en el sótano tras la huida de la cárcel, y vio cómo lo amenazaban con volver a encerrarlo de por vida. Vio cómo lo habían amenazado con matar a Alelí cuando Rama quiso rebelarse, harto de todo. Los oyó hablar de Cielo como Ángeles Inchausti, y de Luz como su hermana. Los oyó hablando con el comisario Luisito Blanco y con el comisario Azúcar, para que les facilitaran cambiar las muestras de ADN para poder quedarse con la herencia.

Ya no habían dudas, Rosarito les había tendido una trampa, y ellos habían caído.

—Yo creo que... —balbuceó Bartolomé—. Estas imágenes están sacadas de contexto.

—¿Todo eso es verdad, mamá? —preguntó Luz a Justina, con profundo dolor.

—¿Cómo se sigue? —preguntó Nico al juez Re, que aún no salía del asombro.

—Se sigue ordenando la inmediata detención de estas personas.

Lo que siguió fue inesperado y brutal. Acorralado como estaba, Bartolomé se puso de pie y sacó su Luger calibre 45 y apuntó a todos. El juez Re le dio la orden firme de bajar el arma, pero Bartolomé estaba jugado al todo o nada, y por lo tanto, dispuesto a huir. Cielo, instintiva, cubrió a los chicos para protegerlos, mientras Nico empezó a avanzar hacia Bartolomé, que gritaba y reculaba hacia la puerta de salida con Justina agazapada detrás de él. Nadie advirtió que Thiago se deslizó hacia el escritorio, buscó la llave de la caja fuerte, y sacó otro revólver que su padre guardaba ahí.

—¡Baja el arma y entrégate! —le ordenó Thiago, con su rostro desencajado, contraído por el odio y el dolor.

Su grito había sido tan visceral y atronador que todos giraron para mirarlo, y se quedaron paralizados al verlo.

—¡Mi amor, no! —gritó Mar.

—Thiaguito, ¿que haces, mi vida? —le suplicó Cielo.

Pero Thiago estaba ennegrecido, y avanzó hacia su padre, llorando con desesperación.

—Entrégate porque te mato.

—Vos no sos un asesino, hijo... —le dijo Barto impactado—. ¿Vas a matar a papá?

—Pero lo puedo llegar a ser, ¿o no tengo la misma sangre podrida que tenes vos?

—Thiago, por favor... —intentó mantener la calma Nico.

—Yo te quería, basura. Te amaba, eras mi viejo, y yo confiaba en vos.

—Y yo te amo a vos, hijito...

—¡Mentira, vos no querés a nadie! —gritó acercándose con el arma levantada hacia su padre.

—Hijo, no hagas una locura...

—¡Me arruinaste la vida! No sé qué hacer con mi vida, no sé qué hacer con vos... —tras meses de contener su odio y dolor, la catarsis, finalmente, había comenzado—. ¡Te odio y sos mi papá! ¡Quiero verte muerto, y sos mi papa! ¿Cómo me hiciste una cosa así??

—Yo no te lo hice a vos, hijo... Vos nunca lo entenderías, bajá el arma...

—¡Bájala vos, y entrégate!

—No me voy a entregar —dijo Bartolomé, que también lloraba—. ¡Bajá el arma!

—¡Bájala vos!

—¡Bajá el arma!

Ambos se apuntaban, llorando, desquiciados. Los gritos cruzados crecían, como crecía la tensión de todos. Los chicos no podían creer el estallido que había tenido Thiago. Mar lloraba abrazada a Jazmín. El único que se había ido acercando a ambos, lentamente, era Nico.

—Thiago... —le dijo cauto—. Soltá el arma, vos no sos como él.

—No te metas, Nico, esto es entre él y yo —persistía Thiago.

—Hacele caso a Nicolás, hijo.

—¡Vos calíate, cobarde!

—No me busques, Thiago...

—¿Qué, me vas a matar?

—¡Por favor, bajen las armas!

—¡Bajá eso, Thiago!

—¡Bájala vos! ¡Bájala o dispara, cagón!

—¡No me provoques!

—¡Bájala!

Ya estaban muy cerca uno del otro. Nico en el medio, apenas un metro más atrás. Thiago no podía detenerse, sentía que era su obligación frenar a su padre, y estaba dispuesto a llegar a las últimas consecuencias. Pero de pronto se oyó un grito.

—¡Basta! —era Justina, que se interpuso entre Thiago y Bartolomé.

—¿Qué haces, Justina? —dijo Bartolomé descolocado

—Señor... ¿no entiende que se terminó todo?

—Salí de adelante, Justina... o con una sola bala hijío una brochette.

—Mi señor, mi amor... se terminó —dijo ella casi con conmiseración.

Nico aprovechó esta distracción para ir, lentamente, haciii Thiago, que aún sostenía el arma.

—¿Qué miedo le puedo tener a sus balas, Bartolomé? ¿Qué miedo puedo tener a perder la vida, si yo ya perdí todo... Perdí a mi hija, como usted perdió al suyo... ¿No ve que se terminó, señor, no ve que perdimos? —dijo, sin remar car ninguna erre.

—Salí de muchas, Justina. Voy a salir de ésta.

—Necesitamos descansar, Bartolomé. Ya está, estamos acabados.

—No vamos a aflojar sobre el final, Tini... —dijo él lio rando, casi como un nene.

—Después de esto, ¿qué hay? Más muertes, fugas, persecuciones... ¿No está cansado? Señor, esta guerra la perdimos el día que la empezamos. Aquella noche en que dejamos morir a Alba... ahí comenzamos a perdernos; el día que dimos ese paso perdimos. Lo tiene que aceptar.

—Yo no puedo perder, Tini... —lloraba más y más—. Yo tengo que triunfar... ¿Qué diría Tatita si me viera claudicar?

—Tatita jamás lo miró, señor, ni triunfar, ni claudicar. Tatita fue tan mal padre como lo fue usted para Thiaguito. Somos escoria, somos menos que humanos.

—¿Por qué me haces esto, Tini?

—Lo hago por esa nena que está ahí, mirándome... todavía preguntándose por qué le arruiné la vida de esa manera. Por ese amor que yo sé que siente por su hijo, termine con esto ya.

Muy despacio Bartolomé fue bajando su arma, quebrado. De pronto parecía haber envejecido treinta años. Era un ser débil y miserable, llorando desconsolado sobre el hombro de Justina, quien con suavidad le sacó el revólver. Nico ya

había llegado hasta Thiago, y suavemente le retiró el **que** sostenía. Casi ahogado por el llanto, Thiago se aferró a **Nico** en un abrazo.

—No tenía balas, Nico. No tenía balas.

—Ya lo sé, Thiago. Ya lo sé.

573

Capítulo 016

La isla de Eudamon

El cambio no fue lento, ni gradual. Fue inmediato, **un cambio contundente**. En el mismo momento en que Bartolomé y Justina eran puestos en prisión, todos los chicos de la Fundación pasaban a ser tutelados de Nico y Cielo.

El festejo duró hasta bien entrada la noche. Todos se juntaron en la sala a comer, a cantar, y a bailar. Mar intentó sumar a Thiago a los festejos, pero él apenas podía moverse, estaba como arrasado por una aplanadora. Ella permaneció toda la noche junto a él.

En medio de la emoción y la alegría, Jazmín se acercó a Tacho, le sujetó la cabeza, y le dio el beso más intenso de su vida.

—Júrame que no estuviste con el cachetón —ordenó él.

—Nunca más vuelvas a desconfiar de mí, ¿estamos? —fue la respuesta de ella.

—Júramelo.

—Me lo pedís una vez más, y me perdés para siempre.

Entonces Tacho, que le creía, depuso su orgullo y la besó.

Nico registró que Rama no estaba allí y salió a buscarlo. Lo encontró a los besos con Brenda en la oscuridad del patio cubierto.

—¡Es una nena! —exclamó Nicolás mientras intentaba separarlos—. ¡Y es la hija del comisario! —agregó, y para que dejaran de besarse, encendió la luz.

Tras su intervención tan paternal, ambos sonrieron, pero Nico registró que estaban llorando. Rama le explicó que Brenda se iba de viaje a Paraguay, donde vivía su madre, ya que quería alejarse de su padre. Entonces Nico comprendió que aquello era una despedida, y volvió a apagar la luz, antes de dejarlos solos.

No estaban acostumbrados a una felicidad duradera, sin embargo, cada día había más y mejores noticias.

Nico llamó a un compañero de la secundaria, que era un excelente maestro, y éste comenzó a darles clases de inme diato. Lleca se quejó, puesto que ya era casi diciembre, y cuando todos estaban terminando el colegio, ellos empezaban.

—Y lo mejor de todo —dijo Cielo riéndose—. ¡Es que van a estudiar todo el verano para ponerse al día!

Monito, casi con lágrimas de emoción, ayudaba a los changarines del supermercado a descargar en la cocina los pedidos que hacían cada semana. Los chicos veían alimentos que ni sabían que existían. La alimentación había cambiado, el clima había cambiado; ahora había música, había ricos olores, había siempre alguien riéndose, alguien jugando. Lleca jugaba al fútbol en la sala, mientras los chicos intentaban ensayar para la grabación de su demo. Alelí y Luz se llevaban mejor, aunque siempre peleaban por sus muñecas. Luz nunca quería prestar a Alitas.

El día en que Nico y Malvina tuvieron que ir a firmar el acta de divorcio, él le dijo, a pedido de Thiago, que podía quedarse a vivir en la mansión, y ella sonrió con tristeza.

—Ya le expliqué a Thiago que prefiero irme.

—Estás embarazada, y no tenes un peso.

—Me las voy a arreglar —dijo ella, dolida, pero digna, y sacó un sobre—. Éste es el resultado del ADN.

Él la miró y se le hizo un nudo en el estómago. Aunque no había nada que lo uniera a esa mujer, tenía un deseo profundo de que ese hijo fuera suyo.

—Yo siento que es tuyo —dijo ella con la voz estrangulada—. Lo siento, y tengo la esperanza de que este hijo nos haga muy felices a los dos. Ya que va a tener una madre como yo, se merece un padre como vos.

—¿No lo abriste?

—No. Y te juro que no lo truche, ni nada raro... Así como me lo dieron en la clínica, lo traje.

Había una destino que se estaba poniendo en juego en

la acción de abrir ese sobre. Si el resultado era negativo, ya nada lo uniría a Malvina, y ella seguiría su vida con el hijo de un hombre siniestro. Si el resultado era positivo, Malvina sería parte de su vida para siempre, y él tendría su primer hijo biológico.

El resultado fue positivo. Y Nico sintió que lo era en todo sentido. Al ver a Malvina llorando de emoción sin atreverse a abrazarlo, él sintió que ya la había perdonado.

Al regresar a la Fundación, buscó a Cielo para compartir la noticia con ella. Sabía que para Cielo que él fuera a tener un hijo con Malvina no sería un inconveniente. Pero tuvo que posponer la noticia, porque la encontró en un momento muy especial.

Antes de ser llevada detenida, Justina le había hecho una última confesión a Cielo: entre las tumbas del pequeño cementerio que había en el jardín, estaba enterrada Alba, su madre.

Nico observó con un amor infinito y una enorme compasión cómo Cielo y Luz dejaban unas flores sobre la tumba de Alba. Nico se acercó a ellas y las abrazó. Cielo lloraba en silencio. Era un río, un río que liberaba, y Nico notó, por primera vez desde que había conocido a Cielo, que esa vez no llovía, sino que las pocas nubes que había en el cielo se corrieron, y el cálido sol del atardecer tiñó sus rostros de dorado.

Thiago le prometió a Julia que él hablaría con Mar. A partir de la confirmación del vínculo, Julia le había hecho la invitación de vivir con ella, pero Mar se había negado; por un lado, porque no quería dejar a sus amigos ahora que por fin podían comenzar sus nuevas vidas, y por el otro, porque sabía que Tefi la odiaba.

—No pareces feliz, Mar... Toda tu vida te preguntaste por tu mamá, creías que te había abandonado, y ahora que la encontraste...

—Me encanta Julia. No me podía haber tocada una mejor mamá, pero...

—Pero Mar... Ni siquiera hablas con ella, pasa tiempo con ella, anda a comer, a charlar... quédate a dormir en su casa.

—¿Para que ese fideo me mire con odio?

—Tefí se va a tener que hacer a la idea, Mar... No te pierdas a tu mamá, la necesitas, y mucho.

Rosarito, que ya se llevaba a las mil maravillas con Bauer, que la hacía reír con sus piropos, y el juez Re, acudieron una mañana con dos hermosos regalos: los nuevos DNI de Luz y Cielo, en los que se veían las fotos de sus rostros sonrientes y se leía «Ángeles Inchausti» y «Luz Inchausti». El juez Re permitió a Cielo conservar el viejo DNI, el de Cielo Mágico. Luego el juez Re les hizo firmar un acta a Nico y a Cielo, y ambos fueron a la habitación de los chicos a despertar a Monito con una noticia que él esperaba.

A partir de que les habían concedido la tutela, Nico y Cielo empezaron a rastrear a las familias de los chicos con los datos que tenían. El único que no estaba interesado en eso era Monito, decía que él no tenía familia, pero ellos advertían un enojo raro en él. Nico comprendió el motivo una tarde en que estaban jugando los dos con Cristóbal. Jugaban a que Nico era el guardián de una pirámide y ellos, exploradores que querían entrar a saquear sus tesoros. Pero de pronto, Monito había empezado a agredir a Cristóbal, algo rarísimo, ya que Monito era el único que jamás se había peleado con nadie. Cuando Cristóbal se quejó con su padre, Monito se había mofado de él, y repetía la palabra «papá, papá», «necesitas que tu papá te defienda». Media hora después, Monito había pedido disculpas, ya que no estaba en su naturaleza el enojo ni la agresión; sin embargo, seguía mal.

Cuando Nico se lo propuso a Cielo, ella no lo dudó. Entendía que Monito lo que deseaba era ser hijo de ellos, de hecho, así se sentía. Entonces aquella mañana lo despertaron con algo mucho mejor que un desayuno. Le anunciaron que habían iniciado los trámites de adopción, que apenas ellos

se casaran, cosa que ocurriría en breve, él pasaría a ser Mateo Bauer, hijo de ambos. Monito, aún con lagañas en los ojos, apoyó su cara entre los hombros de ambos y les dijo: —Gracias, panchos.

Mar estaba muy dormida una mañana, cuando apareció Thiago, la levantó con sábanas y todo, y la llevó hasta la sala. Ahí se encontró con los rostros desencajados de alegría y emoción de Rama, Tacho y Jazmín. Con ellos estaban Nico y Cielo, que parecían dos neños con juguete nuevo. Y más atrás, estaba Chango, agrandado. Estaban todos alrededor de un estéreo, en el que se escuchaba *Voy por más*. Mar tardó unos segundos en comprenderlo: el demo que habían grabado, y que Chango había prometido llevar a radios y disqueras, estaba sonando en una FM, no en cualquiera, en la mejor.

—¿Y? ¿Qué les dije? —dijo Chango, orgulloso de sí mismo.

De pronto Nico lo abrazó, y comenzó, verborrágico, a decirle que debería cuidar a sus chicos, que estaban comenzando algo nuevo, que habían sido chicos explotados, que no iba a permitir que les sacara ni cincuenta centavos de derechos de autor, que cuando salieran de gira, él y Cielo iban a ir con ellos, y que supiera y que recordara que esos chicos no estaban solos.

—¡Mi amor! —exclamó Cielo—. Con decir gracias, alcanza.

—Gracias, Chango —dijo entonces Nico y lo volvió a abrazar, emocionado.

—¡Hay que contarles a todos! —propuso Nico.

Luego fue hasta la puerta de entrada, para ir a avisarle a los chiquitos que estaban jugando con Cristóbal en el loft. Pero al abrir la puerta, todos se quedaron pasmados. Allí, vestida íntegramente de blanco y con su largo cabello suelto, estaba Justina Medarda García, sonriente.

—Ustedes se preguntarán quién sssoy, verdad... —dijo Justina con una sonrisa de santa, y pronunciando exageradamente las eses—. Soy **Felicitas García**, prima hermana de Justina, ¿ella se encuentra?

La que primero reaccionó, cual leona, fue Cielo; de un salto la sujetó del cuello y la tiró contra un sillón.

—¡Llamen a la policía ya! —pidió a gritos.

—Bonita, sssoltame, que me vas a machucar... —dijo la mujer asustada, pero sin perder la sonrisa.

—¿Se piensa que somos tan tontos? Sabemos que es usted, urraca, por más que se vista de blanco ahora...

¿Quién? —preguntó la supuesta Justina.

—No tenes cara Justina —le dijo Nico—. Vas a volver a la cárcel de la que te escapaste.

—Pero no, mi sssanto, le digo que soy Felicccitasss García, prima de Jussstina. Perdón, ¿usted dijo que mi prima está en la cárcel?

—Si usted es la prima, yo soy la mujer barbuda —dijo Cielo—. Rápido, que no se escape, traigan sogas, o algo para atarla.

Y así fue: minutos después estaba atada, y con sus ojos aterrados, aunque no había perdido la sonrisa.

—Pero, che, qué loquitos que son... —decía Felicitas, que era la antítesis de Justina, o más bien, Justina era el negativo de su prima Felicitas.

—Cielo... el documento dice Felicitas García —advirtió Jazmín, que estaba revisando sus cosas.

—Estas lacras son capaces de cualquier cosa... ¿Llamó a la policía, Indi?

—Dice el juez Re que Justina está detenida.

Todos se miraron asombrados, y miraron a Felicitas, que les sonrió y enseguida meneó con preocupación su cabeza.

—Pobre Justinita... ¿Se extravió del camino?

—¿Cómo lo hizo? —seguía Cielo—. ¿Coimeó a la policía? ¿Bartolomé también escapó?

—Le juro por las mariposssasss de la primavera que soy Felicitas... —y se detuvo—. ¿El bueno de don Bartolomé también preso, dijo?

En ese momento entró Luz, y se aterró al verla.

—¿Qué haces vos acá? Vos tenes que estar presa, por mala, que haces acá, mamá? —dijo Luz, que nunca había dejado de llamar mamá a Justina.

Felicitas se quedó absorta.

—¿Una hija? ¿Vos sos hija de Justinita? ¡Nunca me habló de una hija! Qué alegría conocerte, solcccito, sos más hermoossa que un amanecer campessstre.

—¡Déjese de actuar! —gritó Cielo.

Pero en ese mismo momento Tacho extendió el teléfono, que acaba de sonar.

—Es Justina, desde el penal... Pidió hablar con Luz.

Todos se quedaron atónitos.

—Ponelo en altavoz —dijo Nico.

—¿Es mi prima? Déjenme hablar con ella, si extravió el camino, yo la puedo ayudar a enderezarse.

—Usted se calla... —le dijo Cielo, pero ya deponiendo un poco el enojo.

Tacho accionó el altavoz. Y se oyó la voz de Justina.

—Chiquita, ¿estás ahí?

Todos se miraron. Aquella era, indudablemente, la voz de Justina.

—Chiquita, yo sé que no me querés hablar... Nada más quería decirte que te quiero mucho, y que ojalá algún día me perdones todo lo que te hice. ¿Chiquita?

Pero Luz, como todos, permaneció en silencio. La **que** habló fue Felicitas, que aún seguía atada,

—Ay, Tini, Tinitiss, ¿qué hiciste?

—¡Qué haces ahí, santurrrrrona! —se exasperó **Justina**.

583

—Te vine a visitar, y me enteré que estás en prisión por algunas trapissssondas que te mandassste...

—¡Aléjate de ahí, santurrrrona!

Nico cortó la comunicación, y todos miraron absortos ¡i Felicitas.

—Entonces... usted no es, o sea... usted es... ¿la prima —dijo Nico confundido.

—Claro, Felicitass García, para sservirle. Y estoy pass smada passsmada, ¿mi prima, una delincuente?

Cuando la desataron y le pidieron disculpas, Felicitas contó que toda la vida les pasó lo mismo: eran primas, pero parecían gemelas.

—Bueno, Tini siempre fue un poquito más ossscura que yo. Todavía no caigo en lo que me dicen...

Felicitas les contó que ella había pasado los últimos diez años misionando en África, y que de regreso a la ciudad, estaba intentando retomar sus vínculos.

—Tal vez para esto tuve el impulsso de volver... tal vez ahora tenga que misionar con mi prima.

Felicitas comenzó a visitarlos cada día, y aunque un poco los irritaba con sus «eses» exageradas, sus palabras empalagosas y su permanente optimismo, se fue ganando el corazón de todos. Tal vez, Felicitas, la contracara de Justina, había llegado como una confirmación de que las cosas allí habían cambiado radicalmente.

Mar y Thiago estaban intentando sofrenar a Rama, que tenía tanta emoción que no podía contarles con claridad la noticia.

—Hay que conseguir ya el vestuario. Y además el sonido, porque lo pone el lugar, pero nosotros creo que tendríamos que llevar nuestro propio sonido, porque nunca se sabe, y nosotros tenemos que sonar bien.

—Rama... ¿de qué hablas? ¡No te entendemos nada!

—¡Hablo de que el Chango nos consiguió un show! La FM, la que pasa nuestro demo, ¡nos quiere tener en el show de fin de año!

—¿Cómo tenernos? —preguntó Mar.

—Sí, que cantemos, TeenAngels en vivo, ¡frente a miles de espectadores! El Chango dice que nuestro demo está matando... Lo único malo es que el show es el mismo día que el casamiento de Nico y Cielo, pero bueno... ¿dónde está Tacho? ¡Se tiene que aprender las coreografías ya!

Y se fue corriendo, hablando solo, sin poder contener su excitación. Mar y Thiago se miraron, aún no se animaban a creer lo que les había contado Rama. En ese momento llegó Julia, y aunque intentó minimizar su preocupación, era muy evidente.

—¿Estefanía vino para acá? —preguntó.

—No —dijeron a coro Mar y Thiago.

—Si la ven...

—¿Pasó algo, Julia? —preguntó Mar.

Julia la miró, aún le seguía doliendo que Mar se negara a decirle mamá, pero lo pasó por alto, y les confesó.

—Anoche no volvió a dormir a casa, no atiende el teléfono, no sé dónde está... No fue a la casa de ninguna amiga

por favor, si pueden ayudarme a buscarla, se los agrade» > ría... Estoy desesperada.

Mar y Thiago le prometieron buscarla. Mar se ofreció • acompañar a Julia, que lo agradeció. Thiago llamó a Nací y él no tenía idea de dónde estaba Tefi. Después empezó a li. mar a cada compañero del colegio, pero de pronto, entre llamada y llamada, sonó su celular. Era Tefi. Lloraba, y con l voz entrecortada por la angustia, le pidió que la fuera a vn

—¿Dónde estás, Tefi?

—Estoy en un hotel. Por favor, no digas nada. Vení, ii necesito.

Él, como le prometió, no dijo nada, y fue al hotel que li> había indicado Tefi. Ella lo hizo pasar, tenía los ojos rojos il< llorar.

—¿Qué hiciste, Tefi?

—Me fui de mi casa... no aguanto más, Thiago, no doy más.

Él se sentó junto a ella, nunca la había visto llorar de esa manera.

—Por lo menos llama a tu mamá, está desesperada.

—¡Mentira, no está desesperada! Está todo el día hablando de Mar, pensando en Mar, comprando cosas para Mar... ¡Yo no le importo ni un poco!

—Sabes que no es así, Tefi...

—¿Por qué me pasa esto, Thiago? ¿Por qué nadie me prefiere a mí? Vos la elegiste a ella... Mi mamá la eligió a ella...

—Tefi, estás diciendo pavadas... A ver, primero y principal... vos y yo... Era cualquier cosa, Tefi, y lo sabes. ¿Me vas a decir que vos alguna vez estuviste enamorada de mí?

—Podría haberme enamorado...

—No, sabes que no... Nos conocemos desde los cuatro años, siempre fuimos amigos, no teníamos nada que ver. Vos te encaprichaste conmigo, como antes te habías encaprichado con Ito, y con Zeta...

—Yo sabía... —estalló ella en más llanto, como siguiendo con el tema, aunque hablaba de otra cosa.

—¿Qué sabías?

—Que Mar podía ser hija de mi mamá, lo sabía hacía mucho tiempo, y no dije nada, me callé. Soy horrible, soy una basura... Tenía pánico de que pasara lo que pasó... Que la prefiriera a ella, que es su hija biológica, y yo...

—Tefi, sabes que tu mamá te adora, y que esto no va a cambiar nada...

—Todo cambia. Todo cambió, y para siempre.

Golpearon la puerta. Ella se sobresaltó.

—¿Vos pediste comida? —preguntó Thiago.

Ella negó, mientras él fue a abrir la puerta. Ahí estaba Mar. Thiago se quedó duro. Tefi también.

—Mar... yo estoy acá, porque...

—No tenes que explicarme nada. Vine a hablar con ella —dijo Mar, sin celos, por primera vez en lo que iba de la relación.

—¿Vos le dijiste que estaba acá? —le preguntó Tefi a Thiago con odio.

—No, fue Nacho —aclaró Mar—. Ya deberías saber que si querés guardar un secreto, no se lo deberías contar a Nacho.

—A mí no me lo dijo... —dijo Thiago azorado.

—Vos no sabes sacarle un secreto a alguien —le dijo Mar, y le sonrió—. ¿Nos dejás solas?

Tefi quiso retener a Thiago, pero él dejó solas a las **hermanas**. Tefi intentó irse, y Mar la sentó a la fuerza. Se miraron unos instantes. Mar sabía que Tefi la odiaba, y a ella Tefi no le caía nada bien. Sin embargo veía en su cara que estaba sufriendo, y no era justo que nadie sufriera. Mar creía que le debía ese intento a su madre.

—No vine acá por vos, vine por Julia —comenzó Mar—. Ella te adora, te ama, y está desesperada buscándote. No le podés hacer esto.

—Claro, pobre tu mamita, ¿no?

—No vine a discutir. Nada más te quería decir que te entiendo. Entiendo que te saltó la térmica, que vos estabas muy bien con tu papá y tu mamá, y de pronto te aparece una

hermana, que encima no soportas. Entiendo que hayas ocultado lo que sabías, entiendo que me odies, entiendo todo. ¿Y sabes por qué te entiendo? Porque vos sos adoptada.

—¿Y? —dijo Tefi, ya beligerante.

—Y que eso significa que a vos también te abandonaron. Y aunque después fuiste criada con mucho amor, yo sé que ése es un dolor que no se va nunca, que siempre está. A lo mejor vos y yo tenemos algo más en común que una mamá.

Cuando Julia las vio aparecer a ambas en su casa, intentó disimular su emoción y manejarse con naturalidad; sabía que sus dos hijas, por motivos diferentes, detestaban las demostraciones demasiado emocionales.

—¿Qué quieren comer? —preguntó ella radiante. Era la primera vez que Mar había aceptado comer en su casa.

—No sé... que elija Tefi. —dijo Mar.

Tefi la miró con bronca y replicó.

—No, que elija la blacky, que es la nueva integrante de la familia.

—¡Estefanía no le digas así a tu hermana!

—¡Ella nunca va a ser mi hermana! —gritó Tefi, mientras se encerraba en su cuarto de un portazo. Julia negó con la cabeza, y la siguió hasta el cuarto, donde la reprendió por ser tan malcriada.

Mar observó que su madre había sacado de la heladera milanesas y papas, seguramente para cocinar su comida preferida: milanesas con puré. Tomó su celular, aquel que le había regalado Thiago, y le mandó un mensaje de texto: «Gracias a vos, encontré a mi mamá». Y él le respondió: «Gracias a vos, perdí a mi papá».

Y mientras aún se oían los chillidos de Tefi desde el cuarto, Mar sonrió. Ahora tenía una madre. Y una hermana.

Cuando Carla le comunicó a Marcos su decisión de renunciar a la patria potestad de Cristóbal para restituirselo a Nico, éste se enfureció de una manera que hizo sospechar a Carla de que Marcos había perdido por completo la razón.

—¡De ninguna manera vas a hacer eso!

—Marcos... ¿hasta cuándo vas a seguir con esto? Cristóbal ni te habla... Si de verdad querés acercarte a él como padre, deberías empezar por dejarlo estar con Nico.

—No voy a discutir esto.

—No lo voy a discutir yo —se impuso Carla—. Intenté todo con Cristóbal... Intenté darle un hogar, hasta me mudé frente a la casa de Nico para que estuviera cerca. Cristóbal vive mirando por la ventana hacia la mansión. Él quiere estar con Nico. Puede llegar a querernos, pero quiere vivir con él, no con nosotros.

—Vos hacelo y yo te destruyo.

Pero la amenaza de Marcos no acobardó a Carla esta vez. Sentía que ya le había arruinado demasiado la vida a Cristóbal como para seguir haciéndolo. Y cualquier cosa que pudiera hacer Marcos en contra de ella no haría su vida más miserable de lo que ya era.

Cuando Cristóbal regresó al loft luego del último día de clases, se encontró con que su madre estaba terminando de embalar sus cosas. Había dos enormes cajas y un bolso.

—¿A dónde nos mudamos? —preguntó Cristóbal temiendo un nuevo alejamiento.

—Yo me vuelvo a mi casa, y vos volvés a la casa de tu papá.

Carla esperaba un salto de alegría y, en verdad, vio cómo a su hijo se le dibujó una sonrisa, pero de inmediato se acercó, y le tomó la mano.

—¿Y vos, mamá?

—Y yo... voy a estar siempre cerca de vos, mi amor. Peí o cometí un error muy grande, muy grande, y espero que algún día puedas perdonar algún día. Nunca te tendría que haber sepado de Nico.

—Y sí, estuviste mal, mamá.

—¿Pero estoy a tiempo de **reparar el error**, no?

—¿Lo sabe mi papá?

—¿Se lo decimos juntos?

Nico estaba viviendo días muy especiales, y estaba extremadamente sensible. De tener un hijo, de pronto había pasado a tener dos, Monito y Cristóbal, y uno en camino. Además tenía cinco más bajo su tutela. Los chicos se sentían felices, y empezaban a cumplir su sueño con la banda, y Berta y Mogli habían prometido venir a la ciudad para su casamiento con Cielo, que sería en una semana.

Cuando Carla le informó que había hablado con el juez a cargo de la apelación que Nico estaba llevando adelante, para decirle que se retractaba, y que le devolvía la patria potestad sobre Cristóbal, Nico la abrazó y lloró, sin decirle una sola palabra, durante muchos minutos. Finalmente Carla le tomó la cara, también llorando, y le dijo:

—Cometí tantos errores en mi vida, Nicolás... El más grande fue todo lo que hice con Cristóbal. Pero mi otro gran error fue haberte perdido a vos. Sos la persona más increíble que conozco, con ese corazón enorme. Sos un hombre, Nico, con todas las letras. Gracias por haber cuidado como cuidaste a Cristóbal. Perdóname por todo lo que te hice sufrir. Te juro que si supiera cómo hacer para reparar tanto daño, lo haría...

—Ya empezaste, Carla.

—Pero no es suficiente... ¿Cómo reparo tanto dolor hacia vos, hacia Cristóbal?

—Siguiendo por este camino... Seguramente te lleve toda la vida, pero hay algo seguro... Esta historia nos cambió a todos, y a vos también... Aquella Carla no existe más.

Cuando Carla se marchaba del loft, de regreso a su casa, la alcanzó Cristóbal corriendo, y le dio un beso.

—Te quiero mucho, mamá —le dijo, y Carla, por fin, creyó entender qué era la felicidad.

Nico les suplicó a los chicos que desistieran de hacerlo una despedida de soltero, sólo quería un poco de tranquilidad, una noche de amor y paz. Les pidió que consideraran como válida la que le habían hecho cuando se casó con Mal vina.

Los chicos lo aceptaron, sobre todo porque estaban abocados a los preparativos para el show. Aquella noche harían un ensayo con público en el bar TeenAngels. Nico y Cielo encargaron a Felicitas, que ya era parte de la Fundación, que cuidara a los más chiquitos y se encerraron en el altillo.

Nico había dispuesto todo para tener aquella noche que tanto deseaba y tanto se merecían. Ambos recordaron aquel primer beso que se dieron volando y todo lo que tuvieron que sufrir para volver a estar otra vez juntos, y en el aire.

—Pero todo eso pasó. Y acá estamos, don Indi.

—Te amo, mi amor.

Y tal como había acordado con los chicos, en ese momento empezaron a cantar una canción que Nico le había escrito a Cielo.

Dos ojos se van, se van de viaje... No tienen conciencia de lo que vendrá.

Nico no podía dejar de mirar los ojos claros y enormes de Cielo, que lo miraba como desde otro lugar, como desde el cielo. Frente al altillo, en el bar, entre las mesas, los cinco chicos cantaban bajo una luna enorme y dorada.

No saben de amor, ni de libertad... No tuvieron tiempo y el tiempo se va.

Cada lágrima había valido la pena. Cada noche de tristeza, cada fría mañana de desolación. Allí estaban, mirándose, amándose, y yéndose de viaje, juntos.

No te digo adiós, acompáñame... No perdemos nada con sólo probar.

Por delante tenían sólo futuro, un futuro feliz, que se habían ganado a fuerza de tesón, de nunca dejar de soñar en todo aquello que querían para sí.

Luego una canción nos escribirá. Yo te doy muy sueños, aprende a soñar...

Nadie lo vio, pero mientras los chicos cantaban, un sutil halo luminoso empezó a envolverlos. Lo mismo ocurrió con Nico y Cielo, aunque tampoco lo notaron.

Vayamos lejos, mi amor, lejos de acá... Mis ojos pueden llevarnos hacia otra realidad.

Y de pronto, en el centro del mecanismo del reloj, surgió un pequeño punto luminoso que comenzó a expandirse, como si en el corazón del reloj se estuviera abriendo un hueco, un hueco de luz. Nico y Cielo quedaron conmovidos ante esa visión. Estaban habituados a las cosas raras, y ésa no los asustó. Muy por el contrario, les dio mucha paz y la sensación de que habían llegado a algún lugar.

Que sea un mundo mejor...

Y la verdad no sea triste...

Te juro que existe, existe ese lugar.

Si alguien podía explicar lo que allí había ocurrido, ése era Jásper. Nico propuso ir a consultarlo luego de consumado lo que se habían propuesto esa noche, pero Cielo le

dijo que tendri podía esperar.

tendrían tiempo para todo. En cambio, la intriga no iperar. *M*

—Los estaba esperando —dijo Jásper, al abrirles la puerta de su casucha.

—Bueno, esta vez va a hablar, Jásper —dijo Nico—. Largue, desde el principio.

—El principio de esto es el principio de los tiempos, Bauer. Sería demasiado extenso el relato, ¿no cree? Les voy a contar lo que sé, desde donde necesitan saber.

Jásper entonces les relató una historia asombrosa. Contó cómo el abuelo de Cielo, don Inchausti, y su abuela, Amalia, se habían amado, por primera vez, cincuenta y cinco años antes, en el mismo lugar que ellos.

—¿Nos estuvo espiando? —dijo Cielo, espantada.

—No me hizo falta espiarlos para saberlo. Lo supe cuando vi lo que ocurrió con el reloj.

—¿Qué ocurrió?

—Prefiero seguir con el relato.

Jásper les contó, cómo aquella vez, como ahora, don Inchausti había visto lo mismo que ellos vieron esa noche. Pero cuando Inchausti había intentado acercarse a esa energía, ésta se había extinguido. Aquel suceso sobrenatural había obsesionado al abuelo de Cielo, que pasó muchos años de su vida dedicado a investigar qué había sido ese extraño fenómeno, dejando de lado su trabajo, su familia, todo.

Como ya había advertido otras vibraciones y sucesos extraños, instaló todas las cámaras de seguridad que había en la casa. Ésa era la función de la habitación secreta que había descubierto Bartolomé. Era una sala de monitoreo, para registrar la actividad de la mansión, que parecía tener vida propia.

Hasta que una noche se le presentaron tres personas vestidas con una capa negra y capucha. Jásper les mostró las imágenes que habían quedado registradas. Estos hombres se habían presentado como los «curadores», y le explicaron

que ese misterio que tanto lo obsesionaba tenía que ver con el mito de Eudamón. Inchausti lo sospechaba, en sus investigaciones había accedido a esa historia.

—¿Qué es Eudamón? —había preguntado Inchausti.

—Ésa es la pregunta correcta —contestó un curador.

Pero cuando se disponían a explicarle, uno de los hombres estiró una mano hacia la cámara que registraba la situación, y la grabación se cortó.

—Lo que hablaron esa noche quedó entre ellos cuatro —continuó Jásper—. Pero años más tarde, un tiempo después de la desaparición de don Inchausti, él se me presentó. Y además de encargarme que custodiara sus secretos, me confió otro.

Don Inchausti le había revelado que ese reloj que había en el altillo, en realidad, era un portal y que él, don Inchausti, era la llave que podía abrirlo. Y me anunció que llegaría el día en que vendría a la casa una nueva llave.

—Y esa llave, sin dudas, es usted, señorita.

-¿Yo?

—Y el caballero es su guardián. El guardián de la llave de Eudamón.

—¿Pero qué es ese portal? —preguntó Nico—. ¿Un portal a dónde?

—Doctor Bauer... me extraña. Usted ya sabe hacia qué lugar conduce esta bonita llave.

—Usted me está diciendo... —dijo Nico en shock—. ¿Usted me está diciendo lo que me está diciendo?

—Sí, doctor Bauer. Todo el tiempo que pasó en esta casa estuvo frente al portal hacia Eudamón. Y junto a él, dormía plácidamente su llave.

Nico y Cielo se miraron impactados.

—¿No es maravilloso? —concluyó Jásper—. Parece todo calculado, ¿no? —y se echó a reír, satisfecho, y aliviado de haber cumplido su misión.

Bartolomé y Justina estaban en un calabozo, en celdas contiguas, esperando el traslado hacia el penal, que sería al día siguiente. Bartolomé había caído en un mutismo absoluto desde que lo habían encerrado. En cambio, Justina estaba más verborágica que nunca.

Había elaborado una teoría que tenía mucho sentido para ella. Sostenía que nada de lo ocurrido había sido casual, que todo había sido una obra maestra del verdadero enemigo que los había derrotado: **el destino**. Entendía ahora cómo todas las piezas de ese rompecabezas habían encajado para llevar de regreso a Cielo y su hermana a la mansión y hundirlos a ellos en el fango.

Encontraba que nada de casual tenía la manera en que había llegado cada uno de los chicos a la Fundación. Recordaba que, cuando trajeron a Rama y a Alelí, en realidad habían ido a buscar a otros chicos, que luego fueron adoptados de improviso y, cuando salían refunfuñando, se habían topado con el pequeño Rama y la pequeñísima Alelí, que pedían limosna en la calle.

—¡Eso no fue casual, era el destino, mi señor!

Barto le suplicaba que se callara; se le partía la cabeza, pero Tina no podía detenerse. Recordaba cómo había llegado Tacho, por una confusión de apellidos. Era otro el Morales que ellos fueron a buscar al reformatorio, el encargado se equivocó y les entregó a Tacho. Y con Tacho llegó Lleca, escondido en el baúl del auto. Y cómo había llegado Marianella a ese mismo año. Cuando fueron a buscar a una interna del Escorial, al salir había entrado Rama, con el que se había armado una gran trifulca porque Alelí estaba en celda de castigo a pan y agua. Durante la pelea cayeron unos papeles.

—Y ahí usted vio el documento del instituto de menores de su amigo, que le debía favores. Y dijo que así iba a ser más fácil y que además los chicos del Escorial venían con piojos.

—¡Y es verdad! —dijo Bartolomé agotado.

—¿No lo ve, señor? Ese cambio de planes, a último momento... ¡fue el destino! ¿Y cómo llegó la gitana?

Justina le recordó que Bartolomé se la había ganado a Joselo en una partida de póquer, cuando había intentado hacer trampa y el gitano lo había descubierto. Había tenido que jugar sin hacer trampas, y así y todo ganó.

—Ya estaba escrito, era un gran plan.

—Déjate de decir sandeces, mamerta...

—Véalo, por Dios, ¡fue el destino! ¿Y cómo llegó Bauer? La bólide fue a estudiar diseño de indumentaria y terminó metida en arqueología, ¿por qué?

—Por bólide.

—No, fue el destino. Y la misma Cielo, ¿cómo llegó? Por los chicos que fueron a robar al circo. ¿Y por qué fueron ahí? Porque se había caído otro chanchullo, y a usted le cayó, literalmente, un volante del circo ése en las manos.

—Un lanzallamas me dio el volante.

—¡No! El lanzallamas estaba promocionando el circo y tiró los volantes al aire, a usted le cayó en las manos, y cuando lo vio, se le ocurrió mandar a los chicos a robar ahí... ¿Y qué trajeron? ¡Una heredera de regalo! Es maravilloso y terrible cómo el destino se tejió para terminar así... Estaba escrito, señor.

En ese momento un oficial hizo pasar a Thiago. Bartolomé se incorporó, pero vio que su hijo ni lo miraba. Thiago entró con un celular en la mano, había podido permiso de visita y le había llevado el celular para que Justina pudiera hablar con Luz.

Tina se emocionó hasta las lágrimas cuando su hija la llamó para despedirla, ya que sabía que sería trasladada. Volver a oír que Luz le decía mamá le quebró el corazón.

—Pórtate bien, mamá... No vuelvas a hacer maldades —le suplicó Luz.

Justina era una llorona de pueblo, según sus propios dichos, y se deshizo en agradecimientos hacia Thiago, que permaneció muy poco tiempo, tras la provocación de Bartolomé.

—Qué suerte que tenes, Tini, tu hija te llama, y eso que no es de tu sangre.

—Supe que te trasladan mañana —le dijo Thiago como si no lo hubiera escuchado—. Es la última vez que nos vamos a ver. ¿Hay algo que me quieras decir?

—Nada, che —dijo Bartolomé mirándolo de arriba abajo.

—Yo sí —dijo Thiago, recordando las palabras de Mar, que le había aconsejado decirle todo y no guardarse nada—. Te amo. Y te odio. Me dan ganas de abrazarte y de escupirte. Me duele mucho verte en este lugar, y me da mucha felicidad que finalmente pagues. Ahora que estás acá, voy a tratar de seguir con mi vida.

—La vida que te di yo —dijo Bartolomé con sus ojos inyectados en lágrimas.

—La vida que casi me arruinas vos —le dijo Thiago, y comenzó a alejarse.

—Espera. Si ésta va a ser la última vez que nos vemos, yo también voy a decirte algo.

Thiago lo miró, en algún lugar de su corazón esperaba oír un perdón en boca de su padre.

—A la sangre no se renuncia —dijo en cambio Bartolomé—. Sos un Bedoya Agüero. Todo lo que odias en mí también lo tenes vos.

Thiago negó con su cabeza, intentando mantenerse fuerte; su padre había metido el dedo en la que, sabía, era su llaga.

—Espera nomás date tiempo. Van a pasar lo años, un día te vas a mirar, y te vas a dar cuenta de que te convertiste exactamente en lo que soy yo. Y cuando te des cuenta, vas a decir «Tatita tenía tanta razón, cómo me equivoqué».

—Gracias —respondió Thiago.

—¿Gracias por qué, che?

—Por seguir mostrándome la basura que sos. Así es más fácil matar la última gota de amor por vos que me quedaba.

Tina, conmovida, intentó pasar su mano para acariciar a Bartolomé, que tras la partida de Thiago intentaba evitar llorar, sin lograrlo. Bartolomé esquivó la caricia, y se acercó a un carcelero que los vigilaba más allá.

—Oro... —dijo Bartolomé—. Hablemos del traslado de mañana.

Justina dio un respingo. Algo tramaba su señor, que no se resignaba a aceptar su destino.

El día de la boda amaneció con un sol radiante, festivo. Todo el mundo madrugó, y todos estaban a las corridas, ocupados de sus propios preparativos.

Felicitas y las chiquitas ayudaban a Cielo a terminar el vestido, y a elegir un peinado. Monito y Lleca asistían a Nico. Malvina insistía con que quería ayudar, entonces Nico le pidió que fuera a buscar a Cristóbal, que se había quedado a dormir la noche anterior en la casa de su madre.

Mientras tanto, en las habitaciones de los chicos había un emotivo nerviosismo. Mar, Thiago, Rama, Tacho y Jazmín, los cinco TeenAngels, estaban preparándose para el que sería su primer gran show. La emoción no era solamente por dimensionar a dónde habían llegado, más bien era por entender desde dónde habían partido.

Nico fue a darle un beso a Cielo, y a despedirse, pues recién la volvería a ver en la iglesia. Aquella tarde le habló de las decisiones, de cómo cada elección que habían hecho los había conducido a ese lugar. Nico se preguntaba qué hubiera pasado si hubieran tomado otras decisiones. Si él, por ejemplo, la hubiera alcanzado el día que la conoció y creyó que era una ladrona, y ella, en lugar de haberse escondido en el jardín, hubiera terminado en un calabozo.

—¿Me hubieras metido presa? —dijo ella sonriendo, ya lo tuteaba.

—Claro que no, porque en realidad aquel día yo te dejé escapar. Ésa fue mi decisión, y con cada decisión que tomamos todo cambió. Eso es lo bueno de las decisiones, Cielo, cambian todo.

En ese mismo momento, mientras se probaban vestuarios para el show, los cinco chicos se miraban al espejo, pen-

sando en sus propias decisiones. En sus elecciones. En el camino recorrido, y en la suerte que todos tenían de haberse encontrado.

—Ésta es Mar... la fratacha incendiaria del reformatorio —dijo Mar, mirándose al espejo, abrazada a Jazmín.

—Ésta es Jazmín, la gitanita rebelde de Joselo —dijo ella, emocionada.

Tacho y Rama no necesitaban palabras. Ambos habían crecido juntos, en ese infierno. Tenían muy claro de dónde venían.

—Yo elegí bien —se dijo a sí mismo Thiago mirándose al espejo.

Los cinco se reunieron en el patio cubierto, estaban todos ya cambiados para el show. Se miraron, en parte tentados, en parte emocionados. Y como no sabían qué decir, juntaron sus manos e improvisaron un saludo que sería su sello, para siempre.

—¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco! —gritaron, agitando sus manos unidas. Serían cinco, por siempre, ellos cinco.

Antes de partir hacia el predio donde darían su recital, fueron a despedirse de Cielo. La encontraron en plenos preparativos para la boda. Lamentaron mucho no poder ir, y Mar casi amaga a suspender el show. Pero Cielo les dijo que no podían perderse eso por lo que habían luchado tanto. Ellos irían a su show, ella a su casamiento, y luego se reunirían en la fiesta, para festejar todos juntos.

No era cualquier momento ése, estaban todos a punto de cumplir su sueño. Pero los chicos tenían una deuda de gratitud eterna con Cielo. Ella había sido quien los había rescatado del horror, ella los había salvado, y los había impulsado a cantar, a bailar, y a pelear por sus sueños. Ella era ese ángel que les había cambiado la vida.

Cielo, en cambio, creía que ellos eran sus angelitos; ellos le habían devuelto su vida y su identidad. Se despidieron con un abrazo interminable, y los cinco se fueron del altillo, caminando hacia atrás, sin dejar de mirarla, con lágrimas en los

ojos, mientras ella los despedía con un suave movimiento de

su mano.

Los cinco bajaron las escaleras y se toparon con Nico, que ya estaba vestido con el traje para la boda. Felicitas corría buscando el lustrador de zapatos. Las chicas elogiaron la pinta del novio, y él cuestionó lo cortas que eran esas minifaldas que usarían.

—Ustedes no se dan una idea de lo que los quiero —dijo Nico, y los cinco lo rodearon en un abrazo grupal.

Nico continuó dando instrucciones y recomendaciones, básicamente que cuidaran a las chicas, y que recordaran que, aunque parecían mujeres, ¡eran unas nenas!

Malvina llegó tarde a la casa de Carla porque olvidó el nombre de la calle donde ella vivía, se equivocó de presidente y terminó en cualquier dirección. Al llegar finalmente a destino, se topó con una situación imprevista. Furioso por la decisión de Carla de restituir a Cristóbal a Nicolás, al borde de la locura, Marcos había ido a la casa de Carla, y amenazándola con un arma, se llevó a Cristóbal a la fuerza. A Carla la dejó atada en su propia casa, y sacó a Cristóbal, que se retorció dándole patadas y gritando. Eso fue lo que vio Malvina al llegar, y se paralizó. Cuando Marcos la vio, mientras él estaba a punto de subir a Cristóbal a un auto, ayudado por un matón que lo asistía, la apuntó con un arma y la obligó a subir al auto con ellos.

Justina y Bartolomé fueron conducidos a un camión blindado en el que serían trasladados. Ella seguía hablándole de la potencia del destino como fuerza sobrenatural, y le proponía tomarse ese largo encierro que afrontarían como una especie de retiro espiritual para reflexionar. Cuando vio que el carcelero Oro, el mismo con el que Bartolomé había estado cuchicheando, le dejó un trapo con algo envuelto bajo el asiento de Bartolomé, Justina entendió que éste, tenía planes para ese día.

Nico salió de la mansión con su elegante frac blanco, acompañado por Monito y Lleca, ambos de traje blanco también. Allí se encontraron con Berta, que acababa de llegar en un taxi, directo del aeropuerto.

—Vení cuando quieras, Berta, vos, en... —le dijo Nico con ironía.

—Encima que me cruzo el mundo para venir a tu segundo casamiento en el año, ¿ni me saludas?

—Me caso, ma, te hago suegra de nuevo.

—¡Taxi, al aeropuerto! ¿En eso me vas a llevar a la iglesia? —se horrorizó Berta al ver un enorme descapotable blanco.

Nico sonrió y la abrazó.

—Subí, mamá —le dijo.

—¿Y Cristóbal?

—Lo lleva Malvina directamente a la iglesia.

—Jamás voy a entender a estas parejas modernas.

Todos se subieron al descapotable, y el chofer arrancó. Nico le extendió un CD y le pidió que lo pusiera. Iba parado en el descapotable, con sus manos abiertas, gritando de felicidad, cuando empezó a sonar su canción preferida, de Fito Páez, *Al lado del camino*.

Cielo estaba lista, era una novia divina, angelical. Tenía un vestido blanco, sin mangas y sin escote, con volados, a la altura de la rodilla. Un tocado muy sencillo con flores blancas y unas botas blancas, muy altas. Felicitas, Alelí y Luz la escoltaban, felices, admirándola, mientras iban hacia el auto antiguo, decorado con jazmines, que la conduciría a la iglesia. Pero de pronto Cielo se detuvo, había olvidado su pulserita, aquella que tenía desde los diez años. Ella no se casaría sin su pulsera. Las chiquitas entonces fueron al altillo a buscarla.

En su delirio demencial, Marcos Ibarlucía había decidido sacar del país a su hijo. Estaban en un aeródromo, donde los esperaba la avioneta que había contratado. Malvina estaba desesperada, su embarazo de cuatro meses empezaba a notarse, pero él no tenía compasión ni por ella, ni por Cristóbal. No tenía tiempo para deshacerse de ella, la llevaría también y, una vez fuera del país, se ocuparía. Amenazándolos, gritando, enajenado, los obligó a subir a la avioneta, que ya estaba acelerando sus motores. Cristóbal y Malvina no dejaban de forcejear, desesperados, llorando, mientras la avioneta comenzó a carretear.

Nacho y Tefi no habían podido negarse cuando Thiago los invitó al concierto. Allí estaban, viendo cómo el predio se llenaba de gente, y cómo muchos tenían carteles de TeenAngeles. No podían entender cómo los otros habían logrado eso, ni podían entender cómo ellos, finalmente, tenían envidia de los huérfanos.

Cuando el camión blindado que los trasladaba se detuvo, Justina comprendió que su amor, su señor, estaba irremediablemente perdido. No sabía cómo había logrado coimear al carcelero, pero éste abrió la puerta trasera del camión, y le quitó las esposas a Bartolomé. Él tomó el trapo que le habían dejado debajo del asiento, y ella vio que era un arma. Seguía esposada, pero le suplicó que no hiciera lo que pensaba hacer. Bartolomé la miró, y le dijo que él no tenía la posibilidad de detenerse, debía matarla. Debía acabar con Cielo.

Mar, Rama, Thiago, Tacho y Jazmín estaban en los camarines del lugar donde harían su show. Escuchaban los gritos del público. El Chango les decía que estaba repleto y les aseguraba que ellos brillarían. Los cinco apenas hablaban;

nerviosos, se peinaban y se volvían a peinar, mirándose al espejo, tratando de reconocerse, tratando de convencerse de que eran ellos los que estaban allí, a punto de subir al escenario.

Bartolomé corría y corría, no era ni la sombra del hombre que había sido. Era simplemente un asesino que sólo pensaba en completar su tarea, en acabar lo que había comenzado diez años antes.

Nico había llegado a la iglesia. Allí había algunos invitados, y por supuesto, infaltable, Rosarito Guevara de Dios. Nico miró el reloj, y mientras se preguntaba por qué no había llegado Malvina con Cristóbal, la avioneta en la que Marcos los estaba secuestrando ya había despegado.

La pulserita de Cielo no aparecía por ningún lado, entonces ella misma decidió ir a buscarla. Felicitas la acompañó, pero recordándole que por una pulserita de nada llegaría tarde a su boda. Cielo insistió que sin su pulserita no se casaría. Felicitas, por las dudas, salió al jardín, no fuera a ser cosa que la cabecita de novia de Cielitiss se la hubiera dejado ahí cuando estuvieron jugando con los chicos.

Lo que vio era lo más horroroso que había visto en su vida. Tendido en el parque, muerto, con un tiro en el pecho, estaba Jásper, el jardinero. Aún conmocionada, volvió a entrar en la casa, pero no sabía bien qué debía hacer, cuando de pronto se topó con el que, sin dudas, era el asesino.

Bartolomé la llevó a la sala, donde ya tenía atadas a Luz y a Alelí. La ató junto a ellas, y luego, serenamente, fue subiendo uno a uno los escalones que cada día de los últimos veinte años de su vida había pisado. Aquella era su casa, y siempre lo sería.

Cielo estaba en el altillo, realmente muy intrigada por la desaparición de su pulsera, no concebía casarse sin ella.

—¿Buscas esto, Sky? —oyó de pronto, y giró.

Ahí estaba Bartolomé, su rostro desfigurado por el odio, y con un revólver en la mano.

Nico se impacientaba cada vez más. Había llamado a Malvina, y su celular daba apagado. Había llamado a Carla, y no atendía. Tenía una sensación horrible, y necesitaba tener a su hijo ya, ahí, con él. Sólo para distraerlo, Berta le dijo que por qué mejor no usaba el tiempo en terminar de prepararse.

i

—**Estoy listo**, Berta —dijo él, mirando el reloj.

De pronto sonó el teléfono, y él atendió creyendo que era Malvina, que por alguna bolidéz se había retrasado.

—Malvina, ¿dónde estás?

—Habla Justina —dijo ella, desagarrada.

—¿Qué querés, basura? —le respondió él, sumamente alerta. Algo no estaba bien.

—Don Bartolomé... va a matar a Cielo. La va a matar...

Nico entró en shock y dejó caer el celular. Todos lo observaban. Él miró a su madre, y de pronto reaccionó.

—¡Llama a la policía! Bartolomé se escapó, va a matar a Cielo, ¡llama a la policía! —y salió corriendo, desesperado.

Los Teenangels explotaban en el escenario. Apenas salieron con el primer tema, el público los amó. Todo el mundo gritaba como si ellos fueran una banda famosa. ¿Sería que Chango tenía razón, y que era verdad que su tema estaba explotando en la radio? Casi sin ser conscientes de lo que vivían, los cinco dejaron el alma y el corazón en ese escenario.

Llegó un momento muy especial. Cantarían una canción por primera vez, una canción que Cielo había escrito para ellos. Sabían que en ese momento Nico y Cielo estarían casándose, y los cinco les dedicaron a ambos su nueva tema. Pensando en el propio camino recorrido, Rama cantó la primera estrofa.

Un camino sin final

que te lleva a la verdad,

tiene mil ñores

y piedras que cruzar,

algún día ese lugar

sé que tu alma encontrará,

y el secreto al fin sabrás,

y es amar.

—Se te acabó la magia, Cielo Mágico —dijo Bartolomé, apuntando con el revólver a Cielo.

—No lo haga, hombre. Sálvese del infierno —suplicó ella.

—Mi infierno sos vos —dijo él, con todo el odio que se podía tener.

El abismo cruzarás

por un puente de cristal,

y los ángeles sus alas te darán.

Y por fin comprenderás

cómo es la libertad,

cuando el universo puedas alcanzar.

Nico corría, sin aliento, por una avenida repleta de autos. Debía salvarla, debía protegerla. Sin dejar de correr, se quitó el saco y lo arrojó. Sólo faltaban dos cuadras.

¡Para mirar... estoy listo!

¡Para soñar... estoy listo!

¡Para sentir... estoy listo!

Y para amar...

Los cinco cantaban tomados de la mano. Detrás de ellos, en las pantallas gigantes, se podían ver, claramente, las lágrimas en sus ojos.

Estoy listo para ir,

hay que aprender a compartir

los sueños que hay en ti.

Estoy listo junto a ti,

todos vamos a llegar

y juntos caminar.

Ya estamos todos aquí.

Nico abrió la puerta de la mansión de una patada, y se topó con Felicitas, que estaba

terminando de desatarse, para ayudar a las chiquitas. Presa de una crisis de nervios, le gritó

608

que Bartolomé estaba en el altillo, con Cielo, y armado. Sin aliento, y desesperado, Nico subió las escaleras en pocas zancadas. Corrió por los pasillos encerados, resbalando, desesperando, muriendo.

Y al llegar al altillo, vio a Bartolomé que apuntaba a Cielo. No alcanzó a gritar que no lo hiciera, que ya Bartolomé había apuntado el arma hacia él, y sin dudarle disparó.

Si confías en tu ilusión,

te regalo el corazón,

sólo hay que poner el alma

y la pasión...

Y ahora que ya estas acá

juntos vamos a lograr

que los sueños

se hagan pronto realidad.

Cielo lloraba, desolada, sobre el cuerpo de Nico, herido de bala por debajo del hombro. Nico estaba en el piso, a punto de perder el conocimiento, luchando, intentando resistir. Él era su guardián, él debía protegerla. Cielo veía cómo ese hombre, otra vez ese hombre, le había arrebatado la felicidad. Lo miró con lástima, con profunda compasión. Y él no soportó esa mirada.

—Bartolomé, no lo hagas... —alcanzó a decir Nico y se sintió desfallecer.

—Vine a terminar lo que empecé hace diez años. Sorry, che, pero te voy a dejar viudo...

Cielo se tiró encima de Bartolomé, intentó arrebatárle el arma, pero él fue más rápido y la apuntó. Ella se detuvo, estaba de espaldas al reloj.

—Lo siento mucho, pero nunca debiste haber aparecido en esta casa, ni Tina debió haber rescatado a Luz —dijo Bartolomé aturdido por el odio y el llanto.

Bartolomé no registró que los engranajes del reloj habían comenzado a girar cada vez con mayor velocidad, y una suave luminosidad blanca surgió de su interior.

—Eligieron mal, forzaron el destino. Y a mí no me quedó otra que ser... esto que soy —
concluyó Bartolomé.

Y disparó. Nico, desfalleciente, observó perplejo cómo un brillante escudo translúcido rodeó a Cielo y la bala se detuvo a pocos centímetros de su pecho, y cayó. Bartolomé no tuvo tiempo de reaccionar, porque de inmediato, del interior del reloj, surgió un rayo plateado, como un relámpago, que impactó directamente en su frente y lo derribó, dejándolo inconsciente, con sus ojos abiertos.

Nico no terminaba de entender lo que había ocurrido, pero algo más asombroso aún había comenzado.

Para mirar... ¡estoy listo!

Para soñar... ¡estoy listo!

Para sentir... ¡estoy listo!

y para amar...

La suave luminosidad blanca que había nacido en el interior del mecanismo del reloj era cada segundo más intensa, y los engranajes giraban y giraban, descontrolados. Cielo estaba paralizada, pegada al reloj. Miles de haces de luz blanca, como hilos, empezaron a surgir del interior del reloj y fueron envolviendo a Cielo, mientras el altillo y toda la casa vibraba. Nico intentó incorporarse, para alcanzar a Cielo y separarla del reloj, que parecía a punto de explotar. Pero de pronto, dos enormes alas translúcidas, como de cristal, se desplegaron en la espalda de Cielo. Con su vestido blanco y esas alas enormes parecía, inequívocamente, un ángel. Las alas se cerraron, cubriendo a Cielo, como protegiéndola, y de pronto todo su cuerpo comenzó a convertirse en luz. Nico, desfalleciendo, estiró su mano y gritó con desesperación, al ver que el cuerpo de Cielo, convertido en luz blanca, era absorbido por el reloj.

Estoy listo para ir...

Hay que aprender a compartir

los sueños que hay en ti.

Estoy listo junto a ti,

todos vamos a llegar

y juntos caminar.

Ya estamos todos aquí.

Todo se detuvo. La luz desapareció. Los engranajes del reloj dejaron de girar y la vibración cesó. Y Cielo ya no estaba allí. Llorando de tristeza y de emoción, Nico comprendió lo que había ocurrido. Cuando Bartolomé intentó matarla, el portal se había abierto y se había llevado a Cielo. Cielo Mágico, Ángeles Inchausti, su amor, se había ido.

Estoy listo para ir...

Hay que aprender a compartir

los sueños que hay en ti.

Estoy listo junto a ti,

todos vamos a llegar

y juntos caminar.

Ya estamos todos aquí.

Mientras Malvina y Cristóbal temblaban asustados, volando a cuatro mil metros de altura, secuestrados por Marcos, los TeenAngels, con sus manos en alto, triunfaban en su primera gran presentación en vivo, sin saber que Nico, en ese momento, lloraba sin consuelo la pérdida de Cielo, que ya seguramente estaba en Eudamón.

El portal, escondido en el reloj, estaba en el altillo de la mansión desde hacía muchos, muchos años. Más precisamente, desde 1854, cuando un extraño hombrecito vestido de blanco insistió ante el doctor Inchausti, dueño de la mansión, para que fuera colocado a la hora señalada. Ese mismo hombrecito era el que ahora estaba ansioso, esperando su nueva misión, su nuevo desafío. Aguardando a la nueva elegida, con quien continuaría ese ciclo sin fin.

Cielo aún vestía su blanco traje de novia, en un lugar que parecía ser el altillo. No alcanzaba a comprender todavía lo que había ocurrido, y mientras observaba a su alrededor e intentaba esbozar alguna idea, al girar descubrió el rostro feliz y esperanzado del hombrecito de blanco, que le extendió sus brazos, dando saltitos de alegría.

—¡Bienvenida! —dijo alegre, victorioso.

—¿Y usted quién es? —preguntó Cielo, al simpático, elegante, inteligente, agraciado, brillante, único y carismático hombrecito vestido de blanco, que llevaba muchos relojes colgados sobre el chaleco.

—Yo soy... me llamo... Bruno Bedoya Agüero. Pero tal vez ese apellido todavía te traiga malos recuerdos. Mejor decime Tic Tac...

Y claro, por si no lo han notado, ese simpático, elegante, inteligente, agraciado, brillante, único y carismático hombrecito vestido de blanco, con relojes colgados sobre el chaleco, soy yo, quien ha estado escribiendo esta historia, porque como también un día logré atravesar el portal, el lugar donde el tiempo se detiene y el pasado, el presente y el futuro se entrecruzan en un mismo punto, les aseguro que he visto en silencio todo lo que he narrado, y mucho más. Pero como

ya soy más Tic Tac que Bruno y mi oficio es la relojería, la aguja de este reloj aquí se detiene, porque esta historia, por ahora, llegó al final.

índice

- 1 La mansión Inchausti 11
- 2 Dos compromisos 57
- 3 La invasión de Ángeles 95
- 4 Los huérfanos y los neños *bien* 123
- 5 Cayendo desde lo alto de una ilusión 165
- 6 Varios descubrimientos 213
- 7 Sorpresa tras sorpresa 251
- 8 El espíritu de la verdad 285
- 9 Ganas de volar 329
- 10 Hablar o callar para siempre 359
- 11 Aparentes fracasos 395
- 12 Nace TeenAngels 435
- 13 Padres e hijos 465
- 14 La gran revelación 501
- 15 El duelo 541
- 16 La isla de Eudamón 575